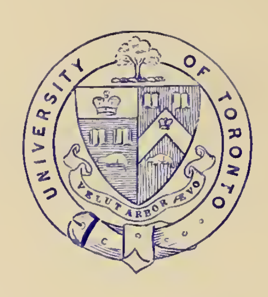

UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

LUZ Y SOMBRA.

GASPAR Y ROIG, EDITORES.

LUZ Y SOMBRA,

(HISTORIA DE UN HIJO NATURAL.)

NOVELA ORIGINAL

DE

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

EDICION ILUSTRADA

CON LÁMINAS POR LOS PRIMEROS ARTISTAS.



MADRID:
IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG.
CALLE DEL PRÍNCIPE, NÚM. 4.

1864.



PRIMERA PARTE.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

El sopista Lamprea.

I.

Se llamaba Marcos Cazurro.

Lo de Marcos lo tenia, porque al volver en la madrugada del Evangelista San Marcos un lego del prior de Santo Tomás que habia ido á buscar al médico del convento á causa de una grave indigestion del superior, le habia encontrado, á Lamprea se entiende, recien nacido, desnudo y mal envuelto en un sucio paño.

Dios encomendaba aquella criatura á los ~~buenos~~ religiosos dominicos: la recogieron, y no faltó una buena hija de confesion del padre prior que se encargase de lactar al niño.



Lo de Cazurro lo tenia, como un apodo que se habia transformado en apellido; porque creciendo en años el muchacho se hizo tan silencioso, tan metido en sí mismo, y tan reflexivo de cierto modo, que todos decian:

—¡Vaya si es cazurro Marquitos!

De aquí provino el que le llamasen Marcos el Cazurro; suprimióse luego el artículo, y el apodo se convirtió en apellido.



Con el nombre de Marcos Cazurro se matriculó á los quince años en la universidad de Alcalá, á donde le envió el convento de Santo Tomás, que le habia adoptado, donde se le habian enseñado primeras letras y latin.

El convento queria que su hijo estudiase teología y cánones, para hacer de él un padre grave, puesto que le sobraba ingenio.

Los frailes han pretendido siempre asimilárselo todo, apoderarse de todo lo que valia algo.

Era aquella una institucion fuertemente democrática.

Para nada necesitaban ellos el orígen y la fortuna de sus asociados.

Un porquero se hacia fraile Francisco y se transformaba en Sixto V.



Marcos Cazurro estuvo ocho años en Alcalá, y se hizo un ergotista formidable; pero burló las esperanzas del convento, casándose con la dueña de la casa de huéspedes, donde habia sido recomendado por un conocimiento del prior de Santo Tomás.

La teología y los cánones fueron abandonados, y Marcos Cazurro se consagró á apoderarse lentamente del peculio de su mujer.



A los veinte y cinco años, Marcos era viudo, y se salia llorando de Alcalá sin llevar en la apariencia mas que sus manteos raidos y su grasiento sombrero de estudianton.

La señora Verónica, mujer cresa, de cincuenta años, solterona á quien no se habian conocido amores, de la cual Marcos se hizo querer, no sabemos cómo, por todo lo que hasta entonces no habia querido á nadie, murió á los dos años de enlace con Marcos Cazurro, reducida en lo físico á los huesos, y en cuanto á fortuna á la miseria.

La parroquia habia ido por ella con media caja de ánimas, y envuelta en una sábana vieja, fue enterrada en la hoya comun.



—Soy muy desgraciado, decia compungido Marcos Cazurro; Dios me ha hecho para mártir; mi desdicha es contagiosa como la peste: grandes culpas debieron cometer, Dios los perdone, mis padres desconocidos; mi desgracia ha matado á la pobre Verónica, que era una santa: los estudiantes han perdido una madre, y yo mi consuelo y mi alegria. ¡Alabado sea Dios, y bendita su santa voluntad!

Y Marcos Cazurro pasaba apresuradamente las cuentas de su rosario, se atragantaba con Ave-Marías, Pater-noster y Kiries, y lloraba á lágrima viva.

VII.

¿Qué se habian hecho las buenas ropas, las buenas alhajas y los buenos doblones de á ocho, de que segun fama estaba repleta la señora Verónica, que hasta que amó á Marcos Cazurro no habia amado otra cosa mas que el dinero, y lo habia buscado de todas las maneras posibles?

Segun Marcos Cazurro, todo lo que la señora Verónica tenia, lo habia devorado la desgracia.

VIII.

Saliose de Alcalá, á pie, la misma tarde en que enterraron á su mujer, porque decia que no podia estar sin esponerse á condenarse por desesperado, en el pueblo donde tanto habia perdido.

Agregóse á unos arrieros que por caridad le aliviaron el camino, haciéndole montar á ratos en uno de sus machos, y al oscurecer pararon en la posada de Torrejon de Ardoz.

Cenó de limosna Marcos, de limosna se recogió en el pajar, y no

dejó dormir, en toda la noche que pasó rezando y gimiendo, á otros dos pobres que de caridad habian sido recogidos tambien.

Muy de mañana salió con los arrieros de Torrejon de Ardoz, y á las once del dia llegaron á Madrid.

II.

Marcos Cazurro se separó de los arrierros, colmándoles de bendiciones por el bien que le habian hecho; se fué al convento de Santo Tomás, y visitó al padre maestro don fray Pascasio de la Laguna, prior, inquisidor mayor y examinador sinodal en el arzobispado de Toledo, y empezó á llorarle plagas y cuitas, y á suplicarle no le abandonase porque él, á causa del agradecimiento que habia debido á su mujer, habia abandonado la carrera de la Iglesia.

Los frailes no perdonaban fácilmente. Marcos les habia hecho una jugarreta á los de Santo Tomás emancipándose de ellos; el padre prior le soltó una resplandina en latin, una especie de catilinaria, y le descorazonó, concluyendo su oracion con la siguiente sentencia.

—*Ad vivendum sopæ.*

Marcos Cazurro se echó á llorar, salió encogido de la celda, y traduciendo al hecho la sentencia del prior, ~~tomó vez~~ en la portería del convento, entre otros sopistas que esperaban á que diesen las doce para recibir su cachirolada de bazofia.



Desde entonces, de la sopa vivió públicamente Marcos Cazurro; y tan escurridizo era y tan pegajoso á un tiempo, sabia de tal manera ser el primero en recibir la sopa, aunque llegase el último, que sus compañeros le pusieron el sobreapodo de Lamprea.



Bajo este nombre empezó á hacerse Marcos una especie de celebridad.

Como la sopa no constituia mas que una parte exígua del sostenimiento de su vida, Lamprea necesitó un pequeño espacio, aunque fuese

oscuro, negro y húmedo, para no estar á la intemperie durante las largas noches de invierno, tan terribles en Madrid.

No habia que contar con el convento de Santo Tomás.

El irritado *ad vivendum sopæ* del prior, era un estrañamiento completo y sin apelacion, templado por la caridad, únicamente con un escaso cuenco de sopa de veinte y cuatro á veinte y cuatro horas.

Durante el verano todo iba bien: Marcos Cazurro dormia en la puerta de esta ó de la otra iglesia, bajo el amparo de lo sagrado del lugar.

Pero llegó el mes de setiembre, con él las noches desapacibles, y fue necesario pensar sériamente en un habitáculo.

VII.

Lamprea, le llamaremos asi (porque su nombre se habia sumergido ya bajo su apodo), habia puesto el ojo á un cocheron abandonado en la calle de los Mancebos, en la parte antigua de Madrid que se llama la Villa, y del que se decia que tenia duende.

Las casas á la derecha, á la izquierda y al frente de este cocheron estaban deshabitadas á causa de los ruidos de cadenas, de los gritos, de la barahunda que decian causaban los duendes apoderados del cocheron.

Lamprea averiguó quién era el dueño, se fué á verle, y le pidió humildemente le dejase vivir en el cocheron endiablado.

El dueño miró con asombro al sopista, como quien no puede comprender haya un hombre que se atreva á lo que ninguno se atreve.

—Se le llevarán los duendes, hermano, dijo el dueño con la mejor buena fe del mundo, y yo no puedo consentir suceda una tal desgracia á un prójimo mio.

—Yo soy un hombre humilde y temeroso de Dios, dijo Lamprea, y sé además oraciones y exorcismos que echan para siempre á los duendes de una casa y á todo otro espíritu maligno que en ella habite.

—Exorcismos se han hecho, y mas de tres calderetas de agua bendita se han gastado, hermano, sin que aproveche, dijo el propietario: todo ello no ha servido de mas sino de que se irriten los duendes, y hayan sido mayores los ruidos y los espantos.

—Todo consiste en saber de qué casta son los duendes, contestó sériamente Lamprea; si son almas en pena ó espíritus foletos, ó demonios familiares, ó trasgos, íncubos ó súcubos; para cada cual se necesita una

oracion y un conjuro particular, y no todos por santos varones y buenos sacerdotes que sean, saben como yo, de corrido, lo que se necesita para que no resistan tres apretones ninguno de estos malditos, sean de la casta que fueren: enseñómelo ésto y otras muchas cosas, un santo anacoreta que vivia hace poco tiempo en un lugar solitario, en una milagrosa ermita, cerca de Alcalá.

—Aquel elegido de Dios, aquel varon justo, hacia cosas que metian espanto: yo le he visto conjurar á los demonios, y traer alrededor de su ermita toda una legion, y hacerla que oyesen misa, y luego desaparecer todo aquello, dando un tronido espantoso con una sola oracion que el santo varon rezaba.

—¡Ave-María purísima! dijo el propietario, á cuyos ojos el mezquino sopista Lamprea habia tomado las proporciones de un gigante.

Acabó por darle las llaves del cocheron, y le dijo:

—Si vuesa merced me limpia de duendes la cochera, le deberé mas que á mi padre, y se lo recompensaré; porque las dos casas que están á los lados de la cochera son mias, y por el temor á los duendes están desalquiladas, y no hay quien me las compre, y tengo mermada en gran parte mi hacienda; y si de duendes me las cura, hermano, podré venderlas, y no he de dejar de mostrarme agradecido á quien tanto bien me haya hecho.

XIII.

En el momento se trasladó Lamprea al cocheron, le abrió, entró en él y se encerró con gran asombro de los vecinos, que creyeron que los duendes se iban á comer al temerario sopista.

Pero al otro dia le vieron salir con todas las señales de haber pasado muy buena noche.

XIV.

Lamprea habia encontrado una larga cochera empedrada, de paredes cubiertas de humedad y de salitre, sostenida por pilares, y en cuyos dos tramos cabian muy bien seis de los voluminosos carruajes de aquel tiempo.

Al fondo habia una larga cuadra, en la cual Lamprea contó sesenta pesebres; un patio largo y estrecho con un pozo de brocal descubierto, y una gran pila de piedra berroqueña, y en el patio dos grandes habita-

ciones con cocina y dormitorios, en los que no se notaban señales de humedad.

—Tengo un palacio, dijo Lamprea, del cual no me echarán los duendes.

Y poniendo en una palomilla de barro cocido una vela de sebo, de que se habia provisto, la encendió, se sentó en el suelo, sacó de debajo de su sotana un pedazo de pan y otro de queso, y se puso á cenar tranquilamente.

CAPITULO II.

Lo que puede descubrirse á causa de la sed

Por exígua que fuese la racion de queso que Lamprea habia devorado, este manjar es de los que mas escitan la sed, y Lamprea, una hora despues de haberse acurrucado en un rincon y de haberse dormido, despertó con las fauces secas, áridas y necesitadas de agua hasta un estremo aflictivo.

—¿Y á dónde voy yo á estas horas á buscar agua? dijo Lamprea, que no sabia cuánto tiempo habia pasado desde que se durmió: la fuente mas próxima es la de la plazuela de la Paja, y para llegar á ella es necesario atravesar á oscuras un laberinto de callejuelas, donde es fácil dar un tropezon con algun prójimo de esos que saben demasiado que en la chaqueta mas raida puede ir cosido un doblon de á ocho: no me sentaría muy bien que me desnudasen, habiéndome costado dos años el vestirme; dos años que ha tardado en morirse aquel trasgo; y es el caso que la sed me mata.

Lamprea recordó entonces el pozo.

—¿Quién sabe, dijo, si es de agua salobre? pero no, al lado de él

hay una pila, señal de que en otro tiempo se ha dado de beber en ella á los caballos.

II.

Lamprea hizo luz con pedernal, eslabon, yesca y pajuela de azufre, encendió la vela de sebo y salió al patio.

Por fortuna suya, el pozo, en vez de cuerda de cáñamo ó esparto que se hubiera podrido espuesta á la intemperie durante mucho tiempo, tenia cadena y un gran cubo de hierro.

La cadena estaba enrollada al pescante de hierro de que pendia la garrucha.

La desenrolló y dejó ir el cubo al fondo.

Pero el cubo, en vez de chocar en agua, chocó en arena.

Esto desanimó á Lamprea, cuya sed crecia.

—Sin embargo, dijo; allá abajo, la arena debe estar húmeda; donde la arena está húmeda, se encuentra agua ahondando: obtendré agua turbia, pero ¿qué importa? en las grandes necesidades, lo mas malo parece escelente.

Y volvió á tirar precipitadamente del cubo.

Cuando estuvo arriba, Lamprea se sentó en el brocal con los pies para adentro, los metió en el cubo, sujetó la cadena, cogió como pudo la palomilla entre dos de los dedos afianzándose á un estremo de la cadena con los otros, mientras con la otra mano afianzaba el otro lado de la cadena.

Y asi, lentamente y sin grande esfuerzo, se dejó ir al fondo del pozo, que apenas tenia veinte varas de profundidad.

La cadena rechinaba de una manera terrible en la garrucha.

Si alguno de los vecinos oyó aquel ruido, debió creer que los duendes estaban dando buena cuenta del sopista.

Cuando llegó al fondo, Lamprea sacó los pies del cubo, no sin cerciorarse antes de si el fondo era de arena ó cieno, y encontró que era de arena blanca y gruesa.

—Señal de fuente viva, dijo Lamprea: ¿cómo diablos se ha secado este pozo?

Entonces vió delante de sí un boqueron negro por el que cabia perfectamente una persona.

—¡Ah! dijo, comprendo; el agua se ha ido filtrando lentamente

por la pared del pozo, ha abierto una vía, la ha ensanchado, y ha hecho esa rotura; veamos si podemos bajar: indudablemente mas abajo hay agua.



Lamprea cogió su vela, adelantó por la abertura y vió que una vara mas abajo, habia una estrecha mina abierta á pico.

Bajó y se encontró en una suave pendiente.

Adelantó descendiendo, y á poco trecho encontró un cruzamiento de galerías, por las que apenas podia marchar un hombre de frente.

—Poco á poco, dijo; no nos vayamos á perder en un dédalo, del cual no podamos salir; á falta del hilo de Ariadna, señalemos nuestro paso.

El sopista sacó de debajo de su sotana un largo puñal de los llamados de Albacete, y en la pared riscosa de la mina hizo una profunda cortadura.

Continuó luego á la izquierda por una larga galería pendiente, y en medio de ella se detuvo y sonrió de alegria.

Habia oido el ruido de un arroyo.

Apresuró el paso y llegó á otra galería que cruzaba aquella por donde habia adelantado, por la cual corria un pequeño arroyo de agua clarísima.

Aquel agua debia provenir de las filtraciones de muchos pozos.

Lamprea bebió con ansia, y cuando hubo satisfecho su necesidad mas urgente, se puso á meditar sobre el encuentro de aquel pozo roto y de aquellas escavaciones.

—Siempre vienen á ser una cosa semejante los duendes, dijo; no conozco casa de duende que no haya tenido alguna particularidad como esta; alguna gatera oculta por donde hayan podido entrar y salir almas en carne y hueso: es necesario ser un mentecato para creer en estas patrañas y no haber estudiado nada ni haber abismado el pensamiento en en la contemplacion de la naturaleza material y de la naturaleza de Dios.

La mirada de Lamprea, que entonces no tenia que encubrirse, porque nadie la veia, dejaba ver la lucidez de una grande inteligencia; pero de una inteligencia fria y ~~atea~~. escéptica

—Ser ó no ser, dijo, encontrándose con Shakespeare en este pensamiento; porque Lamprea habia estudiado mucha filosofía, mucha dia-

léctica, mucha teología, muchos cánones; pero no habia podido leer á Shakespeare por dos razones: porque las obras de Shakespeare en 1725 no habian penetrado en España, y si hubieran penetrado las hubiera quemado el Santo Oficio de la general Inquisicion; y porque si bien Lamprea sabia mucho latin, no sabia una sola palabra de inglés; ser ó no ser: hé aquí todo: ser; vivir, ¿y qué es vivir? tener; ¿y qué es tener? adquirir; ¿y qué es adquirir? cuando la herencia que nuestros padres nos han dejado es un nombre oscuro y se depende de frailes, adquirir es matar, robar, arrancar á los demás una parte de su existencia para hacernos una existencia; es saber apoderarse del alma berroqueña de una dueña de casa de posada de estudiantes; es enloquecerla, enlodándose en sus brutales instintos; es arrancarla alhaja á alhaja, doblon á doblon todo lo que tiene, y matarla lentamente por medio del desgastamiento continuo, del hambre, de la miseria; es haber deshecho con las uñas y con los dientes el lodo petrificado que encerraba un tesoro: tener, esta es la cuestion: conservar, saber que tenemos asegurado nuestro pedazo de pan: ¿qué importa todo lo demás? la vida se alimenta de la muerte; la destruccion es la ley eterna de la reproduccion universal; vivimos de lo que devoramos; el que no devora es devorado; la eleccion no es dudosa: la conciencia! ¿y qué es la conciencia?... se fue poniendo pálida y flaca; habia contraido todas las irritaciones que pueden contraer las vísceras, las entrañas del cuerpo humano; habia dia en que nuestra comida era un escaso pedazo de pan duro; algunos dias, nada: la ley! ¿qué es la ley? un poder ciego; la ley no ha visto en la congestion que mató á Verónica el resultado de un asesinato lento, dia por dia, hora por hora, minuto por minuto: ¡oh la conciencia es una impertinente que es necesario enviar á paseo: fuera las dependencias, fuera lazos; libre y con oro; esta es la vida; que al menos cuando salgamos de la comedia del mundo, cuando estemos en nuestro agujero, no haya nadie que nos obligue á seguir representando la comedia, que nos haga sufrir recriminaciones, quejas, tristezas insoportables; no es posible estar haciendo siempre la comedia; es necesario reposar algunas horas al dia; vivir bien entre la sombra, donde nadie vea nuestra opulencia secreta; engañar á la estúpida conmiseracion del mundo; adquirir el respeto que se tributa á la virtud, á la humildad, á la perfecta concordancia con todo lo que los tontos creen justo, bueno, admirable: es necesario ser un santo de plaza pública y devorar la presa sabrosa entre las ti-

nieblas: los desheredados no tenemos mas patrimonio que la astucia.

Lamprea, que durante este monólogo habia tomado la espresion de un gran criminal, de un condenado, miró al arroyo y dijo:

—Hé aquí mi hilo de Ariadna; este arroyo desagua en alguna parte.

Y echó á andar al lado del arroyo, metiendo muchas veces los pies en él, segun que se estendia ó le hacian cruzar la mina los accidentes del suelo.

IV.

De improviso Lamprea se irguió: se detuvo, escuchó con atencion y desnudó su puñal.

—¡Ah! ¡los duendes! dijo; veremos si esos señores son razonables y si me conviene ser su amigo ó no.

CAPITULO III.

La muerte abriendo camino al crímen.

I.

Lo que habia hecho detenerse y poner mano á su puñal á Lamprea, era una salmodia lúgubre, apenas perceptible entre el silencio, que solo alteraba el leve rumor del arroyo y que llegaba hasta allí por una galería, cuya boca estaba á la izquierda de Lamprea.

Aquella salmodia era el oficio de difuntos.

Lamprea habia supuesto, con razon, que los que sin duda tenian interés en hacer el duende, le habian sentido y pretendian aterrarle.

Lamprea comprendió que podia suceder muy bien le conviniese asociarse á aquellos hombres, y entró resueltamente por la mina para ir á su encuentro; lo que demostraba que una de las cualidades de Lamprea era un valor á toda prueba.

La mina ascendia en una inclinacion bastante pronunciada.

A medida que Lamprea ascendia, escuchaba mas distintamente aquel cántico fúnebre: un fagot se unia á él.

Al fin oyó clara y distintamente estas terribles palabras:

«Dies iræ,
Dies illa,
Nunquam solvet
In favila.»

Aquellas palabras, envueltas en aquella salmodia, acompañadas de

aquel fagot, acometian el oido derecho de Lamprea, saliendo como por una bocina, por un agujero de una pared.

Lamprea miró por aquel agujero y vió, inmediatamente, un espacio como de pie y medio de anchura por seis de largo y uno y medio de alto, con el techo abovedado, embocinado de manera que la boca de aquel espacio era mas ancha que su fondo, en el cual estaba el agujero, por el que miraba como por un anteojo Lamprea.

Nada hubiera podido comprender por el momento éste, si á su frente, iluminado por un resplandor rojizo, no hubiese visto un anden de nichos, cerrados con tablas ó lápidas en que habia inscripciones.

Lo que Lamprea veia era el panteon de una iglesia.

La humedad, el salitre, un accidente cualquiera, habian roto el fondo de uno de los nichos que permanecia abierto, ó porque se hubiesen sacado de él restos del último cadáver, para arrojarlos al osario, ó porque no se hubiese ocupado aun. Parecia indicar lo primero una capa de polvo semejante á mostaza negra y gruesa, horrible resíduo del cuerpo humano que queda sobre el suelo de los nichos.

II.

Veia además Lamprea el pavimento del panteon, el estremo de un ataud abierto, y la parte inferior de los cuerpos de un clérigo y de un monaguillo: él no les via el semblante. Por consecuencia, ellos no podian ver el punto luminoso que á causa de la luz que tenia Lamprea, debia terminarse en el fondo del nicho.

Sin embargo, se apresuró á dejar su acechadero, tornó una vuelta de la mina, dejó en ella la luz y volvió á observar entre la oscuridad.

III.

Terminó el responso; se cubrió el ataud; cuatro sepultureros lo levantaron; se oyó el áspero roce del ataud sobre el nicho y el golpe sordo que producia al chocar en su fondo.

Luego, pasos de muchas personas que se alejaban y subian por una escalera llevándose consigo el reflejo de las luces, hasta que todo quedó en tinieblas.

Oyóse el sordo encajar de una puerta, el rechinar de dos cerrojos, y el crugir de dos llaves.

—Hé aquí la última posada, dijo Lamprea; pero posada que tambien se paga; para los ricos hay en el panteon un aposento que se llama nicho; para los pobres hay en el cementerio una especie de pajar que se llama la hoyanca: la caridad es siempre mezquina; la gustan los harapos, el mal olor, la miseria, el oscurecimiento de un sér en lo infinito del olvido: todo lo que los hombres hacen es irritante: la obra de Dios aun no está concluida; el hombre vá por su camino; los débiles, los cobardes, los pobres de espíritu le hacen de rodillas; los ricos en carroza... ¡ah! esto no puede ser; esto tiene que acabar alguna vez; no sé cuándo, pero ello acabará.

Y Lamprea, entre tanto, y maquinalmente, iba ensanchando el pequeño agujero abierto en el fondo de aquella sepultura.

V.

—¡Diablo! dijo al fin, por aquí cabe un hombre; ¡ah! por aquí se puede subir á la iglesia; oro sagrado ú oro profano, ¿qué mas da? ¿de qué parroquia es este panteon? orientémonos.

Lamprea cogió la luz, desandó lo que habia andado desde el arroyo, valiéndose de las señales que habia hecho con su puñal, siguió el arroyo arriba y por el resto de mina que ya babia recorrido y señalado, llegó al fondo del pozo y subió.

Durante su marcha habia observado la inclinacion de los ángulos; habia procurado medir las distancias y la situacion que tenia la entrada de las minas, sirviéndole de punto de comparacion el pescante de hierro del brocal del pozo.

—Indudablemente, dijo; ese panteon es el de la parroquia de San Andrés.

Y metiéndose en el cuarto de donde habia salido, apagó la luz, se recostó y se durmió profundamente.

VI.

Quince dias despues fueron robadas las alhajas de la parroquia de San Andrés.

El robo ascendia á muchos miles de ducados.

¿Por dónde habian entrado los ladrones? Los únicos vestigios que

quedaban eran las cerraduras de los dos cerrojos de la puerta del panteon desclavadas, al parecer, desde la parte de adentro, habiéndose valido para ello de una barrena.

Luego los muertos eran los autores del robo.

A nadie se le ocurrió que podia haberse entrado en el panteon por una mina, y aunque se reconocieron los nichos abiertos para ver si se encontraba en ellos algo, no se pudo reconocer ningun agujero. Es cierto que este agujero no se buscaba.

CAPITULO IV.

Los duendes agarran por el cuerpo y por el alma á Lamprea.

I.

Lamprea habia cerrado el agujero abierto en el nicho, y temeroso de que se descubriese la obra reciente, habia cerrado tambien la abertura del fondo del pozo.

II.

En un rincon de la cuadra abrió un hoyo; puso en él un copon, cuatro cálices, algunos magníficos relicarios guarnecidos de pedrería, dos grandes cruces de plata, cuatro candeleros del mismo metal, y la corona, el cetro y el manto de brocado bordado de perlas de una vírgen.

Despues se quitó la chaqueta, la descosió por su parte interior, sacó de ella una gargantilla de perlas con broche de diamantes, como hasta veinte sortijas de bastante valor, tres pares de arracadas de oro y diamantes, un relicario y un reló de oro.

Luego, de las costuras de la pretina y de las costuras de los calzones, gran número de doblones de á ocho, y otro gran número, de un cinto que llevaba á raiz de la carne.

Esta era la fortuna de la pobre Verónica.

II.

El dueño de la casa se asombraba de Lamprea: habia prometido arrojar de allí á los duendes, y sin embargo, los vecinos se quejaban de que los duendes se habian recrudecido, por decirlo asi, desde el momento en que el sopista entró en la cochera.

—Hace mucho tiempo, decian, los duendes del cocheron no daban señales de vida: desde el momento en que ese sopista ha entrado, se oye ruido de cadenas y los chirridos de los duendes en cuanto cierra la noche y antes del amanecer: si al sopista no le sucede nada y se le ve salir por la mañana con las señales de haber pasado muy buena noche, es sin duda porque tiene hecho pacto con los duendes y se lleva bien con ellos.



Lamprea estuvo á punto de dar en manos de la Inquisicion.

Cuando se quejó á Lamprea el dueño de la cochera, manifestándole las quejas de los vecinos, Lamprea respondió con un grande aplomo.

—¿Cree vuesa merced que sè limpia asi como quiera y en un punto una casa infestada de duendes? esas buenas gentes que se quejan no conocen á la tal diabólica canalla: se la auyenta y vuelve á la carga: hay que tener mucha paciencia y mucha fe: me he encontrado con duendes viejos y esperimentados, con duendes de grande olfato que no dan la cara, que se callan y que cuando le cogen á uno dormido, hacen de las suyas: acudo al ruido; cuando acudo todo está en silencio; los conjuro, los aprieto, y ni por esas: no hay medio de que se presenten; pero estoy estudiando una cábala mágica que les obligará á venir á mis pies como corderos, y entonces los exorcisaré, los aterraré de tal modo, que á buen seguro vuelvan á presentarse: mañana ya no oirán los vecinos ni ruido de cadenas, ni berridos, ni chillidos, ni escándalo: los duendes se habrán ido á mil leguas.

—¿Y cómo es la cábala que estudia, hermano? dijo el dueño de la cochera, á quien una supersticion absurda hacia sumamente crédulo.

—Si mi cábala fuera conocida, perdería la virtud y no aprovecharia de nada.

—¿Y cómo son los duendes, hermano Lamprea?

—Los de su casa, dijo el sopista, son almas en pena; pero ¡qué

almas! una mujer como de quince años, muy hermosa y muy pálida, que lleva puesta la corona de siempre vivas y la mortaja blanca con que la enterraron, que va arrastrando una cadena y da horribles gritos porque la persiguen un viejo, una vieja y un mono.

—¿Y no ha podido averiguar, hermano, por qué el mono y los dos viejos persiguen á la doncella?

—Si doncella murió, ella se lo sabrá; porque aunque por la mortaja y la corona, doncella parece, el hábito no hace al monje, y me da muy mala espina que entre las almas en pena que la persiguen haya un mico; pero yo lo sabré cuando los haya conjurado y los obligue á que hablen: entonces haré un romançe cuya impresion espero me costee vuesa merced, para ayudarme en mi miseria con la venta.

—Venga el romance, y sobre todo, oblíguese á la doncella á que se esté quieta en su sepultura, y á los dos viejos y al mico á que se vayan al infierno, y el romance será impreso todo lo bien que vuesa merced quiera.

Lamprea se fué al Rastro, compró una cuerda y una garrucha de madera; se las acomodó debajo del manteo de modo que no abultasen, se fué á la cochera, y sustituyó la cadena de hierro y la garrucha del pozo con la cuerda y la garrucha de madera, diciendo mientras lo sustituia.

—¡Bestias! ¡tontos! ¡imbéciles! el miedo les desnaturaliza los sonidos, y no saben oir en el rechinamiento de una cadena sobre una garrucha de hierro un ruido natural y necesario: Hé aquí que mi cábala para atraer á un conjuro á los duendes, consiste en una cuerda de cáñamo y una garrucha de madera que un poco de sebo hará completamente silenciosas: No importa; la supersticion de esos estúpidos me conviene; en Madrid hay lo menos doscientas casas con duende, y cuando corra la voz de que el sopista Lamprea ha limpiado de ellos el cocheron de la calle de los Mancebos, me llamarán y podré pedir una cantidad razonable por cada limpiadura de duendes; y ¿quién sabe lo que encontraré en las tales casas? Mi fortuna está hecha, y dentro de poco el pobre, el miserable sopista Lamprea, podrá gozar de todo lo que se alcanza con el dinero.



Despues de esto cogió la cadena y la garrucha de hierro, las ocultó

debajo del manteo, salió, se fué al Rastro, las vendió al peso, y ganó treinta reales sobre lo que le habian costado la garrucha de madera y la cuerda de cáñamo.

No volvieron á sonar los duendes, y ocho dias despues vendian por Madrid los ciegos un romance en que se contaba la desastrosa historia de una muchacha á quien se habia llevado el diablo por haberse enamorado de un mico, viviendo en pena en castigo de su culpa, hasta que el sopista Lamprea habia exorcisado al diablo que habia tomado la forma de un viejo y una vieja repugnantes, y habia hecho desaparecer al mico.

El romance era una verdadera leyenda fantástica que no carecia de ingenio, pero que á vueltas de una fraseología mística, de mal gusto y de mal género, tenia mucho de obsceno y de repugnante, por cuya razon no trascribimos á nuestros lectores aquella obra maestra de un bribon, que tuvo un gran éxito entre el vulgo supersticioso.

Pero si alguien quiere tener una muestra de lo que aquel romance era, puede encontrarla entre el millon de romances vulgares que, á ciencia y paciencia de la Inquisicion y del rey, salieron á luz en los siglos XVI, XVII y XVIII, sin que nadie se escandalizase ni protestase contra ellos.

XI.

Este romance fue una especie de prospecto del sopista Lamprea.

Los dueños de las casas enduendadas se apresuraron á llamarle, á ofrecerle dinero, y á suplicarle echase los duendes de su casa.

Lamprea, si no hubiera sido tan á propósito para asociarse con mala gente, hubiera pagado cara muy pronto su nueva industria.

Diéronle las llaves de un casuco en la calle Real del Barquillo, cuyos duendes eran tan terribles y hacian tales espantos, que habian puesto en consternacion al barrio.

Lamprea, despues de haber pasado un negro zaguan, se encontró en un laberinto de corredores oscuros, á cuyos lados habia pequeños aposentos lóbregos; verdaderos nidos de miseria habitados solo por arañas.

Apenas se habia aventurado por aquellos pasadizos Lamprea, cuando le apagaron la luz; y decimos que se la apagaron, porque vió momentáneamente sobre su hombro izquierdo un espantoso rostro humano; sintió el soplo que apagaba la vela; despues de esto una bofetada, y luego que le asían, que le levantaban en peso y que se le llevaban.

—No hay que tratar mal á los compañeros, dijo Lamprea con la voz segura y vibrante; el que mas y el que menos vale un tesoro, y cuantos mas son á trabajar, la ganancia es mayor.

Los que le llevaban se detuvieron y le dejaron en tierra.

—¿Quién eres tú? le preguntó una voz áspera, con una pronunciacion escesivamente viciosa, y con un acento en que se comprendia perfectamente la irritacion de la laringe por abuso de bebidas espirituosas.

—Yo soy el sopista Lamprea, dijo con cierta vanidad impertinente nuestro hombre, como hubiera podido decir cogido á oscuras por los griegos el gran cantor de la Iliada: «Yo soy Homero.» La vanidad de Lamprea consistia en su romance de la doncella en pena perseguida por el diablo por haberse apasionado de un mico.

El romance se habia hecho muy popular, como sucede con todas las obras malas que están en consonancia con el mal gusto público, y Lamprea se habia hecho impertinente como un autorzuelo aplaudido.

—¡Ah! dijo una sonora y fresca voz de mujer que escitó los nervios de Lamprea: ¿con que tú eres el de la doncella, el diablo y el mico?

—Humilde esclavo de vuesa merced, señora, dijo Lamprea: á lo que me parece, aquí tambien hay doncellas.

—Y diablos,—dijo una voz imberbe, si se nos permite esta violenta metáfora,—solo faltaba el mico, y has venido tú.

—El mico muerde, dijo un tanto amostazado Lamprea que á todo evento se habia armado de su puñal, resuelto á no dejarse coger de nuevo.

—Síguenos, dijo la mujer: eres un bribon que tienes mucha gracia, y seguramente nos entenderemos: ya sabíamos por dónde andabas, y te hubiéramos hecho una visita; pero esto no es posible: el hundimiento de una galería ha incomunicado el pozo de la cochera de la calle de los Mancebos con las otras minas.

—¿Y á dónde va á dar el arroyo que corre por una de las minas? dijo Lamprea á quien importaba demasiado un hundimiento en las minas de que ya habia tomado posesion.

—Aquel arroyo se estanca y sirve de fondo á algunos pozos, contestó la mujer que parecia muy jóven: en el verano, su estancamiento está mucho mas bajo que en el invierno, pero siempre el agua que sacan de los diez ó doce pozos que están sobre las minas inundadas, impide que se inunden las otras.

—Y dígame vuesa merced, señora, ¿qué orígen tienen esas minas?

— El diablo que lo sepa, dijo el hombre ronco; unos dicen que son del tiempo de los moros; otros que antes que Madrid fuera Madrid, allá en los quintos infiernos del tiempo, fueron minas de metal.

—Yo creo que son minas hechas por los contrabandistas, dijo la mujer, y que de trecho en trecho las cruzaban y las enmarañaban para que se perdiesen allí los que los persiguiesen.



En esto, Lamprea, á quien llevaba asido de la mano el hombre ronco, sintió que éste se detenia.

—Vamos á bajar una escalera muy mala, Lamprea, dijo, cuida de no romperte el alma, porque eres un mozo de provecho: mira, Andresillo, hijo, anda y dale á la máquina, que hace ya mucho tiempo que no tienen ruido los vecinos.

Aquel hombre tiró de Lamprea, que bajó, afirmando bien los pies, unas pendientes y resbaladizas escaleras.

A poco sintió sobre su cabeza un ruido infernal: cadenas que crujian chocando unas contra otras como si girasen por el espacio; repique horrible de esquilones cascados; pitadas inarmónicas, ásperas, semejantes á las de contrabajo de órganos; golpes de mazo mas ó menos sordos, mas ó menos fuertes; vibraciones de hojas metálicas: todo esto, junto, discordante, chillon, áspero, hueco, agudo, incomprensible en el conjunto, determinaba algo espantoso en medio del silencio profundo de la noche.

—Esto es admirable, dijo Lamprea.

—Me parece que aquí te desacreditamos, sopista, dijo la muchacha; lo que es de aquí no echas tú á los duendes: gracias á que salgas tú, y eso aun hemos de verlo: baja la cabeza, que vamos á pasar por una bóveda y seria lástima que te descalabrases.

Lamprea se bajó todo cuanto pudo, y sin embargo, perdió su mellado sombrero de tres picos.

—¡Ah! ¡mi sombrero! esclamó.

—Ya le tengo aquí, dijo la muchacha; me ha dado en el pecho, y huele muy mal: eres muy puerco, sopista.

—Soy muy pobre, dijo Lamprea que continuaba marchando con la cabeza baja.

—Pues el pícaro que es pobre es pícaro tonto, dijo el hombre de la ronquera.

—Estoy solo, y hombre sin hombre, no es hombre, dijo Lamprea.

—Mas acompañado estarás que quieras, si nos convienes, dijo la muchacha : y da gracias á que has dicho tu nombre y que yo te conozco.

—¿De dónde?

—De la puerta de los Italianos, donde te pones á pedir limosna para una obra pía.

—Eso prueba lo miserable que soy, dijo Lamprea.

—Para las obras pías siempre se encuentra dinero; siempre hay tontos que creen lo que se les dice; y en esto del pedir, eres maestro : con qué humildad, con qué reverencia, con qué gracia decias esta mañana á la hermosa duquesa de Pino-Real : «Vuecencia se apiade de una familia honrada que sucumbe á la miseria; yo no lo hé menester; pero no puedo auxiliar á esos desgraciados, y para ellos pido; yo soy bachiller en filosofía, y dentro de poco seré ordenado; una limosna por Dios, escelentísima señora, para esos desgraciados.» Y como eres buen mozo y parecias mas guapo con la sonrisa con que pedias, y la bella duquesa es alegrita de cascos, te comia con los ojos, te dió un real de á ocho, y creo, Dios me perdone, que te apretó los dedos al dártelo ; apuesto á que sabes ya dónde vive la duquesa y que has echado tus cuentas: te prohibo que vuelvas á pedirla limosna.

—¡Oh! dijo el hombre ronco; y ¿qué te importará á tí, Petrilla, que este zángano pida ó no pida á la duquesa?

—Voy á darte una noticia, Baltasarote; he encontrado marido: la viudez me se hace áspera, y ya le habia yo echado el ojo á este pájaro: casualidades, Baltasarote; el gorrion ha caido en la red, y ó sale de aquí casado, ó no sale.

VIII.

Se le abrieron las carnes, como suele decirse, á Lamprea. ¿Quién era aquella prójima á quien no conocia, que se habia enamorado de él, á juzgar por su dicho, y que con tal desenfado se lo apropiaba?

Lamprea habia resuelto no volverse á casar sino de una manera convenientísima.

Y aquella esposa, encontrada á oscuras, era un misterio demasiado desagradable.

¿De quién era viuda? De algun ahorcado tal vez, ó de algun quemado por la Inquisicion.

¿Quién era ella? El lugar y la situacion en que con ella habia tropezado Lamprea, no eran lo mas á propósito para recomendarla.

La voz era fresca, sonora, argentina, simpática, dulce; llena de ese acento encantador que parece espresar el alto aprecio que tiene de sí misma una mujer á consecuencia de los homenajes continuos que se rinden á las grandes hermosuras ó á las bellezas incitantes.

A las mujeres codiciadas, halagadas, aduladas, se las comprende hermosas, sin verlas, por su acento particular.

Asi lo habia comprendido, al oirla por primera vez Lamprea, y sus nervios se habian crispado por una esplosion de voluptuosidad.

Pronto debia juzgar de una manera completa.

Habian andado mucho por aquel pasadizo deprimido que obligaba á Lamprea á llevar la cabeza completamente inclinada y el cuerpo encorbado.

El estruendo de la máquina infernal habia ido apagándose á medida que penetraban en la mina.

Al cabo, Lamprea oyó un ruido semejante al de una patada que se da en una puerta, y se abrió una dejando ver un resplandor turbio.

IX

—Ya puedes enderezarte, sopista, dijo Baltasaroie arrastrando dentro de un espacio nebuloso, ó mas bien humoso, á Lamprea.

CAPITULO V.

Petrilla.

I.

Lamprea se casó.

Su mujer tenia diez y seis años y era viuda dos veces.

No habia tenido hijos.

Se casó la primera vez á los trece años, y á los tres meses de casada, un navajazo dado por la espalda al marido por un envidioso (que se curó de la envidia con tal arte que nadie supo que se habia curado,) la dejó viuda.

Petrilla lloró mucho, alborotó la vecindad, se mesó los cabellos y se la enjugaron las lágrimas mucho antes de que acabase de caer la tierra sobre el cuerpo del difunto.

Un año despues, se casó con un nieto del maestro de altas obras de la villa de Madrid, que tuvo el disgusto de ver ahorcar á su nieto por el pregonero, dos años despues de casado, gracias á que la sala de señores alcaldes comprendió lo monstruoso de que un abuelo ahorcase á su nieto y le dispensó de la alta obra, encajándosela al pregonero, teniente obligado del verdugo.

~~¡Hermosos detalles del patíbulo, cuya originalidad está perdida en aquellos tiempos!~~

Hoy, cuando el verdugo de la localidad está imposibilitado de cumplir su alta mision, se pide á otra audiencia otro verdugo que es remitido en pocas horas.

~~Beneficio de los ferro-carriles, que favorece á los pregoneros.~~

Caliche, que asi se llamaba el suspendido, se habia emborrachado, habia tenido una grave reyerta con Petrilla; la habia fracturado una clavícula de un puñetazo; la muchacha habia puesto el grito en el cielo, y Caliche para consolarla, la habia dicho estas tremendas palabras:

—De poco te quejas: guárdate otra vez, no te busque el corazon como se le busqué á Bartolo.

Despues de esto, Caliche se fué á la taberna, de donde á la media hora le sacaron los alguaciles para empozarle en una mazmorra de la cárcel de Villa.

La muchacha, fracturada, magullada, abofeteada, hecha una lástima, olvidando en su irritacion que adoraba á Caliche, sintiendo una reaccion de amor, ficticia hácia su primer hombre asesinado, se fué á casa del alcalde de barrio y le dijo, descubriéndose sin pudor el seno para enseñarle la clavícula, sobre la cual habia un horrible golpe morado y sangriento:

—Mire su merced cómo me ha puesto el asesino de Bartolo.

—¿Y quién era Bartolo? dijo el alcalde, devorando con una mirada indiscreta, inconveniente en una autoridad, la escesiva belleza de las formas de la muchacha.

—Bartolo era mi primer marido.

~~—¡Ah!~~

~~—Sí,~~ el que encontraron hace dos años partido el corazon de un navajazo, y borracho, en la calle del Tribulete.

—¿Borracho y muerto, muchacha? dijo asombrado el bueno del alcalde.

—Sí señor, dicen que echaba mas vino por la boca que sangre por la herida.

—¡Ah! ¡ya! ¿y quién es el asesino de Bartolo tu primer marido?

—Caliche.

~~—¿Y quién es Caliche?~~

—Mi segundo marido.

—¡Ah! ¡eh! ¡oh! esclamó el alcalde asustado; y ¿cómo has tomado por marido, bribona, al que mató á tu esposo?

Habia en aquel alcalde algo de buen gusto respecto al lenguaje: habia dicho esposo para evitar una repeticion mal sonante.

Grande comodidad de los sinónimos.

—Caliche mató á Bartolo sin luz y sin moscas, dijo la muchacha cubriéndose el seno; y en fin, yo no lo sabia; y por último, yo no sé si lo mató; porque al fin Caliche está borracho, me lo ha dicho esta noche, y de los borrachos no hay que hacer caso: haga cuenta su merced de que no le he dicho nada y mande que me lleven al hospital para que me compongan este hueso.

Era que en Petrilla se habia efectuado la descomposicion de un cuadro disolvente: la brutalidad de Caliche la habia irritado, la habia puesto fuera de sí, y habia aparecido envuelto en un recuerdo ardiente Bartolo.

La irritacion habia pasado; Bartolo habia ido desapareciendo y habia quedado en su lugar Caliche; pero el mal ó el bien estaba ya hecho.

El alcalde envió al hospital en calidad de presa á Petrilla, y mandó prender á Caliche que fue arrestado en la taberna, donde en presencia de algunos testigos y á causa de su terrible borrachera, habia tambien revelado su crímen.

Se sobreseyó en el proceso respecto á Petrilla, porque se probó que no habia méritos para proceder contra ella.

A los dos meses se dió de alta en el hospital á la chica.

Esta se fué desde el hospital á la plaza de la Cebada, para tener el consuelo de ver por última vez á su adorado Caliche.

Aquel dia el pregonero ahorcaba al nieto del verdugo.

Petrilla se estuvo allí hasta que no perneó, y se volvió para su casa murmurando:

—He nacido con desgracia: esto es cosa fuerte: hay que buscar otro marido: ¿y qué persona regular se casa con la viuda de un ahorcado que era nieto del verdugo?

Si Petrilla hubiera podido adivinar que existia en el mundo el sopista Lamprea, se hubiera tranquilizado.

Por aquel tiempo Marcos Cazurro estaba acabando de matar por una doble inanicion á la señora Verónica.



Veamos cómo se habia casado Lamprea.

El espacio á que le habia arrastrado Baltasarote era un subterráneo de tres naves, sostenido por pilares de ladrillo y argamasa, con bóvedas de medio punto cuya altura apenas mediria tres metros, por tres de anchura de pilar á pilar en la nave del centro, y de dos, desde el pilar al muro, en las galerías laterales.

Los muros, los pilares y la bóveda, estaban cubiertos de un revestimento mucoso, lo que demostraba que aquel era un algibe.

La estension longitudinal de este algibe era de treinta metros, puesto que se contaban en el sentido de la longitud diez arcos.

A los dos lados, es decir, en las dos galerías laterales, habia mesas de trabajos, y sentados junto á ellas algunos obreros.

Se sentia por todas partes el ruido especial del martillo del forjador de plata ú oro, el leve ruido de la lima, el zumbar de pequeños volantes, el hábito especial, la vida, en fin, de un gran taller de platería.

Habia á lo menos sesenta obreros.

La multitud de velas de sebo que alumbraban el trabajo de estos hombres, determinaba la especie de neblina humosa que llenaba aquel espacio.

—¡Ah! esclamó Lamprea al ver aquello.

—Sí, contestó Baltasarote. Y siguió tirando de Lamprea.

III.

Al otro estremo del algibe, Baltasarote empujó otra puerta y pasó con Lamprea.

Este sentia detrás de sí las incitantes pisadas de Petrilla; pero no se atrevia á volver la cabeza.

Además, Baltasarote le arrastraba con demasiada rapidez.

El espacio en que habian entrado era una escavacion oblonga de seis metros de ancho por seis de alto, de forma irregular, en cuyos lados, ~~en cuya parte superior~~ el pico habia dejado dentellones, irregularidades, líneas caprichosas, sobre la greda dura y viscosa que constituia aquella capa.

IV.

Un solo farol ahumado, pequeño, clavado en la parte media de la longitud del lado derecho, dejaba escapar una escasa y turbia luz, ape-

nas bastante para hacer perceptible las dimensiones y los accidentes en conjunto de aquel hueco.

Al fondo, la sombra era densa.

—Cuidado con despertar á los que duermen, dijo Baltasarote; pisa con tiento.

—¡Ah! ¡este es un dormitorio! dijo Lamprea.

—Sí, un dormitorio de muertos, contestó Baltasarote.

—Un cementerio; tanto da como dormitorio, dijo Lamprea luciendo su erudicion; porque cementerio significa dormitorio de la muerte.

—Me pareces un buen muchacho, dijo Baltasarote.

—¿Por qué?

—Porque sabes que vas andando sobre muertos y no tienes miedo.

—¿Y por qué he de tenerle?

—Es verdad: se les echa demasiada tierra encima á los muertos para que puedan levantarse, dijo Baltasarote.

Aquel diálogo en aquel lugar, tenia mucho de espantoso.

El sopista y el bandido hablaban friamente del crímen; porque solo el crímen podia haber llevado cadáveres á aquel ántro.

V.

Entre la densa oscuridad del fondo, á que habian llegado rápidamente, Baltasarote empujó otra puerta, y se encontraron en una escavacion circular, cubierto el suelo por pedazos de alfombra vieja, blanqueada la tierra cortada á pico, con mas regularidad que en el espacio anterior.

Dos camas bastante cómodas, algunas sillas, un armario de pino y una mesa en que ardia una lamparilla delante de un pequeño cuadro al óleo en cobre representando una Vírgen de los Dolores, componian el mueblaje.

Habia además, sobre aquella mesa un gran velon de metal de cuatro mecheros, y sobre un mantel muy limpio, restos de una cena, dos botellas en que quedaba algun vino, un bote de conserva y pan.

Lamprea, que era escesivamente observador, por instinto y por costumbre, notó que los cubiertos eran de plata, y los platos y la fuente, en que habia restos de un guisado de carne, de porcelana de la China.

—¡Ah! dijo para sí el sopista; esta gente se trata bien.

—Siéntate, dijo Baltasarote.

—Toma tu sombrero, dijo Petrilla.

Entonces la vió Lamprea.

Al verla sintió una especie de congestion en el alma, por decirlo así; una incubacion poderosa, un sacudimiento terrible.

Petrilla habia absorbido su sér en un solo momento, le habia aturdido, dominado, desconcertado, anonadado, embriagado, trasformado: porque cuando un hombre que no ha amado nunca, ama de improviso, al choque de una hermosura portentosa, inconcebible, casi ideal, se trasforma; porque abdica de sí mismo, y se constituye sin voluntad, sin resistencia, mas aun, con placer, con alegría, con enloquecimiento, en esclavo de la mujer cuya hermosura le fascina, y absorbe su sér, sus aspiraciones, su pensamiento, su actividad, su vida entera.

VI.

—¡Como todos! dijo con un orgullo brutal Baltasarote al notar el trastorno que habia causado en Lamprea la escesiva hermosura de Petrilla: vales un tesoro, hija mia, y siento mucho que te me hayas enamorado de este palomino aturdido: te me inutilizas, te me rompes, te me conviertes en una cosa que para nada sirve: como si lo viera: vas á negarte á atraer señores: me parece que los que están ahí mas allá tendidos no tendrán mas compañeros: guardarás todas tus sonrisas, todas tus miradas, todos tus suspiros para este imbécil: ¡al diablo el amor! es una enfermedad que inutiliza á las gentes, las emboba y las hace despreciables; pero no le hace; yo tambien entontecí por tu madre, y si este diablo te hace feliz, me alegro: somos ya bastantes ricos, y yo soy muy buen padre: sea enhorabuena, muchachos; ¡qué diablura! vamos, hablad: ¿qué haces tú ahí con los ojos bajos, y encendida como un pimiento? ¿Estarias doncella del corazon, muchacha?

—Yo creo que sí, contestó con voz apagada y ardiente la jóven.

Lamprea sintió un zumbido sordo en los oidos.

Una inflamacion, una espansion de la sangre, como si la sangre, no cabiendo en sus arterias hubiese hecho un esfuerzo para romperlas.

Se le nublaron los ojos, se apoyó en la mesa, y se dejó caer sin fuerzas sobre una silla.

Hé aquí lo que era la muchacha.

Baltasarote durante su discurso, habia encendido los cuatro mecheros del velon, y una luz bastante fuerte iluminaba de lleno á Petrilla.

En los séres humanos no hay lógica entre la forma y el espíritu.

La naturaleza libre, espontánea, prodigiosa en sus obras, admirable cuando produce la armonía de la belleza, hasta en los mas pequeños detalles, mejora la estátua de Fidias, que no es otra cosa que un conjunto poético, idealizado, divinizado de una y otra parte bella, robada á la naturaleza.

Esas armonías producen la fascinacion que embriaga en quien las mira, y que constituye el amor en toda su intensidad.

Se ha visto al ángel: y como no puede verse al ángel sin morir, la voluntad muere; el sér enamorado se trasforma; el que le enamora es su señor.

Cuando un hombre y una mujer se impresionan recíprocamente de este modo, resulta un solo sér loco; un sér idólatra que se reconcentra en sí mismo, que solo para sí mismo vive; que goza de una felicidad punzante, que toma á veces el carácter de una enfermedad mortal.

VIII.

Pero generalmente, esta grande armonía de la forma, de la espresion, de la mirada, del acento, de la palabra, de la manera, de la actitud, no está en armonía con el espíritu.

La mujer, ángel en la forma, felicidad para un hombre, suele ser un espíritu grosero, sórdido, malvado; un demonio, un ángel caido, una actividad prodigiosa para el mal: un alma incapaz de la compasion, de la caridad, de la dulzura: una organizacion terrible, que puede constituir la felicidad candente del hombre que absorbe sus deseos, sus propensiones, su actividad; pero que por lo mismo que con sorpresa suya siente lo bello, lo grande, lo sublime, lo abnegado, esto es, el amor, exagera sus perversas propensiones contra todos los que no son el hombre amado.

Esto era Petrilla: forma de arcángel glorioso; alma de réprobo.

Esta era un cuerpo de arcángel con una alma de réprobo.

IX.

Hay bellezas que se niegan á la descripcion, que el poeta ve y comprende; pero que no puede hacer sentir y comprender á los que no la han visto, por medio de una descripcion.

El pintor delante de ellas, se desespera, se encuentra sin paleta; arroja las brochas y reniega del arte, que es insuficiente para fijar la vida en el lienzo.

La naturaleza ha dado á todo lo venenoso, á todo lo mortal, una exhuberancia de formas, de color y de efecto imposibles de reproducir.

Copiad el delicado color de la flor de la adelfa; reproducid los cambiantes tornasolados de la escama de la serpiente cuya mordedura produce la muerte: imposible.

La convencion, el tono, los contrastes, pueden reproducir un bello paisaje, una mujer, hasta cierto punto ideal; pero las grandes bellezas, reales, vivas, tangibles, admirables; las estremadas exhuberancias de vida, de forma, de color, de espresion, constituyen el mas allá desesperante de lo bello y de lo verdadero á que el arte no alcanza.

El arte es una convencion: en absoluto, el arte no existe: es impotente.

Dios ha puesto en todo el valladar de la soberbia humana: la terrible frase: adelanta, sigue, camina sin descanso: no llegarás nunca á mí.

X.

Petrilla era uno de estos seres exhuberantes: ni alta ni baja, ni gruesa ni delgada, esbelta y lánguida, contornada, modelada con un lujo inconcebible, de trasparencia en la tez, de gracia y de pureza en las líneas, de morbidez turgente.

Parecia que se trasparentaba algo divino, algo superior al través de su sér.

Como los grandes esfuerzos del diseño griego, tenia los ojos de un grandor escesivo, los enormes ojos de Juno; ojos que parecian robados á un gigante, ojos negros y lúcidos, con el brillo de una juventud escesiva, de una alma candente, dulces, hermosos, ensombrecidos por una largas,



PETRILLA

espesas y curvas pestañas negras, cuya prodigiosa longitud se notaba al contemplar aquel delicioso perfil antiguo; aquella nariz recta, pura, admirable; aquellos labios frescos, húmedos, rojos, de una inflexion encantadora: la dulce curvatura de las mejillas, la gracia de lineamento de las cejas; el tesoro de cabellos negros y ondulantes, cárdenos en sus reflejos en fuerza de su negrura, recogidos atrás en gruesas trenzas, descansando sobre la espalda, formando lo que se llama una castaña; la garganta larga, esbelta, alzada como una columna de alabastro sobre el torso; los admirables globos del seno; el talle nervioso, fuerte, cimbrador al andar sobre las anchas caderas; los hombros marcadamente curvos; los brazos y las manos incomparables; y cubriendo lo que no puede describirse, un trage de lana de luto, ajustado á la parte superior del cuerpo y á los brazos, de poco vuelo en la falda, dejando ver tentadoras formas, y corto lo bastante para que pudiese admirarse un pie pequeño, gracioso, mórbido, calzado por un pequeño zapato descotado, y la fina garganta de una pierna incomparable.

En el cuello tenia una estrecha cinta de terciopelo negro, y una cruz de azabache.

En las pequeñas orejas, arracadas de oro con esmalte negro.

En las preciosas manos, rompiendo el luto, seis ú ocho sortijas de brillantes.

Tal era Petrilla.

Su luto hacia resaltar la luminosa blancura de su tez, como sobre un fondo de sombra, brilla mas una luz.

Aquel luto era por Caliche, por su segundo marido.

Hacia once meses que le habian ahorcado.

Petrilla iba á cumplir pronto, poco antes de que terminase el luto, sus diez y seis años.

XI.

Nada tenia de inconcebible, atendida la singular, la estremada belleza de la muchacha, que Lamprea al verla hubiese caido de improviso en el abismo sin fondo del amor.

Además, Petrilla le embriagaba con su mirada, le envolvia en la mágia de la virginidad de su alma.

Acaso por primera vez habia pudor, caricias virginales, asombro,

alegría, fuego sacro en la mirada de aquella muchachuela, usada como un aliciente irresistible para el crímen.

Lamprea valia lo bastante para fascinar á una mujer del género de Petrilla.

Era blanco, rubio, jóven; sus ojos azules tenian una graciosa y audaz malicia, una viveza apicarada, una elocuencia sensual, y una fresca belleza, que ocultaban un alma de lobo.

Era pálido, con la palidez que produce el exagerado fuego del alma.

Tenia una gran gentileza.

Las bayetas de estudiante llevadas por él, eran mas que bayetas; porque eran elegantes, con esa elegancia que presta á las ropas el ser bien llevadas.

Hay criaturas sobre las cuales, una capa, un manteo, un harapo, toman una plegadura siempre graciosa, siempre bella.

Lamprea, sin ser hermoso, era sumamente simpático, gracioso, bonito, sin tocar en la afeminacion.

Petrilla le habia visto dos veces en la puerta de la iglesia de los Italianos, se habia enamorado de él, habia preguntado su nombre, y se lo habian dicho.

Esto fue una fortuna para Lamprea.

De otro modo acaban con él los duendes de la calle Real del Barquillo.

I.

Baltasarote era una especie de ogro; un hombre grande, ~~abultado~~, membrudo, abrutado, de semblante chato, salvaje, y no se comprendia que pudiese haber sido el progenitor de aquella admirable criatura.

No tenia de hermoso mas que los ojos, grandes, negros, penetrantes, recelosos, sombríos, duros, brillantes con un fuego opaco; ojos que acusaban una raza que no puede desconocerse.

Baltasarote era gitano: gitanos eran tambien, se nos habia olvidado decirlo, los ojos de Petrilla.

Baltasarote tenia la cabellera cana, crespa, rígida, larga como la de una mujer, recogida en una redecilla de seda verde: la camisa con gran cuello y gran chorrera, sujeta por dos botones de diamantes; chaqueta larga, color de ceniza, con hombreras, adornos y alamares negros; chupa y calzon corto y ancho, del mismo color de la chaqueta; ancha faja

de finísimo estambre negro, revuelta desde debajo de los brazos hasta mas abajo de las caderas; una gran cadena de oro perdiendo sus estremos en esta faja; media blanca de seda con cuchillos negros bordados, y zapato alto de becerro blanco.

Por entre uno de los repliegues de la faja asomaba una de esas terribles armas que hoy se conoce entre la baja canalla con el nombre de *Santo ólio*, que antes de que la metáfora se hiciera vulgar, se llamaban guiferas; arma terrible, corta y ancha, de media luna, con cachas de cuerno, bastante curvas y afiladas para poder desollar con ellas una res, y bastante agudas á causa de la media luna de su parte posterior, para causar una herida penetrante.

~~Esta arma ha sido usada~~ desde muy ~~antiguo por los carniceros, y por los que no tenian de carnicero mas que lo asesinos~~.

XIII.

Baltasarote se mostraba á todas luces disgustado, contrariado; como habia dicho muy bien, el amor le inutilizaba su hija; se la ponia fuera de juego, fuera de combate, la abstraia, la concentraba en un hombre á quien Baltasarote no conocia, de quien no podia fiarse.

¿En qué utilizaba Baltasarote á su hija?

XIV.

Abramos el armario: encontraremos las tablas cargadas de ~~ropa, ya blanca, ya de paño ó seda~~ trages del padre y de la hija: No importa; oprimamos un resorte en el lado interior derecho del armario, entre la tercera y cuarta tabla: se abrirá el armario, llevando consigo las tablas y la ropa: quedará descubierta una escalera muy estrecha de caracol, cuyos peldaños y cuyo eje son de madera.

Aquello ha sido ~~antes~~ un pozo.

Subamos: podremos contar ciento treinta peldaños.

Saldremos á una habitacion baja y húmeda que no tiene mas que una puerta.

~~Abramos~~ aquella puerta.

~~Al cerrarla veremos que~~ es otro armario.

A ser de dia veriamos una salita esterada de blanco, con dos balcones

cerrados con hojas de pequeños vidrios verdes ; un sofá de paja cubierto y revestido en su respaldo y en sus brazos por almohadones con forro de damasco verde ; sillas de nogal con asiento de red de junco ; una mesa grande de nogal, entre los dos balcones, con una urna en que hay un San Antonio ; encima un cuadro grande bastante bueno, que representa la Adoracion de los Reyes Magos ; á un estremo de esta sala, una puerta con colgaduras de damasco verde ; al otro una puerta vidriera con cortinas iguales ; las paredes blancas ; sobre ellas estampas místicas en marcos negros ó de caoba, acá y allá, en desórden ; rinconeras con floreros, y en los floreros ramilletes artificiales ; el techo de bovedillas sobre viguetas pintadas de azul ; felpudos alrededor, delante del sofá y de las sillas ; un brasero de cobre, grande y limpio, lleno de cisco de tahona, en una gran tarima de nogal.

Los balcones dan á la plazuela de las Comendadoras : la casa consta solo de piso bajo y principal.

A ella, por la parte posterior está adherido un huerto que, prolongándose por el lado izquierdo de la casa, está resguardado de la calle por una tapia de dos metros y medio de altura, con caballete de tejas y una reja en el centro.

Por la reja se ven los árboles del huerto, los cuadros de hortaliza y de flores, las espalderas de madre-selva y jazmin, y un pozo con cuya agua, sin duda, se produce la lozana vegetacion del huerto.

En la planta baja de la casa hay un pequeño ingreso empedrado; una salita con reja á la calle, y dormitorio en el fondo á la derecha; á la izquierda otra sala mayor, con dos rejas á la calle y dos dormitorios: mirando al huerto, á la derecha, una estensa cuadra en que hay algunos hermosos caballos y algunas magníficas mulas ; á la izquierda algunas habitaciones bajas, destinadas á los mozos de cuadra ; una gran cocina, un comedor y una estensa despensa.

En el piso superior, á mas de la sala que hemos indicado, y del dormitorio que tiene balcon á la calle, otra sala pequeña, independiente, con otro balcon y otro dormitorio; á la derecha algunas pequeñas habitaciones y un recibimiento oscuro por el que se entra á la sala principal.

Esta era la casa pública del rico chalan Baltasar Otero alias Baltasarote, donde desde que enviudó de su segundo marido, vivia la hermosa Petrilla.

Todos en aquella casa eran gitanos: los mozos de cuadra, dos criadas y una vieja que se llamaba la tia Badila, sin duda porque ~~siempre habia sido~~ larga, estrecha y aplanada, que servia de ama de gobierno á Baltasarote y de acompañante á Petrilla cuando salia á paseo al Prado de San Gerónimo las tardes que hacia bueno, en el invierno; á las huertas de Rocoletos en las mañanas de verano; á la comedia por la tarde cuando llovia y á misa todos los dias de precepto á la Iglesia á donde concurria ~~mas~~ gente principal.

XV.

A Baltasarote no se le conocia otra industria que la de tratante de ganado caballar y mular, y era el jefe de los chalanes de Madrid.

~~No se vendia un borrico, de cuya venta no se diese conocimiento y alcabala á Baltasarote, ó por mejor decir,~~ no se vendia una sola bestia en Madrid, que no hubiese sido suya y pasado de su dominio al de los revendedores.

Con las casas grandes se entendia Baltasarote directamente, y aun la casa Real se valia de él para la adquisicion de tiros.

El continuo roce con gente grande, durante muchos años, habia civilizado á Baltasarote.

No hablaba caló mas que con los gitanos, ~~y ya hemos visto que hablaba con cierta facilidad y aun con cierta elegancia~~.

XVI.

Se le tenia por rico y lo era.

Pero la causa principal de su riqueza no debia buscarse en su industria pública, sino en su industria oculta, subterránea, encubierta por el mas profundo misterio.

El taller que hemos visto, no era ciertamente de platería, sino de alhajas falsas que salian de allí, para ser vendidas en un alto precio por pilletes esportilleros y tunantes; por canallas de plazuela que acechaban al incauto, le engañaban y le hacian creer que habia comprado muy barato una alhaja, una cadena, un cintillo, un relicario que tenia todas las apariencias de una alhaja de valor.

Estas ventas se hacian en un portal oscuro ó en una calleja fuera

del alcance del ojo de la policía, y el que las compraba cometia, dentro de su conciencia un crímen, que era providencialmente castigado con la falsedad de la alhaja, porque creia que era robada, lo cual no le impedia comprarla.

En aquel taller se acuñaba tambien moneda falsa de plata y oro.

Los prestamistas, los judíos bautizados, con los cuales se entendia Baltasarote, se encargaban de la circulacion de esta moneda.

XVII.

Petrilla no intervenia en ninguno de estos negocios.

Y sin embargo, los negocios que hacia Petrilla eran los que mas habian enriquecido á Baltasarote.

A los trece años, y gracias al prematuro desarrollo físico de las gitanas, Petrilla era ya la hermosa mujer que hemos procurado describir.

Se habia criado entre el crímen.

Su alma se habia secado antes de llegar á la edad de la reflexion.

Estaba preparada para todas las prostituciones, para todas las infamias, menos para la prostitucion vulgar de la mujer.

Empero, sin embargo, á los trece años, aleccionada por su padre, casada ya con Bartolo, que era hijo de un rico carnicero de Maravillas, empezó á los trece años, decimos, y autorizada por aquel marido que solo le vivió tres meses, á representar el papel de una cortesana especial, mas claro, el papel de gancho de asesinos y ladrones, sirviéndola de medio su maravillosa hermosura.

Petrilla vestia como una dama, cuando iba á caza.

Acompañábala decentemente vestida la tia Badila, y como toda mujer verdaderamente hermosa, es de todo punto elegante y distinguida, los que no la conocian la juzgaban hija de una buena familia á la que acompañaba una antigua criada.

Petrilla era seguida, solicitada: mostrábase altiva y desdeñosa, y los enamorados se agarraban, en su desesperacion, á la tia Badila, que tenia un grande olfato para conocer si el pretendiente era ó no buena presa.

La tia Badila, cuando caia en la tela de araña una de aquellas moscas gordas rellenas de oro, á su primera demanda, le daba una contestacion que parecia tener aprendida de memoria.

olfateaba

haber

—No nos siga ~~vuesa merced~~; es muy peligroso; la niña tiene padre y hermanos muy principales y de muy mal genio: podria haber una desgracia: si ~~vuesa merced~~ viene bien venido, tiempo queda para verlo, ¿y quién sabe? ella no ha querido, porque es muy niña, ni entiende lo que es querer: un poco de paciencia, señor, que esperando se gana el cielo: váyame ~~vuesa merced~~ á esperar esta tarde á las Carmelitas Descalzas, ~~donde está el jubileo~~, y veremos si puede remediarse su mal: y váyase, porque la niña va poniendo mala cara de ver que hablamos bajo y pudiera echarse todo á perder.

El enamorado asistia por la tarde á la puerta de la iglesia.

La tia Badila acababa de informarse mañosamente de si el galan merecia la pena ~~de llevar adelante el negocio~~: si asi era, la tia Badila le decia:

—Mucha reserva, señor don Fulano; ni á su camisa diga ~~vuesa merced~~ lo que va á oir: la niña es muy amiga de una beata que vive en la calle de Jesus y María, número ocho, y vá á comer con ella todos los viernes: váyase vuesa merced este viernes antes de las once, (entonces se comia á las doce) que ya tendré yo advertida á la beata, y ésta dirá que ya le conoce ~~á vuesamerced~~ hace mucho tiempo, que es un buen caballero, que le ha convidado á comer, y todo lo que venga á cuento para que la niña no desconfie y pueda ~~vuesa merced~~ ir haciéndose lado con ella.



El pretendiente de Petrilla acudia el viernes á las once á la casa indicada ~~y cuya puerta se abria~~.

Inmediatamente era sorprendido, sujeto: se le tapaban la boca y los ojos; se le arrastraba á los subterráneos y se le hacia escribir una carta para su familia, en la que espresaba estar ~~amenazado de muerte, que sobrevendría si no se enterraba en este ó aquel lugar á alguna distancia de Madrid~~ secuestrado hasta tanto que no entregase, tal ó cual cantidad, con arreglo á la fortuna del preso.

Estas cartas llevaban siempre una terrible posdata.

«Si se da parte á la justicia y se detiene y se prende á la persona que vaya á recoger el dinero, don Fulano de Tal, será muerto.»

Inútil es decir, que no se daba parte á la justicia y ~~se ponia~~ que se entregaba el dinero ~~en el lugar indicado~~.

El preso, sin embargo, no parecia.

Aquel lóbrego espacio subterráneo, por donde habia pasado Lamprea llevado de la mano por Baltasarote, habia tragado un cadáver.

Baltasarote tenia enterrado en aquel mismo antro, un tesoro compuesto de cantidades que correspondian á otras tantas víctimas.

Hé aquí para lo que utilizaba Baltasarote á su hija.

CAPITULO VI.

Unas palabras sobre lo que fue.

I.

La supersticion, terrible enfermedad del entendimiento, que embrutece y coarta el libre ejercicio de la razon, protegia estos crímenes en aquella lamentable época en que la ignorancia comun era la base en que se asentaba el organismo absurdo que establecia el predominio de castas ambiciosas y soberbias.

En los subterráneos, donde no penetra la luz, la atmósfera es infecta: la sombra continua produce el lodo, y el lodo los reptiles.

Alguna vez la ley, ciega, siente sobre sí el frio roce de uno de estos reptiles, lo coge y lo destruye.

Sin embargo, allá, en las tenebrosas concavidades de la sombra, los reptiles bullen desconocidos: no se les ve, no se les encuentra, no se les puede destruir.

¿Qué importaba?

El pueblo fanático acudia á ver un auto de fe; se quemaba á algunas viejas hediondas, á algunos séres abyectos con toda la terrible y espantable solemnidad con que el Santo Oficio quemaba aquellos reptiles asquerosos que habia sorprendido entre las tinieblas.

¿Por qué se les quemaba?

Por brujas; por brujos; por prácticas abominables; por ridículos pactos con el diablo.

La Inquisicion, castigando á fuego aquellos delitos, reconocia la existencia de las brujas, de los endemoniados, de los convenidos con los espíritus infernales; sostenia la supersticion; tenia fija siempre la vista sobre el libro que se publicaba con grandes dificultades: importaba poco que el libro estuviese escrito con tan candorosa licencia que lastimase el pudor.

¿Qué mas daba? Siempre que el libro no contuviese nada que atacase al múltiple poder existente del rey absoluto, del noble, del fraile, del golilla, de la turba multa que constituia la pesada y funesta armazon de entonces, el libro podia correr.

Pero si el libro arrojaba de sí un solo destello de luz, desdichado del autor; estaba contaminado, era un hereje, un impío, un réprobo: no habia mas medio para librarse de la purificacion del fuego, que la retractacion solemne y sin condiciones.

El auto de fe se reducia al libro, y el autor salia del paso con una prision en un convento, á pan y agua, entregado á un fraile que le reponia en toda la pureza de su fe.

Que se encontraba un libro luterano puesto con mala intencion, por algun enemigo, en el estante de algun ardiente católico: que la denuncia y el registro se habian sucedido tan inmediatamente que el calumniado no habia tenido tiempo de ver la intrusion de aquel terrible volúmen en su estante: *Nulla est redemptio*. De nada servian ni las protestas ni las pruebas: el tormento se encargaba de hacer confesar al acusado.

Cierto es que la declaracion prestada en el tormento no era válida si no se ratificaba despues; pero el recuerdo de los horribles sufrimientos pasados aterraba á aquellos, infelices y por temor de ser sujetos otra vez á la prueba de los cordeles ó del potro, ratificaban su confesion.

La retractacion en estos casos, el arrepentimiento, las lágrimas, las protestas, hacian que no se encendiese la hoguera.

Pero venia la reclusion perpetua, el ayuno á pan y agua todos los viernes del año, los ejercicios continuos, la muerte del alma, la agonía del cuerpo.

Aquel régimen asía á la multitud con garras de leon.

II.

La enseñanza se reducia á la nulidad.

En las universidades solo se enseñaba una filosofía formulada, rancia, subordinada á las preocupaciones; teología, cánones y derecho. Todo en latin, todo inarmónico, todo infecundo para producir la ilustracion de la inteligencia.

Aquellas gentes que tenian en sus manos los resortes del gobierno, eran una especie de vampiros, á los cuales causaba horror la luz, y que devoraban cuanto exigia su voraz, su incontinente apetito entre la sombra.

El rey era el árbitro de todo.

El noble se abrogaba privilegio sobre privilegio, onerosos todos, todos insoportables, á costa de los desheredados.

El siervo de la gleba regaba con su sudor sangriento el profundo surco de donde tenia que sacar tributos, alcabalas, censos, diezmos, primicias y no sabemos cuántos impuestos, cuántos gravámenes, cuántas injusticias, cuántas tiranías.

El usurero esplotaba la necesidad del pobre, causada por múltiples exacciones.

El proletariado se aumentaba.

El embrutecimiento crecia con la miseria.

Y con la miseria y el embrutecimiento, los crímenes.

III.

Matad el espíritu de un pueblo, materializadle, hacedle supersticioso y fanático, hacedle creer sacrílegamente en un Dios rodeado de sombra, de una sombra terrible poblada de espectros; azotad á ese pueblo, abofeteadle, envilecedle, obligadle á que se arrastre á vuestros pies degradado, desangradle, estranguladle; hacedle contraer horror á un trabajo infecundo; realizad en todos los sentidos posibles el *Sic vos non vobis* de Virgilio, y no estrañeis que los caminos se pueblen de bandidos: que en esa gran sentina de miseria que forma lo profundo de todas las grandes poblaciones hiervan, se agiten, fermenten séres repugnantes determinando una infeccion social.

No os estrañen el monedero falso, el asesino tenebroso, el ladron que penetra en el perfumado gabinete de una duquesa en busca de su aderezo, no; habeis embrutecido á los desheredados, los habeis sobrecargado de miseria, los habeis desnaturalizado: á falta de la inteligencia habeis desarrollado en ellos el instinto del mal y la astucia del crímen: no hay nada que los defienda: son materia, no mas que materia, y materia corrompida.

Habeis degradado al ser humano en provecho propio, y de las degradaciones no pueden nacer mas que infamias.

Vuestra es la culpa de todas las prostituciones del pobre.

Vuestra la culpa si un dia los desdichados, en el último límite de la desesperacion, obedeciendo á los instintos salvajes que habeis producido en ellos, cuentan sus cabezas, se sienten fuertes, se sublevan como una sola fiera, y lo rompen todo, lo ensangrientan todo, y descansan de su horrible tarea de esterminio sobre cadáveres despedazados á la roja luz del incendio.

Los embrutecimientos producidos por la tiranía, el sufrimiento de los pobres, llevado al último límite; el hambre, el frio, la desnudez, la desesperacion, engendran á 1789, que es padre de 1793, padre del Terror.

IV.

¿Y qué es lo que produce esas violentas catástrofes, en que todo es horrible? el egoismo de unos pocos soberbios; la tenacidad de conservar hoy lo que pudo ser ayer, y lo que no puede ser mañana, porque lo impide la voluntad de Dios.

CAPITULO VII.

Un bachiller utilizado por un ladron.

I.

El organismo social, moral y religioso de España en 1725, bajo el reinado del nieto del gran Luis XIV, debia producir, y producia, las enormidades que dejamos relatadas.

El pais despoblado, inculto en su mayor parte, empobrecido, desangrado, ignorante, miserable, fatigado por las continuas y dispendiosas guerras de la Casa de Austria, acabado de empobrecer y de fatigar por la larga guerra de sucesion, no podia producir nada que no fuese desconsolador.

La miseria del pobre era horrible; creciente la presion de las clases privilegiadas.

El falso brillo de una gloria funesta, adquirida por nuestras armas durante los reinados de Cárlos V y de Felipe II, se habia ido apagando en los de Felipe III y Felipe IV; y por último, se habia hundido en la noche.

Cervantes, Calderon, Lope de Vega, Quevedo, Tirso de Molina, Fray Luis de Leon, Herrera, los grandes ingenios, en fin, que habian constituido nuestra gran pleyade literaria, no habian tenido sucesores.

Nuestro ejército, si es que ejército se podia llamar un puñado de sol-

dados, ni aun echaba de menos generales como Antonio de Leiva, el duque de Alba, el marqués de Pescara, el de Espínola, y otros tantos que hicieron respetable á España por su incontrastable fuerza.

Ya no se oia el doblar de los atambores de nuestros valientes tercios.

Nuestro sangriento laurel se reducia á polvo.

Nuestra bandera se apolillaba plegada, ansiosa del aire de la campaña.

Inglaterra tenia una parte, á costa de nuestra vergüenza, en nuestro territorio.

El sol que habia alumbrado nuestra soberbia, al asomar por el Oriente iba á enrojecer nuestro oprobio, inundando de luz el Peñon de Gibraltar.

En cambio en los pueblos, chicos y grandes, el hermano del pecado mortal hacia sentir el terror de un misticismo absurdo á los vecinos.

Los rosarios atravesaban con gran pompa las calles; las bóvedas de las iglesias dejaban óir entre tinieblas el ruido de las disciplinas; los frailes se multiplicaban; los impuestos crecian; la tiranía de la Casa de Austria se habia aumentado con el resabio de la tiranía francesa; Felipe V era una parodia de Luis XIV; las carreras públicas, las que conducian á los altos puestos, solo estaban abiertas á la nobleza: el erario exhausto, aumentaba de una manera verdaderamente espantosa la deuda del Estado.

España se parecia á una gran casa empobrecida, en que los señores comen de fiado y se pretende alimentar á los sirvientes con huesos y piltrafas.

De aquí los bandidos, hijos de la miseria: bandidos en la ciudad: bandidos en el campo: la horca irritada, comprendiendo su impotencia: el hombre de bien sin garantías de ningun género, oprimido por arriba y acechado por abajo.

Nuestro siglo XVIII es el *consumatum est* de la funesta época inaugurada por el gran Cárlos V.

II.

¿Por qué existe en todas nuestras poblaciones la tradicion de tanta casa de duende?

Cuando se ha reconocido cualquiera de esas casas, se ha encontrado un escondrijo lóbrego, una caverna donde se percibe todavía el olor del lobo y donde se encuentran huesos roidos.

La horca, horrendo espectro rojo, producia el duende, espectro ridículo que nadie ha sabido definir, porque nadie le ha visto.

El duende era el escudo contra la justicia; ó lo que es lo mismo, contra la horca.

A la sombra del duende, el crímen vivia seguro, oculto en su lóbrego escondrijo.

III.

Podia decirse, volviendo á nuestro relato, que del mismo modo que Baltasarote era el rey absoluto de los chalanes de Madrid y de su radio, lo era de los duendes de la córte.

Esta especie de hábito fantástico habia encariñado con el misterio á Baltasarote, y de aquí provino encontrase muy cómodo y muy conveniente que el casamiento de Lamprea y de Petrilla fuese secreto.

La muchacha se habia *emperrado*, permítasenos este modismo vulgar, por Lamprea, y no habia medio de quebrar el gusto, que hubiera sido lo mismo que quebrarla el corazon, á una chica que valia tanto.

A mas de esto, Baltasarote, que en quince dias que Lamprea habia estado secuestrado hasta que se efectuó el casamiento, habia tenido tiempo de estudiarle, comprendió que Lamprea como sopista valia un mundo, y que levantarle ostensiblemente á rico y marido de una gitana, era hacerle un mueble completamente inútil.

IV.

Veamos para lo que podia servir Lamprea.

Un sopista, y sobre todo, un sopista simpático, bachiller de la universidad de Alcalá, era un mendigo especial á quien todo el mundo miraba bien, á quien todo el mundo daba, aunque fuese poco, y á quien se recibia en todas partes, con un poco que aguzase su ingenio y su servilismo.

Un sopista de talento, bachiller en cánones y teología, podia servir para lo siguiente:

Para enseñar á leer y escribir, y religion, á las niñas de buenas casas, á quienes no se queria empozar en un convento.

Para ser *corre-ve-y-dile* de las beatas.

Para tener entrada en los conventos, en las celdas y en los secretos de algunos padres graves.

Para esplotar denuncias á la Inquisicion.

Para entrar, en fin, en todas partes, olerlo todo y saberlo todo.

Un prójimo así, es un elemento precioso para una compañía de ladrones.

Se sabe dónde hay dinero, por dónde se llega al dinero; si no hay perro, ó si le hay, las mañas que tiene el perro; los peligros que deben evitarse; las intrigas amorosas de que tantas veces se han aprovechado los bandidos sustituyendo á un amante á quien se sorprende, y penetrando por donde el amante debia haber penetrado.

Para otro millon de cosas, en fin, grandemente útiles para los que se dedican á hacer suyo lo ageno sin la voluntad de su dueño.

V.

Lamprea conoció cuánta razon tenia en querer que el casamiento fuese secreto, su inteligente suegro, y consintió.

Lamprea, á los quince dias de haber sido apresado por los duendes, salió al fin á la calle feliz, porque Petrilla era suya, y porque su suerte, segun él creia, estaba definitivamente asegurada.

VI.

Fuése en derechura á casa del dueño de la enduendada de la calle Real del Barquillo, y como el esceso de la felicidad le tenia pálido y desencajado, el dueño se asustó de verle y le dijo:

—¿Cómo ha escapado vuesa merced, señor bachiller Lamprea? ya le habíamos dado por alma en pena: nunca han movido tan espantable estruendo los duendes como desde el malaventurado instante en que vuesa merced entró en la casa.

—Déjeme, déjeme respirar, señor don Fulgencio, dijo Lamprea compungiéndose; estos son duendes que yo no conozco; me han asendereado; me han molido; me han matado de hambre; me han puesto el

cuerpo á pellizcos que es una lástima, y no sé cómo ni por dónde me he encontrado esta madrugada en la calle.

—Mas cara trae vuesa merced de desenterrado que de vivo.

—¡Ay don Fulgencio! ¡he creido morir esta noche! aquí tiene vuesa merced las llaves de su casa, y que no se me vuelva á tratar de duendes: no quiero nada con ellos: perdone vuesa merced si no le sirvo; pero el apuro en que me he visto no es para que yo vuelva á ponerme en aprieto.

Y se fué á representar su papel de sopista al convento de Santo Tomás.

VII.

Antes, cuando la sopa era su único alimento de veinte y cuatro á veinte y cuatro horas, el desdichado Lamprea la devoraba allí mismo, sentado en un rincon del claustro y le sabia, como suele decirse, á gloria.

Pero amado por Petrilla, cuidado á cuerpo de rey por ella, la sopa se le hizo nauseabunda, y sin embargo, la devoró.

Lamprea valia un tesoro.

Comprendia hasta qué punto le obligaba el compromiso que habia contraido; cumplia con su deber.

VIII.

Habia sido franco y leal con Baltasarote.

Le habia revelado el escondrijo que tenia en la cochera de la calle de los Mancebos, y aquel robo fue sacado de su lugar y entregado á Baltasarote.

Este no fue franco ni leal con Lamprea.

El sopista no supo dónde habian ido á parar las alhajas y los doblones de Verónica, ni las alhajas de la iglesia de San Andrés.

Petrilla, que no tenia secretos para el hombre de su primer amor, si no de su primer matrimonio, le dijo ingénuamente que no sabia dónde tenia escondidas su padre sus riquezas.

Lamprea comprendió que estaba completamente cogido, que no podia emanciparse y se resignó, gracias al enloquecimiento en que le tenia envuelto Petrilla.

IX.

Lamprea sirvió admirablemente á los misteriosos ladrones de Madrid.

Su vida fue siempre monótona, igual.

Siempre la hipocresía: la virtud simulada delante del mundo; el crímen en secreto: la pobreza á la vista de todos: los goces mas refinados en el nocturno misterio de un amor que se mantenia delirante en aquellos dos terribles esposos.

Una hermosa niña habia aumentado este amor.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

Una imprudencia del amor paternal.

I.

El padre maestro don fray Pascasio de la Laguna, prior del convento de Santo Tomás, inquisidor mayor y examinador sinodal del arzobispado de Toledo, habia acabado por transigir con Lamprea, y hasta por estimarle en gran manera.

Lamprea le habia llevado una tras otra denuncia.

Muchos herejes habian sido corregidos; castigadas muchas brujas y escarmentados muchos blasfemos.

Todo esto se debia al celo del bachiller Lamprea, y se le habian pagado de muy buena gana sus servicios de la parte que le habia correspondido como denunciador, ó mas bien como delator, en las costas ó en la confiscacion de bienes de los procesados.

Además, y esto no lo sabia el padre maestro, se habian hecho muchos robos y se habian dado muchas puñaladas por encargo.

Lamprea habia dejado de comer la sopa y habia alquilado un cuartucho en la calle de Amaniel.

Desde aquel cuartucho, por una comunicacion subterránea, despues de haberse quitado sus andrajos de sopista, que no podia sufrir Petrilla, y de haberse vestido convenientemente, pasaba á los brazos del amor y á la suculenta mesa que la apasionada esposa le tenia preparada.

II.

Se deslizaban las horas, los dias, los meses, los años, dulces y gratos para Lamprea.

Pasaron asi quince.

Esperanza, asi se llamaba su hija, era un retrato de su madre.

Dios ó el diablo no habian querido conceder mas hijos á aquellos dos bribones.

Petrilla conservaba toda su hermosura á sus treinta y un años.

Lamprea, á sus cuarenta, era todavía un sopista buen mozo, á quien hubieran sonreido ciertas mujeres, á no ser por la mística uncion del hipócrita semblante público de Lamprea, que les hacia creer que sus sonrisas serian inútiles.

Encallecidas, ó mejor dicho, muertas las conciencias de aquellos miserables, eran felices, enlodados hasta la garganta en el crímen.

III.

Un dia (habia sonado la hora de la desgracia), no pareció á comer como de costumbre Baltasarote, que era ya muy viejo, y se habia retirado de los negocios.

La acuñacion de moneda falsa y la construccion de falsas alhajas, habia cesado.

El taller estaba desierto; desiertos los subterráneos; la máquina del estruendo habia cesado hacia ya mucho tiempo de retumbar y de asustar á los vecinos.

Sin embargo, el pavor guardaba aquella casa que permanecia deshabitada.

IV.

Baltasarote habia determinado cortar por completo todos los hilos que le unian á su vida anterior.

El último era su tesoro escondido en un ángulo del horrible cementerio subterráneo.

Se propuso, pues, trasladarle poco á poco á otra parte, sin decir nada á su hija ni á su yerno.

Los infames ven en todo la infamia.

Baltasarote temió que si les revelaba dónde tenia él su tesoro le matasen para robárselo, ó que, cuande menos, dueños ya del secreto, le sentenciasen á un abandono á que no queria verse reducido en su vejez.

Su garantía era la codicia de sus hijos.

V.

Baltasarote bajó una noche al subterráneo sin ser sentido de nadie, aprovechando el sueño de Petrilla y de Lamprea.

Se proveyó de un azadon, y cavó en el ángulo derecho de la salida del espacio donde Lamprea habia visto por primera vez á Petrilla.

Estuvo cavando durante mucho tiempo, descansando con mucha frecuencia y á grandes intervalos, porque era viejo y débil, y á las cuatro horas se retiró sin que se hubiera descubierto nada en el hoyo que abria.

El tesoro debia estar á una gran profundidad.

VI.

Retiróse, y á la noche siguiente volvió y continuó cavando.

Al fin se descubrieron una multitud de ollas de hierro, de barriles, de cajones.

Aquellas ollas, aquellos barriles, aquellos cajones, estaban llenos de oro acuñado ó de alhajas, representando un valor fabuloso.

Aquellas riquezas eran el resultado de cuarenta años de crimenes, de falsificaciones, de la esplotacion de todo lo que puede producir dinero.

Allí estaban tambien los doblones de oro y las alhajas de Verónica, y los objetos sagrados de la parroquia de San Andrés.

Baltasarote habia absorbido el resultado de los crímenes de Lamprea.

Baltasarote habia cometido una debilidad: habia revelado á su hija el lugar donde tenia escondidas aquellas riquezas que le hacian millonario.

Un dia en que habia bebido mas de lo conveniente, escitado por un principio de embriaguez, encontrándose en ese estado en que los impulsos del corazon no están contenidos por la reflexion, dijo á Petrilla:

—Yo tengo enemigos, muchacha; son mala gente; el peor de cada casa: podrá suceder que un dia se les ponga en la cabeza echarme al otro barrio, ¿qué mas da? á mí me importa esto tres pitos; ello es que algun dia hemos de doblar la cabeza.

—Vaya, padre, dijo con disgusto Petrilla, y qué humor trae usted esta noche.

—La verdad, chavala; suponte tú que Juan el Vizco, á quien he quitado doscientos doblones de ganancia en estas ferias, ofreciendo á los marchantes ganado mejor que el suyo, en mas número, y mas barato, quisiera que yo no le perjudicase del mismo modo el año que viene, y para conseguirlo, me metiese una puñalada entre las costillas.

—¡Ave María Purísima, y qué conversacion! dijo la jóven.

—Yo sé á dónde voy, muchacha; si yo muriera de repente, y sin tiempo para recibir el Santo óleo, tú no sabrias dónde tiene el abuelo los cuartos que ha buscado toda su vida por tí, y nada mas que para tí: ¿me comprendes ahora, Petrilla?

—Vaya, sí señor; ¿y dónde tiene usted escondida esa pobreza?

—¿Pobreza? no doy yo por veinte millones lo que he ganado, hecho un negro, aperreado siempre y siempre espuesto á que me hagan bailar en el aire.

—¿Veinte millones, padre? dijo Petrilla que tuvo el buen sentido de no mostrarse asombrada; con eso ya podríamos gastar coche.

—Y aun coches, y vivir en un palacio; pero eso no hace falta; la vanidad no engorda, y el mejor bocado no es el que entra por los ojos, sino el que entra por la boca; voy á llevarte á donde está enterrada nuestra hacienda; pero me has de jurar que no dirás nada de esto, ni aun á tu marido.

—El pobre me quiere que ciega por mí, y no se mete en si salgo ó en si entro; muchas veces le encuentro en la calle, arrastrando sus bayetas de sopista, y no da indicios ni siquiera de conocerme, aunque me vea acompañada de un gran señor y en conversacion tendida con él; bien es verdad que mi Marcos sabe que mas allá de la conversacion no hay nada; que la conversacion le cuesta, sin que lo sienta al buen señor, su dinero y algo mas.

Esto probaba que Petrilla seguia utilizando su hermosura para hacer víctimas que desaparecian en aquel horrible cementerio subterráneo, protegido por los duendes.

VII.

—No importa que Marcos te quiera como el primer dia, ó que por lo menos te lo haga creer.

—Si sabré yo... si tendrán que contármelo á mí... algunas veces me da vergüenza, porque parecemos dos chiquillos, dos tórtolos: mire usted, padre: parece mentira, pero mi Marcos me parece cada dia mas jóven y mas hermoso; y le quiero, señor, sí; yo no encuentro palabras bastantes para decir lo que le quiero; ¡vaya! por nada en el mundo le haria yo una mala partida; mire usted, yo me desvivo por Esperanza y me estoy mirando en ella; ya ha visto usted qué quince años tan hermosos, padre.

—Ya lo creo; la chiquilla te se parece como una gota de agua á otra gota; y aun creo, será pasion de abuelo, pero se me figura que vale mucho mas que tú cuando tenias su edad.

—Ya ve usted, como que su padre era lo bonito de lo bonito, cuando se casó conmigo; y ya sabe usted que yo no esperé; al tiempo contado, tras, se nos metió en casa Esperanza: pues padre, yo que ciego por ella, si me dijeran, la van á matar, se va á condenar si tu no das á otro lo que es de tu Marcos... vamos, padre, setenta hijos; yo le quiero y le requiero, y me mataria á mí misma si le hiciera una mala jugada; ¡vaya! y él que lo sabe y que me quiere lo mismo.

—Lo que no quita se vaya con las beatas de jaleo á lo somormujo á la huerta del Bayo las mañanitas de verano y las buenas tardes de invierno.

—Mire usted, padre: allá ellas; á mí me importa muy poco; no me han de traer á casa ningun perjuicio, porque no; y los hombres son asi, y asi quiero yo que sea Marcos; mejor: tratando á muchas mujeres conocerá que no hay dos como su mujer en el mundo.

—Bueno; la manga ancha no incomoda y se mueven bien los brazos; pues mira, chiquilla, no te fies, que esas beatas son el demonío y tanto puede andar entre ellas el señor Marcos, que alguna le embruje y tu marido quiera darnos que sentir: lo mejor será que no digas á tu marido ni una palabra acerca del sitio donde yo tengo escondidos mis milloncejos.

—Descanse usted padre, que no se lo diré.

—¿Por tu salud?

—Por mi salud, por la de mi hija y por la de mi marido.

—Pues vaya, chica, ven.

VIII.

Baltasarote llevó á su hija al cementerio, y en el lugar que hemos indicado, la dijo inclinándose y haciendo una señal como de tres metros en cuadro con los dedos:

—Mira, Petrilla: cavando aquí, á tres varas de profundidad se encuentran siete tablas: levantadas estas tablas, quedarán algunas vasijas donde hay en alhajas y dinero mas de veinte millones de reales.

—Bueno, padre; á nadie se lo diré: pero mi Esperancilla podia ser una duquesa, solo con que le diera el aire á ese dinero.

—Vamos, déjame en paz ¿qué le hace falta á la muchacha? ¿no sabe leer y escribir, coser y bordar y arreglar una casa? ¿no canta como un ruiseñor y toca la guitarra y el arpa como si la hubiera enseñado á tocarlas un ángel? vaya, mujer, ¿no viste á lo señora y andan que se desviven por ella los altos y los bajos, los chicos y los grandes? ¿qué mas quieres?

—¡Ay, padre! que creo que nos va á dar un sentimiento Esperanza, y yo quisiera que pusiéramos tierra de por medio: Joselito el matador de toros la anda á las vueltas, y hace tres noches la pillé hablando con él por la reja; le dije á él cuatro claridades, y allí mismo arrimé á Esperanza una paliza como para ella sola; y ¿sabe usted lo que me dijo Joselito, que no se habia ido y estaba agarrado á la reja como una araña?—Oiga usted, señora Petra: usted ha hecho en este mundo lo que ha querido, y Esperanza y yo haremos lo que nos de la gana.

—Ya arrimaré yo un puntapie al tal Joselito, dijo Baltasarote, y le diré cuatro palabras al oido y no sucederá nada: que se fien de que tengo ya ochenta años: vamos, dejadme en paz, ¿para qué me he quitado yo del trato y de tanta cosa, y se han acabado acá abajo los duendes y me paso la vida tomando el sol en la Tela, cuando le hace, y cuando llueve jugando al *mus* en la hostería del Aguila? quiero vivir tranquilo los pocos años que me quedan de vida: levantarme á las diez del dia y acostarme á las ocho de la noche: no hay brasero como la cama cuando

hace frio, ni cosa mejor para pasar el calor que el canapé de la sala baja: ¡ea! bastante hago con echarte cada mes cuatro mil reales en la falda.

—Pero como quiere usted comer bien y Marcos quiere comer mejor y la niña y yo vamos vestidas como princesas, y vamos á la botillería y al Prado en coche, y á la comedia á aposento, los cuatro mil reales vienen ras con ras.

—Cuando yo me muera podrás gastar lo que te diere la gana: mientras yo viva será lo que yo mande; el dinero que se despilfarra para nada sirve, y tanto podremos estirar la pierna, que por muy grande que sea la sábana no alcance: en fin, vámonos para arriba y no hay que hablar mas de esto.

Baltasarote borró con el pie la señal que habia hecho sobre el polvo con la mano y echó á andar.

—¡Vaya si es cosa fuerte, dijo la muchacha siguiéndole; que habiéndole yo ayudado á usted á ganar ese dinero, tenga que esperar para disfrutarle á que usted se muera!

Baltasarote no respondió una palabra; pero penetraron en su corazon de tigre, como un puñal, las últimas palabras de su hija, y se arrepintió de haberla revelado el lugar donde tenia su tesoro.

—No importa, murmuró; le pondré en otra parte, y olfato han de tener si le encuentran: cuando llegue mi hora, si tengo tiempo, les diré dónde está; si Dios me mata de repente ó á mano airada, que tengan paciencia y se ingenien: hace cuarenta años no tenia yo un maravedí, andaba en cueros y tenia que valerme de las tijeras para vivir de mala muerte.

CAPITULO II.

El hundimiento.

I.

Baltasarote tuvo miedo de su hija.

—Los padres somos unos tontos, dijo, las criamos, las queremos, nos desvivimos por ellas; ven á un hombre, á un perdido, á un cualquiera, se enamoran, las damos gusto, las casamos; tienen hijos, queremos á sus hijos, á nuestros nietos mas que á nuestra hija, mas que á nuestra vida, mas que á nuestra alma, y luego... ¡bien! ¿qué? ¡ingratitud! el padre es un mueble viejo, una cosa enfadosa, un pobre diablo que repugna porque tiene la corcova, las arrugas, las canas, la tos, las gabiarras, casi un siglo encima; y nosotros los padres, los pobres padres hemos de quererlas cada dia mas, y ellas han de querer cada dia menos al pobre viejo: yo no sé cómo hay un padre que case á su hija: es lo mismo que echarse á la calle; es lo mismo que decir: no tengo hija, no tengo nada; el marido es mas amado que yo; si quedaba algo para el padre, los hijos se lo llevan, estais demás; estorbais en el rincon donde os poneis; se os desea la muerte para heredaros: que no me cuenten otra cosa, mentira; todos los hijos son unos bribones: yo no he debido decir nada á Petrilla; pero me alegro, sí, yo no la conocia; yo creia que me queria; bribona; me engañaba, me besaba, vaya, me besaba de

una manera que se me olvidaba todo lo malo que he hecho en este mundo, y lo hecho por ella: ¡vamos, mentira! en cuanto ha sabido dónde está el dinero, ha echado otra cara; ¡ya lo creo! ya no me besa; ha pensado en matarme y le huelo ya á muerto: ¡ah, no, señora Petra, no! como no me mate usted pronto, volverá usted á cuidarme como á sus ojos: ¡ah! sí, ya lo creo, infame; yo te llevaré al sótano y te enseñaré el hueco vacío: ¿quiéres saber dónde está mi dinero, mi tesoro? ¡ah! cuando yo agonice, cuando yo conozca que agonizo porque me ha matado Dios, y si muero súbitamente y de mala muerte, ten paciencia; quédate pobre, búscate la vida; cuídame mucho, ¿oyes? cuídame, porque yo no soy tu padre; soy algo mas que eso, soy tu tesoro: ¡mal nacida! ¡infame! ¡ah, tú volverás á besarme, y á cuidarme, y á quererme, yo te lo aseguro!

II.

Baltasarote habia abierto un ancho hoyo en el fondo de una mina estrecha, profunda, que pertenecia al laberinto donde se entraba, ya fuese por la calle Real del Barquillo, ya por la plazuela de las Comendadoras.

Baltasarote fue trasladando allí olla por olla, barril por barril, cajon por cajon, su tesoro.

Cuando le hubo trasladado, le cubrió con tablas y dijo, apoyándose en su azadon y mirando, con muy malas ganas de trabajar, la tierra que habia sacado del hoyo y que era necesario volver á echar en él.

—Vaya por padre; si yo no tuviera que defenderme de la perversidad de mi hija, me escusaría este trabajo; estoy ya viejo, esta es la verdad; en otro tiempo, lo que hay que hacer me importaría muy poco, era yo fuerte como un roble.

Se dejó caer sobre las tablas que cubrian el tesoro en el fondo del hoyo, y se apoyó en su azadon.

—Y bien, dijo, ¿qué ejemplo he dado yo á esa muchacha? ¿en qué la he empleado? tiene razon: el oro que hay aquí debajo, y golpeó con su azadon, es sangre, sangre; ¡y bien! ¿qué mas da?

Baltasarote sacó del bolsillo de su chaqueta su pañuelo de algodon y se limpió el sudor que de repente habia brotado de su rostro.

Hay pensamientos, recuerdos, acometidas de la conciencia que hacen

brotar el sudor al rostro de un infame, al mismo tiempo que hielan su sangre.

Baltasarote estaba mas pálido que de ordinario: sentia un miedo leve, por decirlo asi, un malestar misterioso que habia esperimentado muchas veces, durante su vida de robos, de falsificacion, de asesinato: otras veces, el sórdido egoismo de Baltasorote, habia dominado aquel leve sacudimiento de la conciencia.

Entonces, su pavor, débil al principio, fue creciendo.

La luz del farol, que puesto sobre uno de los bordes del hoyo, le alumbraba, fue tomando un color rojo, como de sangre.

El sombrío silencio de aquella sinuosidad subterránea, le dejó oir una especie de suspiro apagado pero terrible; un suspiro que parecia exhalado por una boca espirante; un suspiro frio, espantoso, que acusaba, que mordia; que parecia retorcerse como una serpiente, en torno de Baltasarote, estrecharle, ahogarle: le pareció que bullia algo debajo de sus pies; que aquel bullir se convertia en estremecimiento; el estremecimiento en convulsion.

Parecióle que cada uno de aquellos doblones de á ocho, que cada una de aquellas perlas, cada uno de aquellos diamantes, vivia, se levantaba, hablaba, gritaba, rugia, maldecia.

Parecióle que bullia algo terrible, algo negro en el fondo de la mina, que avanzaba, que amenazaba, que crecia, que llenaba el hueco; que se dilataba avanzando.

Aquello aparecia ante Baltasarote como la eternidad, horrible, silenciosa, tenebrosa.

—¡Bah! dijo irguiéndose, levantando su azadon y cebándole en la tierra removida que fuera del hoyo se amontonaba junto á su borde; tengo miedo, ¡miedo! ¿y qué es el miedo? nada...

Y se echó á reir.

Su risa se cortó y un terror espantoso apareció en el rostro de Baltasarote.

Habia retumbado cerca un golpe gigantesco, opaco, pero potente, horrible sobre todo el horror: el ruido de un hundimiento.

A este ruido habian seguido pequeños ruidos aislados de fragmentos de tierra que se desprendian de la parte superior de la mina.

El pavor de Baltasarote, era de la especie de los que coartan, anulan la razon, la voluntad, la fuerza, y pudiera decirse que la vida.



BALTASARETE.

Pavores que convierten á un ser viviente en un cadáver momentáneo.

Pavores que á veces matan por la fuerza de su intensidad.

III.

El hundimiento habia cortado la salida á Baltasarote.

Habia ido á esconder su tesoro al fondo de un callejon, que al ser abierto, se habia considerado sin duda inútil y no se habia continuado.

Á juzgar por su estruendo, el hundimiento habia sido gigantesco: era imposible que Baltasarote pudiera abrirse con su azadon una salida.

Estaba encerrado de una manera absoluta con su tesoro.

IV.

La situacion, espantosa por sí misma, se habia hecho mas espantosa por un accidente físico.

El hundimiento habia comprimido el aire de la mina y la luz se habia apagado.

Una atmósfera densa, mefítica, insoportable, habia sucedido á la antes húmeda atmósfera.

Si Baltasarote hubiera estado en situacion de juzgar de algo, de sentir algo mas que ese pánico que solo deja en libertad el instinto de conservacion, hubiera notado que aquella terrible atmósfera determinaba una respiracion difícil.

Sin embargo, lo que no podia sentir la razon de Baltasarote, lo sentió su organismo: la asfisia.

Y cayó sobre las tablas.

El hundimiento aun no habia terminado.

Á cada momento se desprendian trozos mayores de tierra.

Al fin sucedió otra especie de detonacion sorda.

El hundimiento habia hecho en un solo instante lo que hubiera costado tres ó cuatro noches de trabajo, sin aquel horrible accidente, á Baltasarote: habia rellenado el hoyo.

CAPITULO III.

Bien vengas mal, si vienes solo.

I.

Velaban Lamprea y Petrilla.

Un reló lejano habia marcado las tres de la mañana.

—El viejo debe estar durmiendo, dijo Lamprea, que se apoyaba en la almohada, mirando á Petrilla, que fijaba en él de una manera singular la mirada de sus grandes ojos negros; el viejo desconfía; mucho me temo no se haya arrepentido de haberte llevado al sitio donde tiene enterrado lo que tú le has ayudado á ganar; lo que le he ayudado á ganar yo; te declaró que se me va haciendo insoportable nuestro género de vida: quiero descansar, quiero vivir, quiero gozar, quiero irme de aquí á otra parte donde no me conozcan; aquí estrañarian mucho el ver rico al sopista Lamprea; los envidiosos no perdonan al pobre que se enriquece, no; todo el mundo está acostumbrado á tratarle mal: yo no quiero que nadie me mire de una manera investigadora y humillante, no; yo quiero vivir á lo gran señor, donde nadie me conozca, donde nadie te conozca á tí, ¿lo oyes? en cualquier parte; en Valladolid, en Sevilla, en Barcelona; en todas partes vive bien el que es rico: es necesario mudar la piel, gozar, vivir: vamos, es preciso que nos apoderemos de lo que tiene el viejo, porque es nuestro; sí, nuestro: ¿para qué quiere él ya el dinero? la vejez

es la muerte: un viejo no necesita mas que un rincon en la chimenea, y nosotros se lo daremos; además, él no puede oponerse, es débil; no debemos sufrir porque él quiera que suframos, no: es necesario que se acaben tus paseos por el Prado, mi asistencia á la sopa, mi mendicidad inútil; él se ha retirado ya á la buena vida, al ócio, se ha desembarazado de todo; ha dejado á otro ó mas bien le ha vendido el trato en grande de las caballerías: las cuadras están desiertas, los subterrános están desiertos tambien, los duendes callan; la entrada á los subterráneos por la casa de la calle del Barquillo ha sido cegada; no queda otra que la que corresponde á esta casa, es necesario cegarla tambien y que los muertos de allá abajo reposen en paz en su lóbrega tumba: tu padre descansa, ¿por qué no nos deja descansar? es avaro el viejo, no se cansa de oro: ¡ah! ¿no tenemos bastante? veinte millones ¡bah! veinte millones á los que se puede sacar un sesenta por ciento sobre hipotecas á desesperados, ¿qué mas queremos para nosotros y para nuestra hija?

—¡Nuestra hija! esclamó sordamente Petrilla; nuestra hija; si no fuera por ella yo te diria: dejemos en paz al viejo, no puede vivir mucho; se embriaga, abusa del aguardiente, padece de la cabeza; un dia inesperado le encontramos muerto, dejémosle en paz: yo lograria fuese menos miserable, que nos diese algo mas que para comer bien: tengo miedo por Esperanza; se me figura que un dia voy á levantarme y me voy á encontrar sin ella: el torero la tiene vuelto el juicio; yo no puedo guardarla, no puedo llevarla conmigo, no quiero darla mal ejemplo, aunque no sea mas que en la apariencia: la madre que es madre, necesita de todo punto que su hija la respete; no tener que acusarse de haberla pervertido.

—Lo que no ve en tí, dijo Lamprea, se lo cuenta ese hombre, estoy seguro de ello: el otro dia me preguntó si conocia á la Tomaseta: ¿y quién es la Tomaseta? la pregunté:

—Una buena moza valenciana á quien obsequian mucho los grandes señores.

II.

La media luz que penetraba en el dormitorio, producida por una lámpara de noche, puesta en una mesa de la sala, encubrió el vivo rubor que subió al semblante de Petrilla.

Una mujer, por mas que haya perdido el pudor, le siente levantarse

vírgen, poderoso, infinito, cuando se fija en su mirada la mirada interrogadora, de cierto modo, de su hija.

Hacia tiempo que Petrilla no cazaba moscas tontas para que una horrible araña las chupase la sangre en los sómbríos subterráneos; pero esplotaba los deseos de la gente rica, escitados por su acrecentamiento de hermosura, á causa del acrecemiento de su desarrollo físico, y les sacaba los cuantiosos regalos con que los ricos viciosos pretenden abrir brecha en ese formidable muro de coqueterías infecundas para ellos, de las grandes prostitutas, que comprenden que las concesiones desprestigian, y no llegan nunca á una primera concesion.

Este sistema ha sido es y será siempre mucho mas lucrativo que el de las concesiones.

Llega un dia en que el viejo libertino se cansa, se retira, y al hacer su balançe, encuentra que por algunos paseos por las huertas al lado de la esperimentada hermosa, por algunas sonrisas, por algunas miradas, por algun pañuelo dejado caer exprofeso, ha pagado una cantidad exorbitante, con la cual, metiéndose á turco, hubiera podido comprar veinte sumisas circasianas.

Esto, en el fondo y en la forma, era repugnante y vergonzoso.

Petrilla se ruborizó de que lo supiese su hija: comprendió que las apariencias la condenaban; que nadie podia creer que una mujer que paseaba por las huertas de Atocha con otra cortesana, al lado de grandes y ricos señores; que iba al Prado en carroza, llevando al estribo galanteadores notables; que en el fondo de su palco ó aposento en la comedia, permitia la presencia de algun grande sin pudor, fuese una *tunanta*, (esta es la gráfica espresion española) que hiciese pagar infinitamente mas caras las esperanzas, de lo que hacian pagar otras las realidades: Petrilla comprendió que estaba deshonrada, prostituida, ante los ojos de su hija; que no podia esperar de ella, sino que un dia la dijese: Si yo no hago mas que lo que su merced ha hecho, señora madre, ¿por qué me reprende?

III.

El corazon de Petrilla se desgarró.

El amor de las madres, respecto á sus hijos, es tan absoluto, que necesita todas las veneraciones, todos los respetos, toda la pureza de juicio, respecto á ellas de sus hijos, y muy particularmente de sus hijas.

La madre que no guarda ese delicado sentimiento, la que hace gala de sus prostituciones, ante sus hijas, y por una razon lógica las prostituye niñas aun, es una escepcion repugnante; hay mil y un fundamentos para dudar de la maternidad de esa mujer monstruosa.

IV.

—¿Con que si? dijo Petrilla levantando violentamente su cabeza de sobre la almohada y dejando ver una lucidez opaca en sus ojos, la lucidez sombría de la desesperacion del alma: ¿con que Esperanza sabe que la Tomaseta, la valenciana, la buena moza, es mi amiga? ¿con que yo pago, en fin, la usura del dinero que gano engañando á tontos? ¿con que mi hija creerá...

Quemaron de tal manera la garganta de Petrilla las palabras que iba á pronunciar, que las devoró en un silencio de despecho.

—¡Ah! sí; dijo alzándose completamente, echándose del lecho y empezando á vestirse; es necesario que esto concluya, sí; que concluya de todo punto: fuera de Madrid, fuera de Madrid cuanto antes: yo haré ver á Esperanza si tiene razon ó no para despreciarme. Vístete: yo voy á ver si mi padre duerme: si duerme, ¡oh! si duerme... trabajaremos los dos: por profundos que estén esos veinte millones... se levanta muy tarde, los tendremos fuera; lucharemos, si es necesario: lo que importa es apoderarnos del dinero; si se irrita que se irrite: le dejaremos lo bastante para que viva á su gusto: acabará por venirse detrás de nosotros porque no puede vivir sin mí, sin Esperanza; ese pillo, ese Joselito, se quedará á la luna de Valencia. Vístete Marcos.

Y salió á la sala.

V.

Un ruido profundo, lejano, sordo, indeterminado, que podia confundirse en su causa con otro millon de ruidos, llamó la atencion de Petrilla que estaba junto al armario que servia de puerta secreta á la bajada del subterráneo.

Era el estruendo del primer hundimiento.

—¿Has oido? dijo Petrilla que se habia puesto instintivamente pálida.

—Sí, contestó Lamprea, que se habia echado fuera de la cama

y empezaba á vestirse; he oido algo semejante á la detonacion lejana de un cañon de á treinta y seis.

—Pero, ¿á qué cañonazos á estas horas? dijo Petrilla.

—Y bien, contestó Lamprea: ¿qué nos importa eso? puede ser el ruido de alguna puerta cerrada violentamente.

—¡Otra vez! dijo Petrilla oyendo el segundo hundimiento; y el ruido penetra por aquí, por el armario.

—¡Ah! esclamó Lamprea saliendo á medio vestir á la sala; eso es que allá abajo alguna mina se ha hundido.

Petrilla no contestó: anhelante, nerviosa, pálida, aterrada de una manera vaga, salió, corrió al aposento de su padre y entró en el dormitorio.

Baltasarote no estaba allí y el lecho aparecia intacto.

VI.

—¡Marcos! ¡Marcos! esclamó Petrilla volviendo á la sala; mi padre no está en su cuarto: es ya demasiado viejo para haberse ido á la calle de trasnocho y jaleo; no, no: mi padre está abajo; pero ¿cómo? ha tenido que entrar aquí, que abrir el armario; le hubiéramos sentido; ¡ah torpes! con cerrar la puerta de la sala, hubiéramos tenido guardado el dinero: ¡ah! sí, mi padre es capaz de desbalijar á cualquiera los bolsillos sin despertarle; mi padre nos roba, Marcos; ha desconfiado de nosotros, se ha arrepentido de haberme dicho dónde tenia el dinero: es menester embestir con todo, y acabar de una vez.

Habia algo terrible en la mirada de Petrilla.

Si el miserable Baltasarote hubiera podido ver aquella mirada, se hubiera estremecido.

—Espera, dijo Márcos: recuerdo ahora, como entre sueños, que he oido esta noche un ligero rumor en la sala.

—Sí, sí, eso es; dijo Petrilla: mi padre está abajo; ¿á qué esperamos? es necesario que no nos robe.

Y Petrilla encendió una bujía en la lámpara de noche, abrió el armario; despues la puerta secreta, y se deslizó rápidamente por la escalera de madera en espiral que crugía bajo su peso de buena moza.

Lamprea la siguió.

Llegaron al pie de la escalera; atravesaron el espacio donde Lam-

prea habia visto por primera vez á Petrilla, y entraron en el horrible panteon desconocido.

Petrilla se volvió ansiosa, anhelante, con la sangre violentamente agitada, al ángulo de la derecha, y vió un monton de tierra que la impedia ver lo que habia mas allá.

Adelantó y dió un grito horrible quedando inmóvil, aterrada, como un antiguo griego que hubiese visto la cabeza de Medusa.

Lamprea adelantó y encontró á los pies de Petrilla un profundo hoyo cuadrado, en cuyo fondo no quedaban mas que las concavidades de las ollas, de los barriles y de los cajones que habia sacado Baltasarote.

—Ven, la dijo asiéndola una mano y arrastrándola consigo.

VII.

Todos aquellos huecos, todos aquellos pasadizos, todos aquellos antros subterráneos, fueron registrados sin que pareciese Baltasarote, sin que mas que un eco, horrible, siniestro, sordo, como producido por un demonio, contestase á los gritos desesperados, rugientes, espantosos con que Petrilla llamaba á su padre.

Al fin encontraron el principio del hundimiento.

—¡Ahí está! dijo con una frialdad horrible Lamprea: será necesario trabajar mucho, muchos dias, muchos meses, ¿quién sabe? quizá algunos años ¿qué importa? viviremos como podamos, yo le encontraré.

—¡Pero mi padre! ¡mi padre! esclamó Petrilla en la cual quedaba aun algo de amor para Baltasarote: ¡mi pobre padre!

—Tu padre... Dios; Dios ha tendido hoy su mano sobre él, mañana la tenderá sobre nosotros; hemos vendido nuestra alma al diablo; pues bien, no dejemos perder su precio.

Y asiendo de Petrilla la arrastró consigo.

Recorrió los subterráneos; subió y entró en la sala llevando siempre asida de la mano á Petrilla.

—Vamos á ver, dijo, si Esperanza está en su cuarto.

—¿Pues dónde ha de estar nuestra hija? esclamó aterrada Petrilla.

—Cuando la desgracia y el castigo de Dios caen sobre una familia, caen por completo: es que ha sonado una hora terrible: vamos á ver si Esperanza está en su cuarto.

Y siguió arrastrando á Petrilla.

En el dormitorio de Esperanza, la cama estaba tambien intacta.

Sobre la mesa habia un papel que contenia las siguientes líneas.

«Se me maltrata porque quiero á un hombre; ese hombre me ha pedido por mujer y se le ha dicho que no como si fuera un negro: me voy con él: yo no tengo la culpa: se me obliga á ello. Ahora me tendrán ustedes que casar á la fuerza.»

Petrilla cayó al suelo sin sentido y la luz se apagó.

—¡Bien! dijo con voz ronca y sepulcral el sopista Lamprea entre las tinieblas; lo que buscaba ese miserable, era el dote de Esperanza: no podemos dárselo, y no se casará: bien, una puñalada mas, un hombre menos; ¡ah! luego, fuerza y paciencia para llegar á la sepultura del otro miserable.

Y levantando con una fuerza que nadie hubiera podido suponer en él, á la pesada Petrilla, la llevó á la sala.

La puerta secreta habia quedado abierta y con todo el aspecto para Lamprea de una tenebrosa y horrible boca infernal.

CAPITULO IV.

De cómo las fieras pueden llorar por el amor.

I.

Petrilla no pudo levantarse al dia siguiente.

A Lamprea le echaron de menos los mendigos de la puerta de la iglesia de los Italianos, por la mañana: mas tarde, las niñas y niños pobres de quienes era preceptor á domicilio, á cuarto la leccion: á las doce los otros sopistas y los mendigos que iban á comer la sopa al convento de Santo Tomás; por la tarde algunas beatas que consultaban con él sus escrúpulos; por la noche algunos buenos mozos que se reunian en la taberna de la tia Corcobita, mas abajo de la fuentecilla de la calle de Toledo, y que consultaban con él sin escrúpulo de ningun género, asuntos harto graves.

II.

Lamprea no habia podido darse aquel dia á luz á sus conocimientos.

Petrilla estaba gravemente afectada por un ataque cerebral, por un grave amago de congestion.

La vieja gitana que los servia, en reemplazo de la tia Badila, que habia muerto, Mariquita la Araña, habia ido en busca del señor Gutier-

rez, famoso médico que por entonces (1741) ilustraba á Madrid y se hacia pagar un caudal por cada visita.

Decíase del señor Gutierrez (don Ruperto) que solamente por el olor que habia en la alcoba, conocia la dolencia del enfermo y su gravedad.

Asi lo cuenta el vulgo, entre el cual ha quedado por tradicion la fama de aquel Galeno, lo que demuestra, en último resultado, que debió ser mucho médico, puesto que su fama vulgar ha llegado hasta nosotros.

III.

Apenas entró don Ruperto en la alcoba, abrió las narices, aspiró y respiró tres ó cuatro veces con fuerza, y dijo apretando el gesto, á Lamprea que le miraba con ansia:

—Esto es serio; esto es grave; esto es gravísimo: la muerte está en marcha, y es necesario salirla al encuentro; que busquen á un sangrador; que vayan á la botica por los sinapismos que voy á recetar, y que se le apliquen sobre la columna vertebral: necesito papel y tintero.

Y salió á la sala.

—No es mala esta adoracion, dijo, mirando el cuadro que estaba sobre la mesa; parece de la primera época de Murillo: cualquier convento daria por este cuadro, sin dificultad, dos mil ducados.

—Llévese su merced el cuadro, ya que le gusta, dijo compungido, representando su eterna comedia de sopista débil y pazguato Lamprea; pero sálveme á mi pobre mujer.

Y al mismo tiempo ponia sobre la mesa papel y un gran tintero de plata que habia sacado del armario.

El tintero era una obra artística; una joya del gusto plateresco del Renacimiento, cuya procedencia no podia ser dudosa, estando en la casa de Baltasarote.

Aquel tintero era parte de un gran robo, que algunos años antes se habia hecho á un rico capellan de honor.

IV.

—Me parece un mendigo, hermano, dijo el doctor Gutierrez escribiendo rápidamente, y sin embargo, me le encuentro marido de una real moza, que procuraremos no se muera, y en una casa en que hay

un cuadro de Murillo y un tintero que parece obra de Benvenuto.

—Y otras muchas cosas ricas, dijo, siempre con su tono plañidero, quejumbroso y apocado Lamprea: no se mueva su merced de aquí mientras mi Petra no esté fuera de peligro, y aunque nos quedemos pobres para pagarle.

—Que vayan por esto á la botica, dijo el doctor; y que se traigan al sangrador de camino.

La tia Araña tomó la receta, estendió sus largas zancas y partió.

V.

—¿Y cómo es, señor mio, dijo el médico, que teniendo vuesa merced todas las trazas de un mezquino sopista, no lo es, sino marido de una mujer, como no hay dos en Madrid, á lo que he visto, y rico segun aparece?

—Sopista soy, dijo Lamprea cada vez mas envuelto en su hipocresía, por humildad, y por voto que hice en descargo de algunas graves culpas de mi juventud.

—¡Hum! dijo el médico; ¡y hace vuesa merced penitencia teniendo por suya una mujer como la que me obliga á andar, como quien dice, á puñetazos con la muerte!

—¿Qué quiere su merced, señor Gutierrez? nos enamoramos hace diez y seis años, y para no ofender á Dios nos casamos de secreto.

—¿Y por qué el secreto? dijo el médico, que como todos los viejos enorgullecidos por una gran reputacion, se creia con derecho á saberlo todo, y preguntaba mas que un inquisidor.

—Porque yo no queria romper mi voto de mendigar y de alimentarme de la sopa, y nadie hubiera creido en mi pobreza, al saber que yo estaba casado con una mujer tan buena moza; pero el secreto se romperá hoy, porque tengo que reclamar en justicia: el padre de mi mujer, el tio Baltasarote el chalan ha desaparecido, y nuestra hija Esperanza se ha ido con un hombre: mi pobre mujer ha caido al saberlo como si la hubieran dado un tiro en la cabeza, y yo me estoy muriendo de augustia y de miedo.

Y Lamprea rompió á llorar.

Sus lágrimas no eran mentira.

El hombre mas bravo y de corazon mas duro, llora como un niño

abandonado, cuando ve en peligro la vida de la mujer que adora.

Y Lamprea adoraba á Petrilla á pesar de su intimidad con las beatas; á pesar de su vida licenciosa, aunque secreta.

Petrilla era la sultana reinante de un gran serrallo.

No se une un hombre á una mujer que le enamora; no se ve padre por ella; no vive con ella un año y otro año, partiendo la vida hasta en los mas pequeños detalles, sin que se establezca entre estos dos seres una perfecta idèntidad; una identidad misteriosa, física y moral, que los refunde en un solo ser.

VI.

El doctor Gutierrez, que era avaro, alentado por la seguridad de una buena recompensa, entró de nuevo en la alcoba, examinó detenidamente á Petrilla, que estaba dominada por ese sopor terrible, resultado de la congestion, y dijo á Lamprea, ó por consolarle, ó porque su práctica le dejaba ver claro:

—No se quedará vuesa merced viudo.

—¿Positivamente, señor Gutierrez? dijo con anhelo Lamprea.

—Positivamente, señor mio, contestó sin vacilar el doctor: esto degenerará en una violenta fiebre nerviosa: habrá delirio; pero no hay que asustarse: á los nueve dias habremos salido del paso.

Era tal la fama del doctor Gutierrez, que Lamprea se sintió libre de su terror, como si Dios se le hubiese aparecido milagrosamente y le hubiese dicho.—Tendrás mujer.

VII.

Pero al tranquilizarse Lamprea, apareció para él un nuevo peligro.

El delirio pronosticado por el doctor habia aterrado á Lamprea.

Tales cosas podia decir en su delirio Petrilla, que al pasar por la enfermedad física entrase en la enfermedad legal, cuya terminacion es el patíbulo.

Era necesario que el doctor no oyese el delirio de Petrilla.

—Segun lo que vuesa merced afirma, dijo Lamprea, me parece que no habia necesidad de que vuesa merced se moleste permaneciendo aquí, sin dejar un momento á la enferma.

—Eso, sobre ser inútil, porque el médico no es un medicamento, no podria ser tampoco; yo no puedo abandonar á mis enfermos para consagrarme completamente á uno; cuando se la haya sangrado y la haya yo aplicado los revulsivos, me iré y volveré á la noche.

—¿Y podré yo salir un momento, para avisar á la justicia? dijo Lamprea.

—Indudablemente; porque vuesa merced no es tampoco un medicamento, y porque la afeccion, aunque grave, y espada en mano, no es tan funesta como pudiera serlo: se ha acudido á tiempo: la muerte me ha visto, rechina los dientes y nos vuelve las espaldas; se vá á otra parte vencida; pero ha herido á la enferma, y es necesario curar la herida.

VIII.

En aquel momento llegó la tia Araña con un sangrador y un revulsivo negruzco, estendido sobre una tira de cabritilla.

La enferma fue sangrada: la sangre brotó con dificultad, oscura, espesa, dejando ver una especie de suero de color azul intenso.

—¡Hum! dijo el doctor: un poco mas, y seria menester ir á la parroquia por el Santo Óleo: pero afirmo que no hay cuidado: vamos, vamos á ponerla el revulsivo.

Fue necesario descubrir la blanca, la mórbida, la admirable espalda de Petrilla, lo que se hizo muy fuerte á Lamprea.

Pero un médico que cura no puede ser considerado como un hombre, sino como la ciencia impasible: y en último resultado, hay que tener paciencia: un médico puede verlo todo: ante la ciencia, el pudor es un inconveniente que hay que echar á un lado.

—¡Qué espalda! ¡qué blancura! ¡qué belleza tan divina! dijo para sí el viejo médico: ¡y qué cabellera tan admirable!

Lo que demostraba, que los médicos tienen el alma tan móvil, tan impresionable como otro cualquiera.

—Botellas de agua hirviendo á los pies, dijo el doctor cuando hubo aplicado el revulsivo á Petrilla: antes de que se templen las unas, otras: dentro de tres horas, la enferma habrá vuelto en sí; tendrá sed, querrá beber: un vaso de sustancia de arroz: á las tres horas otro vaso: dieta rigurosa; dentro de tres dias podremos darla caldo de pollo: repito que no hay cuidado; puede vuesa merced salir por una hora, y volver, para

cuidar de que el régimen que he prescripto se cumpla: constantemente las botellas de agua hirviendo á los pies: no digo que se me avise, si ocurre alguna novedad porque no ocurrirá: hasta la tarde.

El doctor salió acompañado hasta la puerta por Lamprea.

No hay personaje á quien se trate con mas consideracion, que á un médico que asiste á un enfermo grave.

En la puerta, el doctor reiteró sus seguridades á Lamprea, y se alejó.

Lamprea permaneció en la puerta hasta que dobló la primera esquina el doctor.

Luego subió, entró en la alcoba, inclinó su semblante sobre el de Petrilla, la besó con un amor supremo, y esclamó llorando:

—¡Oh! ¡si tú murieras, yo no sé lo que seria de mí!

CAPITULO V.

La usura y la ley.

I.

Era necesario atender á todo: dar parte á la justicia de la desaparicion de Baltasarote y de la fuga de Esperanza, para cubrirse respecto á lo uno, y reclamar un derecho incontestable respecto á la otra.

Lamprea se retiró con pena de Petrilla; fué á una papelera que habia en la sala, la abrió, y sacó algunos papeles.

Eran su partida secreta de desposorios, y la de bautismo de Esperanza, secreta tambien, que radicaban en los libros de la parroquia de San Márcos.

Tomó además, Lamprea, de un cajon de la papelera una rica gargantilla de perlas con broche y cruz de gruesos brillantes.

Fué luego al cuarto de Esperanza, y recogió lo que la muchacha habia dejado escrito.

Lo guardó todo bajo su sotana, en el bolsillo interior de su mugrienta chaqueta, junto á su puñal.

Volvió junto á Petrilla, la besó de nuevo, la contempló conmovido, se separó de ella, haciéndose una nueva violencia, encargó á la tia Araña tuviese mucho cuidado de la enferma, y salió dirigiéndose á la calle Ancha de San Bernardo, y perdiéndose en el estrecho, negro y sucio portal de una de sus casas mas miserables.

II.

Por aquel tiempo habia casas miserabilísimas, aun en las calles mas céntricas y principales de Madrid.

Aun hoy se las encuentra, viejas, cascadas, carcomidas, afeando esa línea seca y simétrica de nuestras grandes construcciones utilitarias, que hacen de una casa una gigantesca mole de seis pisos, con pequeños balcones que se estrechan como líneas superpuestas de soldados, produciendo el aspecto de un panal, al que se ha sacado la miel; constituyendo lo pequeño, lo insalubre, lo imposible, dentro de lo grande.

Esas construcciones están razonadas por el tanto por ciento.

El tanto por ciento se desentiende de todo; del aire, de la luz, de la higiene; nuestra generacion vive en masas apenas separadas por tabiques, como las abejas en sus celdillas.

Cuando se consideran esas colosales casas tan menudamente fraccionadas; cuando sabeis que en ellas habitan doscientas ó trescientas familias, el incendio, el hundimiento, la epidemia, vistos al través de lo accidental, de lo vulgarmente posible, toman unas proporciones monstruosas.

Los que hacen las leyes, por efecto de nuestra organizacion política, son propietarios: hé ahí la razon de esa manera de construir mezquina, insalubre, anti-artística.

Madrid, para el que viene de la campiña con el olfato vírgen, huele mal.

Todas las miserias están en él aprensadas.

Las mujeres pierden su bello color, sus ricos cabellos, el brillo de su mirada.

Se padece mucho en Madrid de tísis, de aneurismas, de todas las enfermedades de pecho, que determinan la continua aspiracion de una atmósfera impura.

III.

Las antiguas casas á la malicia, las de un solo piso, las de dos, á lo mas, una sola casa para una sola familia, la casa grande, inmensa, con sabor á palacio de las familias grandes y ricas, la casa, siempre en relacion con el número, con la fortuna de la familia, hacian del Madrid de

mediados del siglo anterior, una poblacion fea, destartalada, pero mucho mas sana, á pesar de sus cloacas, sustituidas por las modernas alcantarillas, de sus escasez de aguas, suplida hoy por el canal del Lozoya y el gran depósito del Campo de Guardias.

A pesar de sus calles sin empedrar y sucias, nuestros abuelos vivian con holgura, tenian en sus casas espacio en que revolverse; y esto era ya un gran elemento de salubridad pública; porque no hay infeccion mayor que la que produce la superposicion, la aglomeracion de seres humanos.

El cólera y el tifus, el uno con el disfraz de esporádico, el otro con capa de fiebre tifoidea, son antiguos vecinos de Madrid, que pagan un gran tributo á su docena de cementerios, que ningun dia dejan de abrir sus puertas á algunos cadáveres.

En los dos generales á donde van á parar los que no han sido bastante ricos para tener propiedad entre los muertos, los sepultureros preparan su lúgubre tarea de la tarde: hay una hora que se llama la de los cadáveres.

Os aconsejamos no permanezcais despues de la puesta del sol en ninguno de los dos cementerios generales, á no ser que querais llevar la estadística de la mortandad de Madrid, en el cual la epidemia es constante.

Buscad la razon de esa epidemia artificial en los reglamentos de policía urbana, que permiten la construccion de habitaciones de tres varas en cuadro, los patios estrechos y sin ventilacion, la aglomeracion de inmundicias.

No importa: los cementerios callan, y el capital obtiene un seis, un siete, y aun un ocho por ciento.

IV.

Volvamos á Lamprea, del cual nos ha separado una incidencia.

Subió por la estrecha y lóbrega escalera, y al fin de ella, á la entrada de un largo corredor que daba sobre un patio, llamó á una pequeña puerta situada á la derecha.

Dos minutos despues se oyeron en el interior pesados pasos; se abrió en la puerta un ventanillo y se dejó ver el semblante frio, receloso, ágrio de un viejo.

—¿Qué se le ocurre? dijo, ¡ah! ¿es usted, señor Lamprea? vamos, pase usted.

Y abrió la puerta.

—En estos tiempos, dijo, hay que tener mucho cuidado.

Cerró y echó delante del sopista por un pasadizo oscuro.

—Sí señor, mucho cuidado: los robos se multiplican; yo no sé para qué sirven los celadores y las rondas; para nada; bigardos, no saben mas que pasear: conocen á todos los ladrones y nunca les ponen la mano encima.

Abrió una puerta al estremo del corredor y entró en un pequeño cuarto de paredes sucias y desconchadas, de pavimento desnudo y resquebrajado en que no habia mas que una mesa, harto pobre, con un gran tintero de piedra y dos malas sillas.

—Ya se ve, dijo continuando su charla; no hay vago ni mujer perdida, ni ladron ni mal hombre, que no conozca á alguno ó á alguna, que conoce á otro ú otra, y asi andando, andando, de persona en persona, que están unidas entre sí como las cuentas de un rosario, se llega al alcalde mayor, al corregidor ó á algun pez gordo que protege al pícaro: no se puede vivir, no se puede dormir tranquilo: el que tiene cuatro cuartos, con los que se gana honradamente la vida, está siempre en peligro: ¿qué queria usted, señor Lamprea? trae usted muy mala cara.

—Mi mujer está muy mala, dijo Lamprea.

—¡Calla! ¿pues qué, tiene usted mujer? dijo maravillado el interlocutor de Lamprea.

—Estaba casado de secreto, por lo que yo me sé; pero ha llegado la hora de que lo sepa todo el mundo: el padre de mi mujer se ha perdido; mi hija se ha marchado con el novio, y á causa de esto mi mujer ha caido mortal.

—¿Y quién es su mujer de usted, señor Lamprea?

—Petra, la hija del chalan Baltasarote.

—¡Ah! dijo el otro, pues doy á usted la enhorabuena; porque Baltasarote era muy rico.

—¿Y dónde tiene sus riquezas? nadie lo sabe: ha desaparecido, y con él su secreto: mi pobre mujer se ve reducida á la miseria; yo importo poco; yo tengo hecho voto de pobreza y de mendicidad.

—Ya, dijo encastillándose en una prudente reserva el viejo: ¿y á qué viene usted?

—A que me dé usted dinero con el rédito que usted quiera.

Miró el prestamista de una manera fria y sesgada á Lamprea.

—Ya sabe usted que yo siempre estoy dispuesto á hacer un negocio, dijo; me ha traido usted muchas alhajas para que las vendiese, y las he vendido sin preguntar á usted de dónde venian las alhajas; eso á mí no me importa; pero si usted no me trae una buena alhaja, no podemos hacer negocio: el dinero que yo manejo no es mio, es de una compañía por la cual yo doy la cara; no puedo disponer de un solo real, sino por empeño ó venta de una alhaja ó por hipoteca de una finca libre: siento no poder socorrerle, amigo mio, y usted me creerá, porque me conoce hace ya mucho tiempo.

—Esto vale tres mil ducados, dijo Lamprea, sacando la gargantilla y poniéndola sobre la mesa.

Era tan hermosa la alhaja, que los ojos del usurero brillaron como los de un animal feroz de la raza felina á la vista de una presa.

—¿Tres mil ducados, eh? dijo examinando la joya; no digo que no; estas perlas son muy gruesas, muy iguales y muy limpias: estos brillantes son hermosísimos; pero no puedo empeñar esta alhaja en mas de mil ducados, y ya sabe usted que de ellos hay que deducir un sesenta por ciento.

—Vendo la alhaja.

—Estas ricas alhajas, que han sido robadas, no las compramos, señor Lamprea; las tomamos como empeño, no queremos esponernos: habria que desmontar los brillantes, que desfigurarla, y en esto se pierde mucho.

—Esas perlas, esos brillantes, podrán haber sido robados; pero esa gargantilla, tal como está, no la ha tenido nadie.

—Cuatrocientos ducados en efectivo, de los cuales me dará usted un recibo de mil, por el empeño de esta alhaja; de otro modo, no daremos un solo real.

—Mi mujer se muere y necesito dinero á todo trance: dentro de un año, no tendré probablemente mil ducados; perderé el derecho sobre esta alhaja, que me habrá sido robada.

—No sé por qué ha de levantar usted la voz ni ha de decir usted tonterías, señor Lamprea, dijo el usurero; nadie le pone á usted un puñal al pecho.

—¡Oh! si de puñales se tratara... dijo pálido y convulsivo Lamprea.

—¿Qué? ¿qué dice usted? esclamó el viejo poniéndose cuidadoso de pie.

—Nada, estoy cogido por la rueda de la mala fortuna; tengo que dejarme desangrar, desollar, devorar; yo esperaba que se me tratase de otro modo: se me conoce bien.

—Puede usted ir á otro.

—Otro me ofrecerá lo mismo: la usura, la infamia se enriquecen con la desgracia.

—Cuatrocientos ducados, ¿sí ó no?

—Sí: dijo con despecho Lamprea.

El usurero tomó un pedazo de papel, escribió en él un resguardo que dió á Lamprea, guardó la joya, desapareció por una puertecilla que cerró por dentro con un cerrojo, y volvió á poco y entregó á Lamprea cuatrocientos ducados en doblones de á ocho.

Lamprea los tomó, y sin despedirse del usurero, sin mirarle, salió.

V.

—El ladron roba al ladron, dijo adelantándo por la calle Ancha de San Bernardo en direccion á la casa del alcalde de barrio: la infamia devora á la infamia: estamos perdidos: tendremos que quemar lo que nos queda: y luego... luego... Petrilla no querrá reducirse á la indigencia: no se reducirá, no:

Una idea terrible quemó el pensamiento de Lamprea.

—¡Ah! y no podré matarla, no; la amo demasiado; soy su esclavo: Dios mio, el castigo es horrible: si yo pudiera adelantar á través del hundimiento, llegar allí, al oro de Baltasarote: ¡ah! imposible; yo no puedo llamar á nadie, no; tendria que valerme de bandidos; me matarian para apoderarse del tesoro: yo solo, sabe Dios cuántos años: ¡ah! y cuando haya llegado la vejez, cuando Petrilla no sea mas que una horrible cosa infame ¿para qué quiero yo el oro?

El miserable sopista se retorcia en estos pensamientos como un reptil en el fuego.

—Será necesario empezar de nuevo, aguzar de nuevo el ingenio para burlar las leyes, y ¿para qué? para nada: la parte del esplorador, del husmeador, es muy pequeña; apenas podremos vivir: ¡oh! y yo no quiero que Petra nos haga ricos otra vez, ¡no, Dios mio, no!

VI.

Llegó en este momento á la casa del alcalde de barrio á cuya puerta encontró dos hombres de la ronda de policía.

—¿Se puede ver al señor alcalde? dijo.

—El señor alcalde está ocupado, constestó sécamente uno de los de la ronda; á mas de eso, los estudiantones mendigos no entran en el despacho del señor alcalde; esperan en el portal.

Lamprea se resignó y se sentó en un poyo, dentro del portal, debajo de un cuadro denegrido que representaba un *Ecce-homo* ante el cual pendia un farol.

La casa era grande, de lujo, para aquellos tiempos.

Se conocia por ella que el señor alcalde de barrio era una persona noble y rica.

En aquellos tiempos, la nobleza absorbia todos los cargos públicos: el que no podia ser regidor perpetuo porque las varas de estos estaban vinculadas en cada localidad, en las familias mas ilustres, se satisfacia con ser alcalde de barrio ó de distrito: todo, en fin, era mandar.

Al fondo del portal habia algunos criados que charlaban ociosos, y uno de ellos reparó en Lamprea. Adelantó.

—¿Por qué habeis dejado entrar á ese mendigo? dijo á los de la ronda: ¡eh! ¡lárgate de ahí, no nos pegues tu miseria! si tienes que esperar, espera en la calle.

Lamprea se levantó humildemente, salió y se apoyó en el muro de la casa, contra el alto resalte del marco de piedra de la gran puerta churrigueresca.

VII.

Pasó media hora, una.

Lamprea, replegado, anonadado, con el pensamiento vagando de Petrilla á su hija, de su hija al hundimiento que habia sepultado á Baltasarote.

Los de la ronda permanecian impasibles en el dintel de la puerta.

Lamprea era mezqnino: sabia demasiado que con untar la mano, como suele decirse, á los de la ronda, pasarian recado al alcalde.

Fue necesario para que se decidiese, que su ansiedad por el estado de Petrilla se le hiciese insoportable.

No tenia mas que doblones de á ocho, y era cosa durísima para Lamprea desprenderse de una cantidad tal.

Al fin pudo mas en él el cuidado por su mujer y el deseo de volver á verla, que su codicia.

—Señor, dijo humildemente á uno de los de la ronda, enseñándole recatadamente un doblon: ¿querrá vuesa merced decirme si esta moneda es buena?

El de la ronda la tomó procurando que nadie le viese.

¡Eh, qué diablos de mendigos! dijo, para el tonto que crea en su pobreza: vamos á ver ¿qué quieres?

Y se guardó el doblon.

—Quiero ver al señor alcalde.

—¿Con qué motivo?

—El padre de mi mujer se ha perdido y no sabe dónde está; pueden haberle muerto y vengo á dar parte: mi hija se ha ido con un hombre, y quiero que se los prenda á los dos, como corresponde en justicia.

—¡Ah! ¿y por qué no has hablado antes, hombre? la cosa es bastante grave: vamos, espera; voy á decirlo al señor alcalde.

Y el de la ronda entró; volvió á poco y dijo á Lamprea.

—Sígueme.

VIII.

Lamprea habia necesitado como quien dice tomar un billete de entrada, y un billete muy caro para penetrar en la casa del alcalde.

Este, de pie, severo, altivo, le recibió en un gran despacho amueblado con todo el lujo de aquellos tiempos.

Lamprea le espuso humilde, lacrimoso, abatido, su situacion.

—Cosas de la canalla, dijo el alcalde, agitando la campanilla de la gran escribanía de plata que estaba sobre la mesa, á cuyo sonido se presentó el mismo individuo de la ronda que habia llevado ante el alcalde á Lamprea.

—Vaya usted con este al celador del barrio: dígale usted que ya me he enterado de su demanda y que obre como corresponde en justicia: que si encuentra méritos para proceder contra éste y contra su mujer, que los meta en la cárcel y que me dé parte de lo que sucediere.

Lamprea salió, encogido en la forma y rugiente en el fondo.

Hubiera despedazado al alcalde.

La tirania en aquel tiempo se subdividia entre todos los que tenian jurisdiccion y aumentaba á medida que la jurisdiccion era mas estrecha.

IX.

El celador trató tambien de muy mala manera á Lamprea; pero se veia obligado á obedecer y fué con él á su casa.

La registró para ver si encontraba en ella alguna señal de crímen, porque podia suceder muy bien que aquel sopista mendigo hubiese cometido un delito sobre la persona de su suegro y diese parte á la justicia para cubrirse.

Nada encontró en la casa mas que una mujer enferma y una vieja que la cuidaba.

Salió, y acompañado de Lamprea, se fué al barrio de Toledo, á la calle de la Paloma, donde de público vivia el torero Joselito el Pando.

No estaba en su casa.

Faltaba de ella desde la tarde anterior.

—Eso acostumbra hacerlo con mucha frecuencia, dijo la madre de Joselito, que era una mujer hombruna y brava, y no creo yo que mi hijo se haya ensuciado con el cariño de la hija de un sopista tan pigriciento: lo que le sobran á mi hijo son buenas mozas honradas que se desviven por él; en fin, mañana por la tarde torea mi hijo y no ha de dejar de ir á la plaza por una pequeñez como esa: si la justicia quiere preguntarle, en el cuarto de la Virgen le encontrará á las dos: y háganme ustedes el favor de irse, porque yo no tengo nada que ver con celadores, y ese miseria viva me está ensuciando la casa.

El celador irritado dijo cuatro insolencias á la madre del torero; Lamprea se calló; salieron á la calle, y como el celador no habia encontrado méritos para prender al sopista, le dijo:

—Váyase usted á donde quiera: mañana á la una vaya usted á mi casa, iremos á la plaza de toros y veremos lo que dice Joselito y si hay lugar para prenderle.

—¿Pero por qué no se le busca, señor? dijo desesperado Lamprea, conteniéndose á duras penas y á duras penas apareciendo humilde: ¿cree su merced que puede estar un padre tranquilo durante veinte y cuatro horas, sin saber lo que ha sido de su hija?

—Si tu hija no hubiera sido una mala mujer, dijo el celador, no te

verias en este caso; así la habrás criado: ¡ea! véte; hasta mañana á la una y gracias; como si no estuviéramos en el mundo los hombres honrados mas que para perseguir pécoras.

Y echó á andar.

X.

La autoridad paterna era hollada, abofeteada, escarnecida, porque aparecia envuelta en miseria.

Aquel alcalde y aquel celador no sabian que Lamprea era un bandido: solo habian visto en él al mendigo.

En aquellos tiempos de sombra, un mendigo era un ilota, un ser completamente desheredado, una cosa vil, á las cuales no se hacia justicia sino por la misma justicia, y á duras penas.

Aquella sociedad que con sus abusos multiplicaba los mendigos, los consideraba como reptiles.

Entonces un mendigo no era un hombre.

CAPITULO IV.

De cómo un toro dió muestras de ser mas justiciero que los funcionarios de la ley.

I.

Lamprea volvió á su casa, vacilante, anonadado, febril, con el corazon comprimido como bajo una mano de hierro, desesperado, loco, y encontró á Petrilla que habia vuelto en sí, pero que deliraba.

Su delirio era horrible.

Afortunadamente la tia Araña se habia dormido en la sala.

Cuando abrió la puerta Lamprea, éste la habia reprendido ágriamente, porque habia reparado en sus ojos soñolientos.

—No he dormido en toda la noche, contestó con insolencia la gitana: —si no acomoda, con irme estamos del otro lado.

Lamprea se calló.

Necesitaba á la tia Araña.

Las botellas se habian enfriado y fue necesario poner otras nuevas.

Lamprea, por si la tia Araña oia algo, la dijo: tu ama está desvariando, no habla mas que disparates; que no vayas tú á charlar á las vecinas lo que oigas y des lugar á murmuraciones que pueden darnos disgustos.

—Los que están asi no saben lo que se dicen, dijo la tia Araña; y luego, ¿qué tengo yo que ver con las vecinas? y por último, aunque el

ama dijera lo que dijera, al fin es de mi casta y no quiero yo que los castellanos se diviertan con nosotros; ¡y vaya, como si yo no hubiera conocido hace mucho tiempo al tio Baltasarote y no supiera yo que no tenia mas que lo que habia robado! quite usted allá señor Marcos, que aquí todos somos unos y no hay para qué nos hagamos daño: si usted me trata mal y pega conmigo, por lo que le sucede, me iré, pero no pasará de ahí.

II.

Vino por la tarde el doctor y acabó de tranquilizar á Lamprea.

El peligro habia pasado completamente.

Lamprea apuró una horrible noche de ansiedades.

Petrilla sufria: ignoraba lo que habia sido de su hija: le irritaba su rebeldía; le inquietaba el porvenir; se agitaba en una desesperacion espantosa: su horrible castigo habia empezado.

El médico volvió por la mañana y encontró en el completo uso de su razon á Petrilla.

A la una, Lamprea se fué á buscar al celador, y juntos se trasladaron á la plaza de los toros.

III.

Hay en ella un departamento, una especie de capilla que se llama el cuarto de la Vírgen, por una imágen ante la cual rezan los toreros la salve un momento antes de que el alguacil vaya á sacarlos á la plaza para la lidia.

En el cuarto de la Vírgen encontraron el celador y Lamprea al matador Joselito, que al ver al sopista, se puso sucesivamente pálido y encendido; se dominó al fin y adelantando con descaro, dijo:

—Sí, sí señor; ella y yo nos queríamos; usted y su madre se habian empeñado en que no nos casáramos; bueno: ha pasado la noche conmigo, y por el buen decir de la gente, será menester que se nos case: á vivir, padre Lamprea, pues ¿qué creia usted, que Joselito no tenia alma bastante para salirse con la suya?

—Resulta, dijo el celador al torero, que tú confiesas el delito.

—Pues qué, señor ¿es delito querer á una buena moza y llevársela? en pagándola lo que se la debe, en paz: si yo la quiero y ella me quiere ¿qué tiene que ver nadie?

Lamprea callaba; permanecia encogido: mantenia en su semblante su máscara hipócrita, pero dentro de él, se agitaba una cólera mortal.

—Yo creo, dijo el celador, que eres tan buen espada porque eres mas bruto que los toros, Joselito; con que es decir que á tí te parece que no hay mas que levantar de cascos á una hija de familia, menor de edad y llevársela, y dar un escándalo contra la religion y las costumbres y el rey nuestro señor, cuyas leyes se injurian, y decir con el descaro del mundo: lo he hecho porque me da la gana y me caso, y santas pascuas: y me lo dices á mí que soy una autoridad que represento al rey y que no te rompo el baston en la cabeza por desvergonzado, porque Dios quiere que yo reconozca que eres un animal; pues mira, ya puedes estar echando á andar para la cárcel, y dí dónde está la muchacha para que vaya á la cárcel tambien.

—¿Pero por qué ha de ir mi hija á la cárcel? dijo Lamprea que adoraba á Esperanza.

—Por bribona; porque la muchacha que huye de su casa, no tiene vergüenza, y escandaliza y da mal ejemplo; y cállate tú no sea que te lleve á la cárcel tambien.

—Señor celador, dijo un alguacil, vestido á la usanza de los tiempos de Felipe IV, que estaba allí, esperando la hora para sacar á los toreros á la plaza; yo creo que será menester pedir licencia para llevarse preso á Joselito, al señor corregidor que preside la corrida.

—Pues quédese usted aquí guardando como presos al sopista y á Joselito, que yo voy á consultar á su señoría.

IV.

El corregidor, que no quiso privar al público, ni privarse él, de las buenas suertes y de las buenas estocadas de Joselito el Pando, que era un gran matador, determinó de plano que se le tuviese por preso; que se pusiese á cada una de las tres salidas del redondel un alguacil con órden de asegurarle si pretendia escapar; y que cuando terminase la corrida fuese conducido á la cárcel.

El celador volvió y notificó á Joselito la determinacion del corregidor.

En aquel momento, el alguacil encargado de sacar á la plaza la cuadrilla, dijo consultando un voluminoso reló de cobre que habia perdido su plateado:

—Las dos menos cinco minutos, muchachos; vamos, listos: á rezar la salve á Nuestra Señora, y al redondel.

Joselito, aterrado por la idea de la cárcel, embrollado, porque su obtusa inteligencia no le dejaba ver claro, dió un resoplido de fiera; se entró en el cuarto de la Vírgen; se arrodilló y antes de empezar á cantar la salve, pronunció esta horrible blasfemia.

—Madre mia, no me mires mas á la cara si en saliendo de la cárcel no mato al sopista Lamprea.

Luego entonó la salve en coro con los banderilleros y los picadores; se alzó; salió nervioso, del cuarto de la Vírgen; se puso el sombrero y se terció el capote con cólera y siguió al alguacil.

El celador se pegó á él: detrás iba el sopista Lamprea; los de la cuadrilla se mostraban contrariados y casi rebeldes por lo que acontecia á su matador.

La cuadrilla formada, con el alguacil á caballo á la cabeza, con los picadores á caballo detrás, detrás de ellos los perros de presa tenidos de las cadenas por matachines vestidos de majos, y por último, las mulas de arrastre con penachos y banderines y alamares, teniendo detrás de sí los dos muleteros abigarrados que sostenian el balancin á que se aferraban los tiros.

En aquellos tiempos los toreros usaban sombreros de tres picos y redecilla ó cofia como los manolos; chaqueta larga, negra, con hombreras y alamares negros tambien; negros la chupa, la faja de seda, los calzones cortos y los zapatos, y blancas las medias.

Solo usaban de color las capas de lidia: las de paseo, es decir, aquellas con que entraban en la plaza, eran capas negras de manolo, adornadas con caireles y agremanes.

Los picadores tenian la deferencia del gran sombrero gris ancho y plano y los calzones de ante.

V.

Dieron las dos y sonaron instantáneamente los clarines y los timbales.

Joselito disimuló su ansiedad; entró sonriendo, en la plaza, detrás del alguacil, á la cabeza de la cuadrilla, y solo allí no le siguió el celador, pero se quedó esperándole en la contrabarrera con Lamprea.

La plaza estaba magnífica.

Los tendidos llenos, abigarrados de colores; los palcos ostentando las damas mas hermosas de la córte, con sus trages de majas: en los tabloncillos, mujeres de vida alegre, vistosamente engalanadas; en las contrabarreras de sombra, la gente del bronce, los inteligentes, los dadores de la reputacion de los toreros: en el sol, bajo un calor de treinta y cinco grados, el manolaje de ambos sexos, alegre, ruidoso, aplaudiendo con las manos y dando con los garrotes en las tablas de la contrabarrera, en honor de Joselito, que adelantaba gallardo y altivo, aunque con la ansiedad en el alma, hácia el palco de la presidencia, para hacer con su cuadrilla el primer saludo.

Aquello era un conjunto magnífico, del cual se desprendia un ruido atronador, una alegría loca, algo semejante al torbellino, á la tromba.

Joselito y la cuadrilla saludaron al corregidor y luego al público, en dos lugares de la plaza.

Despues dejaron los capotes de paseo, y tomaron las capas de lidia.

Se retiraron dos picadores y los otros dos se colocaron, el primero á la izquierda del toril, el segundo delante de la puerta del arrastradero, por la cual habia entrado la cuadrilla.

El alguacil recibia en su sombrero de canal la llave del toril que le arrojaba el corregidor, y la llevaba al galope largo al encargado de dar salida á los toros, y escapaba hácia la puerta del arrastradero, saliendo por ella.

VI.

Joselito miraba con insistencia á un tabloncillo de la parte de sombra, donde habia una jóven como de quince años, hermosísima, pero exageradamente descarada.

Estaba pálida, y la intensa mirada de sus ojos negros, se cruzaba con la ansiosa de Joselito.

Esta jóven era Esperanza: á su lado habia una vieja de mala traza.

Joselito crecia á cada momento en ansiedad.

Se encontraba en malísimas condiciones para la lidia.

Escondido con Esperanza, enamorado, no habia asistido al enchiqueramiento de los toros: no los habia visto; no los conocia; sabia que eran de Colmenar Viejo, berrendos y bravos, y sentia un terror vago.

En aquellos tiempos se entendia por una corrida entera la media cor-

rida de prueba de por la mañana, en que se lidiaban seis toros por otra cuadrilla, lidiándose otros seis por la tarde.

En la media corrida de prueba habia sido cogido y gravemente herido un banderillero.

Esto lo habia sabido Joselito al ir á la plaza.

—El ganado es muy duro, le habia dicho un picador viejo: cuenta, Joselito, con que no te pase lo que esta mañana al Mochuelo: tú tienes mucho corazon, te fias de él, y esto es malo: aplómate hijo; trastea á las reses lo que sea menester, hasta que estén limpiamente á la muerte y aunque te silben y te toquen el cencerro, no te apresures; mira que los berrendos de Colmenar Viejo, segun lo que saben, parece que han estudiado en Salamanca, y se van al bulto y se cuelan en un cerrar y abrir de ojos: yo te digo esto porque te quiero y porque quince años antes que tú nacieras ya conocia yo á los toros como si me hubiera parido una vaca: con que mucho ojo chiquillo, y no nos des un disgusto como el pobre Mochuelo, que sabe Dios si estará hablando con San Pedro á estas horas.

Solo del viejo y esperimentado picador Lagarto, terrible gitano, gran caballista y gran brazo, hubiera tolerado una advertencia tal Joselito el Pando, en su orgullo de cabeza de cuadrilla.

VII.

El desastre de Mochuelo; la advertencia del picador Lagarto; la procedencia de los toros y la espectativa de ir á la cárcel cuando se acabase la corrida; su cólera contra Lamprea, y su interés y su amor por Esperanza, influian de una manera fatal, terrible, en el jóven torero.

VIII.

Hicieron los timbales y los clarines la señal para la salida del primer toro; se oyó el estruendo seco del enorme cerrojo de la puerta del toril al ser corrido con brío; luego las palmadas en la tabla con que un sirviente de la plaza escitaba al toro, y por último, un hermoso animal, corpulento, fino, de piel brillante, bien armado, se lanzó como un rayo en el redondel; vió el primer picador, entró en su jurisdiccion, escarbó, le miró, inclinó la terrible cabeza, lanzó un ronco y poderoso bramido, embistió, recibió el puyazo, recargó, hizo dar al picador una terrible caida,

se cegó en el caballo, y á duras penas pudieron arrancarle de allí los capotes de la gente de á pie.

Era un gran toro.

El público aplaudia, gritaba, golpeaba con los garrotes y con los bastones contra barreras y andamios, y el toro, terrible, feroz, magnífico, cargaba sobre el segundo picador, que fue aporreado como el tio Lagarto, que era por antigüedad el primero de los picadores.

El segundo caballo, como el primero, no se levantó.

Los picadores estaban desmontados, y el público pedia de una manera rugiente caballos.

Fueron servidos estos al tio Lagarto y al tio Chucho, tambien gitano y viejo, que como si hubieran sido de bronce, podian continuar picando, á pesar de sus dos terribles costaladas.

Los de á pie, esto es, los banderilleros, pretendian desbravar al toro corriéndole, pero desde muy lejos, porque el animal era bravo y ligero como un águila.

El tio Lagarto y el tio Chucho sufrieron otros dos batacazos y perdieron otros dos caballos.

El entusiasmo del público crecia hasta lo inverosímil.

La sangre, aunque si bien, no de seres humanos, servia de lecho á los caballos agonizantes, con los cuales se habia enquerenciado el toro, y en los que se cebaba en el momento, en que metidos en la barrera los banderilleros, dejaban de escitarle.

El tio Lagarto fue llevado á la enfermería y salió en su reemplazo un sobresaliente.

Otros dos caballos fueron muertos.

El corregidor, contra el dictámen de los inteligentes, porque el toro estaba demasiado entero, por poco castigado, y contra el gusto general del público, que queria mas caballos muertos y mas picadores aporreados, hizo con su pañuelo blanco la señal para el toque de banderillas.

La cuadrilla andaba huida por asco al toro, y apenas le colgaron los de á pie algunos pares como Dios quiso.

Lo que acreció la bravura del animal.

IX.

Tocaron al fin clarines y timbales á muerte.

Un vértigo horrible cubrió de sudor frio á Joselito,

Tomó de mala manera la muleta y el estoque, y se fué á brindar el toro al corregidor.

—¡Por usia, dijo, por la compañía y por el buen pueblo de Madrid!

Y arrojó el sombrero.

Pero su voz, otras veces estentórea y clara, apenas fue oida.

El sombrero fue arrojado con poco brío, y los inteligentes, en la manera vacilante con que se dirigió al toro, conocieron que á Joselito le habia entrado la basca, ó lo que es lo mismo, que estaba dominado por el terror.

—¡Que no le mate! ¡que no le mate! gritaron de toda la circunferencia de la plaza.

—¡Que le mate el Quico! ¡que le mate el Quico!

El corregidor comprendió lo mismo que habia comprendido el público, é hizo seña á un alguacil para que llamase á Joselito para preguntarle si estaba en disposicion de matar.

Joselito, á pesar de su pavor oyó esto; dijo con desden que podia matar hasta el toro de San Marcos.

Su honra de torero estaba comprometida; una muestra tal de cobardía, le hubiera obligado á cortarse la coleta; como si dijéramos á suicidarse.

Se fué para el toro, y sin trastearle, por no perder tiempo, se armó, citó al animal, y un segundo despues, un grito de horror, inmenso, terrible, se levantó de la plaza, saliendo de todas las bocas.

El toro habia cogido á Joselito, le habia tirado por alto y recargaba sobre él.

En vano el Quico, sereno, valiente, pretendió interponerse: el toro solo veia á Joselito: por tres veces le recogió y le lanzó al aire.

Por fin el Quico, desesperado, esperó al toro en una de sus revueltas, y esponiéndose á sufrir la misma suerte que Joselito, le dió una terrible estocada por todo lo alto.

El toro vaciló y cayó junto á su víctima.

El público aplaudió estrepitosamente al Quico.

X.

El Santo Oleo está siempre en una de las dependencias de la plaza. Lo que hace por sí solo el comentario de las corridas de toros,

Pero el Santo Oleo no puede entrar en el sangriento redondel.

El sacerdote acude á la puerta de caballos.

Cuando fue levantado Joselito vivia aun: antes de llegar á la puerta de caballos murió: el Santo Oleo fue inútil.

Entre tanto, en la puerta del arrastradero un hombre decia, olvidándose de que podian escucharle, y dirigiéndose al toro, como si el toro hubiera podido comprenderle y oirle:

—¡Maldito seas, porque has hecho lo que queria hacer yo!

—¡Este hombre á la cárcel! dijo el celador á un alguacil que allí estaba para que no pudiese escapar Joselito.

El corchete se apoderó de Lamprea y se le llevó maltratándole.

El celador habia encontrado al fin, méritos para prender al sopista; y como el celador notase que despues de haberse llevado el cadáver del torero, habia algun tumulto en los tabloncillos del centro, de la parte de sombra, preguntó qué era aquello.

—Es una chica que se ha desmayado, le respondió un manolo.

—¡Ah! pues aquella es la chica en cuestion, dijo el celador, que no podia comprender se desmayase por la muerte de un torero, nadie mas que su querida.

Nuestras mujeres son tan fuertes, y esto lo sabia bien el celador, que cuando muere un torero en la plaza, gritan mucho, pero no se desmayan.

Pues qué ¿no saben que aquel es un duelo á muerte entre un hombre y una bestia feroz?

Lo que sucede es lógico: ó muere el toro, ó es muerto el torero, ó por lo menos arrollado.

XI.

El celador dió la vuelta, se abrió paso valiéndose de su autoridad y llegó hasta la jóven que se habia desmayado y que acababa de volver en sí.

—¿Por qué se ha desmayado usted, niña? la preguntó de una manera brutal.

—¡Ay mi Joselito de mi alma! ¡ay vida mia, que me le han matado! dijo por toda contestacion Esperanza.

—¡A la cárcel! dijo el celador: á ver, aquí los alguaciles.

Se levantaron en torno de aquel grupo voces irritadas.

—¡Favor al rey! gritó el celador: que nadie se oponga á la justicia: ¡aquí la guardia!

Todos callaron.

Ninguno queria ser preso.

Esperanza, dando gritos, fue sacada de la plaza y conducida en una calesa, con el celador al lado, á la cárcel.

XII.

Se arrojó tierra sobre la sangre animal y sobre la sangre humana, y continuó la corrida.

CAPITULO VII.

El doble registro.

I.

Al tiempo que llegaba á la puerta de Alcalá Lamprea, asido, empujado, maltratado por el alguacil, pasó, rozándole casi, una calesa en que iba una mujer que lloraba, gritaba y blasfemaba, acompañada por un celador impasible.

El escándalo que producia la muchacha no envolvia al imperturbable celador. Se volvia contra ella sola.

Los que la veian decian cosas semejantes á esta.

—Es una bribonzuela que llevan presa: miren la escandalosa: anda, anda ya te lo contarán; y es lástima, porque es muy guapa.

Nadie comprendia el dolor de Esperanza; nadie la compadecia.

Iba presa, y sin duda lo habia merecido.

El celador á su lado, serio y grave, dejando ver su baston de justicia, era su Sambenito, el testimonio viviente de que habia cometido un crímen, ó por lo menos una falta grave.

II.

Lamprea habia reconocido en aquella muchacha á Esperanza, y por un impulso natural habia pretendido lanzarse tras la calesa.

El alguacil que era robusto, bravío, záfio, una especie de mata-siete, le retuvo asido por el cuello de la sotana.

Lamprea habia perdido su sombrero mugriento, mellado, estrujado, deforme, imposible.

Sus cabellos, demasiado largos, descuidados, enmarañados, erizados, completaban la ferocidad que habia aparecido en su terrible semblante, del cual habia arrojado la máscara hipócrita de humildad, de mansedumbre, de apocamiento.

Esperanza habia podido llegar antes que él á la puerta de Alcalá, porque el alguacil se habia visto obligado á llevarle á la fuerza, haciendo altos, golpeándole, arrastrándole, en fin.

Lamprea habia apelado al soborno; pero se habia encontrado con uno de esos perros de presa de la ley, cuya fidelidad llega hasta la brutalidad.

Lamprea tuvo mas de una vez terribles tentaciones de deshacerse, á puñaladas, de áquel monstruo en figura de alguacil que le sofocaba estrechando la abertura de su sotana, á la que se habia asido como un garfio, empujándole con la rodilla, sacudiéndole, arrastrándole por medio de todas las violencias posibles.

Pero habia muchos testigos: era pleno dia: en vez de escapar, solo hubiera conseguido empeorar su situacion; ponerse decididamente en el camino de la horca.

III.

Lamprea agonizaba, rugia, prometia, amenazaba, resistia de una manera pasiva por la fuerza de inercia, y solo conseguia ser maltratado sucesivamente de una manera mas dura.

Tardó, pues, mucho el alguacil en llevarle á la puerta de Alcalá, y por esta razon pudo salir por ella, antes que él, Esperanza.

La situacion de Lamprea era horrible, suprema; una de esas situaciones que si caen sobre un hombre honrado y bueno, le hacen dudar en su desesperacion de la Providencia, y en que por el contrario, reconoce la mano de la Providencia, un malvado.

Petrilla, enferma, abandonada y sin recursos; su hija, deshonrada, presa, sin esperanza de rehabilitacion por un casamiento; impotente la ira del sombrío Lamprea, contra aquel hombre, causa de tantas desgracias.

—Que se case que no se case, se habia dicho en su ferocidad el sopista, yo le mato.

Habia sentido sobre su frente deshonrada por el crímen, el fuego de la vergüenza por la deshonra de su hija.

Este es un fenómeno comun á todos los bribones: están deshonrados, y sin embargo creen que guardan un harapo de honor.

Lamprea era uno de esos horribles seres que no perdonan la contrariedad que se les causa ó la injuria que se les hace; uno de esos seres abominables que permanecen inactivos, buscando una ocasion de vengarse, asegurando una venganza que reconcentran y que se hace tanto mas intencionada, tanto mas cruel, tanto mas infame, cuanto es mas tardía.

No podia matar desgarrándole, atormentándole, martirizándole, á Joselito, porque no se atormenta, no se mata á los muertos.

Él era la causa de la rebeldía, de la fuga, de la infamia de Esperanza; de la grave dolencia que amenazaba la vida de Petrilla, de su prision, de la situacion espantosa en que se encontraba.

IV.

El alma de Lamprea estaba negra como la de un condenado, lúgubremente irritada, horrible.

Tenia demasiada imaginacion para no ver todas las consecuencias de su arresto.

Habia dado con un alguacil incorruptible, con una especie de gato feroz que le trataba ni mas ni menos que un raton.

Era inevitable el registro en cuanto se llegase á la cárcel.

No podia desembarazarse de nada de lo que llevaba sobre sí, porque el alguacil lo hubiera recogido.

No podia hacerse estraño á Petrilla, librarla del ojo investigador y terrible de la justicia.

Llevaba en su bolsillo su partida de desposorios; la de bautismo de Esperanza: en ellas constaba el nombre de Baltasarote, demasiado conocido.

La justicia sabria la habitacion de Petrilla; iria á embargar para asegurar las costas.

Si Petrilla habia recaido en el delirio; si por acaso descubrian la en-

trada en los subterráneos; si investigaban; si al ver aquel gran hoyo abierto en el cementerio revolvian su terreno; si encontraban los horribles cuerpos de delito, cubiertos por él, no habia esperanza.

Petrilla no se salvaria de la enfermedad que la postraba, sino para morir bajo el verdugo, como habia muerto su segundo marido.

La situacion de Lamprea no podia ser mas espantosa.

V.

Al llegar á la casilla que los empleados del resguardo de la real Hacienda tenian en la puerta de Alcalá, el alguacil, en nombre del rey, les pidió una cuerda.

Solo tenian una soga.

A falta de otra ligadura mejor, la aceptó el alguacil, ató fuertemente los brazos á Lamprea, asió el estremo de la soga y se puso en marcha con el preso que, resignándose á su impotencia, dejó de resistir, y partió tan de prisa cuanto habia sido tardo antes.

En las situaciones estremas, llega un momento en que se desea apurarlas de una vez.

A medida que penetraban en la poblacion, los mendigos que se encontraban por todas partes, decian:

—¿Qué se habrá comido el sopista Lamprea?

—Ya caiste, hermano; esto habia de suceder alguna vez; pero si no te has resbalado mucho, no faltará alguna beata de buen pecho que te saque de la cárcel.

Los pilluelos, aprendices de ladrones y pordioseros, acabaron por formar una escolta ruidosa al alguacil y al preso.

Alguna dama caritativa, porque Lamprea era todavía muy buen mozo, solia decir:

—¿Por qué llevarán de ese modo á ese pobre estudianton?

Un muchacho que habia encontrado en la calle un esportillo roto, se le puso á Lamprea en la cabeza, diciendo:

—No está bien que un hombre tal como el sopista Lamprea vaya de una manera indecente como cualquier pelon de poco fuste: ahí tienes sombrero.

El alguacil dió al aire un palo con su baston de justicia, destinado al pilluelo.

Este tomó distancia y soltó una carcajada.

El alguacil hubo de dejar impune al raton por temor de que se le escapase la rata vieja.

VI.

Llegaron al fin á la cárcel.

El alguacil llamó al rastrillo, le abrieron y entró con Lamprea en la entrepuerta.

En la entrepuerta se registran las ropas de los presos y se registra su nombre en el libro de la cárcel.

La primera operacion se hace por uno de los dependientes, en presencia del alcaide: despues el alcaide inscribe al preso en el libro que se llama de partida de registro.

Se procedió al registro de las ropas.

—¡Un puñal de Albacete, de filo y medio, con tres canales! dijo el empleado que registraba.

—Buen memorial para diez años de presidio, dijo el alcaide.

Lamprea, atado aun, tenia fija la mirada feroz en el suelo.

—¡Ah! dijo el empleado que registraba; esto es mejor: dinero.

Y puso todo el que encontró en el bolsillo de Lamprea, sobre la gran mesa de nogal que habia en la entrepuerta.

El alcaide lo contó.

—Para que os fieis de la pobreza de estos bribones de pordioseros, dijo el alcaide; doce doblones de á ocho, uno de á cuatro y otro de á dos: ¡pillo! ¡y pedias limosna!

Lamprea no contestó.

—Unos papeles, dijo el que registraba.

Si Lamprea hubiera tenido las manos libres, hubiera arrebatado aquellos papeles al empleado y hubiera procurado comérselos.

Lamprea se olvidaba en aquel momento de que Esperanza era otro cabo por el cual se podia llegar á Petrilla.

—Mira si tiene cosido algo en la ropa, Cascabeles, dijo el alcaide al empleado: estos canallas no dejan en ninguna parte su dinero.

—Nada, no, señor Lesmes, dijo Cascabeles.

VII.

El alcaide se sentó en un sillon de nogal con respaldo y asiento de baqueta clavados con grandes tachuelas doradas, que estaba detrás de la mesa; se puso unas antiparras, tomó un enorme libro, le abrió y sacando de un tintero de jaspe una negra pluma, dijo á Lamprea.

—Acércate.

Lamprea no se movió.

El alguacil le puso de un empellon junto á la mesa.

—¿Cómo te llamas? le preguntó el alcaide.

Lamprea no contestó.

Volvió á preguntar el alcaide, ya de mal talante, y Lamprea se obstinó en su silencio.

—Y usted, ministro, ¿no sabe cómo se llama? dijo el alcaide dirigiéndose al alguacil.

—De público se sabe, contestó el corchete, que este bribon se llama el sopista Lamprea; pero éste debe ser apodo.

—No importa, ya es algo, dijo el alcaide escribiendo: ¿de órden de quién se le prende? preguntó el alcaide al alguacil.

—De órden del celador del barrio de Leganitos, contestó el alguacil.

—¿Por qué causa?

—Lo ignoro.

Y el alcaide escribió las señas de Lamprea, dictándoselas á sí mismo en alta voz.

—Estatura como de cinco pies; cabellos rubios; ojos azules; color blanco; nariz regular; barba poca; edad como cuarenta años: no ha respondido á nada de lo que se le ha preguntado al hacer el registro: encierro del loco, en la crugía honda.

Sin duda llamaban del loco aquel encierro, porque algun desdichado habia perdido en él la razon.

Despues de haber concluido su registro, el alcaide dijo á Cascabeles:

—Echale un par de calcetas de á veinte y cinco, y pónle agua en el cántaro por si tiene sed.

Calcetas de á veinte y cinco era lo mismo que un par de grillos de arroba: esto no impedia que se cerrase con un grueso cerrojo con llave la puerta del encierro.

Cascabeles se llevó á Lamprea.

El alguacil pidió al alcaide el recibo del preso; se le dió éste; el alcaide se guardó en el bolsillo el dinero; puso los papeles y el puñal en el cajon de la mesa que cerró con llave, y fué á abrir por sí mismo el rastrillo al alguacil que, no solo se llevaba el recibo, sino la soga con que habia atado á Lamprea, único provecho y legítima presa que le habia producido aquella prision.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

Lo que puede hacer, bajo una escelente administracion de justicia, por su marido, una mujer hermosa.

I.

Trascurrieron seis meses.

Durante dos de ellos, Lamprea, encerrado en su sepultura de vivos, sintió todos los frios posibles: el del cuerpo; el del alma; el de la desesperacion; el de la rabia impotente; el del amor desconsolado; el del alejamiento de los seres queridos; el de la incertidumbre por lo que habria sido de ellos; el del terror.

En vano el alcalde del crímen, encargado de su proceso habia pretendido hacerle hablar.

Lamprea se habia encerrado en un silencio absoluto; en un silencio que era su única y desesperada defensa posible.

Se apuraron con él todos los malos tratamientos.

La alimentacion á pan y agua; la carencia de todo lecho por miserable que pudiese haber sido; del aire, de la luz, de una atmósfera á lo menos respirable de una manera medianamente fácil: una letrina abierta y descuidada, en un ángulo del encierro, llenaba su espacio de una fetidez insoportable.

Lamprea que habia entrado gordo y buen mozo en el encierro del loco, salió de él pálido, con los ojos hundidos y mates, flaco, con el cabello entrecano, convertido en un espectro y resintiéndose ya á causa de la humedad, de la paralisis que le acometió mas tarde.

Le arrojaron al patio entre criminales de todo género.

Lamprea, á pesar de su debilidad, se hizo respetar de todos.

Dió una puñalada al baratero, al maton, al amo, al rey de aquel patio, y le sustituyó.

II.

¿Cómo se daban y se dan aun puñaladas en nuestras cárceles? ¿Cómo tienen los presos navajas?

Una navaja entra oculta en el pan; envuelta en hule en una olla de comida; en la liga de una mujer que habla con un preso en la entrepuerta.

¿Dónde se ocultan estas navajas? En cualquier parte: bajo un ladrillo; en un agujero invisible de la pared; en el fondo de un vaso inmundo durante el registro: cuando el registro pasa, las navajas vuelven al bolsillo de sus dueños.

Cada preso, á escepcion de los pipiolos, de los pobres diablos que entran por cualquier leve causa en la cárcel, y que son los esclavos, las víctimas, cada preso tiene una navaja.

¿Cómo se ocultan las heridas para que no sobrevenga un nuevo proceso? Se conoce el golpe que se llama *corte carcelario*, esto es, un corte que se tira á una gran masa de músculo: esta herida se oculta; se cura allí mismo: el paciente sufre por no ser castigado, y nada se sabe.

Sobre poco mas ó menos, nuestras cárceles están hoy en el mismo estado en que estaban en el siglo anterior, puesto que los edificios son los mismos y que los reglamentos interiores han variado muy poco.

Aun existen los encierros oscuros, profundos, sin ventilacion, frios, húmedos, mefíticos, bárbaros, imposibles.

Estos encierros vienen á ser la sustitucion del tormento, reconocido y usado como medio para obtener la prueba de la confesion, al tenor de nuestras antiguas leyes.

Una permanencia, por breve que sea, en una de estas inmundas sentinas, influye de una manera grave, como una intoxicacion, en el preso.

Hay una palidez horrible que se llama *color de encierro.*

Con mucha frecuencia, un jóven que entra en una de estas cloacas, con los cabellos negros, sale de ella con los cabellos blancos.

Lamprea habia sido mas fuerte en cuanto á los cabellos: los habia sacado entrecanos.

III.

No basta vencer al rey de un patio de la cárcel: á cada paso el vencedor se ve obligado á sostener la posicion que ha adquirido, hasta que la sucesion de algunos triunfos le hacen temible.

Este hombre cobra el barato y una multitud de contribuciones, por decirlo asi, inherentes á su rango.

Lamprea pudo comer medianamente, renovar sus bayetas que casi se habian podrido en el encierro, y adquirir noticias, pagándolas, de fuera de su departamento.

Supo que Petrilla y Esperanza estaban presas en el departamento de mujeres: la una por fuga del domicilio paterno y escándalo; la otra por vehementes sospechas de crímen.

Supo además con estremecimiento que Esperanza estaba en cinta, de una manera harto visible.

IV.

¿Qué habia sucedido á Petrilla?

Por los papeles que se habian encontrado á Lamprea, se supo que era marido de Petra Otero, hija de Baltasar Otero alias Baltasarote, famoso y rico chalan á quien todo el mundo conocia en Madrid.

Los alguaciles supieron sin dificultad el domicilio de Baltasarote, y en él, la misma noche del dia en que fueron presos Lamprea y Esperanza, un alcalde del crímen, acompañado de un escribano, se presentó con el doble objeto de hacer una indagatoria y de embargar lo que hubiese, para asegurar las costas de los procesos de Lamprea y de su hija.

Encontróse el alcalde con la tia Araña asustada, porque habia llegado, no sabemos cómo, la noticia de la prision del padre y de la hija, y con Petrilla en el lecho, delirando, á pesar del pronóstico del sabio doctor Gutierrez, que decia que la gravedad de la dolencia habia pasado.

El alcalde y el escribano oyeron el delirio de Petrilla, delirio vago, misterioso.

Parecia aquello la esplosion de la conciencia viva en un cuerpo inerte, privado de razon, por la fiebre.

—No, decia Petrilla, yo no tengo la culpa: era mi padre: yo lo hacia porque le tenia miedo; no, no he sido yo: ved, era mi padre: Dios le ha castigado; se lo ha tragado la tierra; ¿por qué me buscaban los tontos? ¿por qué me seguian? no, yo no he sido; no, no; yo no tengo que tener miedo; si yo hubiera sido la tierra me hubiera tragado tambien.

Afortunadamente para Petrilla, y desgraciadamente para la justicia, no determinaba nada: aquellas eran vagas revelaciones del delirio, que no podian causar evidencia, que en nada podia determinar la accion de las leyes.

Sin embargo, Petrilla fue impíamente llevada al hospital, en calidad de presa, porque era mujer *casada de secreto con un sopista criminal que habia dejado conocer conatos de asesinato contra un muerto, porque se le habian encontrado un puñal y doce doblones y medio y un cuarto; porque era madre de una muchachuela fugada del domicilio paterno; porque era hija de un hombre á quien se habia tragado la tierra, y porque habia pronunciado en su delirio palabras muy sospechosas.*

Asi justificaba el alcalde del crímen la prision de Petrilla.

Adviértase que en su delirio nada habia dicho Petrilla que tuviese relacion con asesinatos ni crímenes, y que en las aberraciones del delirio una mujer inocente podia haber dicho cosas mas terribles.

Ignoramos por qué razon no fue presa tambien la tia Araña, puesto que aquellos buenos alcaldes prendian á diestro y siniestro, sin otra razon que la de estar acostumbrados á prender á todo bicho viviente y de ponerse malos el dia que no prendian alguno.

Los dos únicos delitos que podia perseguir la justicia, eran los de fuga y escándalo, cometidos por Esperanza, y el de uso de un arma prohibida, cometido por Lamprea.

Por el primero, Esperanza podia ser condenada, usando de todo el rigor de las leyes, á ser emplumada y á algunos años de reclusion en las arrepentidas ó las recogidas.

En cuanto á Lamprea, la cosa era mas séria; por la sola ocupacion

de un arma prohibida, estaba amenazado con ocho años de presidio.

Y como existían las circunstancias agravantes, segun el juicio del alcalde de la causa, de haber estado casado diez y seis años de secreto con una mujer cuyo padre se habia tragado la tierra y que habia dicho en su delirio cosas muy espantosas; de habérsele encontrado en el bolsillo una cantidad en oro que un sopista no podia poseer, sin la intervencion de un crímen; y de haber permanecido tenazmente mudo y rebelde á los interrogatorios, la sentencia podia estirarse á diez años y un dia, como se decia vulgarmente, pena semejante á la de cadena perpétua, con la diferencia de que la buena conducta del preso, ó su influjo, ó el buen humor de la chancillería, redujese la duracion de aquel *dia* á uno ó dos años, en vez de estirarse hasta el fallecimiento del presidiario.

V.

Hemos hablado de emplumamiento, y como hace mas de treinta años que está en desuso esta pena, y es posible que no sepan en lo que consistia muchos de los que lean estas páginas, vamos á decírselo.

Se emplumaba esclusivamente á las mujeres: en cuanto á los hombres, en vez de plumas les daban azotes; lo que no quiere decir que no se azotase tambien á las mujeres, cuando, segun el juicio de los buenos alcaldes, lo merecian.

A la sentenciada á plumas, fuese cualquiera su edad y su belleza, se la rapaban (frase técnica) ó se la afeitaban los cabellos y las cejas; y si era vieja, hombruna y bigotuda, los bigotes: se la desnudaba hasta la cintura; se la untaba la parte desnuda, con miel de abejas, y sobre aquello se echaban plumas de gallina, de gallo ó de pavo, igual daba, que se agarraban á la miel y hacian una especie de cosa rara y monstruosa de la sentenciada, pero que no bastaba á ocultar lo incitante de la forma, si era jóven y mórbida.

Despues, la hacian cargar con una escalera de mano, por uno de cuyos claros asomaba la cabeza, llevando la escalera horizontal, y con el pregonero, el escribano de la causa y un piquete de tropa, la paseaban, ó mas bien la hacian pasear á pie, y cargada y rapada y enmelada y emplumada, es decir, hecha un demonio, por los sitios mas públicos de la poblacion, á son de tambor, deteniéndose en los sitios de costumbre, en los cuales el pregonero gritaba lentamente con su canturia espe-

cial, la sentencia por la que aquella mujer era sacada á la vergüenza.

Esto de vergüenza era demasiado candoroso.

A las bribonas á quienes se emplumaba, se les daba muy poco de ello y se reian y gesticulaban y se desvergonzaban, á no ser que hiciese mucho frio ó lloviese, porque ni el helado viento Norte, ni la lluvia, ni la nieve, atendida la desnudez de aquellas infelices, eran causa bastante para que se suspendiese la grave sentencia de la sala de señores alcaldes del crímen, que de buena fe y por costumbre, ponian con aquella repugnante é inútil esposicion, en ridículo la justicia, y la moral en ascuas.

VI.

No se comprende que aquellos graves alcaldes que nunca se reian, ni aun á solas, firmasen sériamente sentencias de tal especie.

¡Sombra y mas sombra!

Hemos nombrado la pena de azotes.

En esta pena la sombra crece, se hace densa.

Doscientos azotes hacen crispar con su sola enunciacion los nervios, hasta á aquellos que no han de recibirlos.

La sola idea de aguantarlos, dada la posibilidad de caer, por cualquier cosa, bajo la pluma de aquellos admirables alcaldes, debia despeluznar á nuestros abuelos.

Por otra parte, era una pena que no estaba sujeta á mas medida que á la del guarismo: su entidad dependia:

De la constitucion física del paciente: de la constitucion física del verdugo: de la estacion; porque no es lo mismo ser azotado cuando hace frio que cuando hace calor; de la malevolencia del azotante, si se le habia hecho antipático, el azotado, ó si tenia con él motivos de ódio, porque los verdugos se trataban y se tratan con la canalla, y solo la canalla era azotada; por la dureza ó la blandura de la penca, y por mil otras causas que podian convertir en ejecucion de muerte y de muerte horriblemente dolorosa, la aplicacion de azotes.

Tenemos datos de infelices muertos de pulmonía ó de asfixia á causa de una sentencia de azotes ó de emplumamiento.

¿Qué importaba? Habia muchas mas penas que ahora, y el pueblo, á mas de los toros y de las riñas de gallos, tenia para divertirse y escarmentar á un tiempo, la hoguera de los autos de fe, los arrastrados,

los ahorcados, los descuartizados, los engarrotados, los azotados y los emplumados.

Nuestro pueblo ha perdido mucho.

No tiene mas que engarrotados; muy de tarde en tarde algun fusilado, y todos los dias de fiesta riña de gallos, y todos los lunes funcion de toros.

VII.

Volvamos á Petrilla.

Gracias á la misericordia de Dios, no pereció en el hospital.

Inútil es decir que el señor Gutierrez se encontró al dia siguiente cerrada la casa de Petrilla; supo por los vecinos que la familia entera habia sido presa, y se alejó mas que á paso, no fuera que le prendiesen tambien porque conocia á los prisioneros.

VIII.

Petrilla, que habia adquirido cierta fácil manera de hablar y cierta educacion por su trato con gente principal, y á mas de esto poseia una inteligencia muy viva y una gran serenidad para decir sin tropiezo lo que solo debia decir en una situacion dada, respondió cuando, ya restablecida, la hicieron el primer interrogatorio:

Que sentia mucho que su padre se hubiese perdido, pero que no podia responder de la persona de su padre, porque era muy mayor de edad y hacia lo que le daba la gana..

Que su marido y ella habian tenido secreto su matrimonio, tambien porque les *habia dado la gana*; por razones que no le *importaban á nadie*; y *porque sí.*

Que si á su marido se le habian encontrado tantos ó cuantos doblones de á ocho, era sin duda porque habia empeñado alguna alhaja de las suyas *que tenia muy ricas* y que procuraria *no se comiese la justicia.*

Que si á su marido se le habia encontrado un puñal, ella haria de modo que el puñal *se volviese* aire y *que todo lo que se escribiese contra ella, su marido y su hija*, fuese como si se hubiese escrito en el agua.

Que por último, sobre lo que se decia de si la habian oido en su de-

lirio cosas muy espantosas y muy misteriosas, que se curasen del espanto y aclarasen si podian el misterio.

Y que no *la quebrasen mas la cabeza*, porque no tenia mas que decir.

El alcalde y el escribano sufrieron estas desvergüenzas, porque los tenian aturdidos la hermosura y los ojos de Petrilla, y porque comprendian, tal era la moralidad de aquellos tiempos, que una mujer tan maravillosamente hermosa, debia tener tras sí, oculto en la sombra, algun poderoso personaje que pudiese romper, en favor de ella y de su familia, la vara de la justicia.

IX.

No le tenia Petrilla, pero se acordaba de cierto gran señor que andaba desvivido por ella, y cuya influencia era sobrada para inutilizar un proceso que solo tenia por base un escándalo dado por una muchacha, un puñal encontrado á un mendigo y algunas palabras vagas, pronunciadas en momentos de delirio, por una mujer enferma.

Pero aquel gran señor habia ido á Roma con una embajada cerca del papa.

Era necesario esperar á que volviese.

Petrilla, entre tanto, trastornó, aturdió, magnetizó al alcalde y al escribano; logró que soltasen á su marido y á su hija de los encierros en que los tenian; los sobornó, sin darles mas que miradas, sonrisas y chistes; consiguió que se diese largas á la causa, sin trabajar en ella, hasta que volviese el alto personaje de Roma.

Y por último, á los seis meses de haber sido presos Lamprea y Esperanza, fueron puestos en libertad sin sentencia y sin costas.

Petrilla habia dicho bien: el puñal se habia convertido en aire, y el proceso se habia escrito en el agua.

En cuanto á los doblones de á ocho, se habian convertido en aire tambien.

X.

Un mes antes, habia sido puesta en libertad Petrilla.

El alto personaje habia vuelto de Roma.

CAPITULO II.

De cómo ante Dios no existe la impunidad.

I.

Petrilla y Lamprea habian entrado en un terrible período de prueba.

Es un fenómeno incomprensible, que sin embargo se repite con suma frecuencia, el que entre seres degradados por todo género de crímenes, de prostituciones y de infamias, exista algo puro, inmaculado, algo poético, algo sublime.

Este fenómeno es la reciprocidad con todas sus consecuencias, del amor del espíritu, con todas sus suaves emanaciones, entre dos pícaros de distinto sexo, de corazon duro, de alma opaca, de conciencia muerta, de decision horrible para el mal, para lo fuertemente repugnante, para lo terrible.

Petrilla no habia amado, ya lo hemos dicho, hasta que amó á Lamprea.

Lamprea no habia ni aun comprendido el amor, hasta que conoció á Petrilla.

Aquellos dos infames sentian, el uno por el otro, una especie de adoracion idólatra.

Jamás Petrilla habia sentido ni aun el asomo de latentacion de faltar á su fe de esposa.

Lamprea, hombre de malas costumbres, se permitia ó se habia permitido alguna laxitud; pero jamás otra mujer habia entibiado su adoracion á Petrilla.

II.

La fatalidad ó la Providencia, que creemos sea una misma cosa, por que nosotros creemos que la Providencia no es otra cosa que la santa, la sabia fatalidad de Dios, habia herido á aquellos miserables en la única parte sensible que tenian en su alma, en la pureza de su amor.

Petrilla habia comprendido que sin un inmenso sacrificio suyo no podia salvar ni á su marido ni á su hija.

Habia visto con toda la fuerza de su imaginacion á Lamprea con el grillete al pie, agoviado por un trabajo rudo y continuo, maltratado por el capataz, hambriento, miserable, desesperado: á su hija envilecida entre mujeres infames, en un establecimiento correccional, maltratada tambien, tambien agoviada por la miseria: á su nieto, al ser que Esperanza llevaba en su seno, arrojado á la inclusa.

La esposa, la madre, la abuela, desgarraron el corazon de la mujer; le apretaron, le estrujaron, le impusieron el sacrificio; le hicieron helarse y temblar de horror, esperimentar una amargura incalculable, sentir el horror de profanar lo único puro, digno, sagrado, que tenia en su alma; manchar su amor, apurar la infamia, venderse á un gran señor libertino, sufrirle, sonreirle despreciándole; halagarle aborreciéndole, para obtener por su influencia la salvacion de su familia.

Esto hace la apología de la justicia de aquellos tiempos y de la rectitud de aquellos alcaldes.

III.

Petrilla no vaciló; no habia nacido para vacilar jamás: era demasiado enérgica, demasiado terrible.

Por lo que hemos dicho contestó en el primer interrogatorio que la hizo el alcalde, se comprende que Petrilla habia tomado decididamente un partido y que estaba resuelta á llevarle á la ejecucion: habia apurado en un solo momento toda la amargura de aquella resolucion estrema: habia asomado la cabeza al abismo insondable á que iba á arrojarse: habia lanzado á su caos una mirada serena; la mirada de Satanás á la sombra

eterna en que iba á sumergirle su rebeldíá, y no habia retrocedido, no habia temblado.

Ya hemos dicho que la esposa, la amante, la loca por pasion, habia estrujado, habia deshecho el corazon de la mujer.

No habia quedado en Petrilla mas que la fria, la horrible resolucion de un sacrificio infinito, incalculable: todo por ellos: la vida y el alma; la felicidad del amor, la locura de la pasion, de una pasion que no habian estinguido en ninguno de los dos cónyuges sus diez y seis años de matrimonio.

Se amaban física y moralmente.

Eran dos seres fuertes que se admiraban, que se imponian mutuamente respeto por la profunda maldad de su alma: que lo dominaban todo y que se refundian en un solo ser maldito.

No hay pasiones mas terribles que las que abarca el infierno.

Petrilla y Lamprea se consideraban digno el uno del otro; se embriagaban mutuamente: ni él fuera de ella, ni ella fuera de él, podian encontrar nada digno de su amor y de su respeto: eran en fin, dos seres absolutamente simpáticos y escesivamente escepcionales.

IV.

El mismo escribano de la causa sirvió á Petrilla de secretario para escribir al marqués de Arcos, la siguiente originalísima carta:

«Señor marqués:

»Estoy tan caida, que como vuecencia no me levante, puede dárseme por enterrada. Como yo se que Petra Otero es para vuecencia todo lo que vuecencia desea en este mundo, le envio mi cariño en esta carta, y le suplico escriba al alcalde don Gaspar Mendaña, que me tiene presa, dé larga al negocio hasta que vuecencia venga. Dios ha querido que me vea en aprieto y que vuecencia sea tan gran persona, y me quiera tanto, que pueda sacarme del atolladero en que me encuentro. Deje vuecencia la embajada cuanto antes y venga á ser feliz con esta hermosura que en mí encuentra, y que para vuecencia estaria en la luna si no fuera porque Dios ha querido que yo cayese tan bajo que no pudiese valerme. Suya lealmente, aunque bien quisiera no serlo.—Petra Otero.»

V.

El marqués apresuró cuanto pudo la terminacion de su embajada; se volvió á Madrid; llamó al alcalde don Gaspar Mendaña; estuvo hablando con él dos horas largas, y como el proceso estaba muy en su principio, se arrancaron de él declaraciones, se le empalideció, se le anuló, y Petrilla, ricamente ataviada, hermosísima, mas hermosa por la palidez de muerte que cubria su semblante, entró en la casa del marqués.

—Haga vuecencia cuenta, le dijo, de que tiene en mí un alma en pena: Petrilla Otero ha muerto; mi marido es viudo.

Otro hombre hubiera respetado aquella especie de grandeza que se desprendia de Petrilla: la hubiera dado la mano, la hubiera protegido y no la hubiera vuelto á ver mas.

Aquel hombre era cieno ilustre.

Petrilla no encontró en él nobleza ni generosidad.

Ya hemos visto lo que aquella infeliz malvada habia dicho á Lamprea.

Lamprea, que no habia llorado nunca, lloró y no se le ocurrió otro pensamiento que éste:

—¡Estamos malditos de Dios!

Horrible drama de sentimiento que tenia por protagonistas dos miserables y por causa un viejo libertino asqueroso.

VI.

El divorcio, la separacion absoluta, desconocida de aquellos dos seres horribles, fue la única muestra de dignidad de que habian sido capaces durante su vida consagrada al crímen frio, al crímen por avaricia.

La Providencia habia encontrado en ellos un lugar sensible; le habia llenado de amargura, de desesperacion, de rabia impotente.

Alguna vez Petrilla y Lamprea, enloquecidos, mas amantes que nunca, habian dado un paso el uno hácia el otro inútilmente.

Se amaban demasiado, para que los celos horribles en el uno, la conciencia de su impureza y de su infamia, en la otra, les permitiese volver á unirse.

El amor, cuando es verdaderamente amor, es un sentimiento profundo, delicado, esclusivo, que no puede ser adulterado, mancillado, enlo-

dado, envilecido, sin que determine la separacion dolorosa de dos almas, antes unidas en algo divino que se parece á un ángel.

Cuando la impureza toca á ese amor, el ángel desaparece: aquellas dos almas que le constituian, se separan rompiéndose y solo queda entre ellos un infierno.

VII.

Esperanza habia sido perdonada.

Esperanza, entre aquellos dos seres era la personificacion de su infierno.

¿Cómo culparla? ¿cómo no amarla? ¿qué derecho tenian aquellos dos miserables á apostrofarla, á hacerla responsable de una situacion infinitamente menos infame que la en que ellos se encontraban?

Aquella, sin embargo, era una familia unida tal vez mas estrechamente que lo hubiera sido por la felicidad y por la dignidad, por el dolor y por la infamia.

VIII.

Petrilla decia con mucha frecuencia á su marido, señalándole un monton de oro ó alguna rica alhaja, puesta sobre la mesa:

—Guarda eso para nuestro nieto.

Lamprea guardaba en el armario que ya conocemos aquel oro ó aquellas alhajas, y tocaba el resorte que por fortuna, al hacer el embargo de la casa, no habia encontrado la justicia; la puerta secreta se abria.

Lamprea, cabizbajo, ceñudo, sombrío, silencioso, pavoroso, con un pequeño farol en la mano, franqueaba la puerta secreta, la cerraba, bajaba lentamente las escaleras haciéndolas crugir bajo su peso, atravesaba el subterráneo, llegaba á la boca mina cegada por el hundimiento, dejaba el farol en el suelo, cogia un azadon, llenaba con él de tierra una espuerta, la llevaba á otra mina; la vertia, volvia, llenaba la espuerta de nuevo, y asi pasaba la noche, cavando y trasladando, con el cuerpo en la mina, con el alma desesperada, anegándose en un misterio infame.

El marqués de Arcos era feliz mientras cavaba Lamprea.

IX.

Un nuevo ser miserable habia entrado en la vida sin aumentar la familia, pero aumentando su dolor.

Esperanza habia muerto al dar á luz una niña.

Petrilla no gritó, no lloró, pero creció su palidez, creció su demacracion, que habia empezado á marcarse desde el momento de su sacrificio.

La lucidez febril de sus ojos, se hizo mas opaca, mas sombría, mas intensa.

Tomó lentamente la espresion de algo que podia llamarse sobrenatural.

Empezó á parecer un alma en pena.

X.

Lamprea fué á buscar una nodriza para su nieta: despues, sin verter una lágrima, sin estremecimiento, mudo, impasible en la apariencia, con una impasibilidad semejante á la de un cadáver, que por un milagro tuviese una actividad puramente mecánica, amortajó á Esperanza, la puso en el ataud, la acompañó al cementerio, y cuando un montecillo de tierra húmeda y asquerosa, mezclada con fragmentos de huesos, hubo cubierto á la jóven, salió del cementerio detrás de los sepultureros.

Se perdió lento y rígido á lo largo del camino; llegó de noche á su casa, bajó á los subterráneos y se puso á cavar para su nieta.

XI.

Tres meses despues, Lamprea tuvo que amortajar otro cadáver.

Petrilla habia muerto.

Habia contraido esa tísis aguda que reconoce su orígen en la tristeza, en la agonía del alma desesperada.

Lamprea acompañó á Petrilla al cementerio.

Volvió y continuó cavando.

—¿Por qué tendrá siempre cerrada la sala el señor Marcos? decia la nodriza que con la pequeña Inés constituia los únicos acompañantes

de Lamprea en la casa: ¿creerá que tiene ahí el alma de su mujer y no querrá que se le escape?

XII.

Lamprea cavaba ya de dia y de noche, sin cesar mas que para tomar un escaso alimento y reposar un poco.

El dolor habia, por decirlo asi, adormecido su alma: le habia embrutecido.

No habia dejado viva en él mas que la pasion de la avaricia.

Cavaba, y siempre inútilmente.

La tierra de la parte superior removida por el hundimiento, reemplazaba con esceso la que quitaba Lamprea.

Hubiera sido necesario llamar gente, entivar, construir una bóveda para contener la caida de la tierra.

Esto era imposible: hubiera sido vender el secreto á gente desalmada, á bandidos, que eran los únicos seres á quienes Lamprea podia sin temor introducir en el subterráneo.

Por otra parte, ¿de dónde sacar el dinero necesario para las obras de fábrica indispensables, si se habia de llegar hasta el deseado tesoro?

Lamprea comprendió al fin, que su trabajo, acometiendo en la direccion del hundimiento era inútil, y concibió el proyecto de otra tarea aventurada y dificilísima: la de acometer por otras minas paralelas la tierra firme, y buscar á fuerza de tiempo y de trabajo el anhelado tesoro.

Lamprea, que antes de que aconteciese el hundimiento conocia á palmos aquellas escavaciones, midió ángulos, calculó, determinó paralelas y acometió, en fin, un terreno duro adelantando lentamente con la incalculable constancia de la avaricia y del amor.

Del amor, porque habia resumido todos sus afectos en su nieta, que á medida que pasaba el tiempo iba acreciendo en semejanza con Petrilla.

XIII.

Lamprea se habia perdido.

Los sopistas, los mendigos, las beatas, las familias de los niños á quienes daba leccion á cuarto por dia, los canallas que le conocian como canalla, le habian dado por muerto.

—El tio Baltasarote, decian, tomó el primero el camino, y Lamprea por no aburrirse solo, se ha ido detrás de la familia.

XIV.

Un dia apareció en la puerta de la iglesia de los Italianos, un mendigo cano, feo, asqueroso, ciego, cojo, paralítico de la pierna derecha, sentado sobre dos muletas, con una guitarra con que acompañaba monótonamente una monótona copla mística.

Junto á él, una niña de seis años, harapienta, desgreñada, sucia, pero fuertemente hermosa, miraba de una manera sesgada y malévola á los niños que, llevados de la mano por sus madres, entraban en la iglesia.

Algunos de los antiguos conocidos de Lamprea vieron aquel mendigo, se detuvieron y le miraron profundamente, como si hubieran querido traducirle á otro hombre.

—¡Cuerpo de mi abuela! dijo al fin una beata amojamada que en sus tiempos debió haber sido buena moza; ¿pues no es el sopista Lamprea el que ven mis ojos? ¿cómo ha envejecido, hermano, cuando aun no há seis años que era un hombre como un pino de oro?

—¡Dios! dijo Lamprea; y no contestó ni una palabra mas á la charla en que continuó la beata hasta que se cansó de no tener respuesta.

XV.

La humedad del terreno en que habia trabajado Lamprea, durante seis años, le habia reducido á aquel estado miserable.

Un humor maligno habia acometido sus ojos, le habia cegado, habia determinado la paralisis de su pierna derecha, y la cojera de su pierna izquierda.

Lamprea, desde un año antes de su nueva aparicion en la puerta de la iglesia de los Italianos, se habia visto obligado á desistir de su trabajo.

En aquellos cinco años habia abierto diez largas galerías que todas habian terminado en el hundimiento: sacó un plano, lo mas exacto que pudo, de las escavaciones, le cosió entre sus ropas, y anonadado, desesperado, empleó sus últimas fuerzas para cerrar, detrás del armario, la entrada del subterráneo: despues separó de la pared el armario, y quedó una puerta que daba entrada á un espacio irregular, con suelo de ladrillo.

Bajo los ladrillos del ángulo entrante de aquel espacio, estaba la escalera.

Lamprea hizo un plano de la casa, y señaló con una cruz roja el sitio á que correspondia la escalera.

Luego cosió entre sus ropas, con el plano del subterráneo aquel otro plano, y se propuso vivir desconocido en aquella casa que habia dejado desierta para él la muerte, con Inés y con su nodriza Verónica que continuaba sirviéndole.

XVI.

Lamprea cuidaba de que Inés fuese bien alimentada, bien asistida.

La esperanza de Lamprea, respecto al tesoro, era su nieta.

—Crecerá; se hará hermosa, pensaba: enamorará; se casará; su marido continurá mi trabajo, el trabajo que yo no he podido seguir; mis viznietos heredarán el tesoro; pero si yo muero antes, si muero cuando aun sea niña... ¡oh! me cuidaré mucho: lucharé contra esta vejez anticipada que han causado mis penas; ¡oh! sí, es necesario que yo viva hasta que mi nieta sea mujer: ¡ah! yo sabré casarla; aguardaré: no, no se casará sino con un hombre que enloquezca por ella como yo enloquecí por su abuela, por mi desdichada Petra; con un hombre que la ame mas que al oro, mas que á su vida, mas que á su alma.

Algunas veces, cuando la niña se apoyaba en sus rodillas, cuando Lamprea cogia sus pequeñas manos, palpaba la dulce y fresca morbidez infantil de sus delicadas formas, el corazon del miserable se llenaba de amargura; se frotaba los ojos como si de aquel modo hubiera podido recobrar la vista para mirar á su nieta.

—¿Estás ahí, Verónica? solia decir en alguno de estos momentos.

—Si, señor Marcos, aquí estoy, contestaba Verónica.

—Dime, la niña ¿está hermosa? debe estar mucho mas hermosa que hace un año, cuando yo perdí la vista: ¿tiene buen color?

—Siempre me pregunta usted lo mismo, decia con alguna impaciencia Verónica: ayer dije á usted, como antes de ayer, y como todos los dias, que la niña es una rosa, un serafin, y que va á ser mejor que su madre y que su abuela.

—Dios lo quiera, decia Lamprea pesando en el tesoro.

Y besaba á su nieta que le miraba cándidamente, halagada por aquella pregunta, casi diaria de su abuelo, acerca de su belleza.

XVII.

Lamprea vivia del dinero que habia adquirido de una manera vergonzosa Petrilla, á costa de su vida.

Aquel dinero debia bastar para diez ó doce años: dado caso que no bastase, porque sobreviniesen los gastos imprevistos de enfermedades costosas, aun quedaban ricas alhajas que vender.

Esta pequeza riqueza la guardaba Lamprea en una antigua papelera, de la cual no se separaba nunca.

Su lecho estaba junto á aquella papelera.

De dia se sentaba en un sillon junto á ella; cuando á las ocho de la noche, despues de haber cenado, Verónica se llevaba la niña para acostarla y acostarse, Lamprea cerraba con llave la puerta de la sala.

XVIII.

Hacia mucho tiempo que Verónica habia reparado con estrañeza la tenacidad de Lamprea en no separarse de la papelera.

Desde la cama, desde el sillon, podia tocarla con la mano.

Cuando se levantaba del sillon y se arrastraba con sus muletas á lo largo de la sala para hacer, como decia algun ejercicio, volvia muy pronto junto á la papelera, como si hubiese temido su desaparicion.

—Ahí debe tener, decia Verónica, los doblones de á ocho que me da todos los meses; y deben ser muchos cuando de tal modo los guarda.

La tentacion de apoderarse de aquel dinero iba germinando en el alma de Verónica.

Al fin, aquella tentacion se convirtió en una resolucion decidida.

Pero ¿cómo robar á Lamprea?

Ciego, cojo, paralítico, era muy fácil sorprenderle, sujetarle, reducirle á un estado en que ni aun pudiese gritar.

Pero Verónica tenia miedo al ciego, al lisiado: habia en su semblante algo de ferocidad que aterraba á Verónica: tenia además los brazos fuertes, ágiles.

Verónica sabia que Lamprea tenia sobre sí un puñal.

Era necesario esperar una ocasion.

XIX.

Un dia tuvo, en mal hora, el deseo de que Verónica condimentase para cenar manos de carnero con salsa picante.

Lamprea comió demasiado; se habia debilitado su estómago y le sobrevino una indigestion.

Verónica despertó á la media noche á causa de unos fuertes golpes que sonaban en la puerta de la sala.

Acudió con una luz y vió á Lamprea desencajado, lívido, que tenia abierta la puerta y golpeaba sobre ella.

—Pronto, pronto, Verónica, dijo, un médico; me estoy muriendo; esos malditos callos: ¡ah! se me abrasa el estómago; el picante... he hecho un disparate, yo ya no estoy para eso.

Tan terrible era el cólico, que un vértigo incontrastable dió en tierra con Lamprea.

—¡Ah! esclamó Verónica; ahora.

Y se arrojó sobre Lamprea.

Le tapó la boca con su propio pañuelo, le ató con un cordel que quitó del catre de la cama, le registró, le encontró las llaves de la papelera, la abrió, se llenó los bolsillos con todo el oro y todas las alhajas que encontró en la papelera, y escapó llevándose la llave de la puerta de la calle y dejando ésta cerrada.

XX.

El vértigo pasó; pero no el cólico cuyos agudos dolores le habian producido.

Lamprea se encontró á oscuras, medio ahogándose, sofocado por el pañuelo; atado: lo comprendió todo.

La desesperacion acreció la fuerza de sus robustos brazos; se contrajo, y despues de algunos desesperados esfuerzos, logró aflojar la cuerda y desembarazarse al fin de ella.

Se quitó el pañuelo, y llamó desesperado, con voz rugiente, á Verónica.

Nadie le contestó.

Se alzó con sumo trabajo, asiéndose á los pies del catre, se puso de pie, tendió las manos á la papelera y la encontró abierta.

—¡Robado! esclamó.

Y cayó sin sentido.

Cuando volvió en sí, cuando esténdió las manos, tropezó con su nieta.

—¿Y Verónica? dijo, ¿dónde está Verónica?

—Se ha ido, padre, dijo la niña; pero ya volverá; no me ha vestido como otros dias; ¿por qué no me ha vestido, padre? la he buscado y te he encontrado en el suelo; te llamé y no me respondiste; me dió miedo y fuí á ver si habia vuelto Verónica: no ha vuelto todavía, pero vendrá; ya es tarde, hay mucho sol.

Lamprea, enfermo, desesperado, helado de espanto, abrazó á su nieta y la besó lleno de agonía.

—¡Pobre niña! dijo, ¡nos han robado! ¡nos han matado!

—¿Y qué es robar, padre? dijo la inocente.

—Robar es ser infame; robar es ser asesino; robar es quitar á otro lo que es suyo, su vida porque la vida es el dinero.

Y Lamprea se detuvo.

—Yo tambien he sido ladron, dijo, yo tambien he sido infame... ¡Dios, siempre Dios!

XXI.

Se arrastró hácia un balcon, se levantó asiéndose á su falleba, le abrió, y abalanzándose sobre su balaustrada, gritó:

—¡Aquí, vecinos, aquí! ¡favor! ¡me han robado! ¡estoy enfermo!

Algunos que pasaban por la calle se detuvieron.

—Echa acá la llave, dijo uno.

—No la tengo, contestó Lamprea; no puedo moverme, estoy lisiado, paralítico, ciego; echad la puerta abajo.

—Para eso es necesario llamar al alcalde, dijo uno de los vecinos que habian acudido.

Sobrevino el alcalde al fin, se forzó la puerta, subieron el alcalde y los vecinos, y encontraron á la niña medio desnuda y llorando, y á Lamprea anonadado, sin fuerzas, replegado sobre sí mismo, junto al balcon.

—¿Qué es esto? dijo el alcalde.

—Esto es, contestó Lamprea, que la bribona que ha criado á mi nieta y habia continuado sirviéndonos, me ha robado la pobreza que me dejó mi malaventurada mujer.

XXII.

Se buscó á Verónica, pero no se la encontró.

La justicia se cansó de buscar, y Lamprea se vió obligado á mendigar para alimentar á su nieta.

XXIII.

Le quedaba la casa.

Podia haberla vendido, pero antes se hubiera dejado arrancar el corazon Lamprea.

Podia haberla alquilado; pero por un acaso, los vecinos podrian encontrar la entrada de las escavaciones.

Lamprea permaneció en la casa.

Cuando le decian por qué no la vendia, por qué, á lo menos no la alquilaba para aliviar en algun tanto su miseria, Lamprea contestaba compungido:

—En esa casa ha muerto mi mujer; en esa casa ha nacido mi nieta; en esa casa ha muerto mi hija; en esa casa me parece que están todavía, que de noche me hablan entre el silencio, con la voz de los muertos que solo oye quien los amó en vida, quien continúa amándolos, quien los amará hasta que vaya á acompañarlos; me parece que los toco, que me besan: algunas veces las veo, sí, las veo, dejo de ser ciego; me miran; me consuela el verlas allí, luminosas, entre la sombra, con los cabellos tendidos: ¡ah! sí, se me aparecen con mucha frecuencia, no lo dudeis: ¿no creeis en los aparecidos? pues haceis mal, muy mal: preguntádselo á la tia Gargollo; ahí dentro está, dentro de la cancela; su hija se le aparece todos los viernes, á las doce de la noche, y la tia Gargollo se consuela, como me consuelo yo cuando veo á mi Petra, á mi Esperanza: pero, direis: tú eres ciego, amigo Lamprea: no importa: para ver á los muertos no se necesitan ojos; se les ve entre la oscuridad de la ceguera; sí, se les ve: ¿creeis que en la eternidad hay ciegos? no: y cuando ellas se me aparecen, á ellas y á mí nos rodea la eternidad: ¿quién sabe si al dejar yo esa casa, no volverán á aparecérseme? no, no; allí, allí con ellas; allí con mis largas noches sin sueño; allí, con mi desesperacion sin lágrimas; allí, con mi muerta esperanza: yo he sido muy pecador, mucho, y ¿qué hombre no lo es? cuando os digan: yo no he ofendido á Dios, yo no he hecho

daño al prójimo, yo no he tenido nunca mala voluntad, yo soy bueno, no creais á quien os lo diga: es un miserable hipócrita: ese es peor que los otros: revolved su conciencia, y solo encontrareis harapos: ¡ah! sí; pero un hombre no ve la conciencia de otro; he dicho un disparate; no importa, Dios la ve: que un hombre ciega, no le hace; la conciencia tiene muy buena vista, Dios la llena de fantasmas: vosotros no entendeis esto: ningun hombre puede quejarse del castigo de Dios, por terrible que sea; lo ha merecido, sí, lo ha merecido: somos unos réprobos: Adan pecó como uno y nosotros pecamos como ciento, como mil, como un millon: por último; yo no dejo mi casa, porque en ella soy menos desgraciado, porque Dios me deja ver en ella á mi mujer y á mi hija, porque tengo allí un tesoro; un inmenso tesoro.

Todos creian que el tesoro á que se referia Lamprea, era las apariciones de su mujer y su hija, en las que creian todos los que escuchaban á Lamprea; porque entonces, todos eran supersticiones.

La supersticion y la imaginacion engendran fantasmas.

Si sois supersticiosos, no atraveseis un largo espacio lóbrego teniendo en vuestro alrededor las tumbas de un cementerio y la sombra densa: vereis cosas espantosas, espectros horribles, mónstruos caprichosos; y el pavor puede paralizar, helar, coagular vuestra sangre, puede mataros.

Si sois supersticiosos, no entreis de noche y sin luz en el aposento donde ha muerto un ser querido: podrá sucederos que un terrible fenómeno magnético os haga ver, sentir, tocar una aparicion formidable, el fantasma de un sueño, una fascinacion, suplantando la verdad.

Lo mejor es que no seais supersticiosos; pero en aquellos tiempos todos lo eran: nadie se cuidaba de destruir la supersticion con la enseñanza; por el contrario, se procuraba aumentar la ignorancia y la supersticion; porque á los ignorantes, á los fanáticos, á los ciegos se les lleva por donde se quiere.

XXIV.

Lamprea no era ni fanático ni supersticioso.

Mientras no habia sentido sobre sí la desgracia, habia vivido en un estremo tan funesto como el fanatismo y la supersticion, en la impiedad.

Espíritu avanzado á su tiempo, no habia sabido moderarse en el avance; habia ido mas allá; mucho mas de lo verdadero, de lo incuestionable: habia negado á Dios; al principio eterno é infinito; al creador demostra-

do por la creacion: habia inventado, como todos los impíos, un Dios absurdo: el acaso.

Cabalmente lo que no existe, lo que no puede existir; porque nada existe que no provenga de una causa cuyos efectos son inmutables.

Cuando le envolvió una catástrofe tremenda; cuando una tras otra, sintió rotas y dilaceradas todas las fibras de su corazon, creyó, se convirtió; reconoció á Dios, pero le reconoció como le reconoce Satanás: revelándose contra él.

Si Lamprea se hubiera resignado, hubiera sido perdonado; porque la resignacion es la incontrastable fuerza de que Dios arma contra el dolor á las criaturas á quienes ama.

XXV.

Todos los dias, al amanecer, fuese cualquiera la estacion ó el estado del dia, cálido ó lluvioso y frio, aunque las calles estuviesen cubiertas con un cándido manto de nieve, Lamprea, arrastrándose, llegaba á las escaleras, seguido de la pobre Inés, á quien la miseria habia marchitado.

Bajaba escalon por escalon, arrastrando sobre ellos sus muletas; invertia en el descenso media hora larga; se alzaba, no ayudado por su nieta, que aun no tenia fuerzas, mas que para cargar con la guitarra de mendigo de su abuelo, casi tan grande como ella, sino asiéndose á la balaustrada de la escalera.

Luego, apoyado en la pared y en las muletas, despidiéndose de la pared con una contraccion muscular, llegaba á la puerta, la abria con una mano trémula, dejaba salir á Inés, rodeaba el canto de la puerta, cerraba, y allí empezaba su peticion plañidera.

¿Por qué iba tan lejos, á la iglesia de los Italianos, invirtiendo en llegar tres horas, echándose al suelo, arrastrándose sobre los brazos y arrastrando sus muletas cuando necesitaba atravesar una calle, cuando la atravesaba, asiéndose á la áspera arista de la esquina, alzándose, continuando del mismo modo, viéndose obligado á salir de su casa en el invierno de noche, para llegar á las ocho de la mañana á su puesto en el dintel de la iglesia?

Habia otras mas cercanas y muy buenas para pedir, como el Cármen Calzado, San Martin ó San Luis.

Habia en la eleccion de la iglesia de los Italianos, por Lamprea, un sentimiento delicado y profundo; un sentimiento inverosímil, ó mejor dicho, escepcionálmente estraordinario, en aquella alma perversa que no habia podido creer en Dios sino para irritarse contra él como contra un poder enemigo.

En aquella iglesia le habia conocido Petrilla veinte y dos años antes: allí se habia enamorado de él.

XXVI.

De las ocho á las diez, en que, concluidas las misas de la mañana, se cerraba la iglesia, Lamprea recogia una buena limosna, ó por mejor decir, la recogia Inés, aumentando la que habia recibido por el tránsito.

La pobre niña habia aprendido, instruida por Lamprea y por la nesidad, el arte de mendigar.

Tenia en el tránsito casas conocidas donde la daban, creyendo hacer una grande obra meritoria, un pedazo de pan, generalmente duro y mordido por los muchachos de la casa.

Inés adelantaba sonriendo hácia los transeuntes y les decia con su pura voz infantil, sonora y fresca, que estremecia de continuo á Lamprea, porque era completamente semejante á la de Petrilla:

—Por amor de Dios, una limosna para el pobre enfermo y para la niña huérfana.

Era raro el transeunte á quien Inés pedia que no la diese, porque Inés no pedia mas que á los que la inspiraban confianza y su instinto se engañaba muy pocas veces.

XXVII.

A las diez, Lamprea emprendia otra marcha fatigosa, pero menos larga, hácia el convento de Santo Tomás.

Tomaba puesto para recibir la sopa y sacaba á luz su cazuela que llevaba en un talego con dos cucharas de palo, colgado de la cintura: cazuela para dos, que hacia decir á otros sopistas:

—No sois mas que persona y media, y esa cazuela tiene la cabida de tres cachiroladas: el hermano Fructuoso ha tomado cariño á ese arrapiezo y nos quita á los otros pobres lo que os da de sobra.

Pero la verdad era que Lamprea é Inés apuraban aquella nauseabunda sopa y se quedaban hambrientos.

Lamprea se enroscaba como un perro, en la puerta de Santo Tomás y se dormia.

De cuando en cuando despertaba y preguntaba á Inés:

—¿Has recogido algo, hija mia?

—No, padre, contestaba la muchacha; no han pasado mas que pelones.

Entonces Lamprea rasgueaba la guitarra y cantaba alguna copla, despues de lo cual volvia á dormirse.

Habia contraido una debilidad estrema y se dormia con suma facilidad.

A las dos, Inés despertaba á su padre, si estaba dormido, le tomaba la guitarra, cargaba con ella y se emprendia otra marcha hácia la iglesia donde estaba el jubileo.

Allí, si era invierno, permanecian hasta las cuatro de la tarde, y se emprendia otra marcha dolorosa de vuelta á la casa.

Una vez en ella, Lamprea se sentaba en la puerta, y su nieta iba á la tienda; compraba pan y queso, y con algunos ochavos que habia sisado á su abuelo, compraba cualquier chuchería y se la comia con placer.

Volvia, subian abuelo y nieta, comian el pan y el queso, Inés echaba en un rincon los mendrugos que llevaba en el talego, y á fin de mes, un fabricante de pastas duras iba por los mendrugos que pagaba á ochavo la libra:

La especulacion menuda sobre los desperdicios de la indigencia.

Lamprea se acostaba con su nieta y soñaba con su mujer y con su hija.

XXVIII.

Inspiraba suma compasion; acabó por hacerse muchos bienhechores, á ochavo por uno, y recogía al año de mendigar, dos ducados y á veces tres al dia.

El industrial de pastas duras le reducia á plata el cobre de mes á mes, llevándole cuatro cuartos por ducado, esto es; la usura sobre la mendicidad.

Cuando Lamprea habia reunido bastantes ducados para que se los re-



LAMPREA Y SU NIETA.

dujesen á tres doblones de á ocho, el fabricante de pastas le cobraba un ducado por doblon.

Lamprea cosia á tientas aquellos doblones entre su ropa, y continuaban viviendo miserablemente, cubierta de harapos, sucia, descalza Inés; él, miserable, hediondo, repugnante.

Este era un aspecto necesario para inspirar lástima.

Hubo una sola modificacion: se abandonó la sopa, y se fué á comer á un bodegon vecino, por la mañana al salir al pordioseo, y por la noche al volver.

Inés volvió á engordar, á emblanquecer, á sonrosarse.

Habia crecido en belleza: tenia ocho años y representaba diez: se habia educado en la soez escuela de los mendigos; se habia endurecido, pervertido, ó por mejor decir, preparádose á la perversion: sabia cómo los rateros robaban, ayudados por los mendigos; recibia cartas de galanes y sabia darlas á las jóvenes á quienes se destinaban, burlando el cuidado de las personas de que iban acompañadas.

Por la intervencion de los mendigos, Lamprea se habia visto obligado á vestir á Inés de una manera que, aunque pobre, favorecia su belleza.

Un vestidito de estameña, y un pañuelo blanco y limpio sobre los hombros; peinados hácia atrás los negros y abundantes cabellos recogidos en una castaña, y un pañolito de algodon azul en la cabeza.

De este modo Inés pudo convertirse en corredora de amores, fuera del rádio de la iglesia de los Italianos.

Los billetes, los avisos, eran llevados á domicilio, dados con sumo arte, y generalmente bien pagados.

Esto era contra la voluntad de Lamprea.

No se separaba de él su hija sin que le acometiese el temor de que no iba á volverla á ver.

Cuando volvia y le decia:—Tome usted padre, lo que me ha dado el caballero.—Lamprea respiraba como si de sobre su alma se hubiese levantado un peso horrible.

XXIX.

Cuando Inés cumplió sus diez años, su abuelo la dijo:

—Eres ya una mujercita, hija mia: casi me llegas al hombro: eres hermosa: las gitanas á los diez años son mujeres; tú lo sabes todo: mi

desgracia me ha impedido criarte como yo hubiera querido; júrame, hija de mi alma, que no abandonarás por nadie á tu pobre abuelo.

—No, no, nunca; dijo la niña, con la voz pura, conmovida, indolente, lánguida.

Y besó en la frente al ciego que se estremeció de placer.

Si Dios le hubiera concedido en aquel momento la vista, se hubiera estremecido de espanto.

Inés le miraba con ódio, con cólera, de una manera sombría; y allá, en el fondo de sus ojos, habia una chispa opaca, una chispa de impureza.

Sí, las gitanas son precoces: aquella niña de poco mas de diez años, era ya mujer.

XXX.

Afortunadamente, para el corazon de Lamprea, Inés permanecia á su lado, fingiendo, engañándole, encubriéndole una prostitucion espantable en su juventud.

Cuatro años mas.

¿Quién era el amante de Inés?

Nadie: todos: el oro.

Inés tenia un escondrijo, cuyo valor superaba en mucho al escondrijo de su abuelo.

Hay libertinos á los cuales embriaga la hermosura casi infantil de una niña, de una de esas niñas que se ven con dolor, solas, vagando por las calles, encubriendo mal su perversion, por cálculo; pequeños mónstruos producidos por la miseria, por el contínuo contacto con seres hediondos en el cuerpo y en el alma; por la completa ignorancia del pudor; por el prematuro conocimiento del mal; víctima de su desventura.

A un pordiosero no se le debe dejar el hijo.

La mendicidad es una escuela horrible: mata, ó por mejor decir, no permite se desarrolle en esos pequeños seres una moralidad necesaria.

El pordiosero, á causa de su abyeccion, esplota á sus hijas cuando son pequeñas, para escitar la caridad: cuando crecen... ¡oh! entonces ellas abandonan á sus padres.

XXXI.

Llegó un dia en que Inés, que habia ido á desempeñar una comision, no volvió.

La esperó Lamprea, ansioso, agonizando; creciendo en su agonía horrible á medida que se prolongaba la tardanza de Inés.

Pasó la tarde; llegó la noche; una noche fria y tempestuosa.

Lamprea permanecia en el dintel de la cerrada puerta de la iglesia de los Italianos.

El aguacero le acometia de través y no le sentia.

El anonadamiento de su alma, el caos de su pensamiento, su desesperacion, le hacian insensible á todo.

El viento helado no le hacia sentir su frio.

El agua empapando sus vestidos, corria á lo largo de su cuerpo, como hubiera podido correr sobre una estátua, sin hacerle cambiar de posicion, sin obligarle á buscar un abrigo.

De tiempo en tiempo, quien hubiera estado junto á él, hubiera podido escuchar su voz aspirada, semejante en su tono á un silbido opaco; su voz que decia:

—¡Dios! ¡Dios!

Y el nombre de Dios, en la boca de aquel hombre, pronunciado entre el aguacero y el viento, á la luz del relámpago, era una blasfemia horrible, una protesta impía, una provocacion insensata; el colmo de la rabia de un condenado.

La última fibra del corazon de Lamprea se habia roto.

De repente, la esplosion de aquella cólera satánica, de aquella desesperacion infinita, apareció en estas terribles palabras.

—¡Maldita seas tú, maldito el que te me roba; malditos tus hijos y tus nietos y los nietos de tus nietos! ¡Que todos, tú y él, y ellos os retorzais como yo me retuerzo; os devoreis como yo me devoro; os desgarreis las entrañas como yo me las desgarro!

XXXII.

En aquel momento dobló la campana de los Italianos, en la oracion de las ánimas.

Lamprea soltó una carcajada de loco:

—¡Ah! sí, eso es: esclamó; Dios me ha oido: ¡bien! esa campana dobla: ¡bien! ¡gracias, señor Dios de Israel, gracias!

Y soltó otra carcajada mas hueca, mas pavorosa.

XXXIII.

—¿Qué haces ahí, mendigo? dijo en aquel momento una voz hueca, imperativa, llena de autoridad y de soberbia.

—Es el sopista Lamprea, dijo otra voz seca y áspera.

Lamprea conoció que se trataba de un alcalde y de una ronda.

—Señor, dijo; yo estoy impedido, lisiado, cojo, renco, ciego, no puedo moverme sino me ayudan: estoy esperando á mi hija que se separó de mí á las doce del dia.

Lamprea pronunció estas palabras con voz segura; pero temblaban sus párpados, temblaban sus mejillas; su semblante aparecia lívido, sus labios morados: estaba espantoso.

Su sombrero y sus harapos mojados daban miedo á los que los veian, por el solo pensamiento de que podian tenerlos sobre sí: porque hay que advertir, que cuando llegó la ronda la lluvia habia cesado.

Los empleados en la vigilancia nocturna, durante un aguacero, buscan un abrigo, y dejan pasar el chubasco.

Por eso, cuando los robos nocturnos eran frecuentes, la mayor parte de ellos se cometian al abrigo de noches de tormenta.

XXXIV.

—Levántate y véte, dijo el alcalde.

—¡Ah! si yo pudiera levantarme, si yo pudiera andar, si yo tuviera mis fuerzas de otro tiempo... ¡ah! el que me ha robado á mi hija no se burlaria de mí.

—¿Qué dices tú de robar á tu hija, sopista? saltó un alguacil; ¿pues qué, se roba á las muchachas perdidas?

—¡Perdida! ¡qué mi hija, qué mi Inés, qué mi nieta es una muchachuela perdida! esclamó Lamprea apoyándose con toda la fuerza que tenia sobre sus brazos y procurado levántarse: ¿quién ha dicho eso? ¡eso es mentira, una mentira infame! mi hija es muy pobre, pero muy hon-

rada; se debe respetar la pobreza; señor alcalde, no deje su merced que un mal nacido arroje al rostro de un padre enfermo, de un desdichado, una calumnia que deshonra á su hija.

Sonó una carcajada múltiple, una carcajada que demostraba que la ronda se componia de ocho ó diez hombres, y Lamprea oyó la revelacion grosera del libertinaje, de la infamia, de la deshonra pública de Inés.

Lamprea se doblegó, hasta el punto de tocar con el pecho las rodillas.

Dejó caer la cabeza, perdió el sombrero, quedaron descubiertos sus cabellos canos y desordenados que agitaba el viento, y se le oyó rezar y gemir.

—¡Pobre hombre! dijo el alcalde, que era algo mas compasivo que los alguaciles: se está muriendo; es necesario llevarle al hospital. A ver, Romo, vaya usted á este de los Italianos, y que de órden mia vengan dos mozos con unas angarillas.

En aquel tiempo los enfermos y los heridos se conducian de cualquier modo: aun no habia camillas en los hospitales: una angarilla era una especie de escalera; sobre aquello, descubierto á la vista de todo el mundo, escitando la conmiseracion de todos, se llevaba á un desdichado al hospital: si era de dia, se recogía al paso alguna limosna; y para que esta fuese mayor, se llevaba al enfermo despacio, y se descansaba con frecuencia.

De noche se le llevaba con suma rapidez; porque en 1756, época en que acontecia esto, no habia aun en Madrid alumbrado público, y mucho antes de las ánimas, era raro el encontrar en la calle mas que alguna ronda ó alguno de la vecindad que pasaba á su casa desde otra próxima.

La gente de mal vivir acechaba á los imprudentes que se retiraban tarde, y esto hacia que todos se retirasen temprano.

XXXV.

Lamprea fue conducido á Anton Martin, hospital de la gente perdida, de los mendigos, de los rufianes y de las prostitutas enfermas.

En él, entre la vida y la muerte, permaneció Lamprea dos meses.

Un dia le dijeron:

—Toma tus andrajos y tus muletas; véte; ya estás bueno.

Aquel «estás bueno» era un sarcasmo brutal, tratándose de Lamprea.

Al fin, uno de los frailes de San Juan de Dios, hospitalarios de Anton Martin, que sobrevino, tuvo compasion de Lamprea, y mandó que dos mozos le llevasen en una silla á su casa.

Los mozos, durante el tránsito, se detuvieron en cuatro ó seis tabernas para beber, dejando á Lamprea á la puerta, lo que no le vino mal, porque recogió mucha limosna.

Entonces se creia firmemente que la limosna era una de las llaves de oro del cielo, y la limosna era fácil: el ochavo caia de todas partes en las negras manos de los mendigos, que generalmente eran mas ricos que aquellos que les daban limosna.

XXXVI.

Cuando Lamprea se encontró en su casa, se arrastró hácia un ángulo de la sala, levantó una sucia estera, y con su puñal, que habia tomado del sitio donde le dejaba, para salir al pordioseo, levantó una baldosa y palpó con ánsia.

Encontró la boca de la olla.

Aquella vasija estaba llena de dinero, de onzas mejicanas, lo que es lo mismo, de doblones de á ocho.

A lo menos Inés no le habia robado.

Lamprea tomó á su servicio á un pordiosero jóven y fuerte, para que le ayudase á ir á la iglesia de los Italianos, y á volver desde ella á su casa.

XXXVII.

Pasaron dos años.

En vano Lamprea, valiéndose de sus compañeros los mendigos y de todos los rateros y perdidos de baja estofa de Madrid, puestos en relacion con ellos, y ofreciéndoles una fuerte recompensa, pretendió averiguar el paradero de su nieta.

Inés se habia perdido.

Perdido habia ya Lamprea la esperanza de encontrarla, cuando un dia, un gitano viejo, un esquilador mohatrero, se acercó á él, se inclinó sobre su oido, y le dijo:

—Me debes cien ducados.

—¿Ha parecido mi Inés? esclamó de una manera suprema Lamprea.

—Acabo de verla hecha un brazo de mar y hermosa como un sol, en una calesa: iba á los toros.

—¿Sola?

—No, acompañada.

—¿Con quién? ¿Con quién?

—Lleva dentro de sí lo que la acompaña, Lamprea, me parece que eres bisabuelo.

—¡Oh, Dios mio! esclamó Lamprea: toma, Rincon, toma.

Y descosió violentamente con sus largas uñas su chaqueta, y sacó una onza, que dió al tio Rincon.

—Vé por una calesa: alguna vez he de ir yo en calesa; pero mira, no la traigas aquí; déjala en la calle del Sordo, y ven á ayudarme para llegar á ella: anda, anda, es ya cerca de la una; pronto se acabará la media corrida de prueba: no quiero que se me escape; te daré los cien ducados, doscientos, trescientos; pero anda, Rincon, anda.

—Al vuelo, contestó el gitano.

Y se separó de Lamprea, y dió á correr en direccion á la Fuentecilla de la calle de Toledo, en busca de una calesa.

Diez veces tuvo tentaciones, durante el camino de meterse en una taberna; pero la hora de la conclusion de la media corrida de por la mañana, se acercaba, y era necesario que Inés no se perdiese, para no perder la recompensa de su abuelo.

XXXVIII.

Lamprea quedó esperando con una ansiedad mortal, estremecido de terror, de alegría.

Un nuevo amor habia fecundado su alma seca.

Amaba al hijo de su nieta; á aquel hijo que aun no habia nacido, y que acababan de anunciarle: sonreia, lloraba; rezaba, gemia; despues de mucho tiempo, su corazon se agitaba como no se habia agitado nunca.

Habia perdido toda esperanza, y la esperanza renacia para él.

Perdonaba á Inés, bendecia á Dios, amaba, vivia, esperaba.

—Hoy es 26 de julio, decia: Santa Ana no tiene ningun compañero, el dia es suyo, completamente suyo: otros dias se lo reparten siete ú ocho santos; sí, de seguro; Inés dará á luz una niña, se llamará Ana; es justo que lleve el nombre de la santa del dia en que he encontrado á su madre;

¡ah! no la reprenderé, no la acusaré; ¿qué culpa tiene mi Inés de ser mala? yo la he tenido entre gente perversa: ¡ah! ¡mi avaricia! cuando aun era niña pude esconderme con ella, salvarla; bien: ella es avara como yo: por avaricia se ha perdido. Yo tengo mil onzas de oro: la daré media cada dia para que venga á verme, para que esté algun tiempo á mi lado, para que me bese en la frente como en otro tiempo: estará muy hermosa: tiene ya diez y seis años; los cumplió el mes pasado. Lo que tarda ese maldito tio Rincon, ¡ah! tengo mil onzas: dos mil dias, seis años, durante los cuales irá á verme todos los dias mi hija: yo no viviré seis años: ¿y quién sabe? los desdichados viven mucho: no parece sino que un demonio se encarga de prolongar la vida de los que sufren: ¡ah! pero si eso es cierto, yo tardaré muy poco en morir; será demasiada felicidad para mí el tener á mi lado á mi nieta, á mi biznieta; y ¿quién sabe? puede ser que Inés se haya casado, que haya huido de mí, porque su marido no haya querido recibir en su casa mis andrajos: las mujeres aman mas á su marido que á su padre, que á su madre: la Escritura lo ha dicho; pues bien; yo tiraré mis andrajos, no pediré mas, viviré cómodamente: soy rico; es necesario que descansemos: á los cincuenta y siete años, ya es razon: y luego, puede ser que el hombre por quien me dejó Inés, sea hombre á quien pueda decírsele:—Mira, tengo un tesoro, quince millones, veinte, muchos millones: hay que cavar, hay que buscarlos, están allí. —Inés no me hubiera abandonado, sino enamorada loca de un hombre: y ¿cómo puede amar mi hija, sin que el hombre que ella ame se vuelva loco por ella? ¡Ah, sí! podré fiarme de ese hombre: encontraremos el tesoro; y cuando le encontremos, viviremos como duques: el pobre Lamprea no se arrastrará por el suelo; irá en coche; no dormirá sobre una estera, sino en lecho de pluma bajo colgaduras de seda: no tiritará de frio en el invierno, ni se ahogará de calor en el verano: ¡ah, sí! seremos muy felices: porque el oro y el amor son la unica felicidad que existe sobre la tierra. ¿Qué es el oro sin el amor? el aburrimiento, el fastidio: ¿qué es el amor sin el oro? la desesperacion. ¡Ah! nosotros seremos completamente felices.

XXXIX.

A esta parte de su sueño llegaba Lamprea, cuando le despertó la voz del tio Rincon.

—Alza, agárrate bien y vamos, dijo; ya está ahí la calesa.

Lamprea, ayudado por el gitano, fué á la calle del Sordo, y llegó á una abigarrada calesa, que á la mitad de la calle esperaba.

Al ver el calesero á Lamprea, dijo tosco y desabrido:

—Ese no sube á mi calesa, me la va á infestar.

—Un peso mas de lo ajustado, dijo el tio Rincon, y dejémonos de truhanerías.

Y subió á la calesa á Lamprea, saltando á seguida y sentándase junto á él.

El calesero no tuvo nada que objetar; se sentó sobre la vara derecha y arreó al caballo, que partió al trote, agitando ruidosamente sus campanillas.

Sabia á dónde iba: habia recibido instrucciones del gitano.

XL.

Se apostaron junto á la puerta de Alcalá.

Por allí tenian que pasar todas las calesas de las hembras de rompe y rasga que hubiesen asistido á la corrida: entre ellas debia pasar Inés.

La espera no podia ser larga: eran cerca de las dos.

Al fin empezó á pasar alguna gente.

—Ya salen, dijo el tio Rincon: oye tú, Carcamales; cuando yo te diga arrea, allá te vas desempedrando la calle: ten cuenta; es una chavala muy hermosa, muy colorada; vá de maja: mira, tiene los ojos negros como dos soles, y los cabellos acaracolados ¿sabes? lleva mantilla blanca de encaje, y muy rica: no puedes equivocarte, te vas detrás de su calesa, y no paras hasta á donde pare; ¿estamos?

—Estamos, contestó el calesero; descuide usted, tio Rincon, que con menos señas no se me escaparia á mí la moza; pero calla, ahí está; y la lleva el Yizco: ¡alza pulio! ¡anda hijo, anda, aunque te se caigan los zapatos: raaa... raaa... buenooo...

Pulio, que era el caballo de Carcamales, se lanzó detrás de una preciosa calesa color de naranja, en que iba una hermosa jóven, descarada, provocativa; pero que dejaba ver bajo su provocacion y su descaro una profunda tristeza.

Las dos calesas recorrieron la calle de Alcalá, la Puerta del Sol, parte de la calle del Arenal, la plazuela de Celenque, y la de color de naranja, en la que iba Inés, se detuvo al principio de la calle de Capella-

nes, delante de una casa muy baja, que hacia y hace esquina á una callejuela torcida, que empezando en la calle de Capellanes termina en la de Peregrinos.

Aquella infame casa existe aun á despecho de las exigencias del ornato público, que ha reconstruido casi por completo á Madrid.

No hemos visto nada, que por una reunion de circunstancias sea mas triste, mas feo, mas repugnante que aquel infame casuco, viejo nido de prostitucion y de infamia.

XLI.

Inés echó pie á tierra, vió á su abuelo en la calesa, y se detuvo descaradamente á la puerta de la casa, pagó al calesero, y le despidió.

Entonces, puesta de pie, se notaba de una manera indudable su avanzado estado de maternidad.

Y sin embargo, todavía se la podia considerar como niña.

El tio Rincon saltó de la calesa, y la acometió.

—Oiga usted, buena moza, la dijo; el abuelo quiere entrar en tratos con usted.

—En sacándome de esta maldita casa, dijo Inés, aunque me mate luego: ¿tiene mi abuelo quinientos ducados que debo?

Lamprea, que como todos los ciegos oia de una manera prodigiosa, esclamó:

—Quinientos, mil, diez mil, lo que sea menester, hija mia.

—Pues bien, eso no se trata en la calle: suban ustedes, que arriba está la persona con quien se ha de tratar.

Y se metió por el portal lóbrego.

XLII.

El negoció se hizo: se pagó á una vieja una larga cuenta de manutencion y de ropa, se convino en que el abuelo dejaria de pordiosear, que vestiria decentemente, que amueblaria la casa, que no molestaria á su nieta por lo pasado, y la dejaria en completa libertad de entrar, salir, divertirse, y tratarse con las gentes.

A todo sucumbió Lamprea: era padre, dos veces padre, abuelo, en una palabra, y ya sabemos que no hay abuelo que no esté completamente sometido á la voluntad de su nieto.

Se trajo otra calesa que ocupó Inés, y Lamprea se volvió en triunfo y verdaderamente feliz á su casa.

Dió al tio Rincon cincuenta ducados mas de lo prometido, y se quedó solo con su nieta.

—¿A quién amás? la preguntó Lamprea.

—A nadie, contestó Inés.

—¡Ah, si! era verdad, murmuró Lamprea; pero en voz tan baja que no pudo oirlo Inés.

No se habló mas de esto.

A los dos meses de haberse reunido con su abuelo, Inés dió á luz una niña, á la que se puso por nombre Ana.

Inés la crió por sí misma; y mientras duró la lactancia de su hija, apenas salió á la calle.

Era una jóven alma gastada ya y fria, á la que nada podia conmover.

Un alma viciada, completamente incapaz de otro sentimiento que el del amor á su hija.

XLIII.

Pasaron diez años.

Por uno de esos fenómenos incomprensibles que todos los dias se ofrecen á la consideracion del pensador, Inés se habia ido convirtiendo de muchacha perdida en devota; de devota en beata, y en beata ascética.

En Lamprea se habia efectuado el mismo fenómeno.

Rezaba á mas y mejor, confesaba todos los domingos, y se hacia llevar todos los dias en un sillon al jubileo.

Inés enseñaba á leer y á escribir á su hija, y el antiguo bachiller de filosofía, teología y cánones, enseñaba sólidamente religion á su biznieta.

XLIV.

Lamprea, cuando su biznieta Ana iba á cumplir los trece años, empezó á aterrarse vagamente.

La olla de onzas mejicanas iba tocando á su fin.

Inés se habia convertido en la parte moral, pero no en la parte material.

Se habia acostumbrado á comer bien, á vivir cómodamente, ó, como

ahora se dice, de una manera confortable: era holgazana y necesitaba que la sirviesen.

Lamprea se vió obligado á tomar dos criadas.

Era Inés caritativa, como que habia sufrido mucho, y queria que las criadas fuesen bien tratadas, que participasen de todo: se disgustaba cuando su abuelo decia:

—Podria gastarse menos, Inés; esto acabará por hacerse imposible; comemos como duques; en Madrid cuesta todo muy caro; yo no quiero que tú ni tu hija os priveis de nada; pero yo y las muchachas podremos pasar muy bien con mucho menos.

—Yo no puedo comer lo que los que están á mi lado no comen: reduzcamos el gasto para todos.

El abuelo se oponia á ello, y seguian los dispendios.

Se gastaban mil pesos al año en comer.

Lamprea llegó á ponerse gordo y solia decir para consolarse del escesivo gasto:

—Es verdad que la bolsa enflaquece, pero el cuerpo gana: estoy algo mas ágil; duermo mejor; he recobrado parte de mis fuerzas, y aun me parece que no estoy completamente ciego; veo los bultos; me rejuvenezco: ¡ah! el dinero es la vida; el dinero es la juventud; el dinero es la belleza: apoderaos de una buena moza que deslumbre por su hermosura y por su juventud, y ponedla á pan y agua, hacedla dormir sobre una estera; privadla de fuego en el invierno, sumergidla en la miseria y miradla al poco tiempo: será fea porque estará flaca y pálida y desgreñada y sucia; os parecerá vieja; echará mal genio y acabará por tomar rapé si se lo dan, y por usar del unto de bruja: ¡ah! ¡el dinero! esto es todo; pero es el caso que el dinero se acaba: y bien, lo mismo se acaba la vida: habeis empobrecido, habeis muerto, os habeis convertido en un alma en pena; sois un asqueroso cadáver insepulto, del cual todo se aparta para no ser contagiados asi; vivamos mientras tenemos dinero; pero es muy triste cosa saber de antemano el dia en que hemos de morir: y bien ¿lo quiere ella? sea: bastante ha sufrido la infeliz por mi causa: algunas veces la oigo llorar y es que se acuerda... ¡pobre madre sin amor y sin esperanza! ¡pobre niña que cuando mira á su hija no tiene ni aun el recuerdo de un momento de felicidad y de delirio! ¡ah! yo tengo la culpa de todo; yo no tengo derecho á oponerme á su voluntad: no debe ser otra cosa sino lo que ella mande.

Lamprea se entregaba con frecuencia á monólogos de este género.

En los trece años que contaba Ana se habian gastado catorce mil pesos.

XLV.

Ana era una admirable niña.

Habia heredado toda la hermosura de su bisabuela Petrilla; pero era mucho mas delicada.

Se habia criado, se habia educado de otro modo: no habia conocido ni el crímen ni la impureza, ni la miseria: se la habia instruido.

No habia salido del hogar doméstico.

Su bisabuelo, herido por la mano de Dios, convertido sinceramente, condenado al infierno de remordimiento y de vergüenza, habia cuidado de aquella jóven alma.

La educacion influye en la materia.

Con toda la hermosura de Petrilla, Ana era esbelta, delicada: su grande hermosura no estaba en sus formas, que eran bellísimas, sino en la espresion de su semblante; en una especie de espiritualismo poético, puro, encantador que era como un trasparente velo invisible, tras el cual aparecia su belleza plástica, su belleza correcta.

Habia aprendido mas de lo que generalmente aprendian entonces las mujeres.

Lamprea habia sido uno de los mejores estudiantes de la famosa universidad Complutense: era casi un sabio y habia sabido ilustrar el espíritu de su biznieta.

Gran número de libros representaban parte de los gastos que habian enflaquecido la olla oculta de Lamprea.

El sopista gozaba de una manera infinita, olvidando sus remordimientos en las largas veladas de invierno, haciendo leer á Ana libros instructivos; esplicando lo que la niña no podia comprender, y admirando su buen ingenio:

—¡Oh! decia algunas veces Lamprea á Inés, cuando no le oia Ana; nuestra hija será feliz, aun en la desgracia: sabe, tiene el espíritu fuerte, está bien educada, no ha visto nada que la escandalice; nada que haya podido destruir su inocencia; es la única cosa buena que he hecho en toda mi vida: ¡ah! puede argumentar con un obispo, Inés: diablo, ya lo creo; sabe todo lo que yo sé; como que yo se lo he enseñado en mucho menos tiempo que el que tardaron en enseñármelo á mí: las universida-

des tienen mucho que reformar: se hace en ellas perder mucho tiempo á los estudiantes con un fárrago inútil: pero tú no entiendes esto, aunque te has instruido mucho oyendo mis esplicaciones á Ana.

—Quisiera Dios que usted me hubiera criado como ha criado á mi hija.

Y estas palabras hacian caer desde lo alto de su sueño á Lamprea, haciéndole sentir en el corazon algo horrible semejante al frio de una puñalada.

XLVI.

Un año despues, Inés, que habia adolecido hacia mucho tiempo de tristeza, enfermó gravemente.

En vano Lamprea pretendió salvarla llamando á costo y costo á los médicos mas famosos.

El mismo dia en que Ana cumplió sus quince años, murió Inés.

Lamprea sintió este nuevo golpe de una manera mas terrible que los anteriores.

Gastó todavía en hacer un ostentoso entierro á Inés y en comprarla un nicho perpétuo en el panteon de la parroquia de San Marcos: creyó que, aun muerta, sentiria Inés no ser bien tratada.

Pasados los primeros dias de dolor, Lamprea consultó el estado de su fortuna y se aterró: solo le quedaban treinta y dos onzas.

No queria hacer variacion ninguna en los gastos de la casa.

Ana estaba acostumbrada á vestir bien, á ser servida, á tener buena mesa.

Lamprea se desesperó: era impotente.

¿Qué hacer?

Su antiguo círculo de criminales habia desaparecido.

Se habia hundido en la sombra: el patíbulo habia devorado á los unos; el presidio ó la miseria á los otros.

¿Cómo hacerse nuevas relaciones? y sobre todo ¿para qué podia él ser útil?

Tenia setenta años: con la buena vida, con la buena alimentacion, con la comodidad, durante quince de ellos, habia mejorado mucho su salud: podia andar, valiéndose de las muletas: esto era todo.

El horizonte del porvenir de Ana le ofrecia una niebla tan densa como su ceguera. ¿Qué hacer? Mendigar.

Pero mendigando, no se ganan cincuenta reales diarios, porque Lamprea no queria hacer variacion ninguna en el lujo interior de su casa.

Amaba á Ana mas que á Petra; mas que á Esperanza; mas que á Inés, á las que habia amado sucesivamente mas.

El bisabuelo era un padre multiplicado por sí mismo; era, en fin, bisabuelo, y su biznieta lo mejor, lo único bueno de su familia: su ángel.

—¡Ah! ¡la mágia! dijo Lamprea, dándose un golpe en la frente como quien en una situacion desesperada ha encontrado una idea luminosa; la mágia y la mendicidad: será necesario que Ana no conozca nada de esto: no lo conocerá; yo encontraré facilmente una comadre que, á mas de ser bruja y hechicera y capaz de ponerme en relacion con la gente noble y rica que quieren que se les diga lo que ha de sucederles, me preste su casa para cambiar de ropas: seré hechicero mientras me haga con bastantes almas caritativas: yo he ganado, pidiendo, en otro tiempo, mucho mas; he tenido buena suerte, pero ya no me conoce nadie; soy nuevo; es necesario empezar otra vez.

XLVII.

Lamprea no esperó á que se le acabase el poco dinero que le quedaba, para poner en planta su proyecto: aquella noche, despues de cenar, dijo á su biznieta:

—Hija mia, desde mañana no estaré en la casa desde el amanecer hasta el anochecer.

—¿Pues adónde va usted, padre? dijo Ana.

—Los buenos religiosos de Santo Tomás, dijo Lamprea, han fundado una escuela de latinidad y me han elegido á mí para ayudante del padre maestro que se ha encargado de la enseñanza: esto me agrada, puedo todavía ser útil.

—Pero es demasiado trabajo, padre mio, dijo dulcemente Ana; tiene usted demasiada edad; está usted impedido.

—No importa, no importa, dijo con alguna impaciencia Lamprea; lo he prometido ya y hay que cumplir lo que se promete.

—Sí, padre, sí, pero prométame usted una cosa.

—¿Qué, hija mia?

—Si se cansa usted, si su salud empeora, deje usted la escuela.

—Yo no me canso de enseñar, dijo Lamprea; yo no enfermo por enseñar: la ciencia ha sido el consuelo de mis desgracias.

—¿Ha sido usted desgraciado, abuelo? dijo dolorosamente Ana, que no conocia ni poco ni mucho, la historia de su familia.

—¡Oh! ¿y quién no es desgraciado en este valle de lágrimas? se apresuró á decir Lamprea, comprendiendo que habia cometido una imprudencia.

—Yo, yo, fuera del dolor que me causa la muerte de mi madre y el sentimiento de no haber conocido á mi padre, soy muy feliz.

A Ana se la habia hecho creer que su madre era viuda: se la habia supuesto un apellido que no podia comprobarse con nada.

Lamprea apuró un trago de hiel.

Ana se sentia feliz, y sin embargo, la felicidad de Ana era una mentira.

Cuando llegase el momento de tomar estado, debia saber que su padre estaba perdido en un misterio, entre la multitud: que su madre no le habia conocido.

Ana conoceria la infamia de su madre, y tal cual era Ana, no podia ser feliz viéndose obligada á mirar en sus recuerdos á su madre, al través de un velo de vergüenza y de infamia.

—Sí, la terrible y justiciera palabra de Dios lo ha dicho: los pecados de los padres caerán sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generacion.

XLVIII.

Lamprea, dominando su amargura, dijo Ana:

—Deseo que durante mi ausencia, no salgas mas que para ir á la iglesia de San Marcos los dias de precepto: que vayas con el velo echado á la cara; que no te asomes al balcon; que vivas muy recogida.

—¡Oh! sí, padre ¿y á qué he de salir yo á la calle? ¿á qué me he de asomar yo al balcon? pero estaré muy triste.

—Tú te acostumbrarás, hija mia: me verás por la noche; hablaremos, leerás, continuaré instruyéndote; ¡oh, sí, te acostumbrarás!

—¡Oh! y cuando acaba de morir mi madre, sola en la casa.

—Con las criadas.

—Los criados no aman á los que sirven.

—Y ¿cómo ha de ser, hija mia, como ha de ser? es preciso.

XLIX.

Lamprea encontró con facilidad una vieja adivinadora, ensalmadora, vendedora de untos y de brevajes para mil géneros de usos, y que se alegró no poco de encontrarse con la ayuda de un hombre del ingenio del sopista Lamprea, á quien conocia de fama.

Aquella rata vieja tenia demasiados parroquianos de ambos sexos y de todas condiciones, á quienes, segun ella decia, no podia dar abasto.

El nuevo oficio era muy productivo, segun comprendió al momento Lamprea; pero en cambio era muy espuesto, porque la Inquisicion perseguia de muerte y trataba de una manera muy dura á estos embaucadores.

Grandes damas y grandes caballeros acudian de incógnito para que se les levantase figura, para que se les sacase de incertidumbres, para que se les dijese á las unas si podian fiar en el amante, para que se las sacase de apuros á las otras: ellos, para que se les dijese si perderian ó recobrarian su favor en la córte; si ganarian un pleito; si saldrian bien en una empresa; si los engañaba su mujer, y con mucha mas frecuencia, si los engañaba su querida.

Solia ir alguna vez algun fraile con humos de inquisidor, lo que era verdaderamente maravilloso, y otra porcion de gentes, en busca de la revelacion de lo desconocido.

El ingenio de Lamprea hizo crecer la fama de aquella Sibila vulgar, y aumentó portentosamente los productos.

Pero á causa de Ana, inquietaban mucho los peligros de este modo de adquirir á Lamprea, y se dedicó con afan á crearse una buena posicion de mendigo.

L.

La víspera del primer dia de fiesta, Ana dijo de una manera ardiente á Lamprea.

—Mañana no habrá escuela y le tendremos á usted aquí, señor abuelo.

—No, hija mia, no, dijo Lamprea; he prometido al padre maestro ir los dias de fiesta; tenemos que ponernos de acuerdo acerca de las lecciones de la semana.

La jóven calló y suspiró.

LI.

Al año, Lamprea se habia hecho tal parroquia y reunia tal corro de gente para oirle cantar á la guitarra coplas místicas, en la esquina de la Carrera de San Gerónimo, por la tarde, que pudo despedirse de la tia Zarcilla, á la que dejó inconsolable.

Ana nada sabia.

Lamprea cubria su presupuesto y ahorraba.

Asi pasaron dos años.

Habia cumplido diez y ocho Ana.

Un accidente imprevisto vino á decidir el porvenir de la pobre niña.

LIBRO CUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo andaban en España el derecho y la justicia en 1774.

I.

El año de 1774, un caballero jóven, como de veinte y cinco años, y al parecer, perteneciente á la alta nobleza, que acababa de montar á caballo en la portería del convento de San Gerónimo del Prado de Madrid, se lanzó á galope, seguido de cuatro criados, tambien montados; y al entrar en la Carrera de San Gerónimo, atropelló á un mendigo, cojo y medio paralítico que puso el grito en el cielo, y con voz plañidera empezó á pedir justicia á Dios y al rey.

II.

Era por la tarde; hacia muy buen tiempo; era el mes de mayo, y los ociosos, los galanes y las entretenidas que paseaban por el Prado de San Gerónimo, acudieron é hicieron corro, curiosos, por saber la causa de aquellos gritos.

El jóven atropellante habia echado pie á tierra y habia acudido por sí mismo á levantar al atropellado.

10

De la pierna coja de éste, desnuda, negra y sucia, salia sangre en abundancia, de una ancha herida causada por un casco del caballo.

Los criados se apresuraron á echarse á tierra cuando vieron que su señor lo habia hecho y le quitaron de las manos al mendigo.

Uno de ellos, que tenia las trazas del tunante mas redomado del mundo, como el mendigo creciese en sus alaridos, le dijo:

—¡Eh! ¿por qué chillas como una rata cogida en el cepo, cuando estás de enhorabuena, pícaro? mas cojo no has de quedarte, y no será mala la pension que te de mi amo el marqués de Campo-Nuño.

—¡Ay, mi hija; mi hija de mi alma, que se va á quedar huérfana sin que nadie la guarde ni la ampare! dijo Lamprea que él era, empezando á toser de una manera alarmante: ¡y tan hermosa y tan niña!

—Esto es mas de lo que parece, dijo sobresaltado el marqués: reconocedle; uno por un cirujano, por una camilla, y á casa con ese pobre.

—Yo no quiero ir á casa de nadie, dijo Lamprea; yo quiero ver á mi hija antes de morir: tengo hundido el pecho.

Se abrieron las ropas de Lamprea y se vió que en efecto, otro casco del caballo habia herido su pecho, sobre el costado izquierdo.

—Esa es una iniquidad, dijo una muchacha, mas de un tanto hermosa, y mas de tres tantos descarada que formaba parte del grupo de curiosos: ahí están los pobres para que los señores marqueses los maten con las patas de sus caballos: ¡y á quién matan! al sopista Lamprea que es un bendito de Dios.

La muchacha que sin duda no habia dicho estas palabras sino para ser reparada, se volvió haciendo dar un voleo enérgico á su saya, y se alejó, seguida de una de esas viejas miserables que no pueden verse sin que se sientan náuseas.

Dos ó tres pisaverdes siguieron á la muchacha que se alejaba, orgullosa porque habia dicho una claridad á un gran señor y no la habian metido en la cárcel.

La prostitucion era la primera en acometer á la nobleza.

Como que la prostitucion es la mas baja de las miserias, y desde el fondo de su abismo protesta contra todo desesperada.

III.

Lamprea continuaba quejándose de la manera mas ruidosa y mas plañidera que podia, exagerando su sufrimiento, aunque éste era grande.

El número de los curiosos se aumentaba, y el descontento público crecia.

El marqués de Campo-Nuño ofrecia á mas y mejor al mendigo atropellado, solo por calmar la efervescencia de los curiosos.

El marqués sentia miedo.

Tenia en torno de sí una especie de tempestad sorda.

Lamprea era muy conocido, se le tenia por muy buen hombre, y aun habia quien se atrevia á decir que hacia milagros.

IV.

Mientras venian con una silla del hospital de San Fermin, salió, no sabemos de dónde, un alcalde de barrio acompañado de dos ó tres alguaciles.

Habia oido decir que en su distrito habia sido atropellado y estropeado un mendigo, y acudia como un buitre hambriento á una presa, á prender al atropellador.

El prender era para aquellos buenos señores un placer, en el que estaban viciados.

Se prendia por cualquier cosa á todo el mundo, es decir, á todo el que no tenia privilegios; porque para prender á un privilegiado, era poca cosa un alcalde de barrio, y aun un alcalde de casa y córte, si no iban autorizados con una órden espresa y terminante del rey.

Y aun asi, se necesitaba de un juez privativo, con arreglo al fuero de la persona que habia de ser presa.

El alcalde tuvo un verdadero sentimiento cuando se encontró con que el atropellador era un grande de España, y en vez de prenderle se vió obligado á quitarle el sombrero, y á sufrir su soberbia y su mal humor.

V.

Cabalmente el marqués de Campo-Nuño era uno de los señores mas soberbios de la córte, gozaba de gran favor en ella, y mandaba como capitan la compañía flamenca del real cuerpo de Guardias de la persona del rey; ésto es, de Guardias de Corps.

De lo que resultaba, que además de estar en el goce de todos los fueros, preeminencias y exenciones *que se guardaban y debian ser guarda*

das á la alta nobleza, tenia todos los fueros, privilegios y exenciones militares *que se guardaban y debian guardarse* á los tenientes generales de los reales ejércitos.

El coronel del real cuerpo de Guardias de Corps lo era el rey: los capitanes de las cuatro compañias, española, italiana, flamenca y alemana, eran grandes de España de primera clase, que en el ejército tenian el grado efectivo de tenientes generales.

Para prender á uno de estos señores, eran necesarias no sabemos cuántas formalidades, cuántos requisitos, cuántas fórmulas, cuántas delicadezas.

VI.

Cabalmente, el Escelentísimo Señor Don Gaspar de Fonseca, de Arévalo, de Sandino, de Amezcua, etc., marqués de Campo-Nuño, conde de Riva de Rollo, baron de la Puente de Orvigo, etc., gentil-hombre de Su Magestad, con ejercicio, capitan del real cuerpo de Guardias de Corps, teniente general de los reales ejércitos, regidor perpétuo de la villa de Madrid, del hábito de Calatrava, gran cruz de Cárlos III, familiar del Santo Oficio, hermano mayor de la Caridad, del Consejo de Indias, etc., etc., etc.; cabalmente, repetimos, á este señor en quien se representaba tal balumba de títulos, dictados y dignidades, le salia la soberbia, como suele decirse, por encima de la tapa de los sesos.

Cuando se encontró con un alcalde de barrio, que no podia venir á otra cosa que á prender al atropellador, ó á recoger al atropellado, se sulfuró, se puso temblon de cólera, hizo temblar de miedo al alcalde, y le dijo con palabras que entrecortaba la bilis, á pesar de que el alcalde era hidalgo y tenia tambien sus fueros, privilegios y exenciones:

—¿A qué viene usted aquí? ¿qué falta hace usted aquí? ¿de cuándo acá un alcalde de barrio se atreve á faltar al respeto á un grande de España?

Entonces fue cuando el alcalde se quitó el sombrero.

El marqués continuó acreciendo en cólera, á medida que el alcalde acrecia en miedo y humildad.

—¿Qué es esto? ¿qué audacia es esta? el marqués de Campo-Nuño no necesita que nadie venga á amparar á un pobre diablo á quien involuntariamente á atropellado.

Entre tanto, el pobre diablo, esto es, Lamprea, ponia el grito en el cielo, y repetia sin cesar estas ó semejantes palabras.

—Me estoy muriendo, no quiero morir sin ver á la hija de mi alma: que me lleven pronto, que me curen; no hay ya caridad; los pobres somos perros, y nadie hace caso de ellos: que se mueran, que revienten, ¿qué importa?

Estas palabras formaban duo con la filípica biliosa que el marqués de Campo-Nuño hacia sufrir al alcalde, y las murmuraciones de los curiosos, cuyo número aumentaba, eran como el coro sordo de aquel discordante duo.

—Si, decian por lo bajo los unos á los otros los pelones; si cualquiera de nosotros hubiera atropellado al pobre Lamprea, no sé si los alguaciles nos hubieran derrengado ya de una paliza.

—Y nos hubieran atado codo con codo.

—Y nos hubieran llevado á puntapies, á la cárcel, y nos hubieran embargado los muebles para curar al herido.

—Y nos echarian á presidio: esto clama á Dios: Dios duerme: los pobres somos la última palabra del Credo, y esto no puede ser; esto no puede quererlo Dios.

Empezaba á formularse ya en aquellos tiempos (1774), la protesta del derecho humano, de la igualdad ante la ley, de la justicia contra el privilegio, contra la tiranía, contra la fuerza.

En el fondo de la sombra densa se veia algo semejante al débil reflejo de una luz lejana de la aurora de un dia que debia tardar en aparecer un siglo.

La idea necesaria empezaba á germinar en el cerebro de todos, intuitiva, instintiva, en embrion; pero poderosa y amenazadora.

VII.

El marqués notó la escitacion, el descontento de la multitud que le rodeaba, se irritó mas, y dijo al alcalde:

—Ya que ha venido usted, sirva usted para algo: quite usted de enmedio á esa canalla, y si alguno resiste, si no obedece inmediatamente, á la carcel con él.

No fue necesario que el alcalde intimase á los curiosos á que se retirasen.

Todos habian oido las nerviosas palabras del marqués, y se retiraron por temor á un atropello.

En aquel momento llegaron una silla de mano desvencijada, negra y fea del hospital de San Fermin y un cirujano.

Se curó mal y de mala manera á Lamprea, se le metió en la silla de manos, el marqués dió el dinero que llevaba encima al estropeado, mandó á dos de sus criados le acompañasen y le sirviesen sin perdonar gasto ni cuidado alguno, y con los otros dos criados se fué á su casa.

CAPITULO II.

La humanizacion de un soberbio.

I.

Habia oscurecido, y la pobre Ana, tranquila y contenta, porque se acercaba la hora de la vuelta de su bisabuelo, leia en el *Flos Sanctorum* la vida del santo del dia.

De tiempo en tiempo dejaba de leer, y decia volviendo su hechicera cabeza hácia la puerta de la sala.

—María que los maimones estén bien calientes: ya sabes cómo le gustan á mi padre: pon la mesa, Juana, mi padre traerá apetito.

—Si señora, ya está todo, decia desde adentro una voz que representaba á una mujer de alguna edad.

Ana volvia á leer, y luego dejaba de nuevo la lectura, se levantaba, abria el balcon y miraba á la calle.

Para esto solo, para esperar á Lamprea, rompia Ana el encargo que ésta le habia hecho, de que durante su ausencia no se asomase al balcon.

II.

De improviso, Ana vió desembocar en la plaza de las Comendadoras algunos hombres, que alumbrándose con un farol, porque la noche ha-

bia cerrado lóbrega, traian en medio una silla de manos; una mugrienta y horrible silla.

—Es un pobre que llevan al hospital, dijo conmovida Ana; Dios le dé salud.

Pero aquellos hombres, aquella silla, llegaron á la puerta de la casa, oyó Ana una voz que se quejaba dolorosamente, reconoció la voz de Lamprea, dió un grito, dejó el balcon, corrió, se precipitó por las escaleras sin acordarse de llamar á las criadas, y abrió por sí misma la puerta, en la cual habian retumbado ya dos fuertes golpes.

La silla entró en el portal.

III.

—¿Qué es esto? ¿qué ha sucedido á mi padre? esclamó aturdida, aterrada, Ana.

—Nada, nada, señora, dijo asombrado por la estraordinaria hermosura de Ana, uno de los lacayos del marqués; esto no pasará del susto: el señor marqués de Campo-Nuño, mi amo, se hace cargo de todo: ¡Diablo! añadió para sí; ¡y qué hijas tienen estos bribones de estos mendigos y qué casa! ¡y se les tiene lástima! ¡qué mujer! ¡y está vestida como una duquesa! fiése usted de lo que se ve.

Ana no habia oido las palabras del lacayo: habia acudido á su padre, á quien sacaban de la silla de mano los mozos del hospital.

—¡Oh! ¿qué es esto Dios mio? dijo Ana al ver los asquerosos andrajos de que venia cubierto Lamprea: éste no es mi padre, ustedes se han equivocado.

—No, hija, no, dijo Lamprea; no se han equivacado; tu padre soy; Dios no ha querido que mi secreto dure mas tiempo; que me lleven á la cama; que llamen al instante al padre maestro fray Juan de Salces, en Santo Tomás.

Ana se echó á llorar.

Los mozos subian por las escaleras, llevando en brazos y con repugnancia á Lamprea.

Aquellos hombres que cargaban sin repugnancia con los cadáveres, tenian asco del mendigo.

Las criadas que habian acudido, guiaban á los mozos, aturdidas, asombradas por el miserable aspecto de Lamprea.

Tras él iba llorando Ana.

Tras Ana el cirujano que habia curado á Lamprea, y un médico que habian recogido al paso.

Los lacayos del marqués cerraban la marcha.

IV.

Lamprea, desnudado por los mozos, fue puesto en su lecho, en la misma alcoba donde habia muerto Petrilla.

Las ropas interiores de Lamprea eran blancas, finas y limpias; pero estaban profusamente manchadas de sangre.

—¿Pero qué es esto, qué es esto? dijo Ana.

—El ha tenido la culpa, señora; adelantó de improviso á pedir limosna á su escelencia, á mi amo, el marqués de Campo-Nuño, que no pudo contener el caballo que es muy brioso...

—¡A pedir limosna! dijo con voz apenas perceptible, Ana; ¡esto es un sueño! ¡esto no puede ser!

—Dejadme, dejadme solo con mi hija, esclamó Lamprea.

—Cuando hayamos hecho la segunda cura, dijó el cirujano.

—La segunda cura es inútil, dijo el médico, que examinaba á Lamprea: lo que aquí se necesita es la cura del alma, un sacerdote, el Viático.

El médico habia pronunciado agudamente estas palabras.

El peligro era inminente, no daba espera.

Ana fue bastante valiente, bastante fuerte para resistir la violenta impresion de esta sentencia.

Demasiado fuerte, porque amaba con toda su alma á Lamprea, se abalanzó sobre el lecho, unió su rostro al del moribundo y lloró en silencio.

V.

—¿Oyes Perico? dijo el un lacayo del marqués al otro: el médico manda que se disponga á ese pobre: el señor nos ha dicho que no se perdone cuidado ni gasto alguno; véte á la parroquia; que venga un sacerdote; luego, que traigan á su Divina Magestad con todos los faroles, con todas las hachas, con todos los pobres que se pueda, con pálio, con

altar: luego aunque mates al caballo, Perico, anda y avisa al señor de lo que pasa: yo me quedo aqui para lo que sea menester.

Perico marchó, y poco despues se oyó sobre el empedrado de la plazuela la carrera de su caballo.

VI.

—¡Oh, gracias, gracias, hija mia, dijo Lamprea: tu amor me consuela en este trance terrible! Dios se ha cansado de mí, y toca con su dedo formidable mi frente abrumada por el peso del pecado: no llores, resígnate á la voluntad de Dios: yo muero como debo morir; despedazado como un reptil, por los pies de una bestia.

—¡Oh! ¡pero esto es espantoso, dijo Ana, esto es un sueño!

—Que llamen, que llamen á fray Tomás de Salces; no quiero otro; que vayan al convento de Santo Tomás.

—No hay tiempo, dijo el médico, que habia oido estas palabras: mi obligacion es decirlo.

—No, no me muero tan pronto, dijo Lamprea: tiraré... tiraré, porque Dios quiere que yo sufra.

—Estos padres graves tardan un siglo, dijo el médico: necesitan coche y pensarlo mucho antes de salir de su celda.

—El padre Salces no es asi: se apresurará á venir en cuanto sepa que un moribundo le llama.

Fue necesario ceder.

El lacayo que habia quedado allí, partió en busca del padre Salces.

—Déjame, déjame hija mia, á solas con mi conciencia, dijo Lamprea.

Ana se levantó de sobre su abuelo, salió lentamente de la alcoba, y junto á ella se sentó en un rincon, y permaneció inmóvil, agoviada, inclinada la cabeza, con el corazon violentamente oprimido, y llorando.

El médico y el cirujano charlaban en voz baja al otro estremo de la sala.

En la puerta, inmóviles, estaban las dos criadas.

VII.

No se habia engañado Lamprea respecto al padre Salces: éste no tardó en llegar mas que el tiempo estrictamente necesario.

Era un anciano venerable, en cuyo semblante se trasparentaba la paz de la tranquilidad de la conciencia.

La confesion fue muy larga.

Durante ella se habia oido el ruido de un carruaje, y Ana se vió obligada á adelantar hasta la puerta de la sala, á recibir al escelentísimo señor marqués de Campo-Nuño, que se dignaba visitar al mendigo á quien involuntariamente habia puesto en tan miserable estado.

VIII.

El marqués, que adelantaba rápidamente, se detuvo como si le hubiera contenido una fuerza irresistible, al ver á Ana.

Palideció y se quitó el sombrero con el mismo respeto y con la misma precipitacion que si de improviso se hubiera encontrado delante del rey.

Y es, que la belleza sublime, que el dolor supremo, tienen una magestad que todos reconocen, á la que todos rinden homenaje.

Ana palideció tambien, dió un paso atrás, y exhaló un grito de dolorosa sorpresa.

Aquellos dos seres, al verse, habian sentido esa primera impresion violenta que precede á los grandes amores.

IX.

Campo-Nuño era jóven; tenia veinte y ocho años; su carácter, seco y altivo, le habia defendido del amor.

Era soltero.

Su padre viudo, habia muerto algunos años antes, dejándole por herencia una altísima categoría y una multitud de privilegios; una gran renta y una soberbia infinita.

Don Gaspar era bello y aun hubiera podido decirse que hermoso; pero su hermosura adolecia de una exagerada rigidez de líneas: la espresion de su semblante, era fria, grave, casi inmóvil: no miraba; se habia acostumbrado á ver sin mirar, ó por mejor decir, sin marcar la mirada.

Tenia una alta idea de sí mismo: ante el rey se inclinaba poco; ante los demás, nada.

Cualquiera fuese su actitud, era la actitud severa de la estatua.

Hablaba poco á escepcion de los casos en que se encolerizaba, por

cualquiera pequeña falta, referente á su persona, y entonces su palabra era agresiva, despreciadora, punzante, acerada.

Entre las debilidades indignas de un hombre de valía, contaba al amor.

Cuando su director espiritual, le aconsejaba se casase para continuar su descendencia, consejo que el buen fraile daba esclusivamente porque Campo-Nuño habia perdido todos sus parientes inmediatos, contestaba con el respeto que por razon de sus creencias religiosas debia tener á un sacerdote, pero de una manera seca: «Aun no es tarde: soy jóven; tiempo me queda de sacrificar mi libertad al cumplimiento de mi deber: mas adelante, dentro de algunos años, me casaré para que mi familia continúe.»

El confesor no insistia hasta pasado mucho tiempo.

El rey solia decir, de cuando en cuando al marqués.

—¿Por qué no te casas?

—Aun me queda mucho tiempo, señor, contestaba Campo-Nuño.

—Sentiria mucho que tu casa se estinguiese, le decia el rey.

—Aun soy jóven, señor, y gozo, gracias á Dios, de muy buena salud, contestaba Campo-Nuño.

Algunas señoritas de la córte, hijas de ilustres familias, andaban enamoradas de don Gaspar.

Conocíalo éste, pero como consideraba el amor una debilidad del espíritu, y su soberbia se encontraba halagada, no hacian mella en él las sonrisas, ni las miradas tímidas de sus jóvenes cazadoras.

Nadie podia contar una aventura del marqués de Campo-Nuño.

No se conocia su querida.

Como hombre educado con una rigidez antigua, dentro de la familia, y en la parte de enseñanza, por los jesuitas, como era además verdaderamente soberbio, mantenia el decoro de su conducta de una manera que llegaba á la exageracion.

En el fondo, y desembarazando su alma de la envoltura de soberbia, de preocupaciones y de hábitos rígidos que la ocultaban, podia haberse admirado una gran belleza de sentimiento.

La caridad, la piedad, la fe, el culto al honor á la patria; el rey, la generosidad, el desprendimiento, el entusiasmo, eran los componentes de aquella alma desconocida, oculta, por un revestimiento impenetrable.

Su caridad ardiente en su orígen, tomaba cierta forma rígida, al traducirse en hechos, parecia el cumplimiento de un deber: su ardiente en-

tusiasmo se revelaba frio; su valor no relampagueaba; se comprendia mas bien que se veia: su conversacion era parca, austera, y generalmente exacta, concreta.

El marqués decia que las necedades debian economizarse mucho, evitarse, porque una necedad es la deshonra de la inteligencia, y se debe evitar todo género de deshonra.

Hablar poco y solamente de lo que se conoce bien, es el mejor medio para evitar el calificativo de necio.

Campo-Nuño, pues, en su aspecto esterior, en todas las múltiples manifestaciones de su actividad, era un ser completamente artificial; un ser casi inmóvil.

Campo-Nuño no podia ser verdaderamente amado porque lo frio, lo rígido, lo soberbio, no se hace simpático á nadie: por hermoso podia inspirar deseos; por insensible, empeño; por gran personaje y rico, ambicion: una mujer sencilla, dulce, espiritual, apasionada, franca, no podia amar á Campo-Nuño.

Ana no se hubiera estremecido al verle; no hubiera lanzado una esclamacion de dolor que parecia haber sido la consecuencia de una profunda conmocion en el alma, si Campo-Nuño se la hubiera presentado con su aspecto ordinario, en su fisonomía normal.

Pero, ya lo hemos dicho, el aspecto y la manera de ser de Campo-Nuño, sin que él se diese cuenta de ello, era completamente artificial.

La verdad terrible y despiadada no habia herido su alma: nada gravemente escepcional habia alterado su manera de sentir.

Cuando atropelló á Lamprea venia de tomar chocolate con su confesor, en el monasterio de San Gerónimo, y el atropello del mendigo le irritó porque le conmovió, porque le hizo temblar, porque rasgó el denso velo que ocultaba su sentimiento.

—Y bien; dijo: le haré rico y acabará por alegrarse de que yo le haya atropellado.

Creyó terminada con esto aquella situacion; se fué tranquilo á su casa y cenó con apetito.

En aquellos tiempos todos los españoles comian á las doce y cenaban al oscurecer.

X.

Fumaba don Gaspar un rico habano indolentemente recostado en un sillon, al lado de una chimenea y completamente solo, cuando un ayuda de cámara levantó el portier de la puerta del gabinete y dijo con voz contenida por un inmenso respeto que se parecia mucho al miedo.

—¡Señor!

—¡Eh! ¿qué? ¿qué hay? ¿qué quieres? ¿á qué vienes? dijo secamente el marqués que no gustaba que se le dirigiese la palabra ni que se le presentase nadie, sino cuando él llamaba.

—Perdóneme vuecencia, dijo el ayuda de cámara creciendo en respeto, esto es, en miedo; pero el lacayo Pedro Bastida...

—¡Eh! ¿qué? dijo el marqués, acordándose por el nombre de uno de los lacayos que le acompañaban cuando sucedió el atropello, del atropellado: ¿qué dice ese? habla, vamos.

—Dice, que el mendigo á quien ha acompañado á su casa de órden de vuecencia, se muere.

XI.

Sucedió una cosa estraordinaria que maravilló al viejo ayuda de cámara.

El marqués se puso de pie de una manera violenta, como si un resorte poderoso le hubiese lanzado del sillon: tembló tan perceptiblemente que se apercibió de ello el ayuda de cámara; á pesar de que, por las enormes dimensiones del gabinete, se encontraba á una buena distancia de su amo.

Brilló en sus ojos un relámpago de desesperacion, de conmiseracion, de cólera, todo junto: se pasó la mano por la frente y dijo con voz opaca, concentrada, pero vibrante:

—¡Señor! ¡señor! ¿y esto, por qué? ¿en qué mala hora ha nacido ese infeliz para morir de esa manera?

El ayuda de cámara estaba asombrado: no conocia á su amo; se habia trasfigurado: parecia mas hermoso y aun creyó engañarse el viejo servidor, figurándose que habian brotado dos lágrimas de los ojos del marqués.

Esto no podia ser verdad: el marqués habia sido tal hasta entonces,

que no podia concebirse se hubiese trasformado en otro, se pareciese á la generalidad de los hombres que tienen lágrimas, que palidecen, que tiemblan, que levantan su mirada al cielo, cuando causan involuntariamente una gran desgracia.

Era que al primer embate rudo del sentimiento, el duro hielo que envolvia el alma del marqués, se habia deshecho, y aquella alma noble y generosa, habia subido á su semblante; habia rebosado de él, manifestándose en palidez, en temor, en lágrimas.

Dios hace á sus criaturas, y sus criaturas son siempre, á despecho de todos, como él ha querido que sean.

XII.

—¡Que entre, que entre ese al momento! dijo el marqués poniéndose á pasear agitado, por el gabinete, con la cabeza inclinada y la barba apoyada en la mano derecha en la actitud de la mas profunda abstraccion.

—No, no, murmuró con voz insegura: yo no tengo la culpa; yo no le ví, iba distraido; pero quien hace galopar á su caballo por lugares concurridos, no debe distraerse: la distraccion en ese caso es una falta: una falta que puede producir desgracias irreparables: ¡ah! ¡muerto! y todo ¿por qué? porque yo corria como hubiera podido correr por un desierto: hé aquí un hombre destruido como una hormiga: una criatura de Dios... y no poder salvarle: ¡ah! todo es mentira, todo es humo: á los poderosos de la tierra la suerte se les rie, les enseña la presa, y les dice: «quitádmela,» ¡ah! tal vez esa noticia sea exagerada: pues bien, lo disputaremos á la muerte. Santa Vírgen del Sagrario de la catedral de Toledo; yo te ofrezco veinte y cinco dotes de á mil ducados para darlos en tu nombre á veinte y cinco doncellas pobres, si se salva ese infeliz.

Como vemos, la poesía, el sentimiento, habian tardado en llegar al alma del marqués; pero al tocarla, la habian inundado, la habian saturado, se habian apoderado de ella.

Apareció en la puerta Perico mucho antes de que el marqués acabara su monólogo, y no pasó de ella, ni se atrevió á hablar, porque sabia que á su amo no le gustaba que sus criados tomasen la palabra.

Al volverse en su paseo el marqués, vió á Perico, se detuvo y le dijo:

—Y bien: ¿qué es eso que me han dicho de que aquel pobre se muere?

—La verdad, señor, contestó Perico aturdido porque desconocia la voz de su amo: el médico ha mandado que se le disponga: he ido yo mismo á avisar á la parroquia de San Marcos para que vaya el Viático, y como vuecencia se ha interesado tanto por ese pobre, he creido que debia venir á ponerlo en conocimiento de vuecencia.

—Creo que he pedido un coche para ir á palacio, dijo el marqués.

—Sí, si señor, está esperando.

—¡Antonio! dijo el marqués.

Se presentó inmediatamente el ayuda de cámara que antes habia hablado con Campo-Nuño.

—Voy á salir, dijo éste.

El ayuda de cámara salió precipitadamente.

El marqués abrió un cajon de su mesa y puso en sus bolsillos el oro que en él habia, que representaba una cantidad considerable.

Luego, dijo á Perico:

—Quédate aquí: que pongan el coche de ceremonia y que le lleven á la parroquia de San Marcos, de prisa, por si se llega á tiempo de que vaya en él el Viático: mi escudero con mis insignias y doce lacayos de gran librea con hachas: pronto, véte.

La caridad del marqués, tomaba por educacion y por costumbre, el aspecto de la soberbia.

Moria un miserable mendigo, á causa, aunque involuntariamente, del marqués, y era necesario, por lo mismo, que el mendigo muriese con lujo.

XIII.

Volvió Antonio; ciñó á su amo sobre la chupa de raso blanco bordada de oro, el cinturon de un espadin, con empuñadura guarnecida de diamantes; le puso un rico sobretodo color de violeta; un sombrero de tres picos con guarnicion negra, y le dió un baston de marfil con empuñadura de oro y en ella un grueso brillante.

Antonio creia que su amo iba á palacio.

—No importa, dijo el marqués conociendo la equivocacion de Antonio: la desgracia merece tanto respeto, como la magestad.

Aquella era la primera vez que un pensamiento de tal especie; un

pensamiento casi casi democrático, ocurria al nobilísimo y soberbio marqués de Campo-Nuño.

Este no comprendió que se modificaba: que por aquel pensamiento dejaba de ser un noble neto.

XIV.

El marqués atravesó sus salones, precedido por Antonio que le abria las mamparas, y corria y adelantaba para abrir otra, bajó las escaleras y entró en un enorme y magnífico coche que al pie de ellas esperaba.

—Y ¿á dónde voy yo? dijo; me he olvidado de preguntar dónde vive ese hombre.

Perico, que era un lacayo muy listo, habia reparado en aquella omision: habia comprendido que el marqués necesitaria saber dónde estaba la casa del mendigo, y se presentó silencioso ante la portezuela que mantenia abierta un lacayo esperando órdenes.

—¡Ah, estás tú ahí! dijo el marqués viendo á Perico: y bien, ¿dónde es?

—Plazuela de las Comendadoras, señor; una casita baja, que está junto á la tapia de un huerto que tiene grandes árboles: como cuando fuimos era de noche, no he podido ver el número.

—Donde ese dice, dijo el marqués.

Y el lacayo cerró la portezuela, y el carruaje se puso en marcha.

XV.

Durante el trayecto, entre el oscuro fondo del carruaje se revolvió algo terrible, una especie de caos, en la imaginacion del marqués.

Vió que habia seres que aplastaban y seres aplastados.

Comprendió que esto no era justo.

Luchó con sus creencias gerárquicas, con su soberbia congénita, con su manera de ver y de apreciar las cosas.

Siempre se levantaba delante de él un mendigo viejo, débil, enfermo, cojo, corcovado, ciego, magullado, ensangrentado, que estendia las manos trémulas y decia con la voz de la miseria, del miedo, de la desesperacion, del dolor: ¡Mi hija! ¡quiero ver á mi hija! ¡no quiero morir sin verla!

Y una voz sorda, como un zumbido, dejaba oir al marqués:

«Yo, miserable, iba á pedirte una limosna: tú, rico, me has hecho pedazos con los cascos de tu caballo: ¡maldito seas! porque mi hija va á quedar huérfana.»

Y el marqués se estremecia y luchaba, y decia defendiéndose:

—No he sido yo; la desgracia, Dios.

—Y el marqués, creyente, sincero é instruido, volvia á estremecerse porque habia mezclado á Dios en aquello.

Dios no podia querer la presion involuntaria de un rico sobre un pobre: Dios no quiere que la avalancha caiga sobre el valle: la avalancha cae porque existe la altura.

El marqués habia sido una avalancha para el mendigo.

Deduciendo asi el marqués, encontraba una completa esculpacion, asiéndose á un sofisma.

—Dios ha hecho las alturas, decia; la riqueza, la nobleza, son una altura: las ha hecho Dios; es legítima por una consecuencia de mi nacimiento y de mi fortuna, voy en coche ó á caballo, mientras el que está en el fondo se arrastra por el suelo y mendiga: si le atropello involuntariamente, ó si las ruedas de mi carruaje le aplastan, no es mia la culpa; es un accidente de las respectivas situaciones: ¿por qué se arrojan á nuestros pies de improviso, acaso para que les matemos y hagamos por ello la fortuna de sus hijos?

El marqués volvia á embrollarse y á estremecerse.

—Pero, un sacrificio tal seria heróico, esclamaba; un hombre capaz de él, no mereceria arrastrarse por el suelo; tendria la nobleza del alma, la grandeza del valor del martirio.

El marqués se asustó de su apreciacion.

No podia comprender, no podia conceder sin humillarse á sí propio, sin encontrarse pequeño, que existiese una nobleza, una grandeza, dada por Dios á un mendigo, en contraposicion con la nobleza, con la grandeza otorgada en la tierra por los reyes.

¡Ah! la enciclopedia estaba en la atmósfera: la idea vírgen, desconocida, se encubaba en todos los cerebros: la sombra luchaba con la luz naciente: la igualdad eterna de los hombres ante Dios, empezaba á hacerse sentir, como una necesidad, como una verdad entre los hombres.

XVI.

El marqués acabó por pretender reducir á la inaccion su pensamiento.

Y siempre en vano: habia nacido inteligente, y raciocinaba; le habian nstruido los Jesuitas y raciocinaba de una manera sólida.

A la primera acometida de la luz cerraba los ojos, pero la luz le obligaba á volver á abrirlos.

XVII.

En esta disposicion de ánimo se encontró de improviso delante de Ana.

Estaba dolorido, desalentado, perturbado; su conciencia, la dureza de su semblante habian desaparecido.

Era hermoso; estaba conmovido y parecia hermosísimo.

Ana sintió por primera vez que algo opaco desaparecia de delante de su alma; que una luz suave, deliciosa, la halagaba: sintió durante un momento una alegria infinita, un infinito dolor.

Aquel movimiento, aquella oleada de su alma, se exhaló por sus ojos y fué á causar en el marqués una impresion semejante á la que el marqués habia causado en Ana.

Aquello pasó como un relámpago, sin que ninguno de los dos jóvenes tuviese tiempo para apreciarlo; pasó dominado por la grave situacion del momento.

—Creo, dijo el marqués al ver el aspecto de Ana, que mis criado se han equivocado; que no es aquí donde yo vengo.

—Puede ser, señor, dijo Ana, bajando los ojos.

—Puede ser que yo me haya equivocado, ¿no es esto? dijo el marqués, precisando la frase.

—No, no señor, dijo Ana; puede ser lo que vuecencia cree imposible.

Aquel vuecencia, en los labios de Ana, se hizo áspero y duro al marqués, que no podia sufrir que una persona inferior á él no le diese tratamiento aun no conociéndole.

—Yo venia á la casa de un mendigo, dijo el marqués.

—En esa casa está vuecencia.

—¡Ah! si: usted es alguna señora de la vecindad, á quien la compasion ha traido aquí.

—Soy biznieta de ese mendigo, señor, respondió Ana.

—¡Ah! no, imposible: un ángel...

El marqués se detuvo asustado.

Una llamarada que no podemos llamar de pudor, que no tiene nombre, que se comprende, pero que no se esplica, tiñó de un vivo color las mejillas de Ana.

—Sí, sí, un ángel, dijo el marqués, como avergonzado de su vacilacion; una dama no puede ser...

—Puede ser, es, dijo Ana, interrumpiendo vivamente al marqués: yo ignoraba que mi padre fuese mendigo: lo ignoraba hasta que le han traido cubierto de harapos, despedazado, muerto.., (la voz de Ana fue haciéndose semejante al sonido que podria suponerse, concibiendo una corriente de lágrimas), á lo que parece es verdad: mi padre mendigaba.

Y no pudiendo contenerse mas, Ana rompió á llorar.

—Mi fortuna entera, mi vida, en compensacion de esa desgracia involuntariamente causada por mí, dijo de una manera ardorosa el marqués; y de una manera instintiva, impremeditada, involuntaria, asió una de las hermosas manos de Ana.

Esta la retiró vivamente como si la hubiera tocado un ascua.

Tembló, ardió su corazon, y el fuego de su corazon subió á sus mejillas y se exhaló por su mirada.

—Gracias, dijo al marqués; muchas gracias por la bondad de vuecencia, por la caridad de vuecencia; yo no culpo á vuecencia de nada: ha sido una desgracia casual, aunque una horrible desgracia para mí.

—Quiero verle, dijo el marqués.

—Está con su confesor, contestó Ana.

—¡Ah! pues esperemos.

XVIII.

Ana fué á tomar una silla para ofrecerla al marqués y éste se adelantó; la ofreció á Ana y tomó otra.

Si el marqués no hubiera estado fascinado, hubiera sido el escándalo de sí mismo.

Servia á la hija de un mendigo; era galante con ella.

Ahora bien: el amor es ciego, se sobrepone á todo, une los estremos mas opuestos, es un tirano incontrastable.

Y aunque el marqués estaba ya ciegamente enamorado, no lo sabia.

Acontece que un hombre es herido mortalmente por una bala, y á causa de la violencia y de la rapidez del proyectil, no siente la herida, no conoce su situacion; es necesario para ello que pase tiempo; que la herida se enfrie: entonces empieza la lucha del terror á la muerte y del apego á la vida.

La lucha debia ser recíprocamente terrible, debia desesperar á aquellos dos seres; pero aun no conocian su situacion.

XIX.

Ana habia vuelto de nuevo á abatirse, y el marqués respetó su abatimiento; no la dirigió la palabra.

En cambio la pegó con él médico y el cirujano y les habló, no como el soberbio aristócrata, sino como un hombre que siente un grande interés por la vida de otro.

XX.

Cuando el médico vió que un gran señor prepotente y millonario se interesaba tanto por Lamprea, empezó á creer de buena fe que la situacion de Lamprea no era desesperada, y dió algunas esperanzas al marqués que se apresuró á trasmitirlas á Ana.

Sin embargo, acabada la confesion, se avisó á la parroquia y el Viático vino con gran lujo en el coche de gala del marqués, con sus escuderos á los ángulos, armados de largos y ricos bastones de mando, de gran librea, como los seis lacayos que á cada lado llevaban hachas: delante iban una multitud de pobres con hachas y faroles: detrás del Viático el altar portátil, llevado por dos hermanos del Santísimo Sacramento; despues el pálio; por último, gran número de curiosos de la vecindad, á pesar de que la noche era oscurísima, fria y lluviosa.

Lamprea fue administrado.

El marqués manifestó sériamente que no se movería de la casa mientras Lamprea no estuviese fuera de peligro ó no muriese.

CAPITULO III.

Un velo blanco que se rasga descubriendo un horrible fondo negro.

I.

La larga confesion de Lamprea, fue sin embargo, inútil.

Habia revelado todo cuanto podia revelar, sin que su confesor se viese obligado á negarle la absolucion si no restituia.

Ocultó el robo de la iglesia de San Andrés; la existencia del tesoro enterrado en las escavaciones; su última manera de vivir, asociado á una vieja que se creia bruja y maga, y valiéndose de formas impías, absurdas, supersticiosas, de la hechicería, de la magia blanca y de la magia negra, para estafar á gente crédula é ignorante.

La confesion de robo de vasos sagrados era demasiado grave para que se hubiera atrevido á hacerla, y la de prácticas absurdas, anti-religiosas, impías, hubiera irritado contra él al terrible inquisidor que le confesaba.

Además, por nada del mundo Lamprea hubiera confiado á nadie, ni aun á trueque de perder su alma, el secreto de la existencia del tesoro.

Aquella era la fortuna de su hija.

Su hija era la única que debia conocer la existencia de aquella inmensa riqueza.

¿Por qué habia pedido con ansia Lamprea los socorros espirituales, y luego habia hecho una confesion incompleta?

En él no podia suponerse ignorancia, porque era bachiller en teología y en cánones.

¿Lo habia hecho Lamprea, aunque impío, por no alarmar la sincera piedad de Ana? Tampoco.

Lamprea habia pedido de buena fe los postreros auxilios de la religion.

Habia temblado ante el cercano é inexorable juicio de Dios.

Su avaricia habia sido dominada por su terror.

Pero cuando llegó el momento de confesar sus robos sacrílegos y la existencia de una gran masa de dinero robado, se alzaron prepotentes en su corazon su avaricia y su amor á Ana.

No podia resignarse á decir á nadie: hé aquí este plano; hé aqui el lugar donde encontrareis muchos millones.

La Real Hacienda tenia medios seguros para encontrarlos; podia emplear sin temor trabajadores; hacer obras que él no habia podido hacer.

La idea de que aquel oro, buscando el cual habia cegado, habia contraido su parálisis, habia envejecido, fuese á dar en las manos del rey, ó lo que es lo mismo, de la Real Hacienda, era una idea tan espantosa, tan terrible, tan repulsiva para Lamprea, que no podia menos de desecharla.

Además de esto adoraba á Ana y no podia causar su desheredamiento.

Ana era jóven, y poseyendo el secreto del tesoro, podia buscar medios para encontrarle.

Además, Lamprea amababa tanto á su tesoro, como á su biznieta.

Una vez empeñada la confesion, era necesario, ó darla por terminada, dejándola incompleta, ó por temor á Dios dar á otro aquellas riquezas y desheredar á Ana.

Se decidió por lo primero, y la confesion de Lamprea fue por lo mismo horrible.

Una impiedad, un sacrilegio, que por ante la religion venia á ser el mayor pecado de aquel miserable.

A pesar de esto, recibió la Eucaristía.

II.

Se quedó solo, y entonces empezó en Lamprea una lucha formidable.

Temblaba, se arrepentia, se daba por condenado; intentaba volver á llamar al sacerdote y no se atrevía á decir que le llamasen.

Las fuerzas de Lamprea desfallecian.

Aquel malvado se sentia morir y era necesario que su hija lo supiese todo.

III.

Lamprea la llamó.

—Siéntate aquí, á mi lado, muy cerca de mí, la dijo; necesito hacerte una importantísima revelacion.

Ana se sentó temblando; inclinó la cabeza hácia su padre y escuchó.

El marqués entre tanto, estaba sentado en la sala luchando con su soberbia, con su deber y con la atraccion irresistible, que respecto á él partia de Ana.

La posicion de Campo-Nuño, era muy difícil.

Velaba á un moribundo de cuya situacion era la causa, y se aislaba por no rebajarse, sosteniendo una conversacion con el médico y el cirujano

El marqués allí, era una figura fuera de cuadro, una entidad completamente fuera de su posicion.

De buena gana hubiera conversado con Ana; pero Ana se habia aislado tambien, y el marqués no se habia atrevido á romper su aislamiento.

Algunos criados del marqués estaban á su servicio en la parte baja de la casa, y al servicio de Ana.

IV.

—Te has maravillado, dijo Lamprea á su biznieta, en voz tan baja, como si continuara su confesion; te has maravillado, ó mas bien te has aturdido, te has creido presa de un mal sueño, cuando me has visto convertido en un mendigo, cuando has sabido que he sido, atropellado por un gran señor, al ir á pedirle limosna.

—¿Y por qué ha hecho usted eso, padre mio? respondió Ana.

—¿Por quién habia yo de haberlo hecho, sino por tí? por tí, que eres lo único que me queda sobre la tierra, que eres el hermoso depósito en que se ha encerrado todo mi amor á mi mujer, á mi hija, á mi nieta; ¡ah! pero estamos malditos de Dios, Ana; yo creia que no tendria que descorrer nunca ante tí el velo que oculta la deshonra que ha pesado y pesa como una maldicion sobre nosotros.

—¡La deshonra! esclamó con voz casi imperceptible Ana.

—Sí, es necesario ser fuerte por amor tuyo; es necesario salvarte; es necesario evitar que tú tambien te pierdas; que seas tan desventurada como mi Petra, como tu abuela, como tu madre.

Ana no contestó: un terror frio se habia apoderado de ella.

—Sí, sí, es preciso, dijo Lamprea; aun estamos á tiempo; mañana tal vez seria tarde.

Calló Lamprea, y Ana continuó callando, ó mas bien sumida en una especie de anonadamiento.

V.

Pasaron algunos segundos.

Cuando se fué el Viático, dijo al fin Lamprea, y su voz temblaba al pronunciar estas palabras; cuando no quedaron en la casa mas gentes que las que debian quedarse en ella, entró ese hombre, ese poderoso, ese soberbio á quien aborrezco, porque él es la causa de que tú hayas sabido lo que yo ocultaba de tí con un amor tan grande que los hombres no pueden comprenderle; porque él me obliga á revelarte lo que yo queria fuese un secreto para tí. Perdóname si le aborrezco. No, no, no es cierto que yo le aborrezco; yo no puedo aborrecer á lo que tú amas.

—¡Ah, no! esclamó Ana; no, eso no es verdad: yo no amo á ese hombre.

Y parecia que Ana se contestaba á sí misma, mas bien que á su padre.

—Tú tenias una luz en la mano y el gran señor, el poderoso señor queria verme bien; queria ver hasta qué punto me habia hecho daño su caballo: arrojó sobre mi lecho oro, mucho oro; un oro que nos pertenece, sí, porque ese oro es sangre mia, yo amo el oro, porque el oro es la vida, la salud, la felicidad; porque el oro es el Dios de la tierra, y sin embargo, yo no miraba aquel oro, no; te miraba á tí que mirabas al marqués: ¡Oh, y cómo le mirabas, Ana! le mirabas sin pensar en ello; aturdida, fascinada, como mira el pajarillo á la serpiente, como yo miré á mi esposa, á tu bisabuela la primera vez que la ví: estabas pálida como una difunta; respirabas ardorosamente, salia fuego de tu mirada, algo mas ardiente que el fuego de la tierra; algo que se parecia al fuego del infierno, donde todo es dolor y desesperacion; sí, sí, tu mirada era desesperada, dolorosa: tu alma adivinaba la desgracia sin comprenderla, y se retorcia ya en su desventura. Estoy rasgando el velo de tu inocencia,

hija mia; estoy disipando la ardiente tiniebla que llena tu alma: callas y gimes; empiezas á comprender; empiezas á sentir la felicidad del amor, amargada por la hiel de una esperanza que muere apenas concebida: ¡Oh! yo tambien desgarro mi alma al desgarrar la tuya; yo nada te diria; callaria, apuraria mi último dolor si ese hombre no te amara, si te librara de su amor ó de su vicio su soberbia: tú eres cristiana, buena, pura, noble, inteligente; tienes el valor de los mártires, no irias tú á arrastrar tu desesperacion á los pies de ese hombre; serias tan desgraciada como puede serlo una criatura; pero sufririas, cubriéndola con un profundo misterio tu desgracia: pero él te ama: hubo un momento en que te miró, encontró tu mirada, hija mia, y palideció y tembló; tú bajaste confusa los ojos; yo lo ví todo, á pesar de que el marqués continuaba arrojando puñados de oro sobre la cama y prodigándome palabras afectuosas; mas aun, respetuosas, que eran un milagro, un asombro, una cosa increible, saliendo para mí, de la boca de ese señor, cuyas palabras eran tu triunfo: le has cegado, le has enloquecido: te buscará, te perseguirá como perseguiria á su vida si se le escapase: ¡ah! es necesario que mates tu amor ahora que nace: tú no puedes ser esposa de ese hombre... no, imposible, no. Mira; si tú tuvieras un nombre legítimo, si tú fueras hija de una mujer honrada... aun podrias tener una esperanza.

—¡Ah! esclamó Ana de una manera tan agudamente dolorosa, como si de improviso la hubieran despedazado las entrañas.

—Es necesario herir sin vacilar, de una manera segura, dijo Lamprea con la voz trémula, cuando la herida evita otra herida mayor, mas terrible, mortal: oyéme Ana; el marqués luchará, te rodeará de todas las seducciones del amor, se arrastrará llorando á tus pies si no huyes de él... pero no te dirá, «sé mi esposa,» no, porque el marqués no puede levantar hasta sí, no puede hacer madre de sus hijos á la hija de...

—¡Ah! no, silencio, dijo Ana; no se estremezcan en su tumba los huesos de mi madre: huiré en el momento en que me quede sola sobre la tierra, me ocultaré en un claustro; si no puedo ser esposa de Dios, por falta de dote, pediré á las religiosas que por compasion me admitan como criada, para no volver mas al mundo.

—¡Ah! no, no; en el claustro no podrias llegar hasta mi tesoro...

—¡Un tesoro! esclamó de una manera opaca y con una fria estrañeza Ana.

VI.

Lamprea se arrepintió de haber pronunciado la palabra tesoro.

Al llegar al momento de revelar su existencia á Ana, se acordó de que Petrilla habia dejado de amar á su padre en el momento en que su padre la señaló el lugar donde el tesoro estaba enterrado.

Lamprea dudó de ella.

El avaro, por mucho que ame á sus hijos, ama mas su oro: le ama tanto que cree que todos le amarán de la misma manera; que por él serán capaces hasta del parricidio.

Lamprea, desde el momento en que se prolongó demasiado su discurso y conoció que no le fatigaba, concibió esperanzas de vida.

Temió haber cometido una imprudencia y se apresuró á decir.

—¡Tesoro! sí, mi tesoro es mi esperanza de que algun dia seas feliz, porque hayas olvidado: oye, hija mia; estas primeras acometidas de amor, las vence con facilidad, aun que dolorosamente al principio, una mujer honrada: sabes, comprendes que es imposible, de todo punto imposible tu legítima union con el marqués: tienes el alma bastante pura para que te horrorice la idea de ser manceba de nadie, ni del mismo rey: oye; debajo de la papelera, en la sala, debajo de los ladrillos, hay dos mil ducados en oro; el marqués nos ha dejado mucho mas; debes aceptarlo, porque lo repito, ese oro es el precio de la sangre de tu pobre padre: esta casa vale mas de cuatro mil ducados; con todo esto, puedes irte á un pueblo, y déjate guiar por el padre maestro fray José de Salces, á quien yo nombraré tu tutor: él te pondrá en un lugar ignorado del marqués y te comprará hacienda, con la cual podrás vivir honestamente y encontrar un marido humilde, pero laborioso y honrado: júrame, hija mia, que seguirás mis consejos, y que cuando yo muera, los del padre Salces.

—Lo juro, dijo con voz ahogada Ana.

—¡Oh! gracias, hija mia, gracias, dijo Lamprea; véte, déjame reposar.

Ana salió trasformada en el alma y enferma del cuerpo, y se sentó junto á la puerta del dormitorio, en un ángulo opuesto al en que, sentado en una silla estaba el marqués inmóvil, contrariado y contento á la par, empezando á comprender que amaba y era amado.

CAPITULO IV.

Fatalidad.

I.

Pero fue el caso, que no murió Lamprea.

Á él le habia engañado el terror, y al médico y al cirujano su ignorancia.

Todo se redujo á dos grandes heridas y á la fractura de dos costillas, de las cuales habia sanado al mes.

Ana no habia podido huir del marqués.

El marqués se aproximaba mas cada dia á Ana.

Durante cuarenta y ocho horas, hasta que los médicos declararon que Lamprea estaba fuera de peligro, el marqués no se movió de la casa.

Ana, por cortesía, cuando por la primera vez fue necesario servirle vianda, se presentó á servirla como muestra de agredecimiento; porque, en fin, no podia culparse al marqués, por el accidente que habia postrado á Lamprea, y el marqués hacia lo que ningun otro señor hubiera hecho en su caso, y se mostraba por demás bueno y generoso.

Cuando Ana se presentó con una fuente de vianda, el marqués dijo.

—¿Cómo es esto, señora mia? ¿Qué intenta usted hacer? ¡servirme! ¿y con qué razon?... no, y esos bribones de criados no se olvidarán de lo que les suceda por haber permitido esto.

—Perdónelos vuecencia, señor, porque yo he tenido la culpa, dijo Ana.

—El tratamiento me hace daño en su boca de usted, señora, dijo el marqués, y la suplico no me lastime; en cuanto á lo de perdonar á esos bribones, consiento en ello, pero con una condicion; coma usted conmigo.

Ana vaciló, se puso sucesivamente pálida y encendida, y aceptó la invitacion, porque no fuesen despedidos los criados que allí estaban para servir al marqués.

Este apuró la galantería, esa delicada é irresistible galantería del amor, y Ana comió muy poco.

Por la noche fue necesario que acompañase á cenar al marqués, y cenó menos que habia comido.

Despues fue necesario sostener una conversacion de sobremesa; una de esas conversacienes que parece que ninguna relacion tienen con el amor, porque no se ocupan del amor; pero en las cuales el amor aprovecha las intenciones.

Conversaciones que no impiden las miradas; en que el acento, el semblante, todo es amor, y un amor apasionado, declaracion muda y timida que no puede rechazar una mujer, por lo mismo que no es esplícita, y que la conmueven, la halagan, la fascinan, tanto mas, cuanto mas se envuelve en el respeto aquel amor que no habla.

La pobre Ana empezaba á enfermar del corazon.

El amor se apoderaba de ella, tiránico, poderoso, funesto, sin esperanza, mortal.

Y no podia alejarse del hombre que se lo inspiraba: la retenia allí su padre enfermo, no podia arrojarse de allí al marqués, porque hacia una obra de caridad; no podia negársele la palabra, porque esto hubiera sido monstruoso, ni negarse á partir con él la mesa. ¿Con qué pretesto hacerlo?

Ana no podia apelar á la disculpa de una enfemerdad que reteniéndola en su inviolable aposento de doncella, la apartase del marqués.

Tenia el deber, la necesidad de cuidar de su padre.

Solo descansaba durante algunas horas: cuando volvia, el marqués entablaba con ella una conversacion afable, intencionada sin intencion, porque el marqués, que era nuevo en las lides amorosas, no tenia esperiencia.

Pero el amor es siempre sabio, audaz é insinuante.

El sabe decir las grandes cosas; las cosas irresistibles; él hace de un rústico ignorante un gran poeta; él es un Dios.

II.

Cuarenta y ocho horas pasadas en una situacion semejante, son una eternidad para dos seres que al verse se han amado; es decir, que han ejercido una incontrastable influencia el uno sobre el otro.

El amor no es mas que la atraccion recíproca de dos almas: la asimilacion de dos seres en un mismo deseo: su refundicion en un solo ser.

Estas profundas sensaciones pueden ser combatidas si dos seres que al encontrarse se han impresionado profundamente, pasan en distintas direcciones siguiendo cada cual su camino, y no vuelven á encontrarse.

Se combaten, sí, se dominan, ó mas bien, se gastan; pero dejando un dulce y melancólico recuerdo que no perece.

El recuerdo de una felicidad soñada durante un momento; pero si permanecen juntos algunas horas aquellos amantes del acaso; si ambos sienten el amor por primera vez; si el amor habla elocuentemente en la turbacion, en el acento, en la mirada de ambos; si el alma ha producido inevitablemente una espansion mutua, este amor no muere, no puede morir; y si se le sentencia al martirio, crece, se revela, enloquece, rompe todo lo que moralmente se opone á él: y si se ve contrariado por dificultades insuperables, por la separacion ó por la muerte, mata como un veneno.

La vida del que ama es su amor, y su amor dichoso.

Arrojad sobre ese amor la desventura, y habreis producido una catástrofe.

El martirio del amor es el mas cruel de los martirios, para arrostrar el cual es necesario un valor incontrastable.

III.

Ana habia sido herida de muerte por la terrible, por la cruel revelacion de Lamprea.

Todas las suaves, todas las puras aspiraciones de su alma, se habian perdido en una densa sombra de infamia.

Ana habia caido desde su cielo en un infierno.

Al amar Ana, habia encontrado aquel infierno en torno suyo.

Aquel infierno del cual pretendia salir tendiendo sus blancas alas de ángel, y en el cual se sentia precipitar con mas rapidez, con mas violencia, de momento en momento, quemadas por el fuego de aquel infierno sus alas.

La desesperacion es muy mala consejera: una consejera sombría.

—¿Quién soy yo? pensaba Ana, cuando se amparaba por algun tiempo de la soledad de su estancia: ¿quién soy yo? ayer estaba tranquila, vivia, reposaba mi alma: ¿quién la ha tocado? ¿quién la ha trasformado? ¿quién ha producido en ella la tempestad? Mi padre dice que estamos malditos de Dios: ¿y por qué? ¿por qué ha de alcanzar hasta mí la maldicion del Señor? ¿qué he hecho yo? ¿qué delito he cometido? ¿por qué la alegría que sentia al verle, una alegría que llenó mi alma de una luz de los cielos se ha convertido en una sombra horrible, en que todo me aterra? ¿con que es amor lo que yo siento por él? ¡amor! ¿con que el amor es sufrir, temer, desesperarse, morir? ¿por qué mi padre ha quemado el velo de mi inocencia? ¿por qué me ha dicho: tú eres hija de infames; tu madre... ¡ah, tú no tienes nombre ni honra que llevar al hombre que te ame: tú has nacido sentenciada, desheredada, maldita: tú eres una hoja seca lanzada al viento! ¿y por qué me ha dicho mi padre todo esto? Para que no le ame; porque no puedo ser su esposa, ¿y por qué no he de poder amarle? ¿qué importa que sea su esposa ó no? ¿qué es ser esposa? yo no lo sé: ¿por qué me han dicho que yo no tengo padre? ¿por qué he temblado yo cuando mi abuelo ha pronunciado el nombre de mi madre de una manera dolorosa, como si mi madre hubiera sido insultada? ¡Ah! no lo sé. ¿Por qué no se aparta de mi memoria ese hombre? ¿por qué siento como si se apoderase un fuego dulcísimo de mi alma, cuando él me mira, cuando oigo su voz, cuando sonrie tristemente?... ¡ah! yo quisiera ser él y que él fuera yo; que los dos no fuéramos mas que uno: ¡y él siente lo mismo que yo siento! ¡él desea lo mismo que yo deseo! ¿qué hay de malo en esto? ¿por qué mi padre me ha hablado de deshonra? ¿qué es la deshonra? ¿qué mal hago yo á nadie con pensar en él, con tenerle en mi alma? ¿qué misterio es éste que quiero descubrir y no puedo? ¡Oh! es menester que yo lo sepa todo; porque hay en todo esto algo terrible que yo no comprendo, que no puedo comprender, que me vuelve loca. ¡Ah! cuando mi padre esté mejor, yo le preguntaré.

IV.

La fatalidad determinaba una desgracia irreparable para Ana.

Su inocencia, aquella cándida y purísima inocencia era su mayor enemigo.

No conocia la vida.

Era todavia el ángel.

Habia visto á Satanás en su paraiso, le amaba, se sentia arrastrada por él, y no lo conocia.

La prohibicion, la amenaza, una gran desventura si era desobediente, constituian para ella un misterio doloroso.

Dios habia hablado, y Eva se estremecia: reconocia á Dios; pero no comprendia el misterio de la palabra de Dios.

¿Por qué huir de aquel hermoso árbol de la vida? ¿por qué no comer su fruto? ¿qué era aquel fruto desconocido? ¿por qué la muerte y la condenacion en conociéndole?

Ana se encontraba en la misma situacion de lucha horrible en que se encontró Eva.

—Tienes en torno tuyo un abismo en que te precipitarás si no permaneces inmóvil: solo hay una senda estrecha, un puente difícil atravesando el cual puedes únicamente salvarte: ¡sálvate!

Pero Ana tenia una tupida venda sobre los ojos, y no podia permanecer inmóvil, porque el amor es la actitud necesasia é inevitable.

Ana reconocia la autoridad de la palabra que habia pronunciado el precepto: creia en el abismo, mas terrible para ella, cuanto era mas desconocido.

Temia ser tragada por él, y se aterraba marchando fatalmente hácia su borde cercano.

V.

Cuando los médicos declararon que Lamprea estaba fuera de peligro, el marqués dejó la casa, pero dejando mas oro á Lamprea, dos de sus criados á las órdenes de Ana, y prometiendo que volveria, para conocer por sí mismo el estado del enfermo.

Cuando el marqués no estuvo en la casa, Ana encontró la casa horrible, triste, fea.

Habia quedado en ella un vacío que causaba en el corazon de la pobre jóven un dolor insoportable.

Entonces, puede decirse, su amor llegó al culto, á la adoracion.

Entró en la alcoba de su padre, y le preguntó asombrándole.

—¿Por qué si yo amo al marqués caigo en la infamia y en la deshonra? ¿por qué es tan funesto lo que yo siento? ¿por qué estamos malditos de Dios?

—¡Ah! ¿con que tú conservas tu inocencia inmaculada? dijo Lamprea: ¿Con que Juana y María han sido mejores de lo que podia suponerse? ¿con que esta casa ha sido para tí lo que el capullo protector para la mariposa de blancas alas? ¡ah! yo no lo sabia; yo no sabia que para protegerte, cumpliendo con un sagrado deber, me veria obligado á abrir á una luz horrible tus ojos ciegos, ¿y me preguntas por qué estamos malditos de Dios? ¿qué padre se ha encontrado jamás en la situacion en que yo me encuentro? Calla y escúchame: no te digo que me respondas con sinceridad, porque estoy seguro de que no me ocultarás nada: amas como amó tu bisabuela, como amó tu abuela: tu madre no amó nunca: tú eres un milagro: la tórtola naciendo de la serpiente: la rosa brotando del espino: ármate de valor, Ana; del mismo valor de que me he armado yo: voy á abrir ante tus ojos el libro de la vida. Yo soy un anciano, casi una sombra; una voz que va á revelarte la terrible verdad; soy además tres veces tu padre: respóndeme: ¿Quieres á ese hombre mas que á mí; mas que á tí misma; mas que á todo?

—¡Oh, padre mio, qué pregunta tan terrible! esclamó Ana.

—Respóndeme, continuó Lamprea: ¿no es verdad que por él, por no dejar de verle, de oirle, de mirarle, me abandonarias? ¿no es verdad que si te dijesen, elige entre su muerte ó la de tu padre, elegirias la de tu padre? calla y escucha: ¿no es verdad que por él lo sacrificarias todo? Respóndeme ahora; no dudes, no vaciles.

—Si, es verdad dijo Ana con la voz trémula; es verdad, padre mio: ¡todo por él! ¿pero por qué, por qué ha de suceder nada de eso?

—Sí, eso es, dijo como hablando consigo mismo Lamprea: se vieron; ardió la antorcha sagrada; prendió el fuego en el árbol preparado por el estío; la eterna ley inmutable de la absorcion de dos seres en sí mismos; la eterna ley inmutable de la reproduccion universal por el amor, por la semejanza; ¡ah, qué desdicha! y ese hombre está envuelto en las preocupaciones y en las necesidades que la soberbia humana ha creado: ese

hombre, hombre por el corazon, por su rango, por su vanidad, por su soberbia, no es hombre; es una cosa vacía, un monumento viejo, inútil, que para nada sirve mas que para pesar sobre la tierra; para oponer su gran masa carcomida al embate de un viento nuevo que viene de un nuevo Oriente, trayendo entre sus alas de luz el dia: ese viento crecerá en fuerza, se convertirá en huracan, y arrebatará reducido á polvo el viejo monumento que cada dia se carcome mas y mas: ¡ah! llegará un dia en que no habrá mendigos como yo ni grandes como él, ni desventuras como la de mi hija: llegará un dia en que dos que se amen como ellos se aman, no encontrarán obstáculos insuperables que conviertan en una desgracia horrible lo que podia ser una felicidad suprema.

—¡Ah! ¿por qué dice usted eso, padre mio? esclamó Ana, que habia escuchado con espanto las palabras de Lamprea.

—Ana, dijo éste asiendo con su mano descarnada y trémula la ardiente y mórbida mano de la jóven; Ana, las mujeres lo sacrifican todo, hasta su dignidad y su conciencia, al hombre á quien aman; todo menos sus hijos.

—No comprendo á usted padre, dijo Ana.

—Las mujeres son madres siempre; Dios las ha dado el instinto de la maternidad: madres son, aun envueltas por la inocencia; madres son en el claustro; se dicen sin reparar en ello grandes verdades: madres se llama á las purísimas vírgenes esposas del Señor. Ana, hija mia, ¿al llamarme padre, al amarme, no has pensado en que un dia alguien te llamaria madre, y te amaria tambien?

—¡Oh, padre mio! ¡padre, yo tengo miedo, yo no sé, no sé lo que siento! ¡Por el amor de Dios, padre... de una vez... me estoy muriendo...

—Ana, Ana, ese hombre te ha enamorado en la soledad: ¿qué te ha dicho ese hombre?

—Nada.

—¿No te ha dicho que te amaba?

—No.

—¿Nunca una mano suya ha asido tu mano?

—Nunca.

Y Ana se echó á llorar.

Lamprea iba deshojando lentamente la blanca flor de su inocencia.

—¿De qué hablábais, pues? dijo Lamprea.

—De usted. El marqués se desvivia por convencerme de que era de

todo punto inocente del suceso que ha puesto á usted entre la vida y la muerte: me aseguraba que en adelante no tendria usted que mendigar; que por él seria usted rico.

—¡Rico! esclamó Lamprea; ¡rico!

VI.

Ana tembló, sintió frio en el alma.

Lamprea habia pronunciado sus últimas palabras con una alegría repugnante.

Un vértigo de codicia habia acometido al avaro.

Su avaricia, infinitamente mas grande que su amor, le hizo retroceder en el camino de salvacion que habia empezado á recorrer por Ana.

—Sí, dijo; lo tienen todo; porque tienen oro, mucho oro: mas oro que el que hay allá abajo: con oro no hay desventura, no; ¡la ama! ¡oh! la ama, la ama mas que al oro; porque los ricos que han heredado su riqueza, no saben lo que el oro vale: ¡ah! ¡bien haya la hora en que ese hombre me atropelló!

Dijo en voz tan baja estas palabras Lamprea, que no pudo oirlas Ana.

—Y bien, dijo en voz alta: ama al marqués.

Ana no contestó.

Otro misterio venia á aumentar su estado de angustia.

¿Por qué su padre, que se habia opuesto de una manera tan enérgica á sus amores con el marqués, los consentia al saber que el marqués habia prometido hacerle rico?

Ana podia haber sido salvada, si Lamprea hubiera abierto para ella el candente libro de la vida.

Pero Lamprea le cerró precipitadamente al entreabrirle, impulsado por su avaricia, y Ana no se salvó.

Su inocencia, en vez de defenderla, fue su mayor enemigo.

CAPITULO V.

Continúa la fatalidad.

I.

Y sin embargo, luchó la desdichada.

Luchó con todas sus fuerzas.

Nada se la habia esplicado; pero se la habia dicho bastante para que se aterrase, para que viese en los amores del marqués una desgracia desconocida y por lo mismo mas espantosa.

El temor agranda en la imaginacion los peligros vagos, indeterminados.

Ana logró concentrar su amor en su alma; dominar su semblante, su mirada, su acento; pero su amor, al ser concentrado creció.

II.

El marqués no fué al dia siguiente.

Se redujo á enviar un criado á saber de Lamprea y llevar su saludo á Ana.

Esta se entristeció mas y mas: habia esperado ver al marqués.

Al dia siguiente sucedió lo mismo: un recado y nada mas.

Ana se sintió con un fuerte dolor de cabeza y una penosa presion del corazon.

Pasaron asi algunos dias mas.

Era que el marqués luchaba.

Era que comprendia lo difícil de su situacion.

No habia mas desenlace posible que alejarse, que olvidar; posible ante la razon; ante el corazon, imposible de todo punto.

El marqués estaba locamente enamorado de Ana, y su locura tenia su disculpa cumplida en el ser que la causaba.

Ana era hermosa, hermosísima de cuerpo y de alma, con una hermosura escepcional, y además tenia respecto al marqués ese *quid divinum*, ese no sé qué misterioso, inesplicable, que necesita poseer una mujer para ser adorada.

En vano se pretenden romper estos lazos que unen á dos seres por un amor infinito.

Parece que á medida que se hace sufrir una tension mas violenta á estos lazos, acrecen en fuerza hasta adquirir la de una cadena de acero.

Sin embargo, el marqués era hombre de honor, y se dijo.

—Moriré, pero no cometeré una infamia; puede ser que ella muera tambien: no importa, mejor estará muerta que deshonrada: yo no puedo hacerla mi esposa, imposible, de todo punto imposible: es hija de un mendigo, de un hombre bajo, de un miserable; es gitana, no puede dudarse de que lo es al ver sus divinos ojos; ella no lo sabe: he hablado con ella de una manera acre de los gitanos, y ninguna señal he visto en ella de las que me hubiera dejado ver su semblante si ella hubiera sabido que era gitana por su padre ó por su madre, porque indudablemente es mentira: ¿quién sabe cómo emparenta esa canalla pordiosera? la casualidad lo hace todo: el envilecimiento... no, no puede ser mi esposa; no puede tampoco ser mi querida; yo no puedo infamarla, ni para mí mismo, ni aun en medio del mas absoluto misterio; me sentiria infamado con ella: ¿por qué ha de suceder esto? ¿por qué ha de ser esto? su alma es igual á la mia; si no lo fuera, yo no la amaria tanto; su ser es la mitad de mi ser, su parte mas hermosa; yo la siento en mí y me siento en ella; el amor nos ha desposado, nuestras almas se acarician, se besan, se enamoran; no puede haber nada mas confundido, mas reunido en uno que nuestras dos almas. Y entonces, si yo soy con razon noble, ella debia ser noble, ¿por qué no lo es? ¡Oh! si lo fuera, si lo fuera... ¡qué felicidad tan inesperada, tan inmensa!

Habia momentos en que se exacervaba de tal modo la pasion en

el marqués, que envidiaba al primer criado que entraba á servirle.

—Si yo fuera lo que ese, decia, nada se opondria á mi felicidad; sin ella, mi posicion es una cumbre desierta y helada; con ella, el valle; yo seria un árbol lozano y fructífero al cual se enlazaria una hermosa vid: en situaciones como la mia, la nobleza, la grandeza, son una maldicion.

III.

Y á medida que los amantes pasaban dias sin verse, dias que eran siglos, se amaban mas.

El marqués, aterrado, porque empezaban á germinar en su pensamiento ideas monstruosas, se decidió á aumentar la distancia que le separaba de Ana, como si hubiese para el pensamiento distancia, como si al huir no la hubiera llevado consigo dentro de su alma.

Mandó preparar su equipaje, é iba á ir á palacio para pedir al rey licencia para viajar por el estranjero, cuando volvió el criado que habia ido aquel dia como de costumbre, á casa de Lamprea.

—Y bien, ¿cómo está? le preguntó el marqués.

—El enfermo está mucho mejor, dijo el criado, pero la señora...

—¿Qué sucede á la señora? dijo el marqués palideciendo.

—La señora sufrió ayer un accidente, y dicen que delira.

El marqués no preguntó mas: bajó, entró en el carruaje que esperaba, y dijo al lacayo.

—A la plazuela de las Comendadoras, número quince.

Ya en otra ocasion, el coche que le esperaba, como entonces, para llevarle á palacio, le habia llevado casa de Lamprea.

Antes le llevó la caridad y entonces le llevaba el amor.

IV.

El marqués, cuando fué por vez primera á casa de Lamprea, durante el trayecto, se enredó en sus propios raciocinios.

Esta segunda vez se embrolló mucho mas.

—Un accidente, decia; sí, lo comprendo; yo tambien estoy enfermo; delira, y yo estoy loco: si muere... yo no debo permitir que muera, no; yo no puedo envilecerla, no; ¿qué puedo hacer yo por ella, por mí?

Esta pregunta, dadas las respectivas posiciones de los amantes, no

tenia respuesta. Casarse con Ana; disgustar al rey; romper con sus parientes, con sus amigos; dar un escándalo; ser tachado de débil, de imbécil, porque nadie comprende lo que no siente; esponerse á que se supusiese que habia caido en los lazos preparados hábilmente por una bribona; ser objeto de las murmuraciones, de las calumnias de todos; llegar á un momento en que un hijo suyo se avergonzase de su madre; en que no pudiese vestir el hábito de ninguna órden, ni representar una alta dignidad del Estado, á causa de la oscuridad, de la bajeza, de la rama materna; esponerse á que sus hijas no encontrasen, por la misma causa un enlace digno, á rebajarse, envilecerse, desheredar á su descendencia: esto no podia ser; y Ana se moria.

Deshonrar á Ana, embriagarse en el deleite de un amor vergonzoso, manchar aquella alma tan digna y tan pura, tampoco esto podia ser.

El caos rodeaba la cabeza del marqués: el despecho roia su corazon, y el amor, implacable, superior al organismo social, nivelador, terrible, crecia, fascinaba al marqués, le anulaba, le hacia sentir un tormento insoportable.

—Debe de haber mucho de absurdo en nuestra organizacion social, dijo, cuando está en armonía con la naturaleza.

Para comprender los absurdos, no hay nada como ser víctima de ellos.

El marqués era víctima de la absurda ley de raza, y protestaba en su fuero interno contra ella; pero no tenia valor para protestar ante el mundo, ante aquella sociedad compuesta de pobres y ricos, de privilegiados y despojados, de señores y esclavos.

V.

Inútilmente las dos criadas de Lamprea opusieron algunas tímidas observaciones al marqués para impedir entrase en el aposento de Ana.

El marqués atropelló por todo y Juana y María se redujeron á acompañarle.

Ana estaba calenturienta: la intensidad de la fiebre sostenia su delirio; sus magníficas trenzas negras aparecian esparcidas sobre la blanca ropa del lecho; sus ojos ardian; sus labios secos, entreabiertos, temblaban.

—Id, decidle que me muero, decia cuando entró el marqués: ¡que

venga, que venga! yo le amo, yo no sabia lo que era amar; pero mi padre me ha dicho que el amor es la union de dos almas en un solo deseo... ¡ah! eso es... yo no sabia por qué sufria y por qué gozaba á un tiempo mirándole... y era porque no sabia lo que era el amor: mi padre me lo ha dicho... ¡oh! mi padre no miente... sí, sí, yo le amo: yo quiero verle, yo quiero decirle... te amo; yo quiero que él me diga: te amo... ¡oh! ¿quién lo impide?... ¿no veis que me estoy muriendo?...

El marqués enloqueció, cegó, lo olvidó todo; no vió mas que á Ana. Asió su mano derecha que estaba fuera de las ropas, y dijo:

—¡Te tomo por esposa ante Dios!

VI.

Juana se escurrió al oir estas palabras.

María no estaba para autorizar la presencia del marqués en el aposento de Ana.

—¡Señor, señor, qué fortuna! esclamó Juana, entrando en el dormitorio de Lamprea é inclinándose sobre él; el marqués ha entrado en el cuarto de la niña.

—Sí, sí, dijo Lamprea con acento opaco; he oido parar su carruaje; he supuesto que iria á verla, ya sabia yo lo que hacia cuando te mandé dijeses al criado del marqués que venia á informarse de mi salud, que Ana estaba enferma, que habia sufrido un peligroso accidente, que deliraba: y mira, ¿está ahí? y ha escuchado á la niña que decia en su delirio que le amaba, y ha cogido su mano derecha y ha dicho «te juro ante Dios hacerte mi esposa.» Sí, sí, eso es; véte: óyelo todo; la otra es una sándia, una rústica: no pierdas una palabra, quiero saberlo todo.

Juana salió precipitadamente.

VII.

Una sonrisa repugnante, acre, en que habia tanto de alegría y de dolor como de bajeza, como de sórdida avaricia, contrajo la boca de Lamprea.

—Casarse, casarse un grande de España con la nieta sin padre, de un mendigo; con la hija de una prostituta, ¡ah! en un momento de locura, en uno de esos momentos en que la pasion se sobrepone á todo, se

dicen de buena fe tales cosas, pero luego no se hacen... no; y bien, yo no esperaba tanto; el marqués es mio: soy millonario; me pasearé en coche antes de morir; anegaré, hundiré mis manos en oro; viviré algun tiempo, algunos dias, algunas horas; no importa, habré vivido, habré convertido el hueso de mi hueso y la carne de mi carne en oro, en perlas, en diamantes: ¿por qué no ha de ser ella feliz? ¿qué les importa á las mujeres nada, si tienen al hombre á quien aman? y luego, ¿no cayó Petra? ¿no cayó Esperanza? ¿no cayó Inés? ¿puedo yo evitar que caiga Ana? ¿Qué puedo yo hacer? ¡Oh! lo que yo puedo hacer es aprovechar los resultados inevitables de la locura; sí, sí, el destino es incontrastable; el destino ó el enojo de Dios: ¿acaso no es Ana mi tercera generacion? bien, sí; el marqués es mio, y esto es lo que importa.

VIII.

El marqués vivió otros tres dias casa de Lamprea, sin salir de ella, hasta que Ana pudo dejar el lecho.

Entonces el marqués dejó la casa; pero fué todos los dias, desde el anochecer hasta las diez de la noche.

Veia á Ana al lado de su padre.

Cada dia el marqués llevaba una rica joya.

La primera se negó Ana á aceptarla, y el marqués la guardó contrariado:

—¿Ves? la dijo su padre cuando el marqués se fué; le has herido en el alma; eso no es justo: te ama, le amas...

—Yo no se lo he dicho, contestó Ana.

—Se lo has dicho sin saberlo, de la manera mas dulce que podias decírselo, delirando: el marqués ha prometido á Dios hacerte su esposa.

—No, dijo Ana, yo no quiero ser esposa del marqués, yo no quiero aceptar ese terrible sacrificio, no; yo no quiero que mis hijos me acusen de debilidad.

Habia pronunciado de tal manera Ana, la palabra hijos, que se comprendía que Lamprea habia rasgado al fin, por completo, el velo de su inocencia.

Lamprea habia comprendido que cuanto mas terrible fuese la lucha que se agitase en el alma de Ana, mas seguro sería el triunfo del amor

del marqués, y mayor la influencia que, como bisabuelo de Ana, ejercería sobre el amante de su biznieta.

El avaro habia reemplazado al padre.

El hombre que habia vendido su conciencia; el hombre que habia tolerado el envilecimiento de su esposa, de su hija y de su nieta, debia ser al fin el verdugo de su biznieta.

IX.

Pero Ana era noble, pura y valiente.

Reconcentró, como hemos dicho, su amor y se propuso salvar al marqués de aquel amor que solo podia producir desgracias.

Aceptó para sí sola el sacrificio, y no sabia cuánto el marqués la amaba.

—Perdóneme usted, le dijo, si no he aceptado ayer la alhaja que me ofrecia, pero veo que esto le entristece á usted, y la acepto para que desaparezca su tristeza.

Desde aquel dia Ana recibió todo lo que la regaló el marqués; pero aquellas alhajas quemaban sus manos al tomarlas y se encendia de rubor su semblante.

No era ya la niña inocente; era la mujer que recelaba, con esa terrible suspicacia del amor.

—¿Por qué me hace tan ricos y tan frecuentes regalos? decia, ¿por qué da á mi padre oro y mas oro? ¿por qué se arruina? solo un rey podria hacer sin arruinarse, tan costosos regalos, dádivas tan cuantiosas: ¿es acaso por indemnizar á mi padre del daño que le causó al atropellarle? pero esto es demasiado; para unos pobres como nosotros hubiera bastado con asegurarnos una subsistencia cómoda: ¿será que el marqués, engañado por mi apariencia fria, á pesar de lo que me ha oido decir enamorada de él, durante mi delirio, pretende deslumbrarme?...

Este pensamiento amargaba el alma de Ana.

X.

En efecto, Ana que se habia propuesto quitar toda esperanza al marqués, probando apurarle de este modo, le dejaba ver una seriedad fria.

Habia cerrado con nieve el cráter del volcan.

El marqués sufria, pero no dudaba. Comprendia á Ana y se enamoraba mas y mas.

Un dia, desesperado ya, dijo á Lamprea.

—Pido á usted la mano de su hija.

—No: dijo secamente Ana; no, porque yo no quiero, y esa peticion es completamente inútil.

Lamprea guardó silencio y se sonrió dentro de su alma.

—El asunto, dijo para sí, no puede ir mejor; ahora se pondrá él malo, se asustará ella y habremos llegado al punto inevitable.

—Esperaba esa contestacion, respondió dolorosamente el marqués, y traia preparado un documento en forma: una promesa de matrimonio, por ante escribano, formal, solemne, obligatoria.

Y el marqués sacó de una cartera de raso bordada de oro, un papel doblado que puso sobre la cama de Lamprea.

—¿Y para qué eso? dijo Ana; por mas que yo sea hija de un mendigo, soy demasiado orgullosa para contraer un matrimonio desigual.

—El amor nivela todas las condiciones, contestó el marqués.

—Pero como todo el mundo no estará enamorado de mí, contestó Ana creciendo en secatura, no se comprenderá que yo me he casado por amor, sino que me he vendido: yo no me vendo, caballero.

—Basta con que yo sepa que usted me ama como yo la amo, dijo el marqués.

—¡Yo! ¡que amo yo á usted! dijo con una estrañeza admirablemente fingida Ana; usted se equivoca, señor marqués; yo siento por usted un vivísimo agradecimiento, pero amor no.

—Usted ha estado enferma.

—Habia sufrido mucho, mucho...

—Usted me ha dicho en su delirio, en el delirio de la fiebre, que me amaba.

—¡Ah! ¿he dicho yo, delirando, que amaba á un hombre?

—Sí.

—¿Y he pronunciado yo en mi delirio, el nombre de usted?

—No; dijo con inquietud el marqués.

—¡Ah! sí, precisamente; yo llamaba en mi delirio á un hombre, y es muy posible, usted lo dice y lo creo; pero ese hombre es otro.

—¡Otro!

—Sí, otro: ¿qué mujer, antes de cumplir sus diez y ocho no ha amado?

XI.

El marqués se levantó.

Permaneció un momento inmóvil y luego salió desesperado, violento, terrible.

—¡Ah, Dios mio, Dios mio! esclamó Ana: ¿qué mas puedo hacer yo?

Y se arrojó de rostro sobre el lecho de Lamprea.

En aquel momento se oyó rodar el carruaje del marqués.

Ana dió un grito y rompió á llorar.

Lamprea, que habia sentido poner al marqués el documento de que habia hablado, sobre la cama, sacó el brazo, palpó, encontró el documento y le guardó bajo la almohada.

—¡Ah! esclamó de una manera ininteligible, para en su dia, para cuando tengan un hijo.

Y luego añadió en voz alta.

—El marqués se va á morir.

—Y bien, que muera; moriremos los dos, dijo Ana entre sus lágrimas; es preferible la muerte á que se deshonre él ó á que me deshonre yo.

Y se levantó; besó como de costumbre á Lamprea en la frente, regándole el rostro con sus lágrimas y se fué á su aposento.

—Bien, bien, bien; dijo Lamprea.

CAPITULO VI.

Un casamiento ante Dios.

I.

Pasaron quince dias y Ana no sufrió un nuevo accidente, no deliró durante la fiebre; pero enflaqueció, empalideció y apareció en sus ojos una lucidez siniestra.

Lamprea, aunque no podia ver esto, sentia, conocia la desolacion de ánimo en su acento, en su palabra triste, en sus profundos suspiros.

Desde que se restableció Lamprea, habian dejado de servirle los criados del marqués.

Ningun recado, ninguna noticia del marqués se recibia.

Aquello habia pasado como una tempestad, como un huracan, como una tumba.

Los únicos vestigios que habian quedado era una respetable cantidad en oro y joyas que aseguraban una existencia cómoda y aun lujosa á Lamprea y á Ana; la inocencia destruida de ésta y su corazon muerto, y la escritura de promesa de matrimonio á Ana del marqués.

II.

Lamprea no hablaba del marqués á Ana.

Ana se arrepentia de su dureza con el marqués, y otras veces se decia desesperada:

—Sí, sí, he hecho bien; no me ama, no me ha amado: estos grandes señores no son capaces de amar: ha pedido mi mano: ¡un lazo infame! si me hubiera amado hasta el punto de querer casarse conmigo, de sacrificármelo todo, hubiera comprendido que yo le engañaba, que yo no amaba á otro, que no podia amarle: el amor no se engaña, no; ha huido de mí al creer que yo amaba á un hombre, porque su vanidad se ha ofendido, sí: si esos grandes señores en vez de corazon tienen aire corrompido: ¡ah! no ha sido á mi padre á quien ha atropellado; la atropellada he sido yo: sin él yo no conoceria la infamia de mi familia, el vergonzoso misterio de mi orígen, no me habria quedado sola en el mundo, sola y desesperada; porque mi padre no es mi padre; me ama, pero ama mas al oro; el oro... ¡maldito sea! sin el oro no habria nobles soberbios, nobles infames: ¿qué mal le he hecho yo para que asi me haya destrozado el alma, para que así me haya abandonado? era yo tan feliz con solo oirle, con creer que me amaba... no, no necesitaba mas, no; ¿por qué, por qué ha necesitado él una union completa? ¿no bastaba con que nuestras almas estuviesen unidas?... no me ama, no; lo que ha sentido ha sido sed, una sed rabiosa de mi hermosura; gracias á él, mi padre ha acabado de educarme; sé que existe esa sed vergonzosa; sé ya lo que es la vida: ¡ah! sí, ya lo comprendo todo: pues bien, mejor si se ha ido; mejor, que no vuelva, mejor; que se case, que ame á otra, yo me casaré tambien, sí, pronto, muy pronto: mi padre se queda bien acompañado quedándose con su oro; me casaré, sí, me casaré con Dios.

III.

En el dia, y en el momento en que Ana que queria poner entre ella y el mundo, que tan mal la habia tratado, los silenciosos muros del claustro, paró un carruaje á la puerta de la casa y poco despues retumbaron dos fuertes golpes en ella.

Hacia mucho tiempo que nadie llamaba á aquella puerta.

Ana se estremeció, como todo el que espera con ánsia, cuando cree que lo que espera llega.

Juana, que habia bajado á abrir, volvió con una carta en la mano y dijo:

—Uno de los criados del marqués que han estado en casa, trae esta carta para usted.

Ana tomó, temblando la carta.

En su sobre se leia:—«A la señora doña Aña.»

No habia mas: ningun apellido seguia á aquel nombre, al que se habia antepuesto un tratamiento respetuoso.

En el lacre venia un sello de armas de grande de España.

Ana rompió el sobre, desdobló la carta y leyó:

«Señora: Mi amo el escelentísimo señor marqués de Campo-Nuño, se muere. Los médicos dan muy pocas esperanzas de vida. Su escelencia me ha llamado y me ha dicho que necesita, para no morir desesperado, ver á usted. Por el amor de Dios, señora; venga á esta casa, cubierta de luto: usted tál vez traiga la salud, la vida de mi amo.

»Besa á V. los pies, señora, el mayordomo de S. E.—Julian Perea.»

Ana dió un grito de alegría, y esclamó sin reparar en que Juana estaba delante.

—¡Ah! ¡me ama, me ama! ¡muere por mí! ¡no morirá, no! ¡no moriré yo tampoco¡ ¿qué importa?

Y al pronunciar aquel «importa» lució en los ojos de Ana el fuego de una mirada valiente, audaz, decidida: la manifestacion de su alma que lo arrostraba todo, y que lo arrostraba con alegría.

Entró en el cuarto de su padre, que estaba sentado en un sillon, al sol, delante de un balcon, y le leyó la carta.

—¡Ah! ya lo sabia yo, dijo Lamprea: cásate y vayan al diablo miramientos y temores, ¿qué te se da á tí? por mucho que murmuren, siempre serás la escelentísima señora marquesa de Campo-Nuño; al que es muy rico, todo el mundo le respeta, cuando tus hijos sean grandes ya me habré yo muerto, y no quedará de mí ni aun la memoria del sopista Lamprea.

—Sí, me casaré; dijo Ana, pero el marqués se muere, padre.

—Sí, hija, vé, que te acompañe Juana.

Ana se vistió lo mas bellamente que pudo y lo mas pronto posible; bajó y entró en el carruaje con Juana.

Media hora despues, guiada por un anciano criado, por Julian Perea, entraba en el suntuoso dormitorio del marqués.

Entró sola.

Habia mandado á Juana esperase en una antecámara.

Julian salió del dormitorio en el momento en que la anunció.

IV.

Era la primera vez que se ofrecia tanto lujo á la vista de Ana, que no le vió.

Solo vió incorporado en un lecho, sosteniéndose con trabajo sobre los brazos y mirándola ansioso, desencajado, al marqués.

—Héme aquí, dijo Ana acercándose al lecho.

El marqués sonrió como si se le hubiese aparecido una vision de los cielos; se dejó caer sobre las almohadas y esclamó:

—Ya puedo morir: te he visto.

—¡Morir tú! esclamó Ana: ¡morir tú! ¿y yo? ¿yo no moriria tambien? yo no quiero morir: vive, yo te amo.

Aquel tuteo era fatal, necesario, dada la situacion.

El amor se hubiera tapado las infantiles orejas si Ana y el marqués se hubieran tratado de *usted*.

—Llama, llama á mi mayordomo, Ana: tira del cordon de esa campanilla, ahí á la cabecera de la cama, ¿no oyes? llama; dicen que me muero y es necesario que seas mi esposa antes de que yo muera: ¿no oyes? quiero que venga mi capellan, que nos case *in articulo mortis.*

—No, dijo dulcemente Ana: yo soy tu esposa.

Y se arrodilló delante del lecho; cogió una mano del marqués, la besó y la inundó de lágrimas.

—¿Qué importa? dijo, aquí, á tu lado, hasta que te salves: te salvarás, yo soy tu vida, yo te la traigo; vivirás, sí, vivirás: ¿qué sería de mí si tú murieses? ¡ah! no, no, todo por ti, ¿morir tú? ¿sacrificar tu nada? no; yo quiero que sepas que por mucho que tú me ames, te amo yo mas; mas, mucho mas, infinitamente mas que lo que tú me amas: ¡ah! déjame que te lo repita: he callado tanto, que necesito decirte que te amo y volvértelo á decir y repetírtelo cien veces, mil, un millon de veces: ¡ah! inocente: creias que yo no te amaba, porque me veias séria y grave; mentia; era que el ángel de mi guarda combatia con mi amor; era que tenia miedo de que tú no me amases bastante; era... ¡oh! verdaderamente, yo no sé lo que era; yo sufria, sufria; y si no he muerto, era porque esperaba: ¡ah! ¿morir tú? ¿creíste que yo amaba á otro hombre? yo te amo desde el momento en que ví tus ojos; te amé de una vez: ahora no te amo mas que entonces; ¡si no se puede amar mas que lo

que te amé cuando te ví! ¡si yo no tenia toda mi alma hasta que tuve la tuya! ¡ah! no, no morirás, estoy segura de ello; no morirás, y seremos muy felices, mucho: ¡ah! nos va á matar la felicidad...

V.

El marqués se habia incorporado desde las primeras palabras de Ana y la miraba con arrobamiento, con éxtasis.

—¡Esposa mia! esclamó interrumpiendo á Ana, que á no ser interrumpida, sabe Dios cuando hubiera acabado.

—Sí, sí, esposa del corazon, del alma, tuya; ¡morir él, Dios mio! ¡morir! perdóname, Señor, perdóname si por él me olvido de todo: perdóname Dios mio, porque yo estoy loca.

VI.

Los médicos se asombraron aquella tarde cuando visitaron al marqués.

—Ha sobrevenido una reaccion inesperada, dijo el uno de ellos al otro; un fenómeno; la madre naturaleza nos está humillando siempre, compañero: ¿á qué atribuir esto? y no tiene fiebre, no; no hay mas que una gran debilidad, pero esto se combate fácilmente: ¿qué cree usted de esto?

—Que por ahora el marqués no se muere, dijo el otro Galeno.

—Pero la causa, la causa de esta reaccion.

—La desconozco.

En efecto, ninguno de los dos médicos habia visto á Ana.

No habian comprendido tampoco que la fiebre nerviosa que habia puesto en peligro la vida del marqués, era el resultado de una profunda pasion de ánimo.

VII.

Una noche, solos el marqués y Ana, que no habia vuelto á su casa, y cuya presencia en casa del marqués solo conocian Juana que la acompañaba, el marqués á quien habia llevado la vida y el anciano mayordomo, el marqués dijo á Ana.

—Es necesario, de todo punto necesario, nuestro enlace: me has

salvado; no puedes permanecer aquí; yo no puedo, yo no debo frecuentar tu casa; eso lastimaria tu honra.

—¿Y qué honra tengo yo que guardar? dijo dolorosamente Ana: ¿qué honra tiene una hija sin padre, una nieta de un mendigo espósito descendiente de gitanos por la línea materna? no puedo estar mas abajo: un pobre, un trabajador, rehusaria casarse conmigo: yo me veria, si no te amase, reducida, ó á permanecer sola toda mi vida, ó á casarme con algun igual mio, con algun rico pordiosero: no, no, yo no tengo honra que guardar, yo estoy infamada.

—Es una crueldad hablarme de ese modo, dijo el marqués: yo cierro los ojos á todo eso: no quiero verlo; solo te veo á tí, á tí que eres un ángel caido en la baja clase á que pertenece tu abuelo: yo quiero levantarte; yo quiero hacer de tí un ángel glorioso: yo no puedo vivir sin tí: nadie te conoce, estás educada como una dama, eres de hecho una dama; te se pueden atribuir buenos padres, y con dinero se hace todo: yo daré mi fortuna entera porque te reconozcan como hija personas de tal clase, que nadie se escandalice de nuestro casamiento.

Yo no me degradaré ante mis propios ojos por una falsificacion semejante: además, estas cosas no pueden hacerse tan bien, yo lo supongo, que no quede algun cabo suelto, por el que pronto ó tarde se descubra la verdad: yo no quiero que caiga vergüenza alguna sobre tí: no quiero que tu nombre se adultere, no: cuando supe que morias, y que morias por mí, arrostré mi destino, me resigné á él; debia salvarte, y además, salvándote me salvaba: te lo he dicho un millon de veces, y te lo repito: si tú hubieras muerto, Gaspar, yo no te hubiera sobrevivido: he aceptado para mí sola todo el sacrificio, toda la vergüenza, todo el dolor, todo el martirio de nuestros amores. ¡Casarnos! ¡esposa yo, la hija del sopista Lamprea, del miserable, del mendigo, con el noble marqués de Campo-Nuño! ¿qué herencia puedo yo dar á nuestros hijos? infamia: no unamos la infamia á la grandeza; no preparemos un dia en que nuestros hijos pudieran decirnos: ¿por qué os habeis casado? ¿por qué habeis roto por todo? ¿por qué nos habeis dado la vergüenza de una debilidad vuestra haciéndola recaer sobre nosotros? Dios perdona, Gaspar; pero el mundo no perdona nunca: ¿qué mas quieres? me amas y te amo: me doblego á mi suerte, no lucho; necesito ser feliz, y lo soy, de la horrible manera que puedo serlo.

—¡Ah! ¡pero eso es demasiado! dijo el marqués; yo no puedo per-

mitir eso: aun queda un medio: nuestro casamiento puede ser secreto.

—Que lo sea tanto que no le conozca mas que Dios.

—¡Ana! esclamó el marqués delirante de alegría: ¿me amas hasta ese punto?

—Hasta perder mi alma por la tuya, respondió Ana.

—Será lo que yo quiero que sea: será, porque debe ser; no insisto hoy; pero insistiré mañana; y cederás, yo te lo juro, cederás, porque tú puedes sacrificármelo todo; pero no puedes sacrificarme la felicidad y el nombre de tus hijos.

VIII.

Ana se volvió aquella noche á casa de su padre.

Este no se habia inquietado por su ausencia: sabia que estaba casa del marqués.

A la noche siguiente, á las doce, un hombre entró en el aposento de Ana por el balcon, y salió antes del amanecer: y asi sucedió todas las noches, durante mucho tiempo.

—Padre, dijo un dia Ana á Lamprea: soy madre.

El semblante de Ana estaba espantosamente pálido, y las lágrimas asomaban á sus ojos.

—¿Reconocerá el marqués á lo que nazca? dijo Lamprea.

—Hemos convenido en ello, respondió Ana.

—¿Y le señalará una pension correspondiente al rango de su padre? preguntó con afan Lamprea.

—Sí.

—¿Y te señalará á tí otra?

—Yo no quiero nada.

—Pero si se empeña el marqués...

—Si se empeña sucumbiré.

—Bueno, dijo Lamprea; no te quejes; eres afortunada: tu buen padre, á quien ya no amas, te prepara una hermosa sorpresa.

CAPITULO VII.

El despertar de un sueño.

I.

El 19 de enero de 1774, Ana dió á luz un niño, á las doce en punto de la noche.

A aquel niño se le puso por nombre Estéban de Fonseca y Otero, único apellido que por su bisabuela Petrilla tenia Ana.

En la partida de bautismo constaba que Estéban era hijo natural del marqués de Campo-Nuño.

Además de esto, el marqués reconoció solemnemente por hijo suyo natural á Estéban, y le asignó una renta anual de cinco mil duros, reservándose mejorarle en lo sucesivo.

Estéban habia nacido demasiado robusto, desproporcionado, aunque hermoso: cuando nació parecia una bola: era casi, casi tan ancho como largo.

El marqués estaba loco de alegría, y con una tenaz insistencia pugnaba porque Ana consintiese en ser su esposa.

La pobre jóven se mantuvo inflexible.

II.

Un dia, tres meses despues del nacimiento de Estéban, el apoderado del marqués se presentó á él indignado, y le mostró un documento judicial.

—Vuecencia está demandado, dijo, pudiendo hablar apenas, por un bribon, por un infame, por un canalla, por un mendigo lisiado, paralítico.

—¡Ah! ¡por Lamprea! dijo el marqués penosamente asombrado.

—No, por Marcos Cazurro, señor marqués.

—Tanto da Marcos Cazurro como Lamprea: ¿y qué quiere ese? ¿dinero? que se lo den.

—¡Dinero, dinero! si no fuera mas que dinero... lo que ese bandido, lo que ese loco quiere, es que vuecencia se case con una hija suya.

Un rayo que hubiera caido á los pies del marqués, no hubiera causado en él un efecto tan formidable como el que le causó aquella noticia. De improviso, Ana se habia transformado para él: de ángel se habia convertido en un ser despreciable.

—He sido un insensato, murmuró el marqués; me deslumbré, cegué, me han engañado; pero ella no ha querido ser mi esposa: ¡oh! ficcion tal vez; tal vez me creyó tan falso como ella; tal vez creyó que yo pretendia probarla; y ahora, ahora, cuando se ha obtenido por mi ceguedad que reconozca á mi hijo, ahora, prevaliéndose de esto, usando de esto, se rasga sin pudor el velo; pretenden darme el golpe de gracia.

—No, no es lo que vuecencia supone todo lo negro que el asunto es en si: me he informado, y sé que se ha presentado por ese Cazurro una promesa de casamiento hecha por vuecencia á la hija de ese mendigo, por ante escribano, en forma, y obligatoria como escritura pública: supongo que ese documento será falso; pero es necesario probarlo.

—No, no es falso, dijo el marqués: ese documento es legítimo.

—Pues entonces... pleito, dijo con energía el apoderado, que no podia ni aun suponer, que todas las obligaciones, todos los escribanos y todas las leyes del mundo obligasen al marqués de Campo-Nuño á casarse con la hija de un mendigo.

III.

El pleito, ruidoso, escandaloso desde su principio, dando lugar á las murmuraciones de la córte y escandalizando al rey, se entabló por ante la chancillería de Valladolid.

Ana esperó una noche, en vano, al marqués, y se inquietó, porque supuso estaria enfermo.

Inútil nos parece decir, que Ana ignoraba el paso trascendental, decisivo, que habia dado su padre, valiéndose del documento que en un

instante de delirio habia dejado olvidado el marqués sobre el lecho de Lamprea, que éste habia recogido y guardado.

El marqués se habia olvidado de aquel documento.

Ana, ni aun le conocia.

IV.

La noche siguiente faltó tambien el marqués.

Ana empezó á aterrarse, y al otro dia envió á Juana por noticias á casa del marqués.

Juana volvió con un mensaje incomprensible para Ana.

El mayordomo del marqués habia respondido á la pregunta de Juana.

—El señor está bueno, aunque irritado, por la felonía que se le ha hecho: el marqués prohibe absolutamente á esa señora, vuelva á ocuparse para nada, ni con ningun pretesto, de él.

—¡Ah! no, eso no puede ser, dijo Ana poniéndose tan pálida como una difunta: acompáñame, Juana.

Y se fué con ella á casa del marqués.

El mayordomo la recibió, entró á ver al marqués, y á poco salió y dijo á Ana respetuosamente estas terribles palabras:

—Mi amo se niega á recibir á usted: y siento mucho decírselo; pero me manda declararla, que todo lo que existia entre usted y el señor marqués, está definitiva é irrevocablemente roto.

Ana se desmayó.

Su desmayo no hizo que el marqués acudiese, por mas que le avisaron de él.

El único resultado que produjo fue el que la llevasen en un coche del marqués, con Juana, á su casa.

La desdichada estuvo gravemente enferma, y se salvó casi por milagro.

En vano, Juana, llorosa, habia ido una y otra vez á casa del marqués.

Este no estaba en Madrid.

Desesperado, habia pedido una real licencia para viajar por el estranjero: habia partido, y su mayordomo se negaba á escribirle temiendo disgustarle.

Siempre la fatalidad.

Si el marqués hubiera estado en Madrid, si se le hubiera escrito, al

saber la situacion en que se encontraba Ana, hubiera vuelto, hubiera recibido una esplicacion clara, indudable, y el pleito hubiera acabado, empezado apenas, por una transaccion, esto es, por un casamiento.

Porque si Ana lo habia sacrificado todo al marqués, el marqués, una vez convencido de la lealtad de Ana, lo hubiera sacrificado todo por ella.

El despecho, la desesperacion, habian alejado de Madrid al marqués, que envuelto por un error, se veia obligado á despreciar á Ana; pero amándola á pesar de su desprecio, con mayor intensidad que antes.

Y es, que nada puede matar el amor mas que la muerte; es que crece por la ingratitud ó por la traicion del ser amado.

El amor es la abnegacion de la voluntad; y cuando se pone en lucha con la razon, con la dignidad, no muere, no; se convierte en un martirio.

Mas que en un martirio, porque todo martirio espera una gloria: en la desesperacion de un condenado.

V.

Ana convaleció, se restableció; pero sus negros cabellos dejaban ver canas: su color permanente era pálido, casi lívido, como el de un espectro: sus grandes y hermosos ojos negros, habian perdido su encanto bajo una tristeza fria, desesperada: estaba flaca; habia envejecido veinte años.

La nodriza que durante su enfermedad habia lactado á Estéban, hubo de continuar lactándole.

Ana no podia criarle como hubiera querido.

VI.

Se apoderó un desprecio frio del corazon de Ana, respecto al marqués.

Se sintió burlada, humillada, sacrificada, y su amor se convirtió en aborrecimiento.

Unico cambio que puede efectuarse en el amor de las almas enérgicas.

Su terrible sangre de gitana se sublevó en ella, y aborreció al marqués tanto como le habia amado, es decir, le aborreció hasta el delirio.

No podia esplicarse, sino como una infamia, la conducta del marqués.

Su padre nada la habia dicho; nada le habian dicho necesariamente los curiales, porque la enfermedad de Ana habia impedido se la tomase declaracion.

VII.

Un dia, un escribano la esplicó el misterio de la conducta del marqués haciéndola conocer el pleito.

Ana lo comprendió todo, y ratificó por su parte la demanda de su padre hecha en su nombre.

—¡Ah! ¡sí! dijo cuando se quedó sola; si yo hubiera hecho lo que el marqués ha creido que he hecho, tendria razon para despreciarme; pero no ha debido creerlo, no: le he dado todas las pruebas de adoracion, de sacrificio, de locura, que pueden pedirse á una mujer y á una cristiana: por él lo he perdido todo, todo porque no muriese, ¡porque no muriese! ¡oh! aquello fue mentira, me engañé, me engañó la buena fe de mi corazon: ¡no, no! el hombre que adolece de muerte por el amor de una mujer, no cree infamias de ella, no puede creerlas: ¿por qué no vino; por qué no me habló? ¡ah, no! no me amaba: era que le embriagaba mi hermosura, eran sus sentidos, no su alma los que le unian á mí: ¡ah! ¡lo vergonzoso, lo impuro! y yo, yo he sido el juguete miserable de un hombre que cree sin duda que todo se cura con oro! Queria casarse conmigo: ¡mentira, mentira! era que ponia á prueba mi amor: si yo hubiera aceptado, hubiera prolongado el cumplimiento de su promesa: hubiera encontrado un pretesto, bueno ó malo para romper: ¡ah, no! no me amaba: ha reconocido á mi hijo: y bien, ¿qué importa? un gran señor puede tener hijos naturales de cualquier mujer; todo se reduce á una pension: esto es lujo; ¡pero casarse! ¡ah! ¡casarse! despacio, despacio, pobre loca, que te has creido amada, que lo has sacrificado todo á tu amor; casarse es otra cosa: ¡pleito! pues bien, sí, pleito, y si hay justicia en la tierra, te obligarán á cumplir una promesa solemne que yo no te pedí; cuya existencia he ignorado hasta hoy.

Ana no sabia que la justicia bajó un momento á la tierra, vió á los hombres, se volvió al cielo, y no ha vuelto á bajar.

VIII.

Un momento despues de este monólogo que Ana habia pronunciado á la salida del escribano, buscó á Lamprea y le dijo:

—Mató usted á su mujer, á su hija, á su nieta, y me ha matado tambien á mí.

Lamprea se encogió de hombros.

—¡Ah! el amor, el amor, ¿qué importa el amor? oro y nobleza; esto, esto es lo que hoy vale: mañana será otra cosa; por ahora, atengámonos á lo que conviene: ¡que te he matado! no; te he hecho marquesa de Campo-Nuño.

CAPITULO VIII.

El privilegio suplantando á la justicia.

I.

El pleito hubiera durado un siglo si los dos litigantes hubieran pertenecido á una misma clase; es decir, si ambos hubiesen sido grandes de España é igualmente ricos.

El marqués se hubiera visto obligado á no casarse hasta la conclusion del pleito; es decir, hasta que se hubiera muerto, ó vice-versa, hasta que hubiera muerto la mujer que pleiteaba por su mano.

Pero la diferencia gerárgica entre el marqués y Ana, era tal como un abismo.

Ana, además, aunque poseia algunos cientos de miles de reales, debidos al amor del marqués, era inmensamente pobre, en relacion con él.

Lamprea murió horriblemente ulcerado, blasfemando, delirando con su tesoro, ocultándolo hasta de Ana, sin otro pensamiento que el de que le diesen su chaqueta que le habian quitado para meterle en la cama, á causa de un accidente.

Ana no le dió la chaqueta.

Lamprea murió en pocas horas, delirando mientras pudo hablar, con el tesoro.

Ana no lloró: perdonó á aquel malvado viejo; le costeó un entierro

decente, y se quedó sola en la casa, con su hijo Estéban, que ya tenia dos años, y con Juana únicamente para que la sirviese.

II.

Examinó la chaqueta de su padre.

Creia encontrar algunos gruesos brillantes que representasen el tesoro con que su padre habia muerto delirando, y solo encontró unos papeles.

Aquellos papeles eran, una instruccion estensa, manuscrita; los planos de las escavaciones, en las que se marcaba la entrada y el lugar donde debia estar enterrado el tesoro.

En las instrucciones se decia que aquel tesoro debia ascender al valor de veinte millones de reales.

Ana guardó cuidadosamente aquellos papeles.

—¡Para mi hijo! esclamó.

Y continuó pleiteando á todo su poder contra el marqués.

III.

Se dejaba ver en público ya en carroza que alquilaba, ya en rica silla de manos, segun el tiempo, enlutada y con su hijo enlutado, sobre las rodillas: iba al Prado de San Gerónimo, á Atocha; pasaba por delante de San Felipe el Real; iba á todos los lugares á donde acudia gente, y todos la conocian; todos decian:

—Hé ahí á la que pleitea para hacer su marido á su enemigo: el diablo que entendiera esto, si no fuera por el título; y es el caso que la moza merece bien por su hermosura ser tres veces grande de España.

—Pues el hijo, á lo que parece, nunca será grande: ya cuenta dos años y apenas tiene de altura lo que va del codo á la mano.

—Será á lo menos robusto; es muy ancho; y en cuanto á la cara, hermoso como su madre.

—Pero tiene ojos de gitano.

—¡Bah! eso se dice porque los tiene negros y hermosos.

—No, amigo mio, no; se sabe todo; este pleito es muy notable; da gran ruido: esa hermosísima mujer tan dama como una reina; en la apariencia es hija de un mendigo y desciende de gitanos.

—¿Qué me cuenta usted, señor don Tomás?

—Lo que usted oye, señor don Isidoro.

—Vámonos á la botillería de Iglesias; tomaremos un vaso de horchata, que hace mucho calor, y seguiremos hablando, que esto es muy curioso.

IV.

En la botillería ya, á cuya puerta habian hablado estos dos interlocutores, continuaron su conversacion, alternándola con sorbos de horchata de almendra helada.

—¿Y qué dice usted del pleito? ¿le ganará esa buena moza, don Tomás?

—¿Qué quiere usted que le diga, don Isidoro? ella vá y viene á Valladolid, y como es tan hermosa, y los oidores tienen el alma en su almario... ya; y como los escribanos no son de estuco...

—Pues, y como estas gitanas tienen el diablo en el cuerpo...

—¡Oh!

—Seria gracioso que por estos medios ganase la tal el pleito á su marido.

—¡Diablo, diablo!

—Pues sí; dicen que no solo se vale de estos medios, sino que apela á hechicerías; que el marqués de Campo-Nuño dice desvaríos y está enfermo, flaco y enteco.

—¡Cáspita!

—La Inquisicion ha querido meterse en esto, pero el marqués ha interpuesto sus buenos oficios, y como es tan gran personaje, la Inquisicion se ha estado y se está quieta.

—Pues hace mal el marqués, muy mal, señor don Tomás; asi se quitaria á un tiempo del medio, pleito y pleiteante, porque el Santo Oficio no se anda por las ramas para quemar hechiceros.

—Seguiria el pleito, si no quemaba la Inquisicion al hijo ¿y cómo acusar de hechicería ni de heregía, ni de nada á un muchacho de tres años?

—¿Pero hay ciertamente hechizos, señor don Tomás?

—Sí que los hay, señor don Isidoro, y grandes.

—Sepamos.

—¿Pues no los habeis visto pasearse por la calle Mayor de Madrid?

—¡Ah! pues no, no se...

—¿Qué mas hechizos que la hermosura de esa mujer?

—Pues no; está flaca, pálida; tiene canas.

—No le hace; esa mujer será hermosa aun en esqueleto: ¡qué ojos! dicen que el marqués está loco por ella, y que si no se ha casado con ella, ha sido á causa del pleito.

—Pero señor, ¿cómo se comprende esto, si el pleito gira sobre el casamiento?

—Pues ahí verá usted, señor don Isidoro; se dice que ella no fue quien puso al marqués el pleito, sino el padre de ella; ¿eh? un mendigo sopista que sabia mas que Merlin y que era avaro; tan avaro que se murió delirando con un tesoro: dicen que á pesar de los pesares, se han visto los dos pleiteantes y se han entendido; fuera del pleito, se entiende; quiero decir, el pleito sigue á todo poder; pero se cree que debajo del pleito, están muy unidos.

—¿A pesar de los oidores y de los escribanos?

—A pesar de todo.

—El diablo que entienda esto. Pero ya oscurece: vámonos á rezar el rosario á la bóveda de San Ginés.

V.

Tales murmuraciones tenian lugar, á propósito del pleito; murmuraciones calumniosas en cuanto al género de influencia que decian ejercia Ana sobre los curiales, y en cuanto á su union secreta, debajo del pleito, con el marqués.

Se habian encontrado alguna vez en la calle, en la iglesia; se habian mirado, se habian estremecido: el tiempo habia aclarado las situaciones; ambos se veian enfermos, desesperados.

El aborrecimiento del marqués á Ana se habia estinguido.

Ana no era ya despreciada por el marqués.

Pero no se habian atrevido á aproximarse: el escándalo del pleito los separaba: como litigantes eran enemigos.

Ana gastaba todo el dinero que podia para tener de su parte á los jueces.

El marqués, mas rico, gastaba mas; arrojaba á manos llenas el oro en los bolsillos de los cuariales para que el pleito terminase pronto.

Se sentia morir; no podia ya humanamente unirse con Ana, y necesitaba casarse á toda prisa para que no acabase en él la rama primogénita de su familia.

Aborrecia de muerte á un viejo primo suyo que debia heredarle, si moria sin sucesion.

VI.

Durante dos años, el cuarto y quinto del pleito, se pronunciaron varias sentencias contradictorias, y al fin, el pleito fué á parar á las mil y quinientas; esto es, á un tribunal superior, que venia á ser lo que ahora es el Supremo de Justicia.

El pleito era embrollado.

Por una parte, el marqués se habia obligado de una manera solemne; la prueba era clara, terminante: el marqués habia reconocido aquella fatal escritura, en mal hora usada por Lamprea.

No habia mas medio, en justicia, que sentenciar al marqués á casarse ó á presidio.

Esto último no podia ser, tratándose de un grande de España, sin la exoneracion, y sobre todo, sin una autorizacion espresa y terminante del rey.

Por otra parte, constaba el infame orígen de Ana: infame, porque habian aparecido manchas oscuras, densas, en la historia de su familia.

Constaban en el proceso cosas horribles, y aun se trasparentaban crímenes que ninguna relacion tenian con Ana, pero sí con su familia.

Si en vez de ser el marqués el demandado, lo hubiera sido un pelon cualquiera, á pesar de la historia de la familia de Ana, sin llegar el asunto á las mil y quinientas, las salas de oidores de la real cancillería de Valladolid, por donde habia pasado el negocio, le hubieran sentenciado á casarse ó á ir á presidio.

Pero no habia quien creyese posible se bastardease, cumpliendo con las leyes, la descendencia de un hombre de ilustre abuelo.

La sala de las mil y quinientas á que correspondió el negocio, perpleja, y sin saber qué hacerse, porque si desestimaba la demanda de Ana, cometia una injusticia, y si no, infamaba á un grande, por su enlace con una mujer baja, de mala familia y de dudosas costumbres, ó por una condena de presidio.

Las mil y quinientas salieron del paso por la tangente, consultando

al rey en un largo informe, sobre cuya consulta, oido el consejo de Estado, recayó una sentencia-decreto, por la cual se absolvia libremente de la instancia al marqués, pero condenándole á dotar á Ana en veinte mil ducados; á ratificar la pension de diez mil ducados de renta anuales, señalados por él de *motu propio* á su hijo natural reconocido; á que éste, como tal llevase su apellido y usase sus armas con el timbre á la izquierda, como señal de bastardía; al pago de todas las costas; á veinte mil ducados de multa para obras pías, y á seis meses de destierro á veinte leguas de la córte.

Todo se reducia á dinero.

La justicia, y el corazon de Ana, y la legitimacion de Estéban, habian sido hollados por los hombres de la ley.

Se respetaba el privilegio, antítesis del derecho, que es la justicia.

VII.

El marqués obedeció.

Un escribano fué á llevar veinte mil ducados á Ana, á la que leyó la sentencia.

—La pension de mi hijo, sí, dijo Ana; yo no puedo renunciarla: los veinte mil ducados que se me conceden, no; aplicadlos á obras pías; yo no he buscado dinero, he buscado el nombre que legítimamente corresponde á mi hijo: no se me ha hecho justicia, bien: sobre la Chancillería de Valladolid, sobre las mil y quinientas, sobre el rey, está la justicia de Dios: á ella apelo, y la justicia de Dios no me faltará como me ha faltado la justicia de los hombres.

El escribano se encogió de hombros.

Hizo firmar á Ana la diligencia y se llevó los veinte mil ducados.

VIII.

Quince dias despues, Ana recibió de Valladolid, la siguiente carta del marqués:

«Ana:

Mi amor es ya un infierno: el pleito ha concluido, unámonos: he aprendido mucho en la soledad y en la desesperacion. El hombre no tiene

padres, ni hermanos, ni hijos que puedan infamarle. No existe otra infamia que la de las maldades propias.

El mundo en que vivimos, me causa horror y desprecio.

Soy tuyo: respóndeme: ten compasion de mí.—Gaspar.»

Esta carta provenia de la negativa de Ana, al recibir el dote de veinte mil ducados, y de su contestacion al escribano, que un alma caritativa puso en conocimiento del marqués.

Ana, en un momento de cólera, de impremeditacion, de soberbia, escribió en esta misma carta, bajo la firma del marqués lo siguiente:

«Soy mas altiva que tú, mas digna que tú, mas grande que tú, y te desprecio.—Ana.»

IX.

El marques no contestó.

Un mes despues, Ana se arrepintió de haber escrito aquella imprudente y soberbia carta.

El marqués se habia casado con una hija segunda del conde de Castro-Monte.

EPILOGO DE LA PRIMERA PARTE.

I.

Adela de Ayala murió de una manera aguda, seis meses despues de haber dado un hijo al marqués de Campo-Nuño.

Aquel hijo se llamó don Juan.

II.

Un año despues, apenas cumplido el luto, el marqués se casó con la hija mayor del conde de Valdehumos.

Esta señora murió tambien á los dos años de su casamiento.

El hijo que de esta señora tuvo el marqués de Campo-Nuño, se llamó don Pedro.

Tambien pereció de una manera aguda la segunda mujer del marqués.

III.

Como si éste hubiera empeñado un reto con la fatalidad, ó con el crímen, se casó por tercera vez, con la hija mayor del marqués de Nava-Redonda.

Esta dió al marqués un tercer hijo que se llamó don Antonio.

Su madre murió como habian muerto las otras dos esposas del marqués.

Este se aterró y no volvió á casarse.

Seis años despues, murió de hipocondría.

Ana enfermó de idiotismo, doblegada por la desgracia y tal vez por la mano de Dios.

SEGUNDA PARTE.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

De un siglo á otro.

I.

Han pasado muchos años: estamos en 1829; en nuestro siglo.

Nuestra época está envuelta en una densa penumbra.

Se ve la luz en el Oriente; pero esa luz no es bastante fuerte todavía para desvanecer la sombra.

En el fondo de esa sombra, monstruoso, hirviente, aterrador, se ve un mundo incomprensible; un mundo absurdo en que todo es contradictorio.

¿Qué brotará de ese caos? ¿Vamos á la disolucion ó á un gigantesco y magnífico renacimiento?

El siglo XIX es una gigantesca etapa en la marcha de la humanidad. El ha empezado rompiendo antiguas creencias, dejando ver nuevos horizontes, lanzando en el infinito espacio de la idea un verbo misterioso que aun no se ha determinado.

La luz que nace lucha con la sombra que muere.

La ciencia, espíritu de Dios, fatal, invencible en su marcha progresiva, lanza á la humanidad en los soñados espacios de un porvenir anhelado por todos los que han tenido corazon y pensamiento para adivinar un estado social, digno del hombre, á quien Dios lanza á la vida organizado para toda la plenitud de sus derechos.

El hombre, y entiéndase por hombre la humanidad, es el sucesor de Cristo, desde el dia en que la Cruz del Gólgota mostró en sus brazos ante los cielos el cadáver de un mártir divino.

La Cruz es la profecía del porvenir; el martirio que conduce á la luz; el destino de la humanidad cristiana.

Dias de siglos pasarán antes de que la palabra del Evangelio sea el dogma social.

Dias de siglos pasarán antes de que el hombre, emancipado por la ciencia, llevado por la mano de Dios, vea en cada hombre un hermano.

Dias de siglos pasarán antes de que el mártir glorificado se alce á los cielos, arrancándose de su cruz.

Pero llegará á su predestinacion.

Dios no ha dado al hombre un espíritu inmortal.

Dios no le ha hecho señor del universo por la inteligencia, para que esté siempre combatido por el error y por la duda.

El hombre aun no ha llegado á su destino definitivo.

La inteligencia y el corazon; la ciencia y el sentimiento le guian, y le llevarán á la noble y magnífica situacion á que ha nacido predestinado.

Una generacion hereda á otra generacion: lo que es hoy se hundirá mañana en el tiempo: lo que ha de ser mañana, será sustituido por un mas allá, en el dia siguiente.

Dios, siempre Dios.

Hoy, el afan, la duda, el trabajo, la inseguridad del porvenir, pesan sobre nosotros como un frio sudario.

Hoy, la humanidad desesperada, busca la resolucion de un problema definitivo.

Sorda, desconocida, misteriosa, una revolucion gigantesca, hija de Dios, y como Dios, invencible, se opera y fermenta entre el hervidero de pasiones, de crímenes, de esperanzas, de desesperaciones, del ser y del no ser social que forman la gran masa de la humanidad en nuestra terrible época de transicion.

La luz y la sombra luchan.

La sombra, rebelde, espera todavía ganar la noche perdida, estenderse, crecer, condensarse, ahogar ese blanco crepúsculo, ese crepúsculo de esperanza, esa magnífica promesa de un tiempo futuro, en el cual se creerán una mentira de la historia las monstruosidades en que aun estamos envueltos.

La luz y la sombra se dan una recia batalla.

CAPITULO II.

Un estrañamiento por razon de ilegitimidad.

I.

El general de marina Ezguerra, habia llevado ocho años antes de la fecha en que marcha nuestro relato (1829) á su hija Enriqueta, al colegio de niñas nobles de Leganés y habia dicho á su directora:

—Es mi hija: quiero que se la eduque bien; la pension se pagará por años adelantados: hé aquí el primer año.

Sin mas formalidades, Enriqueta fue admitida en el colegio y tenida por hija del teniente general de la armada don Jaime Ezguerra, baron de Casa-Bermeja y grande de España.

Todos los meses, mientras estuvo en el colegio, Enriqueta recibia una carta de su padre, que nunca pasaba de cuatro ó seis líneas, porque nunca contenia mas que lo siguiente con ligeras variaciones:

«Estoy bueno: el reuma me deja descansar.»—O bien: «El endiablado reuma me está dando muy malos ratos: deseo que estés buena y que seas aplicada. Pónme á los pies de la señora de Agüero (la directora) y suplícala me diga en qué estado se encuentra tu educacion.»

Esto, ni mas ni menos, fue lo que escribió todos los meses durante ocho años el teniente general Ezguerra á su hija.

Pero al cumplirse los ocho años de permanencia de Enriqueta en el

colegio, faltó la carta mensual de Ezguerra y en la época precisa el pago por año adelantado de la pension de Enriqueta.

La directora escribió llena de cuidado no sabemos si por el estado de su salud ó por el pago de la pension, al general Ezguerra, y á vuelta de correo recibió la siguiente terrible carta:

«Señora directora del colegio de niñas nobles de Leganés.—Muy señora mia: Con una dolorosa sorpresa he recibido una carta de usted á mi difunto padre, en que usted se refiere á una señorita Enriqueta, á quien se supone hija de mi padre, hermana mia: yo no tengo mas que un hermano; esa hermana á quien usted se refiere, ni la conozco, ni la reconozco, ni puedo creer sea mi hermana. Ignoro en qué pueda consistir el que usted la tenga por tal; ni es de suponer sea una hija bastarda de mi padre, porque para mi padre el honor era una religion, y no puedo creer fuese capaz de esa falta imperdonable, que da por resultado la existencia de criaturas desventuradas. Nada además, referente á esa señorita Enriqueta he encontrado entre los papeles de mi padre, ni he podido adquirir noticia alguna que justifique mi parentesco con esa señorita. Siento hacer á usted esta declaracion, y la suplico no vea en mí al hermano de esa jóven para ninguna consecuencia.

Soy de usted con la mayor consideracion S. S. S. Q. S. P. B.—Baron de Casa-Bermeja.»

II.

Doña Mercedes Agüero se sofocó, se escandalizó de haber tenido en su colegio, en el que solo entraban hijas de personas ilustres y en contacto con ellas, á una hija de padres desconocidos, ó por lo menos bastarda de un señor que habia olvidado su decoro y sus deberes.

Consultó con la subdirectora que se escandalizó tambien; llamó á su director espiritual que era un fraile grave, capuchino, de muchas campanillas; le enseñó la carta, y el santo varon se puso las manos en la cabeza esclamando:

—Esa chica no puede estar ni un momento mas en el colegio.

—¿Y qué hacemos con ella? dijo doña Mercedes viendo en aquello un verdadero conflicto.

—¡Eh! ¡eh! ¿qué hacemos? dijo el padre Pancorvo: (los capuchinos tomaban por apellido el nombre de la poblacion de su naturaleza), ¿qué se ha de hacer? ¿cómo tener á esta muchacha entre las hijas de tanto se-

ñor ilustre? resulta desamparada; pero para estas jóvenes desamparadas existe el Hospicio.

—Puede ser falso lo que se asegura en esta carta, dijo doña Mercedes.

—Se averigua, y esto se sabe en poco tiempo: hoy mismo escribiré al ministro de Marina pidiéndole informes sobre ello.

III.

Aquella tarde, el capuchino volvió trayendo la contestacion del ministro.

Segun ella, era cierto que el teniente general don Jaime Ezguerra, baron de Casa-Bermeja habia muerto *ab intestato* y que de su matrimonio solo tenia dos hijos que servian en la armada, ignorándose si fuera del matrimonio habia tenido alguno mas.

Bastaba esto para que se tomase por la directora, en consejo con su director espiritual, y la subdirectora, una resolucion enérgica.

Enriqueta, que nada sabia, fue llamada, y sin prepararla de modo alguno, se la hicieron leer las dos cartas.

Enriqueta las devolvió tranquilamente á la directora.

La espresion agresiva de los semblantes del capuchino y de las dos mujeres, la habia dado el valor de la resistencia.

Habia ocultado con una serenidad magnánima la herida que habia recibido en el alma.

—Yo no he conocido á mi madre, dijo; sé que se llamaba María, y esto es todo; que habia muerto al darme á luz: de lo primero de que me acuerdo es del convento del Espíritu Santo del Ferrol, donde permanecí hasta los diez años, al cumplir los cuales, mi padre me sacó del convento, me trajo á Madrid y me instaló en este colegio: no puedo decir mas.

—Y yo siento mucho decir á usted, respondió la directora, que no puede usted permanecer ni un momento mas en el colegio de niñas nobles de Leganés.

Enriqueta inclinó la cabeza sobre el pecho y no respondió ni una sola palabra.

Deliberaron en un ángulo de la sala, el fraile, la directora y la subdirectora.

—No podemos ponerla en la calle, dijo el padre Pancorvo, ni enviarla al Hospicio, donde no la recibirán, sino mediando una órden del corregidor: esa órden no podrá obtenerse hasta mañana.

—¿Y qué hacer entre tanto? dijo la directora.

—¿Qué hacer? observó la subdirectora; se me ocurre un medio.

—Veamos, dijeron á un tiempo el fraile y doña Mercedes.

—Puede quedarse en el colegio, sin estar en el colegio.

—¿Y cómo? dijo el capuchino.

—¿Cómo? en la portería, contestó con cierta vanidad por haber encontrado aquel ingenioso recurso la subdirectora.

—Eso es, dijo doña Mercedes: así no me podrán hacer el grave cargo de que despues de haber sabido quién es esa muchacha, he permitido viva entre señoritas, ni podrán decir tampoco que la he echado á la calle.

El espediente fue acogido por unanimidad y la pobre Enriqueta, llevada, por la directora y por la subdirectora, sirviendo de escolta el padre Pancorvo, fué traspasada á la portería, á donde se llevaron sus baules y su cama.

CAPITULO III.

La adopcion por razon de caridad.

I.

La señora Ursula se quedó estática cuando vió que la confiaban la reina de las pensionistas.

Porque sus compañeras, en razon de ser la de mas edad y la mas bella, Enriqueta, la llamaban la reina.

La directora no habia dicho mas que la siguientes palabras á la portera:

—Ursula, tenga usted en su cuarto á esa jóven hasta que se determine.

La señora Ursula creyó que aquello era un castigo recientemente inventado.

¿Qué delito habia cometido la pobre reina de las niñas nobles de Leganés?

No podia esplicárselo de ninguna manera.

Aquella escentricidad la aturdía.

Muy grave debia ser el motivo.

II.

La señora Ursula era una buena mujer, muy pequeña y muy delgada, como de cuarenta y cinco años, mujer legítima de un alguacil de la villa, hombre ya de edad, que se llamaba Pancracio Sotero.

Se habian casado quince años antes, y desde aquella fecha, por recomendacion de un personaje, á quien Sotero habia servido como ayuda de cámara, era la señora Ursula portera del colegio de niñas nobles de Leganés, auxiliada por su hermano Juan, hombre ya provecto, andadero de las monjas Trinitarias que dejó de serlo para auxiliar á su hermana en los trabajos de la portería del colegio.

Pancracio no era portero sino como marido de la portera, ó como la portera, era alguacila, como mujer de un alguacil.

Las atenciones de su cargo le impedian servir al colegio; pero desde el momento en que le dejaba libre su oficio, se iba á la portería, donde habitaba con su mujer.

Pancracio se recogia á la entrada de la noche y no salia hasta por la mañana temprano, que se entregaba de lleno á las atenciones de su cargo.

Con los ocho reales de sueldo que Pancracio tenia, con habitacion de balde, racion de su mujer y de su cuñado, emolumentos y propinas; con la sisa de los recados y otros provechos, aquella familia habia llegado á deshogarse y á desear una emancipacion.

Porque todos los seres tienden de una manera natural á emanciparse.

Pero faltaba un motivo.

Enriqueta fué á llevárselo sin saberlo.

III.

—Pero ¿qué ha hecho usted, señorita Enriqueta, qué ha hecho usted? dijo la señora Ursula, para que la castiguen de este modo que yo no entiendo: usted, tan juiciosa, tan buena...

—Mi padre ha muerto, dijo tristemente Enriqueta que se habia sentado dentro de la portería.

—¡Ave María Purísima! dijo la señora Ursula, ¿y porque su padre de usted ha muerto, la castigan?

—No, me echan, dijo breve é incisivamente Enriqueta.

—Pues señor, no lo entiendo, señorita, dijo cada vez mas aturdida la señora Ursula.

—Mi padre no era marido de mi madre, dijo la jóven con una calma espantosa.

—¡Ah! ¡ya! sí; pues no... no entiendo ahora mas que antes.

—Aquí no puede haber mas que señoritas nobles, hijas legítimas de

personajes ilustres: tendrán que purificar el colegio porque he estado en él ocho años: yo ignoraba todo esto: tan rudo ha sido el golpe que aun no lo siento... ya ve usted, estoy tranquila.

Y Enriqueta sonrió con una amargura tal, con una tal desesperacion, que la pobre señora Ursula se aterró.

—¡Oh, Dios mio! dijo, ¿con que no sabia usted nada? ¿con que esto ha sido un saetazo? ¡ah! ¡pobre señorita Enriqueta! pero está usted pálida como una muerta: se va usted á poner mala: voy á darla á usted una vinagrada: ¡y Juan y Pancracio que no han venido todavia!... pero vendrán y se tomará una determinacion: ¡vaya si se tomará una determinacion! porque yo creo que aquí hay que tomar una determinacion gorda... sí, me parece que está usted sola en el mundo: ¿es verdad que está usted sola en el mundo, señorita Enriqueta?

Sobrevino la reaccion.

La fiereza de Enriqueta, fiereza que le habia inspirado la conducta que se habia observado con ella, se desplomó, y echó á llorar.

Rápidamente su llanto se fue haciendo histérico, llegó á los gritos ahogados, inarticulados, y al cabo, antes de que la señora Ursula hubiese podido disolver el azúcar, que habia puesto en la vinagrada, cayó de costado, de la silla al suelo, sin sentido.

IV.

En aquel momento apareció en la puerta un hombre alto, desgavilado, robusto, que llevaba un gran leviton, una gran corbata blanca, un gran chaleco encarnado; unos pantalones demasiado largos que se plegaban sobre sus pies; unos gruesos zapatos, y una gran gorra inglesa de hule.

En la mano izquierda llevaba un palo negro disfrazado de baston, y bajo el brazo derecho un envoltorio.

Aquel individuo era Juan Córcoles, hermano mayor de la señora Ursula y su ayudante en la portería.

Ursula habia dejado caer, ó mas bien tirado la jarra de cristal con florecitas pintadas, en que habia puesto agua y vinagre, al ver caer á Enriqueta; y Juan, que habia sobrevenido en aquel momento, tiró el lío y el palo, y corrió á ayudar á su hermana que era tan pequeña, que por sí sola no hubiera podido levantar jamás á Enriqueta.

Juan la levantó sin esfuerzo, la puso en un sillon de paja, y volviendo su franco semblante á su hermana, la dijo:

—¿Qué es esto Ursula? ¿por qué está aquí la señorita Enriqueta?

—Eso, luego, dijo pudiendo hablar apenas la buena Ursula; ahora, con ella á la cama; luego, á buscar á don Lázaro... pero anda hombre, anda, no te estés ahí como quien ve visiones.

Juan asió por la cintura á Enriqueta, la levantó, se fué con ella á una puerta vidriera que abrió la señora Ursula; entró en una alcoba y puso en el lecho nupcial de su hermana á la jóven desmayada.

—¿Pero qué es esto, señor, qué es esto? preguntó Juan.

—Luego, luego, dijo Ursula; ahora, sin perder tiempo, por el médico.

—¿Y el lienzo de sábanas que traigo y que esperaba con impaciencia doña Mercedes?

—Que espere; lo primero es lo primero; si se incomoda que se incomode; asi como asi, ya estoy harta... pero hombre, vé y no te estés ahí como un palomino atontado; ¿cuántas veces será menester decírtelo?

Juan, aturdido, porque no podia esplicarse cómo estaba allí y en aquel estado la mas mimada de las pensionistas, obedeciendo á la omnímoda influencia que sobre él ejercia su pequeña hermana, salió á escape, sin duda para ganar el tiempo que por su anterior vacilacion habia perdido.

V.

Ursula puso una silla junto á la cama, se alzó, desajustó á Enriqueta, y al desajustarla, á pesar de la situacion no pudo menos de esclamar:

—¡Válgame Dios, y qué hermosa es! ¡pobrecita! ¡qué garganta; qué seno; qué blancura! ¡y que hayan tenido valor!... vamos, esto no puede quererlo Dios.

Luego se bajó de la cama, fué por agua, volvió, y roció el semblante de Enriqueta, que permaneció inmóvil.

Se la heló á Ursula la sangre de espanto, y se la ocurrió lo que era natural se la ocurriese.

—¿Se morirá? dijo.

Y volvió una mirada indignada, terrible, de que no parecian capaces sus pequeños ojos verdes, hácia el interior del colegio, como si hubiera creido que su mirada á través de las paredes, podia llegar hasta la directora.

—Pero esto pasa ya de castaño oscuro, dijo; y es necesario llamar, avisar que vengan á ver lo que han hecho; sí, que sepan que se muere: ¡pobre niña! pero señor, si esto parece un sueño.

En el momento en que iba á partir, la retuvo, ó por mejor decir, la atrajo hácia el lecho, un profundo gemido de Enriqueta.

—¡Ah! esclamó Ursula.

—Aquella esclamacion representaba la alegría que no escluye el temor.

VI.

Volvió á encaramarse en la cama.

Enriqueta habia abierto los ojos; pero en ellos se veia una mirada vaga, sin objeto; mas que respiraba, gemia.

—Y bien: ha pasado ya, ¿no es esto? dijo anhelante Ursula: no hay que afligirse demasiado: Dios es grande y bueno; no se acaba el mundo: vamos, valor, señorita: cuando digo yo que no está usted sola en el mundo...

Rechinó en aquel momento la puerta esterior.

—¡Ah! sí serán, dijo, puede ser: está cerca, le habrá encontrado en su casa.

Ursula salió de la alcoba y se encontró con su hermano que traia consigo á un hombre de aspecto decente, vestido de negro y algo encorvado, porque era viejo.

—¡Ah! don Lázaro, esclamó Ursula; venga usted, venga usted; yo tengo miedo; está muy mala; me la han endosado; la han echado, y la pobre señorita... vamos, si no era para menos; decirla que su padre se ha muerto, y luego...

—Pero ¿qué está usted diciendo, Ursula? ¿qué es lo que éste me ha contado de la señorita de Ezguerra?

—Mírela usted como está.

—Aquí se ve muy poco, dijo el médico.

—Es verdad; está oscureciendo; voy á encender luz, dijo Ursula.

Y á poco volvió con un velon de cobre muy limpio, y encendidos dos de sus mecheros.

—Al momento por un sangrador, dijo don Lázaro; que la saque doce onzas de sangre; un poco de papel, y con qué escribir.

Y salió de la alcoba.

Estendió una receta y la dió á Juan.

Luego hizo que la portera le anunciase, y entró en el colegio pálido y sombrío.

Ursula se quedó cuidando de Enriqueta.

VII.

Un cuarto de hora despues, volvió don Lázaro.

Enriqueta entre tanto, habia sido sangrada.

Don Lázaro examinó la sangre y volvió á examinar á Enriqueta, cuyo desmayo habia desaparecido; pero que estaba dominada por una especie de sopor.

—Me quedo aquí esta noche, dijo don Lázaro, saliendo de la alcoba.

—Pues qué ¿tan de cuidado está la señorita? dijo poniéndose pálida Ursula.

—Tan de cuidado, que es múy posible que se nos vaya.

—¡Oh, Dios mio! ¿y lo sabe doña Mercedes?

—Sí: era de mi deber decírselo.

—¡Y no ha venido!

—No.

—¿Pero qué ha dicho?

—Que se la cuide.

—¿Y por qué no viene?

—De miedo.

—¿De miedo de qué?

—¡Ah! ¿pues qué, usted no sabe, Ursula?

—Aquí no sabemos nada, esclamó Juan.

—Pues sí, dijo sentándose, sacando una caja de rapé, de pasta, y tomando un polvo don Lázaro; cosas del mundo; cosas que yo, hasta cierto punto respeto, porque al fin ha de haber clases, pero que quisiera no llegasen á la exageracion; preocupaciones disculpables cuando no llegan á cierto punto; porque al fin, ¡caramba!... y esta es la verdad, todos venimos de Adan y Eva.

Y don Lázaro sorbió con diez veces mas fuerza que de costumbre, y en mucha mas cantidad, un polvo.

—Pero, don Lázaro, ¿qué es ello en fin? preguntó, creciendo en impaciencia Juan que no sabia una palabra.

—Es que hasta los ladrillos del colegio, desde la puerta de en medio para adentro, son nobles, dijo don Lázaro.

—Pero eso ¿qué tiene que ver?... preguntó Juan abriendo mucho los ojos, porque la respuesta del médico no le esplicaba nada.

—Cállate tú, y deja hablar á don Lázaro, dijo Ursula que se habia sentado en una silla baja, y con las manos cruzadas sobre las rodillas, miraba de hito en hito al médico.

VIII.

—Buenas noches, dijo á la puerta una voz gruesa que parecia salir de un contrabajo de órgano.

Quien habia producido aquella voz era un hombre de mediana estatura, delgado, con grandes narices acaballadas, ojos pequeños y hundidos, como de cincuenta y cinco años, vestido de negro, con un largo levita, con un baston delgado, negro, con borlas y sombrero de copa no muy lustroso. Era el jefe de la familia: el alguacil Pancracio Sotero.

—Al ver á don Lázaro se descubrió y le dijo con una mezcla de respeto y de confianza.

—¡Tanto bueno por esta casa, señor don Lázaro! vamos, sí; se habrá constipado alguna señorita, y usted se ha dignado favorecernos...

—Entra, entra en la alcoba, Pancracio, dijo Ursula, y verás por qué está aquí el señor don Lázaro.

—Es que ya veo una taza de sangre sobre la mesa, dijo palideciendo el alguacil y haciendo un *trémolo* con su áspera voz de fagot, ¿quién se ha sangrado aquí? ¿quién está aquí malo?

—Ven hombre, ven, dijo Ursula encendiendo un cerillo en el velon y llevando á su marido á la alcoba.

—¡La señorita Enriqueta! esclamó el alguacil viendo la rubia y sonrosada cabeza de la jóven, por encima de la cobertura de la cama.

—Sí, eso es; la señorita Enriqueta enferma, muy enferma; de mucho peligro: ahora ven y sabrás por qué está enferma la señorita Enriqueta.

IX.

El aguacil salió y se puso delante de don Lázaro, tan perplejo y tan curioso como lo estaba ya su cuñado Juan.

—Pues sí, dijo don Lázaro, sorbiendo un nuevo polvo, lo que sucede es muy grave: el general Ezguerra, padre de la señorita Enriqueta ha muerto de repente, á consecuencia de una apoplegía fulminante, y por una carta que doña Mercedes ha recibido y en la que se la avisa de la muerte del general, se la dice tambien que la señorita Enriqueta era hija natural suya, habida durante su matrimonio: se han pedido informes al ministerio de Marina, y de estos informes resulta que el general Ezguerra no ha tenido mas que dos hijos legítimos que están sirviendo en la marina real: á consecuencia de esto, y habiéndose asesorado doña Mercedes de su confesor el padre Pancorvo y de la subdirectora, se ha determinado echar á la señorita Enriqueta del colegio, porque la señorita Enriqueta es una inmoralidad.

—Bueno, bien, dijo el alguacil despues de algunos segundos de silencio; no han querido echarla á la calle y nos la han metido en la portería; han hecho bien, porque yo no la echaré; y si á la directora la parece que tampoco es digna la señorita Enriqueta de estar en la portería del colegio, nos iremos con ella y con la música á otra parte.

—Aun no es esto todo; aun no es esto todo, dijo don Lázaro tomando un tercer polvo: la pobre niña está sola en el mundo, y ni la moralidad ni la religion permiten que se la deje abandonada: mañana se presentará al corregidor una solicitud para que la señorita Enriqueta sea recogida en el Hospicio.

—¡Hospiciana la señorita Enriqueta! esclamó la señora Úrsula, saltando de sobre su silla baja; pero señor, esas gentes no tienen caridad; una señorita tan fina y tan bien educada, tan hermosa ¿cómo puede avenirse á vivir en el Hospicio?

—Tú no sabes lo que son estas gentes, dijo el alguacil; por algo estoy yo harto de ellas.

—Y yo, esclamó Juan; no parece sino que todo el mundo es su esclavo.

—¡Hum, hum! dijo don Lázaro; en estas casas de educacion de gente noble, lo que sobra es soberbia para los que los sirven, y humillaciones para los que pagan: ¿qué creereis que dirian todas las ilustres personas que tienen aquí á sus hijas, si supieran que durante ocho años ha vivido en el colegio una bastarda? cuestion seria esta de que se creyesen deshonrados por el contacto que con ella han tenido sus hijas: hay gentes que creen que Dios ha hecho para ellos otra sangre, y que los que no

tienen la sangre que ellos creen tener, son una gentecilla despreciable: ¡bah! es cosa que no se puede sufrir; y lo que la directora hace con la señorita Enriqueta, no es ni mas ni menos que echarla fuera de sí como si estuviese apestada: se guardará un profundo misterio acerca de este suceso, y cuando las pensionistas pregunten por Enriqueta, las contestarán que se la han llevado sus parientes con tal premura, que no ha tenido lugar de despedirse de sus compañeras; aquí paz y despues gloria: entre tanto, si la desventurada Enriqueta se salva de la congestion que la ha acometido, estará en el Hospicio.

—Dígame usted, señor don Lázaro, dijo Pancracio, ¿no ha podido usted averiguar si la señorita Enriqueta tiene parientes que no sean tan malos como doña Mercedes?

—Está sola en el mundo.

—¡Sola! es decir que se la llevarán al Hospicio.

—Irremediablemente.

—¿Irremediablente? preguntó el alguacil.

—Sí.

—Yo creo que todo el que quiere, siendo hombre de bien y cabeza de familia, puede sacar del Hospicio á una jóven.

—Sí, para que le sirva.

—¡Para que le sirva! yo no puedo sacar del Hospicio, para que me sirva, á la señorita Enriqueta, sino para servirla: ni aun para sacarla me atreveria yo á decir que la queria para criada: ¿á dónde vamos á parar? aun no estoy yo condenado como esa gente soberbia que no teme á Dios: ¿no hay otro medio para sacar del Hospicio á esa pobre señorita?

—Sí, adoptarla legalmente.

—¿Y qué es adoptar, señor don Lázaro? porque yo, francamente, soy un pobre hombre que sé muy poco.

—Prohijarla.

—¡Ah! ¿podemos nosotros prohijar á la señorita Enriqueta? esclamó el alguacil, al que se le saltaron dos lagrimones.

—Sí, sí señor; todo el mundo puede prohijar á un ser desventurado que está solo en la tierra.

—Pues mira, Ursula, dijo Pancracio; Dios no ha querido darnos hijos, Dios nos envia esta desdicha; la señorita Enriqueta se morirá si no se la saca del Hospicio.

—¿Si creerás tú, Pancracio, que es menester convencerme á mí?

dijo Ursula; pues mira, desde que don Lázaro dijo que la podíamos prohijar, la he prohijado yo; y si tú hubieras andado con dificultades, hubierámos reñido por la primera vez.

—¿Y qué dices tú á esto, Juan? dijo Pancracio, volviéndose á su cuñado que se recogia las lágrimas en que se le habian arrasado los ojos, con los nudillos.

—¿Yo? ¿qué digo yo? respondió Juan con la voz poco firme; lo que yo digo es, que si por mí no llueve, agua Dios.

X.

Sucedió un silencio de satisfaccion, de contento, de una alegría muda, pero inmensa.

El médico, que era un hombre ilustrado, miraba con respeto á aquella pobre familia.

—No hay que darle vueltas, dijo; la nobleza, la verdadera nobleza es la del corazon.

—Mire usted don Lázaro, dijo Ursula, aquí no hay nobleza que valga; lo que hay es que es menester no tener una alma para consentir, pudiendo remediarlo; que ese ángel vaya al Hospicio; vamos, no dormiria yo tranquila ni me sentaria bocado que comiese en toda mi vida, si la viera yo salir de aquí para la casa grande: ¡si es un ángel, don Lázaro! si yo la quiero desde hace mucho tiempo; si cuando yo entro en el colegio todas se burlan de mí y me llaman la *ratita*, y me dicen no sé cuántas cosas, y me tiran pelotitas de papel mascado, y me hacen rabiar, menos la señorita Enriqueta; siempre tan dulce, tan amable, tan cariñosa; yo la quiero desde hace mucho tiempo: ya decia yo; ¿por qué la tienen aquí si es ya una mujer hecha y derecha? y es que habia *intríngulis*; pues me alegro; la prohijaremos y santas pascuas.

—No tan de prisa, no tan de prisa, dijo don Lázaro: una adopcion es una cosa mas grave de lo que ustedes creen: segun nuestras leyes, un hijo adoptivo, á falta de hijos propios, tiene los mismos derechos que los hijos legítimos de legítimo matrimonio: heredan á los padres de adopcion.

—¿Qué dices tú á esto Juan? preguntó gravemente Pancracio á su cuñado; podemos morir antes que tú, y heredar ella lo poquillo que tenemos.

—Sí, media casa en Pinto, que no se puede alquilar porque se llueve

y cuesta el componerla mas de lo que vale; algunas oncejas ahorradas y los trastos de la casa: no quiero la herencia.

—No es esto todo, dijo don Lázaro; si ustedes dan una leccion tal de generosidad, de caridad, á doña Mercedes, y sobre todo al padre Pancorvo, pueden ustedes contarse por despedidos del colegio.

—Es que nos iremos antes de que nos despidan, dijo la señora Ursula; estoy ya harta de que éste y yo estemos hechos unos zarandillos; para lo que nos dan, bien nos sacan el estambre: ya habíamos pensado quitarnos de esto y poner nuestro dinerillo á ganancia; con lo que nos dé, con el jornal de Juan, que es fuerte y trabajador, y con el sueldo de Pancracio, ya podremos vivir los cuatro.

—Enriqueta es delicada, costosa.

—¡Costosa! si creerá usted que lo que coma en mi casa no será mejor que lo que se da á las colegialas; como si el colegio no fuera una ladronera; sota, caballo y rey, y malo; la fruta cuando la comen los soldados; si yo no sé cómo hay quien tenga aquí á sus hijas; asi le reluce el pellejo á doña Mercedes, que para que usted lo sepa, tiene puestos á réditos algunos miles de duros; no seria yo portera si no lo supiera todo; pues vaya si lo sé; y quien la maneja lo que tiene, es el padre Pancorvo; sí señor, y no quiero hablar porque, Dios me perdone, no quiero pecar mortalmente: la señorita estará con nosotros mejor que en el colegio; no gastará lujo, pero irá decente y saldrá y entrará y se divertirá y la verán, y como es tan hermosa y está tan bien educada, no la faltará una persona decente con quien casarse; ¡el Hospicio! mire usted, como si el Hospicio se hubiera hecho para criaturas como la señorita Enriqueta: vamos, si estoy de alegría que reviento.

—Y yo.

—Y yo, dijeron á un tiempo Juan y Pancracio.

—Vamos, y yo tambien, dijo don Lázaro: solo que hay algo que nubla esta alegría.

—¿Y qué, don Lázaro, y qué? esclamó vivamente Ursula.

—Que se nos puede morir esta noche.

—¡Ah! no lo quiera Dios; no me diga usted eso don Lázaro, porque no se lo diria usted á su madre, y yo aunque no la he parido, casi casi la quiero ya como si fuera mi hija.

—Ya he dicho que no me voy de aquí: dentro de algunas horas sabremos si tenemos persona ó no.

—Haga usted todo lo que sea menester, señor don Lázaro, dijo el alguacil, que hasta donde alcance nuestro dinero, no hay que tener miedo.

—A mí no se me dice eso, señor corchete, dijo entre agrio y dulce el médico; no quiero incomodarme; me cortaria yo la mano derecha para no volver á poner mas recetas si cobrara ni lo que monta dos reales, por esta enfermedad.

—No lo decia yo por tanto, señor don Lázaro, dijo poniéndose colorado hasta lo blanco de los ojos el alguacil, sino porque recete usted sin miedo, porque aunque las medicinas valgan mucho, se traerán.

—La curacion corre de mi cuenta, y si yo no tuviera siete hijos y entre ellos cuatro hijas casaderas, seria otra cosa: en fin, haré todo lo que pueda; yo la estimo tanto como ustedes; yo quiero hacer tanto como ustedes por ella: lo merece, y su desgracia es mas terrible que lo que ustedes creen: en fin, entre todos la sacaremos adelante, y me apresuro á decirlo y exijo que se me crea; nunca, viviendo yo, esa criatura hubiera ido ni al Hospital ni al Hospicio.

—Muchas gracias, señor don Lázaro, dijo Ursula, considerando ya á Enriqueta como de su familia.

—Y diga usted, señor don Lázaro, dijo Pancracio, ¿será preciso que la señorita entre en el Hospicio para que la saquemos de él?

—De ningun modo, si ustedes la adoptan antes.

—¿Y podemos adoptarla cuando queramos?

—Indudablemente.

—Pues oye, Juan, dijo Pancracio: lo que se puede hacer hoy no hay que dejarlo para mañana: véte á casa del escribano don Pantaleon Yañez de la Cepa, que vive en la calle del Burro, número cuatro, que ya estará en su casa, porque se recoge temprano, y dile que el alguacil de cámara, Sotero, le necesita con un pliego de papel sellado, para un asunto judicial, importante, de órden de su escelencia, y que tiene que venir á mi casa en vez de ir yo á la suya, por lo que se le dirá, que sino se le mete toda esta retahila es muy comodon y no viene; y en estando aqui, ya se le contentará; y sobre todo, con pagarle bien, se quedará tan contento; de camino tráete una botella de Cariñena y una libra de vizcochos esponjados, de fraile, porque á don Pantaleon le gusta mucho un traguito.

Juan salió con precipitacion, y al salir, tropezó con el bulto de lienzo que habia tirado al suelo cuando llegó.

—¡Calla! dijo; ya no me acordaba yo de esto, ni tampoco se ha acordado doña Mercedes con la sofocacion de haberse encontrado con que la señorita Enriqueta no era de sangre azul.

XI.

La adopcion, en forma, suponiéndose el asentimiento de Enriqueta, que no podia darle porque no estaba en el uso de sus facultades intelectuales, fue estendida por el escribano de número, secretario de su majestad don Pantaleon Yañez de la Cepa, que cuando supo el asunto de que se trataba, perdonó de buen grado la artimaña de que se habia válido el alguacil de cámara para sacarle de su casa.

Dos testigos abonados, dos honrados vecinos de Madrid; un tahonero y un vidriero, testificaron la escritura pública de adopcion.

A las tres de la mañana, don Lázaro declaró terminantemente, que aquella no era la última enfermedad de Enriqueta.

Por la mañana, don Pantaleon envió á Pancracio la copia testimoniada del instrumento de adopcion.

XII.

Al medio dia entraron en el colegio, un clérigo y dos mujeres de las empleadas en el Hospicio.

El corregidor, en vista de la solicitud de doña Mercedes, apoyada por el padre Pancorvo, habia estendido la órden de ingreso en el Hospicio, de Enriqueta.

La directora llamó á la señora Ursula.

Esta subió temblando de impaciencia y llevando en el pecho la escritura de adopcion de Enriqueta.

—Ursula, la dijo doña Mercedes, entregue usted á este señor sacerdote y á estas señoras, la jóven que ha pasado la noche en la porteria.

—Yo no entrego á nadie mis hijos, señora, contestó con orgullo Ursula, empinándose para parecer mas alta: mi hija Enriqueta está muy bien en su casa y no tiene necesidad de ir al Hospicio.

—¿Qué dice? ¡está loca! dijo doña Mercedes dirigiéndose al padre Pancorvo que estaba presente.

—No estoy loca; esclamó con la voz trémula de impaciencia y de

noble indignacion, la portera; no señora, no estoy loca; es que como la señorita Enriqueta se ha quedado sola en el mundo y se la habia echado del colegio y se la queria enviar al Hospicio, mi marido y yo la hemos adoptado, porque sí, porque podemos y porque hemos querido.

—¡Qué insolencia! esclamó doña Mercedes; dignos padres de tal muchachuela.

—Con irme de aquí ahora, y dentro de una hora, de la portería, me escuso de que me insulten, dijo Ursula.

—No basta, no basta el dicho, mujer, esclamó irritado el capuchino; el instrumento público de la adopcion.

—Aquí está, dijo Ursula, sacándolo del seno y retirándose hácia la puerta; pero el que quiera verlo, que venga con el alcalde de barrio; lo que es á mí, no me da nadie un mal rato.

Y temerosa de que la robaran el documento, dió á correr, ganó la portería, envió á Juan á casa del alcalde de barrio para que viniese á protegerla y se puso en la puerta de la calle resuelta á dar gritos y á reunir gente para defenderse si intentaban hacer una tropelía con ella ó con Enriqueta.

De paso que Juan venia con el alcalde de barrio, se trajo á los dos vecinos que habian testificado la adopcion, á los cuales seguian algunos de sus obreros, muchos de los que llevaban gorras de cuartel de voluntarios realistas.

No habia medio de ejercer una violencia.

El documento fue leido por el alcalde de barrio, á la directora, al padre Pancorvo, y á los representantes del Hospicio.

La adopcion de Enriqueta por Pancracio Sotero y Ursula Córcoles, cónyuges, era un hecho consumado, público y protegido por las leyes.

Enriqueta tenia padres, y el colegio de niñas nobles de Leganés, por el momento, se quedaba sin portera.

Doña Mercedes, hubo de satisfacerse con echar en público á la calle y perentoriamente á aquella familia.

Enriqueta fué llevada en un coche á un cuarto bajo de la calle de la Reina, que Pancracio habia alquilado interinamente á falta de otro mejor, aquella mañana.

Por la tarde, no quedaba ni un solo mueble en la portería.

CAPITULO IV.

Enriqueta.

I.

Enriqueta amaba y era amada.

Dos años antes de los sucesos que hemos referido en el anterior capítulo, fué á visitar á una prima suya, pensionista en el colegio de niñas nobles de Leganés, un jóven que acababa de volver de la embajada de París, donde, siguiendo la carrera diplomática, habia permanecido algunos años agregado.

Este jóven, que apenas contaba veinte y dos años, era don Miguel de Fonseca y Arévalo, hijo único del excelentísimo señor marqués de Campo-Nuño y otros títulos, grande de España de primera clase, uno de los mas privados del rey y jefe de escuadra de marina Real.

La prima á quien Miguel iba á visitar se llamaba Eugenia, y era hija de don Pedro de Fonseca, hermano segundo del marqués de Campo-Nuño, padre de Miguel.

A pesar de que entonces solo tenia Eugenia catorce años, y de que Enriqueta habia cumplido ya los diez y ocho, una tierna, una ardiente amistad unia á las dos jóvenes.

Enriqueta, crecida siempre á la sombra de paredes celosas, sin ver nunca la calle, ya en el convento, ya en el colegio, habia llegado á ser mujer, sin dejar de ser niña.



ENRIQUETA.

Eugenia, precoz, de una inteligencia muy viva y de una gran firmeza de carácter, niña aun, habia empezado á ser mujer.

II.

Las dos eran rubias enérgicamente distintas.

Eugenia tenia los cabellos de un color dorado ardiente, brillante.

Los cabellos de Enriqueta eran de un dulce rubio pálido.

Eugenia tenia una blancura de nácar.

La blancura de Eriqueta era la del marfil.

Eugenia tenia los ojos azules oscuros, con la intensidad del azul de una noche sin luna.

El azul de los ojos de Enriqueta, era el del cielo de una tarde de verano.

Eugenia era completamente enérgica.

Enriqueta completamente dulce.

Eugenia era de mediana estatura, escesivamente mórbida, hasta el punto de parecer un poco gruesa.

Enriqueta era alta, esbelta, flexible, dulce en todo su ser, como era dulce la espresion de su semblante.

Eugenia era vivamente sonrosada.

Enriqueta densamente pálida.

En lo que se parecian las dos, era en lo grande de la belleza.

III.

Durante seis años, Enriqueta y Eugenia habian dormido la una al lado de la otra en uno de los grandes dormitorios del colegio: juntas se sentaban á la mesa: juntas hacian labor: juntas asistian al coro.

Se habia establecido, pues, una especie de identidad entre las dos jóvenes.

En los recreos, mas graves, mas sérias que las otras pensionistas, se las veia buscar un sitio apartado del jardin, sin mezclarse á las locuras infantiles de sus compañeras.

Se las llamaba las dos hermanas, las dos orgullosas, y se murmuraba largamente de ellas.

Enriqueta, por razon de su edad, habia ejercido una dulce influen-

cia sobre Eugenia; mas adelantada en las labores, en la música, en los estudios de todo género, la ayudaba, la guiaba.

Muchas veces un asiento bordado al cañamazo, un pañuelo, unas zapatillas, habian sido hechas en la parte mas difícil por Enriqueta.

Eran, en fin, inseparables.

La única pena que podia afligir á aquel grupo encantador de dos hechiceras niñas, era el aislamiento y el desamor en que su padre envolvia á Enriqueta.

Todas las pensionistas eran visitadas por su familia: todas recibian regalos de ellas.

Solo á Enriqueta no la visitaba nadie: nadie regalaba á Enriqueta. A las otras las sacaban sus familias los dias de fiesta; se divertian: Enriqueta no salia nunca; no se divertia jamás.

Eugenia compartia con Enriqueta sus pesares, y al fin declaró á su padre que no saldria si no se sacaba tambien á Enriqueta, cuya familia no podia sacarla porque no estaba en Madrid.

Se convino con este deseo de Eugenia; se pidió permiso á la directora y Enriqueta respiró por primera vez el aire libre, el aire del mundo, y se puso mas hermosa.

IV.

Entre los conocimientos del conde de Valdehumos y de su hermano el marqués de Campo-Nuño, Enriqueta obtuvo un éxito completo y el otro tio solteron de Eugenia, el desabrido y tétrico vizconde de Nava-Redonda, declaró que á no ser por su asma y por sus cuarenta y cinco años, arrostraria el negro compromiso de una doble negativa de Enriqueta y de su padre, y se declararía enemigo á muerte de todo el que obtuviese ni aun el asomo de una esperanza de ser amado por Enriqueta.

Por su parte, el marqués de Campo-Nuño dijo alguna vez que estimaba tanto á su compañero el general Ezguerra, baron de Casa-Bermeja, que no le pesaria tener á su hija por hija suya: pero, añadió: es raro; yo creia que Casa-Bermeja no tenia mas que dos hijos: es verdad que hace ya veinte años que no nos vemos Casa-Bermeja y yo.

V.

Por lo demás, se murmuraba mucho entre los conocimientos de la familia de Eugenia de que pasando ya Enriqueta de los quince años, la mantuviese su padre en el colegio.

—Se habrá propuesto, decian, que sea monja sin votos: vaya una originalidad.

Y se hacian deducciones muy poco favorables para Casa-Bermeja.

Y en verdad, ¿de qué ha de hablar el gran mundo ocioso sino murmura y desuella?

VI.

Pasaron asi dos años: estrechándose mas y mas la amistad de las dos jóvenes y siendo cada dia mas y mas apreciada Enriqueta en el círculo de la familia de Eugenia.

Mas adelante diremos lo que era esta familia.

Por una omision ciertamente reparable, por indolencia, ó por descuido, no se le habia ocurrido á Campo-Nuño, escribir á Casa-Bermeja á causa del conocimiento de su hija.

Se creia de buena fe, que Enriqueta era hija legítima del general Ezguerra, porque asi constaba en los registros del colegio: la misma Enriqueta lo creia: jamás se le habia dicho nada en contrario.

El general Ezguerra habia guardado su secreto, aun de su propia hija.

Sin embargo, en sus cartas, solo la llamaba «mi querida Enriqueta.»

Enriqueta no habia deducido nada de este tratamiento, porque la palabra «querida» es la síntesis de todos los dulces tratamientos que puede exigir el alma impresionable de una mujer de su padre, de su hermano, de su esposo, de su amante, de su hijo, de su amigo: es la palabra *omnibus* del cariño.

VII.

Desde el momento en que Enriqueta se dió á luz, llovieron, por decirlo asi, sobre ella, las pretensiones amorosas.

Era la belleza de Enriqueta del género de las que no pueden verse sin que inspiren un sentimiento profundo; admiracion, voluptuosidad, deseo, amor.

Enriqueta, sin embargo, á pesar de que lo mejor de la córte, hombres notables, jóvenes primogénitos de familias ricas é ilustres; eminencias encanecidas en las armas, en la toga ó en la diplomacia, la solicitaban como una felicidad suprema, se mantenia invulnerable, á los tiros del amor, de la vanidad ó de la ambicion, tratando de igual manera á jóvenes y á viejos, y dando lugar á que se la llamase la insensible.

La verdad era que Enriqueta, á causa del aislamiento en que habia crecido, habia concentrado su espíritu en una abstraccion; se habia hecho soñadora, y no la satisfacia ninguna de las brillantes vulgaridades que la asediaban.

Nada habia por aquellos tiempos que pudiera llamarse ilustre en la verdadera acepcion de la palabra, en la córte de España.

Nobles enfatuados por sus pergaminos, dominados y dirigidos por los frailes; servilmente humillados ante el rey; ignorantes en lo general; incapaces de ninguna grande inspiracion del espíritu; seres prosáicos para los cuales no existia lo bello; llenos de una vanidad insoportable, por su alcurnia; aislados dentro de su raza; encastillados en sus privilegios; insoportables, en una palabra; generales de espada vírgen, poco mas ó menos tan insoportables como nuestros pobres aristócratas de aquel tiempo.

Jóvenes á quienes no se educaba y que no prometian ser otra cosa que lo que eran sus padres; altos dignatarios sin otros títulos para serlo que el favor debido á la adulacion y á los bajos servicios.

Hé aquí el mundo dorado, pero sofocante, impertinente, insufrible, que rodeaba á Enriqueta cuando iba á casa de Eugenia.

Un mundo aparte del que no se encuentra hoy la semejanza, porque aquel mundo ha muerto por mas de que algunos se hagan la ilusion de que aun existe.

Nuestra grandeza se ha desprestigiado; se ha bastardeado; no existe: no quedan mas que algunos hombres de buena renta, con un *escelencia* á la que está adherido un título.

Ha ganado porque se ha ilustrado; y porque se ha ilustrado se ha bastardeado.

El dogma de la antigua nobleza española ha sido roto: le han matado una multitud de heregías sociales.

Toda aquella balumba de preocupaciones absurdas que constituia el *credo* intransigente de nuestra nobleza de derecho divino, por decirlo asi, ha caido por tierra cuando la revolucion ha corroido el cimiento en que aquella balumba se apoyaba; esto es: los privilegios.

Se camina hoy tan de prisa; se han disminuido tanto las distancias; se ha aumentado de tal modo la concurrencia á la vida, que las razas se han mezclado: todos visten el mismo trage; todos hablan del mismo modo: esto es una Babel: los dioses han muerto: ya no hay clases.

Tal, de quien se acuerda todo el mundo haberle visto arreando burros cargados de yeso, merced á la revolucion y á las contratas de la guerra civil, se ha hecho rico, y es tan duque y tan grande de España, como cualquiera de los que se jactan de venir en línea recta de don Jaime el Conquistador, del conde Fernan-Gonzalez y de Poncio Pilatos.

La grandeza ha entrado en su período de parodia, y el vulgo insolente se rie de ella: para hacerse la ilusion de que aun existe, tiene que encerrarse consigo misma; es decir, que no puede brillar sino cuando se esconde.

Esto es lamentable: las confusiones no pueden producir mas que monstruos.

Por eso, si se ha de creer á ciertas gentes, todo lo que hoy sucede es monstruoso.

—Un castigo de Dios, un prólogo del juicio final.

VIII.

Enriqueta, que no estaba acostumbrada á vivir en el mundo convencional de nuestra singularísima aristocracia antigua, se asfixiaba dentro de él, y no vivia bien sino cuando escapándose en un carruaje, con Eugenia, se iba á correr por el campo.

La naturaleza, siempre fresca, siempre vírgen, siempre hermosa, la refrigeraba de la atmósfera de yelo de aquel mundo de que huia.

Enriqueta, pues, mantenia su corazon vírgen; porque solo lo bello, lo sentido, lo soñado, podia hacerla concretar en un ser viviente, el sentimiento que dentro de su alma, puro, ardiente, inmaculado, acariciaba á un ser abstracto, á un ser hermoso, sin forma, sin nombre; una aspiracion indeterminada, vaga, misteriosa como es siempre misterioso, vago é indeterminado el sueño de amor de las vírgenes.

¿Qué las desvela? No lo saben.

¿Qué oprime su corazon, obligándolas á suspirar con una voluptuosidad incomprendida? No lo saben tampoco.

¿Por qué pierden la alegría infantil, dejando de hablar alto, de correr tras las mariposas; de amar esclusivamente á las flores y á los pájaros? No lo saben tampoco.

¿Por qué su belleza crece, se idealiza, se espiritualiza?

¿Por qué su mirada indiferente se convierte en grave y exhala á veces un relámpago que no puede verse sin estremecimiento?

¿Por qué cuando se las trata como niñas aparece en su semblante una leve espresion de contrariedad?

Es que la niña se ha convertido en mujer y siente, sin comprenderla, la necesidad del amor.

IX.

Pero un dia, la mirada de la vírgen encuentra una mirada melancólica, triste, audaz, que busca algo en su alma.

A veces, aquella mirada es un *fiat* misterioso que rompe los virginales velos que envolvian el alma de la niña.

La abstraccion se ha concretado: la niña sabe ya por qué se desvela, por qué suspira, por qué ama menos que antes á los pájaros y á las flores, por qué las infantiles estravagancias de sus compañeras la fastidian.

El amor ha pronunciado su palabra sin frases y sin sonidos.

La vírgen ama, y un ser bienaventurado es la concentracion, la aspiracion, la tendencia de su alma.

CAPITULO XI.

Miguel.

I.

Un dia llamaron á Eugenia al recibimiento anunciándola una visita de su primo hermano Miguel.

Eugenia se llevó consigo á Enriqueta.

Miguel era un jóven de veinte y tres años, hermoso y bello á la par, alto, esbelto, distinguido, acentuado su ser con cierta noble y simpática fiereza.

Era uno de los predestinados de la fortuna.

Hijo único de un grande, tan noble como el rey y casi tan rico como el rey, adorado por sus padres, enfatuado por su alto orígen, y adornado de una educacion brillante, Miguel tenia, si se quiere, algo que disgusta generalmente á los hombres porque los ofende, y que agrada generalmente á las mujeres: el aprecio de sí mismo sin necedad y sin jactancia, lo cual es muy difícil.

Sin embargo, si Miguel por su orígen era un noble *pur sang*, no lo era por su educacion: estaba sólidamente instruido: en caso de desgracia podia dedicarse á la enseñanza de algunas materias, desde la equitacion y la esgrima, hasta el dibujo, y algunas lenguas vivas, como el francés, el inglés y el italiano.

Hasta los diez años se habia encargado de su educacion un jesuita, y todo el mundo sabe que los jesuitas no quieren que la juventud sea ignorante.

A los diez años, su padre le envió á un colegio de París: á los catorce pasó á un colegio inglés: de los diez y ocho á los veinte, viajó con un ayo elegido por el jesuita que habia dirigido su primera educacion, por Europa: á los veinte años formó, como agregado, parte de la embajada española en París.

Esta educacion que se habia dado á Miguel, se debia á la ilustracion del padre Prósperi, jesuita romano, confesor del marqués de Campo-Nuño.

El padre Prósperi, por eventualidades que no son de este lugar, habia pasado de su casa de la Compañía, en Roma, á la casa de la Compañía en Madrid, muy recomendado y muy honrado por el general de la órden.

Sin el padre Prósperi, que por razon de sus recomendaciones se puso en contacto con la grandeza, llegando á causa de esto á ser el confesor del marqués, sin el padre Prósperi, repetimos, Miguel hubiera sido educado como lo eran generalmente los hijos de los grandes: se le hubiera enseñado á mal leer, á mal escribir y á montar á caballo: luego él se hubiera hecho torero y reñidor de gallos.

Un grande de España no necesitaba saber mas: le bastaba con ser grande.

Esta educacion peligrosa desnaturalizó á Miguel: conoció la historia; se infiltró de las ideas revolucionarias que germinaban aun de una manera latente, pero poderosa, en el formidable París del Terror; leyó los enciclopedistas; se durmió con Diderot y con Condorcet; sabia á Moliére de memoria; se trataba con Shakespeare; digeria á Dante; examinaba á Voltaire; admiraba á Galileo y Newton: se perdia miserablemente; se desnaturalizaba; pensaba, y ya sabemos, por el célebre manifiesto de la universidad de Salamanca, en los buenos tiempos de Fernando VII, cuán peligrosa era la funesta manía de pensar.

La fe ciega; la repeticion, de memoria, como de artículos de fe, de errores monstruosos inventados por el egoismo para sostener todas las tiranías, todas las injusticias, todas las blasfemias y todos los sacrilegios que mantenian un poder omnímodo y discrecional en las manos de unos pocos hombres; la proscripcion de todo exámen, como la de una rebeldía

de condenado; el horror á todo lo que combatia el fanatismo y el abuso. Hé aquí lo que de buena fe tenian por bueno nuestros nobilísimos abuelos.

II.

Si el marqués de Campo-Nuño hubiera sabido que su hijo habia tenido en las manos á Voltaire, el impío, el poseido de Satanás, el réprobo, hubiera roto decididamente con él.

Como si no fuera altamente necesario el conocimiento de todo: del bien y del mal.

La verdadera fe, la verdadera creencia, es la que resulta del exámen, de la controversia, de la lucha.

La fe pasiva es la fe de los estúpidos.

La fe que no nace de la conciencia ilustrada, no es fe, es fanatismo.

Dios se transparenta en la luz; entre las tinieblas solo pueden sentirse groseras materialidades: el infinito no puede abarcarse en un *creo* inconsciente, sumiso, esclavo.

Dios ha hecho la luz para que resplandezca, y ha dado bastante fuerza á la mirada del hombre para que la luz no le ciegue.

Cuando el hombre es verdaderamente ciego; cuando está verdaderamente fuera de su destino, es cuando marcha entre la sombra, arrastrado por la ignorancia egoista.

El que sabe cree, porque en la ciencia se patentiza Dios.

III.

A Miguel, pues, se le habia dado, segun la manera de ser de su familia, una educacion viciosa; una educacion nociva que debia producir los efectos de un tósigo contra el cual no habia antídoto posible.

En Miguel, el aristócrata existia sin el aristócrata: porque el aristócrata que piensa, que compara, que deduce, que forma su espíritu en el estudio, que se hace hombre digno de los derechos de tal, ha dejado de ser aristócrata á la manera que la aristocracia quiere que se la comprenda.

Miguel habia encontrado la resolucion de un problema muy difícil; esto es: la conservacion de un privilegio, sin que el privilegio fuese una parte de vida social robada á sus semejantes.

Miguel creia que se podia sentir un noble orgullo por los heróicos servicios á la patria representados por un nombre histórico.

Pero no creia que á título de servicios perdidos en la noche de los tiempos, pudiese exigir el goce de privilegios odiosos quien ningun servicio habia prestado á la patria.

Se hizo, en fin, revolucionario, con resabios de aristócrata.

Y no sabemos á qué atribuir aquella especie de fiereza que se advertía en él; si á su conciencia de la dignidad humana, ó á un vicio crónico de su vieja sangre noble.

Por supuesto que Miguel se guardó muy bien de ponerse en pugna con las rancias preocupaciones de su familia.

Cuando en la conversacion se mantenian ideas y creencias absurdas, Miguel callaba; y como se veia obligado á callar con sobrada frecuencia, acabaron por decir de él que era taciturno.

Su padre salia á la defensa diciendo:—No, no señor, es que se ha hecho hombre grave.—Se aceptó la esplicacion y todos tuvieron por un jóven viejo á Miguel.

IV.

Aburríase éste ahogándose en un círculo en que no respiraba ni una sola aura fresca su espíritu.

Habia resuelto pedir á su padre su vuelta á la embajada de París, cuando conoció yendo á visitar á su prima en el colegio, á Enriqueta.

Lo que quiere decir, que siendo aquella la primera visita que hacia el primo á la prima, despues de su vuelta del estranjero, á los seis dias de estar Miguel entre su familia, se habia hastiado.

Su pobre madre, el único ser en que hubiera encontrado mucho de dulce, de bello y de consolador, porque siempre es bello, consolador y dulce el amor de las madres, estaba ya por aquel tiempo tan paralítica, que apenas le habia reconocido.

V.

En el momento en que se vieron Enriqueta y Miguel, se amaron.

Enriqueta concretó su abstraccion.

Miguel, se olvidó de su propósito de pedir á su padre su vuelta á París.

A pesar de esto, ninguno de los dos jóvenes se dió, por el momento, cuenta del amor que habian sentido.

El amor es el sol del alma: tiene, como el sol, un crepúsculo vago.

El amor que no empieza por la vaguedad del misterio, es el repugnante deseo de la materia, la perversion del alma corrompida.

Enriqueta no podia sentir ese amor bastardo, y no conocia el amor de raza pura.

No podia inspirar una sensacion material, y Miguel fue acometido por el amor sin sentir su acometida: estaba todavía en la blanca aurora; aun no habia aparecido el sol en el horizonte de su amor.

CAPITULO VI.

La refundicion de dos almas.

I.

Aquella blanca aurora, si bien acreciendo gradualmente en luz, duró tres meses.

Al poco tiempo, á la segunda vez que vió en su casa á Enriqueta Miguel, á la segunda visita que hizo á su prima en el colegio, los dos jóvenes comprendieron que se amaban.

Habian pasado muchas noches de dulce vigilia el uno por el otro.

Su mutuo recuerdo, intenso, puro, tranquilo, lleno de confianza y de fe, porque el amor es un sentimiento esquisito que siente la relatividad de otro sentimiento semejante, ardia constantemente en ellos, creciendo, embelleciéndose, saturándose de todas esas delicadas aspiraciones del amor de los seres nacidos para alentar en lo bello.

El amor es la trasfusion recíproca de dos almas.

Es la identidad de dos seres dentro de un paraiso.

Es el agente creador del ser humano completo; de la mujer, mitad del hombre, y del hombre, mitad de la mujer.

La union de estas dos mitades, es el amor.

II.

Llega un dia en que estas dos mitades unidas en el espíritu en el deseo, en la aspiracion, necesitan unirse en la materia.

Ha aparecido el sol: el amor necesita la refundicion completa; la vivificacion; la realizacion del *fiat divinum* eternamente repetido.

Llega un dia en que dos que se aman, necesitan compartirlo todo: el placer, el dolor, la tristeza, la alegría, la enfermedad, la salud; en que necesitan constituirse en un solo ser.

III.

Ambos sentian esta irresistible tendencia; y sin embargo, nada se habian dicho con la palabra: todo se lo habian dicho con la mirada, con el enrojecimiento, con la palidez del semblante; con la tristeza y con la alegría.

Se amaban, eran felices, y solo faltaba el complemento de aquella felicidad.

La union completa: el matrimonio.

IV.

Un dia Miguel dijo á Enriqueta.

—Necesito hablar de usted á mi padre: deseo que usted me autorice.

Enriqueta se puso pálida, bajó los ojos; volvió á alzarlos, miró de una manera suprema, con un supremo pudor, con una suprema alegría, con una suprema y ardiente esperanza á Miguel, y dijo volviendo á bajar los ojos, con la voz apagada, pero clara y distinta, y vivamente encendida:

—Sí.

Miguel se despidió en el momento.

Media hora despues estaba delante de su padre que, por razon de la gota que le afligia demasiado, tenia las piernas estendidas sobre un almohadon de pluma puesto sobre un taburete.

El marqués estaba del peor humor del mundo, y acababa de pedir su baston á su ayuda de cámara para sacudirle con él, por no sabemos qué delito.

Cuando se abrió la rica mampara de cuero de Córdoba, estampada con el gran escuson de la familia, el ayuda de cámara respiró.

La presencia del señorito aplazaba la ejecucion, mejor dicho, aparecia una persona que debia compartir con el ayuda de cámara el mal humor gotoso de su escelencia.

V.

—¿Y bien, qué? dijo el marqués volviendo su atrabiliaria bilis hácia su hijo: esto es intempestivo; tú no vienes nunca á estas horas; son tus horas de picadero.

—Tambien son las horas de las visitas, contestó Miguel.

—¡Ah! sí, y vienes á hacerme una visita de cumplido... muchas gracias: necesitas dinero, ¿eh? que te lo den.

—No, no es eso, padre mio; necesito algo mas.

—¿Eh? ¿qué? ¡algo mas que dinero!

Y volviéndose al criado añadió:

—Véte.

El ayuda de cámara no se lo hizo decir dos veces.

Quedaron solos el padre y el hijo.

—Sufre usted mucho de la gota, ¿no es verdad? dijo dulcemente Miguel.

—Y sufro mucho mas cuando me impaciento: me está impacientando el deseo de saber qué grave cosa es la que necesitas, puesto que es mas que dinero: siéntate y habla.

Miguel se sentó.

—Creo, dijo, haber oido á usted hablar con sumo aprecio, como de un grande amigo, del teniente general de la armada, baron de Casa-Bermeja.

—En efecto, contestó el marqués: yo era alférez de navío, y él teniente en el *San Juan Nepomuceno*, y asistimos juntos al memorable combate de Trafalgar; casi simultáneamente fuimos heridos y nuestra sangre se mezcló sobre el puente del navío.

—¡Ah! esclamó Miguel; hé ahí un augurio.

—¡Un augurio! ¿y de qué?

—¿De qué, padre mio? la sangre de ambas familias está tal vez predestinada á mezclarse.

—¡Ah! ¡ta, ta, ta! la rubia, la Enriquetita; ¡ah! sí; pues mira, ya habia yo pensado en eso; es una chica deliciosa: me alegro, creí que me ibas á dar un disgusto: seria el primero, es cierto, pero no importa; los padres deben estar siempre preparados á la ingratitud de los hijos.

—¡Oh! padre mio; espero que nunca podrá usted quejarse de mi ingratitud.

—Bien, bien; pero vamos al negocio: ¿lo sabe ella?

—Sí señor; la he pedido su autorizacion para dar este grave paso.

—Supongo que no habrá habido amoríos, ni epístolas, ni recados á la portera del colegio, ni otras mil cosas que se permiten para pervertir la juventud de nuestros tiempos: un hombre de honor debe respetar como á una cosa sagrada á la mujer á quien ha elegido para continuar la digna descendencia de su casa: una jóven no puede oir decentemente mas que una sola palabra; su beneplácito para pedir su mano: antes de pronunciar esta palabra, el uno y el otro saben si se aman, cuando las cosas suceden como ahora; á veces ni aun se conocen, cuando ya han contraido un compromiso formal: tu madre y yo no nos conocimos hasta el dia en que nos casamos; todo lo arregló el consejo de familia: y hemos sido felices, muy felices, yo te lo aseguro... con que ¿no ha habido indiscreciones? ¿no se ha dado nada que decir?

—No señor; mi declaracion de amor ha sido pedirla su consentimiento para hablar á usted de nuestra union.

—Bueno, bien: tan de acuerdo está tu deseo con el mio, que no quiero perder un momento: creo que Casa-Bermeja está en el departamento del Ferrol: es un hombre muy raro; no puede dormir sino le arrulla el Océano: yo me paso muy bien sin él, la gota á bordo es un inconveniente del diablo. Sírveme de secretario, porque este es un verdadero secreto; podemos pescar una negativa... porque te lo advierto, mi amigo Ezguerra, es un estravagante: si le pilla de mal humor mi carta, será capaz de decir que no, y si dice que no, lo diré yo tambien; le enviaré noramala, y asunto concluido. Allí hay papel, lacre, sellos, etc.: escribe.

VI.

Miguel se sentó en la gran mesa de despacho de su padre.

—Por mas que yo esté impaciente, padre mio, dijo Miguel, me parece oportuno evitar quejas y disgustos entre nosotros: ¿por qué antes de dar un paso decisivo, no consultar, segun costumbre, al consejo de familia?

—¡Eh! ¡el consejo de familia! ¿y qué es nuestro consejo de familia? mi hermano Pedro con su humor atrabiliario; mi hermano Antonio, solteron irreconciable, con su eterno humor acre, que ha de llevar á todo la contraria; tu madre paralítica, que casi es un

cadáver; la marquesa de Dos-Rios, vieja chocha y solterona, y tu prima Eugenia, una chiquilla de catorce años; ¡bah! ¡bah! yo soy el hermano mayor, el jefe de la familia y puedo pasarme muy bien sin ellos; si el señor vizconde de Nava-Redonda se irrita por irritarse, peor para él y para su asma; y si la vieja marquesa de Dos-Rios murmura, mejor, porque ésta se pone muy divertida cuando se incomoda; yo me entretengo agradablemente haciéndola rabiar: escribe, hijo, escribe.

VII.

Miguel puso la pluma sobre un gran pliego avitelado, y el marqués de Campo-Nuño, dictó lo siguiente:

«Excmo. Sr. baron de Casa-Bermeja:

Mi muy querido y nunca olvidado amigo: Es muy posible que yo me hubiera muerto sin escribirte á no ser porque á mi hijo Miguel se le ha ocurrido enamorarse de tu hija Enriqueta.

Antes que él, me habia yo enamorado de ella en nombre suyo; y puesto que los dos se quieren, espero me contestes á vuelta de correo, manifestándome, como no puedo menos de esperarlo, tu asentimiento.

Cuídate mucho y dispon como quieras de tu invariable amigo.—Marqués de Campo-Nuño.»

Esta carta pareció demasiado ligera á Miguel y se le oprimió el corazon.

Un vago presentimiento le hacia prever una negativa; y una negativa era como la muerte para Miguel.

Tomó, sin embargo, una carpeta sobre la que iba la carta, se acercó á su padre, y le presentó la pluma para que firmase.

—Tienes una hermosísima letra, dijo su padre firmando; y esto me contraría un poco: por tu letra pareces hijo de un maestro de escuela.

Miguel no contestó.

Estaba tan preocupado con la ligereza de la carta de su padre, que ni aun habia oido sus palabras.

—Ciérrala, séllala y pon el sobrescrito en regla: Ezguerra es un original muy quisquilloso; no hagamos que por una omision en el sobre lea de mal humor la carta y nos conteste alguna atrocidad: escribe: «Excmo. Sr. D. Jaime Ezguerra Velasco y Sandino, baron de Casa-Bermeja, teniente general de la armada, gran cruz de Carlos tercero, etc. —en el departamento del Ferrol.»

Afortunadamente el sobre era grande y pudo caber todo esto sin atentado á la belleza de la escritura.

—Manda que la certifiquen, continuó el marqués, estas cartas graves deben ir certificadas, para precisar la contestacion y evitar todo pretesto; envia en seguida media docena de cirios á Nuestra Señora de la Soledad de la calle de la Paloma, y ofrécele una solemne funcion de gracias á fin de que haga que Casa-Bermeja no salga con alguna monstruosidad.

—¡Ah! no; yo haré que Enriqueta le escriba tambien.

—¡Disparate! Cabalmente la pobre chica se queja del desamor de su padre: ya ves, á los diez y ocho años aun la tiene en el colegio: esto es raro; ¡y no haberme á mí hablado nunca Casa-Bermeja de esta hija suya! pero ya se ve, hace veinte años que no nos vemos, ni aun nos escribimos, y Enriqueta solo tiene diez y ocho: anda, Miguel, anda, y que certifiquen la carta.

—Gracias, padre mio, dijo Miguel.

Y salió con el alma oprimida.

VIII.

Quince dias despues, el marqués de Campo-Nuño llamó á Miguel.

Le encontró éste pálido, demudado, convulso de cólera, con una carta terriblemente arrugada en la mano.

—Te prohibo rotundamente que pienses mas en Enriqueta, dijo el marqués, cuya voz hacia casi ininteligible la cólera: toma, mira, ya lo esperaba yo: ¡miserable! ¡estúpido, grosero! y mi gota... mira; en cuanto leas esa carta, tomas la posta, te vas al Ferrol, le das de mi parte una bofetada á Casa-Bermeja, y en seguida te das de estocadas con sus dos hijos: ¡ah! ¡por vida de mi abuelo, y de todos los que han tenido sangre negra en mi familia! toma, toma, mira; no te estés ahí hecho una estátua: ¿qué te importa á tí de esa chiquilla? un hijo mio honraria á una infanta eligiéndola por esposa.

Miguel se pasó la mano por la frente, cubierta de sudor frio, y tomó la carta que le presentaba la trémula mano de su padre.

Por algunos segundos, no pudo leerla: no veia: al fin se determinaron para él sobre aquella carta arrugada, estas terribles líneas:

«Excmo. Sr. marqués de Campo-Nuño.

Mi muy querido amigo: no comprendo el asunto de que me bablas

en una carta tuya que he recibido certificada, y te suplico que no vuelvas á hablarme de él.

Siento que no me hayas ocupado en cosa en que hubiera podido complacerte.

Te deseo muy buena salud. Tu antiguo compañero,

Baron de Casa-Bermeja.»

IX.

Miguel apuró toda la amargura de su situacion; toda su agonía, y permaneció de pie, mudo é inmóvil.

—¿No te he dicho que en el momento en que leyeses esa carta tomases la posta? dijo el marqués con la voz opaca y trémula, en la que se notaba lo creciente de su cólera.

—¿Y para qué he de ir al Ferrol? dijo con desaliento Miguel.

—¿Para qué? esclamó el marqués apoyando con fuerza sus manos sobre los brazos de su sillon, como si hubiera querido levantarse; ¿para qué? para que Casa-Bermeja se coma esa insolente carta: ¿para qué? para hacer pagar á los hijos la desvergüenza del padre. ¡Y te atreverás todavía á amarla! ¡y no arderá tu sangre como arde la mia! ¡no! si tú sintieras como yo la siento, la injuria que se nos hace despreciándonos, no estarias ya aquí: ¡tú no eres mi hijo, Miguel! ¡yo no reconozco en tí mi sangre!

—¡Oh, padre mio! esclamó Miguel: la cólera estravía á usted: ciertamente es muy irregular la respuesta del general Ezguerra á la carta de usted: yo, de una manera mas terrible que usted, he sentido lo desgarrador de esa carta.

—No, lo desgarrador no; lo insolente, lo grosero, lo despreciativo, sí: ¡oh! este insulto reclama una venganza pronta: ¿para qué eres un tremendo tirador de armas? ¿para qué? veamos: ¿para hacerte atrás como una doncella, cuando es necesario que te arrojes espada en mano sobre un enemigo? ¡tú eres el primer cobarde de mi raza, Miguel!

—Cobarde no, esclamó el jóven; pero yo no puedo alzarme contra el padre ni contra los hermanos de Enriqueta.

—¿Por qué? ¿por qué? sepamos.

—Porque la amo, porque me ama; porque yo no puedo cubrirla de luto por sus hermanos ó por mí; porque yo no puedo obligarla á aborrecer á sus hermanos si me matan, ó á que me aborrezca si los mato yo.

—¡Es decir, esclamó ya completamente descompuesto por la cólera el marqués, que amas á esa Enriqueta mas que á tu padre, mas que á nuestro honor, mas que á todo!

—Permítame usted, padre mio, le diga que exagera: Casa-Bermeja está en su derecho negándome su hija.

—Los términos en que esa negativa está concebida, son altamente injuriosos; tú no has leido bien esa carta, Miguel; vuelve á leerla.

—La sé de memoria.

—Yo tambien: no se justifica la negativa con una disculpa cualquiera, no; se ha prescindido de todo; hay algo que me subleva la sangre en esa frase: «*No comprendo el asunto de que me hablas en tu carta*» y aquello de «*Te suplico no vuelvas á hablarme de él.*» Esto envuelve un desprecio irritante, irritantísimo, imposible de digerir para quien como yo tiene el estómago delicadísimo para los asuntos de honor: tú, por lo que veo, tienes el estómago muy fuerte, capaz de devorarlo todo: por eso te desconozco; por eso te digo que no eres mi hijo; no, imposible; no veo en tí mi sangre.

—Mi sangre arde, padre mio; mi sangre se irrita bajo las frases de esa carta que no puedo olvidar: ¿pero qué hacer? la carta en que usted pidió á Casa-Bermeja la mano de su hija para mí, era demasiado ligera, demasiado original: asi se le hubiera podido pedir un caballo ó un perro.

—¡Ah! ¡ya! vamos, tú hubieras querido que yo hubiera escrito un memorial respetuosísimo á Casa-Bermeja, terminado con la fórmula servil de *gracia que espero merecer de la bondad, de la magnanimidad de V. E. para honra y gloria de mi familia*: ¿no es esto? tú hubieras querido que yo me humillara; que pidiera como una limosna á Ezguerra el favor de admitir á su hija en mi familia: porque en fin, ¿qué es Ezguerra? un título de ayer mañana; pues no data mas que de la guerra de sucesion; un grande, pobre y empeñado, que vive oscurecido en Galicia, porque allí todo cuesta barato, y que necesita para salir adelante su sueldo de teniente general: ¡ah! ¡sí! yo le hacia un favor y él me desprecia; bien; no me despreciará mucho tiempo: tú no quieres ir; iré yo: viejo contra viejo; igual da; nos sentaremos el uno frente al otro, y nos haremos fuego á quema-ropa.

—¡Oh, padre mio, por Dios! ¡qué obcecacion! ¡qué cólera tan funesta! iré: me entenderé con Casa-Bermeja; le pediré una esplicacion de su carta.

—No, una esplicacion no; la carta se esplica por sí misma; una injuria no puede ser mas que una injuria; y ningun hombre bien nacido pide de las injurias que se le hacen esplicaciones; lo que pide es sangre por sangre: asi al menos lo hemos entendido hasta ahora los hombres de honor: si las nuevas ideas que por desgracia lo inficionan todo, y de las cuales me pareces contaminado, arreglan de otra manera estos negocios, yo protesto contra esas ideas vergonzosas, contra esas ideas infames: el honor no puede cuestionar; el honor no puede ni debe mas que lavar su mancha con sangre: no me haces falta: yo me encargo de este asunto; aun vivo; aun late con fuerza mi corazon: véte y no vuelvas á presentarte ante mí; yo haré lo que debo hacer, respecto á tus alimentos.

—¡Padre mio, por Dios! ¡óigame usted!

—Nada quiero oir, nada puedo oir: véte digo: ni una réplica mas; véte.

Y el marqués, estendiendo su brazo tembloroso, señaló la puerta á Miguel.

Miguel hizo un movimiento de decision desesperada, y salió.

Dos horas despues, en una silla de posta, corria ganando horas sobre la carretera del Norte.

CAPITULO VII.

La esplicacion de una carta.

I.

A los cuatro dias llegó al Ferrol y preguntó en el departamento por la habitacion del general Ezguerra.

Le dijeron que el viejo marino vivia solo con algunos criados en una roca sobre el mar de la Marola.

Miguel se trasladó allá.

Sobre aquel mar, siempre de hirvientes olas; rugiente siempre; siempre amenazador, en la plataforma de una ancha roca, á la que se llegaba por un suave declive orlado de árboles de sombra, habia una bella construccion de piedra que parecia un castillejo antiguo, compuesta de un torreon redondo y de un cuadrado de habitaciones mas bajas.

Faltaban, sin embargo, las almenas, las barbacanas y todo lo que podia constituir el mas leve detalle militar.

Los techos eran de pizarra, y por la parte de tierra el edificio no tenia mas abertura que una gran puerta cuadrada cerrada por dos fuertes hojas de roble, en las cuales se veian dos grandes llamadores de hierro.

Miguel, que iba solo, echó pie á tierra delante de aquella puerta, y dió en ella un fuerte golpe.

Poco despues se abrió la puerta y apareció un anciano con el trage

completo de marinero de guerra, pero sin armas y sin nombre de buque en el sombrero.

—¿Vive aquí el señor baron de Casa-Bermeja? le preguntó Miguel.

—Sí señor, contestó cortésmente el anciano marinero.

—¿Puede vérsele?

—Sí señor; el general no se niega á nadie; por el contrario, agradece que vengan á visitarle en su retiro.

—Pásele usted esta tarjeta, dijo Miguel sacando una de su cartera.

—No hay necesidad, señor, dijo el anciano; puede usted pasar desde el momento.

—Suplico á usted le lleve esta tarjeta, insistió Miguel; me conviene que la vea antes de recibirme.

—¡Ah! de ese modo... como usted guste, dijo el marino tomando la tarjeta, y añadió cogiendo las bridas del caballo: permítame usted, señor; hágame usted el favor de pasar.

Entró Miguel.

El marinero metió dentro el caballo, cerró la puerta y dijo á otro marinero viejo tambien que cruzaba á la sazon el estrecho patio de la casa.

—Gaspar, este caballo á la cuadra; y añadió dirigiéndose á Miguel: suplico á usted que me siga.

—No, no; esperaré aqui, dijo Miguel.

—¿En el patio, señor? el general va á incomodarse conmigo.

—Esperaré aquí.

—Bien, señor, dijo el marinero.

Y cruzando uno de los cenadores del patio, desapareció por la entrada de unas escaleras.

II.

No pasaron cinco minutos hasta que un caballero alto, delgado, cano, de fisonomía sumamente noble y simpática envuelto en una larga bata oscura y con una gorra azul de marino con dos entorchados bajó por aquellas escaleras y adelantó rápidamente hácia el jóven trayendo su tarjeta en la mano.

Miguel acortó la distancia.

—El hijo de mi antiguo compañero el marqués de Campo-Nuño, por mas que tenga motivos para estar predispuesto contra mí, no debe dete-

nerse en mi casa sino donde me encuentre: vamos, caballero, dijo el general Ezguerra asiendo la mano del jóven y llevándole consigo: ¿y cómo está el marqués?

—Con la gota sumamente irritada, señor baron, contestó Miguel.

—¡Ah! ya, sí, dijo Casa-Bermeja subiendo por las escaleras y llevando aun de la mano al jóven: siempre irritable; mi carta ha debido disgustarle mucho; y sin embargo, yo no podia ni debia contestarle de otro modo: hablaremos, amigo mio, hablaremos, y antes de mucho se verá usted obligado á tener compasion de mí.

III.

El general, que habia llegado con Miguel al corredor alto, abrió en un ángulo una mampara, atravesó un corredor, y entró con el jóven en un salon circular que en la mitad de su circunferencia tenia tres grandes balcones que daban sobre el mar.

Aquella era completamente la habitacion de un marino.

En el velador, en las consolas, habia modelos de buques de guerra, instrumentos, libros en desórden.

En las paredes cartas náuticas, armas chinas, americanas, objetos raros, fósiles, animales disecados.

IV.

El general señaló un sillon, colocado junto al balcon central, á Miguel, que se sentó, y sentándose el anciano, le dijo señalando al mar, cuyas olas venian rodando á romper contra la roca bajo el edificio.

—Hé ahí el lugar donde empezó la historia que me veo obligado á referir á usted; porque de seguro, usted vendrá á pedirme una esplicacion de la estraña carta con que he contestado á la solicitud de su padre de usted, que en otra situacion, lo confieso francamente, me hubiera llenado de alegría.

—No vengo á pedir esplicaciones, señor baron, contestó Miguel; vengo á suplicar.

—¡A suplicar!... dijo tristemente Ezguerra; de ningun modo, amigo mio; la situacion en que nos encontramos es dificilísima, porque es escepcional. ¿Cómo ha conocido usted á Enriqueta?

La voz del general temblaba al pronunciar el nombre de la jóven.

—Yendo á visitar á una prima mia al colegio de niñas nobles de Leganés, dijo con la voz no menos trémula Miguel.

Pasaron algunos momentos de silencio forzado.

Al fin, el general dijo:

—Exijo á usted su palabra de honor de que reservará como un profundo secreto lo que voy á revelarle.

—Tiene usted mi palabra, señor baron, dijo Miguel.

—Pues bien, continuó el general, haciendo un esfuerzo, como si le costase una gran violencia lo que iba á decir; yo no tengo mas que dos hijos que sirven en la marina real.

—Entonces, señor baron, dijo Miguel que se habia puesto densamente pálido, ¿quién es Enriqueta?

—Mi hija, contestó el baron con voz sumamente baja; pero no puedo decirlo, no puedo reconocerla; porque Enriqueta... en fin, es necesario que yo cuente á usted la historia que empezó en esas aguas hace diez y nueve años.

V.

Y señaló de nuevo al golfo.

—Una apuesta imprudente me obligó á cruzar en una falúa, el mar de la Marola; ese mar cuya espuma, al romper en las rocas, vemos en este momento á través de los cristales.

En efecto, de tiempo en tiempo, se veia saltar la espuma de la rompiente hasta la altura del balcon.

—El Nordeste es terrible en estas aguas; apenas nos engolfamos se levantó el Nordeste, y comprendí que corria un peligro inminente en una pequeña embarcacion con un mar demasiado bravo.

El peligro se hacia cada vez mayor: la mar no era ya gruesa: los golpes de mar, que hubieran puesto en peligro á un buque de alto bordo, amenazaban á cada instante sumergir la falúa.

Mi honor de marino estaba empeñado y no habia medio de retroceder. Aferré la vela y me dejé llevar por el tiempo.

Solo un milagro podia salvarnos, y el milagro solo se realizó respecto á mí. Los marineros, poseidos del pánico invocaban á Nuestra Señora del Cármen: yo me acordaba, con una amargura infinita, de mi jóven esposa, de mis hijos, niños: el jefe de escuadra temblaba como los pobres mari-

neros: el abismo se abria bajo nuestras plantas, y sobre nuestras cabezas se hinchaban las olas amenazadoras, sombrías, implacables.

La falúa era un pequeño objeto flotante que seguia las ondulaciones horriblemente pronunciadas, del mar; y ya aparecia sobre una gigantesca ola, montándola por milagro, ya se hundia en un abismo.

Al través de la bruma, y gracias á mi anteojo, descubrí en una pequeña playa del Cabo Prioro, un grupo de mujeres que nos habian visto y nos hacian señas con sus pañuelos, empujando hácia el mar un galeon. Era evidente que aquellas pobres chicas querian salvarnos: no habia un solo hombre: sin duda habian acudido á otro lugar de la costa, á dar salvamento á algun buque.

En la costa de Galicia, amigo mio, todos son marineros: los hombres, las mujeres, los niños. La tempestad les es familiar: las olas no les espantan y viven, arrancando á la mar la pesca y al náufrago que, desesperado, ve el rostro á la muerte en esta costa brava.

Con mucha frecuencia, si quereis dar un paseo por el mar, la tripulacion de vuestro bote, se compone de mujeres, de niñas hermosas como arcángeles, embellecidas por el pintoresco trage de las costeñas de Galicia, tendidas las largas trenzas y pendientes algunas medallas benditas del hombro derecho del corpiño.

Estais muy espuesto con tal tripulacion á que vuestro corazon naufrague en una mar llana, acometido inocentemente por la hermosura, por el candor, por la juventud, por la alegría.

A veces estas pobres hijas del mar se lanzan al temporal, confiadas en la vírgen del Cármen, en su escapulario y en las medallas benditas que llevan pendientes del hombro; y sea que el mar respete á estos ángeles, sea que en efecto, Nuestra Señora del Cármen sostenga y guie su débil embarcacion, nunca se arrojan á las olas sin salvar algun náufrago.

Yo me aterré mas por aquellas jóvenes que impulsaban hácia el mar el galeon, que lo que ya lo estaba por mí mismo.

Tres veces aun mi falúa montó tres sucesivos golpes de mar; tres veces vi á las pescadoras hacernos señas y continuar su trabajo de salvamento.

A la tercera vez, ya el galeon, tripulado por aquellas valientes amazonas marinas, apareció sobre una ola, con la proa vuelta hácia nosotros, tripulado por una docena de jóvenes.

El mar nos impulsaba á la playa.

Mis marineros eran ya inútiles: conocian la imposibilidad de salvarse, y se habian reducido á la inercia del terror: rezaban.

De repente, un golpe de mar hizo zozobrar la falúa; la volcó, y en fuerza de serenidad pude salir de debajo, ponerme á flote y nadar de una manera desesperada.

Nada veia; nada mas que la gigantesca ola verdi-negra á que me abandonaba: mi único afan era mantenerme á flote: tragaba mucha agua: el agua del mar, y mucho mas en la situacion desesperada en que me encontraba, embriaga, marea, aturde: el pánico se iba apoderando de mí: muy pronto solo obró en mí el instinto; al cabo me sentí ir á fondo.

Invoqué á la madre de Dios con toda la fe de mi alma, y luego nada.

Recuerdo, como un sueño vago, que sentí una fuerza que me impulsaba, que me levantaba; algo que me asía.

Cuando volví en mí, me encontré en una barraca de pescadores.

Una jóven, como de quince años, estaba de rodillas junto á mí: de pie, taciturno, sombrío, un viejo pescador, fijaba en mí una mirada de conmiseracion profunda.

Cuando recobré por completo el uso de mis facultades, supe que la que estaba á mi lado era la patrona de un galeon que habia ido al salvamento de mi falúa, y el anciano pescador, su padre.

María era un arcángel humano.

Pero usted conoce á Enriqueta: Enriqueta es el retrato de su madre.

—¡Su madre! esclamó con una espresion indefinible Miguel.

—Sí, su madre: pagué con una seduccion mi deuda de gratitud á María: la engañé suponiéndome soltero; la obtuve empeñándola mi palabra, alegando la necesidad que tenia de una real licencia en razon á mi grado de jefe de escuadra. Me es muy doloroso seguir en todos sus detalles el relato de la historia producida por una imperdonable falta mia; por una debilidad del corazon que me ha producido un remordimiento inestinguible: ese remordimiento me ha traido aquí: me ha obligado á construir este nido de gaviota en que vegeto: ese mar me atrae, me habla; cuando ruge me parece que oigo la voz de María que me llama.

Los ojos del general se estraviaron y apareció en ellos la espresion de la locura.

—Me casé, dijo, por razones de conveniencia de familia: cuando me casé no amaba á mi mujer: esperé que el tiempo crearia el amor: me engañé: solo pude estimar y respetar á mi esposa: el amor es un sentimien-

to que no se contrae, no; es un sentimiento que nos acomete cuando estamos mas descuidados; que se apodera de nosotros, que hace para nosotros de una mujer un universo; que nos embriaga, que nos enloquece; que se sobrepone á la conciencia, á la dignidad; que hace de un justo, un demonio: es la enfermedad mortal del alma; la felicidad sin límites, cuando Dios le bendice; la condenacion, la desesperacion eterna, cuando le inspira el infierno.

María fue para mí esa tentacion irresistible; esa alucinacion de los sentidos que impone silencio á la conciencia: no quiero disculparme, no; porque para disculparme seria necesario que perdiese mi fe; que negase el libre albedrío que Dios ha dado á sus criaturas para elegir entre el bien y el mal. ¿Cómo si no exigir á los hombres la responsabilidad por sus malas acciones, ó concederle el premio debido al sacrificio de la virtud que lucha con las pasiones y las vence? No, no me disculpo, amigo mio; cometí una falta imperdonable, y las terribles consecuencias de esa falta, son mi castigo.

Amé á María con un amor del infierno, y ella confiada en mi honor, me amó con un amor de los cielos coronado por el martirio.

Yo visitaba con alguna frecuencia la playa donde se levantaban las barracas de los pescadores, entre los cuales vivia el anciano Mateo con su hija.

Mis visitas eran nocturnas, ignoradas.

María, sencilla é inocente, iba á esperarme entre las rocas á alguna distancia de las barracas.

El mar, el cielo y la noche, fueron los testigos de nuestros amores.

Pasó algun tiempo y mi inflexible deber de marino me obligó á separarme de María.

Fui destinado al apostadero de la Habana.

No me atreví á dar esta noticia á la desdichada, y me hice á la vela, con el corazon oprimido por un lúgubre presentimiento.

Dos años tardé en volver; dos años que fueron para mí una eternidad de sufrimientos incalculables.

No la habia olvidado; no podia olvidarla: su recuerdo habia ardido perenne en mi corazon: mi amor habia crecido hasta convertirse en delirio.

Por vergüenza, por una vergüenza criminal, no me atreví á procurarme noticias suyas: hubiera sido necesario confiar á alguien mi secreto;

y ¿cómo decir á nadie: yo, un hombre casado, en la edad madura, en que deben dominarse las pasiones; yo, un hombre de honor, he faltado á la fe prometida; he injuriado á mi noble esposa; he seducido á una niña inocente: la he engañado como un miserable; la he abandonado como un cobarde? no, no tuve valor para deshonrarme ante ningun hombre: pude confiar mi secreto á un sacerdote, pero temí la maldicion del sacerdote y callé: còmo los réprobos soberbios, ocultaba mi falta á los hombres, y no me atreví á levantar la mirada á mi Dios, temiendo encontrar la cólera en sus ojos.

VI.

El general calló como fatigado, como abrumado por aquellos sombríos recuerdos.

Miguel tenia fija la mirada en la alfombra, estaba pálido, y de tiempo en tiempo se estremecia.

Pensaba en Enriqueta, oyendo con una desesperacion muda la confesion del general.

Lentamente iba germinando en él un pensamiento de rebeldía á su padre, á su raza, á todo lo que pudiese impedirle la posesion de Enriqueta.

Ardia su frente; golpeaba la sangre en sus arterias; tenia fiebre; habia caido en una abstraccion dolorosa.

De improviso le sacó de ella la voz del general que se habia hecho ronca y sombría.

VII.

—Llegamos á Vigo y la cuarentena se me hizo insoportable. Habia sido destinado al departamento del Ferrol, donde debia carenarse el San Juan Nepomuceno, y ansiaba saltar en tierra para correr en busca de María.

—Salté en tierra y... no me atreví á buscarla: temia: ¿qué habia sido de ella durante aquellos dos años? ¿cómo avisarla de mi vuelta? ¿cómo presentarme ante aquellos honrados pescadores, entre los cuales, tal vez, por un resultado de mi locura, se habria deshonrado María? Fui otra vez cobarde: apuré mi ansiedad y no la busqué.

Un dia, al entrar en la capitanía del puerto, oí una voz triste, trémula y á la par severa que esclamaba:

—Perdone usia, mi jefe, pero tengo necesidad de hablarle, y de hablarle á solas.

Me volví y vi al anciano Mateo, al padre de María que me miraba de una manera terrible, con un odio y un desprecio infinitos.

El padre se olvidaba de la ordenanza á que está sujeto todo hombre de mar.

—Apartémonos si á usía le parece, mi comandante, me dijo: y echó á andar.

Yo le seguí dominado: entonces, el capitan de navío no era el jefe; el que mandaba, el que se hacia obedecer con la grandeza de la dignidad de un hombre honrado, era el padre ofendido.

Mateo dió la vuelta á una pila de maderas de construccion, se detuvo y me dió frente.

Si entonces, en aquel lugar solitario, hubiera puesto mano á su cuchillo, yo no hubiera retrocedido; no me hubiera defendido: herido por él y con vida para revelar el nombre de mi asesino, hubiera declarado que me habia herido la justicia de Dios.

Pero Mateo se redujo á decirme con una tranquilidad terrible.

—María ha muerto.

Pasó por mí un frio de muerte: mis ojos se nublaron y necesité apoyarme en las maderas para no caer.

En medio de aquel vértigo oí la voz de Mateo que continuaba fria siempre, siempre espantosa dejando conocer al través de su tranquilidad una desesperacion infinita.

—Sí, ha naufragado en la ria de Padron; es muy mala ria: allí, entre otras muchas cruces, hay una cruz de hierro en la que durante la baja marea, puede leerse:

«Aquí naufragó el galeon Vírgen del Cármen. Las jóvenes que le tripulaban se salvaron menos María Coello, hija de Mateo Coello, el de la Marola. Feneció á los diez y seis años de edad.—Rogad á Dios por su alma.»

La fuerza bárbara de la impresion desvaneció mi vértigo: quise hablar y no encontré qué decir á aquel padre que me miraba con una cólera tranquila.

—Afortunadamente, continuó Mateo, María no llevaba consigo á su hija.

—¡A su hija! esclamé; ¡su hija!... ¡mi hija!

—¿Pues de quién ha de ser hija mas que de vuestra señoría? dijo sordamente Mateo: ¿pues qué, mi María pudo ser madre sin volverse loca? ninguna criatura enloquece mas que una vez.

Yo callaba: la justa indignacion de aquel padre, me enmudecia.

—La eché, sí; la eché cuando no podia estar entre sus hermanas sin avergonzarlas; la eché delante de todos para que todos viesen que yo arrojaba de mí la deshonra. La dí el poco dinero que tenia y la envié al Carril.

La voz del viejo Mateo se mojó en lágrimas.

—No la he vuelto á ver, dijo: un dia, hace tres meses, me contaron que el galeon Vírgen del Cármen se habia ido á pique; que mi pobre María, que iba al timon ganándose la vida para mantener á su hija, á su Enriqueta, habia perecido.

El anciano se limpió las lágrimas con el revés de su áspera mano.

—Yo no puedo perdonar esto si no con una condicion. Sé, porque María me lo dijo, que usía era la causa de su deshonra; que usía la habia prometido casarse con ella; que usía la habia abandonado. Me dijeron en el Ferrol que usía era algo mas que jefe de escuadra; me dijeron que usía era baron de Casa-Bermeja; grande de España, y mas que eso para mi, para mí pobre hija, que usía era un hombre casado. Entonces, volví y arrojé á María de mi familia. Pero... esto será tener el corazon blando de viejo: quiero á mi nieta; la quiero mas que quise á mi madre, mas que quise á mi mujer, mas... que quise á María... y queremos mucho los pobres padres á las malas hijas: la quiero mas que quiero á mis otras hijas honradas; y no la he visto, no la conozco, no me he atrevido á ir á verla, no fuera que me preguntase por su madre: pero... usía que tiene la culpa, usía debe ir; usía irá: usía recogerá esa pobre niña y la hará todo lo feliz que pueda hacerla. En este papel están las señas: solo para esto me he atrevido á incomodar á usía.—A la órden de usía, mi jefe.

Y dándome un negro y arrugado papel que yo cogí maquinalmente, tomó la vuelta de la pila de maderas.

Cuando volví en mí, cuando quise buscarle, detenerle, habia desaparecido.

Hé aquí la dolorosa historia del orígen de Enriqueta.

Hasta los cinco años estuvo en el Carril en poder de su nodriza: hasta los diez, en el Ferrol, en el convento del Espíritu Santo.

Yo no podia reconocerla legalmente, pero la presenté como hija mia á la superiora del convento. Cuando cumplió los diez años la saqué de él; la llevé á Madrid, y como en la córte no conoce nadie á mi familia, que siempre ha estado fuera de ella, la presenté como mi hija legítima, en el colegio donde usted la ha conocido. Queria que se educase bien, que tuviese una digna alternativa con hijas de buenas casas. Un dia, contaba yo para casarla con cubrir á fuerza de oro lo que la faltaba de nombre; pero, lo confieso, me sobrecogió la carta de su padre de usted, pidiéndome para usted la mano de Enriqueta. Yo no podia, no queria aventurar mi secreto en una carta que podia perderse y dar en manos poco delicadas; no podia dejar de contestar al marqués, y escribí una carta de la que, estaba seguro, se me pediria personalmente una esplicacion. Ha sucedido como yo lo esperaba y la esplicacion está dada.

He exigido á usted su palabra de honor de no revelar á nadie este secreto; pero esceptúo á su padre de usted: necesito que mi amigo Campo-Nuño sepa por qué razon, desesperándome, le he negado para su hijo la mano de mi hija; por qué en mi carta he podido y debido parecerle estravagante, grosero y acaso insolente. Usted puede permanecer aquí, con placer mio, todo el tiempo que quiera; pero me atrevo á suplicarle que cuando descanse de su precipitado y fatigoso viaje, vuelva sin pérdida de tiempo á Madrid á dar una cumplida satisfaccion mia á mi amigo el noble marqués de Campo-Nuño.

VIII.

Como si la fatalidad se hubiese encargado de recargar la situacion, el viejo marino que habia abierto la casa á Miguel se presentó á la puerta y dijo:

—Con licencia, mi general: acaban de traer una carta para vuecencia y en el sobre dice «Urgentísimo.»

—Dame, dijo el baron, en cuyo semblante se pintó una viva ansiedad como si antes de tomarla, antes de leerla, hubiese adivinado el contenido de aquella carta.

El marinero adelantó, entregó la carta á su amo y se retiró.

—Hé aquí, dijo el baron, que su padre de usted me escribe: conozco su letra, y hé aquí además el sello de sus armas. Permítame usted; veamos.

Rompió el sobre, desplegó la carta y leyó:

Miguel, que observaba ansioso su semblante, vió que el general nublaba su frente, se ponia pálido y temblaba.

Aquella palidez, aquel temblor eran el temblor y la palidez de la cólera.

Se dominó, sin embargo; dió la carta á Miguel y le dijo con acento breve y seco; lea usted.

Miguel tomó la carta y leyó lo siguiente:

«Casa-Bermeja: Te pedí para mi hijo la mano de tu hija y me has contestado dándome en las narices un par de coces: eres un miserable, un canalla; todo lo que te parezca mas vil, mas infamante y mas á propósito para que si no te has olvidado completamente del honor, vengas para que tengamos el placer de darnos un pistoletazo en mi gabinete: el verdugo de mi médico y otros tres bribones como él, á quienes, no fiándome de él, he consultado, me han dicho que en el estado en que me tiene mi gota, si me pongo en camino, solo conseguiré quedarme en él. Te insulto, pues, cuanto me es posible, porque esto no me lo impide la gota, y espero que tú no estés imposibilitado para venir por la posta á que nos rompamos la crisma.—Tuyo, Campo-Nuño.

P. D. Se me olvidaba. Me sucede esto, porque he descubierto que un hijo que yo tenia es un miserable, tan despreciable como tú. Mi correo particular que lleva ésta, espera la contestacion: lo mejor será que te vengas con él.»

IX.

A Miguel se le cayó esta carta de las manos y no se atrevió ni aun á mirar al general.

Este recogió la carta, se fué á una mesa y de pie escribió rápidamente algunas palabras.

Luego volvió hácia Miguel y le dijo con acento afectuoso:

—Hé aquí lo que contesto á su padre de usted.

Miguel tomó la carta.

Por bajo de la posdata, el general habia escrito lo siguiente:

«Juan: me han traido, por equivocacion, sin duda, una carta tuya que no es para mí. Estás loco: rabia ó desespérate, componte como quieras: yo no voy; si tú vienes te cojo, te ato y te envio á Zaragoza. —Tuyo, siempre tuyo, tu amigo del corazon, Jaime.»

—Esto le irritará mas, dijo Miguel.

—Que haga lo que quiera: que me envie una carta con fulminante; no hay motivo para la cáfila de improperios que me encaja exabrupto: le conozco bien: se irrita con facilidad y la irritacion le enloquece: veamos: ¿cuándo salió usted de Madrid?

—Dos horas despues de haber tenido un fuerte disgusto con mi padre.

—¿Cuánto tiempo se ha detenido usted en el Ferrol?

—El estrictamente necesario para informarme del punto de residencia de usted.

—Pues amigo mio: el marqués ha escrito esta carta en la efervescencia de su cólera: estoy seguro de que á estas horas piensa de otro modo y comprende que ha ido demasiado lejos: usted me va á hacer el favor de llevar cuando descanse, esta carta con mi contestacion á mi amigo: antes, por supuesto, de dársela, cuéntele usted mi historia. El marqués se apresurá á escribir dándome las gracias por lo que él llama *mi par de coces.*

—¿Y yo? ¿y ella? esclamó Miguel desesperado.

—Olvídela usted; no vuelva usted á verla; Dios no lo quiere, dijo suspirando el general.

—Imposible, contestó rehaciéndose Miguel; pero este es asunto para nosotros dos: yo haré lo que debo hacer: juro á usted, señor baron, que á pesar de todos los obstáculos que se me opongan, y por graves que estos sean, Enriqueta será mi esposa.

—Y bien, dijo el baron, ¿qué quiere usted que yo haga en esto? por nada del mundo, y á pesar de lo que la amo, reconoceré á Enriqueta; en cuanto á asegurar su porvenir, es diferente; cuando yo muera se encontrará entre mis papeles una disposicion referente á Enriqueta por la que queda asegurado su porvenir.

—No hablemos de eso, señor baron; el porvenir de Enriqueta es el mio.

—Gracias, dijo conmovido el baron, estrechando la mano del jóven.

—De modo, que puedo contar con usted, dijo Miguel.

—¡Cómo! ¿que puede usted contar conmigo? en este negocio yo no tomo parte de ninguna manera; me desentiendo de él; bastante hago con no hacer caso de las injurias de su padre de usted, y con dejar que Enriqueta continúe en el colegio: he cumplido con mi deber diciendo á usted quién es Enriqueta: por lo demás, ustedes verán lo que hacen;

siempre que se me pida la mano de Enriqueta contestaré lo que he contestado; y si como no lo espero, esto se trasluciese, diria que habia tenido el capricho de educar como á una señorita á la nieta de un pescador que me habia salvado la vida, y que para hacerla admitir en el colegio de niñas nobles de Leganés, la habia prestado mi nombre.

—Entre las preocupaciones de usted, señor baron, y las de mi padre, no encuentro diferencia alguna, dijo Miguel con desaliento: la única diferencia consiste, en que mi padre se irrita, acomete y rompe por todo y usted escucha, cuestiona buenamente sin irritacion y sin injurias: esto es ya una ventaja para mí, y un mérito que me apresuro á reconocer en usted; ¡pero en el fondo, Dios mio, qué igualdad en el error! ¿Cree usted, señor baron, que el tiempo pasa en balde? ¿Cree usted, aun tratándose de su propia sangre, en las razas, como creian nuestros abuelos de los siglos XVI y XVII? ¿Cree usted que un noble es de distinta condicion que los demás hombres, que la pobreza y la miseria y la desgracia son un estado natural, irredimible y penado con el afan y el desprecio? ¿cree usted que Dios ha hecho al esclavo, al ilota, al pobre ser para el cual no hay esperanza ni redencion?

El general miraba con asombro á Miguel, y se iba poniendo sombriamente sério.

—Creo, dijo, que mi amigo Campo-Nuño ha hecho muy mal en enviarle á usted por esos mundos de Dios *á que se ilustre*. (El general recargó el acento en las palabras que hemos subrayado.) Inglaterra es un pais de herejes, en donde se permite decir y escribir cuantas aberraciones nacen de la soberbia, y Francia es una nacion disuelta.

—Las dos han hecho su revolucion; las dos han proclamado muy alto los derechos del hombre; las dos han creado al ciudadano digno y libre; al hombre que para ser no necesita padres ni familia. La filosofía, la religion, las costumbres, los progresivos adelantos de la ciencia han emancipado al hombre. Hoy se tiene por mas al hombre de corazon y de talento que ha sabido conquistarse una posicion independiente, que al que se encastilla en sus pergaminos, pretendiendo mantener rancios privilegios, y siendo inútil para todo.

—Creo que mi amigo ha hecho muy bien en romper con usted: yo, por mi parte, rompo tambien: y no entro en cuestion, porque hay cosas que pertenecen á un dogma invariable, y que no son ni pueden ser cuestionables: en España, por fortuna, somos aun lo que debemos ser: si

Inglaterra y Francia están corrompidas por una revolucion absurda que puede considerarse como un castigo de Dios á los regicidas, á los ateos, á los hereges, á los soberbios que se revelan contra todo freno, en España, el rey todavía es rey; el noble, todavía es noble; el sacerdote, todavía es sacerdote, y aun tienen altares el verdadero Dios y el alto honor de nuestros abuelos: no comprendo, ni quiero comprender las ideas que usted desgraciadamente defiende; lo deploro, y ruego á Dios le vuelva á la buena senda, de donde no ha debido salir. La contestacion que yo he puesto á la carta de su padre de usted es ya inútil. (Y el baron rompió la carta, abrió el balcon y arrojó los pedazos al mar.) Mañana parto á Madrid: el marqués y yo nos entenderemos perfectamente: este es asunto concluido: hablemos de otra cosa. ¿Qué le parece á usted de este navío de á setenta y cinco? Es un modelo que yo he hecho, en el que he introducido algunas reformas importantes simplificando la maniobra.

—Las reformas que simplifican son siempre aceptables; mas aun, son necesarias; y como son necesarias, se realizan mas ó menos pronto, dijo el tenaz Miguel.

—Cuando se trata de suprimir cabos á un aparejo, por innecesarios, acepto la reforma; se obtiene la ventaja de disminuir el equipaje, y el peligro.

—Los privilegios son cabos innecesarios, perjudiciales, en el aparejo del navío social, señor baron.

—Hé aquí vuestra filosofía: á todo se agarra desesperada como quien se ahoga; será necesario que nos separemos, sino hemos de reñir; lo sentiria: es usted un jóven apreciabilísimo, estraviado por desgracia, pero que volverá muy pronto, así lo espero, al culto de los buenos principios, desengañado dolorosamente por la esperiencia, de lo falso, de lo absurdo, de lo inaplicable, de lo anti-social, de la ideas revolucionarias.

—Por último, señor baron, voy á decir á usted mis últimas palabras: Enriqueta no valdría para mí, ni mas ni menos que lo que vale, si fuera hija legítima de usted; no renuncio á ella; guardaré el secreto de lo que usted me ha revelado; lo guardaré de ella misma; y será mi esposa sea cualquiera el sacrificio que me cueste el obtenerla.

—Será lo que Dios quiera: por mi parte, lo repito; me desentiendo de este asunto, y nada haré ni en pró ni en contra: la dejaré su suerte; no tengo derecho á otra cosa, este es el castigo de una falta imperdonable de que me acuso, y por la cual sufro un arrepentimiento cruel: Dios

quiera, amigo mio, que mi falta, que mi crímen no produzca funestísimas consecuencias; porque un crímen es siempre el primer eslabon de una cadena horrible.

—Usted me reconocerá algun dia y me bendecirá, estoy seguro de de ello: entre tanto, señor baron, adios; usted podrá considerarme como quiera, yo considero á usted ya como á mi padre: otra vez adios.

Estrechó la mano del baron y la besó.

El baron sintió algunas lágrimas que caian en su mano, se conmovió, abrazó al jóven y le besó en la frente.

—¡Ah, señor, dijo Miguel; usted me reconoce, usted me acepta!

—No, no, esclamó el baron reponiéndose; sea lo que Dios quiera; adios.

Miguel salió.

—¡Oh! ¡qué lástima, qué lástima de muchacho! dijo el baron mirando conmovido á la puerta por donde habia desaparecido el jóven: ¡qué horrible castigo el mio! ¡si esto pudiera arreglarse! pero no, no; imposible, de todo punto imposible, por desgracia; es necesario que yo vea á Campo-Nuño; necesario de todo punto, en el estado á que han llegado las cosas.

Y desde el momento, se ocupó de los preparativos del viaje.

CAPITULO VIII.

Ayer santo, hoy condenado.

I.

Cinco dias despues, los dos viejos se entendieron perfectamente, y Campo-Nuño dió las gracias á Casa-Bermeja por haberle negado la mano de Enriqueta para su hijo.

Miguel recibió la órden de volver á París.

El jóven se habia entendido con su prima Eugenia, estaba seguro de que por medio de ella podria mantener una correspondencia oculta con Enriqueta y prefirió esperar á que le favoreciesen las circunstancias, en vez de tomar una resolucion violenta.

Tenia fe en su corazon y en el de Enriqueta, y partió para París, triste, contrariado, pero lleno de esperanza.

El general Ezguerra solo permaneció dos dias, y de incógnito, en Madrid, y no fué á ver á su hija.

Solo el marqués de Campo-Nuño supo su breve estancia en Madrid.

II.

Pasaron dos años, y sobrevino la muerte, por congestion, del general Ezguerra.

Ya sabemos, que por consecuencia de la muerte de su padre, Enriqueta fue espulsada del colegio, sin dejársela tiempo ni aun para despedirse de Eugenia.

Doña Mercedes dijo á las pensionistas, que el general Ezguerra habia venido por su hija y se la habia llevado violentamente.

Doña Mercedes no queria que nadie supiese que durante ocho años habia sido compañera de las nobilísimas pensionistas de Leganés una bastarda.

La incidencia de la adopcion de Enriqueta por los porteros del colegio, pasó desapercibida para las pensionistas, á quienes se dijo que los porteros habian sido despedidos porque abusaban de una manera intolerable.

Se murmuró durante algunos dias de aquel padre estravagante, que de tal manera se habia llevado á su hija del colegio, y Eugenia esperó á que Enriqueta le escribiese.

Pasaron quince dias, un mes, y ninguna noticia de Enriqueta recibió Eugenia.

Un dia dijo á su tio Juan, esto es, al marqués de Campo-Nuño.

—Tio, creo haberle oido decir á usted hablando con Enriqueta, que era usted grande amigo de su padre.

—Bien, ¿y qué? dijo el marqués poniéndose gravemente sério.

—Enriqueta no me ha escrito, respondió Eugenia.

—Y bien, ¿qué? repitió creciendo en mal humor el marqués.

—¿Dónde vive el baron de Casa-Bermeja?

—En la eternidad, contestó el marqués.

Eugenia se quedó helada.

—¡Ha muerto! esclamó.

— Sí, hasta las uñas.

—¿Pero dónde está Enriqueta?

—No lo sé, ni me importa ni quiero que se me hable mas de esto; ¿se perdió? pues me alegro: hemos concluido.

—Pero tio...

—Repito que hemos concluido.

Eugenia conocia demasiado á su tio, y no insistió.

Se fué á buscar á su padre y le preguntó.

—No me hables de esto, dijo el conde de Valdehumos á su hija; es esa una historia misteriosa y endiablada que no comprendo; pero en el

fondo debe haber algo muy grave; te prohibo que te mezcles en estos asuntos; que se las compongan ellos allá como puedan.

Eugenia no obedeció á su padre, puesto que escribió á su primo Miguel participándole lo que sucedia; esto es; que Enriqueta no estaba en el colegio, que se la habia llevado su padre, y que se habia perdido.

Miguel no contestó á su prima.

Esta no volvió á saber mas por entonces ni de Miguel ni de Enriqueta.

III.

Miguel pidió una licencia de dos meses al embajador, para viajar por el Reino-Unido de la Gran-Bretaña; se embarcó en Calais y en vez de atravesar el Canal, se dirigió al Ferrol, donde llegó algunos dias despues.

Al momento montó á caballo y se fué á la solitaria casa del general, situada en una roca sobre el mar de la Marola.

Llamó, y solo respondió ese eco particular de las casas deshabitadas; ese eco, cuya razon no se comprende.

¿Por qué una aldabada resuena de distinto modo que cuando hay seres en la casa á que se llama, cuando los seres vivientes han desaparecido de ella?

¿Es que el duende de la soledad, del abandono aumenta los huecos y produce esa repeticion sonora que se llama eco?

No lo sabemos: la verdad es que cuando un edificio está habitado es infinitamente menos sonoro que cuando está vacío. Acaso consista en que los muebles matan una multitud de ángulos.

IV.

Miguel repitió su llamamiento.

Al fin respondieron, no de dentro, sino de fuera de la casa, desde el pie del repecho por donde se ascendia á la plataforma de la roca, donde la casa estaba construida.

—¡Allá va! ¡allá va, señor! dijo una voz de viejo.

Miguel se volvió y vió que por la larga y suave pendiente subia el mismo viejo marinero que en otra ocasion le habia abierto la puerta de aquella casa.

Venia de luto.

Adelantaba en paso tardo, y Miguel acortó la distancia, saliéndole al encuentro, llevando su caballo de la brida.

—¡Ah, señor! dijo el marinero, cuando se encontraron: el que usted busca no vive allí, (y señaló la casa), descansa allá; (y señaló una colina primer escalon de la gradería montañosa que orla las costas de Galicia.)

—¿Allí está enterrado? dijo tristemente Miguel.

—Sí señor; desde hace algunos años, el general habia comprado un pequeño terreno en la loma de las higueras, y poco á poco fue construyendo en él una capillita muy blanca delante de cuya puerta hizo construír una bóveda sobre la cual hay una cruz de piedra: el señor obispo de la Coruña, que era muy amigo del señor, vino con otros sacerdotes y bendijo la capilla y la bóveda; yo oí que el general decia al señor, obispo, señalando el centro del golfo: aquella estuvo á punto de ser mi tumba: quiero que las olas, cuando avancen sobre la playa vean la tumba del que se salvó de ellas por un milagro de Dios.

—¿Cómo fue la muerte del general? preguntó Miguel.

—Dios lo sabe: el veinte y cinco de febrero, fuí, como de costumbre, á llevarle el vaso de leche que tomaba por la mañana; estaba boca arriba tranquilo, y sino hubiera tenido los ojos abiertos, yo le hubiera creido dormido: siempre tenia para mí una palabra de buen humor: entonces no me habló: me acerqué y se me cayó de las manos el vaso de leche, señor: los ojos del general estaban turbios, empañados; le llamé y no me contestó; le moví, y retiré la mano como si hubiera tocado á una culebra, ó algo espantoso: estaba tieso, señor, muerto: yo no queria creerlo; aquello era demasiado: irsenos asi, sin decirnos: socorredme, me muero: irse asi, sin decirnos adios: ¡ah! es la primera mala pasada que nos ha hecho el general: y ello era cierto; Gaspar montó á caballo; llegó al Ferrol; trajo dos médicos, tres, que sé yo, y dijeron que el general habia muerto de un ataque de apoplegía fulminante: el señorito Agustin acababa de llegar al Ferrol, mandando el bergantin *Scipion*: se le avisó y vino con un escribano. Dios me perdone, señor, pero el señorito Agustin debe tener el corazon de fiera: no lloró; se encerró con el escribano y empezaron, á lo que yo creo, á revolver papeles, porque yo olí papel quemado, y cuando se queman papeles, claro es que se anda con ellos.

—¡Ah! esclamó Miguel.

—Sí, sí señor; sabe Dios lo que se quemó; pero en fin, sacaron á luz un testamento que el amo tenia hecho desde hacia mucho tiempo: yo lo sabia esto porque muchas veces, cuando yo decia al señor; es necesario que vuecencia se cuide, mi general, me decia:

—¿Qué te importa? lo que has de recibir cuando yo muera, en recompensa de tus buenos y largos servicios, está ya espresado en mi testamento, Pepe.

En fin, el testamento rezaba que el título con los bienes vinculados y la mitad de los libres, pasaba al señorito Agustin: y la otra mitad de los bienes libres al señorito Salvador: á Gaspar, á la cocinera y á las dos criadas de limpieza, dejaba á cada uno mil duros; dos mil á mí, y un salario de cuatrocientos reales al mes, con la obligacion de cuidar de su tumba y hacer que todos los dias de precepto, un capellan de las inmediaciones, dijese una misa en la capilla por el alma del general: ahora, señor, vengo de oir la misa que ha correspondido hoy: el alma del difunto y yo, somos los únicos que oimos esa misa: yo abro de par en par la puerta de la capilla para que el mar de la Marola vea levantar la hostia consagrada; ¡pobre amo mio! bien hubiera podido vivir todavía veinte años; era mas jóven que yo.

—Vamos á visitar la tumba del general, dijo Miguel.

—Gracias, señor; contestó Pepe.

Y tomó las bridas del caballo.

V.

Por algun tiempo ni el jóven, ni el anciano hablaron una sola palabra.

Pepe iba dominado por el doloroso recuerdo de su amo.

La imaginacion de Miguel era un torbellino.

Pensaba en aquellos papeles quemados por Agustin Ezguerra, encerrado con un escribano, sin duda, venal.

La voluntad póstuma del baron de Casa-Bermeja, respecto á su hija debia haber sido quemada.

Casa-Bermeja habia dicho á Miguel que el porvenir de Enriqueta estaba asegurado, y sin embargo, nada le habia hablado de Enriqueta el anciano servidor de Ezguerra.

Acaso ni aun noticias de ella tenia.

Miguel quiso salir de dudas.

—¿Sabe usted, Pepe, dijo al marinero, si en el testamento del general se hacia referencia á algun pariente?

—No, no señor: la señora baronesa habia muerto diez años antes: solo se trataba en el testamento de los dos señoritos don Agustin y don Salvador.

—¿No ha venido don Salvador?

—Aun tardará en saber la muerte de su padre, porque está en Filipinas y la carta tarda en llegar seis meses, y aun no hace mes y medio que murió el general.

—¿De modo que el que ha revuelto los papeles de su padre, el que ha quemado parte de ellos, ha sido don Agustin?

—Sí señor.

—¿Y quién era el escribano que acompañaba á don Agustin?

—Lo ignoro.

—¿Está don Agustin todavía en el Ferrol?

—Y estará mucho tiempo; porque el *Scipion* ha llegado de Puerto-Rico con grandes averías y las está reparando en el astillero.

—Bien, gracias, Pepe; despues de que haya visitado al padre iré á visitar al hijo.

—Si es verdad que los muertos se estremecen en su sepultura cuando se acerca á ella un amigo, el cadáver del general se estremecerá cuando usted ponga la mano sobre su caja de plomo, porque le estimaba á usted mucho; pasaban pocos dias sin que me hablase de usted. Pero, perdone usted, señor; decia que era usted un calavera y que andaba usted estraviado; dentro de poco estaremos en lo alto; yo llevo la llave de la bóveda y verá usted al general; está embalsamado, y en la parte superior de la caja hay un cristal muy fuerte, por el que se le ve el semblante; parece que está dormido; dicen que los que quedan con el semblante tranquilo y como entregados á un apacible sueño, se han salvado; yo lo creo y usted lo creerá cuando vea el semblante del general: era muy buen cristiano y muy recto, y muy hombre de honor, y de seguro está en la gloria.

VI.

Llegaron en aquel momento á la parte superior de la colina, en la cual, entre álamos blancos y cipreses habia una capillita cuadrada, muy sencilla, y delante de ella un gran embaldosado de marmol, en el centro del cual, sobre tres gradas habia una cruz de piedra.

La puerta de la capilla correspondia de frente al mar.

Sobre la puerta habia dos pequeñas ventanas cimbradas, con vidrios de colores, y coronando la fachada y sirviéndola de remate, una espadaña, de la cual pendia un esquilon.

Al descubrir Miguel y Pepe la cumbre, la capilla, la cruz, vieron delante de la cruz, arrodillada, una mujer vestida de luto.

Tras ella, encorvado, viejo, apoyado en un palo, con el traje de los jabegotes ó pescadores de la costa de Galicia, habia un viejo.

Sin duda, el ruido de las pisadas del caballo, sobre el acceso pedregoso de la colina avisó á la mujer y al viejo, de que se acercaba gente, y la mujer se alzó y ella y el viejo, con mas rapidez de la que podia suponerse á sus años, se deslizaron hácia los árboles que rodeaban la capilla, y se perdieron entre ellos.

VII.

Miguel creyó reconocer el contorno de Enriqueta, y dió á correr hácia el lugar por donde habia desaparecido la mujer y el viejo pescador; pero no los encontró.

Los árboles se estendian mas allá; se hacian mas espesos á medida que estaban mas lejos de la capilla: el terreno pedregoso y accidentado se partia en múltiples quebraduras, cubiertas de vieja maleza que arraigaba en las rocas, cubiertas de un verdi-negro musgo centenario.

Miguel llamó á grandes voces á Enriqueta y solo le respondió el eco de aquellas soledades.

—¡Enriqueta! ¡Enriqueta! decia con asombro Pepe que habia llegado con el caballo de Miguel hasta el embaldosado, en cuyo centro se alzaba la cruz, y desde donde se oian las voces. Una mujer, una jóven enlutada á quien no he visto nunca y que ha venido á arrodillarse sobre la sepultura de mi amo: ¿habrá tenido el general allá, en sus buenos tiempos, alguna trapisonda? ¿será alguna hija suya oculta, esa enlutada? Pero el general era muy hombre de conciencia y no se hubiera olvidado de una

hija suya en su testamento... pero aquellos papeles quemados por el señorito Agustin... este señor que viene á ver á mi amo y me pregunta si se ha acordado de algun pariente suyo en su testamento... y luego, cuando ve á esa mujer enlutada, corre tras ella y la llama Enriqueta... ¡ah! bien, bueno: historias; ¿qué hombre rico, que ha sido buen mozo como mi amo, no ha pescado durante su vida alguna historia?

VIII.

Volvió á aparecer Miguel de entre los árboles, pálido, desencajado, y se acercó rápidamente á Pepe.

—¿La ha visto usted? dijo.

—Sí, sí señor, los he visto á los dos: á ella y á él.

—¿Hace mucho tiempo que viene aqui á rezar?

—No la he visto hasta ahora.

—Era rubia.

—Hace mucho tiempo que he perdido la vista para las largas distancias: solo he reparado que era una mujer jóven en la apariencia, y él un viejo.

—¿Y no ha reconocido usted en el viejo á uno de los pescadores de la Marola.

—Me ha parecido el patron Mateo, pero no estoy seguro.

—Visitemos la tumba del general, dijo Miguel; ya que estoy aquí no quiero irme sin verle.

—Vamos, pues, á abrir la escotilla, dijo Pepe.

Y se dirigió á uno de los ángulos del embaldosado en que habia una compuerta de hoja de hierro.

La abrió con una llave que sacó de su bolsillo y quedó descubierta una estrecha escalera de piedra que se partia en dos tramos.

Pepe ató por las bridas el caballo, á la llave que quedó en la cerradura, y bajó precediendo á Miguel.

Cuando hubieron concluido de bajar los dos tramos de escalera, se encontraron en un espacio como de quince pies en cuadro, de bóveda deprimida, de cuya clave pendia una lámpara, cuya luz reflejaba sobre un ataud de plomo puesto en el centro de aquel espacio sobre un alzado de piedra de dos pies de altura por cuatro de ancho y ocho de largo.

En la parte superior del ataud, enclavado en el plomo habia un

grueso cristal elíptico, al través del cual se veia el semblante del cadáver, iluminado de lleno, por la rojiza y turbia luz de la lámpara que alteraba su palidez cadavérica, bañándole con una tinta de un color de rosa impuro; de rosa marchito.

Pepe y Miguel se habian quitado, el uno su sombrero de marino, el otro su gorra de viaje.

—Acérquese usted, dijo en voz baja Pepe, como si hubiera hablado en el dormitorio de una persona á la que no hubiera querido despertar. Acérquese usted, y verá como parece mi amo dormido.

Miguel se acercó dominado por un religioso respeto.

Pepe se acercó tambien y miró al mismo tiempo que Miguel el semblante del cadáver.

—¡Ah! dijo con asombro el viejo marinero: ¿qué ha sucedido aquí?

El semblante del cadáver mostraba una contraccion que representaba la espresion de un dolor agudo, de un dolor desesperado; de una de esas contracciones que se observan en los que desvanecidos, desmayados por una impresion terrible, dejañ ver bajo su semblante el agolpamiento de las lágrimas, que no pueden romper por los ojos rígidos por el paroxismo.

—Es que los padres criminales, esclamó Miguel; los padres desnaturalizados que todo lo sacrifican á la vanidad de su nombre, se estremecen de dolor en su tumba cuando caen sobre ella las lágrimas de desesperacion de sus hijos desventurados.

Y despues de decir estas palabras, Miguel, sin despedirse de Pepe, salió, desató su caballo, montó y se alejó al galope en direccion al camino del Ferrol, sediento de venganza.

—¡Una historia! ¡una mala historia! esclamó Pepe, saliendo con algo de pavor de la bóveda: allá va el otro como alma que se lleva el diablo... y mi amo... ¿por qué parece hoy mi amo un condenado y ayer parecia un santo? será necesario decírselo todo al señor cura.

Se santiguó, cerró la compuerta de hierro y se encaminó tristemente á la casa.

—Tal vez la contraccion del semblante del cadáver, no era otra cosa que un accidente físico; una influencia de la humedad ó de cualquier otro agente en los músculos del cadáver, que habian tomado por una casualidad caprichosa la forma de la contraccion del dolor.

¿Y quién sabe, quién sabe lo que sucede en la misteriosa oscuridad de la tumba?...

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO I.

No robarás.—No matarás.

I.

En un salon destartalado, de una vieja casa del Ferrol, desordenados los viejos muebles y arrojadas acá y allá sobre los sillones, prendas de un traje de hombre, de un traje de uniforme de marino, habia cinco jóvenes.

El que representaba mas edad, que estaba envuelto en una bata de luto, parecia no pasaba de los veinte y cinco años.

El mas jóven representaba diez y ocho.

Ya hemos dicho que el traje del uno era de casa y de luto: el traje de los otros era gorra azul, inglesa, con galon de oro y visera recta, corbata negra, chaleco blanco, frac azul con boton con ancla, y anclas en las vueltas del cuello, pantalon azul oscuro con galon de oro, y sobre los hombros una pequeña charretera de garra de leon, cuál en el hombro derecho, cuál en el izquierdo.

Eran dos de ellos, alféreces de navío; tenientes de navío los otros dos.

II.

Sobre la mesa habia botellas, copas, un cajon abierto con tabacos habanos y un braserillo de plata con fuego.

La habitacion dejaba ver el desórden de una gran casa, ocupada solo por un hombre soltero.

Los muebles, bastante ricos, aunque muy antiguos, estaban en desórden: la alfombra rasgada, con apariencia de haberlo sido violentamente, en algunas partes: bajo algunos cuadros místicos se veian cruzados floretes, sables y espadas.

Singularmente, producia un estraño contraste un gran trabuco de bronce cruzado por un retaco, armas, á todas luces, de contrabandista ó bandido, bajo un San Antonio de Murillo, puesto en adoracion y un niño Jesus que entre nubes, sobre la mesa de un altar, estendia hácia el Santo, sus brazos rosados.

Algunos graves, antiguos y empolvados retratos de familia, alternaban con los cuadros místicos, representando ya marinos de alta graduacion, ya señoras encotilladas, con los cabellos cubiertos de polvos y peinadas en erizon.

En el ángulo superior de cada uno de los retratos de hombre, se veia un mismo escudo; un grifo de gules en campo de oro, atravesado por una banda diagonal, de sable. En la orla se veia una cadena de oro sobre sinople.

Lo que quiere decir que aquel blason tenia los colorines siguientes: oro, rojo (*gules*); sable (*negro*); sinople (*verde*); un papagayo completo.

III.

Los jóvenes charlaban, reian, bebian, fumaban. Dos de ellos, los mas jóvenes, los alféreces de navío, eran oficiales del bergantin *Scipion*.

El de mas edad, el de la bata negra, era capitan de fragata, comandante del bergantin *Scipion*.

Los otros dos, tenientes de navío, estaban empleados en el departamento del Ferrol.

—Pues segun has descrito la corbeta que se entró en tus aguas, Agustin, yo la hubiera declarado buena presa y me la hubiera traido á remolque, dijo uno de los tenientes de navío.

—¡Bah! ya quise, á pesar de que se empeñaba en hacerme creer que era mi hermana, contestó Agustin; pero en cuanto me puse en facha, soltó los trapos, se largó y me ví obligado á dejarla ir, porque venia en conserva de un viejo, capaz de haberlo metido todo á barato: y ha sido lástima; qué cabellos, amigos mios, qué frente; qué ojos; qué gallardía; qué hermosura: estoy seguro de no olvidarla jamás: y la buscaré; ¡oh! ¡sí, la buscaré! porque yo no puedo creer que sea mi hermana.

Habia algo de siniestro, algo de cínico, algo de repugnante en Agustin al pronunciar estas palabras.

—¡Bebamos, amigos mios, bebamos! añadió Agustin: esa niña me ha vuelto loco: sí me quiere, á pesar de que es nieta de un jabegote, la hago baronesa de Casa-Bermeja.

—¡Oh! ¿y qué dirian tus nobilísimos parientes? dijo el otro de los tenientes de navío que no habia hablado hasta entonces.

—¿Qué importan los parientes cuando se trata de una buena moza? observó el mas jóven de los alféreces.

—Tienes razon, novato, dijo Agustin; amenazas con ser todo un hombre de provecho: capaz serias tú de casarte con la primera perdida en que encallases, aunque al buen conde de Someruelos, tu padre, se le llevase el diablo: bebe hijo, bebe; cúrtete, tú serás un buen mozo.

—Pero... insistió el alférez; segun tú dices, esa jóven no es una perdida, Agustin.

—¡Bah! ¡bah! ¡bah! ¿dónde ha adquirido la nieta de un pescador záfio las maneras elegantes que embellecen á mi Dulcinea? ¿no estais viendo á un viejo rico que se la compra á su padre cuando la chica tiene solo catorce años, se la lleva de la playa y la educa para que le entretenga mejor? que no sea necesario, Perico, que el buen obispo de la Coruña te confirme, y te ponga por nombre Pánfilo.

—¡Bah! insistió el llamado Perico; las primeras sopas no se digieren, Agustin: de una muchachuela, no se hace asi como se quiera una señorita.

—¿Qué edad tiene la ninfa? dijo uno de los tenientes de navío.

—Diez y ocho ó diez y nueve años, mi querido Tomás, respondió Agustin: en cuatro ó cinco años, una mujer viva, inteligente, se convierte en una dama si se cultiva su espíritu: ¡ah! y os juro que la inteligencia de Enriqueta es vivísima: estaba pálida; me preguntaba llorando, con las manos juntas, si su padre, el mio, no habia dejado ninguna disposicion testamentaria respecto á ella.

—¡Ah! pues esto es grave, dijo Tomás.

—¡Eh! contestó sonriendo de una manera fria y repulsiva, Agustin: lo grande es la audacia de esa aventurera que se atreve á llamarse mi hermana: mi padre era un santurron, incapaz de historias mundanas; yo le conocia bien: esa es una farsa; han sabido que mi padre ha muerto de repente, solo y á oscuras, y han querido aprovechar la ocasion: ¡bah! la haremos la pequeña baronesa de Casa-Bermeja, y puede ser que á causa de ello, cuando me case y tenga hijos, mis hijos tengan algun hermano mayor bastardo.

—Cuidado, no sea que te hayas enamorado de tu hermana, dijo de una manera un tanto incisiva, el otro teniente de navío cuyo nombre aun no conocemos; y todo esto no sea mas que prevenirnos por si á la chica se le ocurre propalar que es tu hermana, y llega á nuestra noticia.

Pasó algo frio, algo amenazador, algo profundamente concentrado, por los ojos de Agustin.

—No debias llamarte Narciso, dijo, sino Quinta-esencia: todo lo alambicas, todo lo apuras y deduces de una manera que mete miedo: cuando digo que no es mi hermana, tengo la prueba: los papeles que mi padre ha dejado están intactos, inventariados por un escribano, para cuando venga de Filipinas mi hermano Salvador: en esos papeles nada hay referente á hija alguna de mi padre: esos papeles pueden examinarse, y no consiento que nadie crea que si mi padre hubiera tenido algun deber que cumplir, hubiera dejado de cumplirle: como otorgó su testamento hace algunos años, hubiera otorgado una disposicion que asegurase el porvenir de su hija.

IV.

Habia pronunciado de tal modo Agustin Ezguerra sus últimas palabras, que nadie se atrevió á contestarlas.

En aquel momento apareció en la puerta del salon un marinero que adelantó trayendo una tarjeta en la mano.

—Mi comandante, dijo dando á Agustin la tarjeta: un señor que á lo que parece, viene de viaje, me ha entregado para usted esta tarjeta, y espera en el patio.

En la tarjeta se leia «Miguel de Fonseca y de Arévalo.»

Y por bajo, escrito con lápiz, «hijo único del marqués de Campo-Nuño.»

—¡Eh! ¡eh! dijo Agustin mirando con estrañeza la tarjeta: ¿quién diablos será este señor? no le conozco; bien, que pase: veremos qué nos quiere.

Y arrojó sobre la mesa la tarjeta, que cayó sobre un charco de rom.

El marinero salió.

V.

—Continúan las singularidades, dijo Agustin, ayer se me presenta una busca-vidas, llamándose mi hermana, y hoy viene á visitarme un hombre á quien no conozco.

—Alguno de esos impertinentes, dijo Tomás, con quien hemos hablado alguna vez, que hemos olvidado, y que se nos presenta cuando menos lo esperábamos, llamándose nuestro amigo.

VI.

En aquel momento entró en el salon Miguel.

Llevaba un elegante carrik de cuello alto, esclavina hasta el codo, y largo hasta la rodilla; un sombrerito de fieltro inglés; botas de montar, con espuelas de plata; guantes color de violeta claro, como el carrik, y en la mano derecha un pequeño látigo.

Se detuvo un momento en la puerta; abarcó en una profunda mirada el grupo compuesto, alrededor de la mesa, por Agustin y los cuatro oficiales; se quitó lentamente el sombrero; dejó ver sus hermosos cabellos negros, rizados y desordenados, y adelantó erguido, en un paso lento, que tenia algo de amenazador.

VII.

—¿Quién de ustedes, señores, dijo, es Agustin de Ezguerra?

—Don Agustin de Ezguerra, soy yo, dijo levantándose pálido é irritado por la supresion del tratamiento hecho á su nombre, por Miguel.

—Yo no llamo don Fulano mas que á los caballeros, dijo con acento frio y punzante Miguel, comprendiendo la causa de la irritacion de Agustin; y como no sé aun si es usted digno ó no del tratamiento de los caballeros, no se lo doy.

Los cuatro oficiales se pusieron tambien de pie.

—Esta es una provocacion, dijo Agustin; en buen hora; la acepto para responder á ella: pero sepamos el motivo de esta provocacion.

—¿Qué ha hecho usted de los papeles que encontró en la casa de su padre? dijo Miguel.

—¿Con qué derecho se me hace esa pregunta? respondió con una irritacion creciente Agustin.

—Con el derecho que tiene todo hombre de honor, de proteger al débil, contestó Miguel.

—¡Ah! ¿se trata de débiles que hay que proteger contra mí? ya os lo habia dicho, amigos mios; las singularidades llueven.

—En efecto, dijo Miguel: es una singularidad repugnante que un hombre de honor encuentre entre los papeles de su padre, muerto por desgracia, de una manera violenta, sin poder hablar con nadie, documentos que aseguran el porvenir de una pobre niña, de una hermana suya, de una hija de su padre, y sin mas testigos que un miserable, queme aquellos documentos.

—¡Ah! ¡ya! sí! dijo Agustin: todas las prostitutas tienen á su lado un perdona-vidas; debia haberlo supuesto.

—¡Qué dices! esclamó con voz rugiente Miguel, ¿has dicho prostituta? ¿te has atrevido á llamar prostituta á Enriqueta? ¡ah! sí, todos los ladrones son procaces; los infames no pueden dar mas que infamia: debes ser hijo de mala madre cuando á tanto te atreves: tienes razon; tú no eres hermano de Enriqueta.

Agustin, ciego de cólera, asió una botella y la arrojó á Miguel, que la apartó con el brazo, y adelantando sacudió á Agustin un golpe de látigo que hizo saltar la sangre de su mejilla derecha.

Los oficiales intervinieron impidiendo que se trabase una lucha.

—Al instante, al instante, detrás de la muralla de mar: dos espadas, gritó con voz apenas perceptible por la cólera Agustin.

—Sí, dos espadas al momento y donde quiera, dijo Miguel; no conozco á nadie en el Ferrol, cualquiera de vosotros, señores, puede servirme de testigo; yo os lo suplico.

—Yo.

—Yo, dijeron al mismo tiempo los dos tenientes de navío que habian visto la razon, la justicia, en los ojos de Miguel.

—Pues bien, vosotros conmigo, dijo Agustin á los dos jóvenes alféreces.

Estos asintieron, por compromiso, y evidentemente á la fuerza.

Aquellos cuatro jóvenes se habian puesto por instinto, por simpatía, de parte de Miguel.

—Suplico á usted, dijo Tomás á Miguel, nos espere abajo: somos con usted al momento.

—Hasta luego, señores, dijo Miguel.

Y salió.

—Tú quédate aquí, dijo Tomás á Agustin que se vestia apresuradamente, convulso de coraje: suponemos que el lance será á muerte.

—Sí, dijo Agustin; hasta arrancarnos las entrañas.

—Venid, pues, dijo Tomás á sus tres compañeros.

Salieron á la antesala, y de pie y brevemente conferenciaron.

Se convino en el sitio; en que se batirian con las espadas de dos de los oficiales, y que irian al lugar del duelo, por distinto camino.

Despues de esto, los dos alféreces entraron en el salon, y los dos tenientes bajaron al patio donde encontraron paseando, y al parecer perfectamente tranquilo á Miguel, aunque sumamente pálido.

—Caballero, dijo Tomás á Miguel, no queremos entrar en la cuestion de si ha tenido usted motivo bastante para hacer lo que ha hecho: nos basta saber que entre dos caballeros se ha cruzado una grave injuria, de lo que muy á nuestro pesar, hemos sido testigos, y estamos á la disposicion de usted; pero es prudente que no nos vean juntos: el lugar donde ha de batirse usted con el baron, es la Caleta de la Redonda, que por su soledad, es muy á propósito: cualquier pescador le guiará á usted: está á un cuarto de legua al Norte de la ciudad: no tardaremos en reunirnos con usted mas que el tiempo necesario para buscar un cirujano. Adios, hasta luego.

—Adios, hasta luego, dijo Miguel.

Y desató su caballo de una reja del patio, abrió la puerta, salió al portal, montó y se dirigió hácia la parte Norte de la ciudad.

VIII.

La Redonda era una gran roca esférica que parecia haber rodado hasta el mar, desprendida de la cadena de rocas bravías, ásperas, tajadas, que orlaban por aquella parte la playa.

La Redonda avanzaba sobre una pequeña caleta, y en la alta marea quedaba aislada.

Un pequeño pedazo de tierra arcillosa, cubierta de espeso líquen, se estendia encajonado entre la Redonda y las altas rocas de que aquella parecia haberse desprendido.

Algunas higueras silvestres, enanas, enruinadas por el ambiente marino, brotaban acá y allá en las grietas de las rocas.

Miguel ató su caballo á una raiz de una de estas higueras y se puso á pasear impaciente, por aquel pequeño terreno.

Era una hondonada á la cual no podia llegarse sino por la parte del Mediodía, bajando por una especie de estrecha grieta escalonada de las rocas.

En lo alto de estas graznaban de una manera estridente las águilas marinas.

IX.

A la media hora de espera, Miguel sintió en la áspera cortadura lentas pisadas de caballos que tardaron en aparecer cinco minutos.

Eran tres: ginetes en ellos venian Tomás, Narciso y un cirujano de la armada, á juzgar por su uniforme.

Desmontaron, ataron sus caballos, del mismo modo que habia atado el suyo Miguel, y adelantaron.

—Es de nuestro deber, le dijo Tomás, advertir á usted que el baron de Casa-Bermeja es un formidable tirador de armas; que su acometida es rápida y violenta; que una vez en el terreno, posee una sangre fria admirable.

—Gracias, caballero, dijo Miguel; de ese modo me libro del remordimiento que indudablemente sentiria si matase á un enemigo débil.

—Deploramos, dijo Narciso, que la causa de nuestro conocimiento con usted sea tan desagradable.

—Accidentes de la vida, señores: es necesario tomar los sucesos como vienen: acaso pueden ustedes tacharme de que desde mis primeras palabras he provocado al baron: me asisten graves razones que me disculpan, lo aseguro á ustedes por mi honor: despues de lo que el baron ha hecho, es inevitable una catástrofe: Dios lo quiere, porque Dios quiere que los honrados defiendan á los oprimidos; y puesto que es la voluntad de Dios, debemos conformarnos con ella.

El diálogo dió fondo en cuanto al negocio que tenia allí á aquellas personas.

El cirujano que no conocia absolutamente á Miguel, se redujo á saludarle y se sentó sobre un botiquin que habia quitado de su caballo.

Tomás y Narciso, por romper un silencio embarazoso y forzado, hablaron con Miguel acerca del estado del mar y de la atmósfera.

El tiempo hace el gasto, cuando se está haciendo tiempo y no hay otra cosa de que hablar.

X.

Un cuarto de hora despues de la llegada de Tomás, de Narciso y del cirujano, llegaron Agustin, Perico y el otro jóven alférez.

Ataron sus caballos y Agustin permaneció de pie, inmóvil, al estremo opuesto de aquel en que se encontraba Miguel.

Los cuatro oficiales probaron el terreno, eligieron el mas firme, y entre tanto el cirujano, con un estoicismo que probaba que no era aquella la primera vez que á tales lances asistia, abrió su botiquin y preparó hilas y vendajes.

Los cuatro oficiales conferenciaron durante un momento: midieron el terreno; los dos alféreces trajeron á Agustin y le colocaron, y los dos tenientes colocaron de igual modo á Miguel.

Despues Perico dió su espada desnuda á Agustin, y Narciso la suya á Miguel.

Los testigos tomaron distancia sobre la parte media del terreno, formando una cruz perfecta con la línea que determinaban sobre la línea que determinaban Miguel y Agustin.

Los dos contendientes se despojaron, el uno de su uniforme y de su chaleco; el otro de su carrik y de su levita, quedando solo con la camisa y con la cabeza descubierta.

—En guardia, dijo Tomás, con la voz tan segura y tan indiferente como si hubiera dado al equipaje de un buque la voz de «listos:» ¡á la ventura de Dios!

Miguel y Agustin tomaron rápidamente la guardia, y Agustin, entrándose en los términos de proporcion, tiró una estocada baja y rápida á Miguel: Miguel paró y no contestó.

Agustin se repuso en la guardia y acometió con igual ímpetu: Miguel recogió admirablemente la estocada y tampoco contestó.

Agustin salió de línea con una gran agilidad: Miguel giró, cogió descompuesto á Agustin, se tendió á fondo, y le alcanzó en el costado: se

repuso en la guardia, miró un momento á Agustin y dijo entregando su espada á Narciso:

—Esta es cosa concluida. Adios, señores: gracias.

Se puso su levita, su carrik y su sombrero; tomó su látigo, se fué donde estaba su caballo y le desató.

Agustin hizo un esfuerzo por mantenerse de pie; vaciló y cayó de espaldas.

—¡Llamadle! ¡llamádle! dijo: ¡mi conciencia! ¡mi alma!..

—Caballero, dijo conmovido Tomás; hágame usted el favor de acercarse.

Miguel se acercó.

Narciso y Perico sostenian á Agustin, y el cirujano reconocia la pequeña herida que Agustin tenia en el costado, y de la que apenas salia sangre.

—Oid, dijo Agustin: esa jóven, esa Enriqueta, es mi hermana: suplico al hombre generoso que ha tomado su defensa, la proteja, la ampare: entre los papeles que dejó mi padre habia un reconocimiento en forma, una disposicion por la que la legaba un millon de reales, y su retrato en miniatura; por ese retrato la he reconocido: la codicia, un pensamiento impuro, una tentacion del infierno me han hecho cometer una infamia: he quemado el reconocimiento y la disposicion testamentaria de mi padre, respecto á mi hermana, y algunas cartas de ella y otras de una señora de Madrid á mi padre en que se hacia referencia á ella: el retrato está... en uno de mis muebles... en mi dormitorio... apenas puedo hablar: sed vosotros testigos de mis últimas palabras... repetidlas á mi hermano Salvador... que él cumpla con su deber mejor que yo he cumplido... y si no le cumple...

Una tos seca, profunda, cortó la palabra á Agustin que instantáneamente arrojó un vómito de sangre.

Luego se desplomó en los brazos de Perico y de Narciso.

Habia muerto.

Las últimas palabras de Agustin, á las que hemos puesto puntos suspensivos, habian sido enronquecidas por un hervor interno.

Miguel sintió caer sobre sí algo frio, algo semejante á la maldicion de Dios.

Tembló, sintió miedo; y sin despedirse, acabó de desatar su caballo; montó y partió.

CAPITULO II.

Miguel solo consigo mismo.

I.

Miguel subió lentamente, á causa de su aspereza, por la cortadura; llegó á lo alto de las rocas; descendió mas de prisa; tomó el primer sendero que se le presentó, al galope, y se alejó.

Al mismo tiempo, de entre la parte superior de las rocas salió un hombre pequeño, como de cuarenta y cinco á cincuenta años, ancho de espaldas, robusto de miembros, cano; con grandes cejas y grandes bigotes blancos.

Llevaba sombrero con conchas, esclavina sobre la que se veia una cruz de Santiago, hábito, calzones burdos, y anchos zapatos: su bordon era un largo palo nudoso.

Descendió á la carrera por donde mismo habia descendido Miguel, y cuando llegó al sendero que Miguel habia tomado, el jóven estaba ya bastante lejos.

—No importa, dijo, con tal de que no le pierda de vista: el caballo se cansará de galopar; yo soy mas fuerte que el caballo y le alcanzaré.

II.

En efecto, el caballo, cuando hubo recorrido al galope una distancia equivalente al alcance de dos tiros de fusil, dejó de galopar por sí mismo, y se puso al paso.

Y decimos por sí mismo, porque tan preocupado iba Miguel que no intervino en el cambio de aire de su caballo.

El sendero por donde caminaba se estendia sobre una loma ancha y deprimida, cubierta por viñedos: por la derecha, los accidentes del terreno impedian ver el mar, cuyo sonoro zumbido se oia incesantemente.

Miguel no reparaba por donde iba.

Sin pensar en ello, se habia entregado á la voluntad de su caballo.

Era por la tarde.

Los rayos, ya casi horizontales del sol proyectaban la larga sombra de los ásperos accidentes del terreno sobre el viñedo, por medio del cual caminaba el caballo de Miguel.

III.

El peregrino seguia marchando y ganando la distancia que le separaba del caballo, y mirando á Miguel de una manera singular.

Este se sentia como dominado por un sueño sombrio; por una pesadilla.

Todo cuanto le rodeaba, los árboles, las rocas por entre las cuales pasaba de tiempo en tiempo, el cielo, el sol que trasponia, aparecian á sus ojos como velados por algo lúgubre, por algo siniestro, por algo fantástico.

El viento de la tarde le parecia como un helado soplo que pudiera suponerse saliendo de una tumba.

Habia matado, y esto era todo.

Un hombre de corazon, cuyo sentimiento no esté viciado, no mata arrastrado por la cólera ó por el honor ofendido, sin que á las prescripciones del honor, ó á los impulsos del odio ó de la vanidad, suceda un horror desconocido, una acusacion terrible de la conciencia, un arrepentimiento tardío.

Ha destruido: ¿y acaso tiene el hombre el derecho de destruir?

Se ha vengado: ¿acaso la venganza satisfecha con la muerte del enemigo, no deja en el alma un sabor amargo é inestinguible? ¿Acaso puede un hombre convertirse en un agente de muerte para otro hombre, sin que el horror de sí mismo le acometa; sin que se crea atraido por el cadáver que ha dejado tras sí; sin que recuerde que por él no existe un hombre que debia existir; que por él ha terminado con una catástrofe lamentable la historia de un hombre; que ha arrebatado; que ha apagado, en fin, lo que no podia dar, lo que no podia encender?

En estas reacciones de la conciencia no se piensa: se sufre la presion de algo pesado, frio, acedo; de una especie de caos horrible que aspiramos con todos nuestros sentidos; que nos deja ver la luz pálida que se siente durante un crepúsculo en los cementerios; oler algo semejante á la leve emanacion de un cadáver reciente; gustar un sabor frio, repugnante, levemente amargo, nauseabundo; tocar y no sentir como si hubiésemos tambien muerto.

Es que nuestros sentidos están viciados por el horror, por la imágen terrible de lo que acabamos de hacer; por la conciencia de que nos hemos puesto en inarmonía con Dios.

Nada hay que justifique la destruccion de una criatura por otra criatura.

La naturaleza la repugna.

Si las preocupaciones, ó las pasiones, ó las costumbres nos arrastran á un crímen semejante, la implacable naturaleza recobra su imperio y el ser vivo parece que siente la nada del ser muerto á sus manos.

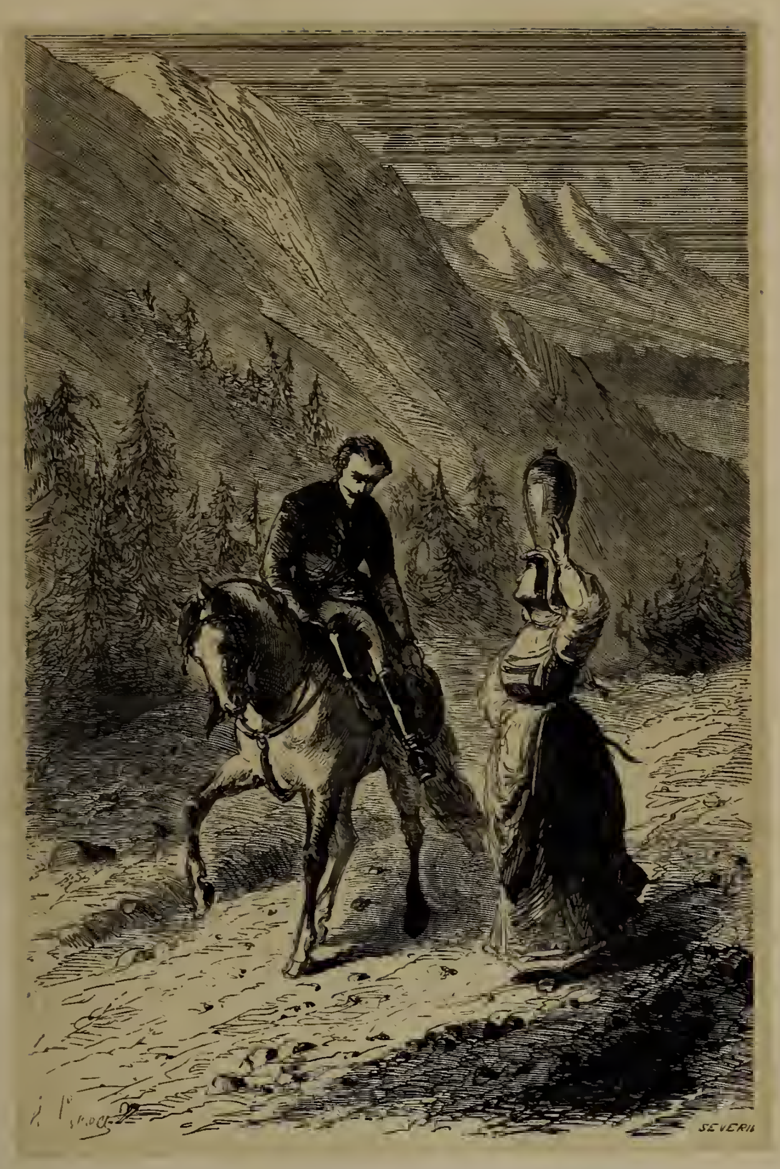
Esta es la fascinacion que lleva al homicida fugitivo al mismo lugar donde huyó de su víctima y donde suele encontrarle l justicia de los hombres que, si ha llegado tarde para impedir el delito, ha llegado bastante á tiempo para prender al delincuente.

IV.

Tan poseido iba por el horror, Miguel, que su caballo iba completamente abandonado á sí mismo; y obedeciendo á su instinto se alejaba del cadáver.

Si Miguel hubiese tenido algun dominio sobre sí, y por consecuencia sobre su caballo, hubiera vuelto al lugar del duelo.

El vacío atrae, y la muerte, que es otro vacío, atrae tambien.



—¿SE HA PERDIDO POR VENTURA, CABALLERO?

V.

Llegó el caballo á un cruzamiento de sendas, en el fondo de una pequeña cañada y vaciló.

Una jóven aldeana que adelantaba hácia Miguel, con un cántaro en la cabeza, dijo, notando la perplejidad del ginete y la indecision del bruto.

—¿Se ha perdido, por ventura, caballero? si se ha perdido dígame á dónde vá.

Miguel volvió en sí como quien despierta de un sueño.

Tenia las fauces secas; sentia una sed horrible y dijo á la muchacha:

—¿Es agua lo que vá en ese cántaro?

—No, no señor; es leche que llevo á la ciudad para la venta de la noche.

—Tanto da, dijo Miguel; dame una poca de leche.

—Será necesario que beba en el cántaro, señor; no traigo vasija en que beba.

Miguel echó pie tierra.

La muchacha se quitó de sobre la cabeza con las dos manos el cántaro, lo puso sobre su cadera y lo inclinó para que Miguel bebiese.

Miguel bebió con ánsia.

En aquel momento, él y la jóven aldeana formaban un grupo semejante al que allá en los tiempos de Abraham formaron junto al pozo de Nachor, Rebeca y Eliezer, salvos los trages que nada tenian de bíblicos; pero en cuanto á hermosura, si Rebeca se pareció á la jóven aldeana que satisfacia la sed de Miguel, debió alegrarse mucho de ello Isaac.

VI.

Era rubia, á la manera que era rubia Enriqueta; como ella pálida y melancólica aunque de tez mucho menos suave.

Miguel, por el color de los cabellos de la aldeana recordó á Enriqueta, y por Enriqueta el mar de la Marola, donde probablemente encontraria al pescador Mateo, al abuelo de Enriqueta.

—¿Por dónde saldré al camino que conduce al mar de la Marola? dijo

Miguel, mientras la muchacha se ponia otra vez su cántaro en la cabeza.

—En la senda por donde yo he venido, hay un caserío donde puede, si quiere, pasar la noche; la senda sigue y se encuentra la carretera; se toma por la carretera adelante, se sigue, se sigue, y preguntando se llega.

—Gracias, dijo Miguel, montando de nuevo y dando un duro á la muchacha.

—No lo hice por tanto, contestó la jóven tomando el duro y guardándolo; pero Dios se lo pague, señor, y le dé buena ventura y buen viaje.

Miguel espoleó su caballo, y la muchacha siguió su camino entonando el siguiente cantar gallego:

«Pasei o mar da Marola,
Queridiña por che ver:
Pasei o mar da Marola
A pique de me perder.»

Y mas allá la jóven entonó la copla siguiente:

«Una noite en o muhiño
Una noite non e nada,
Mais una semana enteira.
Esa sí que e muhiñada.»

La primera copla estremeció á Miguel.

La segunda no la oyó.

Habia recaido en su abstraccion que se habia hecho mas dolorosa.

Tenia que guardar un secreto á los hombres, y á Enriqueta el secreto de la muerte de su hermano.

Entre él y su amor se habia estendido un velo rojo, á pesar del que, Miguel estaba decidido á llegar hasta Enriqueta.

Estos secretos son un gusano roedor, que no perece sino cuando ha matado el corazon que roe.

Miguel no podia ser ya feliz: le aterraba la certeza de un castigo de la Providencia, y aquel castigo se le presentaba mas terrible envuelto en un denso misterio.

¿Cómo se determinaria aquel castigo?

Este temor influyó gravemente, como veremos, en la conducta posterior de Miguel.

La existencia se compone de recuerdos y esperanzas.

Lo presente es un punto que vuela en el infinito; un punto inapreciable.

El hombre está siempre en marcha: cada paso que adelanta representa un paso que deja atrás: moralmente, el hombre no se detiene nunca: marcha, recordando, en busca de una esperanza.

Cuando los recuerdos son sombríos, las esperanzas no pueden ser risueñas: hay mucho de fantástico en la vida del hombre.

Para la mayor parte, la fantasia es una hada bienhechora, que ayuda al hombre á sostener la pesada carga de la vida, haciendo de él un sonámbulo.

Para otros, la fantasia es un genio maléfico, de negras alas, que enluta su porvenir y hace mas pesada su vida.

Miguel veia estendidas delante de sí las negras alas de este genio siniestro.

Y caminaba, caminaba con ardor, pareciéndole que aun se encontraba en el lugar de la catástrofe; que Enriqueta estaba muy lejos, muy lejos, acaso perdida para él.

Y avivaba la marcha de su caballo, haciendo correr al peregrino que habia perdido mucho terreno.

VII.

Al fin el caballo entró por un terreno pedregoso y difícil, se amenguó la velocidad de su marcha, y el peregrino pudo alcanzarle.

—¡Eh, amigo mio! dijo; no tan deprisa; no hay que fatigar á los que nos siguen porque tienen necesidad de hablarnos.

Y asió al mismo tiempo el freno del caballo.

Miguel estendió la mano hácia una de sus pistoleras.

—¡Bah! que equivocacion tan estúpida, muchacho, dijo el peregrino: me has tomado por un ladron; nada tiene de estraño, bien pudiera ser; los ladrones usan de todos los trages conocidos; ¡pero bah! yo no quiero robarte: dáme tu pasaporte.

El jóven sacó su cartera, de ella su pasaporte, y le entregó al peregrino, que al leerle se conmovió.

—Vamos, dijo doblando el pasaporte y devolviéndole á Miguel; no me habia equivocado; mereces que te se proteja; es necesario salvarte; ¡diablo! ¿para qué estamos en el mundo? Vamos, en marcha; voy á llevarte donde pases con seguridad la noche.

Y echó á andar.

Miguel, sin contestarle, le siguió.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

La filosofía de Estéban.

I.

Lo que menos sospechaba Miguel era que aquel peregrino en quien, habia creido ver un bandido, y cuando le pidió el pasaporte, un polizonte, era su tio mayor natural, Estéban, de quien habia oido hablar mucho y de muy mala manera á su padre.

Estéban tampoco conocia á Miguel: le habia visto niño; pero en el hombre no se conoce al niño.

Despues del rompimiento de Estéban con sus hermanos, Miguel habia sido enviado para completar su educacion á Francia y despues á Inglaterra.

Aunque Estéban habia estado despues de su rompimiento con sus hermanos, en Madrid, por la ausencia de su sobrino en el estranjero, no habia podido conocerle.

II.

Estéban era un ser escepcional: mitad ángel, mitad demonio: espíritu en que luchaban, componiéndole, el gran espíritu de Ana, el soberbio y altivo de Campo-Nuño, y el miserable é infame de Lamprea.

Era espléndido y avaro; compasivo y cruel; digno y miserable; franco y solapado, con arreglo á la situacion en que se encontraba, á la influencia á que estaba sometido.

Sorprendió á Miguel en medio de la soledad de un campo empalidecido por la luz neutra del crepúsculo, ensombrecido por su vigorosa accidentacion.

Cuando Miguel creyó que iba á pedirle la bolsa, le pidió el pasaporte; cuando Miguel se creyó preso por un individuo de policía, disfrazado, encontró un amigo misterioso, original, pero siempre un amigo, en aquella situacion estrema, dominado por la cual, no sabia qué hacer ni á dónde ir.

Las entrañas de Estéban se ablandaron al reconocer por él en el pasaporte que Miguel era su sobrino.

—¡Eh! ¡qué diablo! dijo para sí Estéban; me alegro: siempre he querido yo á este muchacho sin saber por qué, y sin conocerle; preciso, el instinto: se me parece; mata de una brava manera: cuando se desespere valdrá lo que yo; amparémosle.

Entonces fue cuando se puso en marcha delante del caballo de Miguel.

III.

Por algun tiempo Miguel, asombrado, guardó silencio: al fin, dijo:

—¿Por qué sabe usted que es necesario salvarme?

—¡Eh! casualidades: dormia yo allá en las rocas de la Redonda: á mí me gusta dormir muy alto, oyendo el tenaz zumbido del mar; suelo dormir de dia, hasta la caida de la tarde: acababa de despertar cuando oí abajo, en la pequeña playa rumor de voces; asomé la cabeza allá por lo alto y lo he visto todo: tiras admirablemente, muchacho, y no quisiera yo ponerme en situacion de que me abrieses un ojal como el que has abierto á aquel pobre diablo.

—¡Ojalá no! dijo Miguel.

—¡No! y ¿por qué no? supongo que tendrias razon, ó que cuando menos te causaría ojeriza aquel individuo: es muy fastidioso sufrir pacientemente una injuria ó tener una mosca sobre la nariz: ¡diablo! ¿para qué se han hecho las espadas? no se mata á un hombre por matarle; es una diversion un poco cara; no se mata mas que por odio ó por necesidad: las leyes... ¡vaya una invencion! ¡las leyes! cuando las enviais norama-

la se os echan encima; cuando las necesitais, os abandonan, se os muestran madrastras: aborrezco las leyes; aborezco el gobierno; no quiero gobierno de ninguna especie: ¡viva la libertad! ¡viva la república! No, no te asustes, aquí no nos oye nadie mas que los grillos y los lagartos, que no son ciertamente absolutistas: ¡ah! ¡bribones! ya llegará dia en que os degollemos: descuidad, tenemos que pagaros tanta horca y tanto presidio: ¡ah! ¡viva la repûblica! me consuelo gritando en el desierto: donde me oyesen, me guardaria yo muy bien de soltar esa peligrosa palabra: en estos benditos tiempos se aborca por una palabra: ¡ah! oye tú, Campo-Nuño, tú debes ser un realiston de á folio: tu padre lo es y lo son tus dos tios: por eso, simplemente por eso, estuvimos á punto de rompernos la cabeza tu padre y yo, y concluimos para siempre: tú eras pequeño; ¡ah! te sentaba yo sobre mis rodillas y gozaba con que me tiraras de los bigotes, cuanto mas fuerte mejor; porque á mi me gusta la fuerza; yo adoro la fuerza: ella es el derecho, lo demás son tonterías; ¡bah! tonterias estúpidas: siempre el que manda, pega; por eso aborrezco al gobierno: no le quiero: ¡viva la libertad... del fuerte! ¡y que se haya escrito y se haya dicho tanta tontería!... ¡bah! sí, tu padre era un realista de á folio, tu debes ser lo mismo: callas, lo que me prueba que lo que te acabo de decir te contraría.

—Callo, porque sufro: mi cuerpo está aquí, pero lejos, muy lejos mi pensamiento; no sé dónde; en el espacio; no he oido nada de lo que usted ha dicho mas que sus últimas palabras.

—Pues me alegro, mejor: algunos amoríos ¿eh? alguna muchacha que te se ha perdido; ¿ha sido por ella la catástrofe?

—No, respondió secamente Miguel.

—¡Ah! es verdad, dijo Estéban; no tengo derecho á que seas franco conmigo; ¡lo que es la costumbre! siempre estamos diciendo palabras, cuya significacion no aceptamos: yo que no reconozco el derecho cuando no es la fuerza, hablo de derecho: precisemos la frase: tú no tienes por qué franquearte conmigo: eres, sin embargo, ingrato sin saberlo; porque la verdad es que yo te salvo del peligro probable de ser preso y fastidiado, y si no sentenciado á presidio, porque para los grandes señores y para sus hijos no hay justicia, aburrido.

—Estoy mal con mi padre, dijo Miguel; mas bien, mi padre se ha puesto mal conmigo, nada haria por mí.

—¡Ah! sí, sí, tu padre tiene que estar mal con todo el mundo, hasta

con su propia sangre: ¡bah! has hecho bien en romper con él; ¡tirano mas insoportable!... ¡oh! amigo Juan, amigo Juan, acabarás por quedarte solo con tu gota y con tu pobre mujer paralítica.

—¡Oh! ¡madre mia, madre mia! esclamó Miguel; pero usted conoce á mis padres, añadió.

—Sí, y á tus tios, tan intratables y tan estravagantes como tu padre: oye, ¿qué se ha hecho de Eugenia? Cuando yo rompí con tu familia era un querubin de cuatro años; ahora debe tener catorce: habrán sido capaces de casarla á la fuerza con algun estafermo tan ridículo como ellos, ó de haberla metido á la fuerza monja; digo, si no se ha escapado, muriéndose, de tanta tiranía; y habrá hecho muy bien; ¡pobre niña! la quiero, vamos, si señor, la quiero, no lo puedo remediar: ¿vive?

—Sí.

Hubo un momento de silencio.

Tan preocupado estaba con su situacion Miguel que no le escitaba la charla de su desconocido tio.

Este, hablador, porque hablando desahogaba su bilis, charlaba entonces por distraer á Miguel.

IV.

—Tú tienes miedo, chico, dijo Estéban.

—Miedo, sí, tengo mucho miedo; me parece que la tierra va á hundirse bajo mis pies.

—¡Novicio! dijo Estéban con una amarga ironía; tú te acostumbrarás; el primer trago de sangre es nauseabundo, marea, causa vértigo: despues... despues, como todo; se acostumbra uno; se acaba por tener aficion al cadáver: el hombre, Miguel, no es otra cosa que un tigre humano; mientras no saborea la sangre, bien; parece un hermoso gato, dócil y doméstico: ¡oh! la vida ama á la destruccion: hay cierta grandeza en la potestad de destruir: tú existes porque yo quiero: es evidente; tú me debes la vida; porque yo podria matarte aquí: nadie nos ve, nadie: tu caballo no declararia ciertamente: un campesino encontraria dentro de algunos dias un cadáver entre una maleza, se quitaria aterrado el sombrero, huiria rezando, y no diria nada por temor de que le colgasen el crimen: son muy brutos nuestros alcaldes y nuestras gentes de justicia: un hombre muerto á mano armada reclama otro hombre muerto en la

horca: ¿no se encuentra al homicida? no importa: se ahorca al primero que ve al muerto y que comete la torpeza de decir que le ha visto: esta gente se ha acostumbrado á ahorcar; necesita el manjar horca, y cuando éste escasea, está hambrienta, disgustada, feroz: ¡escelentes tigres! ¡ah! ellos se regalan bien, comen hasta saciarse carne cruda; si han visto ya el cadáver tuyo, es decir, el cadáver que tú has hecho, se habrán alegrado, y andarán olfateando por dónde anda el otro cadáver: que lo busquen, que me lo quiten: ¡ah! las montañas, las selvas, tienen hermosos escondrijos para los que son bastante valientes para combatir con vosotros, amables Caníbales; vuestra accion gubernamental no llega hasta nosotros; para nosotros no hay gobierno; ¡abajo el gobierno! nosotros somos hombres en toda la plenitud de la frase; vivimos de nuestro trabajo; no importa; el hombre ha nacido para trabajar durante su fuerza, y para descansar cómodamente cuando su fuerza empieza á decaer: ¿cuál es nuestro trabajo? ¿de qué género? no importa: cualquier trabajo es bueno con tal de que produzca: el hombre tiene la necesidad de conservarse y de vivir lo mejor que pueda, cualquiera sea el medio: no hay nada organizado; la moralidad, palabra hueca; antes que la moralidad, es una buena organizacion; mientras se sostengan absurdos, mientras al ser social le pese mas la cabeza que el resto del cuerpo, no hay equilibrio posible, no hay verdadera fuerza; no hay armonía; no puede haber moralidad: la pesada cabeza de cieno y plomo está en tierra absorbiendo los jugos del cuerpo, abyecta, estúpida, insaciable; es una sandía que vive á costa de la mata: ¡ah! no hableis de crímenes, porque vosotros sois el crímen, vosotros lo haceis, puesto que le precisais; no peseis sobre la humanidad, no la aplasteis, no hagais de ella un lodo sangriento; dejad que la luz y el calor del sol penetren en el antro; mejor aun; cegad el antro, sacad á los reptiles á la luz, y se transformarán: entre tanto, ahorcad todo lo que podais; ensangrentaos todo lo que podais; impedid el paso á la luz, cerrad las escuelas, las universidades, fanatizad, embruteced, aniquilidad; bien: nosotros os morderemos las piernas gotosas entre la sombra: no os quejeis; todo es obra vuestra, mis queridos antropófagos.

V.

Estéban charlaba y mas charlaba, llevando siempre de la brida el caballo de Miguel, por un terreno áspero, difícil y fuertemente accidental.

De lo alto del cielo caia una densa sombra; al occidente se veia una claridad neutral, esa luz que no es luz, que no alumbra, y que sin embargo, no es sombra: una noche algo menos densa, en fin.

La noche era apacible, fresca, odorífera por los múltiples aromas campestres.

Cantaban los grillos; entre los árboles cuyo follaje agitaba levemente la brisa, produciendo un leve rumor monótono, se oia de tiempo en tiempo el canto de un ruiseñor.

Los insectos nocturnos bullian, dejando percibir un ténue zumbido.

La luciérnaga ostentaba acá y allá su pálida y débil luz, y el cuclillo repetia sin cesar su quejido lúgubre.

Entre esta sombra, entre estos sonidos inarticulados de la voz de la naturaleza, la voz de Estéban vibrante, seca, ronca, ondulando en todas las inflexiones, en todos los tonos de la espresion, sarcástica ó burlona, irritada ó sombría, despreciativa ó grave, acompañada del áspero y acompasado sonido de las herraduras del caballo sobre el terreno pedregoso, producia un efecto terrible, casi fantástico: parecia la protesta de la humanidad degradada contra quien la habia degradado: la amenaza del débil feroz contra la ferocidad de una opresion incontrastable.

Era como el rugido de dos fieras luchando en la sombra.

VI.

Miguel habia vuelto á recaer en su abstraccion, en su terror frio é insoportable.

Oia; pero no escuchaba.

La voz de Estéban no era para él mas que un ruido, del cual ni aun se daba cuenta.

Enriqueta, su hermano, el duelo, un moribundo que le perdonaba, un cadáver que caia inerte; Dios sobre este infierno: hé aquí lo único que sentia, que veia, que aspiraba, que temia Miguel.

VII.

—Pero tú no hablas, muchacho, dijo Estéban apenas habia concluido su estraño razonamiento, notando que no le contestaba Miguel: vamos, estás mas enfermo de lo que yo creia.

—Estoy desesperado, dijo Miguel: por donde quiera que miro encuentro cerrados los caminos, y sin embargo, si el hombre puede tener

alguna vez razon para matar, la he tenido yo sobrada para matarle.

—¿Te estorbaba?

—No; me irritaba.

—¡Ah! pues tanto da: de alguna manera se ha de desfogar la cólera, y nada mas justo que desfogarla contra quien la ha causado: ¿qué culpa tienen los demás? Desengáñate; te preocupas por falta de costumbre. Un hombre muerto en duelo, lealmente, en el terreno de los caballeros; ¿qué es eso? nada: un accidente vulgar de la vida, que lo único que ha tenido de grave ha sido el peligro en que te has puesto de que el otro te pinche á tí. Y era bravo aquel pobre diablo, y sereno, y diestro: si te descuidas, te ahorra las cavilaciones y los escrúpulos de niña en que te envuelves: la cuestion no es lo que ha sucedido, sino lo que puede suceder; yo no me fio de nadie: en otros tiempos tan oscuros como estos, pero menos brutales, menos degradados, tratándose de un duelo se podia contar con el caballeresco honor de los padrinos: si se les cogia, aguantaban solos la pena sin comprometer á su ahijado los unos; al contrario de su ahijado los otros: habia algo de grandeza en esto: ahora no me fio: si los cogen, serán capaces de charlarlo todo, solo por tener el placer estúpido de que tú tambien te fastidies.

—Si los cogen dejaré yo de ser caballero si no me presento á esculparlos en la parte que pueda, haciendo caer sobre mí toda la responsabilidad.

—¡Disparate! eso hubiera sido muy bueno, muy estimado en otro tiempo: hoy no lo comprenderia nadie; ni aun serviria para que los jueces te respetasen: déjame, déjame obrar á mí; me he propuesto salvarte, y te salvaré: esta noche dormirás seguro; mañana tendrás todas las noticias que necesites, y obraremos como mejor convenga: ¿oyes ese zumbido lejano que proviene de la parte del Norte?

—Sí.

—Un molino, hijo, un molino; allá vamos á pasar la noche; no nos faltará compañía ni qué cenar, ni lecho en que dormir: ya verás, ya verás qué lindas son la mayor parte de las aldeanas que vienen á moler su trigo: ¡bah! si tú te sobrepusieras á todas esas tonterías, podríamos pasar una noche agradable.

Miguel no contestó.

Estéban comprendió que la conversacion molestaba al jóven, guardó silencio, y siguió llevando el caballo de la mano, y con su bordon al hombro.

CAPITULO II.

En que Estéban continúa delineando algunos rasgos de su fisonomía moral.

I.

Media hora despues, escuchando progresivamente mas cercano y mas distinto el ruido del molino, llegaron á él pasando sobre un puente de madera.

En medio de aquel puente les salió un hombre al encuentro.

Aquel hombre habia sido llamado por un silbido poderoso que poco antes habia lanzado Estéban.

Este se separó de Miguel que habló en voz baja algunas palabras con aquel hombre.

Poco despues el hombre con quien habia hablado Estéban se acercó á Miguel.

—Buenas noches, le dijo; ya el amigo ha hablado conmigo lo que era menester, y no hay que tener miedo; este es un rincon; la gente que aquí viene no entiende de nada, como no sea de si la molienda está bien ó mal hecha ó si ha mermado ó crecido mucho el trigo: eche usted pie á tierra, yo me encargo del caballo; y no hay que tener miedo: todos somos liberales y un buen liberal tiene siempre en su casa cuarto, cama y pan para sus amigos.

—Gracias, dijo Miguel, echando pie á tierra.

El hombre que le habia hablado tomó el caballo y le llevó á la cercana puerta del molino, en la cual se veia el opaco reflejo de una luz débil.

Estéban asió del brazo á Miguel, le llevó consigo y pasó por delante de la puerta del molino.

—¿Por dónde vamos á entrar? dijo Miguel estrañando aquella circunstancia.

—Puesto que hemos de entrar, y no entramos por la puerta, claro está que entraremos por otra parte: anda y calla.

—¿Hay algo que temer?

—¡Eh! ¿quién sabe? en el molino ha parado esta noche un viajero estraviado que tiene trazas de polizonte ; no importa ; ¿oyes el derrumbe del agua? la corriente es rápida, violenta: si el polizonte se escede, le convertiremos en salmon; en esta corriente se crian muy buenos salmones; pero es necesario evitar que se esceda para no vernos en el caso de convertirle en pez.

Estéban rodeó el molino; se detuvo delante de uno de sus flancos, tomó una escalera que estaba arrimada á la pared y la cambió de lugar.

—Esperemos, dijo, el buen Ramon no tardará en aparecer.

Poco despues, como á seis varas de altura, apareció de repente un claro cuadrado, determinado por el resplandor de una luz.

Era una especie de lucana colocada en el tejado: la escalera estaba bajo ella.

—Sube, dijo Estéban á Miguel.

Miguel subió, entró por la lucana y se encontró en un desvan, delante de un hombre como de treinta años, robusto y buen mozo que representaba el tipo perfecto del gallego, entre costeño y campesino.

Habia en él candor, espresion bonachona, y al mismo tiempo algo de esa espresion picaresca de los hombres que nacen al lado del mar, en un puerto concurrido.

II.

—No es este un alojamiento muy bueno, dijo el molinero; pero en fin, hay que tomar el tiempo como viene: ¡ah! ¿estás tú ahí? añadió viendo á Estéban que penetraba por la lucana; bueno, voy á quitar la escalera y á meterla en los breñales para que nadie pueda oir lo que hableis, ni que no tengais que estar callados por miedo de que os escu-

chen; luego subiré un par de colchones y mandaré hacer á Marusiña algo caliente: hasta luego: me gusta mucho tu compañero, peregrino; tiene cara de ser mucho hombre: vuelvo al instante.

Y salió.

III.

Estéban cerró las dos hojas de la lucana.

Un candilon, un verdadero candilon de molino alumbraba el desvan, colgado de uno de los travesaños del techo.

Aquel techo era agudamente angular: su parte superior constituia la vértice de muchos de los triángulos que formaban los lados desiguales de aquel espacio; una compuerta que habia cerrado el molinero, era su entrada: debajo se oia el ruido especial de las piedras que giraban, y las voces y las risas de muchos hombres y de muchas mujeres.

Eran sin duda aldeanos de los alrededores que habian ido á moler su trigo.

IV.

—Será prudente que pisemos quedo, dijo Estéban; no hay necesidad de que nadie se aperciba de que hay gente en el desvan: si no fuera por ese maldito sospechoso que está en el molino, yo procuraria distraerte; nos meteríamos entre las muchachas y entre los mozos, armaríamos una buena y pasaríamos la noche en una fiesta muy original: se cantaria, se bailaria, se beberia, y á la hora de haber empezado la fiesta no sabríamos dónde estábamos; pero qué quieres; á mí se me persigue, se me huele: yo soy un desertor de presidio; sí señor, un honrado desertor de presidio, á quien condenaron por una tontería que indudablemente me hubiera llevado á la horca si no hubiera sido por tu padre; lo siento, no quisiera deberle ningun favor, ni se lo agradezco; yo no se lo pedí, pero no estaba en el caso de decir: ahórquenme ustedes señores realistas, porque no quiero deber ningun favor á mi her... á mi hermoso amigo el marqués de Campo-Nuño: en fin, aquí para *inter nos*, Dios se lo pague, porque no me hubiera hecho gracia bailar en el aire: figúrate que prenden á un comprometído en una sublevacion republicana, y hazte cargo de lo que hubieran hecho conmigo los siervos del señor rey, á no ser porque tu padre, realiston de á fólio, tomó cartas en el negocio: bueno, todo se reduce á que cuando degollemos á los nobles, ponga yo á tu padre en una

puerta de escape y le diga:—Beso á usted las manos, señor marqués; estamos en paz.—¿Qué diablo? un dia, un presidiario, achispa á su cabo de vara, le da un golpe en la nuca, se larga sin meterse á averiguar si se ha muerto del susto su guardian y corre por donde puede: encuentra un santo romero de Santiago de Compostela, un bribon que hace su agosto embaucando á las gentes sencillas con su mogiganga, le desnuda, se viste su esclavina, se pone su sombrero, se apoya en su bordon y se encuentra con que el bordon tiene por alma una espada de Toledo: magnífico, era uno y ya son dos; el otro habrá encontrado otra esclavina, otro sombrero y otra espada; luego se vive como se puede, pidiendo... limosna: ¡qué diablos! las circunstancias hacen la profesion; me atengo á lo dicho: es necesario vivir del mejor modo posible: aprovecha la leccion y no te apures: has dado un pasaporte en regla, y bien, ¿qué le hace? mañana sabremos á qué atenernos: aquí estás seguro: si ese presunto polizonte lo es, en efecto, y se mete en camisa de once varas, le haremos beber una poca de agua: adelante, es necesario vivir: Ramon es buen muchacho, liberal por instinto, porque las ideas liberales están en la naturaleza, son hijas del temperamento: ¡diablo! hay gentes que no pueden sufrir nada sobre su cabeza, mas que el techo que les abriga, el sol que les alumbra y las estrellas, buenas luciérnagas celestes que no se meten con nadie: á los árboles seculares se les acomete por el pie; se les echa en tierra y se hace leña de ellos: á las cumbres de las montañas se sube, y desde ellas se ven horizontes desconocidos: ¡ah! no hay nada mas alto que el hombre sino el cielo: ¡por mi abuela! las montañas me irritan, porque me cuesta trabajo subir á ellas: todo lo que es alto me sulfura; yo quisiera convertir al mundo en un parterre inglés, en el que se alcanza con la mano á la copa del arbusto mas alto: ¡abajo todas las supremacías! al nivel todo! que nos podamos ver sin levantar la vista á mas altura que la de la línea de nuestro horizonte: ¿no oyes, muchacho? me parece que estoy hablando con el aire: ¡diablo, y cómo te se indigestan las cosas!

—Oigo, dijo Miguel.

—Porque no estás sordo, pero apuesto á que no me repites una sola de las palabras que he dicho.

—Perdone usted, dijo Miguel; mi cuerpo está aquí, pero mi espíritu está muy lejos.

—Al diablo con los espíritus pequeños y asombradizos: ¡vaya! me alegro; ya está aquí Ramon cargado como una acémila: haznos las ca-

mas, Ramon, haznos las camas: acostémonos: no hay medio de trabar conversacion con éste: está asustado; piensa en yo no sé cuántas tonterías; ¿y en qué creerás que consiste? en que se ha enemistado con uno y de un pinchazo, frente á frente y á buena ley, le ha enviado al otro barrio.

—Ha hecho bien, dijo Ramon estendiendo en el suelo unos colchones: perro muerto no muerde, y lo mejor que se hace con un enemigo es echarle tierra encima: en lo que hace mal es en acordarse ya de ello: á otra, que siempre queda tiempo para asustarse: voy á subir una cazuela de sopas de ajo con huevos, que es lo mejor para calentar el estómago: avíspese usted, amigo, que aquí está usted mas seguro que si se encontrara en el fondo del mar; y con el buen compañero que usted tiene, cuando á usted le cojan, que me saquen tres dientes.

Y el molinero bajó de nuevo.

V.

—Apuesto que en tu aventura hay una mujer, dijo Estéban; á los veinte y tres años, solo por una mujer se preocupa un hombre hasta el punto que tú te preocupas.

—En mi aventura, no hay mas que mi desventura, contestó Miguel.

—No, si yo no quiero saber nada; si yo no soy alcalde ni escribano para meterte en aprietos: si yo adoro á la libertad, á la libertad absoluta, sin restricciones, sin condicciones de ningun género; y respeto la libertad que concede á todo el mundo, de hacer todo lo que quiera siempre que lo que haga no atente á mi libertad.

Estéban acababa de soltar una gran teoría del derecho comun.

La verdadera libertad es aquella en que el ciudadano, en toda la plenitud de sus derechos, respeta los derechos de los demás.

—Mi situacion es terriblemente escepcional, dijo Miguel: perdóneme usted si no soy mas espansivo; sufro de una manera horrible; me estoy muriendo, me violento, apartándome de las ideas que me dominan: otro dia, mas adelante seré mas esplícito: debo á usted mucho; sin usted, sabe Dios en qué situacion me encontraria en este momento: soy muy agradecido: yo demostraré á usted...

—Gracias; para nada necesito tu agradecimiento: no sé por qué me he interesado por tí: debilidades, la costumbre; los Campo-Nuño son una

raza maldita á la cual yo no debo mas que aborrecimiento, y sin embargo... no hablemos mas de esto: me atrevo á creer que no cenarás: acuéstate, duerme; dormirás, yo te lo aseguro; bajo las grandes escitaciones se duerme profundamente: lo que desvela son las niñerías: algunas horas de letargo; despertarás rehecho, con la cabeza fresca, en estado de juzgar con exactitud de las cosas.

—Sí, voy á echarme; estoy enfermo; se me va la cabeza.

Y Miguel se echó en el colchon.

Estéban le cubrió con una de las mantas que habia llevado el molinero.

VI.

Miguel, apenas se echó, apenas se recogió, dejó ver en su semblante las primeras señales de un amodorramiento que muy pronto se convirtió en sueño, y en sueño profundo; en una especie de letargo.

—¡Pobre niño! dijo Estéban mirándole con ternura, ¡pobre hijo desventurado de una familia infame! lo que te sucede es terrible, sí; la sangre asfixia, la sangre enloquece, la sangre sofoca, la sangre mata; y bien; ¿por qué se oponen obstáculos á nuestro paso? ¿por qué nos vemos obligados á destruir, para no perecer? No, no es nuestra la culpa y no debe ser nuestro el remordimiento, y sin embargo... ¡bah, bah! la costumbre, las preocupaciones: es necesario no ser débiles; al diablo con las las ideas inútiles; al diablo con los sueños.

VII.

—A falta de mesa, bueno es el suelo, dijo Ramon, que acababa de sobrevenir, poniendo delante de Estéban que estaba sentado junto á su sobrino, un gran cuenco de sopa, con huevos, en que se veian clavadas dos cucharas de madera.

Puso además, una gran bota llena de vino.

—Gracias Ramon, dijo Estéban: buenas noches: no pierdas de vista á ese individuo, y si hace algo que inspire sospechas, componte como puedas.

—¡Ah! dijo el molinero, nos hemos engañado; es un pescador viejo del mar de la Marola que, buscando á un hombre que se le ha perdido, se ha estraviado con lo oscuro de la noche y ha venido á parar aquí.

—Mira, cuando ese hombre vaya á irse, dile que espere y llámame; yo hablaria con él al momento, pero tengo hambre y sueño.

—Pues buen provecho y buenas noches: hasta mañana.

El molinero bajó y Estéban se puso á comer, con grande apetito, y no cesó hasta que dejó completamente vacío el cuenco.

Despues, apagó el candilon, se echó, y á poco se oyeron sus fuertes ronquidos.

VIII.

Las risas y la charla de los jóvenes de abajo continuaba, resonando al par que el son monótono del derrumbe de la corriente y del estridor de las ruedas del molino.

CAPITULO III.

Estéban sabe lo que tan preocupado tenia á su sobrino.

I.

Apenas entró la luz por las rendijas de la ventana, se levantó Estéban.

Habia dormido muy poco: la mayor parte de la noche la habia pasado fumando su pipa, cuyo fuego, se señalaba entre la oscuridad.

Habia observado el sueño, ó mas bien el letargo de Miguel: muy á menudo se levantaba, se acercaba al jóven y escuchaba.

—Es necesario, decia, tener mucho cuidado no nos dé un chasco la congestion.

Escuchaba.

Miguel respiraba fuerte: gemia sordamente en medio de su profundo sueño.

En una de estas veces, Estéban le oyó murmurar un nombre de mujer.

—¡Ah! se llama Enriqueta la causa de todo este trastorno: siempre ellas, ¡diablo! sin las mujeres, el hombre seria otra cosa completamente distinta; estaríamos todavía en el paraiso: la Biblia es un libro profundamente filosófico; la profecía de la humanidad; la espresion de la verdad eterna: es necesario creer en Dios; pero para creer en Dios, no hay necesidad de creer en cosas que mas que de Dios son del diablo.

Volvió á acostarse: durmió un poco.

Cuando despertó, volvió de nuevo al lado de Miguel.

Una madre no hubiera velado con mas esquisita ternura el sueño de su hijo enfermo.

En esta ocasion, Estéban oyó murmurar á Miguel un apellido.

—¡Calla! yo tengo una idea de ese Ezguerra, dijo Estéban, Ezguerra... Ezguerrá... ¿quién era ese noble? sí, sanguijuela, vanidad, insolencia; si, eso es; era militar; no, ¡ah! sí, recuerdo, recuerdo; marino, brigadier de la armada: un buen mozo, pero tieso y soberbio, inaguantable, muy amigo de mi hermano Juan; ¿por qué diablos sueña Miguel con ese Ezguerra? debe haber muerto; hace un siglo que no oigo hablar de él: nos gustábamos muy poco: ¿por qué se impresionará de tal modo Miguel por Ezguerra? ¡ah! yo podia preguntarle, pero me guardaré muy bien: cuando él no habla es que no quiere hablar, y es necesario respetar la libertad que tiene cada uno de hacer lo que mejor le parezca, siempre que lo que haga no sea contra nosotros: ¡bah! noche toledana; ándese usted luego, en cuanto sea de dia, cuatro leguas para ir al Ferrol, é informarse de lo que se dice del desafío; de si tiene Miguel que temer ó no: vamos, cuando pienso que á no ser por el pasaporte, he podido matarle sin conocerle: ¡bah! ¡bah! durmamos un poco y no pensemos mas en esto.

II.

En cuanto fue de dia, Estéban abrió la ventana.

Miguel no despertó.

Estéban le contempló profundamente.

—No hay cuidado, dijo, es fuerte, resiste; el sueño es denso, pesado; pero no importa, no es mas que sueño, no sucederá nada: aquí está seguro; pongámonos en marcha.

Estéban abrió la compuerta, bajó por una escalera de madera al aire, volviendo á cerrar la compuerta, y se encontró en la parte baja del molino.

Ramon el molinero dormia en el suelo, sobre un costal.

Al fondo, seis ú ocho mujeres, y otros tantos hombres y muchachos, dormian revueltos.

Junto á la puerta, un jabegote viejo, dormia tambien.

Las piedras del molino eran las únicas que no dormian.

III.

Estéban dió con el pie á Ramon.

Este se levantó, y al ver la luz que penetraba por los claros de la puerta y por los ventanillos abiertos delante de las ruedas, esclamó:

—¡Cuerpo de mi abuela! ya es de dia, esos holgazanes duermen y dos piedras ya no tienen maquila.

—Pues calla y no llames á nadie, que tengo que hablarte, dijo Estéban.

—Habla lo que quieras, dijo Ramon bostezando.

—¿Dónde tienes tú los ojos y para qué te sirven, dijo Estéban, si te ha parecido un polizonte ese pobre diablo viejo de jabegote?

—Fíate en la Vírgen y no corras, Estéban; ¿pues no sabes que los realistas hacen sus espías hasta de nuestras mujeres y de nuestros hijos? ¿á qué se viene un hombre de mar cuatro leguas adentro? ¿á pescar salmones á la ria? la ria es nuestra, como es de ellos el mar: nunca vienen aquí, ni nosotros vamos á las playas; nos llaman los aldeanos, los brutos, y nosotros á ellos cuanto malo se nos viene á la boca: no me fio de ninguno.

—Peor para él si no te equivocas: veamos: ¡eh! ¡amigo! añadió Estéban moviendo con la mano al viejo; ya es hora; el dia va aclarando.

—¡Ah! es verdad, ya es de dia, dijo el anciano; ¡y no haberle yo encontrado!

—¿Quiere usted, compadre, que hagamos juntos el camino? dijo Estéban al jabegote que se habia puesto en pie y se restregaba los ojos.

—Segun y cómo, contestó el jabegote; yo voy á la playa, á la Marola.

—Y yo al Ferrol; podemos ir juntos mucho tiempo; ¡hola, molinero! añadió Estéban hablando con Ramon como si no le conociera; bien tendrá usted dos pedazos de pan y dos tragos de aguardiente para que hagamos la mañana, por caridad, se entiende, porque yo soy el peregrino mas pobre que ha andado en romería.

—Por eso no quede, dijo Ramon.

—Yo pagaré, dijo el jabegote.

—No hace falta, dijo Ramon; mi casa no es posada: doy lo que tengo, por amor de Dios, y porque Dios me ayude, que todos nos podemos

ver necesitados, y lo mismo doy á los que tienen, que á los que no tienen.

—Eso está muy bien hecho, dijo el jabegote, y Dios no le faltará á usted.

Ramon se metió en un aposento inmediato y salió á poco con dos pedazos de negro pan de centeno en una mano y dos pequeños vasos llenos de aguardiente en otra.

Estéban y el jabegote bebieron y tomaron el pan.

El jabegote lo guardó entre su camiseta de lana azul.

—No es por desprecio, dijo, es porque no tengo gana; le comeré por el camino.

El anciano habia dicho estas palabras con una especie de cansancio, de desaliento.

Estéban se puso á comer aquel negro pan con muy buen apetito.

—¿Con que nos vamos, compañero? preguntó el jabegote.

—Cuando usted quiera, hermano, contestó el viejo: que Dios se lo pague á usted por el techo y por el pan, amigo, añadió dirigiéndose al molinero: cuando usted quiera, allá abajo, en la playa de la Marola, el patron Mateo estará siempre dispuesto á servirle.

—Muchas gracias, amigo, y vaya con Dios.

—Dios se lo pague, hermano, dijo Estéban, por la hospitalidad y el almuerzo.

Y salió vigorosamente.

El anciano Mateo le siguió de una manera mas tarda.

Atravesaron el pequeño puente de madera tendido sobre el canal, arrancado á la ria para el servicio del molino y para el riego de las tierras bajas, y continuaron marchando.

De repente, cuando estuvieron metidos en una arboleda, Estéban se detuvo, y dijo fijando su mirada penetrante en el jabegote.

—¿Qué diablos buscabas, tú, abuelo, tierra adentro?

—Buscaba á un hombre, contestó Mateo: bastante te importará á tí lo que yo buscaba.

—Puede ser que me importe mas de lo que te parece, viejo tiburon: ¿ese hombre es rubio?

—Sí.

—¿Qué edad?

—Como veinte y cinco años.

—¿Cómo se llama?

—Es un señoron, un hijo de un grande de España; aborrezco á esos señores, desde que uno me hizo una herida en el corazon, que no se ha cerrado todavía: éste será tan bribon como aquel; pero ¿qué importa? ella lo quiere, llora...

—¡Ah! ella ¿quieres decirme cómo se llama ella?

—¿Por qué no? se llama Enriqueta.

—¡Ah! Enriqueta, alguna pescadora.

—Debia serlo, porque es mi nieta; pero no lo es, es una señorita; se ha criado en Madrid.

—¿Y por qué esa singularidad?

—Poco á poco: yo no cuento mis cosas á un cualquiera: ya he dicho bastante: continuemos.

—No; respóndeme una sola palabra: conociste tú al brigadier de la armada, Ezguerra?

—Teniente general; los infames hacen fortuna; para ellos los honores, las riquezas: para los pobres la matrícula, seis años á bordo; luego, la jabega y el remo, el chicote y la miseria siempre sobre nosotros, aunque seamos mas honrados que la honra misma, y con el alma mas noble que todos los nobles juntos.

—¡Bravo! ¡compañero! dijo Estéban; tú eres de los mios: abajo los nobles, abajo los privilegios; ¡viva la libertad! hay que hacer como aquel rey á quien sus nobles traidores encontraron cortando las adormideras mas altas para igualarlas con las bajas, y á quien creyeron tonto por esto: el tonto les cortó la cabeza: este rey me agrada, sobre todo, porque se murió: dime, ¿qué tiene que ver el teniente general Ezguerra con Enriqueta? respóndeme porque te importa; si me dices la verdad, te digo dónde está el jóven que buscas.

El semblante de Mateo se habia nublado con una espresion feroz y habia empalidecido.

—El teniente general Ezguerra, dijo pronunciando con una sombría lentitud sus palabras Mateo, era padre de Enriqueta.

—¡Ah! ¿y eres tú su abuelo?

—Sí, contestó con voz ronca Mateo.

—¡Pobre hombre! ¿y no echaste al mar de cabeza al teniente general Ezguerra?

—Me hubieran fusilado y ¿qué hubiera sido de mi nieta?...

—Tienes razon; si hubieras pedido justicia contra un bandido,

contra un miserable que deshonró á tu hija, que tal vez la mató...

—Sí, dijo haciendo una aspiracion terrible de aquel sí, Mateo.

—Pues si hubieras pedido justicia, dijo con un incisivo sarcasmo Estéban, como tú eras un jabegote y tu hija una pescadora, y el otro un teniente general, conde ó baron de qué sé yo cuántos, y grande de España, te hubieran enviado á paseo, ó cuando mas, te hubieran dado un poco de oro por el corazon y por la vida de tu hija: ¡pobre hombre! y si loco de dolor y de vergüenza hubieras abierto de alto abajo de una puñalada á aquel perverso, á la horca contigo; esto no puede ser, no puede ser, no será; se acabarán las barbaries, les romperemos la crisma, ¡canallas! para ellos todo; las pobres mujeres deshonradas... ¿qué importa? ¿acaso las pobres sirven para otra cosa que para que se diviertan los ricos? los hijos naturales... ¿y qué es un hijo natural? ¡ah! si os reconocen, os dan una pensioncilla que no llega ni á la milésima parte de las rentas que debiérais heredar como primogénito; os autorizan para que useis las armas de la casa, pero con el yelmo vuelto á la izquierda, representando la vergüenza de vuestra madre; blason infame: abajo los blasones, abajo las infamias: todos somos iguales; yo no conozco superior á mí; yo no puedo sufrir que hermanos menores me hablen como por concesion y de alto á bajo; ¡despreciables odres de cieno! ¡bah! pero tú no entiendes esto: cuando oigo hablar de un desafuero de un noble, me irrito, me enfurezco, me vuelvo loco, no comprendo la nobleza, protesto de ella, ¡viva la república democrática y social! Ven conmigo: voy á entregarte tu hombre.

Y echó á andar hácia el molino.

—¿Cómo que vas tú á entregarme mi hombre? dijo con alegría Mateo.

Aquella alegría pareció sospechosa á Estéban que se detuvo.

—Cuatro palabras aun, dijo, ¿cómo diablos sabes tú que el novio de tu nieta anda por aquí?

—¿Desconfias? dijo secamente Mateo.

—¡Vaya! gobernándonos los realistas, hay que desconfiar de todo: ¿quién me asegura que tú no eres un espía que has aprendido tu papel de memoria?

—¡Canalla! dijo Mateo cerrando los puños y temblando de cólera.

—Basta, dijo Estéban; eso no es fingir; tú eres un hombre de bien y un bravo abuelo: adelante.

Llegó al puente y desde en medio de él silbó.

IV.

Acudió inmediamente el molinero.

—Oye, le dijo Estéban, puedes llevar á éste á donde está el otro, al desvan: no tengas cuidado, es su abuelo.

—¡Su abuelo! ¡pues si el otro es un señor!

—Pues ahí verás: hay señores que son nietos de pobres diablos, y grandes señores que son abuelos de perdidos desheredados: tú no entiendes una palabra de esto, animal: anda, anda y llévalo donde está su nieto. Oye tú, viejo mio, de seguro, en cuanto él sepa que la otra está allá abajo, querrá ir y tú querrás llevarle, porque ella querrá verle; pero no es prudente.

—Sí, dijo Mateo, no es prudente: es necesario saber si ha resultado algo del desafío.

—¡Cómo! ¿sabes tú que ha habido desafío?

—Sí, he tenido la alegría de ver en la playa de la Caleta de la Redonda al hijo mayor del general Ezguerra muerto á manos...

—No hay cuidado, puedes decir lo que te parezca, lo que quieras; Ramon es un buen muchacho que sabe guardar un secreto; pero, abuelo, tu nieto político es un Cain politico. ¡Diablo! ¿sabia él que Ezguerra era hermano natural de la otra?

—No lo sé.

—Pues calla, abuelo mio, calla: echa en un pozo el recuerdo de lo que has visto; no los divorcies: aquí hay algo de providencial: un noble te venga de otro noble si no en él en su descendencia, y vierte la sangre que deshonró tus canas... ¡ah! los lobos se devoran cuando está de por medio la hembra. Dios, viejo mio, Dios es la luz, Dios es la justicia: él hace que los malvados se destruyan en la sombra: ahora comprendo la terrible situacion en que se encuentra el pobre muchacho; aunque es noble, vale un mundo; no se parece ni á su padre, ni á su abuelo, ni á sus tios; ¡bribones! ¡canallas! ¡miserables! ¡ah! no digas una palabra de lo que sabes; ¡pobres muchachos! Dios quiera que no lo digan otros; eso es lo que voy á ver: si se dice ó no se dice, y lo que se dice. Cuatro leguas, dos horas; tengo los pies duros y los tendones fuertes; al medio dia estoy aquí. Si se empeñan en salir el viejo y el niño, Ramon, no los dejes; impídeselo como si fueran prisioneros. Adios, hasta luego.

Y volviendo la espalda echó á correr, tomando á poco la orilla izquierda de la ria de Betanzos.

CAPITULO IV.

El recuerdo de la afrenta.

I.

Cuando despertó Miguel vió sentado en el suelo, junto á su lecho, á un anciano que le contemplaba profundamente.

Aquel anciano era Mateo.

Miguel no le conocia, y sin embargo, el aspecto, las canas, la mirada benévola y franca, aunque profundamente triste del jabegote, le inspiraron confianza.

—¿Quién es usted? le dijo incorporándose y mirándole con una marcada atencion.

—Yo soy el patron Mateo, el de la Marola, contestó el anciano; Mateo Coello, para servir á vuecencia.

—¿Por qué me da usted tratamiento? dijo tristemente Miguel.

—Pues qué, respondió el anciano dando á sus palabras un leve tinte de amargura, ¿no es vuecencia un gran señor, un noble señor, el hijo único del escelentísimo señor marqués de Campo-Nuño?

—Dejemos eso, señor Mateo, dijo Miguel; yo no estoy en posesion de los títulos de mi padre; acaso no lo esté nunca; yo preferiria en la boca de usted, señor Mateo, el tú al vuecencia.

—¿Y por qué eso? dijo el anciano; ¿por qué me llama usted señor Mateo?

—Primero por el respeto que merecen las honradas canas, los largos años invertidos en un trabajo rudo, en lucha con el Océano; despues... despues porque es usted padre de su madre.

—¡Ah! esclamó palideciendo, cogido de improviso por aquellas palabras Mateo.

—Sí, dijo Miguel; usted es padre de María, madre de Enriqueta; ¿dónde está Enriqueta? ¿le envia á usted ella? ayer la ví; estaba arrodillada sobre la tumba de su padre; la acompañaba un jabegote; ¿era usted aquel jabegote? Enriqueta me vió, dió un grito y huyó; se perdió con usted entre los árboles, entre las quebraduras: ¿por qué huyó ayer y me busca hoy? hable usted, me estoy muriendo.

—¡Ah! usted sabe que el que está allá enterrado como se entierra á los ricos, en un panteon que han mandado labrar durante su vida... ¡con que sabe usted que el general Ezguerra era padre de Enriqueta! dijo dolorosamente Mateo con el semblante encendido de vergüenza: para él, vivia, acerba, punzante, como el dia en que la conoció, la deshonra de su hija.

Hervia en su corazon el odio á Ezguerra, á quien no habia podido perdonar, ni aun despues de muerto.

Habian pasado desde aquel dia diez y ocho años.

Mateo contaba ochenta.

Sin embargo, aquellos diez y ocho años no habian trascurrido para él: vivia en el dia en que, su hija, avergonzada, le habia confesado su deshonra.

II.

—El general Ezguerra, dijo Miguel comprendiendo la situacion de ánimo de Mateo, era un hombre de honor: el estravío disculpable de una pasion desesperada, causó el remordimiento de su vejez: él me lo contó todo, avergonzado, dolorido, en su casa de la Peña de la Marola, cuando fuí á pedirle la mano de su hija, que habia negado á mi padre, cuando se la pidió para mí: hay faltas gravísimas, es cierto; pero que tienen su disculpa en el corazon.

—¡Ah, sí! ¡el corazon, el corazon malvado de esos grandes señores que en nada reparan; que nada miran con tal de satisfacer su deseo! esclamó con una terrible severidad el anciano: ¡ah, sí! ¡el corazon maldito que no sabe ahogar una mala tentacion! ¿qué importa? ¿qué es una pes-

cadora? una pobre muchacha, á quien se favorece deshonrándola, haciéndola su querida por un gran señor, abandonándola al furor de su familia y al desprecio de sus iguales; porque entre nosotros los pobres, señor marqués, hay tambien lo que se llama honor; porque entre nosotros los pobres, se desprecia mucho mas á una mujer que se pierde, que entre vosotros los ricos, que por ociosos estais llenos de vicios: nosotros no entendemos eso de corazon, de estravio, de locura; no, no señor; la honra valdria muy poco sino costara muchos trabajos, muchas penas, muchas amarguras conservarla: no, nosotros no entendemos nada de eso que vosotros decís para dejar sin castigo á la desvergonzada que os dice: soy madre, sin ser esposa: ¡ah, no, no! á esa mujer se la desconoce, se la arroja de la familia, de la pesquería, de la comarca: es un mal ejemplo que hay que quitar de en medio, que hay que castigar, para que escarmienten, para que no se perviertan las otras que todavía tienen honra: ¡ah! el corazon del padre que arroja á su hija de su casa, que la aparta de sus hermanas porque es una mala mujer, se abre, arroja sangre, la sigue arrojando; la herida no se cierra; la cólera no se apaga; la deshonra no se olvida; se ama mucho á la pobre hija perdida; mas que á las otras, sí, mas, mucho mas; porque es desgraciada; porque su desgracia no tiene esperanza de remedio; porque está perdida, en fin: ¿qué quiere decir perdida mas que eso? ¿sabe usted, señor marqués, por qué no se mata en el primer momento de furor, con lo que lleva en sus entrañas, á esa perversa que al cegar por un cariño maldito se olvida de sus padres, de sus hermanos, de sí misma, de que vá á dar el ser á una criatura desventurada? ¿sabe usted, señor marqués, por qué no se hace pedazos al hombre que ha echado la vergüenza sobre una familia, que ha roto corazones buenos, que ha perdido no sabemos cuántas almas? ¡ah! no se le mata porque Dios no quiere que el hombre mate.

Miguel se estremeció y se sintió cubierto de sudor frio.

La voz del anciano Mateo, severa, magestuosa, grande, como lo es siempre la voz de la virtud, venia á ser en aquella situacion, para Miguel, la voz de eternidad que le acusaba.

III.

—Dios nos manda perdonar á nuestros enemigos, continuó Mateo; dar bien por mal, mirar un hermano en el que ha sido nuestro verdugo; rogar por él en vez de vengarnos; pero eso lo sabe todo el que es cristia-

no, todo el que ha oido la palabra de Dios por la boca de su párroco: pero para perdonar infamias como la que ha amargado mi corazon, es necesario ser un santo, y yo no he podido perdonar, no; Dios tendrá misericordia de mí y me perdonará porque no he perdonado; Dios sabe lo que es el corazon de un padre: ¡María! ¡oh, mi María! todos los años para el dia de Difuntos voy á la ria de Padron á poner sobre una cruz de hierro una corona de flores; á rezar con los mios sobre una lancha que ocupa el mismo lugar donde hace diez y seis años naufragó otra lancha donde pereció mi hija, arrojada de su familia, abandonada por todos, obligada á arrostrar el peligro para criar á su hija: ¡ah! aunque uno se condene, señor marqués, cuando se ha sufrido todo esto, cuando se ha llorado sangre, cuando se llora todavía, no se perdona, no, no se puede perdonar. Ayer he visto un hijo de ese hombre, el hijo mayor, frio, amarillo, muerto, ensangrentado: estaba solo, todos habian huido: mi corazon se llenaba de alegría, de una alegría mala, de una alegría de venganza: subia la marea; dentro de poco la resaca hubiera arrastrado el cadáver, que á los nueve dias hubiera arrojado el mar, como arrojó el de mi hija: yo levanté el cadáver, le puse sobre una roca, para que el mar no le arrastrase, y me manché las manos de sangre: la sangre de los malditos teñia mis manos; yo no la habia vertido, es verdad, Dios me la habia dejado ver, Dios me vengaba: pero aquella ferocidad pasó, pasó, y recé por el alma de aquel hombre: no he podido rezar por la de su padre: pero estoy apretando el corazon de usted, señor marqués; porque usted mató á aquel hombre: si hay razon para matar, debió usted tenerla: ¡ah! ¡era otro infame! negó á su hermana conociéndola; le pareció hermosa, y pretendió deshonrarla: los hijos de los malditos son malditos, Dios lo quiere.

IV.

Miguel no oia: habia inclinado la cabeza sobre el pecho; zumbaba en torno de ella algo terrible que no le dejaba oir.

—Yo estoy loco, dijo Mateo: dicen que los años hielan la sangre, ¡mentira! el alma es siempre jóven: mi sangre se convierte en fuego siempre que hablo de estas cosas: es verdad, es verdad que no hablo nunca; que no necesito hablar para desesperarme, porque nunca me olvido: yo venia á otra cosa; callemos sobre lo que no tiene remedio: remediemos lo que puede remediarse.

Mateo calló, y despues de algunos segundos de silencio, dijo:

—Enriqueta está allá bajo desesperada.

El nombre de Enriqueta hizo volver en sí á Miguel.

—Yo la amo, dijo; yo estoy resuelto á todo por ella; Enriqueta será mi esposa á pesar de todo; aunque mi padre me desherede, aunque me vea obligado á trabajar.

—Eso lo veremos, dijo Mateo; yo no me fio de vosotros, no; prometeis mucho para que se os crea, y luego... luego seria necesario mataros: no, no; Enriqueta no volverá á ver á usted sino para ser su mujer: no quiero perder á mi nieta como he perdido á mi hija.

—Juro á Dios, á mi honor, á mi conciencia, que Enriqueta será mi mujer.

—Y yo habré conocido un poderoso á quien no tendré que maldecir.

LIBRO CUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo fué á Galicia Enriqueta.

I.

Retrocedamos: volvamos al cuarto bajo de la casa de la calle de la Reina, á donde echados de la portería del colegio de niñas nobles de Leganés, se habian trasladado con Enriqueta, Pancracio Sotero, su mujer Ursula Córcoles y su cuñado Juan.

Los pobres habian cedido con demasiada impremeditacion á un impulso de caridad y de afecto hácia Enriqueta..

Se habian echado sobre sí una hija demasiado cara, y despues de la efervescencia del primer impulso, aunque no se arrepintieron, comprendieron que habian acometido una empresa superior á sus fuerzas.

Desde el momento perdian.

Tenian antes casa, racion, sueldo y gajes.

Desde la salida del colegio, tenian que pagar casa, que ir por todo con el dinero en la mano á la tienda.

No quedaba mas que un sueldo, el de alguacil de cámara de Pancracio, dos pesetas.

Fue necesario además hacer gastos; se necesitó una cama cómoda

para Enriqueta, y Ursula no se satisfizo con colchones de lana y con sábanas de lienzo crudo y cubierta de percal.

—Es muy delicada la señorita, decia; no está acostumbrada á lo malo: es necesario, que por lo menos el colchon de encima sea de pluma; no puede pasarse sin sábanas de Holanda, sin colcha de damasco: ¡ah, si! es muy delicada nuestra hija: vamos, cuando nos dijeron que por la adopción era como si fuera hija nuestra, me pareció que soñaba: siempre he querido yo mucho á la señorita Enriqueta; era la única que no me hacia rabiar, que no me pegaba con alfileres cucuruchitos de papel al vestido; que no me llamaba vieja estúpida: es un ángel.—Ursula, mi buena Ursula, hágame usted el favor de que me traigan esto ó lo otro. —¿Está usted enferma, Ursula? cuídese usted lo que pueda; está usted pálida.—Siempre tan amable, tan buena, tan cariñosa; siempre pidiendo por favor, cuando podia mandar: qué finura, qué gracia, qué consideracion á los pobres: vamos, me desvivia por ella, y ahora la quiero, no sé cómo, pero no sé lo que haria por ella: si no fuera porque seria mucha vanidad figurarse que una habia echado al mundo una criatura tan hermosa y de tanto talento, y tan virtuosa y tan señora, acabaría por creer que era de veras mi hija. ¡Y pensar que iban á llevarla al hospicio, entre aquellas galeotas groseras hijas de mala madre, á que la desdichada se hubiera muerto! No señor, no: bien hecho está lo hecho: ahora tendremos que echar mano de los ahorrillos: despues, yo trabajaré, y trabajará Juan; y tú puedes sacar del empleo provechos que no has sacado hasta ahora, Pancracio: iremos saliendo; la señorita tiene mucha y muy buena ropa, y para mucho tiempo: es verdad que yo tendré que ponerme algo mas decente para poder acompañarla sin que nadie murmure y se crea lo que, Dios me libre, no me pasa á mí ni por el canto de la memoria; vaya, si yo fuera con mi mantilleja usada y mi vestidillo de percal junto á ella que tiene cada vestido que vale un dineral, creerian que ella era una damisela y yo una... vamos, se me ponen las orejas como áscuas solo de pensarlo: ¿no es verdad que digo bien, Pancracio?

—Sí, mujer, sí; dices muy bien, contestaba mansamente Pancracio, que nunca pensaba mas que lo que habia pensado su mujer: pero no sé de dónde vamos á sacar el dinero: los diez mil reales que tenemos ahorrados se los va á llevar el diablo en cuatro dias.

—No, no señor, contestaba Ursula con acento concluyente: no se los llevará el diablo; se los llevará Dios, y Dios proveerá.

—Es verdad mujer, contestaba con mansedumbre Pancracio.

—¿Y á tí que te parece, hermano?

—Yo digo que sí, respondia Juan: trabajaremos todos, y haremos lo que podamos.

II.

Enriqueta, desde el dia de la traslacion, tuvo buena cama en un pequeño y alegre cuartito que recibia la luz por una gran ventana que correspondia al jardin.

Aquel cuartito fue amueblado de la mejor manera posible.

Todo esto hizo una mella de dos mil reales en el capital de la familia.

Gracias á que nada costaba la enfermedad, porque el buen doctor Gutierrez se habia encargado de ella.

III.

A los quince dias Enriqueta pudo levantarse.

Habia aceptado la adopcion, y no habia hecho observacion alguna.

Pero al dia siguiente de haberse restablecido, llamó á Ursula á su cuarto, y la pobre mujer se sorprendió, al ver el aspecto que el cuarto presentaba.

Gran número de ricos trajes, de trajes de gran lujo, estaban estendidos sobre las sillas y sobre la cama.

Sobre la mesa habia un cofrecillo de sándalo abierto, y en él relucian muchas buenas joyas.

—Siéntese usted, madre, dijo sin violencia Enriqueta.

—¿Y para qué he de sentarme, señorita? dijo la buena Ursula, que á pesar de la adopcion no podia dejar de tratar con respeto á Enriqueta, y mirando azorada los trajes y las joyas, porque adivinaba para lo que se habian sacado.

—Si me llama usted señorita, dijo tristemente Enriqueta, yo la llamaré á usted señora: despues de la noble, de la caritativa, de la sublime proteccion que ustedes me han concedido, yo no puedo menos de amarlos con toda mi alma: el agradecimiento es poco; es muy frio para hacerse dignos de un beneficio semejante: ¡madre, sí, madre! ¡hija! ¿qué mas que lo que ustedes han hecho han podido hacer nunca por una hija sus padres?

—¡Cá! dijo con los ojos arrasados en lágrimas Ursula: ¿qué vale esto? esto lo hace cualquiera que no sea un perdido, y nosotros, gracias á Dios, no lo somos: usted no es hija nuestra mas que legalmente, como dice Pancracio; para que pueda usted vivir con nosotros, para que nosotros la sirvamos: en fin, muchas gracias por lo que usted nos quiere: nosotros la queremos á usted mucho, mucho, muchísimo: pero llamarle á usted hija, eso no: los hijos han de ser como los padres: ¡y buena diferencia hay de lo que usted es á lo que nosotros somos! nosotros, no podemos dejar de llamarla á usted señorita: vamos, imposible: pues bien, entienda usted hija, pues así lo quiere, cuando digamos señorita, y todo está arreglado.

—¡Dios que da el alma, da la nobleza, la verdadera grandeza! dijo Enriqueta enjugándose las lágrimas: Dios paga esa noble virtud que está oculta en la sombra, que no brilla, que no resplandece á los ojos del mundo que no la comprende.

—Vamos, bien, dijo Ursula; y para que lo entiendan menos, para que crean que lo que hemos hecho ha sido por interés, saca usted de sus cofres esos ricos trajes y esas alhajas, que valen un caudal.

—Mi padre me amaba, ó al menos el que yo creia mi padre: gracias á su amor, la noble accion que ustedes han ejercitado en favor mio, no les será gravosa: hay en lo que me sucede un misterio que no comprendo, que no puedo comprender: necesito esclarecerle; preciso es para ello que yo vaya á Galicia, donde ha muerto el que yo creia mi padre; que busque á los que creo mis hermanos: para esto se necesita dinero; dinero que ustedes no tienen.

—Sí, sí, señorita; tenemos ocho mil reales, dijo vivamente Ursula.

—No, no, de ningun modo, contestó con firmeza Enriqueta: ocho mil reales, fruto de las economías y de la estrechez de muchos años: no; lo que yo tengo, aun vendido á la mitad de su precio, pasa de mil duros: es necesario que todo eso se venda: todo, menos un par de trajes y una cruz de oro pendiente de un cordon de pelo que fue de mi madre; de la madre desconocida y seguramente desgraciada, cuyo nombre necesito ir á buscar: no hablemos ni una palabra mas de esto, mi buena Ursula; que se venda todo esto, que se venda todo cuanto antes; porque cuanto antes necesito ir al Ferrol.

IV.

No hubo medio: tan firme se mostró Enriqueta, que fue necesario que Ursula cediese, y el equipaje de Enriqueta y sus joyas se vendieron

Enriqueta solo reservó la ropa blanca, y algunos trajes.

La cruz de oro de su madre la llevaba al cuello, sustituido el cordon de pelo, que se habia rozado, por una sutil cadena de oro.

Enriqueta guardó cuidadosamente el cordon, que tal vez estaba hecho con pelo de su madre.

V.

La venta produjo mil quinientos duros: se tardó en ella, por no perder por precipitacion, un mes.

Inmediatamente se preparó la partida.

Juan Córcoles era el destinado á acompañar á Enriqueta.

Se le hicieron algunos trajes decentes, que Juan se puso, como se hubiera puesto una librea.

A los dos meses de haber salido, ó mas bien, de haber sido arrojada del colegio, Enriqueta partió en un coche de camino, acompañada de su tio adoptivo, en direccion al Ferrol.

Tardaron quince dias.

El pesado carruaje hacia cuando mas seis ó siete leguas por dia.

Dos migueletes, pagados por Enriqueta, le escoltaban.

VI.

Enriqueta no habia dado noticia alguna de sí á Eugenia.

Temia que Eugenia, al saber que era hija de padres desconocidos, hubiese renegado de ella, y prefirió la incertidumbre al conocimiento de la defeccion de una amiga á quien amaba como á una hermana.

Tampoco se atrevió á escribir á Miguel.

El rompimiento de éste con ella á causa de razones gerárquicas, la hubiera matado.

Prefirió tambien respecto á Miguel la incertidumbre: pero la incertidumbre acerca de su amor, esto es, de su vida, de su alma, de su eternidad, la mataba lentamente.

Enriqueta habia sobrevivido á aquel golpe inesperado, rudo, violento, terrible; pero el bello color no habia vuelto á sus mejillas, ni se habia repuesto de la demacracion causada por la enfermedad.

Parecia una de esas desdichadas jóvenes acometidas por la tísis.

Su hermosura, sin embargo, habia crecido, porque se habia espiritualizado.

En cuanto llegó al Ferrol, sin descansar y sin dejar descansar á Juan, mudaron de traje, y se fueron al convento del Espíritu Santo, en cuyo torno Enriqueta pidió anunciasen una visita importante á la madre abadesa.

CAPITULO II.

Investigaciones.

I.

Enriqueta y Juan fueron introducidos en el locutorio.

Poco despues se presentó una monja anciana que miró con estrañeza al través de sus gafas verdes, á Enriqueta.

—Dispense usted, señora, dijo la jóven, si la molesto; pero no puedo prescindir del paso que doy: yo soy una antigua pensionista de esta santa casa: se me conocia en ella bajo el nombre de Enriqueta Ezguerra, hija legítima del teniente general de la armada, baron de Casa-Bermeja.

—¡Ah! ya, sí, recuerdo, dijo la abadesa, sentándose al fin; usted, hija mia, salió muy jóven, muy niña, de esta casa; tengo una idea; han muerto muchas de las madres de aquel tiempo, entre ellas la madre Ana de la Purificacion, mi antecesora, á quien Dios se sirvió llamar á sí hace seis años: ¿pretende usted volver al claustro?

—¡Ah! no, madre, y ruego á usted de nuevo me dispense; vengo á hacer algunas preguntas muy importantes para mí.

—Veamos, hija mia, veamos.

—Quisiera saber si venian á visitarme alguna vez, á mas de mi padre, otras personas.

—Esa respuesta es difícil, dijo la abadesa; sin embargo, voy á lla-

mar á la madre Santísimo Sacramento, que no sé cómo conoce á todas las gentes que vienen al locutorio.

—¡Ah, señora, cuánta molestia! dijo Enriqueta.

—¡Ah! no, no; voy á mandar que llamen á la madre Santísimo Sacramento.

II.

Se levantó, llegó á la puerta del locutorio, habló en ella con una novicia, volvió al sillon que habia dejado y se sentó de nuevo.

—¿Y el señor baron de Casa-Bermeja? dijo la abadesa; nos conocíamos mucho; usted, hija mia, está desconocida, yo lo estoy tambien; he sufrido una larga enfermedad que me ha avejentado, que me ha desfigurado, dejándome mal de los ojos y obligándome á gastar gafas verdes, lo que me desfigura mas; yo soy la madre Consuelo.

—¡Ah, señora! yo recuerdo, usted era jóven, gruesa, hermosa.

—Vanidad de vanidades: la hermosura pasa; la destruye el tiempo; es perecedera; las criaturas solo tienen una cosa inmortal, el alma ¿cómo está su padre de usted?

—Ha muerto, señora, contestó tristemente Enriqueta.

—¡Oh, Dios mio! dijo la abadesa ¡qué desgracia! tan buen sujeto, tan caballero, tan religioso: ¡cómo ha de ser! ¡Dios lo quiere! nacemos para morir: aquí no sabemos nada; hace muchos años el baron se alejó de nosotros; Dios le tenga, como es de suponer, en su gloria.

III.

—Deo gracias, dijo una voz gangosa á la puerta del locutorio; voz que salia de una monja demasiado esbelta, demasiado gallarda; de una mujer todavía hermosa, como de cuarenta años: sin embargo, á haberla oido sin verla, se la hubiera creido vieja.

—A Dios sean dadas, dijo la abadesa: pase usted, pase usted madre Santísimo Sacramento; aquí tenemos á una de nuestras queridas educandas: á ver, á ver si la conoce usted.

La madre Santísimo Sacramento adelantó, se pegó cuanto pudo á la reja interior, y examinó con fuerza, por decirlo asi, á Enriqueta durante algunos segundos.

—¡Oh, hija mia! esclamó, ¡qué crecida y qué hermosa! pero pálida,

enferma; vamos, aun no he perdido la memoria: tenias diez años cuando te fuiste, con gran sentimiento de toda la comunidad: todas te queríamos mucho: has variado muy poco, nada; has crecido, y esto es todo: pero ¿qué tienes, hija mia? ¿qué tienes? ¿por qué estás tan pálida y tan triste?

—Sufro mucho, madre mia, dijo Enriqueta.

—¡Ah! ¡el mundo! el mundo; en el claustro no se sufre; aquí está la paz; el alma duerme tranquila en Dios: ¡oh, el mundo! yo no sé para qué sacan á las niñas del claustro; para hacerlas desgraciadas.

—Ha perdido á su padre, dijo la abadesa.

—¡Oh, Dios mio, qué desgracia! esclamó la madre Santísimo Sacramento, siempre con su voz nasal: no era muy viejo, no; cincuenta y cuatro ó cincuenta y seis años, cuando mas: ¡ah! ¡pobre baron! rogaremos á Dios por su alma, hija mia, y por tu salud y tu consuelo; ¿y á qué vienes? ¿te han sacado sin duda tus hermanos del colegio? sí, supimos no sé cómo, que estabas en Madrid en un colegio de niñas nobles; ya se ve aquí no podemos dar á las jóvenes esa funesta educacion que se llama brillante en el mundo: aquí no podemos enseñarlas mas que humildad, obediencia, virtud, temor de Dios: ¿has venido á reunirte á tus hermanos?

—No los he visto aun, ni sé si están en el Ferrol.

—Pues entonces ¿con quien has venido de Madrid, hija mia?

—Con mi tio, madre, dijo Enriqueta señalando con su mirada á Juan.

Juan se puso encendido como un áscua.

Olía el pobre fuertemente á lo que siempre habia sido, á lacayo, á despecho del trage.

Tenia el semblante mas perfectamente estúpido y ordinario que darse puede; lo que no impedia que tuviese muy buen corazon.

—¡Ah! ¿ese señor es tu tio? dijo la madre Santísimo Sacramento, pronunciando con gran trabajo la palabra «señor» y mirando con una estrañeza un tanto descortés á Juan que estaba fuertemente violentado, y como quien dice, protestando con su mal gesto, de la violencia que se le hacia.

—Vengo, madre Santísimo Sacramento, dijo Enriqueta, eludiendo una respuesta acerca de Juan; á hacer una pregunta que me interesa gravemente: recuerdo que cuando estaba en el convento, me decian que algunas veces venia á preguntar por mí una aldeana, á quien no se me dejaba ver.

—¡Ah! sí, es verdad, dijo la madre Santísimo Sacramento, que por lo visto era la gacetilla de la comunidad; tu nodriza, hija, tu nodriza; una buena mujer que lloraba porque no te veia: lo habia prohibido tu padre, y aquí se cumplen las órdenes de los padres ó de los tutores de las educandas: cuando se preguntaba á aquella buena mujer si sabia por qué habia prohibido tu padre que te viese, dicen que solo contestaba estas palabras: ¡pobre María! y se iba llorando.

—¿Y cómo se llamaba esa mujer? ¿quién era? dijo con voz apagada y latiéndola violentamente el corazon Enriqueta, porque en aquel «pobre María» creia escuchar el nombre de su madre.

—¡Ah! yo no lo sé, contestó la monja; recuerdo esto, porque, gracias á Dios, tengo muy buena memoria; pero quien debe saberlo es Lesmes el demandadero, que es muy hablador y muy amigo de saberlo todo; este es su gran defecto, la curiosidad; por lo demás es un bendito.

—Que llamen, pues, á Lesmes, que venga inmediatamente al locutorio, dijo la abadesa.

La madre Santísimo Sacramento fué á llevar la órden y volvió.

—¿Te has casado, hija mia? dijo con un acento particular, apenas volvió.

—¡Ah! no, señora, contestó Enriqueta, cuyos ojos se arrasaron de lágrimas.

—¡El mundo, el mundo! dijo la abadesa que notó la conmocion de Enriqueta; ¡oh! existiendo la paz y la felicidad del claustro ¿por qué se espone á las jóvenes á las tempestades del mar de la vida?

—A no ser por sucesos de familia, señora, dijo encendiéndose con un lijero color febril Enriqueta, yo seria muy feliz: el mundo no me ha arrancado aun una sola lágrima: solo hace poco mas de dos meses que he salido del colegio, donde he estado tan recluida como en el claustro.

IV.

—Ave María Purísima, dijo una voz áspera y un tanto gangosa á la puerta.

—Sin pecado concebida, contestaron á un tiempo las dos monjas, y Enriqueta; porque Juan, ni aun para aquella manifestacion piadosa se atrevia á hablar.

—Entre usted, Lesmes, entre usted, dijo la madre Santísimo Sacramento.

Entró un hombrecillo como de cincuenta años, vestido de una manera estrafalaria y caracterizado por una especie de movilidad de raton.

—Buenos dias, madres, dijo, buenos dias, señores; ¿para qué hace falta Lesmes? aquí estoy: ¡ah! yo conozco á usted, señora, añadió mirando con estupor á Enriqueta; sí señora, sí, usted es... la señorita. á ver, á ver... sí, eso es, la señorita... Enriqueta... Ezguerra.

—Cabalmente, amigo mio, dijo Enriqueta.

—Hija de un señor baron... sí, de un general; eso es, y además, hija de leche, de Marta, la del Carril; antes, cuando usted estaba en el convento, hace ocho años, venia al año tres ó cuatro veces, solo por verla á usted; y como nunca la veia á usted, se iba la pobre llorando: ¡ah! si Marta supiese que usted estaba aquí, dejaba el Carril, sus hijos, su marido, y venia por el aire; vamos, desvivia por usted.

—Luego ¿vive esa Marta? dijo Enriqueta alentando apenas.

—¡Vaya! pues ya lo creo; cuando viene al Ferrol alguno de mis conocidos del Carril, le pregunto por ella: no hace tres dias hablé con uno: está fresca, rolliza; es jóven aun, apenas tiene treinta y seis años: cuando venia al convento estaba hecha una bendicion de Dios.

—¿Y vive en el Carril?

—¿Pues dónde ha de vivir, si su marido es patron de diez ó doce barcas de pescar? están ricos: cuando venia al convento, daba gloria de verla de bien vestida y de limpia.

—Gracias, dijo Enriqueta.

—No hay por qué: ¿para qué hacia yo falta?

—Para nada, dijo la madre Santísimo Sacramento: puede usted irse cuando quiera, Lesmes.

—¡Ah! ya, me han llamado ustedes, madres, para que vea á la señorita Enriqueta; pues muchas gracias: me he alegrado mucho de ver á usted, señorita, y créame usted, escriba usted á Marta que está usted aquí, y Marta viene loca de alegría.

—Para poder escribirla, es necesario que sepa su apellido.

—Marta Perez, señora, Marta Perez; que no se le olvide á usted: Marta se alegrará mucho: pero á bien que yo se lo escribiré.

—¡Ah! no, no, dijo Enriqueta; quiero ir yo misma al Carril y sorprenderla.

—Eso es otra cosa, no escribiré: para servir á ustedes.

Saludó grotescamente y salió.

Enriqueta se puso de pie.

—¿Te vas ya, hija mia? dijo la madre Santísimo Sacramento.

—¡Cómo! ¿sin favorecernos tomando algo? dijo la abadesa.

—¡Ah! no, madres mias, no, dijo Enriqueta, desde que sé quien es y dónde vive mi nodriza, me tarda ir en su busca: ella me aclarará un misterio de que depende mi porvenir: tal puede ser la resolucion de ese misterio, que yo venga á pasar lo que me quede de vida, en esta santa casa.

—¡Oh! quisiéralo Dios, dijo la madre Santísimo Sacramento.

—Nuestras puertas se abrirán con mucho placer nuestro, para usted, hija mia, dijo la abadesa.

Despues de un largo tiroteo de cumplimientos, Enriqueta salió con Juan.

—Comeremos, dijo Enriqueta, descansaremos un par de horas y en seguida al Carril, Juan.

—Como usted quiera, señorita Enriqueta, dijo Juan, dejándose asir el brazo por la jóven que apenas podia tenerse en pie.

CAPITULO III.

La segunda madre.

I.

En el menos tiempo posible Enriqueta y Juan llegaron al pequeño y bello pueblo del Carril.

Al primero que encontraron le preguntaron por Marta Perez.

—Aquella es su casa, contestó el preguntado señalando una avanzada hácia el mar, aislada del pueblo, y rodeada por una huerta.

Enriqueta y Juan se trasladaron allá y llegaron á la playa, en la cual una multitud de hombres, mujeres y niños tiraban del copo.

Algunas lanchas estaban baradas en la orilla.

Acá y allá se veian aparejos de pesca; grandes barriles para arenques, cables; el aspecto completo, en fin, de una pesquería y de una fábrica de fomento de pescado.

Infinidad de mujeres limpiaban en cubetas sardinas, preparándolas para la conserva.

Todos trabajaban en esa industria que podria acrecer inconcebiblemente en importancia si se la quitasen de encima los gravámenes que pesan sobre ella, principalmente el estanco de la sal.

Enriqueta preguntó á una de aquellas mujeres por Marta.

Una mujer alta, robusta, fresca, limpia, hermosa aun, en cuyo co-

lorado semblante resplandecia el contento de quien tiene satisfechos todos sus deseos, apareció en la puerta, á tiempo que Enriqueta preguntaba por Marta, y dijo:

—Marta Perez soy yo, señora ¿en qué puedo servir á usted?

Enriqueta adelantó vivamente, estremecida, pálida, y la asió las manos.

—¿Me conoce usted? la dijo.

—No la he visto á usted nunca, señora, contestó con estrañeza Marta; pero con una franca y benévola estrañeza.

—Recuerde usted bien, dijo Enriqueta, recuerde usted; vea usted si yo me parezco á alguna persona que haya sido muy conocida de usted.

Marta miró con mucha mas fijeza á Enriqueta.

Esta sintió de improviso temblar las manos de Marta y ponerse frias: su encendido color se convirtió en una densa palidez, y su semblante dejó ver una espresion de dolor.

—¡Ah! no, no puede ser, dijo, estaba en un convento; pero es verdad, se la llevaron... no, no puede ser; y se parece usted á la desdichada... ¡oh! sí, á cada momento me parece verla mejor: ¡ah! sí, María: usted es la hija de María, la que estaba en el convento de las monjas del Espíritu Santo del Ferrol; la que no me dejaban ver: ¿es usted, señora? ¿ha estado usted en el convento del Espíritu Santo? ¿la sacaron á usted de él para llevarla á Madrid? ¿es usted hija del general Ezguerra?.. pero usted se pone mala, señora; agua, Cármen; agua, Dolores: sí, ella es, ella es: ¡hija mia! ¡ella es, se ha desvanecido!

—¡Ah! no, no; ha pasado ya, dijo Enriqueta, cuya palidez era espantosa: María; ha dicho usted que mi madre se llamaba María ¿dónde está mi madre? quiero verla.

—¡Ah! no, todavía no; seria morir muy jóven, contestó tristemente Marta.

—¡Ha muerto mi madre!

—Sí; hace diez y seis años; allí, allí.

Y Marta señaló en direccion á Vigo; en la ría.

Enriqueta se echó á llorar.

II.

Marta, llevándola cogida de la cintura, la metió en la casa en una sala baja, y la sentó en un sofá.

Juan se fué detrás como un perro, y permaneció de pie mirando estupefacto á Enriqueta que sufria, que apenas sentia, y á quien Marta rociaba el rostro, con agua que habian traido dos muchachas.

—¡Oh! ¡quién me lo habia de decir á mí! esclamaba la buena mujer dirigiendo la palabra á Juan, que era lo mismo que dirigirla á un poste, y afanándose por reanimar á Enriqueta: ¡hija de mi alma! sí señor, mi hija; porque la niña que hemos criado con sangre de nuestras venas, aunque no la hayamos llevado en las entrañas, es tambien nuestra hija: vamos, Enriqueta; vuelve en tí; ten valor: aquí tienes personas que te aman, mi marido y yo: ya ves que no nos hemos olvidado de tí; que me acuerdo de tu nombre: ha pasado ya mucho tiempo desde aquella desgracia y está en el cielo porque fue una mártir: no llores; salvó la vida al hombre que la mató: Dios le perdone; en fin, no ha sido del todo malo: tú eres rica, á lo menos lo pareces, y si no ¿qué importa? nosotros somos ricos, hija mia; cuando yo te criaba éramos muy pobres: si no hubiéramos sido pobres, María no hubiera perecido, porque no hubiera tenido que trabajar.

—¡Trabajar! esclamó Enriqueta que habia vuelto en sí; ¡trabajar, y él, mi padre, era rico!

—¿Y qué se les da á los ricos, de las pobres? ¡bah! yo tambien me entristezco, me parece que es hoy y que veo entrar á una pobre jóven descalza, enferma, desfallecida y que me dice:—¡Por el amor de Dios! ¡socórrame usted, me muero!—La habian arrojado de su familia porquê un rico la habia deshonrado, la habia abandonado: llegó hasta aquí, pidiendo limosna; nosotros éramos muy pobres; pero qué le hacia... uno mas: Melchor era fuerte y ganaba por dos hombres juntos: entonces esta casa era muy pequeña, despues se ha ido aumentando: ahí, en esa alcoba, tres meses despues de haber llegado tu madre, naciste tú.

Enriqueta se puso de pie; avanzó rápidamente hácia la puerta de la alcoba, se arrodilló en ella y rezó por el alma de su madre.

A Juan se le saltaron, sin saber por qué, las lágrimas.

Enriqueta se levantó, entró en la alcoba, tocó sus paredes, las besó, besó los muebles.

Aquellos muebles eran antiguos: debia haberlos tocado su madre.

Luego, se lanzó hácia Marta que estaba en la puerta, la abrazó y cubrió su semblante de besos y lágrimas, recibiendo en cambio los sonoros y ardientes besos de Marta.

Luego la robusta gallega levantó rodeándola la cintura, á Enriqueta, que apenas podia tenerse de pie, y la puso en el sofá, sentándose junto á ella.

III.

—¿Y usted por qué no se sienta, amigo? dijo Marta dirigiéndose á Juan : aquí no estamos en la córte; aquí los criados comen y beben á la mesa con sus amos y se sientan donde ellos están y tienen el sombrero puesto.

Juan no protestó ni con un gesto ni con una palabra á la calificacion de criado, que debia á Marta, ni se ofendió en lo mas mínimo: se limitó á sentarse, pero permaneció con la cabeza descubierta.

—No es mi criado, dijo dulcemente Enriqueta.

—Pues si no lo es, lo parece, contestó Marta.

—Es... dijo Enriqueta, y se detuvo; es mi amigo.

No se atrevió á espresar su primer pensamiento, á decir, á pesar de su olor á lacayo, y de su espresion estúpida, «es un corazon de oro, es uno de mis nobles protectores.» Esto hubiera sido lo mismo que revelar á Marta lo difícil, lo angustioso, lo miserable de su situacion, y Enriqueta no queria revelar á Marta el secreto de su miseria.

—Hablemos de mi madre, dijo, hablemos de ella; no tema usted revelármelo todo; el mejor consuelo del dolor, es el dolor mismo.

—Es verdad, dijo Marta; cuando murió mi primer hijo, nadie me lo nombraba y yo sufria mas: habladme, habladme de él, decia yo; hablando de él, nombrándole á cada momento, me parece que aun no le he perdido del todo; cuando no me hablais de él, me parece que le habeis olvidado, que nadie se acuerda de él mas que yo, y esto me da pena; me parece que mi hijo ha muerto dos veces.

—Sí, sí, eso es, dijo ardientemente Enriqueta; hablemos de mi madre, madre mia.

Marta, sonriendo, como sonrien las madres enamoradas, felices, trasfiguradas, á sus hijos pequeños, besó á Enriqueta en la boca.

Luego la retiró dulcemente de sí, con las manos puestas en sus hombros y la miró con arrobamiento.

IV.

—¡Qué hermosa, qué hermosa eres, hija mia, y qué buena! te se conoce que eres buena, en la frente: tienes la frente de tu madre: ahora te veo como si la viera á ella: estaba tambien pálida, muy pálida, muy delgada; pero muy hermosa: tú eres mas hermosa que ella; pareces mas jóven, y tu madre no tenia mas que diez y seis años cuando te dió á luz: habia sufrido mucho la infeliz: ¿no quieres que hablemos de ella? pues bien, hablemos:

—¡Oh! sí, sí, dijo ardorosamente Enriqueta.

—Figúrate; ella, esponiendo su vida, habia salvado en el mar de la Marola á un capitan de navio: era muy buena marinera, muy valiente, y ¡buen pago, eso sí, buen pago! un dia se encontró sola, sola y enamorada y madre: otro dia su padre, el patron Mateo, la echó de la pesquería, la llevó lejos de ella y la dijo: Véte y no vuelvas; tú no puedes estar aqui.—Habia sufrido mucho, mucho; ya ves tú, sin amor y loca por él; sin familia; sin amparo; niña aun y ya madre: fue demasiado valiente; yo me hubiera muerto; fue necesario que la matase la ria: ya se ve, para los pobres no hay peligros cuando pueden ganar algun dinero: nosotros éramos muy pobres, mucho; María no podia criarte: su leche te envenenaba; yo te crié: y ¿qué habia de hacer María aquí, con los brazos cruzados? al mar, á ganar algo para ahorrarlo para tí: ¡bah! nosotros no la tomábamos ni un cuarto, ¡no faltaba mas! Melchor lo habia dicho: éramos tres, somos cinco; contando dos chiquitines; tú, y mi primer hijo, el que murió: yo os criaba á los dos, y gracias á su Divina Magestad, aunque no comíamos muy bien, tenia fuerzas para criaros: cada dia mas gorda, eso sí, y muy buena salud: tu madre me decia á cada momento: mira, parece á su padre: á ella se le figuraba esto, pero no era verdad; te parecias á ella: él volverá, me decia; sí, él volverá, me ama, se casará conmigo, ya lo verás; verás como soy yo baronesa y rica, y yo no le quiero por esto; le querría lo mismo si fuera un pordiosero; sí, él volverá; ya ves tú, á los marinos les dice el comandante del departamento, «á bordo y á la vela» y tienen que obedecer; no se ha despedido de mí, no podria; no he recibidido carta suya qué sé yo por qué; él me ha escrito, no tengo duda de ello; yo no he recibido la carta; se habrá estraviado; y no ha naufragado, no; no ha perecido; el corazon me dice que

no; si se le hubiera tragado el mar, ¡oh! el corazon me lo hubiera dicho y yo hubiera muerto: él volverá, sí, él volverá.

—¡Oh, Dios mio! esclamó Enriqueta, que se veia obligada á acusar á su padre.

—Melchor hizo unos dias de lugar, y se fué al Ferrol á buscar noticias del capitan Ezguerra: fueron muy malas y no se las dimos á tu madre: Ezguerra era casado cuando conoció á tu madre.

—¡Ah! esclamó Enriqueta, exhalando aquella esclamacion en un grito ahogado; ahora lo comprendo todo.

—¿Te ha abandonado tambien tu padre como abandonó á María?

—No, no; prosiga usted, prosiga usted.

—¡Bah! no dijimos nada á María, y ¿para qué? ni aun la dijimos que Ezguerra habia sido destinado al apostadero de la Habana; ¿para qué? ¿para esponernos á que si María le escribia no la contestase? ¿á que se desengañase ella y muriese de dolor? Melchor le escribió, no una, sino hasta tres veces y no recibimos contestacion: no habia muerto, no: era que... era un infame.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! esclamó Enriqueta.

—Sí, sí, esa es la verdad, un infame, ¿por qué la engañó? ¿por qué no la dejó en paz? ¿por qué debiéndola la vida, la mató?

—¡Por Dios, Marta, por Dios! soy su hija.

—Es verdad, y hay que perdonarle, porque al fin te recogió: te ha hecho una señorita; eres rica; hay que perdonarle lo malo que hizo con la madre, por lo bueno que ha hecho con la hija. Un dia tu padre entró de repente en casa, pero eso es despues, dos años despues. Un dia, el galeon en que habia ido tu madre conduciendo un cargamento, no volvió: ¿qué habia sucedido? Melchor averiguó, ¡oh, Dios mio! María habia naufragado en la ria: algunos dias despues se encontró su cadáver en la rivera: en el sitio de la desgracia, en la ria, se puso una cruz. Melchor puso otra cruz en el cementerio sobre la tumba de María.

—¡Dios se lo pague! dijo con la voz ahogada por el llanto, Enriqueta.

—Lloramos mucho; la sentimos mucho; tenemos un hijo mas, dijimos; y si el general Ezguerra no hubiera venido por tí, te hubieras quedado con nosotros, nos creerias tus padres, porque no te hubiéramos afligido contándote las desgracias de tu madre; te creerias nuestra hija...

—¡Ojalá!

—No, no, mas vale asi; eres rica, tienes un padre muy señor; te casarás con otro señor; vivirás en la córte, gozarás: ¿qué te podíamos dar nosotros? trabajo, porque aunque estamos bien, hay que trabajar para dejar mas á nuestros hijos; te hubieras casado con un hombre con las manos encallecidas por el remo, curtido por la mar; mas vale así.

—Sí, mas vale así, dijo Enriqueta recordando que por haberla recogido su padre habia conocido á Miguel.

V.

—Pasaron dos años, dijo Marta continuando; tú estabas hermosísima; eras la alegría de la casa; mi primer hijo habia muerto; creíamos que no íbamos á tener mas hijos; te adorábamos, Enriqueta mia, y yo no te he olvidado, no, ni un solo momento: no sabes tú lo que yo sufria cuando iba al convento y me decia desde detrás del torno una voz que yo aborrecia: No se puede ver á la señorita Enriqueta; su padre lo ha prohibido.—Soy su nodriza, señora; la quiero como si fuera mi hija; por el amor de Dios:—No puede ser—me contestaba aquella voz maldita, y yo me iba llorando: volvia tres ó cuatro veces al año, por ver si me permitian verte. Un dia me dijeron: No está ya en el convento; se la ha llevado su padre: ¿A dónde, señora, á dónde?—No lo sabemos.

Estuve mala: ya ves, que no te he olvidado.

Pues bien, oye: un dia entró en casa un señor, un marino, un brigadier:—Yo soy el baron de Casa-Bermeja, nos dijo; vengo por mi hija; agradezco á ustedes lo que han hecho por ella y por su madre:—Mi brigadier, dijo Melchor con entereza, pero con respeto, porque al fin, como hombre de mar, estaba sujeto á la ordenanza y hablaba con un jefe; perdone usía, pero yo no tengo aquí ninguna hija de usía:—Hágame usted el favor de entrar, señor Mateo, dijo el baron: entró tu abuelo, el patron Mateo, sério, triste, pálido:—Diga usted á estas buenas gentes si soy ó no el padre de Enriqueta.—Es verdad, dijo el patron Mateo; el brigadier es su padre.—Fue necesario entregarte: el baron quiso darnos no sé cuánto dinero, pero Melchor le dijo.—Mi deber es obedecer á usía, pero en cuanto á esto, que me fusilen, no obedezco; no hay nada que me haga tomar dinero por esto; me pareceria que vendia á Enriqueta; se la lleva su padre, en buen hora, puede llevársela: se lleva usía un pedazo de nuestro corazon, pero... no le hace, bien, nos consolaremos como nos he-

mos consolado por la muerte de nuestro hijo; bueno, ¿qué se ha de hacer?—El baron dió la mano á Melchor:—Eso es otra cosa, mi brigadier, gracias; hágala usted feliz, y... nosotros... ¡bah! ¡qué importamos nosotros! ella, ella, por su madre, señor, que murió amando á usía.—El baron se fué contigo y con el patron Mateo, con tu abuelo.

—¿Y vive mi abuelo? dijo Enriqueta.

—Sí, muy viejo; en el mar de la Marola, en preguntando por el patron Mateo, todos te llevarán á su pesquería; pero mira, Enriqueta, cuando le veas, no lleves esa cruz al cuello, con esas cinco perlas; no, esa cruz se la regaló su padre el dia en que cumplió quince años; esa cruz la tenia puesta al cuello tu madre cuando la encontraron muerta en la playa: en vez de esa cadena de oro, tenia un cordon de pelo de tu madre: ¿qué has hecho de ese cordon, Enriqueta?

—Le tengo sobre mi corazon, en un relicario en que está la santa imágen de la Virgen de los Dolores: mírela usted.

Enriqueta sacó el relicario y de él aquel cordon que venia á ser una triste reliquia de su madre, y le besó.

—¡Qué cabellos tan rubios tenia! dijo Marta tomando el cordon, y mirándole conmovida, ¡rubios como el oro! ¡pobre niña! aun me parece que la veo, hinchada, blanca; el agua pone muy blancos á los que se ahogan: ¡cómo ha de ser! eso ya pasó: ¿tú lo ignorabas, ó ese luto es por ella, porque lo hayas sabido hace poco tiempo?

—Este luto es por mi padre, dijo Enriqueta.

—¡Ah! ¿tu padre ha muerto? ¿y te amaba, Enriqueta, te amaba?

—Mucho, contestó tristemente Enriqueta.

—¿Y te ha dejado bien?

—¡Oh! sí, soy rica.

VI.

En aquel momento apareció en la puerta un hombre de mar, á lo que parecia, por su traje, alto, fuerte, tostado, curtido por el ambiente marino; pero de una fisonomía simpática, franca, benévola y en estremo agradable: contaba lo menos cuarenta y cinco años, y parecia, por la calidad de sus vestidos, un pescador rico.

—¡Melchor! es mi Melchor, dijo Marta á Enriqueta al aparecer aquel hombre en la puerta.

Se habia detenido por un impulso natural de sorpresa, al ver á Enriqueta, y con su franca mirada interrogó á su mujer.

—Acércate, acércate sin cuidado, Melchor, dijo Marta; esta señora ó mas bien esta hermosa señorita es... adivina quien es.

Melchor, que se habia acercado, miraba profundamente á Enriqueta, con una espresion dulce, sencilla, amistosa.

Se puso pálido.

—¿Es nuestra hija Enriqueta, Marta? dijo con la voz trémula; se parece mucho á María, á la hija del patron Mateo.

—Tu verás, dijo Marta, que se divertia cariñosamente en prolongar la incertidumbre de su marido.

—Sí, dijo Melchor; ella era hija del general Ezguerra, nada tiene de estraño ¿es verdad?

—Sí, es verdad, dijo Enriqueta, que no quiso mortificar por mas tiempo al buen Melchor.

—¡Ah! pues me alegro; vamos, yo esperaba volver á ver á usted; algun dia, decia yo, se acordará de que ha nacido en el Carril; todos queremos ver el lugar en que hemos nacido y del cual no nos acordamos porque salimos de él niños: ella es rica, puede venir, vendrá; es mas, cuando supe que el general Ezguerra habia muerto en la peña de la Marola, dije para mí; es posible que ahora venga.

—¿Sabias tú que habia muerto su padre, Melchor?

—Sí, me lo dijeron dias pasados unos marineros en el lazareto; yo no te lo dije, ¿para qué, para que te afligieras? porque al fin y al cabo Enriqueta es hija natural, y podias temer quedase abandonada por la muerte de su padre: sus hermanos son unos canallas, si señor, de estos calaveras de los que hoy se hacen alféreces, tenientes y capitanes de navio: cuando yo servía era otra cosa: ¡qué oficiales! ¡qué jefes! el mundo ha dado mucha vuelta; un marinero de entonces valia mas que... pero esto no viene al caso: la verdad es que los hermanos de Enriqueta son unos malos bichos, y como el general no lo haya dejado todo bien arreglado...

—Nada hay que temer, dijo Enriqueta, que no queria que sus amigos supiesen la triste verdad de su situacion.

A Juan le habia encargado el mas profundo secreto y Juan era fiel al encargo reduciéndose á un silencio absoluto.

—En todo caso, aqui estábamos nosotros: ¡diablo! por Neptuno y

por San Telmo, nosotros la queremos á usted como si fuera nuestra hija, y ¿á qué mentir? somos ricos; mis arenques se venden bien, y nuestra concha da á millones las sardinas: tenemos tres hijos; haríamos cuatro partes de nuestra hacienda, y esto créalo usted, lo decimos con todo el corazon, Marta y yo.

—Gracias; pero á una hija no se la habla de usted, dijo conmovida Enriqueta.

—Es verdad; tienes razon, dijo Melchor; el hablarte de usted me costaba trabajo; pero en fin; estás hecha toda una mujer; toda una buena moza; y cuando tu padre te arrancó de nuestra casa, apenas me llegabas á las rodillas: llorabas, hija mia, llorabas y nos rodeabas el cuello con tus bracitos, y nos besabas y no querias irte: ya se vé, tú no conocias ni á tu abuelo ni á tu padre... ¡Poder de Dios! tu abuelo jabegote, y tu padre jefe de escuadra: cosas del diablo: vaya, la sangre se me enciende: tu abuelo no te habia visto hasta aquel dia, y te miraba... Dios me perdone; pero me parecia que te miraba con ódio: despues, se le ablandó el corazon; al fin eras su sangre; aquel mismo año en el dia de Difuntos, se nos entró por las puertas; traia una corona de flores, una corona de flores de muerto, rodeada por una cinta de terciopelo negro. —¡Hola! le dije, ¿qué es eso, patron Mateo? ¿á qué viene usted por aquí? ¿para qué es esa corona?—Tonto, me dijo, con aquella cara que nunca se rie; hoy es el dia de Difuntos y yo tengo una cruz en la ria; pondré en esa cruz esta corona, para que esté allí y cuando suba la marea se la lleve como se llevó á mi María.—Y se le saltaron las lágrimas.—Venga esa mano, abuelo, le dije, esto es ya distinto: si se le hubieran á usted ablandado las entrañas, como ahora, hace tres años, estaria demás esa corona y habria una cruz menos en la ria.—La muerte lo cubre todo, dijo; á los muertos se les perdona todo; á los vivos no: hay cosas que no pueden perdonarse: hay que quitar la manzana podrida de entre las buenas manzanas para que no se pudran tambien; no hablemos mas de esto; voy á buscar al cura del pueblo, y luego me prestarás una de tus lanchas para ir á la ria.

VII.

En aquel momento, era el medio dia, se oyó el doblar de una campana.

Melchor se quitó el sombrero y Marta y Enriqueta se pusieron de pie.

Melchor rezó por los muertos y las dos y Juan, que tambien se habia levantado, le contestaron: para esto solo recobró su voz Juan.

—Si era desdichado, dijo Enriqueta, Dios ha tenido compasion de él.

—Ese doble no es por un muerto, dijo Melchor, es por todos los cristianos muertos.

—¡Cómo! dijo Enriqueta; pues qué, ¿es hoy el dia de Difuntos?

—Es la víspera, dijo Melchor; por eso á las doce han empezado á doblar.

—¡Oh! no sé, no sé el dia en que vivo: estoy aturdida: ¡en qué dia he llegado aquí, Dios mio! ¡oh! quiero ir á la ria, quiero rezar ante la cruz de mi madre.

—Como quieras; sin embargo, te va á ser muy doloroso; no, no me opongo: al instante.

Y saliendo á la puerta, dijo:

—¡Hola! Nemesio, Bautista, Andrés, Nicolás, al agua con la *Anita*, allá vamos.

Y volviéndose dijo:

—Hay bastante resaca, pero no le hace; llevamos cuatro remos: vamos, vamos; lo que se ha de hacer, á hacerlo: si viene alguien ya le servirán.

Tan preocupada estaba Enriqueta que no comprendió las últimas palabras de Melchor.

Se levantó, y asida de la mano de Marta se dirigió á la puerta.

—¿Y usted no viene? dijo Melchor á Juan.

—No señor, hay mucha agua, y tengo miedo, contestó Juan.

—Pues quédese usted, amigo; pero cuidado, no se le abra á usted la tierra bajo los piés, contestó riendo Melchor, y siguió á su mujer y á Enriqueta.

CAPITULO IV.

La cruz de la ria.

I.

Algunos minutos despues, una lancha, impulsada por cuatro remeros, llevando al timon á Melchor, conducia á Marta y á Enriqueta, al través de una hermosa concha, entre los buques anclados en ella.

En uno de los estremos de esta concha se alza la bonita poblacion de Villagarcía: en el otro estremo, la del Carril.

En esta concha desemboca la ria del Padron.

Esta ria como todas, crece considerablemente cuando sube la marea, y es navegable; cuando la marea baja, solo queda la corriente propia de la ria.

La mar estaba algo picada, y esto hizo que los remeros tardasen doble tiempo que el que hubieran tardado, con mar llana, en atravesar la concha.

Al fin entraron en la ria.

A derecha é izquierda, junto á las pintorescas riberas, sobre peñas que el descenso de la marea empezaba á descubrir, Enriqueta vió algunas cruces.

—¿Cuál es la cruz de mi madre? dijo con voz desfallecida.

—Mas allá, mas allá; dijo Melchor, esas que ves, son muy antiguas;

la leyenda que tenian puesta ha sido borrada por la espuma de las olas; la de tu madre dura todavía; pero no importa que las otras estén borradas ni que la de tu madre se borre: cada familia sabe cual es su cruz.

—Sin embargo, las campanas de los dos pueblos doblan y nadie viene.

—¡Bah! los hijos son desagradecidos para sus padres, y en cuanto á sus abuelos, ni aun piensan en que los han tenido: tú eres otra cosa: eres un ángel de Dios, Enriqueta; lo parecias cuando eras niña, y lo pareces ahora: mira, alli, á dos tiros de fusil, en medio de la ría; mira á ver si ves: es una cruz pequeña, no le hace, éramos entonces pobres, y no pudimos gastar mucho en hierro; despues hemos podido ponerla muy grande, pero esa tenia ya algunos años, nos habia visto llorar, y no era justo arrancarla para poner otra; pero si la cruz es pequeña, en cambio la roca es grande; es la primera que descubre la marea; yo no sé cómo aquellas muchachas embistieron en ella; es verdad, habia mucha mar; llegaban las olas hasta mucho mas allá, mas allá; debian ir las pobres mareadas, habian cargado mucho la lancha y esto hizo que calase mas, que el choque fuese mas violento: ¡bah, bah! y ellas son mas valientes que nosotros: creen que en ninguna parte hay peligro; ¡y qué desgracia! tu madre sola pereció! era la patrona, iba al timon, y debió enredársela en la caña alguna cinta; la saya, quién sabe si las trenzas; tenia unas trenzas de á vara y media: las otras salieron á nado; ¡buenas muchachas! si hubieran podido socorrer á tu madre la hubieran socorrido, ello fue que Dios quiso... vamos, no hay que compungirse; han pasado ya diez y seis años.

—Para mí, esta desgracia es de hoy, dijo Enriqueta.

—No sabia quién era su madre hasta que yo se lo he dicho, dijo Marta.

—¡Ah! ¡por vida del general Ezguerra!... ¡y yo que no sabia nada! yo, que creia que la habrian dicho quién era su madre, que lo sabria todo; vamos, porque yo... si hubiera sido el general Ezguerra, hubiera dicho á Enriqueta: tu madre se llamaba María, era esto y lo otro; murió porque te amaba; porque yo la habia abandonado; murió de esta manera ganando dinero para ti; reza por ella, hija mia, reza por mi para que Dios me perdone: si, yo hubiera dicho esto, porque yo creo que hacen mucho con Dios las oraciones de los hijos por los padres: en fin, he sido un animal: si yo hubiera sabido que la herida era de tan poco tiempo, no hubiera dicho tanta tonteria: ¡á ver! añadió dirigiéndose á los remeros; atracad á la peña, pero con cuidado, que corta.

II.

Habian llegado á la cruz.

Enriqueta, con los ojos fijos en ella, dominada por la emocion, por el dolor, no habia oido las últimas palabras de Melchor.

Marta la contemplaba con un tierno cuidado y la tenia asida.

Enriqueta, pálida, con los ojos dilatados, con la mirada intensa é inmóvil, habia leido desde alguna distancia, y continuaba leyendo en la plancha oval, clavada entre los brazos de la cruz, su inscripcion *Aquí naufragó.*

III.

La roca, en cuyo centro estaba clavada una cruz como de un metro de altura, era un cono truncado de granito verdinegro, musgoso, con facetas, ó mas bien con dentellones irregulares, cortantes, erizados, cuya superficie angular, cuyo vértice mas agudo miraba hácia la parte superior de la ría, como si la naturaleza la hubiese dado la forma de una proa, contra la corriente, ó como si la corriente, durante el trascurso de muchos siglos hubiese desgastado sus flancos.

Aquella superficie tenia en su base unos ocho metros; desde la base á la cruz, cinco, y otros tantos desde la cruz al vértice.

Estaba cubierta de algas, esa yerba musgosa del fondo del mar.

Se comprendia que la alta marea podia cubrirla hasta el punto de que pudiese pasar sobre ella una lancha de poco calado.

Los marineros atracaron la lancha y la sujetaron, por un cabo á una anilla de hierro clavada á la roca.

Los marineros y Melchor saltaron á ella y ayudaron á saltar á Enriqueta y á Marta.

Enriqueta se arrojó á los pies de la cruz, se abrazó á ella y besó en la plancha el nombre de su madre.

—Luego inclinó la cabeza sobre sus brazos.

—Mira no se haya desmayado, dijo Melchor á Marta.

Marta se acercó y examinó un momento á Enriqueta.

Se alzó, se acercó á su marido y le dijo en voz baja:

—No, no se ha desmayado; llora y reza.

—Recemos nosotros tambien: de rodillas, muchachos, un padre nuestro y un ave María por el alma de la difunta.

Todos se arrodillaron y rezaron con las cabezas descubiertas.

IV.

Apenas habian acabado de rezar y se habian levantado, cuando Melchor oyó una voz conmovida, de una manera particular, por el dolor, por la ansiedad que representaba y que dijo claramente, á pesar de su alteracion:

—¡Melchor! ¿qué mujer es esa que está abrazada á la cruz?

Melchor se volvió.

Acababa de atracar á la roca una larga lancha tripulada por cuatro remeros.

En medio de ella habia dos hombres de pie, un sacerdote, con bonete y capa *de requien* y un jabegote como de ochenta años con la cabeza cana, descubierta y mirando con agonía á Enriqueta: un monacillo con sobrepelliz y un farol estaba sentado en la banda de estribor, y detrás del sacerdote y del jabegote otros cuatro jabegotes con hachas amarillas encendidas.

El anciano, en el cual nuestros lectores habrán reconocido al patron Mateo, llevaba en las dos manos, con los brazos estendidos á lo largo de su cuerpo, en la actitud del abatimiento, una corona de esa pobre flor que se llama flor de muerto: una cinta de terciopelo negro rodeaba esta corona y en los dos estremos de su lazo se leia en letras de plata estampadas: *Mateo, á su pobre hija María.*

V.

—Silencio; es ella, dijo en voz baja Melchor, inclinándose sobre el borde de la roca; es ella; ha venido hoy; calla; cuando una hija reza por su madre, no se la debe interrumpir: Dios la está oyendo.

—¡Mi nieta! esclamó Mateo.

Y sin respetar la oracion de Enriqueta, saltó á la roca, llegó á la jóven, la alzó y la miró con afan, con miedo, con pasion, con delirio.

Enriqueta vió algo indudable en la mirada de Mateo: le conoció: se arrojó en sus brazos, y esclamó:

—¡Padre mio! ¡Oh, padre mio!

Luego se separó un tanto de él; le miró y le besó la boca fria y trémula.

—¡Ah! esclamó Mateo, yo creia que ya no podia ser feliz.

Y estrechó sollozando, contra su pecho, á Enriqueta.

No habia perdido por esto la corona: la retenia en su mano derecha, cuyo brazo rodeaba la cintura de la jóven.

Al fin la separó de sí, la volvió á mirar y volvió á abrazarla.

Despues volvió á separarla y la dijo:

—Cumplamos con tu madre, hija mia: su cruz espera la triste corona de todos los años.

Y estendió el brazo con la corona hácia la cruz.

—¡Ah! no, no, padre, dijo Enriqueta con vehemencia, arrebatando la corona á su abuelo; yo, yo.

Y besó la corona y la puso en la cruz.

En aquel momento se oyó el responso en que alternaban la voz grave, llena de sentimiento y de piedad, del sacerdote, y la voz atiplada, fresca é indiferente del monaguillo.

El responso cortó la situacion del momento.

Acaso por eso empezó el responso de una manera imprevista, el buen sacerdote que estaba profundamente conmovido.

Todos se habian arrodillado.

Cuando concluyó el responso, Melchor tomó la palabra:

—¡Ea! basta de imprudencias; no hagamos de modo que á alguien le cueste caro: Patron Mateo, es menester ser valiente y tener juicio: ¡caramba! está usted llorando como un pelon; no lo digo por nada; es lo mas natural del mundo; yo he llorado tambien y creo que hemos llorado todos: el que no llora cuando se debe llorar, no sirve para nada: está usted ya muy viejo; no vayamos á hacer una; no queramos ir ahora al cementerio: á las lanchas y á casa: al cementerio irá el señor cura con los muchachos.

—Sí, hijo, sí, dijo el párroco; tienes razon, hay que ser parcos en todo: no es prudente entregarse á las espansiones de un sentimiento que puede ser funesto. Mateo, Melchor dice muy bien: á las lanchas y á casa; yo iré al cementerio de Villagarcia; usted al Carril.

—Gracias, señor cura, dijo Mateo enjugándose los ojos con el dorso de la mano: ven, hija mia, ven, quiero yo ponerte en la lancha.

Y asiendo por la cintura á Enriqueta, con una fuerza superior á la que podia suponerse en él á causa de su vejez, bajó de una manera segura á la lancha y puso sobre una banda á Enriqueta.

Melchor, Marta y los cuatro jabegotes entraron tambien en la lancha; se desatracaron la en que venia el párroco de la de Melchor, y ésta de la roca, y ambas lanchas tomaron el rumbo por el centro de la ría hácia la concha del puerto.

Una vez en ella, la del párroco orzó para dirigirse á Villagarcía, y la de Melchor siguió hácia el Carril.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

Un escelente hermano.

I.

Cuatro dias despues, llegaron al Ferrol, Enriqueta, Mateo y Juan, y se acomodaron en la fonda de las Armas del rey, que era poco menos que una mala posada.

Mateo habia cedido á los deseos de Enriqueta, consintiendo en vivir en una fonda.

Para el buen patron de barcas de pesca, aquello era demasiado lujo.

—Tú eres una señorita, decia, por desgracia, y quieres que todos seamos como tú: en fin, bueno, hija mia; Dios quiera que mañana no tengas que vivir con nosotros en nuestras pobres casas, en nuestras chozas de la playa.

—Allí seria feliz con usted, padre.

—No, no, señorita, decia Juan que habia recobrado el habla, porque Mateo le inspiraba confianza, y porque, habiéndolo revelado todo Enriqueta á su abuelo, no existia ya el secreto de la situacion de Enriqueta, mas que para Marta y Melchor, que no estaban allí: no, señorita, usted

no ha nacido para eso: de ningun modo; ni hay qne pensar en ello: usted se moriria sacada de lo que acostumbra, como un pez de agua dulce cuando le meten en agua salada: eso no puede ser.

—No, no puede ser, dijo Mateo; ya veremos lo que hay que hacer: ante todo, es necesario que veas á tus hermanos, que sepas á lo que debes atenerte; voy, voy á preguntar al departamento para que me digan dónde están.

Mateo salió y se fué al puerto.

En la capitanía preguntó por los hijos del general Ezguerra.

Le señalaron un bergantin de guerra que estaba carenándose en el astillero.

—El mayor de los hijos del general Ezguerra, el teniente de navío don Agustin, es comandante del *Scipion* que se está carenando.

—¿Y dónde vive don Agustin? preguntó Mateo.

—No lo sabemos, le respondieron; pero aquellos cuatro que están entreteniéndose en jugar al chito, son marineros del *Scipion*, y sabrán de seguro dónde vive su comandante.

Mateo se fué á donde estaban los cuatro marineros, les habló, les convidó á beber, los llevó á una tabernilla, y les pidió informes acerca de su comandante.

Se los dieron muy poco satisfactorios: como que estaban solos y no los oia ningun jefe.

Segun ellos, Agustin Ezguerra era duro, cruel; trataba de mala manera al equipaje, y le hacia trabajar demasiado por perversidad.

En la Habana habia dejado muy mala fama como calavera de mal género, jugador y disipado.

Mateo, vistos estos informes, opinó que Enriqueta no debia ir á ver á Agustin, y que bastaba con escribirle.

—¡Ah! no, no, dijo Enriqueta; debo verle; es mi hermano.

II.

Una hora despues, el teniente de navío don Agustin Ezguerra, recibió el anuncio de que iba á visitarle acompañado de su tio, la señorita Ezguerra.

—Yo esperaba, dijo como hablando para consigo mismo Agustin, á una señorita Ezguerra; esta señorita no tiene tio, no; pero ¿quién sabe?

algun pariente de su madre: que pase, que pase: pero aquí no, este es mi cuarto, animal, que pase al estrado: está un poco manga por hombro; pero ya se hará cargo esa señorita de que soy un hombre solo; de que aquí no hay mujeres que son las que cuidan de esas cosas.

—Ya está en el estrado, mi comandante, respondió el marinero que habia anunciado á Enriqueta.

—¡Ah, ya! bien, dijo Ezguerra quitándose su bata: alguna vez habias de hacer algo en órden, Tomás: tráeme el chaleco, el frac, las botas, mi peine, y vivo; no se debe hacer esperar á las buenas mozas; porque es muy buena moza, ¿no es verdad?

—Ya lo creo, mi comandante: una real hembra, dijo Tomás, alentado porque veia á Agustin en un estado casi de buen humor: real, realísima; del todo mi comandante; pero está pálida, enferma.

Y entre tanto, servia lo que le habia pedido á Agustin, con la prontitud y la exactitud de los marineros.

—¡Pálida! ¡enferma! dijo Agustin que estaba pálido y sobreescitado.

—Sí señor, mi comandante; pero asi y todo, ya se podria correr por ella un largo con mal tiempo y sobre escollos: magnífica fragata, mi comandante: el buque que la convoya tiene mala facha; parece un pailebot carbonero: ¡diablo y qué tio! parece mentira que ese tio sea tio de una parienta de usted, mi comandante.

Agustin miró de una manera sesgada á Tomás, y se puso pálido.

—A la fuerza he dicho alguna barbaridad, mi comandante, dijo Tomás, á quien alarmó la espresion que habia tomado el semblante de Agustin.

—Precisamente, una barbaridad, dijo éste: ¿quién te ha dicho que esa señorita es parienta mia? ¿ella acaso?

—No señor; esa señorita no me ha dicho nada; pero como se ha anunciado llamándose la señorita Ezguerra...

—¿Y qué? dijo mirando de una manera mas torva Agustin á Tomás; ¿no hay mas Ezguerras que los de mi familia en el mundo? tuno. Dame un cepillon y véte.

Tomás no se atrevió á contestar: cepilló el frac y los pantalones de Agustin, y se fué.

III.

—¡Ella! ¡ella! vendrá á reclamar... ¿conocerá ella las intenciones de mi padre? ¿tendrá alguna prueba? lo veremos: es necesario que yo me tranquilice: estoy demasiado conmovido: ¡poder de Dios! ¡un millon! mi padre tiraba por largo: quieren mucho los viejos á estos hijos de contrabando, y tal vez, tal vez no son mas que una tostada que les han pegado; ¿quién me asegura que esa chica es hermana mia? mi padre era un buen hombre, lo creia todo: amores con una pescadora de quince años, y él tenia mas de cincuenta: ¡bah! no puede ser: una muchacha no puede amar á un viejo; si mi padre fue débil por amor propio, yo no debo serlo: tranquilicémonos, seamos prudentes: y es hermosa, hermosísima, á no ser que haya sido un adulador el artista que hizo el retrato: pero la estoy haciendo esperar demasiado: vamos allá.

Agustin dió un estiron á su chaleco, serenó su semblante, pasó de su cuarto á un gabinete, y del gabinete á uno de esos inmensos salones de las casas antiguas, en que cabrian muy bien todas las habitaciones de nuestras estrechas viviendas.

IV.

Agustin que era muy bello, pero con una belleza, por decirlo así, acre, adelantó sonriendo hácia Enriqueta, que al verle se habia levantado pálida y conmovida de un antiquísimo sofá.

La sonrisa y la mirada de Agustin la oprimieron el corazon.

Aquella sonrisa era falsa, fria.

En aquella mirada habia algo de afan audaz, de oscura impureza.

—Señorita, dijo Agustin; y no continuó.

—Agustin Ezguerra, dijo con acento solemne Enriqueta; vengo aquí en nombre de nuestro padre, á buscar á un hermano.

—¡Ah! dijo Agustin; no comprendo, no puedo comprender, señorita; no tengo antecedente alguno.

—¿No? dijo Enriqueta dando á aquel no, una acentuacion que hizo temblar á Agustin.

—No, dijo éste: ignoro de todo punto la existencia de una hermana mia: no puedo comprenderla; mi padre era...

—El general don Jaime Ezguerra, era mi padre, dijo con firmeza Enriqueta.

—Bien, sí, puede ser... dijo Agustin que se habia rehecho, y afrontaba la situacion: mi padre era hombre: los hombres tienen debilidades: yo me alegraria de tener una hermana tan hermosa, tan distinguida, tan pura... pero las pruebas, señorita, las pruebas; yo no dudo de que usted habla de buena fe; pero usted puede haber sido engañada.

—Sí, me he engañado; yo creia que mis hermanos serian como mi padre, como yo, nobles y generosos: me he engañado dolorosamente: ¡pruebas! no las tengo: no, no las tengo: seria necesario llevar ante los tribunales la deshonra de mi madre, la de mi padre: ¡ah, no! que duerman tranquilos en sus tumbas: no será su hija la que afrente su memoria: estoy sola en el mundo, sola, con mi pobre abuelo y con las nobles y sencillas gentes que me han adoptado: no importa; ¡Dios me protegerá! Adios.

Enriqueta no habia vertido una sola lágrima: su voz no habia temblado.

Miró de una manera larga, profunda, terrible, pero sin ódio y sin malevolencia á Agustin, y se volvió hácia la puerta del salon.

Agustin la asió de un brazo.

Al sentirse asida, Enriqueta se estremeció de los pies á la cabeza, y se volvió inmensa, terrible.

—La desgracia debe ser respetada, dijo: ya que no encuentro un hermano, no quiero encontrar en mi hermano un infame.

—Está usted sola en el mundo, dijo audazmente Agustin.

—¡Sola! ¿y bien, qué?

—Cuanto yo poseo, cuanto yo tengo, mi alma y mi vida, son de usted.

—¡Oh, Dios mio, qué horror! esclamó Enriqueta.

Y escapó aterrada, helado el corazon, desvanecida la cabeza.

V.

—¿Qué es esto, señorita Enriqueta? esclamó Juan que estaba en la antesala, al ver el estado en que aparecia la jóven.

—¡Salgamos, salgamos pronto de esta infame casa! dijo Enriqueta; me parece que sus paredes van á caer sobre mí.

Poco despues estaban en la calle.

VI.

Junto á la puerta de la casa estaba Mateo.

—Lo esperaba, dijo al ver á Enriqueta, adivinándolo todo: yo no queria que vinieses, sabia lo que podia esperarse de él; el hijo de un miserable no puede ser mas que un miserable.

—Sigamos, padre, sigamos: ¡oh Dios mio! no hay esperanza, me desconoce, me niega y me insulta.

—¡Infame! murmuró Mateo.

CAPITULO II.

Cómo encontró Mateo á Miguel

I.

Algunos dias despues, Cristóbal, el viejo marinero, el criado de confianza del general Ezguerra, vió por la mañana, desde lejos, arrodillada delante de la cruz alzada en el centro del embaldosado que cubria el panteon donde reposaba su amo, una mujer enlutada.

Detrás de ella, de pie, rígido, un pescador con el sombrero puesto, como si nada tuviese que ver con el sentimiento que parecia dominar á la mujer arrodillada.

II.

Cuando llegó cerca de ellos Cristóbal, el pescador tocó en el hombro á la mujer, ésta se levantó, y ambos se dirigieron á la arboleda que rodeaba la capilla, y se perdieron entre ella.

—Vayan con Dios, dijo Cristóbal; cuando no esperan, es que no quieren que se les hable; bueno: es de muy mala educacion meterse donde no le llaman á uno: ¡y es hermosa y jóven! ¿quién será? ¿por qué habrá venido á rezar sobre la sepultura de mi amo? ¿será hija suya? ¡quién sabe! tal vez: el general vivia muy triste y muy apartado, solo; de siglo á siglo iba al Ferrol, y solo estaba allí algunas horas: parecia, Dios me

perdone, que le roia algo el alma: recibia todos los meses dos cartas de Madrid, y las quemaba: todos los meses iba yo al Ferrol á llevar cinco mil reales, que se giraban á la órden de doña Mercedes Agüero, directora del colegio de niñas nobles de Leganés: luego traia yo la letra, y el general me daba una hora despues una carta cerrada, que yo iba á poner en el correo: ¡tonto! ¿y no haber yo comprendido nunca que el general podia tener una chica en aquel colegio? ¡pero quién sabe! muchas veces las cosas no son lo que parecen: ¡bah! sí, ahora es otra cosa: esto esplica aquello: sino fuera su hija ¿á qué habia de venir esa jóven, esa señorita, á rezar sobre la tumba del general? ¿por qué diablos la acompaña el patron Mateo? ¡bah! allá ellos, allá ellos; si me hablaran, yo podria decirles: don Agustin se encerró con un escribano y quemó unos papeles: si no me hablan, yo no me meto en nada; estos son asuntos de familia.

III.

Durante quince dias, Cristóbal vió á la misma hora que la vez primera, esto es, á la caida de la tarde, á Enriqueta arrodillada y doblegada delante de la cruz; á Mateo detrás de ella, de pie y con el sombrero puesto.

Siempre que se acercaba Cristóbal, Mateo avisaba á Enriqueta, se levantaba ésta, y ambos se alejaban, perdiéndose entre los árboles.

IV.

A los quince dias fue cuando al aparecer Miguel en el borde de la cumbre, al verle Enriqueta, huyó ésta precipitadamente.

—¿Por qué corres de ese modo, Enriqueta? dijo Mateo, que la seguia con trabajo.

—Siga usted, padre, siga usted, contestó Enriqueta, haga usted un esfuerzo; alejémonos, perdámonos entre estas quebraduras.

El anciano hizo el esfuerzo, y logró no perder de vista á Enriqueta, que decididamente huia.

Poco despues, Mateo escuchó lejana una voz desesperada de hombre que gritaba:

—¡Enriqueta! ¡Enriqueta!

Aquella voz repitiendo el nombre de la jóven, se perdió alejándose.

El que la causaba, el que buscaba á Enriqueta, habia tomado otra direccion.

Enriqueta se detuvo consternada, pálida, mortal.

—¿Por qué te llama ese hombre? dijo severamente Mateo.

—¡Es él! dijo Enriqueta.

—¿El? ¿y quién es él? preguntó creciendo en severidad Mateo.

—Miguel, contestó llorando Enriqueta.

—¿Y quién es Miguel? ¡ah! ¡Madrid, el maldito Madrid! ¡aquella sentina de vicios, aquel lozadal! ¿por qué lloras tú por un hombre?

La voz de Mateo rugia.

—Porque le amo, contestó Enriqueta: porque su amor me va á costar la vida.

—¡Ah! esclamó desesperado Mateo: ¡qué he hecho yo para que asi me agovie Dios con desgracias, hasta en los últimos dias de mi vida!

—No, padre, no, dijo Enriqueta comprendiendo la amargura de la imprecacion de Mateo; no, Miguel es una noble criatura; me ama, me ama; pero con ese amor que Dios quiere sienta un hombre digno y honrado por una mujer pura: hemos estado á punto de casarnos; su padre, el marqués de Campo-Nuño me queria como á una hija: estaba orgulloso porque su hijo me amaba: me creia hija legítima de un antiguo compañero, de un igual suyo; me pidió á mi padre para su hijo, y mi padre me desconoció. Desde entonces no he vuelto á ver á Miguel hasta hoy: yo he ocultado á usted estos amores mios, estos amores desesperados, por no afligirle: pero ellos me matan: viviré poco: yo no puedo vivir asi.

—¡Ah! ¡pobre hija mia! esclamó Mateo: pero él te ama, te ama, te llamaba desesperado; te llamaba con toda su alma: acaso... ¿por qué no, por qué no ha de tener Dios compasion de tí? ¿por qué has de morir tú desesperada, hija mia?... y luego, Enriqueta, ¿por qué has huido de él?

—Es verdad; pero me faltó valor para esperarle; temí que me desconociese, que hubiese dejado de amarme; le he calumniado sin duda; he temido que fuese orgulloso, que al saber, porque sin duda la sabe, mi desventura, hubiese renegado de mí: pero no, no: me llamaba enamorado, ¿no es verdad? ¡ah! mas de prisa, mas de prisa, padre mio: lleguemos pronto: quiero que usted vaya á buscarle; que le hable, que se lo revele todo: quiero saber si aun me cree digna de ser su esposa.

—Sí, iré; es preciso, iré, y espero que te traeré una buena noticia:

yo no me engaño cuando se trata de los hombres, les leo el alma en el semblante: en ochenta años de afan y de desgracia se aprende mucho: le he visto un momento; he oido su voz que te llamaba, y casi casi no dudo: ¿qué importa que sea un gran señor si te ama? ¿pues qué, hija mia, no eres tú una gran mujer? ¿pues qué, no mereces tú una corona? ten esperanza, mucha esperanza, y no te me pongas mala: ya estamos cerca: en cuanto te deje en casa, me voy á ver al viejo Cristóbal: él iba acompañándole, él me dirá dónde puedo verle: aunque tarde no te asustes; puede ser que tenga que buscarle; y le encontraré; tengo la seguridad de que le encontraré, porque Dios me guiará.

Y en efecto, como hemos visto, Dios guió á Mateo.

V.

Poco despues de haber dejado á María en su casa, Mateo trepaba por la vertiente de la Peña de la Marola, y vió á Miguel que se despedía de Cristóbal, montaba á caballo y partia al galope.

Mateo apresuró el paso, llamó á Cristóbal, y Cristóbal se detuvo.

Entre tanto, Miguel se habia perdido entre la vaga luz del crepúsculo.

—¿A dónde vá ese caballero? dijo á Cristóbal cuando llegó junto á él.

—Al Ferrol, contestó Cristóbal: pero respuesta por respuesta, patron Mateo; ¿quién era la hermosa jóven con quien ibas todos los dias allá arriba?

—Prométeme guardar el secreto por tu honra de viejo marino.

—Te lo prometo; pero me parece que ya no hay secreto para mí: esa niña es hija de mi general ¿no es verdad, patron Mateo?

—Sí, esa niña es hija natural del baron de Casa-Bermeja; es nieta mia.

—¡Ah! ¡y no poder alcanzarle! pues á fe á fe que lleva mal caballo.

—¿Y á qué vá al Ferrol?

—A entenderse con el señorito Agustin.

—¡Ah! pues yo voy tambien.

Y sin decir ni una palabra mas á Cristóbal, tomó el camino que Miguel habia tomado.

VI.

Así, siguiendo á Miguel, pudo llegar hasta el sitio donde Miguel mató en duelo á Agustin.

Luego, siguiendo las huellas de Miguel, preguntando, y por último, desorientado ya y guiado por la Providencia, llegó al molino, donde encontró á Miguel.

CAPITULO III.

En que Estéban se eclipsa.

I.

Estéban volvió, como lo habia prometido, poco despues del medio dia.

Miguel y Mateo se habian dado completamente á conocer: el jóven habia inspirado una gran confianza al viejo: sin embargo, Mateo habia dicho á Miguel:

—No volverá usted á ver á Enriqueta, sino el dia en que haya de ser su marido.

—Ese dia llegará muy pronto, respondió Miguel.

Cuando Estéban entró en el desvan, sus ojos resplandecian con una espresion de triunfo, de contento.

—La suerte por esta vez se ha puesto de nuestra parte, dijo; se ha encontrado al baron de Casa-Bermeja muerto sobre una roca, con una profunda estocada en el pecho: el lugar en que se ha encontrado al baron induce á creer que se le ha llevado allí por medio de algun engaño y que ha sido víctima de un asesinato. El baron estaba atravesado en la saliente de una roca; si hubiera sido muerto en duelo se le hubiera encontrado sobre el terreno; se han llevado su frac, su chaleco, su gorra, y no se ha encontrado un solo real en su bolsillo, ni reló ni nada que valga algo:

un robo, indudablemente: se echa la culpa á un bandido misterioso que anda por estos contornos y que causa heridas iguales á la que ha matado al baron: estas heridas se han encontrado siempre sobre cadáveres, que no han podido declarar: se ignora, pues, quién sea este bandido, pero se le atribuye la muerte del baron: he visto á uno de los testigos del duelo, y le he dicho: señor oficial, cuando yo era muchacho y asistia á un duelo, callaba, cállaban mis compañeros y la ordenanza se fastidiaba, no encontraba presa en qué hincar el diente.

—¿Por qué me dice eso el buen peregrino? me preguntó el jóven teniente de navío.

—Porque ayer ha sido muerto en duelo el baron de Casa-Bermeja.

El teniente de navío se puso pálido; yo me apresuré á añadir:

—No soy un polizonte; por el contrario, he amparado á don Miguel de Fonseca; le he escondido y necesito saber si puedo contar con el honor de los cuatro padrinos y del cirujano que asistió al lance para dar á luz á mi escondido ó no:

—Indudablemente, me respondió el jóven; el lance ha sido en regla y con razon: don Miguel de Fonseca puede y debe contar con el secreto que nos interesa á nosotros tanto como á él guardar profundamente.

Ya ves, Miguel, que puedes montar á caballo y marchar libremente á donde quieras; por ejemplo, á buscar á tu Dulcinea.

—¡Esto es terrible! dijo Miguel que no podia olvidarse de que el hombre á quien habia matado era hermano de Enriqueta.

—Sí, muy terrible, dijo Mateo adivinando la intencion de las palabras de Miguel.

—Terrible, terrible; nada mas natural, dijo Estéban; se nos insulta, se nos provoca; matamos; estamos en nuestro derecho: no hay mas derecho que la fuerza, mentira; todo lo demás son palabras vanas; le mató, hizo bien.

—¿Y Dios? esclamó Mateo.

II.

Miguel callaba: Mateo no contestó.

—Vamos, veo que estoy en minoria; no importa, dijo Estéban; yo no reconozco la ley de las mayorías, porque las mayorías son siempre estúpidas; no lo digo por vosotros, amigos mios; es un pensamiento que sin saber cómo, se ha deslizado en el discurso; y un buen pensamiento, un

pensamiento exacto: los tontos están siempre en mayoría, hay peste de ellos: no puedo, pues, reconocer la razon de las mayorías; ellas son las que nos traen de cabeza, porque ellas son siempre la vulgaridad dentro del egoismo; ¡estúpidos interesados, los desprecio!

Estéban calló y ninguno de los dos le contestó.

—Vamos, dijo Estéban; veo que molesto, que soy impertinente, y corto mis impertinencias y os dejo en paz, marchándome; ya no hago falta: te escondí, y he venido á decirte que no hay necesidad de que te escondas: adios, pues.

—Pero ¿quién es usted? dijo Miguel; ¿usted, que conoce á mi familia; usted, que dice haberme tenido sobre sus rodillas cuando era niño?

—¡Oh, qué historia tan larga y tan fastidiosa! dijo Estéban, no interesa á nadie; sobre todo: ¿te he preguntado yo por qué te has batido con el baron de Casa-Bermeja y le has muerto? no: ¿qué me importa eso á mí? ¿por qué me preguntas quién soy yo? ¿qué te importa á tí?

—Quisiera saber el nombre de la persona á quien debo un grande agradecimiento.

—Ténmelo sin saber quién soy, ó no me lo tengas, dijo Estéban; á mí, tanto me da; yo no hago las cosas porque se me agradezcan, sino porque quiero hacerlas; lo mismo que todos, ni mas ni menos: ¡oh! ¡el agradecimiento! ¡tontería! agradézcale usted á un hombre que haya hecho su gusto; ¡necedad! quédate con Dios y cúrate de tus manias si quieres ser feliz; adios amigos mios, y no me contrarieis preguntándome mas y deteniéndome por mas tiempo.

III.

Estéban abrió la compuerta y bajó.

—¡Qué hombre ese! dijo Miguel.

—Yo creo que está loco, respondió Mateo.

CAPITULO IV.

El triunfo del amor.

I.

Mateo hubiera negado redondamente la mano de su nieta á Miguel, con arreglo á sus creencias.

Para él era horrible la union de Enriqueta con el matador de su hermano.

Pero era mas horrible para el pobre abuelo la muerte de Enriqueta, y estaba seguro de que la pobre jóven moriria desesperada si no se casaba con Miguel.

Fue aquel un asunto para Mateo de suma y resta.

—Cometo un gran pecado, dijo para sí, pero esta es la pena de mi dureza con la pobre María; y luego, cuando las mujeres se enamoran como está enamorada ella, como se enamoró su madre, arrostran por todo: seria peor, mucho peor; sabria que el hombre á quien amaba tenia manchadas las manos con su sangre, no dejaria por esto de amarle, seria horrible; podria matarla el horror: callemos, suframos, contraigamos una gran deuda para con Dios: ¡ah! los hijos no saben lo que se les ama: todo lo sacrifica un padre por ellos; todo, hasta su alma.

Disimuló, pues, Mateo, y partió del molino con Miguel.

II.

Lo mismo que habia pensado el anciano, lo pensó, relativamente, Miguel.

¿Debia renunciar á Enriqueta? Esto no era posible.

¿Por qué se habia dejado arrastrar por su cólera hasta el punto de verse obligado, como caballero, á dar una satisfaccion en duelo á un hombre injuriado?

¿No hubiera sido mejor haberse presentado de una manera humilde á Agustin Ezguerra? Esto no era posible.

Agustin Ezguerra era un miserable: habia destruido el porvenir de su hermana; la habia negado; habia pretendido abusar de su situacion.

Cuando pensaba en esto Miguel, su sangre se convertia en fuego: un vértigo de destruccion subia á su cabeza y murmuraba:

—Indudablemente, he hecho bien en matarle.

Este otro pensamiento convertia en hielo su sangre:

Estaba cogido por la fatalidad de un hecho consumado, y como la salamandra se agitaba sin morir en el fuego.

III.

Al llegar á la carretera, Mateo dijo á Miguel:

—Desde aquí no iremos juntos: yo voy á la peña de la Marola por los atajos; ahorro camino; usted irá á donde quiera; pero, una sola palabra: ¿qué diré á mi nieta?

—¿Por qué no llevarme á donde está? dijo con ansiedad Miguel.

—No hablemos mas de esto, contestó Mateo; mi resolucion es irrevocable: no la verá usted sino un momento antes de ser su marido; de otro modo, no; estoy dolorosamente escarmentado de la gente noble y rica: ¿qué diré á Enriqueta?

—Que me vuelvo á Madrid; que seguro de no obtener la licencia de mi padre, la pediré al rey, y espero que me autorizará, de no, me casaré con ella, renunciando todos mis derechos á los títulos de los estados de mi padre; soy mayor de edad; quedando en la situacion de un simple particular, nada puede impedirme mi union con ella.

—Así lo diré á Enriqueta, contestó Mateo: adios.

Y echó á andar, saliendo de la carretera y entrando por una senda.

—Adios y hasta muy pronto, dijo Miguel.

Y apretando las espuelas á su caballo, partió á la carrera hácia el Ferrol.

IV.

Fué á visitar á sus padrinos.

Estos le aseguraron que el duelo estaba perfectamente cubierto; que se habia atribuido la muerte de Casa-Bermeja á un asesinato por robo, para hacer creer lo cual, se habian llevado ellos mismos el dinero, el reló y el alfiler de brillantes de Ezguerra, que entregarian á su hermano, cumpliendo para con él la última voluntad del difunto. Solo el hermano de Agustin debia saber que habia muerto en duelo.

A esto se habian obligado, como caballeros, los testigos de aquel lance funesto y estaban resueltos á cumplir con su deber.

V.

Miguel partió á Madrid, y un mes despues llegó á la playa de la Marola y preguntó por el patron Mateo.

Apareció el anciano.

—Y bien, dijo mirando con un vivo interés á Miguel.

—Traigo la real licencia y todos los documentos necesarios: podemos ir á ver á Enriqueta.

—Aun no, contestó Mateo; esta tarde marcharemos al Carril.

VI.

Miguel vivió tres dias en el Carril, casa de Melchor, sin saber que vivia bajo el mismo techo que Enriqueta.

Enriqueta sabia, sí, relegada en un aposento, que Miguel vivia en la casa.

El párroco del Carril partió á Pontevedra el mismo dia de la llegada de Mateo y de Miguel.

Al tercer dia volvió, trayendo el mandamiento del obispo para casar á los dos jóvenes.

El casamiento se efectuó silenciosamente, sin boda, sin convidados.

Enriqueta se habia quitado el luto, y vestia un sencillo trage blanco.

Cuando hubo concluido la ceremonia, Mateo dijo:

—Puedo morir ya; Dios, despues de diez y ocho años de tormento, me ha dado un dia de felicidad.

Y sin que bastasen ruegos á detenerle, se marchó solo á su playa de la Marola.

CAPITULO V.

La dignidad del marqués de Campo-Nuño.

I.

Ocho dias despues del casamiento, el marqués de Campo-Nuño, que estaba irritado, colérico, endiablado, porque se habia exacervado su gota y porque su hijo no venia á pedirle perdon, sometiéndose á su voluntad, recibió una carta de Miguel, cuyo sobre le llenó de alegría.

El marqués supuso, porque lo deseaba, que su hijo entraba en razon, y abrió, estremecido de alegría, la carta cuyo contenido era el siguiente:

«Escelentísimo señor marqués de Campo-Nuño...

—¿Por qué me da tratamiento este tuno? dijo el marqués interrumpiendo su lectura; ¡ah! sin duda por aparecer humilde, ¡pícaro! y hay que agradecerle el sacrificio; ¡pobre muchacho! ¡maldito Ezguerra! haberse permitido tener fuera de matrimonio á una joya tal como Enriqueta; ¡pobre muchacha! pero en fin, seria un disparate; case usted á su hijo con una bastarda; adultere usted su descendencia; esto no puede ser; y es el caso... que lo siento, pero ¿qué remedio? es necesario que cumplamos con nuestro deber, y el cumplimiento de éste, es tanto mas meritorio, cuanto son mas terribles los sacrificios: continuemos:

«Padre y señor: acabo de casarme...

La carta se cayó de las manos del marqués: se agitó convulsivamente

en su sillon; se crispó, se puso rojo y dejó ver una espresion espantosa.

Durante algunos segundos no pudo hablar.

Al fin gritó de una manera terrible:

—¡Sebastian! ¡Sebastian! ¡aquí! que venga al momento mi abogado; que le busquen donde esté; si no quiere venir, que le traigan á la fuerza; ¿qué haces, pícaro, que no has echado ya á correr?

El criado salió á escape.

El marqués quiso recoger la carta y no pudo; tan entorpecido estaba en su sillon por la gota.

—¡Ah! ¡malvado! ¡miserable! se ha casado... ¿con quién? con una hija del viento, de las nubes, que se ha caido por el cañon de la chimenea; que no tiene nombre, esclamó, mas bien rugió el marqués, pugnando inútilmente por coger la carta: ¡maldita gota! ¡malditos cincuenta años! ¡ah! no le vale; si yo pudiera moverme... ¡ah! pero yo le llamaré, le engañaré; vendrá, creerá que soy un padre de mazapan, un padre débil, un padre indecente: poco á poco, señor mio; ya nos veremos; si usted ha perdido la dignidad, yo la conservo por usted y por mí: ¿quiere usted bastardear mi descendencia, ingerir en mi familia una muchachuela, una pobre diabla, sin apellido, completamente oscura, resultado de una bajeza de ese botarate de Ezguerra? ¡ah, no, estoy yo aquí, usted no es mi hijo, no señor, usted no es mi hijo: un hijo mio no se degradaria de tal modo: el señorito, las ideas nuevas, las ideas malditas sostenidas por miserables bandidos! ¡qué todos somos iguales! ¿quién ha dicho eso? la canalla que se insolenta; pues bien, señor mio, pues bien, ¿se ha ido usted con la canalla? usted no es mi hijo, no, decididamente usted no es mi hijo, ¡ah! ella paralítica, muda; ¡oh! si no estuviese muda, de seguro yo la arrancaria un vergonzoso secreto: ¿por qué tardé yo dos años en tener... digo mal, ¿por qué tardó la marquesa dos años en tener un hijo y despues no ha vuelto á tener otro?

Los ojos del marqués giraron de una manera horrenda, y se puso lívido, en fuerza de rojo.

—¡Ah! siempre me atormenta esta idea espantosa: ¡mi hermano Estéban! ¡ese infame! Margarita le protegia; mas de una vez, seducido por ella, le dí dinero, dinero que se tragaba la tierra; siempre, siempre esa sospecha horrible... pero Margarita es una santa, es mi esposa; y sin embargo ese muchacho empieza á tener el alma de Estéban, esas ideas de igualdad, esas ideas masónicas, infames, ¿acaso Estéban no me irritaba

sosteniendo descaradamente contra mí esas ideas absurdas, detestables? ellas le han llevado á presidio y aun no ha concluido su camino; ellas le llevarán al cadalso: y ese muchacho piensa lo mismo que él, con la única diferencia de que conserva todavía algun pudor: esta maldita carta... vamos, no la puedo coger: quiero acabar de leerla, saborear todos los horrores que sin duda contiene: ¡Cristóbal! ¡Cristóbal!

Apareció otro criado en la puerta.

—Ven acá, recógeme esta carta, le dijo el marqués.

Cristóbal dió al marqués la carta y salió.

II.

El marqués asió bien la carta para que no volviese á caérsele de las manos, y leyó de nuevo con voz opaca, entrecortada, trémula por la cólera.

«Escelentísimo señor marqués de Campo-Nuño.

«Padre y señor: acabo de casarme. Un deber de conciencia y una necesidad imperiosa, me han obligado á ello. Este deber de conciencia no representa una falta de el ángel que ha unido su existencia á la mia, ni esta imperiosa necesidad mia de unirme á ella ha consistido en que como hombre de honor haya tenido que reparar una falta, no.

Pero ella hubiera muerto sin mí, perdida la esperanza de unirse á mí, y hé aquí mi deber de conciencia: evitar su desesperacion y su muerte; hé aquí la imperiosa necesidad que he tenido de evitar mi desesperacion y mi muerte.»

El marqués se detuvo y sus ojos giraron estraviados.

—¡Cobarde, miserable, infame, bastardo! esclamó; otro á quien Dios hubiera favorecido haciéndole lo que él era, no hubiera vacilado: se muere antes que degradarse; y ¿qué necesidad tenia de morir? ¡bah! esos caprichos se pagan... amor... no hay amor: entre nosotros, antes que el amor está la razon de rango, sí; la continuacion de un nombre ilustre y sin mancha: ¡qué escándalo! ¡qué olvido tan abominable de los buenos principios, de las ideas rectas! ¿á dónde vamos á parar? esto es un contagio: mi sobrina Eugenia dice tambien, la locuela, que ante todo es el corazon ¡y esto piensan nuestras hijas á los quince años! ¡ah! ya se lo decia yo á mi hermano Pedro: los colegios son abominables; á ellos va todo bicho viviente; todos se llaman nobles; á un convento, Pedro, á un convento,

y no á un convento cualquiera, sino á las Calatravas, á las Comendadoras ó á las Salesas reales; allí se conservan las buenas ideas, allí... ¡eh! ¿qué diablos me importa á mí mi sobrina? ¿qué me importa nada? bastante tengo conmigo; veamos, veamos hasta dónde llega la audacia y la desvergüenza de esta carta...

Y el marqués continuó leyendo:

III.

«Padre mio: no ha sido suya la culpa de lo irregular de su nacimiento: no ha sido mia tampoco la de haberme puesto en el caso de contraer una obligacion sagrada: ella se creia hija legítima de Casa-Bermeja, aunque la conducta de su padre para con ella la pareciese estraordinaria. Yo no podia ni aun sospechar la verdad: no conocia á Ezguerra; no sabia que solo tenia dos hijos barones: creí, socialmente hablando, igual mia á Enriqueta, y antes de revelarla mi amor con palabras pedí á usted una autorizacion que me concedió con placer. ¿Ha dejado de ser Enriqueta lo que era? no. ¿Podia cortarse ya una pasion que se habia apoderado de nosotros constituyendo parte de nuestra existencia, ó mas bien, nuestra existencia entera? imposible.

Contrariar esta pasion era suicidarnos: yo podia sacrificarme á mi condicion, arrostrando todas las consecuencias del sacrificio; pero no podia, no debia sacrificarla á ella.

He cumplido con mi deber ante Dios y mi conciencia. No pretendo persuadir á usted de que la rigidez de nuestros usos, ó mas bien, de nuestras leyes aristocráticas, se ha modificado en gran manera: que hoy empiezan á considerarse la gran virtud, la grande educacion y la grande hermosura, como una verdadera aristocracia. No tengo autoridad para ello y comprendo que están demasiado fuertemente arraigadas en usted las antiguas, severas é intransigentes creencias. Si yo pretendiese que usted las modificase, solo conseguiria irritarle mas. No, padre mio, basta con que me sea duramente sensible la irritacion que de seguro, causará en usted un enlace que debe parecerle monstruoso y degradantemente desigual.

Pido á usted perdon, por haberme visto en la dura necesidad de causarle un profundo é inolvidable disgusto, y le ruego considere siempre como su hijo amante y respetuoso á—Miguel.»

IV.

—¡Bueno! ¡bien! ¡magnífico! se me da parte con altivez, con una altivez oculta por palabras blandas, por palabras corteses, hipócritas, insolentes, irritantes, criminales; pero tan mal oculta, que por cima de las letras salta la insolencia: eso es, sí; ¿qué importas tú, viejo gotoso? desherédame, en buen hora, puedes desheredarme; no le hace: ¡bah! ahí está el señor rey que cuando te mueras, que no tardarás en morirte, porque tu gota debe irritarte mas y mas, con este doble golpe que te doy en el corazon y en la cabeza... ¡asesino! el señor rey, para demostrar que puede mas que los grandes, me devolverá el título y los Estados de que me desheredas: ¿por qué? porque el rey tiene el dominio absoluto, sí señor; porque el rey puede hacer lo que quiera de sus vasallos, y aunque nosotros somos grandes vasallos, al fin y al cabo somos vasallos. ¿Y por qué ha de ser esto? ¿por qué el rey ha de deshacer lo que las leyes ordenan, lo que las leyes determinan? ¡ah! porque el rey es la ley: no señor, el rey no es la ley: la ley la hace el rey con el reino; no hay ley si no la aprueban las córtes y el rey no la sanciona y la promulga; y las córtes somos nosotros, los próceres, el brazo noble; el estado llano nos necesita y hace lo que nosotros queremos; no, no, señor rey: vuestra magestad no es la ley: la ley está sobre vuestra magestad: si nosotros no queremos elevar á ley una proposicion vuestra, no habrá ley: ¡ah! pero somos vasallos, somos cobardes: si yo dijese: amigos mios, hermanos mios, mis iguales, protestemos contra la tiranía, no se atreveria ninguno; temerian la cárcel perpétua, la confiscacion; ¡palaciegos, aduladores, cobardes! no, no, yo no le deshereda, no: seria inútil; la ley seria hollada, rota, escarnecida mi memoria: mi nieto seria un marquesillo ridículo, mitad luz, mitad sombra, manchado por la bastardía, á quien podia obligar el cuerpo colegiado de la nobleza á cruzar su blason con una banda negra de derecha á izquierda: ¡ah, infame Miguel! ¡maldito seas de Dios, tú, que manchas mi casa, tú, que asesinas á tu padre!

V.

El discurso del marqués hubiera sido sin duda mas largo á no ser porque la escitacion, la sofocacion, la bilis, le cortaron la palabra.

Para él, grande infatuado, que habia heredado toda la soberbia de su padre, y era mucho mas intransigente que él, el enlace de Miguel con una hija natural, con la nieta de un pescador gallego, era la desgracia de de las desgracias, la deshonra suprema que caia como una maldicion de Dios, sobre su casa.

Si aquella carta le hubiera anunciado la muerte de su hijo, le hubiera aterrado menos.

Es imposible formarse una idea exacta de lo que era el fanatismo gerárquico de aquellos buenos señores: no dudaban, no podian dudar de que desde *ab initio* existian las razas: para ellos era indudable que habia tres Adanes: un Adan rey; otro Adan noble y otro Adan plebeyo, siervo, despreciable, con el cual todo contacto que no fuese el del palo, era infame.

No comprendian que no podia existir la nobleza sin que empezase por un villano, por un plebeyo, por un siervo ennoblecido y por consecuencia emancipado por el rey, á causa de una accion heróica, cuando no de un bajo é infame servicio.

Confesar lo primero, era confesar la nobleza del alma, concedida por Dios: confesar lo segundo, era conceder la potestad real para crear nobleza en un plebeyo: esto hubiera sido atacar á la nobleza por su base.

El orgullo gerárquico habia sido envuelto ya por el fanatismo; no habia remedio: las genealogías se falsificaban por los reyes de armas para adular á los nobles y obtener una mayor recompensa, y todo noble descendia de un rey, y todo rey descendia de Noé; y no se remontaban hasta Adan, porque esto hubiera sido lo mismo que plantear el siguiente silogismo incontestable:

Los nobles descienden de Adan: Adan es el padre de todos los hombres: luego todos los hombres son iguales.

A Adan, por lo tanto, se le dejaba quieto, y se apelaba á Noé.

Se ha probado que Noé era noble de abolengo; ¿por qué era noble Noé? porque sí: bastaba que se conviniese en ello.

Para tener la seguridad de esto no hay mas que ver en la antesala de cualquier casa grande ese pergamino de tres metros de altura por dos de ancho, lleno completamente por un árbol genealógico, de cuyas ramas penden nombres escritos en espacios redondos, no mayores que medio duro, cada uno de los cuales contiene un nombre; y en el centro de cuyo árbol hay un escuson de treinta y dos cuarteles, y no de treinta mil, porque con los cuatro abolengos basta.

Asi está convenido y codificado y sancionado y dogmatizado, y consagrado de la manera mas séria y respetable que darse puede.

Pues bien; si en lo alto del árbol no está el nombre de Noé, indudablemente estará el de Sancho Abarca, ó el de Iñigo Arista, ó el de Wamba, si no ya el de Julio César, tanto dá, pero siempre tendremos á Noé, por aquello de que no ha habido rey que, segun los reyes de armas, no descienda de Noé.

Hubo un tiempo, en el siglo XVII, en que varió la moda y se hacia descender á los nobles de San José, lo cual era calumniar al buen santo, ó de Santa Ana, y no se atrevieron á decir que de la Vírgen María, porque la Inquisicion hubiera tomado cartas en el negocio, y hubiera quemado, con los papelotes, á los que con ellos se ennoblecian.

En casa del autor, cuando era muy jóven, hubo una cocinera que habia servido á una señora muy infatuada con su nobleza.

Cuando rezaba el rosario con sus criados, decia:

—«Santa María, parienta mia.»

Y los criados contestaban.

—Dios te salve María, parienta de usía.

Y esto, durante todo el rosario, porque aquella señora era muy piadosa y rezaba el rosario entero.

No sabemos por qué, los criados no duraban en aquella casa mas de ocho dias.

VI.

Pero estas cosas, de debajo de las cuales salta el ridículo repugnante de la vanidad estúpida cuando las toca, no ya la filosofía, sino el buen sentido, producian resultados muy sérios, tales como la situacion en que se encontraba el marqués de Campo-Nuño por el casamiento de su hijo.

Casamiento morgánico, por decirlo asi, insufrible, contra el cual era necesario hacer cuanto fuese posible hacer.

La vanidad ignorante y soberbia ha producido mas dramas, mas desventuras, mas horrores que el crímen.

Y todavía luchamos: esa reaccion que ruge bajo las grandes masas ilustradas, emancipadas, prepotentes, está envuelta en una dalmática de rey de armas.

La ley de desvinculacion ha herido á la nobleza; y la nobleza, vencida, irritada, impotente, mira osca á sus vencedores; se aisla, se se-

para de ellos; muere tísica, aburrida, entre la oscuridad que envuelve su ostentoso y blasonado lecho de agonía.

Las aristocracias de todo género, los ex-privilegiados de todo género, luchan en la sombra, pretendiendo estenderse, llenar el espacio, apagar la luz.

¡Ah! no; la industria, el trabajo, la division del capital; la economía política, la ciencia, avanzan invencibles; determinando una revolucion pacifica, gigantesca, que quebranta los grandes capitales y cura lentamente las supremas miserias.

La nobleza es la riqueza acumulada y sostenida y aumentada por la vinculacion.

Los hijos de los antiguos nobles subdividirán la hacienda paterna, que será vuelta á subdividir por los nietos, y pronto, muy pronto, la supremacia del capital acumulado habrá desaparecido: la igualdad posible será un hecho; los antiguos absurdos quedarán sumergidos en lo pasado, y nadie se acordará de ellos: habrán muerto todas las tiranías, y la humanidad habrá al fin llegado á su período de dignidad.

CAPITULO VI.

Ni la ley, ni Dios; el diablo.

I.

El marqués de Campo-Nuño, tuvo al fin delante de sí, respetuosamente sentado, y sombrero en mano, á su abogado consultor.

Le hizo leer la carta; le puso al corriente del negocio y esperó su dictámen.

El letrado, que era uno de estos que tienen la memoria á prueba de siglos, revolvió todo el derecho constituido en la parte que tenia relacion con el asunto; disertó largamente; probó que el marqués no podia desheredar á su hijo.

—¿Y qué medio hay para que yo deshérede á ese pillo?

—Uno solo, señor marqués, contestó el abogado; pruebe vuecencia que su hijo no es su hijo, y pleito concluido.

—¡Ah! ¿sí? dijo el marqués; pues me alegro: no tengo mas que confesar una falta mia, sacar un poco á la cara la vergüenza; revelar un secreto.

—¡Cómo! dijo con asombro el abogado, que tenia de hombre de bien todo lo que le faltaba de talento.

—Sí, sí señor; ese desventurado no es mi hijo.

—¡Señor marqués! esclamó severamente el abogado; cuenta con que

no arrastre á vuecencia la pasion á un estremo increible, incomprensible: cuenta no se esponga á vuecencia que Dios le haga un cargo terrible en el dia de su juicio...

—¡Cómo se entiende! esclamó rojo de vergüenza, mas que de cólera el marqués: ¿cómo se atreve usted á suponer?... basta; hágame usted el favor de salir; quiero estar solo.

—Bien, señor marqués; pero antes de dar un paso impremeditado, mi deber, á pesar de la cólera de vuecencia, me prescribe decirlo: consulte vuecencia con su confesor: esta consulta, mas que de un abogado, es de un ministro del Altísimo: guarde Dios á vuecencia.

Y el digno letrado salió.

II.

El marqués llamó á Sebastian.

Pero en vez de mandarle que fuese á buscar á su confesor, con arreglo al consejo de su abogado, le dijo:

—Tú debes conocer á algun pícaro, Sebastian.

—¡Yo! ¡que conozco yo pícaros, señor! yo no conozco á ningun pícaro, contestó Sebastian que creyó que se le echaba encima alguna tormenta.

Todo mayordomo tiene tan enferma la conciencia que cualquier cosa le asusta.

—Pues si tú no conoces á un pícaro, ó á muchos pícaros, contestó el marqués, conocerás á alguien que conozca un ciento; antes de dos horas necesito tener aquí á un bribon.

—Bien, señor; se buscará un bribon: se echará mano al primer hombre de mala facha que se encuentre por la calle.

—Bueno, bien, dijo el marqués, pero un bribon que deje conocer que alguna vez ha parecido persona decente ¿me entiendes? no vayas á traerme un pillo de chaqueta que al entrar saque con los ojos el plano de la casa.

—Bien, señor, vuecencia quiere un noble arruinado.

—Eso es, una cosa por ese estilo: ¿te acuerdas de mi hermano mayor?

—¡Pobre don Estéban! dijo Sebastian.

—¡Cómo, pícaro! ¡pobre don Estéban! ¿con que despues de haberme comido un tesoro, cuando ya me cerré á banda y no le dí ni un maravedí mas; porque no debia dárselo, no anduvo por todo Madrid con los codos

y los zapatos rotos diciendo á todo el mundo: miren ustedes como me tiene mi hermano el avaro marqués de Campo-Nuño; y enseñando un horrible garrote con el que decia me iba á romper la cabeza? ¿y te atrevés á decir delante de mí, pobre don Estéban, malvado? ¿No se le capitalizó la pension?... responde, no te estés asi con la boca abierta, ¿no fuiste tú: pillo, con ocho criados cargados de dinero, á llevárselo?

—Sí señor.

—¿No se le dieron dos millones de reales? responde, hombre, responde.

—Si señor.

—¿Tenia yo alguna necesidad de capitalizarle su pension? ¿gané algo en ello? ¿no se le capitalizó por el cinco por ciento?

—Si señor.

—¿Y cuánto tiempo le duró á don Estéban aquel dinero?

—El señor don Estéban tenia muchas deudas, señor.

—¿Y por qué tenia deudas?

—Era al fin, hermano de vuecencia; debia honrar á vuecencia; viviendo como correspondia á su rango, y con cinco mil duros, señor, no se puede ir muy lejos; vuecencia gasta cien mil.

—Oye, Sebastian, abusas, abusas de que te conozco desde que nací; te insolentas, te atreves á disputar conmigo.

—Dios me libre de disputar con vuecencia señor: es que conozco desde niño al señor don Estéban, á quien amaba mucho el señor marqués difunto, y yo le amo tambien: no lo puedo remediar.

—Pero ¿por qué diablos estamos hablando de mi hermano Estéban?

—Yo no lo sé, señor.

—¡Ah! sí, sí, sí, á propósito del mal hombre que necesito que me busques y que deseo sea asi, como era don Estéban cuando andaba con los codos rotos y el garrote.

—Bien, señor; ya sé lo que quiere vuecencia, y voy á buscarlo.

—Pues anda y procura volver pronto, dijo el marqués.

Sebastian salió con el semblante apretado, disgustado, escandalizado y diciendo en voz baja:

—¿Para qué querrá el señor que se le busque un pícaro? desde que se indispuso con el señorito, no tiene la cabeza sana: y la señora cada dia mas paralítica, y los otros dos hermanos enfermos; las desgracias llueven sobre esta casa: ¡cómo ha de ser! ¡lo quiere Dios! pero no se puede ver esto sin afligirse.

CAPITULO VII.

Juan Pulgon.

I.

Apenas atravesó Sebastian la plazuela de la Paja, y torció por un costado de la iglesia de San Andrés, se detuvo mirando con fijeza á un hombre que estaba recostado contra la pared de la iglesia tomando el sol.

Hacia un hermoso dia.

El hombre á quien observaba Sebastian tenia unos cincuenta años. En su semblante aparecia la espresion de una degradacion absoluta, pero bajo la cual podia adivinarse una fecha lejana, una historia anterior á aquella degradacion.

La educacion imprime carácter; hace generalmente la fisonomía.

Aquel hombre no era un ser vulgar.

Vestia bien sus harapos, y comia con cierta distincion, aunque con los dedos, un arenque asado que tenia en la mano izquierda sobre un pedazo de pan: un sombrero abollado, grasiento, roto en la copa, sombrero comprado tal vez á un trapero para sustituir otro peor, cubria su cabeza, dejándose ver una frente inteligente, pero con una inteligencia cínica; frente pálida, de color impuro, rugosa, bajo la cual se estendian unas cejas canas, pobladas, que se unian sobre una nariz fina, demacrada, astuta.

Bajo aquellas cejas relucian unos ojos de mirada inteligente que armonizaba con la espresion helada, digámoslo asi, de una boca de labios delgados y casi blancos.

Por último, á los dos lados de este semblante caian dos mechones de cabellos canos, pero con un cano impuro, del color del lino pasado, podrido; y su barba estaba larga como de no haberse afeitado en un mes: una corbata lustrosa en fuerza de vieja, convertido lo negro en pardo, y desfilachada, rodeaba su cuello flaco y largo, sobre un chaleco alto al que faltaban la mayor parte de los botones, cerrado con alfileres de una tela y de un color indefinibles: un pantalon roido en sus estremos, que alguna vez debió ser negro, con rodilleras recosidas, manchas y agujeros, bajo los cuales se veia otra tela: unos zapatones rotos y en chancleta; y como prenda principal, un leviton desforrado, rasgado, descosido, dobladas las mangas, para acortarlas, lo que demostraba que aquel leviton no se habia hecho para quien le vestia; hé aqui el traje y el aspecto general de nuestro hombre.

Su descripcion se completa con decir que era de una estatura regular, y sumamente delgado.

II.

Sebastian hubiera dicho eureka si hubiera sido griego; pero como no sabia mas que el español, dijo:

—Lo encontré.

Y se fué para aquel hombre.

—Supongo, amigo, dijo llegando á él, que no le vendria á usted mal ganar algun dinero.

El desarrapado se guardó el pan y el medio arenque que le quedaba en el bolsillo; se enderezó y dijo limpiándose la boca con la mano.

—¡Dinero! ¿y dónde hay dinero?

—Venga usted conmigo, dijo Sebastian.

Y echó á andar.

Aquella especie de mendigo le siguió.

Como la casa del marqués estaba cerca, llegaron en muy poco tiempo.

Sebastian se entró por el ancho portal y empezó á subir las escaleras.

El otro, que iba á alguna distancia de él, se dirigió tambien á las escaleras.



JUAN PULGON.

—¡Eh! ¿á dónde vas tú, perdido? dijo el portero; por ahí no se sube; aquí no se está; véte.

—Voy á donde me llevan, dijo aquel hombre fijando una mirada gris en el portero.

—Va conmigo, dijo Sebastian.

—Bueno, bien, dijo el portero: ¿quién será ese hombre? nunca ha subido un pelafustan tal por las escaleras principales.

De habitacion en habitacion, Sebastian llevó á aquel hombre hasta el gabinete donde estaba el marqués.

III.

—Señor, dijo, aquí traigo á un hombre que me ha parecido bien: yo no sé si será como vuecencia le quiere; en todo caso buscaré otro.

—Que pase, dijo el marqués.

Entró el harapiento; pero no pasó de la puerta, junto á la cual quedó sombrero en mano, mirando con estrañeza y con audacia al marqués.

—Adelanta, dijo éste.

Aquel hombre adelantó hasta el centro del gabinete, siempre bajo la profunda mirada del marqués.

—Ponte de perfil, dijo Campo-Nuño.

El desconocido se perfiló.

—Vuélvete de espaldas.

Se volvió el desconocido.

Los codos de las mangas de su levita estaban bastantemente rotos, y el descosido de la costura central llegaba hasta la mitad de su espalda.

—Perfectamente; dijo el marqués: Sebastian, vete, cierra la puerta del ante-gabinete y espera para abrir, cuando este llame.

—Mi amo está loco, murmuró saliendo Sebastian.

IV.

El desconocido continuaba de espaldas al marqués.

—Vuélvete, dijo éste.

Se volvió.

—Tú eres un pícaro, ¿no es esto? dijo el marqués.

—Todo el que viste y calza como yo, lo parece, escelentísimo señor, dijo inclinándose, aquel hombre.

—¿Te ha dicho ese hablador de Sebastian que debias darme tratamiento?

—No, señor escelentísimo; nada me ha dicho ese criado; pero vuecencia tiene la escelencia en el rostro.

—Eres un pillo.

—Gracias, escelentísimo señor.

—¿Cómo te llamas?

—Juan Pulgon, servidor de vuecencia.

—¡Hermoso apellido! dijo el marqués, Pulgon, ¡admirable! yo tuve un cocinero que se llamaba Hormigon, y un ayuda de cámara que se llamaba Plaston: Pulgon, muy bien, Miguel Pulgon, perfectamente.

—Me atrevo á observar á vuecencia que no me llamo Miguel, sino Juan.

—Miguel Pulgon, repitió el marqués.

V.

Juan Pulgon se puso pálido; se animó su mirada, brilló en ella algo que parecia noble, y dió un paso hácia el marqués.

—¿Tiene acaso vuecencia noticias de mi hijo Miguel? dijo.

—¡Cómo! ¿tienes tú un hijo que se llama Miguel? ¡diablo de casualidad! y dime, tunante, ¿por qué no te se perdió tu hijo cuando aun estaba en mantillas?

—Señor, veinte y seis años hace, no sé de él.

—¿Y qué edad tenia tu hijo cuando te se perdió?

—Tres dias.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¿tenia tres dias, hace veinte y seis años?

—Sí señor.

—¿Y no has vuelto á saber de él?

—No señor.

—¿Y por qué te se perdió tu hijo?

—¡Ah! una historia, una larga historia, una historia fastidiosa: el juego, la embriaguez, la miseria: una mujer hermosa y poco sufrida; un hombre rico que se lleva á la madre y al hijo; la justicia que no vé ni sabe, sino cuando se la paga, que no se mueve; lo desconocido, lo impenetrable; el silencio, el espacio, nada; solo, solo: el corazon lleno, sí, de hiel, de veneno; los bolsillos vacíos; profesion, cualquiera: hambre,

crímenes, disolucion, cárcel, presidio, infamia, vejez, desesperacion, abandono, mendicidad: hé aquí todo: he dicho á vuecencia el índice de mi historia: los títulos de los capítulos bastan: ¿para qué me quiere vuecencia?

—Véndeme tu hijo.

—¡Mi hijo! ¿pero dónde está mi hijo? era mi hijo, si señor, no tengo duda de ello: Carlota fue buena mientras fui rico, porque yo he sido rico: me amaba, ó creia que me amaba; sí, eso es, las mujeres creen amor la pasion, y eso es mentira; la pasion se apaga, se enfria como el hierro candente algun tiempo despues de haber salido de la fragua: el amor no muere, el amor es una virtud, yo la amo aun; debe estar vieja y fea si no se la ha llevado el diablo; no importa, yo la amo; la perdonaria; cuando se ama se perdona todo, todo, hasta el envenenamiento que nos cause la mano amada; somos muy débiles; no hay fuertes; esto depende de las circunstancias: el hombre no es otra cosa que una masa sensible, una masa dispuesta á amoldarse; si el molde es malo... no importa; una mano misteriosa, incontrastable, oprime sobre el molde la masa: yo lo sé muy bien; yo me he amoldado muchas veces, en muchos malos huecos, en huecos, cada uno de los cuales era una entrada del infierno: no importa; el hambre del corazon y el hambre del estómago me han llevado de la mano; estoy dispuesto á amoldarme, á cualquier cosa perversa, sí señor, sí; soy viejo, pero alimentadme, dadme un gergon en que dormir, una manta con qué cubrirme, y ya vereis lo que soy á los quince dias: débil de alma, fuerte de cuerpo: en tres dias, solo he comido medio arenque y un poco de pan; todavía me quedan algunos cuartos, nadie me da limosna porque uso levita y conservo cierto aire de persona decente: á un niño á quien su madre sin duda habia enviado por aceite á la tienda, porque llevaba en la mano la aceitera, se le cayeron dos reales; no sonaron; habian caido sobre lodo; los recogí cuando el niño pasó... ¿y por qué no? era una limosna que me enviaba la Providencia.

El marqués sacó de su bolsillo una gruesa bolsa y la arrojó á los pies de Juan Pulgon.

Este no se inclinó; es decir, no inclinó el cuerpo, pero sí una mirada ansiosa, entumecida, que devoraba la bolsa.

—¿Es eso otra limosna que la Providencia me envia? dijo Juan Pulgon.

—Recoge eso y véndeme tu hijo, respondió el marqués

Juan Pulgon se inclinó, recogió la bolsa y la metió con cierta dignidad en uno de los bolsillos de su pantalon.

La bolsa cayó por el pernil al suelo.

—¡Ah! me habia olvidado, dijo recogiéndola Juan Pulgon: será necesario que retenga esto en la mano; todos mis bolsillos están rotos.

—¿Pero me vendes tu hijo, ó no? dijo el marqués.

—¿Y para qué quiere vuecencia mi hijo?

—Para nada.

—No comprendo á vuecencia; pero supongo que vuecencia al saber mi nombre y el de mi hijo, habrá reconocido en mí al padre de una persona de la cual vuecencia tendrá sin duda noticias.

—Ninguna.

—Señor escelentísimo; me atrevo á repetir que no comprendo á vuecencia.

—¿Dónde nació tu hijo?

—En Madrid.

—¿Dónde fue bautizado?

—En la parroquia de San Sebastian.

—¿No consta que haya muerto?

—No señor.

—Vete, vístete decentemente y vuelve mañana.

—Señor escelentísimo, mi agradecimiento es inmenso, infinito, y será eterno.

—Vete, y vuelve mañana, si quieres salir de mi casa rico.

—¡Ah, escelentísimo señor! volveré: beso las manos á vuecencia.

Juan Pulgon salió.

CAPITULO VIII.

Un escribano.

I.

—¡Sebastian! ¡Sebastian! dijo el marqués.

Sebastian entró á poco.

—Búscame el escribano mas bribon que haya en Madrid, dijo el marqués.

—Entonces, no faltará uno, señor, dijo Sebastian: pero ¿para qué quiere vuecencia al escribano?

—Continúas abusando: me preguntas, ¡vete!

Sebastian salió diciendo para sí:

—Decididamente el señor está loco.

II.

Una hora despues, un hombre de fisonomía vulgar, pero astuta y maliciosa dentro de su vulgaridad, decentemente vestido de negro, se inclinaba sonriendo, y de una manera servil, ante el marqués.

Este le dijo, exabrupto, apenas quedaron solos.

—¿Por cuánto dinero consentiria usted en esponerse á ir á presidio?

El escribano se enderezó con la fuerza de una espada de Toledo cuando deja de oprimirla la mano que la cimbra.

—¿Que por cuanto dinero querria yo ir á presidio? dijo el escribano, mirando inquieto en torno suyo, y con el semblante mas serio del mundo.

—Eso he dicho, contestó friamente el marqués.

—¿Que por cuánto dinero querré ir yo á presidio? repitió de una manera mas solemne el escribano.

—Sí, eso es, por cuánto dinero.

—Esa pregunta es muy vaga, escelentísimo señor; se puede ir á presidio por dos años, por cuatro, por diez, por toda la vida: necesito saber de lo que se trata.

—Se trata de autorizar un documento ilegal.

—¡Ah! ¿de qué género?

—Siéntese usted y escriba: ahi, en mi mesa hay papel: asi nos entenderemos mejor.

El escribano se acercó á la mesa; dejó en ella su sombrero, se quitó los guantes de punto, blancos, que puso cuidadosamente sobre el ala del sombrero, y se sentó en el sillon blasonado del marqués.

—Escucho, escelentísimo señor.

III.

El marqués permaneció en silencio y profundamente meditabundo, durante algunos segundos.

Al fin dictó lo siguiente al escribano:

«Yo, Juan Pulgon, vecino de... de tal edad... casado, etc., declaro: que en el dia de hoy he vendido al escelentísimo señor marqués de Campo-Nuño, mi hijo Miguel, para que dicho señor, cuya esposa ha hecho conocer desde tiempo oportuno un estado de maternidad aparente, pueda hacer constar y aparecer como su hijo legítimo, á mi hijo Miguel, que le vendo.—He recibido por esta venta, doscientos mil reales.—Y para que el escelentísimo señor marqués de Campo-Nuño pueda probar cuando le convenga, que el dicho Miguel no es hijo suyo, firmo el presente documento en Madrid, á tres de setiembre de mil ochocientos tres, en presencia de un secretario de su magestad, escribano público, que dará fe:—Juan Pulgon.»

El marqués calló.

—¿Nada mas, escelentísimo señor? dijo el escribano.

—Ese es el negocio, contestó el marqués.

—Diez años de presidio, dijo el escribano con la seguridad de un inteligente.

—¿Cuánto? dijo el marqués.

—¡Diablo! escelentísimo señor; esto es grave; no se trata solamente del presidio, sino de la inhabilitacion: mi escribanía es muy rica de protocolos, produce mas de tres mil duros anuales.

—Un millon de reales, dijo el marqués.

—¡Un millon! ¡un millon! quien tiene un millon, no está mas que nominalmente en presidio: diez años... Ceuta... Melilla... el Peñon de la Gomera ó Alhucemas... ¡diablo! ¡diablo!

—¿Sí ó no?

—Sí.

—Mañana.

—Cuando vuecencia guste; pero debo advertir á vuecencia que le alcanzan tambien diez años de presidio como al Juan Pulgon que simula la venta.

—Yo no puedo ir á presidio, dijo el marqués.

—Sí, es cierto: respecto á vuecencia lo arreglarán con un destierro.

—Ese documento no aparecerá en juicio, estoy seguro de ello.

—¿Quién sabe, señor? además, soy un hombre honrado y debo advertir á vuecencia que este documento, como ilegal, no puede causar efecto alguno: que si ese don Miguel aparece legítimamente reconocido como hijo de vuecencia, por tal se le tendrá; en esto no cabe duda: será un escándalo inútil.

—Ese documento se hace para que le vea una sola persona: basta, hasta mañana; será usted avisado, adios.

—Beso las manos á vuecencia, contestó el escribano. Y salió.

CAPITULO IX.

La conciencia de un hermano, puesta al descubierto por la torpeza de un escribano.

I.

Apenas habia salido, el marqués lanzó una esclamacion de espanto.

—¡Ah! dijo, ese imbécil ha dejado sobre la mesa lo que ha escrito: yo no puedo levantarme, ni aunque me arrastrase podria llegar á la mesa: se acerca alguien: ¡ah! viene por el lado de las habitaciones interiores; no puede ser otro que alguno de mis hermanos: ¡oh Señor! esto es una desgracia; un secreto echado á la calle: ninguno de mis hermanos dejará de impedir... ¡ah! buenos dias, Pedro: ¿cómo estás? ven acá, acércate, tómame el pulso, tú pinchas algo en medicina.

—Voy, voy allá, Juan, dijo el conde de Valdehumos que acababa de entrar en el gabinete por una puerta que estaba detrás de la mesa de despacho del marqués: voy á escribir cuatro letras para que vayan al colegio por mi hija.

—No, ven al momento, dijo el marqués, me siento malo: no leas eso, te lo prohibo, soy tu hermano mayor, añadió el marqués viendo que su hermano habia tomado el papel escrito por el escribano.

—¡Prohibo! ¡y eres tú quien prohibes! dijo el conde presentando estendido el papel al marqués: ¡qué es esto!

—Bien, sí, dijo desesperado Campo-Nuño; eso es la copia de un documento.

—Por él, consta que has suplantado en tu familia un hijo.

—Sí.

—¿Y por qué has hecho eso?

—¿Por qué? ¿por qué? tú tienes la culpa.

—¿Yo?

—Sí: ¿quién diablos te mandó casarte con una pobre chica, persona decente, es cierto, pero de nobleza oscura?

—¡Ah! ya se vé, y como Margarita en tres años no te habia dado hijos, como temiste con razon no tenerlos, como María era una pobre... hija de un caballero que, sin embargo, no habia hecho sus pruebas, quisiste desheredarle: desheredar á mis hijos; sin embargo, ya sabes, nos indispusimos por aquel tiempo á causa de esto, es decir, á causa del disgusto con que tú habias visto mi casamiento con María, yo lo tomé muy de veras, y seis meses despues, su padre don Luis hizo sus pruebas y recibió la investidura del hábito de Calatrava.

—Nos reconciliamos Pedro; pero lo que yo habia hecho á causa de mi justa irritacion, ya no tenia remedio: era necesario dar un escándalo: sin embargo, yo no pensaba dejar de aclarar esto en mi testamento: se ha anticipado la hora; ese mal nacido, ese perverso, obedeciendo á los impulsos de su miserable sangre, ha contraido matrimonio con la nieta de un pescador; con una hija natural del difunto Casa-Bermeja.

—¡Oh! esclamó el conde de Valdehumos: hé ahí, hé ahi que nada puede vencer las propensiones de la sangre: el hijo de un padre que le vendió no podia ser mas que un miserable: esto es una enseñanza para los que creen que todo consiste en la educacion, en el ejemplo: mentira: ese muchacho ha sido admirablemente educado, no ha visto mas que ejemplos de dignidad en su casa, y sin embargo, su mala naturaleza ha prevalecido. ¿Y dónde está este documento, Juan?

—Mañana me traerán una copia, dijo el marqués.

—¿Y para qué?

—¿Para qué? lee esa carta, Pedro; léela y juzga si puedo tolerar por mas tiempo en mi familia á ese infame.

Y dió á Valdehumos la carta que le habia escrito Miguel.

—Esto es terrible, dijo como hablando consigo mismo Pedro de Fonseca.

II.

No sabemos lo que era terrible para el conde de Valdehumos; si el casamiento desigual de su sobrino, ó el violento estremo á que su soberbia gerárquica habia arrastrado al marqués.

Valdehumos no podia dudar de la legitimidad de Miguel.

Cierto es que cuando nació Miguel, el conde, á causa de su casamiento, que no habia satisfecho al marqués, estaba alejado de él; pero conocia demasiado á Margarita, para no tener la seguridad de que era incapaz de una superchería semejante.

¿Qué importaba esto, sin embargo?

La terrible cólera del marqués, arrojando de tal manera á su hijo de su familia, le favorecia.

El condado de Valdehumos era tan pobre, que Pedro de Fonseca, para tener trenes y servidumbre y buena mesa, se habia ido á vivir hacia mucho tiempo á casa de su hermano Juan, como Antonio, el otro hermano solteron, cuyo título era tambien muy pobre.

III.

Pedro hubiera podido hacer comprender á su hermano lo inconcebible, lo monstruoso, lo incalificable, lo criminal, lo infame de lo que hacia para castigar en su hijo la culpa de un enlace hecho por el amor, á despecho del orgullo, y para librar á su familia de una descendencia medio bastarda.

Tal vez el marqués, entregado á sí mismo, pasada la primera esplosion de cólera, no se hubiera atrevido á realizar aquella miserable infamia.

Amaba á Miguel con toda su alma; era su hijo único; estaba orgulloso de él: y por otra parte, el recuerdo de Enriqueta, de aquel ángel, á quien con tanto placer habia querido unir á su hijo cuando la creia igual suya, se hubiera levantado puro y fascinador en el alma del marqués, hubiera vencido su orgullo, y hubiera sobrevenido un perdon.

La casualidad habia enviado á un demonio para que escitase, para que mantuviese viva y terrible la cólera del marqués.

Empezaba á desarrollarse un drama sombrío.

IV.

Pedro de Fonseca no amaba á su hermano; dependia de él á causa de su pobreza, con una cólera sorda, encubierta, bajo la máscara repugnante de una refinada hipocresía de amor.

Juan de Fonseca era atrabiliario, estravagante, dominador por carácter, y por el disgusto continuo y acerbo en que le mantenia su mala fortuna, exasperado por la gota.

Se habia casado sin amor, por lo que se llama razon de estado, con Margarita de Cevallos, hija segunda del marqués de Aguilar.

A pesar de que Margarita era hermosa, jóven, pura y admirablemente educada, Campo-Nuño no pudo amarla, por mas que su conciencia le prescribiese el amor á su esposa.

Los sentimientos no se imponen.

Margarita tampoco amaba á su esposo; pero cumplia rígidamente con su deber; y por deber, por grandeza de alma, mentia un amor que no sentia á su esposo.

Margarita amaba con toda su alma á otro hombre, aterrándose con su amor; ocultándole, devorándole; enfermando; destruyéndose en aquella lucha terrible.

El hombre á quien Margarita amaba, era Estéban de Fonseca, hermano mayor, aunque natural, de Juan, que por aquel tiempo aun vivia en la casa paterna, y estaba muy lejos de ser, ni aun de pensar en ser lo que fue despues.

Estéban amaba tambien á Margarita antes de su casamiento con su hermano: aun antes de que este casamiento se proyectase.

Sin embargo, Estéban sabia demasiado que el marqués de Aguilar no daria su hija á un hijo natural, por mas que lo fuese del poderoso, influyente y riquísimo marqués de Campo-Nuño.

Guardó, pues, su amor en el mas profundo misterio; y cuando al morir su padre espresó á su hijo mayor legítimo su voluntad decidida de que se enlazase con Margarita, el corazon de Estéban se envenenó, y empezó á desarrollarse en él el gérmen de ódio hácia sus hermanos: la maldad á que debia entregarse mas adelante.

V.

Presenció, sin embargo, un año despues de la muerte de su padre, con apariencia tranquila y aun con una alegria admirablemente falsificada, el casamiento de su hermano Juan con Margarita.

Continuó todavía un año viviendo en la casa paterna; comiendo á la misma mesa que Juan y Margarita; devorando sus celos y su rabia, y enamorándose cada dia mas, con ese terrible amor que exacerba la desesperacion.

VI.

Hay algo indefinible, algo supremo que revela el mútuo amor de dos séres que se ven todos los dias y á todas horas, á pesar de que ellos creen guardar oculto aun para sí mismos su amor.

El marqués empezó á tener celos; pero unos celos vagos, como era vaga la causa que los determinaba.

Celos, que mas que en la razon se apoyaban en el instinto; que eran mas bien un sentimiento intuitivo que una prueba, por mas que la prueba se supusiese ligera.

Estos celos estaban combatidos en el corazon del marqués por el orgullo: y como el orgullo era la pasion culminante de Campo-Nuño, sofocaba aquellos celos; los desvanecia casi.

Sin embargo, los dos hermanos empezaron á odiarse, acabaron por no poderse resistir, y se separaron.

Estéban se fué á vivir con su madre, á la casa de la Plazuela de las Comendadoras, que tanto conocemos.

Cuando nació Miguel, pareció como que se modificaba, se amenguaba el ódio de Juan hácia Estéban, y le llamó, para que, como hermano mayor, aunque natural, asistiese con sus hermanos y con sus parientes al bautismo de Miguel.

Estéban asistió.

Acabada la ceremonia, dijo á Campo-Nuño, que feliz por el nacimiento de Miguel, le propuso volviese á la casa.

—Eso es imposible, Juan; no podemos resistirnos; acabaríamos por rompernos la cabeza; mejor estamos asi, lejos el uno del otro.

—Yo creia haber hecho bastante, dijo con altanería Juan: como quieras: vuélvete á tu mechinal en buen hora.

—Sí, eso es lo mejor, respondió Estéban.

Y se fué irritado y sombrío.

El funesto espectro de los celos ennegreció por un momento el alma del marqués; pero pasó.

Una falaz ilusion de amor hacia felices por entonces á los dos esposos.

Margarita creia amar al padre de su hijo.

El marqués, á la madre de aquella criatura, que al fin, tres años despues del casamiento habia venido á asegurarle que su título no pasaria á su hermano segundo, á quien no estimaba.

VII.

Pero aquella ilusion pasó.

Margarita amaba con delirio á Miguel; el marqués le amaba con locura.

Y sin embargo, el mutuo amor á su hijo no habia podido hacer que se amasen.

VIII.

La violencia del sentimiento; la ausencia de Estéban; la desesperacion fria que ni aun alcanzaba el consuelo de la queja, afectaron de tal manera el organismo de Margarita, que empezó á determinarse en ella la parálisis que al fin la postró por completo.

En el marqués se desarrolló el humor negro, y empezó á indicarse la gota.

Cuatro años despues del nacimiento de Miguel, Estéban escribió á su hermano, pidiendo le hiciese el favor de capitalizarle su pension.

El marqués convino en ello, y se entregaron dos millones á Estéban.

El último filamento que unia á Estéban y á Juan se habia roto.

IX.

Campo-Nuño acabó de hacerse completamente intratable; mas que intratable, aborrecible: desgraciado de una manera cruel, se habia con-

vertido en una ortiga que punzaba á todo el que se ponia en contacto con ella.

X.

Sus dos hermanos, Pedro y Antonio, le necesitaban: estaban supeditados á él, y le sufrian sonriendo; pero ocultando bajo su sonrisa un ódio concentrado.

Parecia como que pesaba una maldicion sobre aquella familia.

El interés y la vanidad la envenenaban.

Pedro se alegró del crímen que contra su hijo proyectaba Campo-Nuño, y en vez de combatirle valientemente cumpliendo con su deber, se hizo cómplice de él.

XI.

—Esta carta, dijo, merece lo que haces: si Miguel fuese digno de nuestro nombre, deberíamos respetar un hecho consumado; amarle, puesto que le habias adoptado; guardar este secreto en el fondo de nuestro corazon y sin violencia bajo nuestro amor; pero sufrir esta rebeldía al que no es nuestra sangre, seria demasiado: haces bien en arrojarle de tu familia como á un estraño; en decirle: no eres mi hijo, véte, me importa muy poco lo que has hecho: nada me une á tí.

XII.

El marqués de Campo-Nuño, cuya sobreescitacion no se habia calmado dándole tiempo para reflexionar, se sobreescitó mas y mas.

—¡Ah! sí, todo antes que el ridículo papel que nos veríamos obligados á hacer si aceptásemos ese enlace, esclamó; no es mi hijo, no; Dios me castiga por el despojo que intenté contra tí, contra tu familia; Dios no ha querido que Margarita y yo tuviésemos hijos; estaba irritado por tu enlace; siempre me fue antipática tu difunta mujer; no sucede lo mismo con Eugenia, con tu hija; es una admirable niña, aunque tiene ciertas ideas algo estravagantes, resabios del colegio de que se curará en casa: búscala un aya, sácala cuanto antes, yo la adopto porque ella será mi heredera, la casaremos; tú y yo vamos de viaje; la gota me amenaza; á tí tu aneurisma, á Antonio su asma; buenos estamos los tres: el dia menos pensado el uno tras el otro dejamos sola á Eugenia; á casarla, á casarla:

en cuanto á Miguel, yo arreglaré esto; le presentaré sencillamente los documentos que prueban su orígen y le daré un capital bastante para que se haga una renta de tres mil duros; al fin se ha llamado mi hijo, basta con que yo le quite el apellido que ilegítimamente lleva, sin que queramos que perezca; esto seria demasiado duro y sobre todo, vergonzoso para mí.

—Pero en fin, dijo Pedro, esa prueba que posees ¿es bastante?

—El escribano que otorgó ese documento dice que no.

—Es decir que si Miguel te pusiera pleito le ganaria.

—El escribano dice que sí.

—Entonces ese documento es inútil.

—No, porque Miguel no entablará un pleito; le conozco bien: huirá á esconderse donde no puedan verle los que le conocen, huirá avergonzado: ¡oh! ¡esto es terrible, terrible! añadió el marqués en quien iba operándose una reaccion en favor de Miguel; pero esa mujer sin nombre; esa mujer introduciendo en mi familia el apellido de un pescador gallego.

—Una familiota entera sobre nosotros, dijo incisivamente Pedro; oir á un canalla záfio llamar nieto á boca llena á un heredero de la casa Campo-Nuño; las tias, las primas, las comadres, innumerables, hambrientos, porque los pobres se multiplican de una manera espantosa; tú puedes hacer lo que quieras, ceder, ser débil; yo no abusaré del secreto que me has confiado, pero me separaré de tí; me llevaré á mi hija, puedo renunciar á la herencia que me corresponde, pero no puedo renunciar á mi dignidad; yo no alteraré ni sufriré que mi hija alterne con semejante canalla; respeto las debilidades del amor, pero por mi parte, me defiendo de ellas.

—Acabarias por irritarme, Pedro, si fuera posible que yo me irritase mas de lo que lo estoy; nada, nada, he sentenciado y mi sentencia se cumplirá; tengo razon, me sobra razon, no es mi hijo; ¡oh! ¡miserable! me asesina; yo no sobreviviré á esto, no, pero habré librado mi casa de la degradacion: déjame Pedro, déjame, necesito estar solo, ¿lo oyes? necesito estar solo: si permaneces aqui te haré, sin quererlo, blanco de mi cólera; me vuelvo loco; véte.

Pedro salió murmurando.

—¡Ah! ya no es tiempo de que retrocedas, tengo tu secreto sin tu responsabilidad; puedo pleitear sin que caiga sobre mí la terrible duda de que serás objeto, ni la mancha que sobre tí arroja ese terrible documento.

Pedro adelantaba lentamente hácia su habitacion.

Cuando entró en ella se arrojó en un sofá y siguió meditando.

—La conciencia, dijo, la conciencia; la costumbre: sacrifica su hijo y su corazon por una razon de clase: ese documento es infame, de todo punto infame: Juan no le ha proyectado sin duda, sino enloquecido por la cólera: ¡que Miguel no es su hijo! es cierto que cuando nació Miguel estaba yo alejado de mi hermano, y Antonio en sus posesiones de Estremadura; no pudimos asistir al alumbramiento de Margarita; pero Margarita es un ángel y no pudo prestarse á esa falsificacion, no; á mas estas cosas no se hacen sin la intervencion de muchas personas; la partera, las doncellas, los criados ;no, no; cuando estas cosas son ciertas, trascienden, y nada ha trascendido: ¿por qué habrá hecho esto mi hermano? ¡que no se sublevará Miguel contra esa declaracion absurda! ¿quién sabe? si entabla pleito, ¡oh! le ganará, le ganará; se habrá dado un escándalo inútil, del que habrá salido una causa criminal: puede ser, sin embargo, que el golpe aturda á Miguel; que crea cierta esa impostura, porque en el alma de Miguel no cabe la idea de un padre que se atreva á tanto; es necesario para esto un carácter tan terrible como el de mi hermano Juan; y bien, dejemos correr los sucesos; ¿por qué cerrar nuestras puertas á la fortuna que llama á ellas? mi hija... Dios... Dios ¿quién sabe, quién sabe si todo eso es verdad? Juan me aborrecia, habian pasado tres años despues de su casamiento sin que Dios le diese un hijo; no ha tenido ningun otro mas: Miguel no se parece ni á él ni á Margarita, ¿quién sabe, quién sabe? y luego, Dios nos manda mantener puro el lustre de nuestra familia: Miguel ha prescindido de todo; ha roto por todo con arreglo á las leyes del reino, podemos y debemos desheredarle ¿qué mas da?... un desheredamiento completo, un estrañamiento completo de la familia, esto es justo, él lo ha querido.

Llamaron entonces al conde de Valdehumos para la comida, se levantó, se fué al comedor y comió con muy buen apetito.

Luego fué á encerrarse con su hermano Juan y permaneció con él hasta muy entrada la noche.

CAPITULO X.

De cómo la soberbia sabe hacer tragedias.

I.

Quince dias despues, una silla de posta paraba á la puerta de la casa del marqués de Campo-Nuño.

Salió de ella Miguel, que dió la mano á Enriqueta para que bajase.

En los semblantes de ambos jóvenes brillaba la alegría.

Los habia llamado una carta del marqués de Campo-Nuño concebida en estos términos:

«Querido Miguel: He recibido tu carta y apruebo lo que has hecho. Has contraido un enlace digno de tí. Te espero con impaciencia. Ven con tu mujer.—Juan.»

Miguel encontró algo estraña esta carta; pero estaba acostumbrado á las rarezas de su padre.

—Yo no sé lo que veo en esa carta dijo Enriqueta, que me aterra vagamente: no te llama hijo, ni se llama tu padre.

—¡Ah! es que está enojado conmigo, dijo Miguel, y no quiere ceder de una vez: ya le desarmaremos á fuerza de amor.

Enriqueta acabó de perder el recelo, tal vez porque el recelo le aterraba demasiado: creyó al fin que el marqués cedia; que se sobreponia en él á su orgullo el amor de Miguel y bajo esta dulce impresion entraron ambos jóvenes en la casa del marqués.

Este los recibió con semblante frio: cuando Miguel fué á abrazarle le rechazó.

—¡Qué es esto! dijo Miguel retrocediendo y palideciendo de espanto.

—Esto, ¿qué es esto? dijo el marqués; ¿qué te importa á tí lo que sea? ¿no eres feliz? ¿no tienes á tu Enriqueta?

—¡Ah, señor! esclamó Enriqueta, ¿qué es esto? ¿qué desgracia me anuncia la manera con que usted nos recibe? ¡ah! ¡yo no queria, yo no queria arrastrarle á mi desgracia; pero le amaba, señor, le amaba; temí un acto de desesperacion, cedí; he hecho mal, he sido débil, lo conozco; me arrepiento; me separaré de él, no le volveré á ver mas; pero no le desherede usted, por Dios, señor!

Y se arrojó á los pies del marqués; asió sus manos y las cubrió de lágrimas.

Miguel adelantó rígido, pálido, trémulo; asió de un brazo á Enriqueta y la levantó.

—Antes que el padre, antes que la madre, antes que la familia, antes que el nombre, es la pura y casta compañera que Dios ha querido que amemos y que nos ame, que Dios nos ha confiado para que la hagamos feliz: no te humilles, no supliques, no llores por un título vano y por un poco de oro: vivirás de mi trabajo, de mi trabajo honrado.

—Sí, sí, bien; dijo el marqués que apenas podia hablar á causa de su cólera; perfectamente, has nacido para trabajar, para vivir con el sudor de tu frente, para arrastrarte sobre el polvo: ¡ah! ¿desprecias mi nombre? bien, no eres digno de él, no, me alegro: y yo dudaba, yo vacilaba; te has revelado contra mí cuando yo iba á levantar á tu mujer entre mis brazos: ¡canalla! ¡miserable! ¡asesino! ¡infame! no me hables, no, no quiero oir ni una sola palabra tuya: tú no tienes la culpa, no, pobre niña, no; yo no hablo contigo, no, yo no te dejaré perecer; has sido demasiado desgraciada: ¡que te mantendrá con su trabajo!... ¡con su trabajo! ¿y esto dice un hombre que se cree mi hijo?

—¡Señor, señor! esclamó Enriqueta viendo que una imprudente palabra del marqués hacia mas difícil la situacion.

—Sí, que se cree mi hijo, repitió el marqués.

—¿Qué es lo que estoy oyendo? dijo Miguel: ¡un hombre se atreve á la honra de mi madre, y ese hombre es mi padre, y no puedo decirle, mentís como un miserable!

—¡Ah, maldito! esclamó el marqués; ¡maldito, que me insultas,

cuando te crees mi hijo, sí, lo repito, cuando te crees mi hijo! ¡ah! ¡no, no, tú no eres mi hijo, fracmason infame, *negro* infame, que te revelas contra todo lo santo, lo noble y lo grande! ¡ah! sí, ¿qué son para tí republicano maldito, los ilustres títulos ganados con torrentes de sangre en servicio de Dios, del Rey y de la Patria? ¿qué es para tí un padre? vanidad lo uno, casualidad lo otro: ¿qué es para tí Dios? la nada; Dios no existe para vosotros, protervos, para vosotros no hay mas que Satanás: y ¿qué tiene que ver con esto mi esposa? ¿por qué la nombras? ¿quién eres tú, para llamarte su hijo? ¿crees tú posible que ella y yo hayamos producido un monstruo semejante?

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! esclamó Enriqueta, en tanto que un asombro terrible enmudecia á Miguel: usted se pone malo, señor; los ojos de usted se inyectan en sangre!...

—¡Oh padre, padre mio! esclamó Miguel arrojándose en los brazos del marqués.

Los ojos de éste irradiaron de una manera espantosa.

—¡Tu padre, tu padre yo! esclamó: ¿crees tú que yo sea tu padre? yo lo he creido tambien; yo te he amado... ¡ah, miserable! ¡me engañaba! mi hermano... ella... sí, si: eran verdad mis celos; no, no, tú no eres mi hijo.

El marqués temblaba: su rostro se enrojecia mas y mas; su mirada sangrienta devoraba á Miguel.

—¡Ah! te pareces á Estéban, esclamó, y rechazó á Miguel.

—Y bien, sí, dijo anticipándose á las palabras de Miguel, á las de Enriqueta; ¿á qué vacilar? ¿á qué dudar? yo habia resuelto resignarme, sufrir; te amaba todavía, me habia arrepentido, pero tú lo quieres, tú eres un monstruo; toma y lee; despues, véte.

Y dió un papel doblado á Miguel.

II.

Este le desdobló con ánsia.

Entre tanto Enriqueta acudia al marqués.

Su color rojo habia cedido, convirtiéndose en una blancura mate; sus ojos estaban inmóviles; sudaba; su respiracion dejaba oir un ronquido leve é insistente; parecia que se aletargaba.

Al mismo tiempo sonaron dos gritos: el uno terrible, semejante á un

rugido: el de Miguel: el otro agudo, espantoso, representando un terror infinito.

Miguel no se hizo cargo del grito de Enriqueta; tal habia sido su conmocion al leer el papel que el marqués le habia dado.

Arrugó aquel papel, le arrojó lejos de sí, y huyó diciendo al salir á Enriqueta:

—Sígueme, ven; ésta no es nuestra casa.

Y desapareció.

Enriqueta tiraba entre tanto, de una manera violenta, del cordon de una campanilla.

III.

Un hombre frio, impasible, apareció por la puerta situada detrás de la mesa de despacho del marqués.

Adelantó hasta Campo-Nuño y le miró.

—¡Muerto! dijo levantándose con los cabellos erizados de horror; ¡muerto!

—¡Muerto! esclamó Enriqueta.

—Sí, muerto por esto, dijo el conde de Valdehumos, recogiendo un papel arrugado que estaba á los pies del cadáver.

Enriqueta tomó aquel papel, le desarrugó y arrojó sobre él una mirada vaga, ansiosa.

Pero aquel papel cayó tambien de sus manos.

Por un momento permaneció con la cabeza inclinada sobre el pecho, doblegada por el dolor.

El conde de Valdehumos temblaba y llamaba al marqués que no podia responderle.

IV.

Habian acudido Cristóbal y Sebastian, y permanecian mudos, asombrados en la puerta

Al fin, Enriqueta alzó la cabeza, levantó los ojos al cielo, bajó luego su mirada hasta el cadáver, se acercó á él, le cerró los ojos y le besó en la frente murmurando:

—¡En nombre de tu hijo, padre mio!

Luego salió lenta, triste, apenada, llorando en silencio.

El conde recogió el papel, le dobló, le guardó y dijo á los criados.

—Mi hermano ha muerto.

CAPITULO XI.

Desterrado.

I.

Enriqueta encontró á Miguel que la esperaba dentro de la silla de posta.

La jóven entró mas muerta que viva en el carruaje, y no se atrevió á decir á Miguel: tu padre ha muerto.

Miguel bajó uno de los vidrios delanteros, y dijo al postillon:

—A una posada.

—¿A qué posada, señor? dijo con estrañeza el postillon que creia haber traido á Miguel á casa de su padre el marqués de Campo-Nuño.

—A cualquiera, contestó Miguel.

El postillon arreó el tiró y partió.

II.

—Nada me preguntas, Enriqueta, dijo Miguel con un acento y una espresion indefinibles.

—No, nada te pregunto porque lo sé todo.

—¡Todo!

—Sí, todo: tu tio, el conde de Valdehumos me ha hecho ver un papel horrible.

—¡Ah! sí, sí, no le bastaba desheredarme, no; era necesario mas, mas aun, la calumnia, el crímen: ¡oh! no importa, le perdono, Enriqueta, le perdono: le comprendo; su soberbia...

—¡Ah, sí, sí, dijo Enriqueta, perdónale con toda tu alma, Miguel, porque ha menester tu perdon.

—¡Pero mi padre! esclamó Miguel.

—Dios le mire con misericordia, contestó Enriqueta, cuyo amor no le permitia dar en aquel momento á Míguel la terrible noticia de la muerte de su padre.

—Pero tú serás valiente, Enriqueta, amor mio, esclamó Miguel; no es posible que mi padre se arrepienta de lo que ha hecho: su orgullo no le permitirá nunca que me perdone el haberme casado contigo: tú no echarás de menos una gran renta, un gran nombre ¿no es verdad?

—¡Ah, no! esclamó Enriqueta; con tu amor me basta para ser feliz.

—Trabajaré, sí, trabajaré; lejos de aquí; aquí no podemos permanecer, nos iremos á Francia; tenemos algun dinero, lo bastante para establecer en Burdeos una academia de lenguas: Burdeos es mas á propósito para esto que París; ¡oh, sí, viviremos cómodamente, en una casita pequeña engrandecida por nuestro amor, por nuestra felicidad! ¡ah! yo he sido un insensato en afligirme, en aterrarme: la sorpresa... el verme caer desde lo alto... ¡ah! no importa, soy jóven, yo me levantaré, yo me presentaré un dia á mi padre, rico lo bastante para ser feliz y le diré: usted no ha querido tenerme por hijo suyo; usted ha calumniado á mi madre; usted, cediendo á sus preocupaciones ha pretendido arrojar sobre su hijo un manto de infamia; no, eso no era posible; al hombre honrado no puede infamarle nadie, no: para ser respetado por los hombres no se necesita un nombre ilustre; lo que se necesita es inteligencia, actividad, probidad, dignidad: importa poco que no se sepa de dónde venimos, con tal de que se sepa á dónde vamos: el trabajo es una situacion respetable; el trabajo procura la felicidad modesta que nada empaña: para ser felices no es necesario ser ricos: el hombre honrado deja bastante herencia á sus hijos si los ha instruido, si los ha criado en la virtud y en la actividad: ni tú ni yo tenemos nombre, ¿qué importa? á los dos nos le han robado, ¿qué le hace? á nuestros hijos les bastará con el de tu honrado abuelo.

Enriqueta callaba y lloraba.

—¿Lloras aun? dijo Miguel, ¿es que no te resignas á nuestra situacion?

Esta duda se sobrepuso á todo en Enriqueta.

Antes que Miguel abrigase en su corazon una duda acerca de ella, prefirió revelarle la verdad de sus lágrimas.

—Lloro, dijo, porque... oye, Miguel; perdona á tu padre; perdónale porque Dios ha sido terrible, inexorable para él; perdónale y ámale, porque tu padre ha muerto.

—¡Muerto! ¡muerto! le he matado yo, yo que he sido tan soberbio como él.

Y se cubrió el rostro con las manos, y dejó caer la cabeza sobre las rodillas.

V.

De repente se levantó, se irguió, llevó la mano al cristal, como para dar una órden al postillon y luego retirando la mano y desplomándose otra vez dijo:

—¿A dónde queria yo ir? yo no tengo casa, yo no tengo padre: yo soy Miguel Pulgon.

Y soltó una carcajada de loco.

—¡Ah! sí, si yo volviera á mi casa; si yo quisiera abrazar el cadáver de mi padre, mi tio Pedro me diria presentándome ese papel horrible: ¿qué tienes tú que hacer aquí? ¿qué te importa nada de lo que sucede aquí? ¿qué hay de comun entre ese cadáver y tú? una falsificacion, una estafa social; sí, á mi tio Pedro le favorece lo que mi padre ha hecho en un momento de furor: ¡ah! él cedia, ¿te acuerdas, Enriqueta? pero cedia á su manera, ofendiéndote, dando rienda á su cólera, pronunciando palabras que no salian de su corazon, ni de su cabeza: ¡ oh! yo he sido un insensato; yo tambien me he dejado arrebatar por la cólera y por la soberbia: si yo hubiera sido humilde, si le hubiera suplicado... ¡ah! el padre hubiera triunfado del aristócrata; el corazon se hubiera sobrepuesto á las preocupaciones; nos hubiera tendido los brazos; no hubiera muerto; ocuparias tú el lugar que te corresponde.

Miguel se detuvo.

La escitacion le sofocaba, le cortaba la palabra; estaba jadeante, desencajado, pálido como un muerto, trémulo.

—Oye, Enriqueta, dijo despues de algunos momentos de descanso; yo puedo renunciar á todo, á todo, por el honor de mi padre; pero tú no

puedes, no debes renunciar á una gran posicion, que será un dia la posicion de tus hijos.

—¿Por qué esa pregunta, Miguel? dijo Enriqueta; ¿por qué esa pregunta en estos momentos terribles? sí, lo comprendo todo; tú puedes decir á tu tio: protesto de ese documento infame, le contradigo, apelo á las leyes, entablo un pleito que ganaré y que en nada me perjudicará; pero si hicieras esto, Miguel, mancharias la memoria de tu padre, te harias aparecer infame, sí, infame; porque lo que ha hecho arrastrado por su soberbia, es inaudito, increible: mi enlace contigo le volvia loco; sí, Miguel, nosotros debemos perdonarle y le perdonamos, pero el mundo no le perdonaria; defendiendo nuestro derecho, el de nuestros hijos, cubriríamos de oprobio la memoria de tu padre; no, Miguel, no, suframos, confiemos nuestra suerte á Dios; Dios ama á los que se sacrifican á su deber, y Dios nos protegerá; no hablemos mas de esto; estás devorado por el dolor, hablas porque temes concentrarte en tu dolor; llora y reza; recógete en tí mismo; lo que nos sucede es terrible.

VI.

En aquel momento la silla paró en la calle de Alcalá delante del parador de San Bruno.

Enriqueta y Miguel bajaron.

Entraron en uno de los negros aposentos del parador y mandaron subir á él su equipaje.

Quince dias permanecieron allí, ocultos sin ser visitados de nadie mas que de Ursula, de Pancracio y de Juan; esto es, de la familia adoptiva de Enriqueta.

Despues partieron para Francia.

2º tomo —

TERCERA PARTE.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

Dos camaradas.

I.

Han pasado cuatro años.

Estamos en 1833, en el mes de setiembre.

Era al oscurecer.

Un hombre pequeño, fuerte, ancho de hombros, levantado de pecho, como de cincuenta y cuatro años, con cabellos canos, largo bigote cano, ojos grandes, negros, terribles, de mirada en que la contrariedad del espíritu aparecia torva, dura, malévola; moreno hasta parecer bronceado, con ese moreno que deja conocer á primera vista que mas que el color natural es el curtimiento de la piel, á causa del sufrimiento de la intemperie de dia, de noche, á todas horas, vestido de una manera rara, con un leviton viejo, un sombrero de grandes alas, ajado y viejo, camisa no muy limpia ni muy fina, gran corbata de tela ordinaria, chaleco grande, verdoso, pantalon largo, remangado y alpargatas en los pies desnudos; sobre el hombro un garrote, en el garrote un morral casi vacío, es decir, muy poco voluminoso; este hombre, repetimos, se acercaba á la puerta

de Alcalá de Madrid con paso firme, rápido, que revelaba una agilidad y una fuerza un poco inverosímiles teniendo en cuenta su edad.

Este hombre era Estéban.

II.

Estéban volvia á Madrid, despues de ocho años de ausencia.

Habia salido de él, interesado en una conspiracion para proclamar la república en Cataluña con algunos otros locos en 1827.

Como saben todos los que conocen nuestra historia de aquel tiempo, aquella descabellada intentona fracasó, fueron presos muchos de los que tomaron parte en ella, se ajustició á los unos y se echó á presidio á los otros, no á los menos comprometidos, sino á los que contaron con alguna influencia cerca del rey.

El marqués de Campo-Nuño cumplió entonces con su deber y fue verdaderamente hermano de Estéban. Se fué á Palacio, vió al rey y le dijo:

—Señor: algunos insensatos, algunos desgraciados que no merecen el nombre de españoles, algunos traidores, en fin, indignos del paternal amor con que vuestra magestad ampara á sus leales vasallos, han osado revelarse contra vuestra magestad proclamando esa invencion maldita de la mas infernal de las soberbias, que llaman república: cien vidas que tuviera cada uno de esos malvados, de esos hijos espúreos de la patria, no bastarian para pagar su crímen; y sin embargo, señor, contra mi voluntad, contra el acrisolado é inestinguible amor que profeso á vuestra magestad, me arrojo á sus pies pidiéndole gracia para uno de esos miserables.

—Ya sé, ya sé, dijo el rey, que siempre lo sabia todo, se trata de tu hermano natural, Estéban, bien; vé á verte dentro de algunos dias con el ministro de Gracia y Justicia.

En resúmen, y gracias á los esfuerzos de todo género, del marqués de Campo-Nuño, se sentenció á muerte á Estéban; se consultó su indulto y se conmutó la pena en diez años de presidio con retencion; es decir, en cadena perpétua, en los presidios de Africa.

Se obtuvo aun, una nueva gracia; esto es, que Estéban permaneciese en la península, en el arsenal del Ferrol.

Pero no pudo conseguirse que fuese rebajado de los trabajos.



ESTEBAN



El marqués de Campo-Nuñó templó cuanto pudo su situacion, asignándole, aunque estaba irritadísimo contra él, treinta mil reales de renta vitalicia.

Estéban, gracias á este dinero que le permitia tener de su parte á los capataces, obtuvo alguna laxitud en lo material de su condena, y un dia dispensó á su hermano de pagarle la renta, matando al capataz que le acompañaba, de tal modo y con tal premeditacion, que nadie pudo atribuirle este asesinato, á pesar de que le habia cometido para fugarse, y se fugó.

Su rastro se perdió por completo.

Sin embargo, Estéban, durante cuatro años, no salió de Galicia.

III.

¿Qué habia hecho desde que encontró y abandonó á Miguel, hasta el momento en que le vemos aparecer en las puertas de Madrid?

Habia vivido como habia podido; prófugo, encubierto, forzando su astucia, siendo siempre el invisible bandido.

IV.

Pero contrajo Fernando VII matrimonio con María Cristina de Borbon.

La salud quebrantada del rey hacia esperar á los absolutistas netos; esto es, á los partidarios del infante don Cárlos, que el rey no tendria sucesion en su cuarta esposa.

Sin embargo, un dia, con terror de estos buenos absolutistas, apareció en la *Gaceta* la declaracion Oficial del embarazo de la reina, y el 10 de octubre de 1830, el cañon anunció que Fernando VII tenia un real descendiente.

Habia nacido la princesa María Isabel Luisa.

El rey comprendió perfectamente la situacion, vió aparecer la guerra civil, y se apresuró á promulgar el auto acordado de 1789 que derogaba la pragmática sancion de Felipe V, por la cual se escluia á las hembras de la sucesion á la corona.

Pragmática absurda, porque Felipe V fue rey de España por derecho de hembra, como descendiente de la infanta doña Ana de Austria;

y tiránica, porque derogaba las antiguas leyes del reino, con arreglo á las cuales habian ocupado el trono, como reinas propietarias, varias princesas, sin reinar las cuales, la corona de España no hubiera podido recaer en Felipe V, ni aun él mismo hubiera existido.

Ana de Austria no hubiera existido, probablemente tampoco, á no haber sido reinas propietarias doña Berenguela, doña Urraca, doña Isabel la Católica y doña Juana la Loca.

Los enlaces de estas princesas se hubieran trastrocado, y sabe Dios qué dinastías hubieran sobrevenido.

La pragmática sancion de Felipe V no fue otra cosa que la introduccion en España de la manera de suceder en el trono, con arreglo á las leyes francesas, y lo repetimos, fue absurda; porque moralmente Felipe V se destronaba; declaraba malo, inaplicable, pernicioso, el derecho que le habia traido al sólio español.

Aquello fue ceder á Luis XIV.

Las Córtes de 1789 lo comprendieron asi, y derogaron, como debian hacerlo, la pragmática sancion de Felipe V que establecia en España como ley del reino, una ley estranjera, contraria á las leyes seculares que llamaban al trono á las hembras á falta de varon: la Ley Sálica.

Fernando VII obró como debia obrar un rey y un padre. Promulgó el auto acordado de las Córtes de 1789 que derogaban la pragmática sancion de Felipe V.

¿Estaba en su derecho como rey y con arreglo á las leyes del reino? Sí.

En España las leyes se han hecho siempre por el rey con las Córtes del Reino.

El derecho de Cárlos IV para convocar Córtes y proponerlas la derogacion de la pragmática sancion de Felipe V, es incuestionable.

Fernando VII promulgó legítima y legalmente el auto acordado de las Córtes de 1789, en el pleno é incuestionable uso de su derecho, como rey, y en armonía con las leyes del Reino.

Felipe V no habia contado con las Córtes ni con nadie para hacer ley en España la Ley Sálica.

El derecho estaba salvado: era, como hemos dicho, incuestionable.

Pero quedaba en pie la cuestion política.

No era necesario ser muy sagaz para comprender que los ultra-realistas cuestionarian el derecho del infante don Cárlos á la corona, con las armas en la mano.

Cuando las cuestiones se llevan á este terreno, la razon calla y la fuerza decide.

Era necesario prepararse para una guerra encarnizada que debia empezar el dia que concluyese la vida del rey, cuya salud era precaria, y tal vez viviendo el rey.

Ya se habia intentado una rebelion á nombre de don Cárlos que Fernando habia apagado, acudiendo por sí mismo al lugar del incendio, y sofocándole con una energía estraordinaria.

No habia que perder un momento.

Era necesario preparar un ejército contra otro ejército, que ya se veia en la sombra.

¿Y dónde encontrar los soldados de este ejército? ¿dónde, sino en el partido liberal?

Era necesario llamarle, confiarle, arrojarse en sus brazos, rodear con sus espadas la cuna de la futura reina; darles un poco de libertad á cambio de una corona; transigir; bajar la cabeza bajo el peso de la idea prepotente, de la necesidad imperiosa.

En Fernando VII, el rey y el padre se unieron: el rey no podia querer que la corona saliese de su descendencia: el padre no podia desheredar á la hija.

El amor y la dignidad; el corazon y el orgullo; lo mas sagrado que puede sentir un hombre, liberalizaron á Fernando VII.

El patíbulo no volvió á levantarse para estrangular á los mártires de la idea, del gran principio del derecho comun.

Los que acá y allá estaban amenazados por el patíbulo, vieron con sorpresa que se aflojaban sus procesos, que se les daba largas, que el ensañamiento se templaba, que se les trataba mejor.

Por último, despues de haber dado á luz Cristina á la infanta doña María Luisa Fernanda, habiéndose agravado la situacion valetudinaria del rey, y perdídose la esperanza de un descendiente varon, Cristina, regente del Reino, durante una penosa enfermedad de Fernando, decretó la consoladora amnistía que llamaba á su patria á los proscriptos liberales y arrancaba de los calabozos y de los presidios otro gran número, y era aclamada por la nacion conmovida, madre de los españoles.

El fanatismo, la intolerancia, el servilismo, la infamia, el *absolutismo neto* rugió en el fondo de su antro y aguzó, sombrío, el puñal de la guerra civil.

V.

Hé aquí por qué volvia á Madrid Estéban de Fonseca: venia amnistiado.

En el momento en que se publicó el decreto se presentó á la autoridad superior de la Coruña, que le encarceló preventivamente y le declaró al fin comprendido en la amnistía con arreglo á espediente que se formó, y le espidió pasaporte para Madrid.

Pero antes de que pudiese llegar Estéban á Madrid, el superintendente de policía recibió una comunicacion por la que se le avisaba de que habia sido amnistiado y se le habia espedido pasaporte para Madrid, don Estéban de Fonseca y Otero, hijo natural del marqués de Campo-Nuño, comprometido en la conspiracion republicana de 1827, sentenciado á muerte, indultado por su magestad y fugado del presidio del Ferrol; no habiendo podido ser habido hasta que se presentó á reclamar ser comprendido en el decreto de amnistía.

La comunicacion concluia con esta línea:

«Es muy peligroso y debe ser vigilado.»

VI.

Estéban entró por la puerta de Alcalá, se deslizó á lo largo del Pósito y se detuvo de repente.

Le habia dado en las narices un olor á guiso.

—Mucho trasciende esa liebre para que no sea gato, dijo dilatando y contrayendo las ventanillas de sus anchas narices; el gato es un animal apreciable; se come los ratones que todo lo roen, y en caso de necesidad puede ser comido; no puede darse, pues, bicho mas útil; este huele admirablemente: devorémosle.

Y se entró en el figon, bajando para ello tres escalones.

Habia dentro algunos borrachos y una mujer obesa que iba y venia sin cesar, del mostrador al fogon, donde tenia sus pucheros y sus cazuelas; servia vino á los bebedores y acudia á sus guisos.

VII.

Estéban se sentó detrás de la puerta en un estrecho y largo banco, colocado entre la pared y una larga y estrecha mesa.

Una candileja de dos mecheros, colgada de la pared, con otra igual colgada en la pared opuesta, un belon sobre el mostrador y una vela de sebo sobre el fogon, era el alumbrado no *á giorno*, sino á crepúsculo.

Estéban puso su morral sobre el banco y dió un golpe con su garrote, que hizo volver azorada á la tabernera sobre la mesa:

—¿Cuánto vale ese gato? dijo Estéban, fijando su mirada incontrastable en la tabernera.

—¿Qué gato, señor? dijo ésta, ¡vaya un Dios, y qué cosas dicen estos *perdíos*! ¿quién le ha dicho á usted que aquí se venden gatos, alma mia? ¡y con pocos vientos que viene el señor!...

La tabernera se habia sulfurado, y con razon.

Aquel dia el gato era liebre.

—Usted perdone, señora, dijo Estéban, pero á gato huele la tal liebre.

—¿Ha estado usted en presidio, compañero, que tan bien conoce el olor del gato?

—Mucho que sí, por liberal, contestó Estéban.

Estas palabras hicieron rebullirse á un hombre que parecia dormido, en un rincon de la taberna.

—Vamos, liebre ó gato, dijo Estéban, no hay que andar con disputas, ¿cuánto vale?

—Seis reales, dijo con mal gesto y con mal acento la tabernera, porque supuso, tal era la facha de Estéban, que el capital de éste no podia llegar á cincuenta y un cuartos; y hasta cierto punto con razon por lo que se vió.

Estéban sacó del bolsillo un puñado de calderilla, revuelto con migajas de pan y de queso, y partículas de tabaco, contó y vió que su numerario ascendia á sesenta y ocho cuartos.

—¿Seis reales con pan?

—Pues se entiende, señor, dijo la tabernera, y con guindilla, si usted quiere.

—Cuente usted, dijo Estéban señalándola la calderilla.

La tabernera se acercó, contó, y dijo:

—Hay dos pesetas.

—Pues bueno, los dos reales que sobran, de vino.

—¿De cuál, del á de á seis ó del de á ocho?

—Del de á ocho: el cuarto que sobra, de propina.

—Gracias, rumboso: con parroquianos como usted, en tres dias coche; ¡vaya un re-Dios!

Esta última palabra demostraba que aunque la taberna no estaba en los barrios bajos, la tabernera era manola, hija por descendencia, de abuelo en abuelo, de Madrid, y de rompe y rasga.

VII.

A todo esto, los concurrentes de la taberna, incluso el que se habia movido al oir la calificacion de liberal que hacia de sí mismo Estéban, ni la tabernera, le habian visto el rostro: le tenia cubierto, por accidente, con el ala de su sombrero.

Solo aparecian por bajo de la sombra que el ala proyectaba, los largos bigotes blancos de Estéban.

Al mismo tiempo que la tabernera ponia sobre la mesa, sin mantel, una cazuela oblonga en que habia una liebre, una verdadera liebre con cabeza de tal, el hombre que hemos dicho parecia dormir en el rincon, se levantó, se acercó á Estéban y le dijo con voz seca, ahuecada, con esa voz caracteristica de las autoridades de medio pelo:

—La carta de seguridad.

—¿La carta de seguridad? dijo Estéban de una manera indiferente, sin levantar la cabeza y procurando trinchar la liebre con medio cuchillo y un tenedor de madera que le habia servido la tabernera: ¿la carta de seguridad? vaya una embajada: ¿la carta de seguridad? tú te has propuesto agriarme la cena, pero te equivocas; ó cenar conmigo; te equivocas tambien: traigo yo hambre atrasada y por siete: ¡ea! ¡lárgate!

—Como que tú no vas á darme de cenar á mí, dijo cambiando de tono el otro.

Estéban levantó la cabeza y miró al que le hablaba.

—¡Calla! dijo, ¡Juan Pulgon! ¿y eras tú el que me pedias la carta de seguridad, tunante?

Juan Pulgon se inclinó hácia Estéban y le dijo en voz baja.

—Soy de la policía.

—Pillo, sin vergüenza, esclamó Estéban.

—¿Qué quieres? dijo Juan Pulgon, sentándose; soy muy desgraciado; todo me sale mal; estoy ya viejo y hay que agarrarse á un clavo ardiendo: se vive medianamente; ya te diré; pero cena, hombre, cena.

—Cenemos, dijo Estéban.

—No tengo gana; contestó Juan Pulgon; he comido bien, con unos buenos mozos que por agradecimiento han echado el resto.

—Bebe á lo menos.

—Tampoco: desde que soy autoridad no bebo, sino en casa, cuando voy á acostarme: se hila muy delgado con nosotros y se nos trata á cara de perro, por miserables dos pesetas.

—Y los provechos ¿eh?

—Los provechos no nos los da el superintendente; nos los tomamos nosotros; eso no entra en cuenta: pero, de veras, ¿no tienes carta de seguridad, Estéban?

—No.

—La tendrás.

—Gracias: tengo, lo que es lo mismo, un pasaporte del corregidor de la Coruña.

—¿Llegas ahora?

—Sí.

—¿Y por dónde has andado? hace diez años que no nos vemos.

—Por el mundo, á salto de mata: me metí en aquello de 1827: nos trincaron; ahorcaron á quince ó veinte, ó los fusilaron, de todo hubo; á mí me olió el pescuezo á cáñamo, pero mi buen hermano, porque no hubiese un ahorcado en la familia, no sé cómo se compuso, que me indultaron y me echaron á presidio: me escapé y he andado por esos campos de Dios, comiendo yerba y escondiéndome en madrigueras como un conejo: Cristina nos ha dado la dedadita de miel, nos ha amnistiado, á nosotros los pícaros liberales, y aquí me tienes comprendido en la amnistía y con un pasaporte tan bueno y tan limpio como el que puede tener cualquiera otro ciudadano; sí señor, ciudadano, dijo Estéban con la boca llena, porque mientras hablaba devoraba, viendo que Juan Pulgon habia puesto mala cara á aquella palabra; ciudadano; un liberal no puede ser vasallo de nadie; acuérdate de lo que decia la Constitucion del 12: la nacion española no puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona.

—Hazme el favor de callarte y no hablar de Constitucion, si no quieres que vuelen mis dos pesetas: la cosa no está segura: se nos concede algo porque se nos necesita; pero hay que andarse con tiento, no nos deslomen de un estacazo, porque al darnos el pie nos tomemos la mano.

—Como quieras: ¿y qué te haces, Juan? ¡qué cambios los de la fortuna! en otro tiempo, dinero, consideracion, placeres, vida ancha y fácil: ¡bah, bah! si entonces nos hubiéramos visto tales como nos vemos ahora en un sueño... ¡la vida! no se pueden tener nervios, ni imaginacion, que es su consecuencia; el dinero se va como el agua de una cesta; se acaba, y entonces para encontrar un átomo de lo que hemos tirado, es necesario hacer cosas que no hubiéramos creido posibles: ¡bah! Juan, disfrazado bajo el indecente apodo de Pulgon; hemos sido unos estúpidos: no nos hemos acordado de buscarnos la vida, sino cuando nos ha sido imprescindible buscárnosla; no hemos previsto; se hacen mucho mejores negocios cuando se tiene dinero; se hacen los negocios grandes que á nada comprometen: ¡bah! no hablemos de esto: yo he enterrado muchos miles de duros; los he gastado en remover tierra, y he disipado otros tantos.

—Siempre tu mania, siempre tu tesoro; me acuerdo cuando me decias, especialmente los sábados, aunque te vieses obligado á dejar la compañía mas agradable. Adios, voy á pagar á mis minadores; son unos buenos chicos, á quienes daré algunos miles de duros cuando encuentre mi tesoro; pero nada me importa, porque entonces seré millonario: yo creia que ya te se habia pasado esa locura; que habrias comprendido que ese tesoro no era mas que una estafa de presidiario con la cual te habian sacado algunas onzas.

—No, dijo Estéban, la noticia de mi tesoro no ha salido de un presidio: esto no es un *entierro* de los que se da noticia desde Ceuta; no, hijo, no, es un verdadero tesoro que me cuesta ya mucho dinero; que ha gastado mi vida, mi actividad, pero que existe: puede ser que no le encuentre, pero existe, no tengas duda de ello; de diez y seis á veinte millones, Juan.

—Pero ¿dónde?

—¿Dónde, pícaro? ¿y me preguntas tú, donde está mi tesoro, imbécil? ¿y habia yo de decírtelo, polizonte? hablemos de otra cosa.

—De lo que quieras, Estéban: ¿qué piensas hacer?

—Partir por algun tiempo, mientras no tenga otro recurso, la mise-

ria de mi pobre madre; ¿qué querrás creer que ha dado el espléndido marqués de Campo-Nuño, al primer amor de su padre, á la pobre víctima sacrificada por su padre? ¿qué? asómbrate: un duro diario: esto, despues de que yo me troné completamente; desde que capitalicé mi pension para pagar deudas: ¡estúpido! yo creia que pagando aquellas deudas me abriria un crédito para contraerlas mayores: ¡quiá! los usureros tienen olfato de sabueso: supieron que habia capitalizado mi pension, y me cerraron su bolsa: desde entonces, mi difunto hermano Juan...

—¿Difunto? dijo Pulgon.

—Sí, murió hace cuatro años, el año 29, de un disgusto gordo que le dió su hijo Miguel: ¡pobre chico! todo su delito consistió en casarse democráticamente: yo supe esto en Galicia, por una casualidad; lo oí á unos viajeros en una posada de Padron: no me atreví á preguntar porque andaba yo á tras-manos, como desertor de presidio, y esta es la hora que no sé lo que ha sido de mi sobrino Miguel: él es la única esperanza que tengo en Madrid: le hice un buen servicio en Galicia, vive Dios; si no le conozco, muere: despues he tenido gran parte en que se case; pero en fin, esas son historias que no vienen á cuento: si el nuevo marqués de Campo-Nuño me desconoce, tendré que vivir de las dos pesetas de mi madre.

—¿Dos, ó cinco? dijo Juan Pulgon, que estaba profundamente pensativo.

—La pension se ha disminuido á causa de los usureros: se tomaron algunas cantidades sobre la pension, no han podido pagarse, y la pension sufre descuentos de descuentos: miserias, Juan, miserias: espero, sin embargo, que mi sobrino no se olvide de lo que me debe; además, soy un imbécil en dudar; poseo un secreto suyo; un secreto que es oro.

—Resígnate á vivir de las dos pesetas de tu madre, Estéban; no hay marqués de Campo-Nuño.

—¿Cómo? ¿ha muerto el pobre Miguel? ¿no ha dejado hijos? ¿ha heredado su título y su fortuna su prima Eugenia? porque creo que mi hermano Pedro ha muerto del aneurisma que padecia: pregunté á unos señores que ocupaban una silla de posta, mientras mudaban el tiro, y creo que me dijeron que habia muerto mi hermano Pedro de aneurisma, y que mi hermano Antonio se estaba muriendo de asma...

—El marquesado de Campo-Nuño, no tiene poseedor, dijo Pulgon, está en depósito: tu sobrino Miguel se ha perdido; no se sabe si está muer-

to ó vivo; no se tienen mas noticias de él sino que estuvo un momento en su casa, cabalmente en el que murió su padre de un ataque de apoplegía fulminante: se metió con su mujer en la misma silla de posta en que habia llegado, y se perdió.

—Esto me contraría, deshace todos mis proyectos: á saberlo, no hubiera yo venido á Madrid; en fin, paciencia, ya veremos: yo pensaba irme derecho casa de mi sobrino: me voy á mi casa: ¡pobre madre mia! ¡el único amor que me queda en el corazon! Adios, Juan, dijo levantándose ya nos veremos: te necesito: ¿dónde puedo verte?

—Voy á acompañarte, dijo Pulgon, tengo que decirte algo muy grave.

—Pues vamos, dijo Estéban.

Y tomando su morral y su garrote, salió con Pulgon de la taberna.

CAPITULO II.

La resurreccion de Ana.

I.

A la puerta de su casa, esto es, de la antigua casa de Lamprea, Estéban se despidió de Pulgon.

Durante el camino, que fue bastante largo, como que tuvieron que atravesar todo Madrid, Pulgon reveló á Estéban lo que sabia acerca de Miguel.

—¿Y cuánto te dieron por esa infamia? dijo Estéban.

—Diez mil duros, hijo, diez mil duros, contestó Pulgon.

—¿Y qué has hecho de ellos?

—¡Bah! los he perdido.

—Mentira, dijo Estéban; te conozco que mientes, en que me has contestado con demasiado aplomo; adivino lo que has hecho con esos diez mil duros.

—¿Qué?

—Los has empleado en contrabando: tú ya conocias esa profesion; á tí no te basta con esa cantidad para volver á tu antigua vida; quieres aumentar ese capitalejo; has gastado un poquillo de dinero para que te hagan polizonte, y has querido ser polizonte para esplotar tu empleo en favor de tu contrabando.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! eres un diablo Estéban, no hay medio de engañarte; es verdad, pero además del contrabando, he empleado mi dinero en otras industrias; siento no poder ofrecerte nada, porque estoy en compañía, que de otro modo...

—Oye, Juan; necesito diez mil reales.

—Imposible.

—Bien, muy-bien: diez mil reales por no contar tu historia al superintendente de policía.

—¡Diablo! esto es abusar, dijo de una manera demasiado séria Pulgon.

—No; esto es esplotar de la manera que se puede, lo que yo creia inesplotable; nada, hijo, nada; te necesito mañana, con esos diez mil reales.

—Te traeré cinco mil, y eso con mucho trabajo; pero convengamos en que cuando acabes con ese dinero, no me pidas mas á título de silencio acerca de mi vida, porque yo podria hablar algo acerca de la tuya, Estéban.

—Convenido; venga esa mano, y adios; tengo deseo de abrazar á mi madre.

—Y yo necesito ir á presentarme al subdelegado de policía para darle mi parte diario. Adios.

—Adios.

Pulgon se alejó y Estéban sacó de su bolsillo una llave con que abrió la puerta de su casa, como si solo hiciese algunas horas que faltaba de ella.

II.

Faltaba, sin embargo, hacia mas de seis años.

Al fugarse del presidio habia vuelto á Madrid; habia estado en él algunos dias, saliendo de noche y disfrazado; pero tuvo miedo de ser preso y se volvió á Galicia.

En sus montañas estaba seguro de que la policía no podia echarle el guante.

III.

Apenas habia entrado en el portal Estéban, y cerrado la puerta, cuando se oyó en lo alto de las escaleras una áspera voz de vieja que decia azorada:

—¿Qué es eso? ¿quién anda ahí? ¿quién es?

—Yo, vieja del diablo, Petra del infierno, contestó Estéban; asoma una luz á las escaleras para que yo no me rompa algo.

—¡Ah! es el señor, dijo la misma voz áspera.

Y se oyeron unos pasos que se arrastraban chancleteando, en lo alto de las escaleras, que se alejaron, que se perdieron, que volvieron á sonar y se acercaron trayendo el reflejo de una luz.

Estéban subió por aquellas escaleras, por las cuales se habia arrastrado tantas veces el sopista Lamprea.

En lo alto se encontró con una vieja larga y seca, con los cabellos blancos y el moño en la parte superior de la cabeza, con semblante de formas menudas, determinando en su conjunto algo que tenia una semejanza mista con el gato y el mochuelo, apergaminada, de color pálido mate impuro, semejante al de la cabritilla sin teñir; revuelto el pecho, hasta la cintura, en un pañolon ordinario, y el resto del cuerpo en una enagua que caia como hubiera podido caer alrededor de un palo, y que dejaba descubiertas dos canillas inverosímiles y unos pies largos y juanetudos envainados en dos chancletas de distinta forma y origen; la una debió haber sido una pantufla de terciopelo, la otra un zapato de cordoban, de lo que resultaba que el chancleteo de la tia Petra producia dos sonidos distintos; el uno venia á ser un roce, el otro un chasquido.

IV.

La tia Petra era gitana, por cuya razon tenia los ojos grandes, negros y hermosos; unos ojos fuertes y densos que parecian haber pertenecido á otro semblante y como un postizo inarmónico en aquel rostro, en el cual una constante mueca determinaba una caricatura continua.

Aquellos ojos relucian con un fulgor estraño, con una espresion de sorpresa, de alegría y de curiosidad, fijos en Estéban.

La ancha boca de Petra dejaba ver una sonrisa que parecia no podia aparecer tal como era en otra boca.

La tia Petra tenia por lo menos seis centímetros de boquera á boquera.

Su sonrisa dejaba ver una dentadura en muy buen estado; pero de dientes separados y agudos.

Al ver aquellos dientes se pensaba en un animal carnívoro; y sin em-

bargo, en aquella originalísima sonrisa había una marcada espresion de benevolencia: contradicciones de la fisonomía que echan abajo por completo los estudios de Lavater sobre la fisonomía.

V.

—Pues viene usted bien portado, señor, dijo la tia Petra; perfectamente, eso sí; no parece sino que ha ido usted á vestirse á las Américas viejas; y mas de un año sin escribir ¡válgame Dios! aquí se ha llorado mucho por usted.

—¿Cómo que se ha llorado? dijo Estéban; pues qué ¿mi madre llora?

—Si señor, vaya si llora; y habla.

—¡Qué dices, Petra! entonces mi madre ha resucitado.

—Si señor, habla, rie y llora, come bien y anda algo; esto sucedió despues de una tormenta que hubo muy grande; mire usted, en Madrid solo, cayeron cinco rayos; uno mató á un perro en la calle Mayor y otro á un fraile en las Vistillas: ¿qué diablos haria aquel fraile en las Vistillas á las diez de la noche? la verdad es que se lo encontraron al otro dia echo un carbon: al otro dia la pobrecita señora me dijo: ¿dónde está Estéban? hace mucho tiempo que no le veo: ¿dónde se ha ido? Figúrese usted, señor, si yo me sorprenderia: como que hace quince años que estoy en la casa, y hasta hace seis meses no he oido hablar á la señora.

VI.

—¡Petra, Petra! dijo desde el fondo de una habitacion inmediata una voz dulce y simpática: ¿con quién hablas?

—Allá voy, señora, allá voy, contestó Petra: y añadió dirigiéndose en voz baja, á Estéban: ¿qué digo á la señora?

—Nada, cualquier cosa, que soy un vecino; lo primero que te se ocurra: oye, ¿está todavía mi guitarra donde estaba?

—Sí, si señor; pero yo no sé si tendrá todas las cuerdas, aunque yo se las aflojé para que no saltaran.

—¡Petra! repitió la voz dulce, con alguna impaciencia.

—¡Allá voy, señora, allá voy! dijo Petra.

Y dejando su luz á Estéban, entró en la habitacion de donde habia salido la voz.

VII.

En un ancho sillon de paja, sobre almohadas, con otra almohada en el respaldo, habia una anciana: vestia completamente de negro, pero con decencia, y aun con lujo. En la cabeza tenia una cofia bajo cuyo negro color resaltaba el blanco, purísimo, el blanco de plata de unos cabellos ondeados y abundantes que se recogian en dos gruesas trenzas á los dos lados de un semblante blanco y pálido como el marfil. Sus magníficos ojos negros estaban completamente en armonía con el luto de aquella señora.

Y decimos señora, porque Ana conservaba su perfecto aspecto de dama, su actitud noble, su distincion, en una palabra.

En cuanto á su hermosura, se habia marchitado; pero aparecia aun de una manera enérgica, á pesar de la demacracion, de la palidez, del abatimiento, de la ausencia de toda espresion apasionada, de todos los movimientos del alma, producidos por la jûventud y por la esperanza.

Ana era una anciana hermosa, hermosísima, fuertemente simpática.

Su voz era jóven aun, fresca, sonora, armónica: al oirla sin verla, se hubiera supuesto á una jóven.

Pero aquella voz estaba timbrada por uno de esos dolores lentos, arraigados en el alma, que nada puede curar mas que la muerte.

Aquel timbre de tristeza, de dolor, de cansancio, de resignacion, todo á un tiempo, estaba en completa armonía con el luto del trage de Ana.

Este luto solo estaba roto por una magnífica sortija en que lucia un grueso brillante.

Aquella sortija, digámoslo de paso, fue puesta en la mano de Ana, por el marqués de Campo-Nuño, como un símbolo de fe, antes de que le perteneciese Ana.

Aquella sortija que entraba con trabajo en el dedo del corazon de la mano izquierda de Ana, cuando aquella mano era mórbida, en el momento en que presentamos de nuevo á Ana á nuestros lectores, estaba sujeta en su descarnado dedo, para que no se cayese, por un delgado cordon de pelo. Aquel pelo era de Estéban, cortado por su madre, cuando Estéban era niño. Aquel cordon de pelo era una protesta, un drama unido á aquella sortija.

VIII.

—¿Con quién hablabas, Petra? dijo con una marcada ansiedad Ana apenas entró en la sala su vieja sirviente.

—¿Con quién? vaya, con el zapatero de viejo de al lado: tiene que velar, se le ha acabado el aceite, no tiene dinero y ha venido á pedirme un poco de aceite.

—¡Pobre hombre! dijo Ana, ¿y has podido dárselo, Petra? nosotros no andamos muy bien, á pesar de que gastamos muy poco.

—¡Bah! estamos perfectamente, señora; no tenemos que pagar casa; usted y yo comemos como dos pájaros: con tres cuarterones de carne, tres guisos distintos, y nos sobra: la pension viene puntualmente: hace un siglo que estoy ahorrando la mitad de ella, y tenemos dos mil reales, ya lo sabe usted, porque yo soy muy clara y muy limpia, no quiero que los *mengues* me lleven, porque se me ensucien á mí las manos en intereses; y nos viene bien ese ahorro, porque si tuviéramos que dar de comer á algun huésped...

Se irguió la anciana y sus pálidas mejillas se tiñeron con un leve matiz rosado.

—Oye, Petra, dijo: eso del zapatero de viejo y del aceite, es mentira; es que temes que una agradable noticia me cause demasiada impresion: mi hijo está ahí, ¿no es verdad? le he sentido, no sé decirte cómo, pero le he sentido: dormia y me he despertado de repente; me he sentido alegre, me parecia que estaba cerca de mí: tú no has tenido amores ni hijos, Petra, y no sabes lo que es el corazon de una madre; y de una madre como yo...

IX.

En aquel momento sonó, proviniendo de una habitacion interior, el leve preludio de una guitarra.

—¡Estéban! ¡Estéban! ¡hijo mio, ven! esclamó Ana con voz sonora, estensa, conmovida, que no llegaba al grito, y que era perfectamente perceptible aun para una distancia mayor que aquella que separaba á Ana de Estéban.

Al mismo tiempo, como si hubiese recobrado todo el vigor de la ju-

ventud, Ana se habia puesto de pie y adelantaba, apoyándose en Petra, hácia la puerta.

Poco despues, apareció en la puerta Estéban.

Adelantó rápidamente hácia su madre; la abrazó, la levantó del suelo, como hubiera podido levantar á una niña; y la besó una y otra vez en la boca.

Luego, llevándola en peso, la sentó en su sillon.

—¡Oh! ¡qué felicidad, madre! esclamó; tú hablas, tú ves, tú comprendes, tú sientes.

—Sí, me dormí jóven y despierto vieja; y tú, tú, viejo tambien; no importa; tú eres siempre para mi aquel niño de ocho años, á quien no pude volver á besar, á hablar, á mirar desde entonces: ¡loca! ¡estúpida! convertida en materia, en materia pura; pero á pesar de esto, yo te reconocia, yo te amaba: ¡ah! tú vendrás á quedarte conmigo ¿no es verdad? no volverás á abandonarme; ¡ah! sufro mucho cuando no estás en casa; y han pasado muchos años sin que yo te vea, sin que yo te sienta; pero ya ves, he conocido el preludio de la cancion que tú tocabas cuando estabas aquí: tú creias que yo no sentía: era que una impotencia misteriosa me aniquilaba; que no podia espresar mi sentimiento; pero dentro de mí, corria silencioso un raudal de lágrimas: he sufrido un infierno sobre la tierra, un infierno horrible; ¡de cuántos años, Señor, de cuántos años! Dios debe haberme perdonado, porque ha quitado de sobre mí aquel espantoso sudario que envolvia mi razon, mi ser entero: he recordado al despertar, todo lo anterior al dia en que caí bajo aquel letargo: tú tenias trece años; acababa de morir la tercera mujer del marqués de Campo-Nuño; dicen que la envenenaron, que murió dando unos gritos espantosos.

—Y bien, ¿qué importa, dijo Estéban notando que su madre se estremecia, morir de esta ó de la otra manera? tanto da.

—Para el que muere, sí, dijo Ana; la muerte concluye todos los sufrimientos; para el que mata, no: el grito de agonía de su víctima, resuena siempre en su oido.

—Gracias á Dios, madre, dijo Estéban, nosotros no hemos matado á nadie.

—Gracias á Dios, dijo Ana, dando á aquellas palabras el acento de un triste y profundo suspiro; he recordado la muerte de la última esposa del difunto marqués de Campo-Nuño, como un hecho que precedió á mi locura.

—Siempre está, la señora pensando en cosas tristes, dijo Petra, que con la confianza de todas las criadas viejas que han servido mucho tiempo á sus amos, habia permanecido en la sala y se habia sentado en el suelo.

—A propósito, dijo Estéban; la tristeza y la alegría, todo á un tiempo, me han conmovido demasiado: tráeme una vinagrada, Petra.

Petra se levantó, y cuando hubo salido de la sala murmuró.

—No se atreve á decirme que me vaya y me echa con el achaque de la vinagrada; me parece que la señora no se sofoca por nada; pues bien, cuando se beba el vinagre, me marcho; no doy yo lugar á que me echen; ¡y yo que estaba allí con tan buen corazon!... al fin los amos son amos.

CAPITULO III.

La madre y el hijo.

I.

Cuando Estéban hubo bebido la vinagrada, se quedó solo con su madre.

Petra, herida en su dignidad, se habia retirado magestuosamente.

—¿Qué edad tienes? dímelo; dijo Ana.

—Cincuenta y cuatro años, madre.

—¡Cuarenta años de infierno! dijo Ana; ¡cuarenta años horribles! debe causarte estrañeza que yo te haya reconocido: ¡ah! es que yo te he visto durante ese largo período de sufrimiento, de inercia; te he visto, no siempre, á largas temporadas, primero te habian sacado de casa, no vivias conmigo, pero venias á verme todos los dias por la noche; me parecias rico, vestías con lujo: pasó asi mucho tiempo: luego, en otro mucho tiempo no te ví: volviste un dia y me abrazaste, me besaste; gemiste: yo oia tus gemidos, yo sentia tus lágrimas sobre mi semblante: ¿qué hacia yo entonces, Estéban?

—Exhalabas sonidos inarticulados, como los de un niño que quiere hablar y aun no sabe: te estremecias, me mirabas de una manera vaga, como si no me reconocieses; temblaban tus párpados: yo comprendia que tenias necesidad de llorar y no podias llorar,

—¡Oh! yo te reconocia, sí, yo te reconocia; pero tú no podias conocer en mis ojos inertes que yo te reconocia.

—Yo veia en tí un cadáver viviente; me estremecia de dolor y de rabia, y la memoria de mi padre se revolvia en mi pensamiento envuelta en un torbellino de odio; crecia el aborrecimiento que tenia á mis hermanos: ellos eran el resultado del infame robo que á los dos se nos habia hecho por su padre.

—Dejemos en paz á los muertos, dijo Ana, no los evoquemos; ellos son demasiado crueles, y se nos presentan incesantemente sin que los evoquemos: ¡las tres!... ¡las tres!... pálidas, lívidas, terribles, acusadoras, irritadas, las estoy viendo siempre: las maté yo, yo: los criados se venden: si yo fuese rica, si tuviese enemigos y no quisiese morir, no tendria cocinero, comeria en cualquier parte, en cualquier figon que encontrase al paso, y nunca dos veces seguidas en un mismo figon: lo mejor es no tener enemigos, enemigos terribles que tienen en el corazon la poderosa sangre de una raza maldita: un enemigo asi mata: si un cocinero les es inútil, no falta nunca un miserable que venda su puñal: yo las maté: las aborrecia; ellas no tenian la culpa; pero el hombre que yo adoraba las amaba... ¿pero tú no sabias esto, no es verdad? yo no he debido decírtelo; mi cabeza está muy débil; yo no he debido hacerte horrorizar de tu madre.

—Yo he matado tambien, dijo Estéban, y he matado sin odio, á personas á quienes veia por la primera vez y para que no pudiesen verme mas.

—¡Tú! ¿qué tú has matado tambien, Estéban? dijo con terror Ana; ¿tú? y ¿por qué?

—He matado para vivir.

—¡Para vivir!

—Sí, para vivir: ¿qué habia yo de hacer, fugitivo, obligado á ocultarme, desertor de presidio?

—¡Tú en presidio! ¿y por qué?

—Porque acometí á la tiranía; porque me levanté aclamando la república con las armas en la mano, víctima del privilegio, de la soberbia; porque protesté contra la tiranía, contra los nobles, contra todos los absurdos, contra todas las infamias; ¿qué habia yo de hacer, hijo robado, hijo desheredado por la insolente soberbia de un noble que creyó indigna de ser su esposa á mi madre? ¿qué podia ser yo mas que el estremo opuesto de lo que eran mis hermanos, que llevaban un nombre

legítimo, mientras yo le llevaba estraño; que me miraban de alto á bajo, me dispensaban la alta honra de llamarme hermano, y me reducian á unos alimentos mezquinos? me han visto pobre, miserable, lleno de afan, y me han rechazado: yo he visto á mi madre loca, y he roto por todo; yo buscaba un dia anhelado en que pudiera decir á esos aristócratas, pálidos de espanto: No hay superiores ni inferiores, no hay amos y esclavos, no hay mas que hombres. Y por ahora, eso es mentira; todavía no hay hombres; todavía se sufre pacientemente una condicion servil: los siervos no son otra cosa que animales de carga, un poco mas inteligentes que los cuadrúpedos: diez ó doce mil de esos animales de dos pies nos acometieron, nos cercaron, nos vencieron, porque tenian la superioridad de la fuerza bruta: de nosotros, los unos fueron esterminados, los otros arrojados al presidio, al grillete, al trabajo infame: yo rompí mi grillete, salté sobre un cadáver y huí; tuve hambre y robé; para que no se me conociese por ladron, maté: ¿acaso el lobo es criminal porque devora? yo me encontraba en la situacion de un lobo, y fui semejante á un lobo; destruí para no perecer.

—¡Nuestro destino! ¡el destino de nuestra familia! dijo profundamente Ana; yo habia creido que mi hijo se salvaria, y mi hijo se ha perdido tambien.

—Casualidad.

—No, la fatalidad.

—¡La fatalidad! la fatalidad seria algo; ¡la fatalidad! yo no creo en nada; en nada; el acaso, y no mas que el acaso: yo era noble, puro, sencillo y generoso á mis veinte años: amé á una mujer, me amó ella; la amo aun, y ella sin duda me ama todavía: esa mujer está paralítica, como tu has estado loca: si yo hubiera sido el escelentísimo señor, Margarita hubiera sido mi esposa; no era mas que hijo natural de Campo-Nuño, y ni aun me atreví á decir á Margarita; yo te amo: me la robó mi hermano Juan, me robó mi amor como mi padre me habia robado mi nombre, y mi alma se ennegreció: ¿por qué de bueno me convertí en malo? ó por mejor decir, que yo no creo ni en lo malo ni en lo bueno: ¿por qué de dulce me convertí en acre, de afable en violento, de inofensivo en destructor? porque una casualidad maldita hizo que mi hermano Juan se enamorase de la mujer á quien yo adoraba... ¡ah! no, todo es hijo del acaso, y de aquí la inarmonía, los absurdos que se ven, se sienten, se tocan por todas partes.

—¡Dios! ¡Dios! ¡siempre Dios! dijo Ana inclinándose sobre Estéban y pronunciando estas palabras en voz baja y con acento sobrenatural: Dios, siempre justo, produciendo siempre, permitiendo siempre lo invariable, lo inmutable, lo incontrastable, lo que no puede dejar de ser; Dios, que si ha permitido que el hombre aliente en su corazon la enemistad, la crueldad, la impiedad, el crímen, ha puesto tambien en su corazon el remordimiento que le corroe, el remordimiento que enloquece, que mata; ha llenado para todos los hermanos de Cain de gemidos horribles el silencio, de espectros la sombra; de visiones terroríficas el sueño: ¡Dios, Dios, y no mas que Dios!

II.

—Bien, Dios ó el acaso, ó lo incomprensible, tanto me da: yo creo en lo que toco, y todo lo que toco es malo: el hombre no se hace á sí mismo, le hacen los sucesos, y los sucesos nunca están en armonía con los deseos, con las necesidades, con la naturaleza, con la educacion del hombre: yo no puedo tener remordimiento alguno de lo que he hecho, porque no lo he hecho yo; lo ha hecho la necesidad.

—Esto es, la fatalidad, dijo Ana, que como sabemos era docta, á causa de la enseñanza que habia debido á Lamprea, la fatalidad; pero ¿á qué perdernos en una disputa que no podemos llevar á una demostracion, Estéban? la inteligencia del hombre es relativa, y Dios es absoluto: no podemos ver y necesitamos creer: yo creo, cree tú tambien: pero entremos en lo relativo: tu situacion es lo que mas me interesa; lo que has hecho no tiene remedio; lo siento porque te amo como tú no puedes figurarte; porque veo que yo soy la causa de todas tus desgracias; porque sin mi amor insensato, sin mi egoista debilidad, no existirias: ¿estás perseguido, Estéban? ¿te amenaza la ley?

—No, madre mia, he sido amnistiado.

—¡Amnistiado! es decir, que no tienes que ocultarte.

—No.

—Tu has cometido el crímen por necesidad ¿no es esto?

—Sí, madre mia, por necesidad, por no perecer.

—¿Y si fueras rico, Estéban?

—¡Rico!

—Sí, muy rico: veinte millones.

—¡Ah! el tesoro, el tesoro de mi abuelo.

—¿Quién te ha dicho eso, Estéban? yo guardaba ese secreto para revelártelo cuando fueses hombre: ¿de qué tesoro hablas?

—De uno que está sepultado bajo un hundimiento, en los subterráneos á donde se penetra por esta casa.

—Sí, eso es; pero mi abuelo me dió antes de morir, el secreto, los planos y los apuntes que indicaban próximamente el lugar donde se encuentra el tesoro: yo no te lo he dicho, ¿quién te lo ha revelado?

—Cuando perdiste la razon, madre mia, quise saber el secreto que guardabas en aquella antigua papelera (Estéban señaló al mueble que estaba al fondo de la sala): habia yo notado que tú jamás abandonabas las llaves, acuérdate; te las habia pedido alguna vez, y siempre me las habias negado alegando un pretesto cualquiera: yo que te amaba con toda mi alma, no insistia por no disgustarte; pero aunque niño, comprendia que lo que tú recatabas de tu hijo no era dinero; supuse, creí que lo que guardabas era un secreto importante, algo que nos concernía á tí y á mí, que podia influir en nuestra suerte; perdóname madre, cuando yo con un profundo dolor te vi loca, insensible, con una vida puramente material, por interés tuyo, mas que por interés mio, quise sorprender aquel secreto: te tomé las llaves, abrí la papelera, registré y nada hallé, nada mas que algun dinero y algunas joyas; no, no era aquello lo que tú habias recatado de mí: reconocí con suma atencion la papelera, y hallé por fin midiendo los cajones y el grueso de sus tablas, que una de ellas tenia un doble fondo: una vez conocido esto, no me fue difícil abrir aquel doble fondo, y encontré los planos, las instrucciones, la revelacion entera, detallada, minuciosa, del lugar en que el tesoro se encontraba: á la noche siguiente estaba yo en los subterráneos: despues hice unir á la pared el antiguo armario, la antigua puerta secreta, y aun está ahí; pero investigando he encontrado otra entrada mejor, por el pozo del jardin: los planos y las noticias las dejé en el mismo sitio donde las habia encontrado; no las necesitaba ya.

—Es verdad; cuando hace un año recobré mi razon, acudí al secreto de la papelera, ansiosa, temiendo me hubiesen robado mi tesoro; allí encontré esos papeles.

—Veinte años, en largos períodos, he trabajado algunas horas, durante todas las noches; me he valido de una brújula; he estudiado de dia cuanto necesita saber un ingeniero; he gastado mi pension, mi fortuna, empleando cuadrillas de hombres de mal vivir, perseguidos por la justi-

cia, á los cuales pagaba bien y de cuya fidelidad estaba seguro, porque no sabian á dónde venian: yo los introducia por otra casa; por una casa donde, segun el escrito que habia dejado mi abuelo Lamprea, habia vivido él algun tiempo: todos ellos atravesaban la larga ramificacion subterránea con los ojos vendados, atravesando un laberinto; yo tenia la seguridad de que si intentaban robarme, si sorprendian la entrada del laberinto, se perderian en él: este trabajo, como ya te he dicho, ha agotado mis recursos, me ha reducido á la indigencia, me ha hecho un hombre de mal género, jugador de mala fe, consejero de ladrones...

—¡Oh, Dios mio, calla!...

—Todo por tí, madre, todo por tí: yo queria ser rico para escitar la ciencia en favor tuyo á fuerza de oro; queria ser rico para vengarme de mis hermanos, irritándoles con mi fausto: mi amor, mi único amor, mi eterno pensamiento ha sido ese tesoro; yo no podia amar á una mujer; habia gastado todo mi amor en Margarita; la amé, la adoré, la perdí, y aun la adoro: esos veinte millones, sí, esos veinte millones han sido el amor que ha puesto en juego toda mi actividad.

—¡Avaro como tu abuelo!...

—No, avaro no, conocedor de lo que el oro vale; tened oro y lo teneis todo; con oro yo saltaria por cima de lo ilegítimo de mi orígen, pagaria el favor del rey á los miserables cortesanos que sobre él influyen: soy hijo de Campo-Nuño; con veinte millones yo seria creado duque y grande de España, obteniendo una legitimacion del rey: yo desprecio la nobleza de raza, pero los demás no la desprecian, se doblegan ante ella: aun estamos muy lejos de lo que será porque debe ser: no quiero ser mártir, mártir de una idea para el triunfo de la cual no contribuiria de ningun modo el sacrificio aislado de un pobre diablo: yo soy demócrata, pero los demás no lo son.

—Tú no eres demócrata, dijo Ana; tú eres enemigo de la aristocracia, porque la aristocracia te ha despreciado; porque siendo el hijo primogénito de un grande, te has visto pospuesto á tu hermano segundo, por una razon de ilegitimidad; porque tus hermanos te han dispensado el amor y la consideracion de la misericordia y del deber; porque te han mirado desde lo alto, y te han obligado á mirarles desde abajo, á tí, su hermano mayor: has comprendido lo absurdo de los privilegios al ser víctima de los privilegios, pero no has sido, no eres demócrata por razon: eres demócrata por egoismo, por soberbia, por odio; eres enemigo na-

tural de la aristocracia, y debes ser y eres necesariamente demócrata, pero demócrata de circunstancias, demócrata á la fuerza; tú lo has dicho: saltaré por cima de mi ilegitimidad: me haré crear duque y grande, porque tendré un millon de renta el dia en que encuentre esos veinte millones acumulados por el crímen: muchos grandes no tienen un millon, y sin embargo, mantienen el esplendor de su rango: no, tu democracia no es la santa democracia del Evangelio, no; no es la democracia de la caridad, de la fraternidad universal; no es esa democracia que debiera reflejar en la tierra la igualdad de todos los hombres ante Dios: esa igualdad que no ha podido destruir el privilegio, porque Dios es la eterna justicia, la justicia inmutable, y ante la justicia no existe el privilegio; el poderoso infame será condenado como el infame miserable; el justo pobre será premiado como el justo rico: ¡ah! Dios; Dios impulsa la humanidad hácia su destino; un dia, esto es indudable, la justicia del cielo resplandecerá en la tierra: los hombres, si por sus pasiones no son hermanos, serán iguales por su derecho: el hombre nace libre, y Dios lleva á la humanidad hácia la libertad por el camino de la espiacion y del martirio, guiada por la ciencia: no; la democracia no existe ni puede existir mientras haya hombres que se llamen demócratas: el dia de la luz no habrá demócratas ni aristócratas; no habrá mayor ni menor, ni señor ni siervo; no habrá mas que hombres; hombres, sí; ser hombre es la mayor categoría á que el hombre puede aspirar; es ser la criatura en la plenitud de todos los derechos que Dios le ha concedido en el momento de su ser, al darle la inteligencia que le hace superior al bruto; ese dia está perdido en la inmensidad de lo infinito; antes de que llegue ese dia, la humanidad habrá sufrido un cataclismo y otro cataclismo; habrán muerto mil y mil civilizaciones, y renacido mil y mil: la igualdad, la libertad, el derecho, la justicia, en una palabra, es una santa aspiracion, una aspiracion sublime que ha alentado siempre la humanidad, aunque durante miles de años no la haya comprendido, envuelta en la ignorancia: pero ¿á qué esa lucha? ¿qué, acaso no es libre el que tiene valor para ser mártir? ¿qué, sobre lo perecedero, sobre lo inmundo, no está lo eterno y lo santo? ¿acaso morimos? ¿la vida, qué otra cosa es que un prólogo mas ó menos terrible de la vida, tal como debe considerarse, de la vida en la eternidad? y además, la igualdad existe, porque existen las compensaciones: esto es algo metafísico, pero bajo su oscuridad se oculta lo verdadero: al rico le devoran el cuidado, el vicio de su ocio, las contra-

riedades de su soberbia que pesan tanto como la miseria y el afan del pobre; el malvado poderoso no duerme, no vive, no reposa; está siempre viendo el puñal en las manos del asesino oculto tras las ricas colgaduras de su lecho; teme comer un veneno en el suculento manjar de su gran mesa; todo le espanta, todo le aterra, todo le hastía: el pobre come tranquilamente un pedazo de pan y goza; el oprimido, el desdichado, el enfermo que creen, encuentran en la idea de Dios, en la idea de la justicia, un consuelo inefable: la esperanza de un premio de que ningun privilegio puede despojarles, y que les da el valor y la resignacion de la esperanza: ¡ay! ojalá yo pudiera esperar: ¡ay! si no tuviera sobre mi conciencia esas tres mujeres...

—Madre, lo mejor, ya lo ves, es no creer en nada: la creencia consuela á los que sufren, pero atormenta á los que han hecho sufrir; al diablo con la creencia, con la conciencia, con la debilidad; puesto que el hombre tiene poder para destruir, destruye legítimamente: la sociedad ha dicho: matemos al que destruye: está en su derecho, pero destruye tambien: la fuerza y siempre la fuerza, esto es todo: fue, es y será: somos demócratas porque se nos azota, porque se nos esplota, porque nos ha tocado el hueso roido: si mañana destruimos, no habremos hecho otra cosa que tomar la revancha: la lucha: hé aquí el destino de la humanidad; yo he nacido organizado para la lucha, y luchando cumplo mi destino: cumpliendo mi destino, soy lo que debo ser; y el que es lo que debe ser es tan bueno como el mejor: pero volvamos á nuestro tesoro: te amo tanto y eres tan inteligente; tienes la imaginacion tan viva y el alma tan noble, tan soñadora, tan poética, que te escucho con delicia, que no me canso de oirte y me das envidia: volvamos á nuestro tesoro, Ana: por el tiempo en que mi brújula y mis observaciones me aseguraban que estaba cerca mi tesoro, nos sobrevino á mis amigos y á mí, la idea de una sublevacion republicana: contábamos con apoyo, como que la policía se habia puesto á conspirar con nosotros: se nos aseguraba que en París estallaria simultáneamente un movimiento republicano; los que hiciéramos la grande obra, debíamos coger el gran provecho: dejé á Madrid; ya sabes lo que sucedió: el presidio, la fuga; volví, no sabes con cuánto trabajo, con cuántas precauciones; mi idea era continuar la escavacion esploradora: me ví obligado á alejarme: se me avisó de que se me buscaba, y huí de Madrid: estoy amnistiado y puedo, en fin, dedicarme á mi tarea con la completa seguridad de que dentro de un mes habré llegado á mi objeto.

—¡Ah! Dios lo quiera, Dios lo quiera, para que te salves, Estéban, porque la miseria te irrita, te desespera; te pone la tentacion delante y caes en ella.

—Un poco de dinero, y somos ricos, dijo Estéban.

—Yo tengo dos mil reales.

—Dos mil reales; es menester comer, vivir; cuento con cinco mil reales mas; veremos; necesito diez hombres, tengo abiertas cinco minas; un mes de trabajo, un duro de jornal cada hombre... veremos; en todo caso habremos adelantado, y si falta algun dinero lo buscaremos: es ya tarde, madre; debes estar fatigada; yo lo estoy tambien: ven Ana, voy á recogerte como otras veces; luego, como otras veces, dormiré á tus pies; mañana empezaré mi trabajo.

—Sí, recojámonos Estéban: soy tan feliz y tan desventurada á un tiempo, que necesito recogerme para concentrar mi alegría, para rezar por tí y por mí.

CAPITULO IV.

Los obreros de Estéban.

I.

Juan Pulgon llevó al otro dia cinco mil reales, segun lo habia prometido á Estéban.

—Te los doy porque quiero, dijo, porque te estimo, porque eres mi amigo; pero seamos francos, no te estimo en mas de cinco mil reales: cuando los gastes no me pidas mas; búscate la vida por otra parte: te advierto que no puedes comprometerme, porque te comprometerias, comprometiéndome.

—Perfectamente; estamos de acuerdo; te agradezco estos cinco mil reales; espero darte por ellos cinco mil duros dentro de pocos dias.

—Bravísimo, señor millonario en ciernes; cinco y diez, quince; en cuanto tenga quince mil duros, me retiro; estoy desengañado, y sobre todo, viejo: mi hijo... ¡si yo pudiera encontrar á mi hijo!... vamos, no hay que pensar en ello; habrá muerto.

—En cambio tienes un hijo postizo que vale un mundo, yo te lo aseguro.

—¡Pobre muchacho! pero ingrato; no ha venido á buscar á su padre para abrazarle; ignoro lo que ha sido de él, como ignoro lo que ha sido de mi propio hijo.

—Vámonos á almorzar, Pulgon; mi madre queria que almorzase con ella, pero la he dicho que tengo el compromiso de almorzar con un amigo; no te asustes, pagaré el almuerzo con tu dinero; despues me llevarás á casa de un prendero, porque necesito vestirme algo decentemente: en esto se me irán algunos cuartos, pero cómo ha de ser; es imprescindible.

Los dos amigos salieron juntos del piso bajo de la casa, donde habia recibido Estéban á Juan Pulgon, para evitar que su madre le viese: tan poco presentable era bajo todos aspectos Pulgon.

II.

Almorzaron en una fonda, á medio duro cubierto, y bebieron, de sobremesa valor de otro duro.

Agradecido á esto Pulgon, que hacia mucho tiempo no habia gozado tan buen almuerzo, dijo á Estéban.

—Voy á faltar por tí, á mi deber de agente de policía secreta; voy á revelarte un secreto que te concierne: anoche, cuando fuí á dar el parte diario al subdelegado, me mandó vigilarte como á persona muy peligrosa, dándome tu nombre y tus señas: la misma órden ha debido darse á toda la policía de Madrid: con que alerta, hijo, y no des lugar á que te cojan, te embrollen la amnistía y te vuelvan á presidio.

—Te agradezco el aviso, Juan, pero no te lo agradezco á secas; voy á pedir una botella de ron.

—Bueno: pues por hoy el servicio se va enhoramala: en cuanto te lleve casa del prendero y te vistas, me voy á mi mechinal, me meto en la cama y paso por enfermo: de todos modos, se nos hace trabajar tanto y á todas horas, que estoy abrumado de sueño y necesito descansar.

—¡Una botella de ron, mozo! dijo Estéban.

III.

Dos horas despues, Juan Pulgon se fué á su casa y Estéban se dió á correr por Madrid completamente trasformado.

Vestia un sombrero de castor de alas anchas y abarquilladas; un carrik gris, pantalones á cuadros con trabillas largas, botas lustradas, y llevaba bajo del brazo un baston de caña roten, corto y grueso con

un voluminoso puño de bronce, una especie de maza: bajo el brazo llevaba un lio.

Aquel lio contenia ropa blanca.

IV.

Tomó el camino del barrio de Toledo; llegó á la Fuentecilla, entró en una taberna, y dijo á un hombre con facha de matasiete que estaba en el mostrador.

—¿Se me conoce todavía?

Y se quitó el sombrero.

—¡Don Estéban! dijo el tabernero saliendo del mostrador y dando cordialmente la mano á Estéban, ¿cuándo ha sido la bien venida? la amnistía, ¿no es verdad? ¡Viva Cristina, porque sí! ¡vaya una moza, don Estéban! usted no la conocerá porque ha andado por esos mundos de Dios: haga usted por verla y verá usted que real hembra.

—Realísima; como que permite á tanto desgraciado volver á su casa; viva y reviva, Bisbis.

—Los de las *caenas* y el rey *disoluto* están que braman, dijo Bisbis, y andan amenazando y diciendo que como la napolitona se meta á desarmarlos, se va á arder Madrid; y vamos, don Estéban, ¿está usted amnistiado?

—Si no lo estuviera ¿cómo habia yo de andar á la luz del sol por Madrid?

—Pues un medio chico por la amnistía.

—Venga, dijo Estéban.

Bisbis llenó dos vasos del tinto de la Mancha, y ambos amigos chocaron los vasos y bebieron.

V.

—A lo que vengo, vengo, dijo Estéban; ¿por dónde andan Sacamuelas, el Jundo, el Mellado y Tres-veces?

—El Sacamuelas, dijo Bisbis rascándose la oreja derecha, se hizo humo: le sacaron el alma por el pescuezo en la plazuela: ¡válgame Dios y qué mal que le despachó el *buchí*! como que le llevaron preso; porque aquello daba ánsias; tres cuartos de hora estuvo perneando Sacamuelas: si lo he dicho yo siempre; ese pillo no sabe ahorcar, no sirve; ¿se acuer-

da usted del pobre Riego? pues poco mas poco menos que aquel infeliz: vamos, otro medio chico, don Esteban, que con traer esas cosas á la memoria se atraganta uno y se pone seco el gaznate.

—Que la tierra sea ligera á Sacamuelas, dijo Estéban; era un bribon.

—Eso sí, mas malo que la peste, dijo Bisbis, llenando otros dos vasos de vino; y á nadie tenia ni consideracion ni amistad: por dos reales era capaz el pobrecito de abrirle una gatera en la barriga á su abuela: mal bicho, asi acabó él; era un tunante muy bruto, sin *pesquis* ninguno, y en cuanto se le encandilaban los ojos, por cuatro cuartos, allá se iba á lo bestia, sin reparar en inconvenientes; era muy bruto, mucho; y con unas entrañitas que ni un lobo: que Dios le haya perdonado.

Despues de este elogio fúnebre á la memoria de Sacamuelas, Bisbis levantó su vaso y bebió á la par que Estéban.

VI.

—¿Y el Jundo? dijo Estéban.

—El Jundo acaba de venir licenciado de presidio y tiene un *boquis* de dinero que no puede lamerse el pobrecito: ¡éste sí que sabe! hablando con usted y dándole la contenta, es capaz de *afanarle* á usted las entrañas sin que usted lo sienta y sin que pueda decir cuando las eche de menos quién se las ha quitado: pero ¿qué quiere usted? las mujeres son la perdicion de los hombres: se enamoró de una zarraspastrosa del Rastro porque tenia buen pelo, y ella que queria un buen partido, le dijo que nones. El Jundo la tomó por la tremenda, á la mujer la entró *canguelo* y le dijo que andando, que estaba muy bien, que ella no se merecia tan buena cosa, y que mandase; pero la *nena* se la guardó, y un dia que el Jundo la dió un reló que habia *tomado* para que lo *puliese*, en vez de irse casa del prendero por los *monises*, se fué á casa del alcalde por los alguaciles, y al pobre Jundo me le llevaron codo con codo á la *trena* de donde salió á los seis meses, con dos años; y gracias á que mientras él estuvo por allá murió ella de paperas en el hospital, que si no, cuando vuelve el Jundo, la da *mulé* por todo lo alto: mire usted don Estéban si estaria *enritado* el hombre, que cuando supo que se habia muerto, dijo aquí mascando las palabras que todo el mundo lo oyó:—Si yo supiera dónde habian enterrado á esa puerca, la desenterraba y me la comia á bocados por la mala partida que me hizo: vaya otro chico por el alma de la Pispireta.

—Venga otro chico: ¿con que el Jundo está disponible?

—En oliendo él diez y siete cuartos, baila de cabeza: anda el mundo muy malo, don Estéban: no hay donde *abillar parnés*, como no sea tirando de un carreton ó subiendo mezcla á los andamios: ¡qué, don Estéban, si por nada ahorcan á un cristiano! esta es la fin del mundo: créame usted, que se lo digo yo.

Bebieron de nuevo.

VII.

—¿Y Tres-veces y el Mellado, están tambien disponibles?

—A Tres-veces le azotaron la víspera de San Juan, y como no tuvo dinero para que el amigo llevase la penca floja, ha estado el pobre un mes en el hospital, si se va, si se viene, que no dábamos por su vida un pitillo; pero ya está sano, fuerte y robusto: lo que es el Mellado, es un hipócrita que hace mas que todos los pícaros juntos y nunca deja prenda por donde le conozcan: vaya otro trago, don Estéban, por la buena vista.

—Vaya, dijo Estéban: y oye, dile al Jundo, al Mellado y á Tres-veces, que esta noche vengan á la sala de adentro con otros siete compañeros, que los necesito yo para lo que saben.

—¿A qué hora, don Estéban?

—A las ánimas.

—Aqui estarán mas fijos que el reló: pero, arriba, que este tintillo es muy bueno.

Bebieron.

—¿Qué te debo? dijo Estéban.

—Poca cosa, seis reales.

Pagó Estéban, dió un cordial apreton de manos á su amigo Bisbis y salió.

—Vaya si ha hecho suerte don Estéban, dijo Bisbis mirándole de reojo, mientras se alejaba; está hecho un milor: y ¿para qué querrá á esos tunantes? cuando él se los llevaba, y cuando volvian se les preguntaba lo que habian hecho, morian por Dios, y no decian una palabra; y eso que entonces eran mozos pintones: ahora, con diez años encima, y con la caravana corrida, cualquiera les saca á los pobrecitos ni una palabra del cuerpo; y sacó para pagarme un puñado de onzas; ¡pero gracias! tiene ojos en el cogote, y al que él le pone la mano encima, no le hace falta

mas que la uncion: bueno, le tendremos cena para esta noche y le sacaremos lo que podamos; ¿y á mí, qué? es un buen sugeto y mas liberal que Riego.

VIII.

Estéban se presentó con su pasaporte y con los documentos que justificaban habia solicitado ser comprendido en el decreto de amnistía, al ministro de Gracia y Justicia, valiéndose para ser recibido del nombre de su padre, esto es, llamándose hijo del marqués de Campo-Nuño.

El ministro le recibió secamente, horrorizado de aquel republicano, á quien decia no debia comprender la amnistía.

Pero el decreto era terminante en la parte que correspondia á Estéban: habia tomado las armas contra el rey; pero no habia acaudillado gente armada.

El ministro, por grande que fuese el horror que le causasen las ideas políticas de Estéban, mandó se le espidiese á éste carta de seguridad y le permitió vivir en Madrid; pero mandó que á la carta de seguridad de Estéban se pusiese la nota siguiente:

«Amnistiado del delito de traicion al rey nuestro señor, como uno de los que tomaron parte en la conspiracion republicana de 182......»

Cuando el subdelegado de policía, á quien se presentó inmediatamente Estéban, le hizo notar aquella circunstancia, Estéban dijo:

—Mejor, mucho mejor señor subdelegado: esta nota quiere decir que se me tiene por peligroso, y que por consecuencia, estoy vigilado por la policía: mejor, mucho mejor; asi no me robarán; en Madrid hay muchos ladrones, señor subdelegado, que sin duda no tienen nota alguna en su carta de seguridad: estas notas se han hecho para los hombres de bien: me alegro: una vejacion mas que añadir á mis sufrimientos y á mis sacrificios por la libertad: beso á usted la mano, señor subdelegado.

El de policía hubiera metido de buena gana en la cárcel á Estéban, porque le habia hablado de una manera insolente, agravando su insolencia con dispensarse por sí y ante sí del tratamiento que como autoridad superior, le correspondia.

Pero habian cambiado los tiempos; aparecia marcadisimamente otro órden de cosas, y los liberales que habian tomado la denominacion de *cristinos*, los que poco antes solo servian para la horca ó para el presidio, empezaban á estar de moda, y eran respetados.

Cristina era el poder existente, y queria á los liberales y se dejaba querer de ellos.

IX.

—Me fastidia soberanamente esta nota, dijo Estéban al salir de la subdelegacion de policía; si yo nada tuviese que hacer, me reiria de ella, y me divertiria con los polizontes haciéndoles correr detrás de mí: pero mis obreros son gente *non sancta* y no pueden ser de otra manera: sin embargo, estoy seguro de que cada uno de ellos tendrá su carta de seguridad en regla y sin nota alguna: es asombrosa la moralidad de esta canalla absolutista: ¿y qué habia de ser de los buenos hijos de la Providencia si las leyes se cumpliesen al pie de la letra? mejor es asi: la policía protege á los ladrones: ¡gran cosa! esto favorece á la economía política: el dinero circula: ¡viva la policía! Que se me vigile: y bien; yo haré que la policía que me vigile sea vigilada; porque nosotros tenemos tambien nuestra policía, señores gobernantes, y algo mejor que la vuestra. Es temprano: ¿en qué diablos voy á pasar el tiempo, hasta la hora de comer? en Madrid nada ha variado; permanece *in statu quo* con los mismos desconchados y las mismas cosas feas que tenia hace diez años: ¡ah! ya sé: me voy á ir á ver á mi hermano Antonio, y si puedo sacarle algun dinero, tendré eso mas: sino fuera porque necesito matar el tiempo no se me habria ocurrido esta idea: mi dignidad de hermano mayor va á rebajarse un poco: no le hace: en cambio, quemaré un mucho la sangre á mi hermano menor, y veré á ver si le saco alguna noticia de Miguel: en último resultado, con enviarle enhoramala habremos concluido: yo no sé cómo antes no se me ha ocurrido esta idea, aunque no fuese mas que por el pobre Miguel.

Estéban tomó el camino de la casa de su hermano.

CAPITULO V.

Tio y sobrina.

I.

La casa del marqués de Campo-Nuño, situada en la parte mas alta de la antigua villa, parecia datar de los tiempos de Felipe IV, y haber sido adicionada, corregida y trastrocada en los de Cárlos II.

Gran puerta churrigueresca de alto relieve, de profundo bocelado, de accidentes caprichosos, recargada de adornos; gran balcon volado sobre esta puerta, con decoracion, en que el churrigueresco tenia mucho del greco-romano plateresco: todo este frontispicio, desde los basamentos de la puerta hasta el ancho escuson de Campo-Nuño que le coronaba, de piedra berroqueña de Colmenar: á los lados, en el piso bajo, cinco enormes rejas voladas, dejando ver bajo sí los profundos tragaluces de los sótanos con doble enrejado de hierro y de alambre, y colgaduras de telas de araña.

Sobre las rejas, balcones volados sin avacos de piedra, sustituyendo á los avacos grandes pescantes ó eses de hierro batido y cincelado.

Sobre estos balcones, á los dos lados del escuson que coronaba la fachada, una galería de pequeños arcos abiertos.

Sobre esta galería, un ancho alero con friso de madera que se torcia sobre el escuson, protegiéndole de la lluvia y formando una figura seme-

jante á la de una mitra gótica, que sobresalia de la línea general superior de la fachada.

Este alero sostenia un empinado techo de pizarra gris, con lucanas grandes y acristaladas, ó mas bien envidriadas.

Por último, el muro, fuertemente revocado, de tal manera, que el tiempo no habia causado en el revoque grietas ni desconchados, estaba pintado al fresco con alegorías mitológicas en los entrepaños de los balcones, y adornos de genios, pájaros, flores y grecas en el resto.

Esta pintura, que tenia muy poco de artística, habia sido empalidecida, templada, entonada por el tiempo, que es un grande artista, y solo aparecia en la parte superior hasta el alero.

El piso bajo hasta los balcones, era de piedra con modillones de poco relieve.

El ala izquierda de esta casa, contrastaba enérgicamente con viejos y altos casucos desvencijados.

En el ala derecha estaban las cocheras y el muro de un jardin, ó mas bien, de un huerto, cuyos árboles frutales y de sombra, se alzaban entrelazando sus copas y determinando un desórden que tenia algo de selvático.

Cuando Estéban se acercó á su casa solar, por decirlo asi, aquellos árboles de viejos y gruesos troncos mohosos estaban despojados de hojas, y no se veia mas verdor que el oscuro de la hiedra, que trepaba por ellos y se estendia en caprichosos festones del uno al otro.

II.

Estéban se detuvo con una especie de estremecimiento del alma, si se nos permite la frase, á la vista de la casa de su padre, de sus abuelos, que no le pertenecia, y á la cual, con arreglo á sus ideas, se creia con derecho.

—¡Bah! dijo; entremos como un estraño en nuestra casa: los criados deben ser en su mayor parte los mismos: estos bribones de lacayos gozan de una longevidad pasmosa; como que se dan una gran vida de no hacer nada y comer bien, y de dormir mejor: aunque no fuese mas que porque mantiene por vanidad esta nube de vigardos, seria de desear se llevase el diablo á la nobleza ¡ah! aquí veo al viejo Toribio, al portero de escalera que sale á la puerta como si le hubiera llamado el olor del primogé-

nito de Campo-Nuño, ¡valiente pícaro de sesenta años! Estoy bien vestido con arreglo á mi clase, y Toribio no me estrañará; adelante.

III.

Estéban adelantó y llegó hasta el grueso Toribio, que ostentaba su voluminoso vientre bajo un gran chaleco encarnado de librea con boton timbrado con el escudo de Campo-Nuño.

—¡Ah! dijo Toribio cuadrándose, abriendo desmesuradamente la boca y los ojos, y quitándose su gorra; ¡usía por aquí! ¡por aquí usía! ¡cuánto y cuánto y cuánto tiempo ha pasado sin que tengamos la gran satisfaccion de ver por aquí á usía! ¿cómo está usía?

—No tan mal, puesto que me has reconocido á primera vista, bribon.

—¡Oh! por usía no pasan años: los cabellos y la barba blancos, y nada mas: cuando usía estuvo aquí la última vez, hace diez años, tenia usía los cabellos y la barba negros; pero ya se vé; como usía ha sufrido tanto...

—¡Ya! el difunto marqués mi buen hermano, habrá dicho á todo el mundo, hasta á los pinches de cocina, que yo estaba en presidio, ¿no es verdad?

—Yo no he dicho eso, señor, contestó con cierta consternacion Toribio.

—No lo has dicho, pero yo lo supongo; sí; y tengo á honra haber estado en presidio; ¿lo oyes, tunante? á mucha honra: si yo hubiera sido un servilon como tu amo, á buen seguro que no me hubieran puesto el grillete; pero yo he tenido valor para decir y para defender que la república es la única forma de los pueblos dignos, y este ha sido mi delito y mi gloria.

—Por el amor de Dios, señor, no diga eso usía en esta casa, dijo Toribio, á quien alentaba la laxitud de Estéban: aquí hasta las piedras son realistas, y todo lo que no sea rey neto, no se entiende aquí: ¿viene usía á ver al señor vizconde?

—Vengo á lo que quiero, pillo; yo tengo la culpa de que me faltes al respeto; ¡ea, quítate de en medio!

—Es necesario anunciar á usía.

—¡Cómo, infame! dijo Estéban blandiendo su baston maza: ¿pues qué, no puedo yo entrar en mi casa libremente, canalla?

—Perdone usía; pase usía; yo no puedo hacer mas que no moverme de aquí; pero el señor vizconde se va á poner furioso.

Estéban adelantó por el ancho portal embaldosado de mármol blanco, hácia la gran escalera.

Mas allá, por un portalon, se veia un gran patio con galerías sostenidas en columnas y cerradas con cristales, en el piso superior.

En lo alto de las escaleras, Estéban encontró á Cristóbal, el antiguo ayuda de cámara de su hermano Juan, que al ver á Estéban se santiguó.

—Vamos, aquí se me tiene por muerto, dijo Estéban; pues no, no; á ellos se los ha llevado el diablo antes que á mí, y al que queda no tardará en llevárselo.

—¡Ah, señor! dijo Cristóbal, ¡cuánto me alegro de ver á usía!

—¡Usía, usía! ¡qué respetuosos andais conmigo, tunos! ¿dónde está tu amo?

—¿El señor vizconde?

—Naturalmente; pues ¿quién queda aquí mas que el señor vizconde?

—Y la señorita Eugenia, dijo Cristóbal.

—Que habrá heredado sin duda el marquesado de Campo-Nuño ¿no es esto? porque supongo que el señorito Miguel no habrá parecido.

—No se sabe si es muerto ó vivo, señor, dijo Cristóbal; ni se sabe tampoco lo que ha sucedido entre su padre y él: la verdad es que cuando hace cuatro años estuvo aquí el señorito, no vino sino para ver morir á su padre de apoplegía fulminante; parece que el señor conde de Valdehumos sabia el secreto; pero un dia, de sobremesa, dió de repente un grito, un grito espantoso, como si le hubieran metido un puñal por el costado, y los médicos dijeron que habia muerto de un aneurisma: el señor vizconde puede ser que conozca la causa del alejamiento del señorito don Miguel de la familia; pero no dice una palabra, ni aun á su sobrina, la señora condesa de Valdehumos: usía se encuentra la casa de luto; aun no hace seis meses que ha muerto el señor conde de Valdehumos.

—Es decir, contestó Estéban, respondiendo á lo intencionado de las últimas palabras de Cristóbal, que tú estrañas que yo no venga negro como un escarabajo.

—Es posible que usía ignore la muerte del señor conde de Valdehumos.

—No, hombre, no; pero yo no tengo que ponerme luto por nadie; yo no tengo hermanos, demasiado lo sabes tú.

—¡Eh! cuestion de caracteres, señor.

—Las cuestiones de caracteres son demasiado graves: yo no conozco á mi familia; yo no tengo familia; pero en fin, á tí nada te importa esto: yo cedo á mi manía de hablar con todo el mundo, porque no está en mis principios reconocer categorías; protesto contra ellas: llévame á donde está mi hermano Antonio.

—Voy delante para anunciar á usía.

—Guárdate bien de ello; no consiento en que se me anuncie; esto es lo mismo que declararme estraño; esta casa es tan mia como de mis hermanos.

—Indudablemente, señor.

—Y además, no les cuesta un cuarto el que yo la pise, ni al vizconde de Nava-Redonda, ni á la condesa de Valdehumos.

IV.

Atravesaban en aquel momento un salon, y al llegar á una puerta se abrió ésta y apareció una jóven como de veinte años.

Al ver á Estéban se detuvo sorprendida: despues vió con estrañeza que Estéban no se quitaba el sombrero: no le conocia: no habia nacido aun, cuando Estéban habia roto con sus hermanos.

—¡Ah! dijo Estéban mirando con delicia á la niña: hé aquí que encuentro algo bello que no esperaba encontrar en mi casa, donde solo queda una pobre señora paralítica y un estravagante solteron asmático.

—Dispénseme usted, pero no comprendo... dijo la jóven.

—Es natural: no me conoces Eugenia; porque tú debes ser Eugenia: hace mucho tiempo que yo envié al diablo á tu padre y á tus tios, y desde entonces no he vuelto á poner los pies en la casa. Véte, Cristóbal: la señora marquesa me guiará. No, no te vayas por ahí; no quiero que se avise al vizconde, quiero sorprenderle: llévame tú, hija mia.

Y la asió una mano que Eugenia sorprendida no retiró.

—Pero y bien, dijo, ¿quién es usted?

Cristóbal se habia marchado.

—¡Ah! no quiero mortificarte ni en lo mas mínimo, mi buen ángel; yo soy tu tio mayor, tu tio natural.

—¡Oh, Dios mio! esclamó Eugenia, ¿es usted mi tio Estéban?

—Sí, hija mia, sí; tu tio Estéban que vuelve de presidio.

—¡Oh! no diga usted eso: el presidio por cuestiones políticas, no es

presidio, porque cuando el presidio no infama, no lo es: sentémonos un poco aquí, en este gabinete.

—No, Eugenia, no; no quiero que avisen á mi hermano Antonio; quiero sorprenderle; quiero ver qué cara pone cuando me vea.

—No pueden avisarle si no pasando por aquí, dijo Eugenia sentándose en un sofá.

—¡Ah! ¿con que tenemos acorralado al señor vizconde? dijo Estéban sentándose en un sillon junto al sofá.

—Y con él al padre fray Serapio de Rozas de la órden del seráfico San Francisco de la Casa grande de Madrid, respondió Eugenia sonriendo lánguidamente.

—Ese frailuco, dijo Estéban, es algo pariente nuestro, segun creo; á lo menos él lo dice: se llena la boca con aquello de «yo soy pariente de los Campo-Nuño;» bueno, importa poco: al tal parentesco, si existe, solo se le puede alcanzar con una escopeta: el buen padre Serapio y yo nos aborrecemos cordialísimamente: debe estar ya viejo: en aquellos tiempos, cuando nos veíamos por casualidad, porque yo esquivaba el verle, nos poníamos pálidos de cólera: descomulgado, me decia al pasar; y yo respondia, cruzándome con él y sin volver la cabeza, una de estas dos cosas: bribon, hipócrita ó sanguijuela; porque nunca venia á la casa sin llevarse una cuantiosa limosna para el fondo de fábrica del convento.

—Es un santo, tio.

—Yo no lo niego, yo no me meto en eso; pero maldita la devocion que yo tengo á ese santo: me ha hecho mucho daño; mis hermanos y yo no nos llevábamos muy bien que digamos: yo soy hijo natural, me miraban ellos con cierto despego, dispensándome una proteccion humillante.

—¡Tio!...

—Yo era, sin embargo, el hermano mayor: hermano mayor reconocido por nuestro padre: yo no podia sufrir sin cólera; las ínfulas que conmigo se permitian mis hermanos.

—¡Ah! no, tio, no; aquí hay una fatalidad: dicen que usted...

—Y bien, ¿qué dicen?

—Dicen que...

—Acaba, hija mia, acaba; no temas decirme lo que dicen; yo no te he conocido hasta ahora, Eugenia, pero sabia que existias y te amaba... por instinto: todo lo que tú digas me parecerá muy bien, porque lo habrás dicho tú ¿qué dicen, pues?

—¡Oh! exageraciones sin duda...

—No, calumnias, ridiculeces; absurdo: yo te voy á decir lo que dicen de mí: lo que han dicho siempre de mí mis cariñosos hermanos: que soy un loco indecente, un hombre que se olvida de su nacimiento; como si se pudiera apelar al nacimiento tratándose de un hijo natural, de una víctima, de un pobre desheredado con quien se cumple á medias un mezquino deber de conciencia, dándole una pension y llamándole de mala gana hermano al hijo mayor, á aquel á cuya madre se ha engañado, se ha deshonrado, se ha hecho infeliz, una limosna de cinco mil duros al año; un tratamiento ilegítimo, impuesto por vanidad á los criados: ¡su señoría, su señoría! al hermano segundo, al hijo legítimo de legítimo matrimonio, ciento cincuenta mil duros de renta; el título, las preeminencias de la casa, la herencia entera: ¡bah! no podíamos estimarnos, Eugenia; esto era imposible: ellos veian en mí una falta pública de su padre: yo veia en ellos los usurpadores de mi herencia y de mi nombre, porque yo no puedo convencerme de que un accidente, una falta, un crímen, pueda hacer á un hijo menos hijo que otro: dejemos esto: mis hermanos me han aborrecido siempre: yo, en cambio, hasta que la desgracia envenenó mi vida, les amé y me resigné con mi suerte: ellos hablan pestes de mí, sí, eso es; pródigo, loco, camorrista, atrabiliario, indecente, canalla; todo, todo eso lo he sido yo para mis buenos hermanos: es verdad, sí; hay momentos en que un hombre se desespera y necesita embriagarse para no morir de desesperacion: la vida cuando se hace de una manera candente, embriaga: pero yo no debo hablarte de esto: eres muy niña y muy pura: tú y Miguel sois lo único bueno que conozco de la familia.

—¡Miguel! ¡pobre Miguel! ¿dónde está; lo sabe usted? ¿viene usted tal vez á revelarnos dónde se encuentra Miguel?

Eugenia pronunció estas palabras con una calorosa ansiedad.

—¡Ah! el ángel; no me habia engañado, dijo Estéban; me alegro de poder creer en un ángel.

Eugenia bajó los ojos y se puso encarnada.

—Otra de estas diablejas de las que se llaman buenas casas, que se encontrase en tu lugar, me hubiera preguntado con la misma ansiedad que tú por Miguel; pero con una ansiedad de distinto género; con ansiedad por saber de seguro que á Miguel se le habia llevado el diablo y que se podia probar, para entrar en posesion del título y de la renta de Campo-Nuño.

—No lo poseeré jamás mientras no sepa que mi primo ha muerto, y le buscaré con ánsia.

—Lo creo, hija mia, lo creo, dijo con algo de conmocion Estéban; ¿pero cómo anda eso?

—Mi tio Antonio, que es mi tutor, ha tomado posesion del título y de los bienes, conservándolos en depósito mientras se prueba ó no el fallecimiento de Miguel, ó mientras pasa el término prefijado por las leyes.

—De seguro, dijo Estéban, que mi buen hermano Antonio no habrá dado un solo paso; no habrá tomado una sola medida para encontrar á su sobrino.

—No, pero los he dado yo ocultándome para ello de mi tio; he gastado mucho dinero, tio Estéban, mucho dinero; han ido personas de confianza acá y allá; no se ha podido dar con él.

—¿Con que tú tienes dinero, Eugenia? dijo Estéban.

—Tengo de una manera indirecta; si yo pidiera á mi tio Antonio, á mi tutor, dinero, me preguntaria que para qué lo necesitaba, y yo no sabria qué responderle; me valgo de una artimaña...

—¡Ah! de que me traigan, proponiéndome su compra, una rica joya; la llevo á mi tio; pondero su belleza y el deseo que tengo de ella, y siempre me dice:

—Eugenia, las solteras no pueden usar diamantes; ¿para qué quieres esto?

—Para cuando me case, tio; no siempre se encuentran joyas de tan buen gusto como ésta.

—Para cuando te cases con el conde de Rivalta, dice mi tio.

—Sí, tio Antonio, sí, respondo yo porque me compre la joya, aunque me repugna ese vejestorio de Rivalta, y nunca me casaré con él: mi tio me compra la joya cueste lo que cueste, con el dinero de mi primo Miguel, porque mi título, ya lo sabe usted, es pobre, el de mi tio tambien, y si anduviéramos con gastos caprichosos nos empeñaríamos á las primeras de cambio.

—Hé aquí veinte años llenos de juicio, esclamó Estéban; ¿con que quieren casarte á tí, perlita mia, con ese hidrópico, asqueroso é insoportable rival? ¡bribon! vamos, comprendo que yo hago falta en la familia; pero ya hablaremos de eso, Eugenia, ya hablaremos de eso; continúa. En cuanto tienes la joya la vendes; ¿no es esto?

—Sí, tio, sí; estoy segura de que mi tio Antonio no ha de pasar revista á mi guarda-joyas.

—Y ¿de quién te vales para esas ventas?

—Del viejo Cristóbal; del antiguo ayuda de cámara de mi tio Juan.

—¿Y no te roba?

—¡Ah! no, es muy bueno Cristóbal; sabe para lo que quiero el dinero, y él se encarga de buscar las noticias y de elegir los emisarios que han de buscar á Miguel.

—Me temo mucho que no haya salido de Madrid un solo emisario, inocente mia; pero yo me veré con ese tuno y veremos si en vez de salir gentes en busca de Miguel, mete él tu dinero, ó, como dices muy bien, el dinero de Miguel, donde no le dé el sol.

—¡Ah! tio, no; tengo datos, pruebas; la policía ha encontrado la pista de Miguel: se sabe que hace cuatro años vivió unos dias en el parador de San Bruno, y partió para Francia; se pidió una noticia de los pasaportes que en aquellos dias se habian espedido para el estranjero, y se encontró que se habia espedido uno á nombre de don Miguel Coello que con su esposa doña Enriqueta Coello, pasaba á Burdeos.

—Esto es, esto es, dijo Estéban, dándose un golpe en la frente; Mateo Coello, padre de María Coello; el pescador de la Marola: vales un mundo, Eugenia, y Cristóbal es un hombre de bien, cosa rarísima en un ayuda de cámara.

—Pero ¿qué tienen que ver Enriqueta ni Miguel con un pescador, ni con su hija? esclamó Eugenia.

—Esa es una historia que sabrás cuando debas saberla: la causa de la desgracia de Miguel: continúa.

—La singularidad de llamarse Miguel y Enriqueta los esposos contenidos en el pasaporte, el tener un solo apellido, lo que parecia indicar que eran parientes, ó lo que yo supuse, un apellido supuesto, me indujeron á tomar informes por mí misma, y un dia me fuí con Cristóbal al parador de San Bruno. Pregunté minuciosamente y me dieron las señas exactas de mi primo Miguel, de mi compañera de colegio Enriqueta: el pasaporte habia sido espedido para Burdeos: mis emisarios fueron á Burdeos; pero ya tarde: yo habia empezado á hacer mis averiguaciones dos años despues de haber salido Miguel y Enriqueta de Madrid: en el consulado español en Burdeos, por la fecha del pasaporte, dieron noticias de Miguel; se supo que durante un año habia tenido academia de lenguas y

preparatoria para la carrera diplomática; pero habia luchado con su desventura, no habia obtenido buenos resultados y se habia trasladado á París. Se le siguió á París y se supo que el infeliz habia estado allí seis meses viviendo de una manera miserable, con el mezquino sueldo de corrector de pruebas de una edicion hispano-americana: habia perdido un hijo; se habia resentido la salud de Enriqueta y habia pasado á los Estados-Unidos, sirviendo una plaza de intérprete de una comision industrial enviada por el gobierno francés para estudiar los adelantos de la industria en los Estados de la Union. Allí se ha perdido la pista de Miguel, porque allí no hay pasaportes, ni policía, verdaderamente dicho; estoy aburrida mi querido tio, contrariada; mi empresa ha fracasado y mi tio Antonio ya no compra joyas.

—¡Diablo, diablo, mi querida Eugenia! dijo Estéban; pues es necesario que siga comprándotelas; yo me encargo de ir en persona á buscar á Miguel y te respondo de encontrarle; pero se necesita dinero, hija mia, se necesita dinero; yo estoy muy pobre; apenas tengo para salir del dia; mira, añadió abriéndose el carrik y mostrando á su sobrina una cadena de acero que pendia de su chaleco: estas cadenas inglesas de seguridad que ahora están muy de moda y que cuestan muy poco, indican un reló de gran precio; pues hija, nada, nada; un relojillo matalot, de plata sobredorada, que me ha costado cinco duros en el Rastro, y que atrasa ciento veinte minutos al dia: ¡miseria! ¡apariencia! estoy convertido en cuanto á la forma en un completo caballero de industria; aspecto grave y decente, por dentro nada; ansiedad, vacío; gracias á mis buenos hermanos, eso sí; les estoy muy agradecido, y lo que siento es que solo queda uno para pagarle la deuda de gratitud que debo á todos.

—Venga usted conmigo, tio, dijo Eugenia levantándose.

V.

La jóven llevó á Estéban á su cuarto.

Abrió un magnífico buró y de uno de sus cajones interiores sacó un magnífico reló de oro esmaltado, guarnecido de brillantes; un reló de grande de España, una verdadera joya antigua.

—Conozco este reló, dijo Estéban; le usaba mi padre.

—El mio le ha usado tambien, dijo Eugenia; úsele usted tio, para que la cadena inglesa de seguridad no sea una farsa.

—Yo no puedo usar este reló; tiene esmaltadas las armas de la casa

con corona de marqués en el yelmo, y éste mirando á la derecha; yo puedo usar estas armas con timbre de bastardía, esto es, con el yelmo sin corona mirando á la izquierda.

—¿Y quién se para en eso, tio? respondió Eugenia sonriéndo, sacando el mezquino reló del bolsillo del chaleco de Estéban; quitándole la cadena de acero y poniendo en ella el magnífico reló hereditario, por decirlo asi, de los Campo-Nuño y que por su gran tamaño y por su forma abultada, parecia haber sido construido un siglo antes.

—Es decir, observó Estéban, dejando hacer á Eugenia, que á tí tanto te da del yelmo á la derecha como del yelmo á la izquierda.

—Lo mismo exactamente, tio.

—Pues entonces, hija, tú no eres una descendiente digna de los Campo-Nuño y de los Valdehumos: eres una marquesa degenerada, te has perdido; has renegado de la tradicion aristocrática de tu familia.

—¿Por qué? ¿porque llamo mi tio al hermano mayor de mi padre? contestó con una deliciosa ingenuidad la jóven, ¿y por qué no? Dios lo ha hecho; si mi abuelo no se casó con la madre de usted porque era indigna de él, suya fue la culpa, no de usted: mi abuelo no debió ponerse en el caso de tener descendencia de una mujer indigna: si su madre de usted fue virtuosa, pura, desinteresada, engañada, por mas que fuese de oscura cuna, mi abuelo debió cumplir con Dios y con su conciencia como cristiano y como caballero, casándose con ella: debió prescindir de los hombres, de los pergaminos, de todo, para cumplir con su deber: no debió causar la existencia de una criatura que se viera como usted se ha visto en una situacion absurda, ni blanco ni negro; noble-bastardo; no comprendo esto; hijo mayor desheredado por una preocupacion, por una debilidad: esto no cabe en mi alma, lo rechazo: usted es para mí mi tio legítimo, mi tio mayor, hijo primogénito de mi abuelo; le respeto á usted y le amo como á tal, y no mas miseria; porque yo soy rica y no desheredo á usted.

Dos lágrimas brotaron á los bravíos ojos de Estéban; dos lágrimas que representaban un milagro, porque Estéban hacia mucho tiempo que no podia ser conmovido por nada mas que por su egoismo.

Un relámpago de sentimiento habia iluminado aquella alma oscura; pero el relámpago pasó, produciendo dos lágrimas, y las tinieblas envolvieron de nuevo el alma de Estéban; se sonrió de una manera acre y dijo á su sobrina:

—Pero tú eres demócrata, hija: tú te desnaturalizas; tú reniegas de las tradiciones de tu familia. ¿Qué diria de esto si te oyese el señor vizconde de Nava-redonda, el último de mis hermanos que queda vivo? ¡oh! ¡se horrorizaria! ¿con que nada supone para tí que yo sea un Fonseca, como quien dice de contrabando?

—Nada, tio, nada; no elegimos padres; caemos cuando nos desprendemos del cielo para sufrir nuestra prueba en la tierra, donde Dios quiere.

—¿Dios ó la casualidad?

—No hay casualidad, tio, no hay mas que Providencia.

—¡Ah, sí, la Providencia! no, no te alarmes; yo no soy impío; me quejo porque soy desgraciado; y esto es natural.

—Pues bien, que se acaben para usted las desgracias, mi querido tio, y acepte usted lo que de buena voluntad le ofrezco: tengo una renta de veinte y cinco mil duros, y apenas gasto diez mil: pronto, aunque yo lo sienta, heredaré á mi tio Antonio; está muy enfermo; el mal es incurable; va tirando, pero se espera de un dia á otro la catástrofe; me quedaré sola con mi pobre tia paralítica.

—¡Margarita! esclamó profundamente Estéban; ¡pobre Margarita!

—Entonces, cuando no tenga usted nadie con quien disputar, cuando no haya en la casa mas que una persona que le ame á usted, yo, vivirá usted conmigo: una jóven soltera no está bien sola; usted tambien está solo en el mundo.

—No, hija mia, no; yo tengo madre; una hermosa madre anciana que ha estado cuarenta años loca.

—¡Dios mio!

—Sí, loca á causa de mi padre.

—¡Ah! ¡quiero verla! ¡la veré! ¡la conoceré...!

—Y la amarás; ella te ama á pesar de que eres descendiente de sus enemigos los Campo-Nuño.

—No es mia la culpa de sus desgracias, y haré cuanto pueda por ella.

—Te cojo la palabra, Eugenia; voy á partir, y me alegraria mucho que tú, durante mi ausencia, te encargases de mi madre.

—¡Que va usted á partir! esclamó la jóven.

—Por supuesto; ¿pues quién ha de buscar á mi sobrino Miguel con mas interés y mas acierto que yo?

—¡Ah! es verdad; me habia olvidado.

—Sí, partiré; pero para ello es necesario algun dinero; estoy muy pobre.

—¡Ah! no importa; ¿bastará con cuatro mil duros, tio?

—Veremos: espero que si mis cálculos son buenos; dinero, paciencia y trabajo, minar, minar, y estoy seguro de que pronto daremos con él.

VI.

Estéban pensaba en el tesoro enterrado en las escavaciones.

Los cinco mil reales que le habia dado Juan Pulgon, eran insuficientes.

Mas que para proseguir en los trabajos, le habian servido para vestirse con arreglo á su clase y poder presentarse á su hermano Antonio, sin que éste se avergonzase de él.

Estéban, á la desesperada, se habia propuesto sacar algun dinero al vizconde.

—Me humillaré, habia pensado; doblegaré mi carácter, fingiré; haré este sacrificio por mis veinte millones; diré á mi hermano que me he convertido; hablaré pestes de los liberales; seré mas realista que él; tendré paciencia; el mundo y la desgracia me han enseñado á fingir, y soy un gran cómico: mucho será que no se le ablanden las entrañas á mi hermano, y me dé tres ó cuatro mil durejos. Con cuatro mil duros encuentro yo mi tesoro, no tengo duda. Vamos á ver al señor vizconde de Nava-redonda.

VII.

Con este propósito habia ido á la casa paterna aquel tremendo hijo pródigo.

La suerte le habia favorecido.

Al tropezar con su sobrina Eugenia, á quien no conocia, se habia encontrado con un ángel; y lo que era mucho mejor aun, con un ángel esplotable.

—¡Tienes cuatro mil duros! dijo Estéban.

—Sí, tio, sí; el valor de las últimas alhajas que me compró mi tio Antonio, y del cual no ha sido necesario disponer, porque los encargados de buscar á mi primo en los Estados-Unidos, se entregaron desalentados y dijeron que les era imposible encontrarle; tengo aquí esos cuatro mil duros, en billetes del Banco de San Cárlos.

Eugenia abrió otro cajon, y sacó un legajo que Estéban guardó bajo su carrik.

—Mañana parto, dijo; dentro de poco recibirás noticias mias, y espero dártelas muy pronto de nuestro Miguel; ¡pobre muchacho! ¿Y sabes tú por qué se ha alejado de su casa, por qué se ha perdido, por qué siendo rico ha arrostrado de una manera tan estraña la miseria?

—Nada sé; he preguntado á mi padre, á mi tio Antonio. Mi padre me contestó.—Cuando muera lo sabrás.—Pero la muerte le acometió de repente, á causa de su aneurisma, y nada pudo decir; ningun papel de mi padre he visto: como tutor mio, los guarda con el testamento que mi padre tenia hecho, mi tio Antonio. Cuando pregunté á éste la causa del alejamiento de Miguel, me respondió:—Ha hecho bien en irse, en perderse, en ocultar su vergüenza, en separarse completamente de la familia; no pertenece á ella.—¿Porque se ha casado con Enriqueta? dije yo. —Cuando tú llegues á tu mayor edad, sabrás por qué Miguel no pertenece á la familia.—Nada mas pude recabar de mi tio Antonio, y desde entonces busco á Miguel, porque estaba segura cuando le encontrase, de que él me aclararia este misterio. ¿Y usted no sabe nada, tio Estéban?

—Nada, hija mia, nada; estoy tan á oscuras como tú; pero pronto tendremos luz: me voy para preparar mi viaje: no veo á mi hermano; no es prudente.

—Quiero que me presente usted á su madre: tengo ansiedad por conocerla.

—Ella se alegrará mucho de conocerte, hija mia, y cuando tú la trates te convencerás de cuán cruel, cuán injusto, fue con ella tu abuelo. Esta tarde á las cuatro te esperaré en la plazuela de Santo Domingo; vé con Cristóbal.

—Iré en carruaje, y usted le reconocerá por las armas de nuestra casa.

—Pues adios, hija mia, adios; hasta la tarde.

—No salga usted por la parte principal de la casa, tio: podria usted encontrarse con fray Serapio de Rozas, nuestro pariente, por quien de seguro lo sabria mi tio Antonio: puesto que conspiramos, ocultémonos. ¿Qué criados han visto á usted?

—El portero y Cristóbal.

—Cristóbal es mio y callará: al portero se le encargará que calle y callará tambien; venga usted conmigo; voy á llevarle á usted á la salida de escape de la casa.

Eugenia cerró el buró, y precediendo á Estéban le llevó á un pasadizo, al fin del cual habia unas escaleras.

—Por ahí se llega al postigo que, como sirve para los criados, está simplemente cerrado con el pestillo, dijo Eugenia cuando hubieron llegado á las escaleras: adios mi querido tio; hasta esta tarde á las cuatro.

—Hasta esta tarde, hija mia.

Estéban la abrazó, la besó en la frente, bajó, llegó al postigo, le franqueó y se encontró en una pequeña plazuela triangular, por uno de cuyos lados corria una estrecha calle.

—¡Bravo! ¡bravísimo! dijo Estéban alejándose por la derecha; mi bella sobrina tiene á su disposicion y cerca de sus habitaciones ese postigo y esa escalera: ¿consistirán las ideas liberales de esa muchacha, en que esté enamorada de algun *quidam*? ¿se valdrá de ese postigo, de esas escaleras? ¡bah! ¡qué esperiencia tan malvada la mia! trasciende la pobre chica á pureza desde una legua; sin embargo, quién sabe; las apariencias son lo mas falible del mundo; y en todo caso, ¿qué me importa que el diablo se lleve á los Campo-Nuño? necesito, sin embargo, saber si esa muchacha tiene novio; es preciso que yo me apodere por completo de ella: es mi recurso, mi filon, mi caja: ¡cándida! ¿creer que yo voy á pasar el charco y á buscar, como quien busca un alfiler entre un monte de paja, á su primo Miguel en los Estados-Unidos? bueno; el caso es que llevo en billetes de banco cuatro mil duros, y dos mil lo menos en el gran relo hereditario de los Campo-Nuño; perfectamente; si los cuatro mil duros no bastan para encontrar mis veinte millones, empeñaré el reló; venderlo, no; es necesario ser persona decente y no vender parte de nuestra casa: adelante: pediremos un pasaporte para el estranjero que no saldrá de Madrid: me ocultaré: mi madre y Eugenia me creerán en mi espedicion; no recibirán una sola carta, supondrán que se han perdido; cuando mas, estarán con ansiedad: y bien, no hay otro medio; lo siento, pero no debo renunciar á mis trabajos de esploracion: ¡ah! yo encontraré mis veinte millones, si, los encontraré.

VIII.

Aquella tarde se conocieron Ana y Eugenia.

La pobre niña se separó de la anciana, enamorada de ella.

Ana tuvo un afecto mas sobre la tierra.

CAPITULO VI.

La buena gente.

I.

Estéban se habia despedido dos dias despues de su madre y de Eugenia que habia ido á visitar á Ana.

Las dos vieron un pasaporte espedido á nombre de Estéban para Inglaterra.

Estéban debia embarcarse en Plymout para los Estados-Unidos.

Eugenia aseguró á Estéban que su madre quedaba bajo su cuidado.

Estéban salió de la casa; pero en vez de tomar la silla de posta que debia conducirle á Cádiz, tomó un cuartucho, encaramado en una altísima casa del callejon del Infierno, donde vivia Juan Pulgon.

Se habia añadido una cama para Estéban.

Aquel debia ser el escondrijo de éste hasta que pudiese darse á luz; es decir, hasta que encontrase sus veinte millones.

II.

Aquella noche, Estéban, liado en una capa y cubierto por un ancho sombrero tendido, con su carta de seguridad en el bolsillo, y su baston-maza en la mano, única y bastante arma de que usaba, y que no era pro-

hibida, se trasladó á la Fuentecilla de la calle de Toledo, y se entró en la taberna de Bisbis, y en una de sus habitaciones interiores.

—¿Están ahí todos? preguntó Estéban á Bisbis.

—No, aun no han venido, don Estéban, respondió Bisbis; pero ya son las ánimas y no tardarán en venir: como que saben que van á recibir el jornal, y un buen jornal, y á beber algo; calle usted, ya siento por el pasillo los zapatones de Tres-veces: ahí está.

III.

—Buenas noches, dijo un hombreton como de treinta y cinco años, entrando en el cuarto.

—Dios te guarde, Tres-veces, dijo Estéban, ¿y los otros?

—Los otros andan por ahí, en el barrio: ¿nos necesita usted ya don Estéban?

—Sí.

—Entonces, voy á enviar á Corregüela, el chiquillo de la castañera á que les avise.

—Despues: ahora, toma; veinte duros, el jornal de hoy: no bebais; se trabaja mal bebidos; luego os daré de cenar allá; en seguida, ya sabes, por el cocheron de la calle de los Mancebos; id uno á uno para que no se sospeche; yo os esperaré, á las diez, es necesario empezar el trabajo y trabajar bien.

—¿Y las herramientas? dijo Tres-veces.

—Allí están desde hace ocho años.

—Se habrán podrido las espuertas.

—Ya las hay nuevas.

—Pues bueno, antes de las diez estaremos todos allí.

IV.

Entéban salió y se fué en derechura al cocheron de la calle de los Mancebos, que ya conocemos.

—Abrió la puerta, entró en el mismo aposento que habia servido de desnuda habitacion al sopista Lamprea durante algunos dias, y encendió una linterna.

Entonces se vieron en un rincon algunos zapapicos, y junto á ellos un

rimero de espuertas. Habia, además, gran número de botellas en el suelo y una gran cesta con pan, huevos y salchichones.

V.

Estéban tomó la linterna, salió al patio, montó sobre el brocal del pozo, metió los pies en el cubo que tenia una cuerda nueva, y se dejó ir al fondo.

Penetró en las minas por las escavaciones que ya conocemos, y á poco llegó á la galería por donde coria el arroyo.

Le siguió durante un largo espacio, y si se hubiese tenido una brújula y una carta, se hubiera visto que marchaba en la direccion de Sudeste á Nordeste.

Algunas veces el arroyo, encontrando un nivel, llenaba el espacio de la mina á uno, dos y aun á tres pies de profundidad: pero sobre estas estancaciones se habian puesto traviesas de madera apoyadas en los lados de la mina, que servian de puente.

Estéban probó la resistencia de estas maderas.

No se habian podrido, servian aun.

Despues de estos estancamientos se determinaba otro desnivel y el arroyo se precipitaba por uno de los costados.

Al fin, Estéban, como á un cuarto de legua del lugar de donde habia partido, dejó de seguir el arroyo, tomó á la izquierda por una estrechisima galería y encontró una puerta de hierro de tres gruesos barrotes, mohosa y asegurada por dos cerrojos enormes que se cerraban con llave.

Estéban abrió con dificultad las dos cerraduras oxidadas, poniendo aceite á las llaves; franqueó aquella puerta, se volvió, llegó al pozo, subió á su brocal por medio del cubo y de la cuerda, y consultó su gran reló orlado de brillantes, que debia á las ideas democráticas de su sobrina Eugenia.

—Las diez menos cinco, dijo; contituyámonos en portero: esos bribones no tardarán en venir.

Y metiendo la linterna en el cuarto donde estaban las herramientas, fué á ponerse junto á la puerta.

VI.

Poco despues tocaron á ella con la mano por la parte de afuera. Estéban abrió y oyó el ruido de unos gruesos zapatos claveteados.

—No necesito preguntarte quién eres, Tres-veces, lo vas tú diciendo con tus zuecos, dijo Estéban cerrando la puerta.

—Es necesario que el calzado dure, don Estéban, dijo Tres-veces; los tiempos andan malos; los lebreles nos acosan; no se puede dar un golpe tranquilamente, y no siempre se tiene para zapatos nuevos.

—¿Y los otros?

—Ahí detrás vienen; solo que hay que dársela á los serenos sin hacerse sospechoso, y á veces se tarda: cuando se le ocurre á uno de esos malditos ponerse frente á la puerta, uno tiene que irse allá arriba y silbar ó hacer algo para que el sereno acuda; y si no, ya oye usted.

Acababa de resonar, viniendo de la parte alta de la tortuosa calle de los Mancebos, un silbido poderoso; uno de esos terribles silbidos de ladron.

—Abra usted la puerta, don Estéban, que dentro de dos minutos están aquí los otros nueve.

—Pues ¿quién es quien ha silbado?

—El espolique, Corregüela, el pelon de la tía Cribas la castañera: silbar y partir como un galgo, habrá sido todo uno; que le busquen los serenos; á ese chiquillo no le falta mas que ir dentro de tres ó cuatro años á Ceuta y estar allí un poco de tiempo estudiando; y lo que es á Ceuta vá, sin tardar mucho, ni necesitar empeños; ¿no le decia yo á usted? ya están ahí los otros.

VII.

Poco despues sintió Estéban entrar á unos hombres.

—¿Estais todos? dijo.

—Sí señor, los diez, si es que ya está aquí Tres-veces, contestó una voz ronca.

—Pues adelante; seguidme los pasos, dijo Estéban.

Y les llevó al aposento donde habia dejado la linterna.

Eran diez hombretones, desde los veinte y cinco á los cuarenta años: bandidos, á juzgar por su espresion, por su manera, por su trage pobre

de canallas; armados todos de garrotes y capaces de asustar á la misma justicia, si los encontraba juntos en altas horas en una calleja escusada y solitaria.

VIII.

—Tres de vosotros, dijo Estéban, me conocen ya de antiguo; estos tres son, el Jundo, el Mellado y Tres-veces; preguntadles á ellos quién soy yo y si me huele ó no me huele el resuello á muerto.

—Sí, sí, ya sabemos, don Estéban, dijo uno de aquellos perdidos.

—¿Cómo te llamas tú? dijo Estéban.

—El Bolo, para servir á usted.

Es sabido que muchos de estos bribones han olvidado su nombre de bautismo y su apellido, si le tienen, y solo responden por su apodo.

—¡El Bolo! dijo Estéban, ¡vaya un álias!

—Diré á usted, señor; cuando yo estaba en el Hospicio, porque yo soy cunero, era tan torpe que me pusieron el Bolo; despues me despabilé porque el hambre aguza los cascos, pero me quedé con Bolo.

—Y tú, ¿qué eres?

—¿Que qué soy yo? dijo sonriendo el Bolo, como si le hubieran hecho una pregunta estraña.

—Vamos, entendido; tú no tienes oficio de los que se practican á la luz del sol; bueno, entendido: y tú, ¿cómo te llamas? dijo Estéban dirigiéndose á otro de ellos, cuyo semblante tenia algo del zorro y del mochuelo.

—Yo, Mediodía.

—Ladron y...

Estéban hizo un movimiento semejante al de una puñalada dada á traicion.

—Sí señor, sí, eso y algo mas.

—¿Qué mas?

—Sé hacer la cara del rey y la letra de cualquiera.

—¿No has estado tú allá?

—Sí señor, pero me fuí al moro; y del moro me vine aquí; y como en este charco nadie me conoce mas que los amigos, voy pasando.

—¿Y tú quién eres? preguntó Estéban á otro.

—Diezmil.

—Hijo, hijo, me parece muy fanfarron tu álias; lo que es para mí no eres ni medio: ¿en qué te ocupas?

—En llevar, en traer, en oler y en cantar.

—Bueno, bueno, muy bien: ¿y tú?

—Yo soy Conejo, respondió otro.

—Tú eres tomador, lo estoy viendo; no es menester que me lo digas: tienes todas las trazas de ser listo como una ardilla, bueno; ¿y tú, gordinflon?

—Yo soy Responso.

—¡Ah, diablo! ¿y á cómo trabajas?

—Segun y como es la persona con quien tengo que entenderme; por último, señor; por lo que me dan, doy.

—¿Cuántos registros tienes en la cárcel?

—Ninguno; yo no soy torpe: cuando doy, doy de veras, donde nadie me vea, sobre la marcha y adivina quién te dió.

—Perfectamente, asi me gustan á mí los hombres; los que se comprometen, ó son cobardes ó brutos; ¿cómo te llamas tú, pálido?

—Trompeta.

—Hombre, ¿y por qué te llamas Trompeta?

—Porque antes de mudar la voz, la tenia como un clarín de caballería.

—¿Qué eres tú?

—Yo, de todo; á lo que sale.

—Eso es mejor: vamos á ver, tú que estás cabizbajo como si te fueran á horcar; tú te debes llamar zorro á la fuerza, ó no han sabido ponerte el nombre.

—Yo me llamo Cazurro.

—Tanto da; y ¿qué eres?

—Pordiosero.

—Basta, hijo, basta; comprendido: ahora bien, aquí venís á trabajar, ya os lo habrán dicho estos tres; ganais diez pesetas todas las noches, desde las diez hasta una hora antes de amanecer: vosotros direis: ¿y para qué cavamos? para buscar un tesoro, veinte millones.

Las miradas de los siete nuevos conocidos de Estéban se fijaron en él relampagueando.

—¡Cuidado con las tentaciones, hijos! ¿qué sucedió una noche, por el mes de diciembre, hace nueve años, allá abajo, Tres-veces? cuéntaselo á estos.

—Allá abajo, dijo sombriamente Tres-veces, se quedaron tres hombres muertos y todos los demás salimos aporreados.

—¿Y quién hizo todo eso?

--Usted, don Estéban.

—¿Y por qué lo hice?

—Porque se nos puso que estaba cerca el tesoro y quisimos matarle á usted.

—Ya lo oís: yo soy el mismo hombre de siempre: si quereis hacerme traicion, peor para vosotros: tú eres un toro, Diezmil; tente firme, hijo; ¿lo ves?

Estéban habia asido por un brazo á Diezmil; le habia atraido á sí, lo habia lanzado, y le habia hecho dar, perdido el equilibrio, contra la pared.

—Vaya, muchas gracias por haber hecho la prueba conmigo, dije Diezmil.

IX.

—No hay de qué, valiente, dijo Estéban; no he concluido aun, si á alguno de vosotros se le ocurre dar parte al gobierno de que hay un tesoro enterrado en un lugar que conoceis, no adelantareis nada, porque ese tesoro está hecho con robos, y hay en él muchos vasos sagrados, muchas alhajas de iglesia: el gobierno no os daria nada, y en caso de que os diese, no os daria mas de lo que yo os daré: el dia que se encuentre el tesoro os doy un millon para todos: á mas de esto, vosotros no podeis dar parte por vosotros mismos; porque seriais presos por las cuentas atrasadas que teneis con la justicia, y para un asunto tan delicado no os podeis fiar de nadie: bien sé yo lo que me he hecho valiéndome de vosotros: con que á ser conmigo hombres de bien á la fuerza, y no hagais ninguna tontería que os pueda salir cara.

—Descuide usted don Estéban, dijo Diezmil, que lo que nos importa es cumplir con usted y venimos aquí de buena fe; ¿no es verdad muchachos?

—Sí señor, sí, dijeron todos.

—Pues á hacer lo que se hacia antes, Tres-veces, dijo Estéban.

Tres-veces salió del grupo y dijo á sus compañeros.

—Voy á registrar á todo el mundo, porque al trabajo se va sin mas herramientas que los zapapicos.

Todos sacaron quién su navaja, quién su puñal.

Algunos llevaban dos de estas armas.

—Ahora á encender los faroles de mina, dijo Estéban, señalando cinco de ellos que estaban en una tabla en la pared; á tomar los zapapicos y las espuertas, y andando.

X.

Cada pareja tomó un zapapico, una espuerta y un farol encendido.

Salieron al patio, llegaron al pozo; uno á uno fueron descolgados por Tres-veces y por Estéban.

Por último, Estéban descolgó á Tres-veces, y luego bajó él mismo.

Los diez estaban agrupados en la galería mas allá del agujero del fondo del pozo.

—Dejadme pasar y seguidme, dijo Estéban que llevaba en la mano una linterna; luego detrás de mí uno á uno.

Y adelantó.

Tres-veces le siguió inmediatamente.

Luego los otros.

Llegaron á la galería por donde corria el arroyo, le siguieron hasta la puerta de hierro, por la cual pasaron, recorrieron una larga galería, y al estremo de ella encontraron algunas bocas de otras, que dejaron atrás.

Al fin, Estéban dijo parándose á la boca de una:

—Dos aquí, á minar por derecho, y con bríos: cuanto antes demos con lo que se busca, seremos ricos mas pronto: uno pica y otro desembaraza la tierra: cuando el uno se canse le releva el otro: ánimo y á ello.

Estéban distribuyó los diez hombres en las cinco galerías, y despues encendió unos faroles que habia de trecho en trecho hasta un ensanchamiento donde debia arrojarse la tierra que produjesen los minadores.

Estéban inspeccionó los trabajos, y quedó contento del vigor de sus obreros.

A las cinco de la mañana cesó el trabajo, subieron, y Estéban los obsequió con las botellas, el salchichon, los huevos cocidos y el pan que habia en la cesta, y les dió un jornal estraordinario.

Despues salieron de la casa, y cada cual, incluso Estéban, fué á esconderse en su agujero.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

La botillería de los Cuatro Vientos.

I.

En 1833, la calle Ancha de Peligros no era lo que es ahora, una calle mitad nueva, mitad vieja, pavimentada de asfalto y sentenciada á ser en un breve espacio completamente nueva, y á perder su característica travesía y su formidable callejon de Jitanos.

En aquel tiempo su caserío era viejo, destartalado, feo.

Dos estrechas aceras melladas corrian á lo largo de un mal empedrado: donde ahora está el café Suizo se alzaba un hacinamiento de casucos.

La célebre posada de Zaragoza, que en paz descanse, estaba en su mayor esplendor.

En la esquina del callejon de Jitanos, donde ahora existe el café Europeo, habia una taberna sombría; y en la parte media de la misma acera, frente al que hoy se llama café de las Cuatro Naciones, que era entonces buñolería, estaba la botillería de los Cuatro Vientos, que tenia en su entresuelo otra muestra mas pequeña en que se leia en grandes letras encarnadas sobre fondo blanco: «Real juego de billar.»

II.

Esta botillería era muy antigua; compañera ilustre de la de la Canosa, y como ella y como la vieja de Pombo, frecuentada por majas de basquiña y mantilla de ancho felpon, gargantilla de perlas, grandes arracadas, gran peineta, grande hermosura y gran descaro, y palabra libre y rajante como un hacha.

Estas mozas no concurrian allí sin su majo ó sin su vieja, que se diferenciaban muy poco en cuanto al traje, y nada en los tipos, de los que ha eternizado el pincel de Goya.

Estas vestales atraian á las botillerías, particularmente á la de los Cuatro Vientos por su situacion en uno de los cruceros mas concurridos de Madrid, gran número de gente alegre *non sancta*, y en su mayor parte peligrosa.

Tal vez por esto se llamaba aquel crucero la calle de Peligros; porque cada una de aquellas muchachas de ojos negros y chispeantes, de cabellos ondeados y recogidos en anchos rizos, con su desvergonzado donaire y su sonrisa provocativa, era un peligro para el corazon y el bolsillo, y otro no menor peligro el majo que la cortejaba, una epidemia la vieja que la acompañaba, y un sobresalto los grupos de tunantes que frecuentaban la calle al olor de estas palomas torcaces, perdonavidas con el alma echada atrás, y que olian á rateros desde una legua.

Las gentes honradas y tímidas escusaban el paso por la calle de Peligros, y jamás una mujer decente se aventuraba por ella.

III.

Con suma frecuencia, del callejon de Jitanos ó de la buñolería ó de cualquiera de las ocho ó diez tabernas que habia en la calle y en su travesía, partia estruendo de riña, voces irritadas y ¡aquí la justicia! ¡que me matan! ¡á ese! ¡al ladron!

Verdaderamente era peligrosa la calle de Peligros.

IV.

En la botillería nunca habia puñaladas; cuando mas, nacia en ellas, en sus salas de billar y de juego, la disputa que debia producirlas en el callejon ó en la travesía.

Consistia esta inmunidad de la botillería, en que los mozos eran gente de puños, de arranque y de alma atravesada ; verdaderos mastines de la casa, y en que siempre habia en las salas de juego un celador y dos ó tres individuos de la ronda.

A pesar de esto, solia perderse de los clavijeros una capa de los que jugaban al billar.

En la parte baja, en lo que podia llamarse la botillería, no habia rateros; allí solo concurrian mozas de vida ancha, sus adláteres, que podian considerarse como rufianes, y los aficionados á este género bravo.

Además, concurrian en las primeras horas de la noche algunas personas decentes y despreocupadas, á quienes gustaba el punzante cuadro múltiple de costumbres que se desplegaba contínuamente en la botillería, y el buen café, los buenos licores y los buenos helados que se servian en ella.

V.

Algun marqués, algun guardia de Corps, algun gentil hombre, alguna persona grave y aun algun sesudo literato académico, solian componer el grupo aparte del mostrador.

VI.

La calle de Peligros de entonces, se diferenciaba poco en la parte moral y en la concurrencia de la calle de Peligros de hoy, á la que hace algunos años se confirmó con el nombre de calle de Sevilla, que hoy lleva.

Faltaba, sin embargo, entonces, en la concurrencia de la calle y de sus establecimientos, una clase simpática, característica y honrada, pero de buen *trapío* : los toreros.

Estos, por aquellos tiempos no pasaban de las tabernas mas allá de la Fuentecilla de la calle de Toledo.

Hoy, los casinos, por decirlo así, de los toreros, son: el estremo del café Europeo, bajo los dos grandes espejos que forman un ángulo obtuso, y las salas de juego del café de las Cuatro naciones.

VII.

En fin, nosotros aventuramos una hipótesis sobre el nombre de la antigua botillería: creemos que se llamaba de los Cuatro Vientos, porque casi todos sus concurrentes se encontraban descubiertos á los cuatro vientos bajo la accion indolente de la justicia.

No habia uno de ellos ó de ellas del cual ó de la cual no se hubiese escrito y tomádose registro en la cárcel, en la galera ó en el hospital.

VIII.

El aspecto de la botillería era característico: el papel no revestia ninguna pared: las grandes casas estaban pintadas ó entapizadas: la casa comun, el establecimiento público mostraban sus paredes simplemente blanqueadas.

Blanqueado estaba el largo, estrecho y bajo salon inferior de la botillería.

Las paredes, en la parte baja, hasta la altura de una persona sentada, estaban revestidas de estera fina valenciana de junco blanco.

Estrechas mesas se apoyaban en esta estera, y junto á las mesas habia pesadas y fuertes sillas pintadas de azul.

El alumbrado consistia en quinqués de aceite con reverberos de espejo colgados de trecho en trecho en la pared, que ahumaban el techo de viguetas y bovedillas.

El mostrador delante de la anaquelería, cargado de botelleros en sus estrémos, era de madera pintada de verde, y forrada de plomo en su parte superior.

Las salas de billar y de juego eran insoportables por lo bajo de sus techos, por el humo de sus quinqués y de los cigarros de su gran concurrencia, y por el ruido zumbador de la muchedumbre que las llenaba.

Para no asfixiarse allí, era necesario estar acostumbrado á aquella atmósfera.

IX.

La botillería estaba desierta durante el dia; pero desde la caida de la tarde hasta las diez de la noche que se cerraba, era un rio de oro; especialmente en el invierno.

A esta botillería acudian constantemente y permanecian en ella desde las ocho de la noche hasta cerca de las diez, Juan Pulgon y Estéban.

El uno como individuo de la ronda de policía secreta: el otro como parroquiano.

Muchas veces, en un lóbrego gabinete del departamento de juego, se veian los diez obreros de Estéban, jugando al mus, botellas de vino de Valdepeñas.

CAPITULO II.

El 29 de setiembre de 1833.

I.

Este dia, ó por mejor decir, en la noche de este dia, en la calle de Peligros, en sus tabernas, en su buñolería, en su botillería de los Cuatro Vientos, se notaba una agitacion sorda: esa agitacion de la opinion pública en los momentos de una gran crísis política que aun no se ha resuelto, y cuya resolucion es dudosa y grave.

No se oian acá y allá en los grupos, en las mesas, delante de los mostradores y vaso en mano, mas que frases como la siguiente:

—¿Qué sucede? ¿qué hay?

—Dicen que el rey ha muerto á las cuatro de la tarde.

—No puede ser; no se han oido las salvas.

—Se oculta la muerte del rey.

—¡Ah! se tiene miedo.

—Los realistas están reunidos en su cuartel.

—Y tambien las Guardias españolas.

—En palacio no dejan entrar á nadie.

—Pero dejan salir y se sabe todo.

—¿Habrá jarana?

—Puede ser: dicen que las Guardias españolas y los realistas quieren proclamar á don Cárlos.

—Pues que se anden con tiento no se les vuelva la moza respondona y le salga el tiro por la culata.

—Los realistas podemos mucho.

—Mas podemos los liberales.

II.

Estos diálogos concluian en grandes disputas que se apresuraba á cortar la policía, numerosa aquella noche en la calle de Peligros y con órdenes rígidas.

Los salvaguardias estaban en todas partes; escuchando siempre, siempre dispuestos á cruzarse entre dos contendientes, y á prenderlos si era necesario.

III.

Hervia aquella pequeña córte de los milagros.

Su concurrencia se habia aumentado con hombres estraños; con esas horribles y aviesas caricaturas que aparecen antes de los grandes trastornos: aves de mal agüero que vuelven á ocultarse cuando ha pasado la tormenta.

IV.

La fermentacion se estendia á todo Madrid.

Las rondas de los alcaldes de barrio y las patrullas de voluntarios realistas y del ejército, de caballería y de infantería, se cruzaban por todas partes, especialmente en los barrios de Toledo, las Vistillas, Lavapies y Maravillas, en los cuales todo el mundo estaba en la calle; costando mucho trabajo á las patrullas y á los alcaldes meter las gentes en sus casas.

En aquellos barrios las tabernas se habian cerrado de órden de la autoridad al principio de la noche.

En el resto de Madrid transitaba muy poca gente por las calles, y solo se veia alguna concurrencia en las tabernas y en las botillerías, que no habian sido cerradas, pero que estaban vigiladas.

A las nueve de la noche se habia logrado despejar las calles de los cuatro tremendos y tumultuosos barrios que ya hemos indicado, y los alcaldes de barrio empezaban á mandar cerrar todos los establecimientos de Madrid, inclusas las posadas y las casas de huéspedes para dormir.

V.

Decian los liberales que Cristina iba á proclamar la constitucion del año 12, y los realistas que Cristina y las dos infantas, sus hijas, serian presas, y nombrada una regencia absolutista, mientras llegaba de Portugal, don Cárlos, que seria proclamado rey.

No se tenia, sin embargo, la certeza de que Fernando hubiese muerto.

Callaba el cañon, y no habia aparecido ninguna *Gaceta* estraordinaria; á pesar de esto, salia de palacio un hálito de muerte.

Callaba, pero estaba armado: la fuerza que le custodiaba habia sido triplicada; la artillería de la guardia tenia enganchadas tres baterías en la plaza de Armas.

En todas las avenidas de palacio habia avanzadillas: los centinelas de éstas no dejaban pasar á nadie.

Esto parecia indicar que el rey habia muerto, y que se tomaban medidas contra un golpe de mano de los realistas.

VI.

¿Pero se podia confiar en las tropas que guarnecian á palacio?

Todos conocian el ultra-realismo de la guardia real ó guardia española.

Los guardias de Corps y los alabarderos eran tambien realistas netos, asi como los jefes y la generalidad de los oficiales de los cuerpos del ejército de servicio en palacio.

La servidumbre era tambien afecta á don Cárlos.

¿Sostendrian esta servidumbre, estos militares el testamento de Fernando VII y la pragmática sancion de las Córtes de 1789, derogando el auto acordado de Felipe V, y llamando á suceder á su padre á la princesa doña Isabel?

Debia suponerse que no.

¿Cristina y sus hijas, estaban defendidas ó presas?

Si el rey habia muerto debia suponerse lo segundo.

¿Pero habia muerto el rey?

Se suponia, pero no se tenia la seguridad de ello.

VII.

Los partidarios de Cristina estendian diestros agentes por Madrid.

El partido liberal se agitaba en silencio, se armaba, recibia una consigna, se preparaba al combate.

Salian de Madrid correos para las provincias, que montaban en las afueras.

El ministerio con Zea Bermudez á la cabeza; los proscriptos mas notables á quienes habia vuelto á la patria la amnistía de Cristina, y la diputacion de la grandeza, de la baja nobleza, los prelados y los representantes del clero regular y secular; las primeras autoridades y los generales de cuartel en Madrid, estaban en palacio.

Nada se sabia allí tampoco.

La cámara del rey era un misterio.

Allí no habia nadie mas que Cristina y su hermana la infanta Carlota; la alentada mujer de quien puede decirse conquistó con su energía, con su decision á toda prueba, la corona á su sobrina.

Solo entraba en la cámara Zea Bermudez, y cuando salia se mostraba profundamente diplomático é impenetrable.

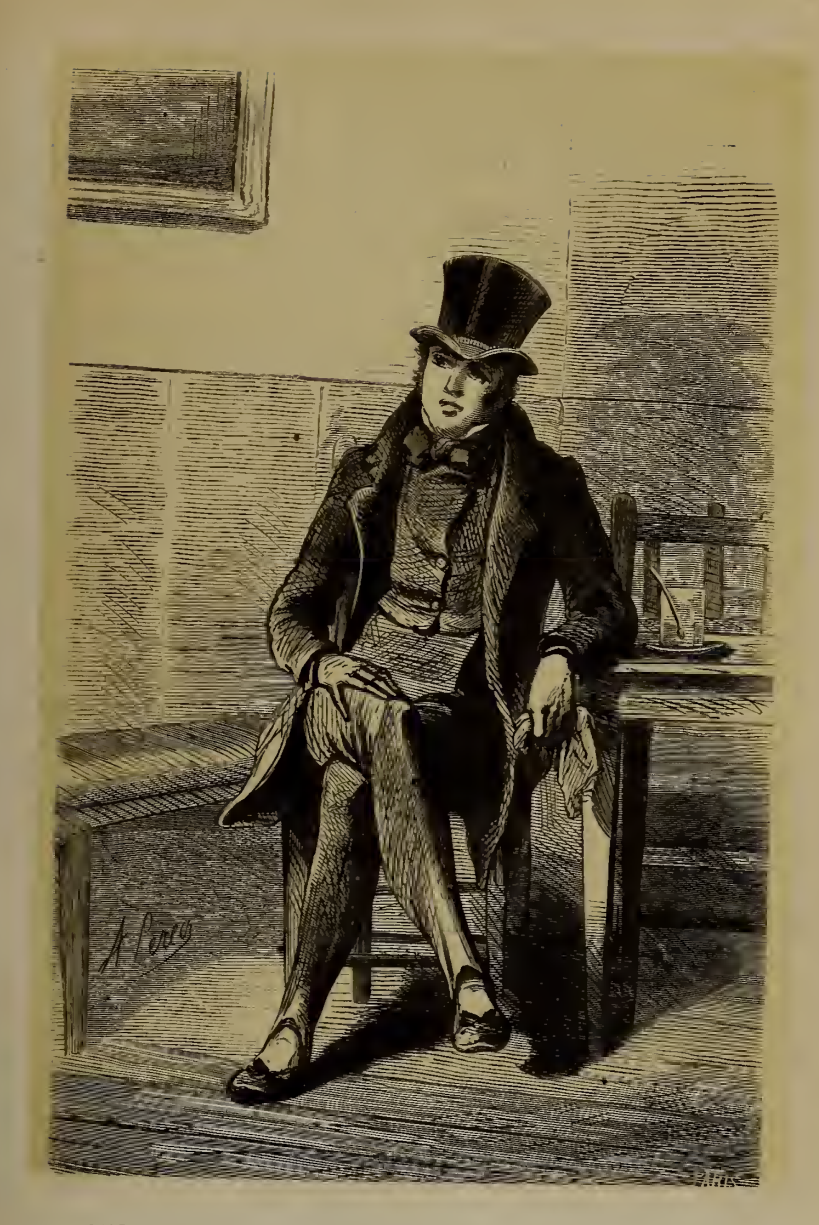
—Aun no, aun no, señores, decia; su magestad está muy grave, gravísimo; pero en la pasada enfermedad estuvo mas grave aun: esperemos una salvadora reaccion.

Y se encerraba con sus secretarios.

Fueron aquellas unas horas supremas de ansiedad.

A la sola sospecha de la muerte del rey habia levantado su faz horrible la guerra civil.

Tal era el dificilísimo estado de Madrid á las nueve de la noche del 29 de setiembre de 1833.



MIGUEL EN LA BOTILLERIA DE LOS CUATRO VIENTOS.

CAPITULO III.

Desmayado por hambre.

I.

A aquella hora, un jóven que parecia gravemente enfermo, por lo vacilante de su marcha, dobló la esquina de la Carrera de San Gerónimo, entrando en la calle de Peligros: adelantó trabajosamente, entró en la botillería de los Cuatro Vientos, y se sentó al estremo de la pared al frente de la puerta en una mesa que estaba junto al mostrador.

II.

Este jóven era alto, bello, rubio, con los ojos hermosos y azules, con patillas rubias á la inglesa, y estaba muy pálido, con la palidez de la enfermedad: muy desalentado, con el desaliento de un grande infortunio.

Habia en la espresion de su semblante algo de aristocrático y altivo, á pesar de su abatimiento.

Su sombrero y su pobre trage, que consistia en una levita, un chaleco y un pantalon negros, estaban muy limpios, pero muy raidos.

III.

Mientras esto sucedia en el piso bajo de la botillería, en el departamento del juego, en el gabinete donde solian reunirse, como hemos di-

cho, los diez obreros de Estéban, estaban sentados á una mesa, jugando al dominó y teniendo junto á sí, un gran vaso de ponche, Estéban y Juan Pulgon. El juego era un pretesto. Estaban de tal modo distraidos, que metian continuamente *micos* sin que ninguno lo reparase.

Meter mico, al dominó, quiere decir, poner, en vez de pasar, una ficha de distinto número, á otra; como si dijéramos un cinco á un tres.

El gabinete era muy pequeño. No habia en él mas que una mesa, y por consecuencia Estéban y Juan Pulgon estaban solos.

En cambio, mas allá de la puerta de este gabinete, en las salas de juego y en los billares, la concurrencia era mayor que nunca. Gran parte de ella estaba de pie porque faltaban sillas.

IV.

—Buena noche; brava noche; magnífica noche; decia Estéban: el rey se muere ó ha muerto; se ha muerto ó se está muriendo mi último hermano; bien, perfectamente: paso; ya sabes que no he cogido esta mano ningun as: maldito ponche, le han echado resina disuelta en vez de ron; rejelea: las nueve menos cuarto; pronto llegará ese; ¿pero estás seguro de que era él, Juan.

—Vaya, vaya, sí estoy seguro: don Miguel Coello, marido de doña Enriqueta Coello, y su hija doña Clara Coello: ya te he dicho que me lo encontré anoche vagando por delante del Botánico, por el paseo de los aburridos; que me pareció sospechoso, porque yo buscaba ciertos pájaros; creí dar con uno de ellos; le seguí á la larga, y ví que al fin se metia en el número 103 de la calle de la Comadre, que es una casa de vecindad: detrás de él, adentro yo: pregunté á la portera que es una bruja que parece hija del diablo, y que me dió las noticias que te he dado.

—¿Estás seguro de que ha recibido mi carta?

—Se la he dado yo mismo.

—Mi sobrina Eugenia habrá recibido tambien la mia: esto marcha; gran situacion; gran crisis en el pais y en mi familia: esto va á dar una vuelta; me ha venido de molde mi sobrino: no tenia ya medio para sacar dinero de ninguna parte: yo no podia decir á mi sobrina Eugenia: dáme dinero; ella me cree allá en los quintos infiernos, en los Estados-Unidos: me he pasado nueve meses, largos, viviendo como un mochuelo en Ma-

drid sin salir mas que de noche y disfrazado: he gastado cinco mil duros, amigo Pulgon, sin lograr llegar á mis millones; calcula tú: veinte duros diarios de gasto, durante nueve meses, son para dejar pobre á cualquiera: maldito suegro de mi tatarabuelo Lamprea, ¿dónde diablos fué á esconder su dinero? hemos minado como hurones, no sé cuánto; legua y media lo menos, acumuladas las varas que se ha adelantado por cada mina; hace un mes que no les pago; que me están trabajando al fiado; se me han insubordinado tres ó cuatro veces porque es mala gente, y me han amenazado con que esta es la última noche que trabajan; espero que mi sobrina me envie los dos mil duros que le he pedido para ti, contándole la historia del documento que me has vendido y del cual la he enviado una copia: he usado de tu nombre por hipocresía, para exigir esos dos mil duros: mi sobrina Eugenia es un ángel; me es simpática y no quiero aparecer á sus ojos como un bribon: me has ganado la partida, canalla; ya se ve, estoy distraido, dado al diablo: no importa; el que no tiene no pierde; estoy sin un cuarto, reducido á tu mesa exigua, infame, que me tiene siempre hambriento.

—Es necesario no comérselo todo, amigo Estéban.

—Y te quejas, canalla: tienes diez mil duros por haberte prestado á firmar aquel endiablado documento, y en cuanto se muera mi hermano, mi sobrina Eugenia te dará lo que quieras porque escribas al pie de aquel documento una retractacion que convenza á Miguel; y esto sin peligro, porque el tal documento no ha de aparecer ante la ley; tienes suerte, pillo: dáme dos pesetas para cenar en la taberna de Pico.

—Apenas tengo para pagar el ponche: ya sabes que mi dinero está empleado, que dejo en la compañía mis intereses, y que vivo estrictamente de mi sueldo.

—Infame, eso no quitará que de los dos mil duros que espero recibir esta noche, tomes los diez mil reales que te he ofrecido porque me vendieses aquel papelucho: eres el judío mas detestable que conozco.

—De los escarmentados...

—Nacen los usureros, ya lo sé; paciencia: aguantemos el vacío del estómago: ¡ah! no te la perdono; me tienes á dieta; nunca he pasado tanta miseria: las nueve, añadió sacando un pequeño relojillo; hace dos meses tuve que empeñar mi magnífico reló, el reló de mi abuelo; Dios de Dios, es necesario que esto concluya: yo no quiero vivir de una pension, yo quiero mis veinte millones; sí señor, veinte millones; no abras

los ojos y te sonrias de ese modo, gaznápiro; tú crees que es mentira lo del tesoro ¿no es verdad? pues no señor; el suegro de mi tatarabuelo era un tiburon que supo ganar el oro á montones, de todas las maneras posibles.

—Lo que creo, Estéban, dijo Pulgon, es que has buscado á tientas y que es muy posible que el tesoro esté enterrado tan hondo que hayas pasado por encima sin tropezar con él; ó vice-versa; que esté á muy poca profundidad y hayas pasado por debajo; sin contar con que puedes haberte ido por la derecha ó por la izquierda.

—Por cima, mas bien, dijo Estéban poniéndose densamente pálido: he hecho bien los cálculos de direccion, valiéndome de buenas noticias; pero por una aberracion me he olvidado de la cuestion de nivel: ¡ah, estúpido! y es muy posible que sea necesario volver á empezar de nuevo: ¡bah! ya son las nueve largas; estoy inquieto; ya habrá llegado ese: ¡García, García! ¡eh! gallego del diablo, ven acá.

V.

Entró un mozo.

—¿Qué manda usted? dijo de mala gana porque Estéban no daba nunca propina y á veces dejaba á deber lo que tomaba.

—Véte abajo, tunante, y mira si está allí esperando un jóven muy guapo, de veinte y seis á veinte y siete años, vestido como una persona decente, pero con ropa muy vieja: oye, es rubio y con los ojos azules: si está le dices que suba, te le traes; para que venga díle que le está aguardando el peregrino.

—¿Y nada mas?

—Sí, toma por el ponche, y guarda lo que sobra, dijo Juan Pulgon, soltando sobre la mesa una peseta.

Lo que sobraba constituia una propina de ocho cuartos. El ponche era mas barato en aquellos tiempos.

El mozo salió.

VI.

—¿Y si se arma jarana, como es muy probable? dijo Juan Pulgon.

—Si se arma jarana, con los mios, qué diablos; hay que hacer algo por la libertad, Juan: mientras yo no tenga mis veinte millones, soy mas republicano que Robespierre; abajo los ricos, abajo los nobles; la

division de la propiedad, esto es justo; para que no haya pobres es menester que no haya ricos: cuando tenga mis veinte millones será distinto: un millon de renta; me hago duque, valiéndome de la influencia de mi sobrina, de mi sobrino que me lo deberá todo, y me tiendo á la bartola: si hay jarana, á matarse por Cristina: siempre es bueno tener méritos que alegar: estamos en un momento de crisis, la nacion, mi familia y yo: pues diablo, adelante, y lo úlmimo será volverse á echar el alma á la espalda y esplotar la guerra civil, que, no lo dudes, tenemos encima.

VII.

En aquel momento volvió á aparecer García.

—El jóven que usted dice, don Esteban, ha venido, está abajo y se ha desmayado de hambre, creo yo: doña Remedios ha acudido y los mozos, y allá están peleando con él para hacerle volver en sí.

Estéban se levantó, cogió su terrible baston, salió del gabinete y se lanzó por entre la multitud que llenaba las salas de juego de la botillería, rompiendo por entre ella como un jabalí por entre un jaral.

VIII.

Veamos lo que habia sucedido abajo.

Volvamos al jóven rubio y pobre que se habia sentado poco antes junto á una mesa, y que ya sabemos era Miguel de Fonseca.

Su trage, como ya hemos dicho, era decente, tenia el mejor córte.

Era completamente elegante, pero pertenecia á una moda antigua. Estaba gastado, deslustrado, aunque muy limpio.

Era el trage de la miseria que se defiende con el aseo.

Su camisa era otro detalle de su miseria, y denunciaba que existia una mano cuidadosa que procuraba hacer frente, á fuerza de trabajo, á la pobreza del jóven.

Habia en aquella camisa primorosos zurcidos. Un zurcido de este género, en la camisa limpia, de un jóven pobre, es un bello rasgo de un poema de sentimiento. Ese zurcido denuncia un ángel; porque en nuestro tiempo es necesario que una mujer sea un ángel, de luz ó de sombra, caido ó glorioso, pero siempre un ángel, para que llegue á esos pequeños, pero enérgicos detalles del cuidado, por un ser impotente que nada puede dar mas que amor.

El mundo pasa, por lo general, sobre esos pequeños y característicos detalles sin comprenderlos.

Tal vez aquella camisa es la única; tal vez se ha lavado, se ha zurzido, se ha planchado durante el sueño de quien la lleva puesta.

¡Oh! la camisa de un hombre puede decir mucho para el que tiene ojos que ven y corazon que siente.

IX.

Un mozo, en el momento en que Miguel se sentó junto á aquella mesa, se presentó á recibir órdenes.

—Espero, contestó con acento breve Miguel, mas tarde.

Desde entonces pasó media hora.

Durante ella Miguel habia mirado con insistencia, con ánsia, á la puerta de la botillería.

A medida que transcurrian los minutos, acrecía la especie de malestar que se notaba en el semblante de Miguel.

La dueña de la botilería, á quien habia llamado la atencion, habia notado el paso de algunos esfuerzos por aquel semblante melancólico y al par sombrío.

Al fin, la cabeza de Miguel vaciló y cayó inerte sobre el tablero de mármol de la mesa.

X.

Solo habia en la parte baja de la botillería cuatro personas sentadas junto á una mesa redonda, cerca del mostrador: la dueña, aquellas cuatro personas, y los mozos, acudieron al desmayado.

—Esto es hambre, dijo con una tranquilidad impía uno de los mozos.

—Esto es desgracia, dijo una voz ronca detrás del grupo que habia rodeado la mesa en que se encontraba Miguel.

Al mismo tiempo una mano membruda avanzó sobre la mesa, levantó la cabeza de Miguel y todos se volvieron á mirar al que habia pronunciado aquellas palabras. Era Estéban.

XI.

Observó profundamente el semblante de Miguel.

Su mirada, antes sombría, cambió, apareciendo en ella una ternura desesperada.

Luego miró benévolamente á los que habian acudido al socorro de Miguel, y les dijo:

—Gracias, señores, gracias; esto pasará, es un vahido; una poca de agua.

Acababa de traerla un mozo.

Estéban tomó una poca, y de la manera mas original del mundo la lanzó sobre el rostro de Miguel, rociándole por completo.

—Gracias, señores, gracias, repitió de una manera nerviosa é impaciente, como si le abrumase la proximidad de los que permanecian aun junto á la mesa: ya he dicho que esto pasará: ya ha pasado.

En efecto, Miguel abrió los ojos, miró en torno suyo, y al ver al que le habia rociado el rostro, se puso en pie de una manera violenta.

Salió á sus ojos una llamarada que tenia algo de terrible, y dijo con la voz sorda y concentrada.

—¡Ah! por fin...

—Sí, por fin, dijo Estéban; pero has llamado demasiado la atencion de una manera involuntaria para que no nos apresuremos á salir de aquí.

—He esperado mucho, mucho, contestó Miguel; salgamos.

XII.

Y en aquel momento se oyó en la pieza superior de la botillería un ruido estraordinario.

Mesas que se volcaban; servicios que se rompian, golpes, voces, estruendo.

Instantáneamente bajaron revueltos los mozos con un *quidam* que se defendia como podia, de ellos, y que hacia lo posible por escapar.

Era un ratero, á quien habian cogido *in fraganti*, duplicando su capa.

Detrás de los mozos, y en lo alto de la escalera, apareció un hombre de un aspecto *sui generis*, mezcla en la espresion de tunante y de hombre de bien, que por el baston que llevaba en la mano, dejaba conocer á un celador.

Al ver á aquel individuo de la ley, Estéban tirando de Miguel, dijo:

—Pronto, fuera: si no puedes andar, apóyate en mi brazo; no podemos estar aquí mas tiempo.

El ratero habia logrado escurrirse de la botillería, pero dos salva-guardias que estaban á la puerta le habian cogido, y como sucede siempre que acontece algo en las calles de Madrid, aunque sea á la media noche, se agrupó alguna gente en torno de los salva-guardias y del ratero que protestaba audazmente contra su detencion.

Al través del grupo que habian formado á la puerta los salva-guardias, los curiosos, el ratero y los mozos que hasta allí le habian perseguido, salieron Estéban y Miguel, y se dirigieron apresuradamente hácia la Carrera de San Gerónimo.

XIII.

Para ser buen celador de policía se necesitan, no solo una inteligencia *sui generis*, una gran retentiva y un golpe de vista rápido y seguro, sino tambien olfato.

El hombre de policía no se hace, nace: cuando mas, se perfecciona; pero puesto en el lugar para que ha nacido predestinado, se perfecciona muy pronto.

A pesar de haberse vuelto rápidamente Estéban para no ser visto, el celador reconoció en él un sospechoso vigilado por la policía.

Dejó sin duda lo menor por lo mayor; es decir, el ratero por el sospechoso, y se puso en su seguimiento, diciendo al pasar á los salva-guardias.

—Dos conmigo.

No habia mas que dos, y el ratero escapó.

En cambio Estéban y Miguel eran seguidos, aunque á alguna distancia.

CAPITULO IV.

De cómo Estéban no tuvo que empeñar su relojillo para cenar.

I.

—Y bien, dijo Miguel cuando estuvieron en la calle; en Galicia me prestó usted hace cuatro años un gran servicio y desapareció usted.

—Anda, anda de prisa, y calla, ¿no ves que nos siguen? se me ha puesto en la cabeza que ese celador no pueda pedirme la carta de seguridad: anda, y procuremos escurrirnos.

—Estoy ansioso; un hombre de mala traza me ha dado esta mañana una carta que contenia tres solas líneas: «Interesa mucho á tu mujer, á tu hija, que vayas á esperarme esta noche á las nueve en la botillería de los Cuatro Vientos. El peregrino de Galicia.»

—Bien, sí, eso es; pero anda y calla.

Entraban en aquel momento en el callejon del pozo, por donde Estéban pretendia dar un tenazon al celador, que con los dos salvaguardias les seguia por la calle de la Cruz.

Por el callejon no pasaba un alma.

El celador, al ver torcer la esquina á Estéban y á Miguel, partió á la carrera, dobló la esquina, se echó encima de Estéban, á quien no convenia correr, le asió por el cuello del carrik y le dijo con ese acento duro y descortés de las autoridades callejeras cuando hacen una presa.

—¡Eh! alto ahí, amigo; á mí no se me escapa nadie.

II.

Estéban se volvió y miró en silencio y de una manera tal que le turbó al celador.

Un farol del alumbrado iluminaba el enérgico semblante de Estéban, lo bastante para que el celador viese la dura mirada de sus grandes y negros ojos fijos en él.

Soltó el cuello del carrik; los dos salvaguardias se habian acercado y habian cogido entre sí á Estéban y á Miguel, que estaban en el centro de un triángulo determinado por los salvaguardias y el celador.

—¿Qué significa esto? ¿por qué se me detiene? dijo con energía Estéban.

—El celador se habia rehecho, alentado por la proximidad de los salvaguardias.

—Menos palabras y menos humos, dijo, y venga la carta de seguridad.

—¿Y si nó se la doy á usted?

—Le llevo á usted preso.

—¿Porque usted quiere?

—No señor; por sospechoso.

—Vaya por Dios, dijo Estéban.

Y sacando su cartera, la abrió y sacó de ella su carta de seguridad que presentó al comisario.

No se atrevió á decirle que la leyera para sí, por evitar que surgiese otra sospecha en la mente del celador, y cometiese una arbitrariedad.

El celador tomó la carta, sacó una pequeña linterna de debajo de la capa, y como lo habia temido Estéban, leyó en voz alta lo siguiente.

«Concedo carta de seguridad al señor don Estéban de Fonseca y Otero, hijo natural del escelentísimo señor don Gaspar de Fonseca, marqués de Campo-Nuño...»

—¡Ah! esclamó Miguel.

—Sí, dijo Estéban, yo hice poner en esa carta el nombre de mi padre para que se me respetase mas; no importa, alguna vez lo habias de saber.

—«Estatura, baja; continuó leyendo el comisario, hombros anchos; cabello cano; barba poblada; ojos negros; color moreno; nariz grande;

boca regular, edad cincuenta y cinco años.» Aquí hay una nota en que consta que es usted amnistiado, añadió el celador.

—En efecto, he sido amnistiado por el delito de ser liberal.

—Perdone usted; me he equivocado: le he creido á usted sospechoso por la persona con quien se acompañaba en el café.

—¡Diablo! pues si es un individuo de policía.

—Tambien ahorcan al verdugo, caballero.

—Yo me he servido de ese hombre para hacer investigaciones que me importaban.

—Lo creo, caballero, lo creo: es un tuno; pueden ustedes seguir libremente su camino.

—Buenas noches, celador.

—Buenas noches, caballeros.

El celador se volvió con los salvaguardias á la botillería, en busca de Juan Pulgon; pero este habia desaparecido.

III.

—¿Qué diablos habrá hecho ese pillo de Juan Pulgon? dijo en voz alta Estéban, apenas se separó de él el comisario; cualquier cosa: complicidad en algun robo, como si lo viera, ¡galopo! pero no le creo tan torpe que se haya comprometido tan gravemente: tendrán que soltarle al cabo; ¡diablo de Juan Pulgon!

—He oido dos veces con terror ese nombre, dijo Miguel.

—¡Ah! sí; otra torpeza mia, dijo Estéban; con lo que me sucede, tengo la cabeza dada á los diablos: ¡oh! mejor, asi podremos entrar en materia sin que haya tenido el trabajo de prepararte: agárrate al brazo de tu tio, de tu buen tio, Miguel: estás hambriento, pobre hijo mio; tenemos que andar no menos que hasta la calle de los Mancebos, y apenas puedes tenerte de pie; y lo peor es que yo no tengo un cuarto; ¡ah! sí, sí señor; ¡válgame Dios! cuando nuestras alhajas son mezquinas no nos acordamos de ellas para nada; aun tengo reloj, que solo me sirve de pretesto para llevar mi cadena inglesa, de seguridad: aquí, mas allá de la Vitoria (pasaban á la sazon junto al convento de este nombre) hay un famoso bodegon, anda, anda; cenemos: cuando hayamos cenado haré la farsa de que me he olvidado del dinero y dejaré mi reló en prenda; aseguraré por dentro del bolsillo con un alfiler la cadena: habia de estar

tambien tu prima Eugenia sin un cuarto: es posible que no se le haya ocurrido que le compre su tio Antonio una alhaja; tú no entiendes esto; yo he ido á buscarte á los Estados Unidos; ya te lo esplicaré: entre tanto, cenemos: yo tengo por lo menos tanta hambre como tú: casa de Juan Pulgon no se comen mas que patatas y judías; y judías y patatas por variar, y se las enseña la aceitera ó el tocino: en bravo fuelle de órgano se convierte uno á los tres dias de estar en su casa, se entiende dependiendo de él: mientras yo tuve dinero, el infame comió á cuerpo de rey; pero cuando se me acabó y le tocó á él su vez, el pobre cuerpo mio no ha estado en todo un mes ni un solo dia sin hambre: hemos llegado al bodegon que va á ser para nosotros el paraiso: entremos, comamos, Miguel, mi reloj nos convida.

—¿Y Enriqueta, y mi pobre Enriqueta?

—Dentro de dos horas comerá mejor que nosotros, yo te lo aseguro.

Y empujó á Miguel.

IV.

—Lo mejor que haya en la casa, dijo Estéban sentándose junto á una larga mesa, cubierta con un sucio mantel que habia limpiado, indudablemente un número incalculable de dedos y de bocas.

—Vaca estofada, con pimientos, dijo la bodegonera, asquerosa vieja que bastaba para repeler á un hambriento que nunca hubiese comido en bodegon.

—Me parece bien: dos pesetas de estofado; pero que no se vuelva todo huesos, caldo y pimientos.

—¿Traen ustedes pan?

—No.

—Entonces, el pan por parte.

—Pan y vino: gastamos hasta tres pesetas; y al vuelo, que tenemos que hacer.

V.

No habia nadie en el figon, porque ya era tarde, y Estéban y Miguel podian hablar libremente.

Estaba Miguel en tal estado de postracion, que permaneció con la cabeza inclinada y no hizo á su tio ninguna pregunta.

—Esto es, dijo Estéban: cuando la debilidad se apodera del estóma-

go, todo el organismo se debilita: no se piensa en nada, ni aun en comer: ¡cuerpo del diablo! esto es demasiado: mi hermano Juan era un bribon; estalló de resultas de su bribonada; me alegro: puso en lucha al padre con el aristócrata y cayó el hombre; sí, sí, lo horrible, lo infame, antes que tener nietos, hijos de una hija de padres desconocidos: los nobles están malditos; como que Satanás no es mas que soberbia, y ellos son soberbia pura; pero ya se lo contaremos; va á haber latigazos; bueno; la luz va á combatir con la sombra; corriente; el rey se muere, ó se ha muerto, mejor; yo escribiria sobre su sepulcro de mármol: «aquí yace la tiranía: aquí ha nacido la libertad:» estamos de enhorabuena: caeremos algunos, pero ¿qué importa? haremos nuestra revolucion sobre el campo de batalla; mis veinte millones: ¡oh! mis veinte millones; seré coronel de un golpe, y en seguida general: ¡ah! tengo hambre de morder, de desgarrar, de romper los huesos á los realistas, infames, esclavos miserables: por ellos he pasado yo cuarenta años horribles: pero ¿con quién hablo yo? estás en el mismo estado de ensimismamiento, que cuando hace cuatro años te encontré en Galicia; ya está aquí el estofado; milagro, huele bien: eres una vieja honrada que desmientes tu facha, estofadora ilustre.

—¡Ah! está muy bueno contestó la vieja; mi marido fue cocinero del señor marqués de Campo-Nuño; no del que murió hace cuatro años; del otro.

—Casualidad como ella, dijo Estéban; mírame bien, añadió levantándose y quitándose el sombrero.

La vieja miró con atencion á Estéban.

Parecia como que luchaba por determinar un recuerdo vago.

—¡Ah! sí, sí, dijo; ¿usted es don Estéban, el hermano mayor, que no era usted marqués, porque no era usted hijo á derechas.

—Eso es, no hay duda: tu marido fue uno de los ladrones de mi casa: he salvado mi reloj.

—Pues qué, esclamó la vieja.

—Ninguno de los dos tenemos dinero.

—En mi casa no le hace á usted falta dinero, don Estéban.

—Eres una mujer de conciencia, Escolástica, dijo Estéban: restituyes en la parte que puedes.

—Yo no me llamo Escolástica, me llamo Juana.

—Es verdad, yo no te he conocido hasta ahora.

—¡Bah, señor! pues hace treinta años tenia yo que ponerme séria con usted.

—Es posible; pero entonces, de seguro, parecerias otra cosa.

—¡Ah! era yo una hembra que ya; con veinte años... vamos, es usted muy flaco de memoria, don Estéban; pero eso no le hace; déjese usted ese estofado, me lo voy á llevar: voy á traer una pepitoria de pavo que me habia mandado hacer el alcalde de barrio; porque yo hago muy bien la pepitoria; y como dicen que esta noche, si va á haber, si no va á haber, y todos los alcaldes andan de ronda... comerá menos el alcalde, y ustedes comerán mas: adentro, á mi cuarto, que no quiero yo que el señor don Estéban coma con mantel sucio ni con tenedor de palo.

Y echó á andar para adentro.

VI.

—Buen agüero, dijo Estéban levantando á Miguel: cuando empiezan á presentarse bien las cosas, por mas que sean pequeñas, las otras siguen presentándose bien, por graves que sean: esto me anima; vamos, Miguel, anda; vamos, Miguel, hijo; has un esfuerzo, no te desalientes; no te dejes morir.

—Por aquí, don Estéban, dijo desde dentro Juana.

Guiado por la voz de la vieja, Estéban entró con Miguel en un pequeño cuartito muy limpio.

Juana puso sobre una mesa un mantel muy blanco; sacó de una cómoda cubiertos de plata; trajo platos finos, vino, en una botella de cristal, vasos de lo mismo; pan blanco y tierno, y por último apareció una fuente con medio pavo en pepitoria.

VII.

Estéban hizo tomar algun caldo y algun vino á Miguel que se reanimó un poco.

—Pues cómo decia, señor don Estéban, dijo Juana, se murió mi marido hace veinte años.

—Déjale en paz, Juana, déjale en paz; no sea que si le nombras mucho venga á pedirnos cuentas.

Ya sabe usted don Estéban que era muy bonachon y que me queria

mucho: usted no se acuerda, pero algunas onzas de oro le tiene usted dadas.

—¿Sí? pues mira, váyase por esta pepitoria que nos regalas; y está buena, muy buena, mujer; come un poco Miguel, hijo mio; oye tú Juana, déjanos solos; ya vendré yo y hablaremos largamente: tenemos que hablar este caballero y yo.

—Pues ¿por qué no lo ha dicho usted, don Estéban? pues me voy; si necesita usted algo, llámeme usted.

Juana salió.

CAPITULO V.

Una duda que se desvanece creando otra mas terrible.

I.

Miguel comió al fin, escitado por Estéban.

—Bravo, dijo éste, yo sé lo que sucede cuando se tiene el estómago débil: he pasado muchas miserias, hijo mio: el primer bocado cuesta mucho trabajo; el segundo un poco menos; por último se come bien, como nunca, y la comida mas grosera sabe á gloria; te he dado caldo de pepitoria y vino, porque esto es muy tónico; una taza de buen caldo con una copa de buen vino, refrigera el estómago mas débil.

—Sí, es verdad, don Estéban, dijo Miguel; pero Enriqueta, mi pobre Enriqueta...

—Te repito que tu Enriqueta está salvada; pero hazme el favor de no llamarme don Estéban: llámame á boca llena tu tio, porque lo soy.

—¿Y ese hombre, ese Juan Pulgon? esclamó Miguel, mirando con ansiedad á Estéban.

—Pues qué ¿has creido tú ni por un solo momento, que ese miserable es tu padre?

—Al principio no, pero despues... despues, no se puede creer que un padre haga lo que hizo el marqués de Campo-Nuño, no, imposible; no se rompen asi los lazos de amor y de sangre que unen á un padre con su hijo.

—¡Ah! tú te has educado en el estranjero, no has vivido en nuestra atmósfera; no eres uno de esos nobles ignorantes á quienes la ciencia sobra, que dejan el estudio á las pobres gentes que no tienen sobre qué caerse muertas: ¿para qué quiere la ciencia un rico y noble heredero? ¿para qué le hace falta? basta con que entienda de caballos, de perros, de toros; con que tengan el insoportable orgullo del embrutecimiento; con que se crea hijo de otro Adan ennoblecido por Dios y casi igual á Dios; ¡estúpidos! yo no sé cómo á mi hermano Juan se le ocurrió educarte como educan á sus hijos los padres ricos é ilustrados; fue un milagro; la idea que flotaba ya en la atmósfera; ya se vé, como tú no eres un animal; como eres un chico de corazon, del que estoy orgulloso, como lo estoy de tu prima Eugenia, no participas de las ideas absurdas de nuestra rancia é ignorante nobleza; tú ves en el hombre al hombre, en el nacimiento un accidente; por eso no comprendes que un noble enfatuado, reniegue de su sangre, de su hijo, le desconozca, le arranque violentamente de la familia y cometa una superchería infame y criminal, para hacerle creer que no es su hijo; que ha sido vendido por un padre miserable: tienes razon, Miguel, esto repugna, esto es inverosímil, absurdo; esto no ha cabido ni puede caber mas que en la soberbia de tu padre que, por otra parte, era un cumplido caballero, pero la soberbia es el mas grave de los pecados capitales; es la condenacion de Satanás.

—Tio, tio, quiero mejor creer en lo oscuro, en lo infame de mi ascendencia, que en el crímen de mi padre.

—Perdónale, porque su crímen le costó la vida: ¿no has pensado en esto? ¿no ha sido esto una prueba para ti? pues qué, si mi hermano no te hubiera amado ¿hubiera muerto, como herido por el rayo, al poner en práctica su horrible proyecto? ¿se puede amar con tal intensidad mas que á un hijo?

—¡Oh! hay algo mas terrible que eso: el marqués pronunció palabras gravísimas, palabras ofensivas al decoro de su esposa...

—¡Ah! esclamó Estéban, y se puso pálido y tembló; ¿mi hermano ha dicho... ¡Margarita!... ¡Oh! ¡insensato! ¡insensato!

II.

Miguel fijó una mirada profunda en Estéban, y se puso pálido y tembló tambien.

—¡Oh, sí, sí hay Dios! esclamó Estéban dejando de comer; sí, porque yo siento sobre mi cabeza la maldicion que agovia á los Campo-Nuños; ¡ah! ¿con que mi hermano Juan se atrevió á la honra de Margarita?.. ¡miserable! ¡y me sacrifiqué yo; y sufrí yo; y me he hecho desgraciado para toda mi vida! bien, bueno; pero te exijo, te mando con toda la autoridad que me dan mis canas y el estrecho parentesco que me une á tí, que no dudes de la honra de tu pobre madre, que no dudes ni un momento que eres hijo legítimo del marqués de Campo-Nuño: vámonos; estamos haciendo falta en otra parte: yo necesito resolver esta noche esta gravísima cuestion; sígueme.

Y salió violentamente.

—Hasta otro dia, y gracias, dijo al pasar junto á Juana que se quedó asombrada.

—Siempre fue loco su señoría, murmuró, no se acuerda de mí; pero ¿qué diablos le sucederá? ¿cómo ha llegado á tener necesidad de empeñar su reloj para comer?

Estéban, entre tanto, murmurando palabras incoherentes, irritado, sombrío, arrastraba á su sobrino hácia la calle de los Mancebos.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

Eugenia.

I.

Una jóven, á quien todavía puede considerarse como niña; una de esas deliciosas criaturas que han entrado en la juventud sin haber acabado de salir de la adolescencia; una flor que empieza á abrirse exhalando su leve y delicioso perfume, sentada en un gabinete rico, pero tétrico, por lo oscuro de sus tapicerías, por lo grande de sus dimensiones, por lo severo y por lo antiguo de sus muebles; por la luz de un quinqué, amortiguada por una gran pantalla verde, al lado de una chimenea de mármol negro, en que se requeman algunos tizones descuidados; delante de un viejo de color terroso, de semblante frio y egoista, con cabellos canos de color impuro, flaco y rígido, esta jóven es un objeto de conmiseracion, una mariposa de alas matizadas sobre un espino cubierto de hiel; un pájaro de rico plumaje encerrado en una jaula mohosa, en el fondo de un sótano, sin luz y sin aire.

Las inarmonías enérgicas producen siempre una desagradable sensacion.

II.

La niña era blanca, pálida, rubia, esbelta, delgada, delicada; una de esas criaturas que parece han de desvanecerse al ser tocadas; una ilusion viviente.

Cuando se piensa en una de estas blancas figuras, se las supone vestidas de blanco, con un ceñidor azul y una flor en los cabellos.

La jóven á que nos referimos estaba completamente vestida de negro, de luto, y su blanco semblante estaba tambien enlutado por su tristísima espresion.

III.

El hombre que estaba delante de ella y que parecia viejo, por sus canas y por lo demacrado, pálido y terroso de su semblante, no era lo que puede llamarse propiamente un viejo; contaba solo cuarenta y seis años.

Un humor congénito, acre, terrible, que determinaba lo atraviliario de un carácter descontentadizo y propenso á la ira, habia gastado aquella organizacion, la habia envejecido, habia producido el asma que se sentia hervir en el pecho de aquel hombre, determinando su respiracion difícil.

Ni la pobreza, ni los desengaños, ni los cuidados de la familia habian creado el terrible carácter de aquel hombre: tenia una renta bastante para un solteron y una posicion social elevada: era, en fin, don Antonio de Fonseca, vizconde de Nava-Redonda, hermano menor del marqués de Campo-Nuño, al cual se ha nombrado ya repetidas veces en este libro.

La jóven que estaba sentada frente á él, era su sobrina Eugenia de Fonseca, condesa de Valdehumos.

El luto que vestia era por su padre don Pedro de Fonseca, muerto un año antes, á consecuencia de un aneurisma.

IV.

El vizconde estaba sentado, ó mejor dicho, echado, replegado en una ancha poltrona rehenchida con almohadas, y cubiertos los pies con una manta inglesa, y el cuerpo por una ancha bata de lana entretelada, de color oscuro. Tenia calado un gorro de dormir blanco, de punto de lana, hasta las cejas que se destacaban largas y pobladas ensombreciendo unos



EUGENIA.

ojos pequeños, verdes, que miraban de una manera fija, inquiridora y dura á Eugenia.

V.

A pesar de su abrigo, que hubiera hecho sudar por sí mismo á otro cualquiera, y del fuego de la chimenea, el vizconde se agitaba de tiempo en tiempo, en un estremecimiento muy semejante al que produce el frio intenso, y sus descarnadas manos cruzaban sobre su pecho la bata.

La tos horrible de su asma se dejaba tambien oir de tiempo en tiempo, insistente y fatigosa.

VI.

Eugenia se levantaba y daba una tisana en una taza de plata que estaba en un velador próximo á su tio. La tos de éste se calmaba durante algunos minutos.

Por algun tiempo, desde que presentamos ante nuestros lectores á Eugenia y á su tio, permanecieron en silencio.

Al fin el vizconde dijo, pronunciando difícilmente sus palabras á causa de su asma, y con acento bajo y apagado:

—Tú has venido para algo, Eugenia.

—He venido para cuidar de usted, mi querido tio; costestó dulcemente la niña.

—Te han dicho que esto se acaba, que me muero, dijo el vizconde, creciendo algo en la entonacion de su voz; es muy posible, me siento muy malo, me parece que aquí dentro tengo algo roto, que soy ya un mueble viejo é inútil que se deshace; importa poco; á tal estado de cosas hemos venido á parar, que mas vale morirse que continuar viéndolas; tú por tu parte debes alegrarte: con la agonía, porque yo estoy agonizando, he perdido completamente todo deseo respecto á tí: no te hablaré ni una palabra del conde de Rivalta, con quien habia pensado casarte porque es un buen partido; dentro de poco me sustituirá en tu tutela mi primo, tu tio cuarto ó quinto, no conozco bien el grado, fray Serapio de Rozas: no sé si él insistirá en este enlace; lo probable es que te meta en un convento porque por su estado religioso, no puede consagrarse á tu cuidado, si permanecieses en la casa, tu venias sin duda á hablarme de esto, á suplicarme; reserva tus súplicas para tu tio Serapio, á quien yo he instituido tu tutor en el testamento que ya he otorgado: lo que he podido

hacer por tí lo he hecho ya; te he dejado mi título y mi vinculacion, en lo que no he hecho nada, porque de derecho te corresponde; pero te he dejado tambien mis bienes libres, de los cuales podria haber dispuesto en favor de cualquiera.

—Yo no he venido á eso, tio Antonio, respondió dulcemente Eugenia; he venido simplemente á hacer á usted compañía: ¿no vengo todas las noches?

—Sí, es cierto, y yo te lo agradezco; pero esta noche has venido á algo mas: has tardado un poco; á un enfermo que está solo, triste y sufriendo, los minutos se le hacen siglos y no puede equivocarse acerca del tiempo; cuando entraste traias en la mano un papel, y venias con aire decidido: te detuviste, irresoluta, y guardaste el papel; además, estoy viendo, desde que entraste, que deseas, que necesitas decirme algo y no te atreves: ¿qué es ello?

—Es verdad, tio; necesito decir á usted algo gravísimo: por lo mismo no dudaba, porque yo no dudo acerca de mi deber; pero temi; va usted á irritarse.

—¡Hola, hola! dijo el vizconde incorporándose á pesar de su postracion; ¿habrás cometido algun disparate, Eugenia? ¿te habrás casado de secreto y crees de tu deber revelármelo?

VII.

La voz del vizconde habia crecido en entonacion: una cólera sorda que empezaba á desarrollarse, dominaba su asma.

—Cuando yo me case, tio Antonio, contestó Eugenia, me casaré públicamente; con la frente alta, delante del altar.

—¿Qué deberes, pues, tienes tú que cumplir?

—Debo defender á un desgraciado.

—¿Y quién es ese desgraciado?

—Mi primo Miguel, lanzado de su familia por su padre, de una manera que no me atrevo á calificar, por respeto á mi tio Juan.

—¿Ha venido tu primo á buscarte, dijo el vizconde, cuya voz temblaba ya á impulsos de la ira, á rogarte que interpusieses tu influencia sobre mí á favor suyo?

—He recibido, bajo un sobre, sin carta alguna que le acompañe, este documento terrible, al pie del cual y con fecha de hoy, hay escrita una estraña nota.

Y Eugenia sacó un papel amarillento de su bolsillo, plegado en cuatro dobleces.

Le desplegó y apareció sobre aquel papel un sello de oficio.

—¿Y qué dice ese papel? dijo el vizconde.

—Consta aquí que es una copia duplicada del documento que existe ó existia en poder de mi tio Juan.

—¡Ah! sí; es un recibo de venta firmado por un tal Juan Pulgon, dijo el vizconde.

—Sí, eso es, dijo Eugenia.

—¿Y quién te ha remitido ese documento?

—No lo se; pero en la estraña nota que está á su pie, se dice: «este documento puede ser anulado si se paga bien su anulacion.

—Lee, Eugenia, lee: veamos si ese documento se parece á alguno que encontré entre los papeles de tu padre, y por cierto arrugado, como si le hubiera arrollado una mano nerviosa: lee, Eugenia.

Eugenia leyó el documento que ya conocemos, esto es, el recibo en forma, en favor del marqués de Campo-Nuño, de Juan Pulgon, de diez mil duros, por la venta de un hijo suyo, de edad de tres dias; testimoniado por un escribano y legalizado.

VIII.

Antes de acabar de leer este infame documento, Eugenia se estremeció, dejó caer sobre su falda el papel, y dobló la cabeza sobre el pecho.

El vizconde, durante algunos momentos, permaneció con la mirada fria y repugnante fija en la niña.

IX.

Eugenia contuvo, por un violento esfuerzo, las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

La tos mas violenta, mas terrible, acometió al vizconde.

—¿Lo vé usted tio? dijo Eugenia, levantándose tomando la taza en que aun quedaba tisana y dando á beber al vizconde; se irrita usted demasiado, y esto le hace á usted mucho daño.

Y Eugenia se echó á llorar.

—Cualquiera diria, observó el vizconde mirando de una manera fria,

agresiva, á su sobrina, que aprovechas un pretesto para soltar el trapo; ¡bien! ¡magnífico! ¡la rebeldía silenciosa! ¡la mas irritante de las rebeldías; gracias, gracias; no quiero mas brevaje de ese; me repugna, es ya tarde: vete á acostar.

—Pero tio, está usted demasiado enfermo; me voy inquieta...

—Mira, Eugenia, si me muero, mejor para tí; te quedas á tus anchas, en libertad de obrar con arreglo á tus bellas ideas: vete, vete; necesito estar solo; no quiero mas discusion, es ya muy tarde; hasta mañana.

—Hasta mañana, contestó Eugenia inclinándose sobre el vizconde y besándole en la frente.

Luego, atravesó lenta y triste el gabinete y desapareció tras el portier.

—Bautista, dijo á un criado que dormitaba en la habitacion inmediata; tenga usted mucho cuidado con el señor; está muy malo; si se siente peor, avíseme usted al momento; yo no me acuesto.

Y salió, atravesó otra habitacion, abrió una puerta de servicio y entró en otro gabinete tan estenso, tan tétrico como aquel en que habia dejado al vizconde.

CAPITULO II.

Alma viva, cuerpo muerto.

I.

En el gabinete en que habia entrado Eugenia habia un gran dormitorio.

El pórtico de aquel dormitorio dejaba ver dos grandes cortinas de terciopelo carmesí guarnecidas de galon de oro con dos grandes escudos heráldicos en los centros.

Aquello era pesado y de mal gusto: las cortinas plegadas por su parte inferior, dejaban ver, por una estrecha abertura, un fondo oscuro.

Eugenia tomó de sobre una consola, una palmatoria de plata con una bujía, la encendió en la lámpara de noche y entró en el dormitorio.

En el fondo de él, en un gran lecho de caoba tallada, con el mal gusto de Churriguera, casi cerrado por cortinas de damasco carmesí; en uno de esos grandes lechos nupciales que se heredaban de padres á hijos, cuando aun habia hogar, la luz que Eugenia llevaba en la mano, dejó ver una anciana inmóvil.

Junto al lecho, sentada en la alfombra, y apoyada la cabeza en un sillon, dormia una doncella, á quien sin duda se habia mandado velar á su señora.

Eugenia movió suavemente á la criada y ésta despertó, se puso de pie y murmuró algunas escusas.

—Vete, vete, la dijo Eugenia: recógete, yo me quedo velando á la señora.

—Me he dormido sin poder evitarlo, dijo la muchacha.

—Sí, sí, es natural; la soledad y el silencio: vete y descansa: ¿está todo preparado?

—Sí, señora; pero... yo me quedaré: no ha de servir vuecencia á la señora marquesa.

—Vete, vete; quiero estar sola.

—Dios dé muy buenas noches á vuecencia.

—Muy buenas noches, Luisa.

La doncella salió por una puerta de escape.

Eugenia cerró por dentro aquella puerta, y se acercó ávidamente al lecho.

II.

Iluminó de lleno el semblante de la enferma y la contempló de una manera tierna y profunda, con ánsia, como buscando algo muy grave y muy importante.

Lo que la enferma padecia era una paralisis completa.

Sin embargo, en sus ojos, grandes, negros, hermosos, ardía una viva inteligencia; una inteligencia, que sufria uno de esos martirios que no pueden describirse.

El estado de demacracion, de palidez, de inmovilidad en que la paralítica se encontraba; sus cabellos completamente blancos, aunque muy ricos, hacian parecer á esta señora, una anciana.

Sin embargo, en sus ojos brillaba la fuerza de la juventud que está á punto de entrar en la edad madura.

Aquellos ojos, en inarmonía con la epidermis, con los cabellos y con la demacracion de la enferma, representaban, cuando mas, treinta y seis años.

III.

Eugenia continuaba mirando de una manera intrusa á su tia.

La marquesa miraba á la jóven con toda la fuerza que puede suponerse en quien no tuviese actividad é inteligencia mas que en la mirada.

Aquello hubiera aterrado á quien lo hubiese visto.

Tal era la espresion de ansiedad desesperada, de dolor, de desolacion

de Eugenia; tal la fuerza ansiosa con que la inmóvil mirada de la marquesa absorbia el dolor de Eugenia:

—Tia, tia de mi alma, dijo llorando la jóven: si me oyes, si me ves, indicámelo cerrando, si puedes, los ojos.

Los párpados de la marquesa se agitaron en una leve convulsion.

—¡Ah! ¡si hicieras un milagro, Dios mio! esclamó Eugenia: oye, oye, mi querida tia... has estado durmiendo un letargo espantoso, durante todo el tiempo que yo tengo uso de razon; hace algunos dias tus ojos brillaron, se animaron; pareció como que me reconocias; ¿es esto cierto?

Volvieron á estremecerse los párpados de la enferma.

—¡Ah! sí, sí; tú me oyes, tú me conoces; tú sufres, porque me ves sufrir, y no sabes por qué sufro: ¡ah! soy muy desgraciada, pero ¿qué importo yo? lo que importa es tu hijo, tu Miguel.

Pasó algo profundamente conmovedor, por los ojos de la marquesa. Pareció como que brillaba en ellos un relámpago de amor, de dolor, de desesperacion que partia del fondo de su alma.

—¡Ah! sí, sí, esclamó Eugenia; Miguel es tu hijo; sí, tu hijo; una criatura tan noble, tan digna, tan santa como tú, no podia haberse prestado á una infamia.

Brillaron de una manera mas terrible los ojos de la marquesa, y sus párpados se contrajeron con mas fuerza que las veces anteriores.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! esclamó Eugenia; si una impresion violenta, si una impresion terrible pudiese darte voz, no mas que voz... ¡oh! pero no me atrevo, madre mia; puede matarte esa impresion... no me atrevo... y sin embargo... mira, se trata de tu hijo, de tu hijo que es muy desgraciado.

Se vió luchar el alma de la paralítica en sus ojos.

—¡Y bien, sí! dijo Eugenia con esa intuicion de la maternidad que poseen aun las jóvenes mas puras: si yo fuera madre, si me encontrara en el estado en que te encuentras, querria arrostrar la prueba; sí, sí, yo me espondria á morir con placer, por probar si podia salvar á mi hijo.

Volvió á arder la mirada de la marquesa.

Eugenia sacó del bolsillo el recibo de venta de Juan Pulgon que ya conocemos.

Los ojos de la marquesa se revolvieron con trabajo y se fijaron ansiosos, en el documento.

Eugenia temblaba, vacilaba, estaba pálida como una muerta.

Un sudor helado la cubria de la cabeza á los pies.

IV.

Desdobló el papel, le iluminó con la luz de la bujía y le acercó cuanto pudo á los ojos de la marquesa.

V.

Sucedió entonces una cosa espantosa.

Los ojos de la marquesa rodaron en sus órbitas; se contrajeron sus párpados; se agitaron en una convulsion violenta los músculos de su semblante; se entreabrió su boca, y salió por ella un gemido sordo, ronco, inarticulado.

Luego, sobrevino una inmovilidad semejante á la de la muerte.

Los ojos de la marquesa quedaron inmóviles, inertes, como los de una persona sujeta por un parasismo.

El corazon de la madre habia galvanizado por un momento á la paralítica.

Pero la corriente eléctrica habia pasado.

La paralisis se habia hecho mas terrible.

VI.

Eugenia se aterró: se arrepintió de aquella prueba, corrió á un velador que habia en el dormitorio, puso en una copa un medicamento, volvió al lecho, entreabrió con el cabo de una cuchara de plata la boca de la enferma y vertió en ella parte de la medicina.

Luego dejó en el velador la copa y la cuchara; volvió junto al lecho, se arrodilló y se puso á rezar con la mirada ansiosa, fija en el inmóvil semblante de la marquesa.

VII.

Pasó así una hora.

La marquesa inmóvil; Eugenia llorando ó rezando.

Dió la una en un reló de sobremesa.

Poco despues, un silbido que provenia sin duda de la calle, penetró en el dormitorio.



LA ACERCÓ CUANTO PUDO Á LOS OJOS DE LA MARQUESA.



CAPITULO III.

Gabriel.

I.

Eugenia se levantó de una manera nerviosa: salió del dormitorio; del gabinete; de las habitaciones de su tia; entró en su cuarto; abrió una puerta de escape que comunicaba con el corredor que iba á parar á la escalera que conducia al postigo, por donde diez meses antes habia salido Estéban, y que habia hecho temer á éste que su sobrina se valiese de aquel postigo que tenia tan á su disposicion.

En efecto, Eugenia se valia de él.

II.

Bajó las escaleras; dejó á su pie la bujía que llevaba en la mano, llegó al postigo, y mirando por una reja que el postigo tenia en su parte superior, dijo:

—¿Es usted Gabriel?

—Sí, Eugenia, sí, yo soy, contestó muy cerca una voz de hombre.

—Entre usted, dijo Eugenia.

Y al mismo tiempo descorrió el cerrojo del postigo y abrió.

El hombre entró.

Cuando se puso en la área de la bujía que Eugenia habia dejado al pie de la escalera, pudo verse que era alto, de actitud gallarda; que iba envuelto en una capa oscura y que llevaba sombrero de castor.

—Pase usted, pase usted, dijo Eugenia, tengo que decirle á usted cosas muy graves.

Tomó la bujía; subió seguida de aquel hombre que entró en su cuarto, y puso la bujía sobre un velador.

El hombre se desembozó, se quitó el sombrero y la capa, los puso sobre un sillon, y apareció un jóven como de veinte y seis años, pálido y simpático aunque no hermoso, pero con unos ricos cabellos negros ondeados, y unos grandes y melancólicos ojos negros: vestia con elegancia de levita, y completamente de negro.

III.

—Siéntese usted, Gabriel, siéntese usted, le dijo Eugenia señalándole un sillon puesto junto al velador, y ocupando otro frente á él.

Gabriel se sentó, mirando con ansiedad á Eugenia.

—Suplico á usted no estrañe el que yo, en altas horas de la noche, le haya traido á mi cuarto.

—Yo no puedo dudar de usted, Eugenia, dijo Gabriel; grave debe ser el motivo que ha obligado á usted á dar este paso.

—Mi tio se muere, dijo Eugenia, él no lo cree, pero los médicos han dicho terminantemente que si no sobreviene una reaccion, será necesario administrarle: he tenido con él, por necesidad, una conversacion que le ha irritado sobremanera; y esto podrá apresurar su muerte; pero yo debia cumplir con mi deber.

—¿He sido acaso yo la causa de esa conversacion? dijo tristemente Gabriel; sufro mucho; comprendo que su tio de usted me rechace; yo soy un hombre oscuro; temo que usted misma interprete el haberme yo atrevido á decirla que la amaba; que pueda usted atribuir esto á interés...

—Pos Dios, Gabriel, no pasemos adelante: yo no pienso eso: mi tio no sabe nada: no habia necesidad de que supiese nada: me cree completamente libre; no insiste ya en que me case con el conde de Rivalta.

—¡Oh, Dios mio! esclamó Gabriel poniéndose densamente pálido.

—¡Ah! no, no; eso no podia suceder, se apresuró á decir Eugenia; me

dejaria primero hacer pedazos que ser sacrificada, no; yo no seré cobarde; no bajaré mi cabeza como una víctima; no pronunciaré juramentos horribles; no se trata de eso; no ha sido esa la causa del disgusto de mi tio: mire usted, hoy he recibido esta carta.

Eugenia sacó de su bolsillo una carta de que no habia hablado á su tio.

—Léala usted, dijo dándola á Gabriel.

Este leyó lo siguiente:

«Mi queridísima Eugenia.

Acabo de llegar á Madrid: ya te avisé en mi última desde Cádiz que al dia siguiente me ponia en camino y que próximamente llegaria hoy: ya sabes por mis anteriores que han sido inútiles cuantas pesquisas he hecho en este pais para encontrar á tu primo Miguel. Cosa estraña: al bajar hoy de la infame galera donde he sido trasportado, he visto á la puerta del parador un bribon que me sirvió hace muchos años para ciertos negocios y que se llama Juan Pulgon.

Este hombre pertenece á la policía secreta.

No podia yo figurarme que cuando volvia desalentado, despues de diez meses de peregrinacion por América, habia de recibir noticias de Miguel.

Juan Pulgon, al verme se vino á mí y me saludó. Yo necesité, para reconocerle, que aquel pillo me recordase algunos sucesos: despues me dijo:—Es posible que yo pueda hacer á usted, señor don Estéban, un buen servicio; pero es necesario que se me pague bien.

Vinimos á sacar en claro que el tal servicio era anular el documento que te envio adjunto y por el cual sabemos ya el motivo de la ruptura de Miguel con su padre, y su huida de su familia y de su patria.

Mas aun: cuando yo dije á Juan Pulgon que se le pagaria cuanto quisiese por su servicio, me dijo:—El señor don Miguel está en Madrid desde hace dos meses; pero yo no revelaré donde se encuentra si no se me pagan dos mil duros.

Despues me llevó á su casa y me dió el documento que te envio la copia duplicada, cuyo otro ejemplar debe estar en manos de mi buen hermano Juan, tu tutor.

El documento es completamente nulo por si mismo; falso, de su falsedad notoria, puesto que no puede anular el testimonio de los que vieron nacer á Miguel; y no sé cómo éste ha podido darle crédito ni como mi

hermano Juan, para castigar á su hijo por su casamiento con Enriqueta, pudo dar en tal y tan vergonzoso absurdo. Creo, Dios me perdone, que si mi hermano Juan hubiera sido rey absoluto, habria mandado cortar la cabeza á Miguel por su casamiento morganico.—Es mucha la infatuacion moviliaria de nuestra familia, hija mia; raya en locura.

Pero, viniendo á lo que importa; yo no tengo un cuarto. Miguel, segun dice Juan Pulgon, está con Enriqueta y con su hija, en la última miseria, muriendo de hambre: urge, pues, que me envies esos dos mil duros, si es posible, esta noche entre doce y una, con una persona de tu confianza, á la cochera número 15 de la calle de los Mancebos, donde vive ese maldito Juan Pulgon, y donde yo estaré con él.

Tuyo, amantísimo tio.—Estéban de Fonseca.»

IV.

Gabriel dobló la carta y devolviéndola á Eugenia la dijo con timidez.

—¿Conoce usted bien la moralidad de su tio Estéban? ¿no le parece á usted estraño el que se refiera en esta carta á cartas anteriores que usted no ha recibido? cuando usted, hablándome de su primo Miguel, me puso al corriente de este negocio, se quejaba de no haber recibido carta alguna de su tio Estéban y temia usted le hubiese acontecido alguna desgracia.

—Es verdad; esto es muy estraño, contestó Eugenia: sin embargo, no importa; voy á dar á usted esos dos mil duros y le suplico vaya á llevarlos á donde la carta indica; he tenido que enviar á empeñar, por medio de Cristóbal, algunas joyas ¿comprende usted ahora por qué le he hecho á usted entrar en mi cuarto? era necesario que leyese usted esa carta y no habia de bajar con una luz á la reja: además, confio tanto en su honor de usted como en el mio: ¡ah! se me olvidaba; tome usted, lea usted el documento horrible á que esa carta se refiere: lea usted, mientras yo saco los dos mil duros.

Gabriel leyó.

Eugenia entre tanto abrió su secreter; tomó unos billetes de Banco y volvió con ellos junto á Gabriel:

—¡Oh, Dios mio! dijo éste; ¡á qué estremos tan horribles arrastran la preocupacion y el orgullo! sí; antes el crímen que consentir el bastar-

deamiento de la familia: esto es el honor visto desde su lado odioso: esto es la sombra que se desvanece ante la luz, que nace radiante, sí; lo comprendo: todo, por la pureza de la raza, todo!

—Sin embargo, á mi tio Juan le costó la vida esa preocupacion; ese honor espantoso.

—¡Ah! sí, porque la idea moderna, la idea necesaria, sin que él lo conociese, se habia infiltrado en él; porque era mas padre que noble.

—Hubiera bastado un desheredamiento, con arreglo á las leyes.

—Temió sin duda que sobreviniese un cambio como el de 1820, ó que el rey anulase el desheredamiento: quiso obrar de una manera segura; pero su tio de usted, Estéban, dice bien: este documento no tiene fuerza alguna; no se conseguiria, si Miguel reclamase su herencia y se le contestase con ese documento, otra cosa que manchar la memoria del marqués de Campo-Nuño y arrojar á presidio al bribon que le firma y á los infames escribanos que le testimonian y legalizan: yo me encargaria con placer de ese pleito que convertiria muy pronto en causa criminal.

Estas últimas palabras, atendida la manera conque las habia pronunciado Gabriel, probaban que éste era abogado.

—Confio en Dios, en que ese documento no se presentará en juicio, dijo Eugenia; desgraciadamente mi tio morirá pronto; y siendo yo la única que tenga derecho á heredar el marquesado de Campo-Nuño, y no queriendo heredarle, no debiendo heredarle ¿quién ha de sostener el pleito?

—Es usted menor de edad, Eugenia.

—¿Y qué importa eso?

—La accion de los derechos de usted, corresponde á su tutor.

—¡Oh, Dios mio! mi tio Antonio me ha dicho que cuando muera será mi tutor fray Serapio de Rozas.

—¡Fraile!

—Sí, fraile Francisco: tan duro y tan enfatuado con nuestra nobleza como lo fueron mi padre y mi tio Juan mientras vivieron; como hoy mi tio Antonio.

—Pues bien, venga el pleito.

—¿No ha leido usted que mi primo, su esposa y su hija, están pereciendo? pues bien, Gabriel: yo suplico á usted que vaya al instante á la cochera número quince de la calle de los Mancebos: no lleve usted armas; no hay necesidad: se teme un trastorno: Madrid está lleno de rondas;

podrian prenderlo á usted por sospechoso si le encontrasen armado y con dinero: ¿lleva usted su carta de seguridad?

—¡Oh, sí, Eugenia, sí! sin ese papelote no se puede salir de noche á la calle á no ser que quiera uno ser preso.

V.

Gabriel guardó los billetes de Banco, tomó su capa y su sombrero y guiado por Eugenia que habia tomado la bujía de sobre el velador, bajó al postigo.

—Adios, Eugenia, dijo; ¡ah! se me olvidaba esclamó el jóven; cuando entregue usted los dos mil duros, pregunte usted donde vive mi primo y haga usted el favor de venir á decírmelo: ¡otro sacrificio mas!

—Volveré: adios.

—Adios, y gracias, con toda mi alma, contestó Eugenia.

Gabriel salió, y la jóven cerró el postigo.

—¡Oh! ¡cuánto le amo! esclamó Eugenia.

Y subió meditabunda las escaleras.

Luego volvió á las habitaciones de su tia: se acercó á su lecho; se inclinó ansiosa sobre el semblante de la paralítica, y escuchó.

CAPTIULO IV.

Quién era Gabriel.

I.

Debemos dar á conocer este nuevo personaje que acabamos de presentar.

Gabriel de Figueroa tenia veinte y seis años. Era pobre: doctor en jurisprudencia y en derecho canónico, é incorporado al ilustre colegio de abogados de Madrid.

Habia perdido á su padre, siendo aun muy niño.

Don Julian de Figueroa, bravo capitan de caballería habia sido muerto en uno de los encuentros de Riego con las tropas realistas, á causa del alzamiento de las Cabezas de San Juan.

Las córtes decretaron una pension á la viuda como recompensa nacional al mérito contraido por el bravo militar muerto en defensa de la libertad.

La reaccion del 23 quitó su pension á doña María de la Granja, madre de Gabriel y aun la viudedad que como viuda de capitan le correspondia.

El rey no podia dar viudedad á la esposa de un traidor.

Doña María murió de miseria dos años despues, y el huérfano fue recogido, educado y hecho hombre, en fin, por un buen sacerdote que no

veia en los hombres, negros ni blancos, liberales, ni realistas, sino hermanos..

Don José de la Puente, que asi se llamaba aquel noble presbítero, pudo ver á su hijo de adopcion, jurisconsulto, doctorado y puesto en buen camino, y con buena alma y buen ingenio.

Cuando murió, tres años antes de la fecha en que marcha nuestro relato, dejó con sus bienes á Gabriel, una renta de doce mil reales.

II.

Gabriel, pues, vivia modestamente, y la herencia que debia á la caridad, le obligaba á hacerse digno de ella.

Era un escelente jóven.

Nunca habia amado.

Si alguna vez la mirada de una mujer habia inflamado su alma, Gabriel habia procurado apagar el incendio antes de que se desarrollase, y lo habia conseguido siempre.

—Aun no es tiempo, decia, aun soy un abogado oscuro; con treinta y tres reales diarios no puede uno atreverse á tener familia: los pobres se multiplican demasiado; la educacion de los hijos cuesta cara, y las niñas necesitan dote para que se casen con ellas; mas tarde, cuando sea oidor; á los cuarenta años.

Y á Gabriel le iba bien con su sistema.

III.

Pero un dia vió unos ojos fijos en los suyos; sintió toda la magia de su hermosura; ese paroxismo del amor que determina por el recuerdo de lo que se ha sentido, y en breve espacio, una pasion que se desarrolla, que crece rápidamente, que se hace invencible; que acaba por constituir todas las aspiraciones, todos los deseos, todos los sueños de una criatura.

Gabriel no pudo apagar aquel incendio.

Los hermosos ojos que le habian hecho temblar con una conmocion, hasta entonces desconocida, lucian en un hermosísimo semblante de quince años. Aquella juvenil y hermosa cabeza, se alzaba sobre una garganta incomparable; aquella garganta sobre un cuerpo hechicero.— Aquella niña era Eugenia.

IV.

Eugenia habia sentido por Gabriel lo mismo que Gabriel habia sentido por ella.

Se habian encontrado en la puerta de la iglesia de San Francisco el Grande.

Ella salia de oir misa.

Gabriel entraba á oirla.

Eugenia iba completamente de luto, lo que hacia resaltar su blancura.

Ambos se detuvieron un momento sorprendidos y se miraron.

A consecuencia de esta mirada, ella se puso vivamente encendida y se dirigió rápidamente á un carruaje que estaba delante de la puerta de la iglesia.

Un lacayo con librea y sombrero en mano tenia abierta la portezuela.

Gabriel se habia puesto pálido y se habia vuelto instintivamente para ver alejarse á Eugenia.

Cuando ésta entró en el carruaje y se cerró la portezuela, vió en ella con espanto Gabriel un blason timbrado con corona de marqués y con portier, esto es; un escudo de armas de grande de España.

La mujer que le habia hecho palidecer y temblar, la mujer por quien se agitaba fuertemente su corazon, era una grande de España.

No podia, pues, aspirar á ella Gabriel.

—Es necesario dominar esta impresion, dijo, seria una locura alentar un sueño irrealizable: ella se ha conmovido al verme como yo me he conmovido al verla; pero suponiendo que nos volviésemos á ver; que al fin nos entendiésemos, sus padres, sus parientes, me la negarian: ¿quién soy yo? olvidemos.

V.

Gabriel se entró á oir misa; pero no pudo arrojar de su pensamiento el recuerdo de Eugenia.

Estuvo distriado en misa: se acabó esta sin que Gabriel notase que se habia acabado: permaneció en la iglesia abstraido, pensativo, triste. Fue necesario que un lego de la sacristía que venia sonando unas llaves, le dijese:

—Ya no queda nadie; se va á cerrar; son las doce y media.

Gabriel salió en paso lento y dió vueltas por las calles sin saber á dónde iba hasta que se acordó por milagro de que habia citado para las cuatro de aquella tarde, á un procurador á su casa, por razon de un pleito.

VI.

El procurador le encontró torpe y distraido. Gabriel no pensaba en otra cosa que en Eugenia, cuyo recuerdo, de momento en momento se iba haciendo mas candente para él.

Comió muy poco, y por distraerse se fué á la ópera, al teatro de la Cruz.

Pero no oyó la ópera.

Aquella noche se durmió muy tarde y soñó con Eugenia.

Su prudencia, su razon, habian sido vencidas por el amor.

VII.

Pasasaron quince dias, que fueron muy tristes para Gabriel.

A los quince dias de sufrimiento, de desesperacion, se decidió á buscar á Eugenia; á arrostrarlo todo; á procurarse un medio para que Eugenia conociese el estado de su alma.

Pero ¿cómo encontrarla?

Si Gabriel no hubiera estado de tal modo abstraido, dominado, fascinado cuando Eugenia entró en el carruaje y se cerró su portezuela, podia haberse fijado bien en el escudo de armas que le habia espantado, y que solo habia visto en globo; haber retenido en su memoria sus principales cuarteles y haber buscado por aquel blason en un mobiliario, el apellido de la familia de su encantadora desconocida.

—Iré todos los dias á misa de doce á San Francisco, dijo; el dia en que la vi, no era dia de misa: luego ella va por devocion todos los dias á misa de doce á San Francisco; ¡y que no se me haya ocurrido antes!

Gabriel fué ocho dias seguidos, antes de las doce á esperar á Eugenia á la puerta de la iglesia; pero no la vió.

Habrá cambiado de horas, dijo.

Y para acabar mas pronto, se plantó á la misa de alba en la puerta de la iglesia y permaneció en ella hasta las doce y media en que la puerta de la iglesia se cerró.

—Puede ser que esté enferma, pensó Gabriel.

Y durante cuatro dias aguantó el planton desde el amanecer hasta las doce y media.

VIII.

No sabemos cuántos dias hubiera hecho su larga centinela Gabriel impulsado por la locura de su amor y con toda su tenacidad de enamorado, si una casualidad no le hubiera hecho encontrarse con Eugenia donde menos lo esperaba aunque hubiera podido y debido suponerlo.

En palacio.

IX.

Acababa de ser puesto en capilla un reo á quien en vano habia pretendido librar del patíbulo Gabriel.

Aquel infeliz habia matado en un arrebato de celos á su mujer. Una multitud de fatales coincidencias habian hecho que el delito apareciese agravado por una larga y fria premeditacion.

Gabriel creyó de su deber apurar todos los medios de salvacion posibles y pensó en la gracia de indulto.

Pidió y obtuvo una audiencia de la reina.

El rey concedia todo lo que era apoyado por Cristina.

Al pasar de la portería de damas, al entrar en la antecámara, Gabriel se detuvo sorprendido al ver á una hermosísima jóven con traje de córte.

Eugenia era camarista y estaba de servicio.

Gabriel olvidó por un momento al reo, á sí mismo, al mundo entero, y arrastrado por un vértigo adelantó hácia Eugenia y la dijo turbado:

—Señorita...

Las mujeres, aun en los momentos de mayor turbacion, son infinitamente mas serenas que los hombres, y sumamente vivas para encontrar un recurso.

Eugenia vió que no estaban solos en la antecámara; que Gabriel estaba á punto de cometer una impertinencia y se apresuró á decir afectando un conocimiento anterior con Gabriel.

—Adios, amigo mio, ¿cómo usted aquí? ¿qué viene usted á hacer á palacio?

La voz de Eugenia desvaneció el aturdimiento de Gabriel, que comprendiendo la situacion, contestó:

—Vengo á una audiencia que me ha concedido su magestad la reina: se trata de un reo que está en capilla: he sido su defensor desgraciado y tengo la conviccion de que puede conmutársele la pena sin que se falte á la justicia.

—¡Ah! defensor de un infeliz que el patíbulo reclama, dijo Eugenia conmovida: ¡qué cosa tan bella y tan noble; pero ¿á qué esa turbacion, amigo mio? Su magestad la reina tiene un corazon magnánimo; oirá á usted; se conmoverá: además, yo haré que alguien la hable antes que usted: puede ser, puede ser; veremos: yo tambien me intereso por el reo.

Y volvió á entrar en la cámara.

—¡Dios mio! esclamó Gabriel; ¡los dos unidos en un pensamiento humanitario!

X.

Un cuarto de hora despues, salió Eugenia; venia radiante de alegría.

Se acercó á Gabriel y le dijo en voz baja: por evitar una imprudencia de usted, hemos hablado afortunadamente: concedido; he hablado con sumo interés á la camarera mayor que es algo parienta mia y que me quiere mucho; y ésta señora ha hablado con sumo interés á su magestad que la ha concedido el indulto; pero éste es un secreto: cuando reciba á usted su magestad en audiencia, hable usted con calor, con mucho calor; que no se descubra que usted sabe que el indulto está concedido.

—¡Oh! gracias, mil gracias, señorita; esclamó Gabriel con las lágrimas en los ojos.

Y anadió:

—El nombre, el adorado nombre de usted.

Eugenia se puso vivamente encendida y dijo á media voz:

—Condesa de Valdelumos.

En aquel momento, el gentil-hombre de servicio anunció á Gabriel que podia entrar en la cámara.

XI.

Aquella tarde fue sacado de la capilla el reo indultado; su pena se habia conmutado en la de diez años y retencion, en uno de los presidios de Africa.

Si el jóven abogado del reo no se hubiera enamorado de Eugenia; si

al entrar en palacio, no hubiera cometido una imprudencia al ver ante sí á Eugenia de improviso; si Eugenia no hubiera tenido el buen tacto de corregir aquella imprudencia para evitar una situacion ridícula, el sentenciado hubiera ido al patíbulo.

Porque Eugenia no hubiera hablado con un grande empeño á la camarera mayor y la camarera mayor no hubiese hablado con gran interés á la reina.

Hé aquí que por una sucesion de circunstancias, la mútua mirada de dos jóvenes, á la puerta de una iglesia, habia salvado de la horca á un infeliz.

XII.

Aquella tarde supo Gabriel donde vivia la condesa de Valdehumos.

Eugenia no tardó en recibir una apasionada carta de Gabriel.

Gabriel recibió una contestacion decorosa pero bajo cuyas frases contenidas por el pudor, vió trasparentarse el amor de Eugenia.

Sucedieron cartas y cartas; y al fin, los amantes hablaron todas las noches de las doce á la una; ella en un balcon de los que caian sobre la plazuela de Los dos Mancebos; él en la plazuela al pie del balcon.

Por último, y tres meses antes del dia en que marcha la accion de nuestro libro, Eugenia consintió en bajar á una de las rejas.

Pero, en la madera de aquella reja y valiéndose de un pretesto, habia hecho poner una espesa rejilla de alambre.

Y asi, adormiéndose el uno y el otro en los amores mas puros del mundo, llegaron á constituirse en un solo ser moral; en uno de esos seres que ni aun la muerte puede separar porque el muerto continúa viviendo en el ardiente recuerdo del vivo.

CAPITULO V.

El tesoro.

I.

Estéban habia arrastrado consigo á Miguel al cocheron de la calle de los Mancebos, habia entrado y al pasar junto al pozo se habia acercado á él, habia inclinado la cabeza sobre el brocal y habia escuchado.

—Trabajan, murmuró en voz ininteligible, nó están ahí; no los siento; no han salido porque no podian subir; el cubo está arriba, arriba la cuerda; los dos mil duros vendrán, estoy seguro de ello: continuarán trabajando porque les pagaré; esperemos: ven, Miguel, ven.

Le llevó al cuarto bajo que ya conocemos y donde habia un farol encendido.

—Aquí vamos á esperar que nos traigan noticias de tu prima Eugenia: no deben tardar; desimpresiónate, Miguel; tienes la imaginacion demasiado viva, demasiado suspicaz: nó te atormentes; cree lo que debes creer, lo que siempre has creido; en fin, no hablemos mas de esto, porque de ciertas cosas, lo mejor es no hablar: endiablada suerte la mia; siempre chocando con contrariedades, siempre siendo ó pareciendo siempre lo que no quiero ser ni parecer.

Miguel se habia sentado, abatido, sobre una pila de espuertas, único asiento que allí se veia.

Estéban se paseaba de un estremo á otro de aquel reducido espacio, hablando mas consigo mismo que con Miguel.

Ya sabemos que Estéban era hablador y disertador.

—Yo mismo no sé lo que soy, continuó Estéban; las circunstancias hacen al hombre; le obligan, le desnaturalizan; por el cielo y por el infierno, el hombre no hace las circunstancias; que no le culpen de lo que él no ha podido evitar; ¿qué he sido yo? un peregrino de la vida que me he encontrado sobre muy mal camino... ¡bah! yo mismo no me entiendo: duro, terrible, cruel á veces, á veces blando de entrañas como una colegiala tímida: impío y creyente; demócrata con resabios aristocráticos, con tendencias aristocráticas; bueno y malo; angel y demonio, luz y sombra; y si no, veamos; yo que he pasado por cima de todo, ¿por qué no he pasado por cima de tí? yo, que nada he amado... sí, que nada he amado mas que un sueño, ¿por qué te amo á tí, hijo de mi enemigo? ¿por qué me apuro, por qué estoy de mal humor por una equivocacion tuya? ¿qué me importa á mí que tú me creas ó no me creas tu padre, insensato? ¡ah! es que estoy loco, es que he sufrido mucho; es que tengo aquí, en el corazon, una herida incurable; es que he sido víctima de una injusticia; que me he considerado robado doblemente robado en la fortuna y en el corazon; todo perdido, y las canas ya en la cabeza, y las arrugas ya en mi semblante, ¡cincuenta y cuatro años! ¿para qué quiero yo ya el dinero? ¿qué se yo? todo se vende, todo se compra; este es el siglo de los casuismos; se engaña á aquel á quien se quiere esplotar; se le hace creer en la amistad, en el amor, estas dos necesidades del alma... ¡bah! no tengo tabaco, lo he apurado todo: me fastidio; yo creo que tengo humor negro, mas negro de lo que debiera ser, porque no fumo; paciencia: soy un millonario bien estraño; un millonario que no sabe donde se ha ido su caja... ¡ah! creo que llaman; sí, llaman: espera, Miguel, espera; vuelvo al momento.

II.

Habian llamado dos veces á la puerta y de una manera impaciente.

Estéban atravesó á la carrera el patio y las cocheras; llegó á la puerta y dijo desde adentro:

—¿Envian á quien llama?

—Sí, contestó la voz de Gabriel.

—¿Quién le envia á usted? dijo Estéban.

—La condesa de Valdehumos.

—¿Trae usted algo?

—¿Quién es quien me pregunta?

—Don Estéban de Fonseca, tio natural de la condesa.

—Entonces, tenga usted la bondad de abrir, caballero.

III.

Estéban abrió.

Entró Gabriel, que él era, y Estéban volvió á cerrar.

—Dispénseme usted señor don Estéban, dijo Gabriel, si le hago algunas preguntas: yo no tengo el gusto de conocer á usted, y además, estamos á oscuras, ¿qué esperaba usted?

—Dos mil duros que he pedido á mi sobrina para darlos á un bribon que los exige, dijo con la voz un tanto trémula de impaciencia y de contrariedad Estéban.

—Y... aun suplico á usted me perdone, dijo Gabriel, ¿de qué manera se ha entendido usted con Eugenia?

—La he escrito avisándola de mi llegada á Madrid, de donde he estado ausente diez meses, buscando á mi sobrino Miguel, y encontrándole providencialmente en el momento de llegar á Madrid.

—He visto esa carta; me la ha hecho conocer Eugenia y me ha dado dos mil duros en billétes de Banco para que los entregue á usted; aquí están.

—Gracias, caballero, dijo Estéban tomando á tientas los billetes que á tientas le daba Gabriel.

—Eugenia quiere, dijo éste, saber la habitacion de su primo Miguel.

—¡Ah! sí; calle de la Comadre, número 103, casa de vecindad.

—Gracias, señor don Estéban, y adios: Eugenia espera impaciente:

—Una palabra; yo amo mucho á Eugenia, mucho, muchísimo, como á su primo Miguel, á pesar de que los padres de los dos y yo habíamos acabado por ser enemigos; cuatro veces al menos le he oido á usted, refiriéndose á mi sobrina, llamarla lisa y llanamente Eugenia: ¿por qué es esto? mi pregunta está muy en su lugar: soy su tio mayor, dentro de poco su único tio, porque dicen que á mi hermano Antonio se lo llevará pronto el diablo; me creo con derecho á saber por qué habla usted con tal lisura respecto á Eugenia, y por qué Eugenia ha dado á usted un encargo de confianza.

—Eugenia y yo... dijo con turbacion Gabriel.

—¡Ah! comprendido, contestó secamente Estéban; y usted ¿quién es?

—Gabriel de Figueroa, abogado.

—Bien; nos veremos, nos esplicaremos, por ahora, puesto que Eugenia espera á usted, adios; dígala usted que no tardaré en verla, mañana: buenas noches.

Estéban habia abierto la puerta.

—Adios, señor don Estéban; ya nos veremos; buenas noches.

Gabriel salió; Estéban cerró la puerta y se volvió, no donde le esperaba, sino donde estaba Miguel.

IV.

Se volvió de espaldas, se inclinó hácia la luz que estaba en el suelo y miró los billetes, ocultándolos de Miguel.

—Si, eso es, dijo; veinte por dos, cuarenta; y esos bribones seguirán trabajando.

Guardó los billetes en el bolsillo, se alzó, se volvió y dijo á Miguel:

—Espérame aqui.

—¡Por Dios! ¡mi mujer, mi hijo! esclamó Miguel; me estoy muriendo de ansiedad; usted me ha arrastrado consigo y yo he venido maquinalmente; déjeme usted en libertad.

—Antes de que tú llegáras á tu casa habria llegado á ella tu prima Eugenia: tu familia está salvada; tú estás salvado tambien porque estás conmigo: dentro de una hora estoy aqui: bien puede esperarse una hora, cuando se tiene seguridad de que se han acabado las desgracias: espera.

Y Estéban encendió otro farol y salió.

Llegó al pozo; desenredó la cuerda; montó sobre el brocal; puso los pies en el cubo y se dejó ir al fondo.

Despues sujetó la cuerda y el cubo á un gran clavo clavado en las piedras del fondo.

Adelantó rápidamente y en menos de un cuarto de hora despues de haber franqueado la reja de hierro, llegó al lugar donde trabajaban sus obreros, ó donde debian trabajar, porque no trabajaban.

V.

Estaban sentados delante de una de las galerías en que debian trabajar, con los cinco faroles puestos en desórden en el suelo.

Fumaban y charlaban: cuatro de ellos dormian.

—Perfectamente; me abandonais, canallas; dijo.

—Eso no, don Estéban, contestó Tres-veces, ya que hemos venido esta noche, hubiéramos seguido trabajando; pero hemos tenido miedo.

—¡Miedo! ¿y de qué?

—En la tercera y en la quinta galeria, dijo Diezmil, ha aparecido tierra muy blanda, muy fofa, que temimos se nos viniese encima.

—¡Ah! el hundimiento; dijo para sí Estéban disimulando su alegria.

Y añadió en voz alta.

—Habeis hecho bien: yo sentiría que os hubiera sucedido una desgracia: ¡qué diablo! Dios no quiere que yo encuentre mi tesoro: estoy además tan pobre y me han respondido tan mal los resortes que he tocado para hacer dinero, que no puedo haceros trabajar mas tiempo sin pagaros: mirad como estaré que ni aun para fumar tengo; dadme un cigarro.

—De modo que, dijo Cazurro, que hablaba muy de tarde en tarde, nos quedamos sin el jornal de un mes: sesenta duros: ¡vaya una gracia!

—Un poco de paciencia, tunante, dijo Estéban: no pasará mucho sin que yo tenga dinero, y sobre todo, no te me insolentes: vamos, arriba; fuera de aquí, y luego á buscársela cada cual: yo buscaré dinero, lo encontraré; os pagaré lo que se os debe y volvereis al trabajo con un aumento de jornal: dejad ahí las herramientas, las espuertas y los faroles, como se dejan siempre; dentro de ocho dias hemos de volver, ¿para qué subirlos? ¡ea! andando.

VI.

Media hora despues, Miguel sintió en el patio un ruido estraño.

Pero, abstraido con lo estraordinario de su situacion, aquel ruido no le escitó á averiguar de qué provenia.

Poco despues entró Estéban con su farol.

—Ven conmigo, dijo á Miguel, soy millonario: ha aparecido el hundimiento; puede suceder, sin embargo, que al trabajar en ese hundimiento, y por muchas precauciones que tome, sea sepultado: te nombro

mi heredero, para en ese caso fortuito, y quiero que sepas donde está mi tesoro.

—¡Tesoro! ¡millones! ¡hundimiento! dijo Miguel con estrañeza.

—Sí, contestó Estéban; ya te contaré eso; ven, ven conmigo.

Y asiéndole de un brazo le obligó á alzarse.

Llegaron al brocal del pozo y Estéban le dijo:

—Monta en el brocal; echa los pies para adentro; mételos en el cubo; agárrate á la cuerda, toma el farol.

Miguel obedeció maquinalmente.

Estéban le dejó descender, soltando cuerda, sin mas fatiga que si solo hubiese pendido el cubo del estremo de la cuerda.

Cuando estuvo en el fondo Miguel le dijo:

—Deja libre el cubo.

Poco despues Estéban estaba tambien en el fondo.

Por aquella vez Estéban no aseguró la cuerda al fondo.

—Arrímate, dijo, toma, á ver si ahora crees que te has salvado tú y tu familia.

Y le dió diez billetes de Banco.

—¡Mil duros! esclamó con alegría Miguel; ¡ah! esto es la vida de mi Enriqueta, la vida de mi hijo; gracias, muchas gracias, señor.

—Tio, tio, y mas tio; tio carnal, tio inmediato ¿estámos? no hay que hablar mas de esto: sígueme por este boqueron: mientras llegamos, te contaré por encima, te pondré en antecedentes.

Y echó á andar, siguiéndole Miguel.

VII.

Tardaron doble tiempo en llegar al sitio donde Estéban habia encontrado á sus obreros, que el que Estéban habia invertido antes.

Miguel, aunque habia adquirido algunas fuerzas con la cena, estaba débil y no podia andar muy de prisa.

Estéban tuvo tiempo de contarle, en resúmen, la historia del tesoro.

Cuando estuvieron allí, Estéban dijo:

—En la tercera y quinta galería ha aparecido tierra blanda removida: la quinta, la quinta; ven, Miguel, ven.

Y adelantando, llevando consigo un zapa-pico, dejó á la izquierda tres bocas de galería; llegó á una cuarta boca, y penetró por una gale-

ria recta, estrecha, por la que apenas cabia un hombre de frente, y tan baja, que Miguel, que era alto, se veia obligado á bajar la cabeza.

Recorrieron como doscientos metros hasta que llegaron al fin de la galería.

—Retirate á un tiro de pistola con el farol, Miguel; si se me viene la tierra encima, socórreme si puedes: ¡ah! la alegría me tiene revuelta la cabeza: toma estos otros mil duros, por si soy sepultado, y la llave de la reja: no te pierdas si te ves obligado á salir solo: siempre á la izquierda, hasta que encuentres la reja; luego, sigue el arroyo; hasta donde hay un pedazo de madera clavado á la entrada de una galería; desde allí, en derechura, darás con el pozo: ¡ah! toma tambien la llave de la cochera: ahora, reza Miguel, porque voy creyendo en Dios.

—Pero ¿á qué esa temeridad? ¿á qué arrostrar un peligro casi seguro? dijo Miguel.

—O millonario, ó muerto, esclamó Estéban.

Y alzando el zapapico, dió un terrible golpe con la pala.

El zapapico hizo sentir á Estéban una resistencia mayor que la de la tierra, y una especie de ruido siniestro, como el de un hueso que se rompe.

—¡Alumbra, alumbra, Miguel! dijo Estéban: quiero ver bien esta tierra.

Miguel alumbró.

Entre la tierra habia el pie de un esqueleto humano, y la parte inferior de una tibia hecha astillas.

Estéban no podia hablar: estaba pálido de emocion: sus ojos giraban de una manera estraña; parecia estar á punto de volverse loco.

Miguel miraba con horror aquel resto humano mutilado.

—¡Ah! esclamó al fin Estéban; ¡por fin, millonario! ¡millonario! hemos tropezado con Baltasarote: Baltasarote cayó sobre su tesoro: ¡oh, Dios mio, Dios mio! y pensar que si esos imbéciles hubieran trabajado un minuto mas... ¡ah! los hubiera matado á todos antes de que me robasen mi tesoro, de que me matasen ellos.

Y asiendo de una manera violenta, nerviosa, el zapapico, arrancó algunas paladas de tierra, rompiendo mas y mas los huesos del esqueleto.

Estéban volvió su herramienta por el pico.

Habia encontrado una tabla.



¡AH! SI, SI, MILLONARIO



Al hacer astillas la tabla, sonó el ruido seco de una vasija de barro que se rompia, y un ruido sonoro, metálico: un raudal de onzas cayó sobre la tierra que habia arrancado Estéban.

—¡Ah! sí, sí, millonario; dijo éste, no, no se vendrá el hundimiento sobre mí; iré entivando el hueco; contendré el hundimiento; no, no quedará aquí ni un solo real, ni una sola partícula de oro: tus bolsillos, Miguel, tus bolsillos: ¡ah! en esta sola olla rota hay por lo menos un millon de reales.

Y arrojaba puñados de oro en los bolsillos del absorto Miguel.

—Si todo fuese oro; si hubiese disminüido la cifra, por avaricia, Baltasarote; ¡oh! ¿quién sabe? se acabó; no mas sufrir: á gozar, á rodear de placeres los años que me queden de vida: mi madre, tú... tu familia... ¡Dios mio!..

Y seguia recogiendo febril, ansioso, enloquecido, el oro.

Miguel sentia una fascinacion terrible.

En otro tiempo, cuando era feliz, hubiera mirado con indiferencia, aquel oro que recogia desatentado, Estéban.

Pero habia visto á Enriqueta, á su hijo, próximos á morir de la horrible muerte de la inanicion, del hambre.

El oro es la vida; y el oro fascinaba á Miguel.

VIII.

Estéban seguia poniendo onzas en sus bolsillos, en los del jóven.

—¡Ah! no mas, no mas, dijo Miguel, estoy demasiado cargado; voy á andar con sumo trabajo.

—Pues bien, sí, tienes razon, dijo Estéban, no nos carguemos como acémilas ¿para qué? no hay necesidad: mi dinero está aquí mejor guardado que podria estar en ninguna otra parte: vámonos, Miguel, vámonos: necesito aire libre; mi sangre se ha dilatado; mi ser se ha trasformado; me ahogo aquí; vámonos. Pero antes de marchar, dijo volviéndose al hueco de la olla rota, donde quedaba mucho oro; gracias, Baltasarote; me has guardado fielmente mi herencia.

CAPITULO VI.

Un alcalde de ronda.

I.

Eugenia continuaba inclinada sobre el semblante inmóvil de su tia.

Escuchaba: dentro del cuerpo de la paralítica se oia un rumor sordo, insistente; un rumor que parecia representar una lucha entre el espíritu escitado y la materia débil y enferma.

Era aquello solemne:

Eugenia temblaba y esperaba.

Temia que aquel ruido sordo fuese el estertor de la muerte: esperaba que fuese una reaccion.

El alma de la jóven estaba comprimida.

La inmovilidad de la enferma continuaba.

Eugenia se arrepentia, á veces, de lo que habia hecho: á veces se decia: era necesario arrostrarlo todo.

II.

Pasó mucho tiempo, y Eugenia, siempre inclinada, siempre escuchando: el gemido interno de la paralítica, resonando siempre.

El tic, tac, monotono de un péndulo hacia mas triste, mas sombría, aquella situacion.

III.

De improviso se oyó un silbido.

Eugenia alzó la cabeza de sobre el semblante de su tia, y escuchó con atencion.

Volvió á resonar el silbido de una manera impaciente.

Eugenia salió del dormitorio, entró en el gabinete, abrió un balcon y se asomó á él.

Aquel balcon daba á una plazuela triangular, triste, á la que confluian dos callejas estrechas.

Solo en la parte antigua de Madrid que se llama «la Villa» podia suponerse aquella plazuela, en cuyo aspecto no habia nada que no pudiese convenir al carácter del siglo XVI.

Paredes escuetas, falta de simetría; ventanas acá y allá de diverso tamaño, con rejas voladas las unas, con una cruz de hierro las otras; escrecencias tales como pequeñas construcciones voladas sobre la calle, sostenidas en pescantes de hierro, pasadizos sin duda que se salian sobre la fachada; un empedrado viejo cubierto, escepto en la parte del tránsito de una calleja á otra, por menuda yerba verdi-negra; junto al suelo profundos traga-luces de sótanos; en un ángulo un estrecho postigo á la altura del piso principal; en uno de los lados de aquel triángulo, tres colosales balcones sostenidos por tirantes de hierro. Bajo estos balcones, rejas voluminosas de cuerpo entero.

Esta era la plazuela de los Mancebos, de la que ya hemos hablado y que no habíamos tenido ocasion de describir.

IV.

A uno de aquellos balcones fue al que se asomó Eugenia.

V.

—Y bien, ¿qué hay? ¿qué noticias me trae usted? dijo Eugenia inclinándose sobre la balaustrada del balcon.

—Miguel vive en una casucha de vecindad de la calle de la Comadre, número 125, contestó Gabriel.

—¡Ah! esclamó la jóven; pues es necesario ir al momento, al momento; yo no espero á mañana.

—¿Y cómo? preguntó el jóven.

—¡Ah! ¿cómo? saliendo por la puerta, yendo: adios; retírese usted Gabriel, retírese usted.

—Pero ¿va usted á salir Eugenia?

—Sí.

—Entonces, yo la acompaño á usted.

—No.

—Desde lejos.

—Como usted quiera; pero adios.

—Adios.

Eugenia cerró el balcon, y Gabriel tomó la vuelta y fué á colocarse en una esquina de la plazuela de la Paja, desde donde se veia la entrada principal de la casa.

VI.

Un cuarto de hora despues, Eugenia salió.

La acompañaban dos criados.

Gabriel se puso en seguimiento de la jóven.

Aquella parte de la poblacion estaba completamente solitaria. Bien, es verdad que por aquellos tiempos Madrid quedaba completamente desierto á las once de la noche, abandonado á los alcaldes de barrio con su ronda, á los serenos, á los agentes de policía, á los empleados de la limpieza, á los traperos y á los perros vagabundos que nadie se cuidaba de envenenar.

Se temia menos á la hidrofobia.

A la once de la noche solo quedaba del alumbrado público alguna que otra luz agonizante.

Pero como en cambio se multiplicaban por todas partes las imágenes de vírgenes, cristos y santos en nichos abiertos en la pared, alumbrados por farolillos en los cuales la piedad de los vecinos ponia aceite bastante para que durase la luz toda la noche, este alumbrado piadoso suplia la falta del alumbrado público.

VII.

El Madrid nocturno de entonces era completamente distinto del Madrid nocturno de hoy.

Habia en la capital mucha canalla, mucha gente perdida, como sucede siempre; pero estaba puesta á raya; era muy difícil encontrar un café como el del Puñal, abierto hoy toda la noche y lleno de seres que no pueden describirse por miedo de que la descripcion parezca inverosímil.

En aquellos tiempos, el vago, el perdido, el ladron se metian en su tasca al oscurecer por miedo de que una ronda les pidiese la competente carta de seguridad, ó de que un alcalde ó un agente de policía los mirase con demasiada fijeza.

Esto no quiere decir que entonces no se robase. Se robaba mas que ahora; porque no habia caja de ahorros ni de depósitos donde tener el dinero; porque España no era ni industrial ni financiera; porque los capitales estaban amortizados, y cada cual tenia todo el dinero que poseia, en su casa: aquello era un estancamiento de que provenia una gran miseria pública.

Pero si es cierto que se robaba mas, en cambio se ahorcaba mucho mas que ahora. No pasaba un mes sin que la plazuela de la Cebada diese á los buenos vecinos de Madrid el espectáculo de un ladron ó de un asesino que moria de *muerte natural de horca*, como dicen nuestras antiguas y candorosas leyes, y sin que saliesen de la cárcel de Villa algunas cuerdas de rematados para presidio por robos hechos en las calles á deshora y sin violencia; es decir, sin amenaza de arma blanca; porque si un ladron se atrevia á amenazar con su navaja á un robado, el delito crecia enormemente en proporciones ante los ojos de los señores alcaldes del crímen, y el ladron era enviado á la horca.

Por consecuencia, la mayor parte de los robos, en la calle y de noche, eran raterías sin otra consecuencia que la de dejar descapado, sin que supiese de qué manera lo habia sido, un hombre que iba cómodamente abrigado en su capa, y gracias si la veia alejarse rápidamente abrigando á otro hombre.

Esta maniobra de pillar el embozo de la capa de un prójimo, desembozarle limpiamente, dar una vuelta, sustituirse y apretar á correr, llevándose de paso el reloj del robado, es una cosa que saben hacer á las

mil maravillas todos nuestros rateros, y gracias si de paso no se llevaban el sombrero tambien.

Todo esto se hacía á la sombra, en las encrucijadas, en los pasos estrechos de las callejas, embebido el ladron en el hueco de una puerta, y solia hacerse tambien de dia en las calles de poco tránsito.

VIII.

Por esta razon se multiplicaban las rondas, y era difícil recorrer algunas calles sin tropezar con una, ya compuesta de vecinos honrados, ya de voluntarios realistas, mandadas siempre por un alcalde de barrio.

No anduvo, pues, mucho Eugenia sin tropezar con una de estas rondas.

Era aquella una noche grave.

Una de esas noches en que el poder constituido estrema su vigilancia porque teme; en que la tropa está sobre las armas en los cuarteles y los tiros de las piezas con los atalajes puestos y prontos á enganchar en los parques de artillería.

La enfermedad del amadísimo monarca don Fernando VII se agravaba de una manera alarmante.

Porque bueno es que nuestros lectores sepan que por los tiempos en que marcha la accion de nuestro drama, Fernando VII habia enfermado de su última dolencia.

Hacia ya algun tiempo que Fernando, aleccionado por el destronamiento de Cárlos X, por las insistentes tentativas del partido liberal, por el movimiento en sentido avanzado de Portugal, habia aflojado en su persecucion contra los liberales.

Pero del estado político de la nacion en aquellos dias, nos ocuparemos mas adelante.

Baste decir que el rey se moria, que habia mucho miedo á un cambio radical, á causa de la muerte probable del rey, y que don Tadeo Calomarde, primer ministro, hacia vigilar todo cuanto podia vigilarse.

Ya hemos visto de qué manera Estéban habia sido seguido y acometido por la policía.

IX.

La ronda con que se encontró Eugenia era de voluntarios realistas y la mandaba, no ya un alcalde de barrio, sino un respetable señor alcalde de casa y córte.

—¡Alto al rey! dijo el alcalde al encontrar á Eugenia y á sus criados, de la misma manera que hubiera dicho á toda persona con quien hubiese tropezado: ¿qué hora es esta de andar por la calle, y sobre todo mujeres? ¡á ver! las cartas de seguridad.

Por mucho que hubiese alambicado el despotismo, no habia tenido la peregrina ocurrencia de mandar que se proveyesen de carta de seguridad las mujeres; pero como entonces era mucho mas fácil que un español saliese á la calle sin narices que sin carta de seguridad, los dos criados adelantaron y presentaron las suyas al alcalde.

El alguacil de éste alumbró con su farol.

Los voluntarios realistas, con sus enormes morriones de pompon, echados hácia atrás, se apoyaban en sus fusiles y miraban á Eugenia que no se recataba, y en cuyo semblante aparecia una espresion tan dolorida como altiva.

—Sebastian Paez, ayuda de cámara del escelentísimo señor vizconde de Nava-Redonda, murmuró el alcalde leyendo una de las cartas: á ver, acércate, veamos si convienen las señas.

Sebastian se acercó y se quitó el sombrero.

—Eso es, dijo el alcalde mirando el semblante del jóven á la luz del farol del alguacil: tuerto del ojo izquierdo; moreno; nariz regular; barba poca; estatura alta; veinte y cinco años: contigo estoy al corriente; á ver, el otro.

—¿Es de todo punto indispensable un exámen minucioso? dijo con impaciencia Eugenia.

—¡Eh! ¡eh! ¿qué es eso, señorita? dijo el alcalde volviéndose con un tanto de grosería á Eugenia.

—Esto es que yo creo que una señora de mi clase puede y debe ir sin impedimento á donde necesita ir con sus criados.

—¿Y qué clase es la de usted, si me hace el favor de decirme? contestó algo amostazado el alcalde.

—Mi señora, dijo Sebastian, es su escelencia la condesa de Valdehumos.

—¡Ah! ¡ah! dijo servilmente el alcalde: perdone vuecencia si por no conocerla no la he dado tratamiento; pero sin embargo, ¿á dónde vá vuecencia á estas horas con dos criados que pueden haber sido sobornados por vuecencia? una jóven, sea cualquiera su clase, no está bien á estas horas en la calle, y esto es ciertamente mucho mas reparable en una persona de la categoría de vuecencia.

—¿Le es á usted igual, señor alcalde, rondar por aquí, ó por otra cualquier parte?

—De todo punto igual, señora.

—¿Puedo esperar tenga usted la galantería de acompañarme para evitar que otra ronda me detenga del mismo modo?

—No tengo ningun inconveniente, señora.

—Entonces, señor alcalde, gracias; marchemos.

Eugenia echó á andar.

El alcalde devolvió sus cartas de seguridad á los criados y sigió á Eugenia que iba bastante de prisa.

La alcanzó y se puso á su lado.

Eugenia callaba y andaba con ese paso menudo que es tan ligero en las mujeres y que rinde al hombre que se propone seguirlas.

—Muy de prisa vá vuecencia, dijo el alcalde que no era jóven y se fatigaba.

—Me importa llegar cuanto antes, contestó de una manera seca Eugenia.

—De seguro vuecencia va á hacer alguna obra de caridad, dijo el alcalde que habia acabado por hacerse curioso.

Eugenia no contestó y siguió en su rápida marcha.

Atravesaron asi la calle de las Maldonadas y el Rastro, entraron por la calle de Embajadores, torcieron por la calle de la Encomienda, y en medio de ella, el alcalde se detuvo rendido.

Tan de prisa iba Eugenia, que habia fatigado al alcalde, á los realistas y á sus dos criados.

—Me importa mucho llegar cuanto antes, contestó Eugenia, es un grave asunto de familia: andemos mas despacio, pero no nos detengamos: de todos modos, para hacerme abrir á estas horas en la casa á donde voy, hubiera necesitado del auxilio de una autoridad: yo agradezco á usted el que se haya prestado á acompañarme.

—¡Oh! señora, dijo alentándose algo el alcalde; tengo un verdadero placer en servir á vuecencia: ¿á dónde vamos?

—Al estremo de la calle de la Comadre, á una casa de vecindad, al número 125.

—¡Ah! ya sabia yo que vuecencia iba á hacer una obra de caridad.

—No, voy á cumplir con un deber sagrado; un pariente próximo mio sucumbe en esa casa, á la indigencia; ha huido hace cuatro años de nues-

tra casa, de la suya, no hemos vuelto á saber de él, acabo de saberlo esta noche; sucumbe á la miseria y no he querido perder ni un momento.

—¡Ah! perdone vuecencia, dijo el alcalde, yo no podia adivinarlo; la enfermedad del rey nuestro señor alienta á los liberales, conspiran, y toda vigilancia es poca para salvar de un atentado al trono y al órden público: ¡oh! que salgan, que salgan, mejor; asi tendremos ocasion para ahorcar á algunos centenares de esos condenados fracmasones: hace mucho tiempo que no se cuelga á ninguno, y esto les da atrevimiento.

Eugenia no contestó, y el alcalde no se atrevió á continuar, muy á despecho suyo, porque queria, como suele decirse, pegar la hebra.

Diez minutos despues llegaban al estremo de la calle de la Comadre; una calle miserable aun hoy y que entonces parecia una mala calle de un mal poblacho, demasiadamente larga.

X.

—¿Tiene usted la bondad, señor alcalde, dijo Eugenia, de mandar á ese hombre que traiga luz y busque el número 125?

—Aquí está, á la izquierda, se apresuró á decir el alguacil: en esa casa vive una comadre mia.

—¡Ah! perfectamente, esclamó Eugenia; me vendria bien hablar con alguna persona de la casa antes de entrar en ella: ¿quiere usted llamar á su comadre?

El alguacil, como dependiente subordinado, miró al alcalde antes de contestar.

—Llame usted, dijo el alcalde.

XI.

El alguacil se acercó á la puerta y dió quince golpes y tres repiques.

—¿Pues hasta qué número alcanza la gentuza que vive en esa casucha? dijo el alcalde escandalizado por el número de los golpes.

—Ciento y la madre, señor, dijo el alguacil, y mucho será que mi comadre no esté vencida y sea menester estar llamando hasta por la mañana.

—Pues no llame usted mas que tres veces, que si no abren, yo haré que muy pronto la casa entera se ponga de punta.

El alguacil dejó pasar dos minutos y repitió su llamamiento.

Poco despues se abrió una ventana en todo lo alto de la casa, y desde ella dijo una voz hombruna de mujer.

—Vaya un modo de escandalizar á estas horas; porque se vayan y nos dejen dormir, salgo yo: á la tia Zapata se la han llevado presa por bruja esta noche y dentro de poco la podrá usted ver emplumada por esas calles de Dios.

—El nos valga, dijo todo compungido el alguacil, no porque le importase mucho se hubiesen llevado presa á su comadre, sino porque le ponia espanto el que el alcalde supiese que era ahijado de una bruja.

En aquellos tiempos, todavia se creia en las brujas, en España.

—La Inquisicion, la Inquisicion; murmuró el alcalde; yo no sé por qué el rey nuestro señor no ha establecido la Inquisicion; mejor estaríamos.

Y luego añadió levantando la cabeza para mirar el alero del tejado, junto al cual estaba la ventana en que habia resonado la voz hombruna de mujer.

—¡Eh! tú, que tampoco me pareces persona muy principal, baja y abre la puerta.

—Cabalitamente, dijo la de la ventana, hace quince años que soy yo la portera de esta casa, y por eso he salido, para que no nos muelan; pero lo que es abrir, no sé yo para qué.

—Abra al rey, bribona, contestó el alcalde, ó echo la puerta abajo y la encierro y la mando emplumar por desacato.

Se oyó que la ventana se cerraba, y cinco minutos despues se vió luz por la reja que tenia encima la puerta; sonó una llave. La puerta se abrió y apareció una hembra indefinible, con una vela de sebo en la mano, un refajillo puesto al cuello, de un encarnado descolorido; bajo el refajo el estremo de una camisa, y bajo la camisa dos piernas delgadas y dos pies enormes y desnudos.

Sobre todo esto habia una cabeza de ave de rapiña, vieja y renegrida, en cuya parte superior se veian algunos mechones canos y erizados.

—Adelante, dijo el alcalde.

Y él, Eugenia, los realistas y los criados, entraron en el fétido callejon que servia de ingreso á la casa.

CAPITULO VIII.

La virtud entre trapos viejos.

I.

Por un costado de aquel callejon estrecho, húmedo, negro, empedrado, corria un arroyo de lodo infecto, hediondo, cuyo olor no podia resistirse, mezclado á ese olor á miseria que produce una de esas mal llamadas casas de vecindad que debia llamarse mas bien cloaca de inmundicias vivientes.

—Sigamos, sigamos adelante; veamos si esta casa tiene patio, dijo el alcalde; aquí va á axfisiarse vuecencia.

—¡Oh! qué casa, Dios mio; dijo Eugenia pensando en su primo y en su familia.

—Tres patios, no uno, tiene la casa, dijo la portera marchando delante al través de aquel sombrío pasadizo: en los patios que son grandes, huele, pero no huele tanto: ya estamos en el primero.

Y la portera entró en un gran patio cuadrado que tenia dos andenes de negros corredores.

Aquellos corredores dejaban ver como en el piso bajo, multitud de puertas; las de otras tantas habitaciones estrechas donde fermentaban, en medio de una horrible miseria, seres humanos.

En el medio del patio habia un pozo y junto á él una pila de piedra,

seca. Un raudal de agua clara y corriente sobre aquella pila hubiera sido mucho lujo en aquella casa.

En el patio corria libremente el viento y se olia mucho menos mal.

El alcalde hizo alto en el centro del patio.

—Se necesita saber, dijo Eugenia, si en el fondo de uno de los patios de esta casa vive un jóven que se llama Miguel, casado con una jóven muy linda con una hija de pocos meses.

—¡Bah! ¡bah! ¡bah! ha salido esta noche y no ha vuelto: su mujer está mala de hambre; ya se ve, como que es un señor que ha venido á menos y no quiere trabajar; porque á mí que no me digan, para trabajar no hay mas que querer: cualquiera es peon de albañil, y mientras se ganan cinco reales nadie se muere de hambre.

Eugenia no habia contestado porque la habian sobrecogido las primeras palabras de la portera.

Habia pasado por la jóven un vértigo.

—¡Enferma de hambre! dijo, y él: ¡oh! las preocupaciones de raza, la dureza de la soberbia.

—Yo no les tengo lástima, dijo la portera; tan tiesos, tan orgullosos...

—No mas, no mas, dijo Eugenia; llévame usted al momento á su cuarto: muchas gracias, señor alcalde; suplico á usted que se retire: me quedo aquí.

—En ese caso, señora, adios, dijo el alcalde; siento mucho el disgusto que sufre vuecencia: beso á vuecencia los pies.

Y se retiró.

—¡Vuecencia! esclamó la portera, ¡una señorona! ¿á qué vendrá aquí?

Y echó á andar, guiando hácia un ángulo del patio á Eugenia.

II.

En aquel negro ángulo habia la entrada mas negra aun de un pasadizo.

Al aventurarse por él, Eugenia mandó á sus criados esperasen allí.

Luego siguió á la portera, que torció dos veces por el pasadizo, al fin del cual se detuvo junto á una puerta, al través de cuyas rendijas se veia luz.

III.

Entremos antes que Eugenia en el aposento á que correspondia aquella puerta.

Retrocedamos algun tiempo.

Es un espacio cuadrado y de muy poca estension, en el cual apenas caben una mesa, un baul, y algunas pobres sillas.

Al frente de la puerta hay otra que da paso á un espacio mucho mas pequeño.

Aquello es una cocina.

Junto á la puerta de esta cocina hay otra que da á un cuartucho en el que apenas cabe una mala cama.

Al lado de esta cama hay una cuna.

Por la mitad de este cuartucho pasa la caja de una escalera, tocando casi, por su parte inferior á la cama.

Las paredes están ahumadas, desconchadas, grieteadas: el pavimento desprovisto en unas partes de ladrillos, y rotos los restantes.

El techo, de bovedillas, deja ver viguetas desiguales, corcovadas, amenazantes: parece aquel techo próximo á hundirse.

Sobre la mesa hay una vela de sebo próxima á estinguirse, en un negro candelero de hoja de lata.

Junto á la mesa, sentada en una silla, inclinada sobre su labor en blanco, y trabajando de una manera desalentada, una mujer, de la cual no se ve mas que la parte superior de la cabeza, los hombros inclinados; su falda cubierta por la labor, y dos manos flacas, de una blancura casi diáfana que trabajan de una manera febril.

De tiempo en tiempo se ve caer una lágrima, de aquella cabeza inclinada, sobre la costura.

Mas de tiempo en tiempo, aquella cabeza se levanta y mira con ansiedad á la alcoba.

Entonces se ve un semblante enérgicamente bello, enérgicamente noble y simpático, y dolorosamente demacrado y triste.

Una gran cabellera rubia rizada, de esas que están peinadas siempre, y siempre de una manera bella, corona aquella frente pálida.

El fuego sombrío de la fiebre luce en los grandes ojos azules de la jóven.

Su boca deja ver la aridez de sus labios, y una espresion de desconsuelo infinito.

La jóven escucha un momento, con el rostro lleno de ansiedad, vuelto á la alcoba, y vuelve á su trabajo.

Mas de tiempo en tiempo aun, deja la labor en el suelo, se levanta, dejando conocer en su actitud esa magestad de los seres privilegiados que no puede robarles la miseria, y se dirige á la alcoba, se inclina sobre la cuna y contempla una hermosa niña dormida.

La robustez de la niña justifica la demacracion de la madre.

Las madres miserables alimentan á sus hijos con sangre: les dan su vida, porque mueren.

Pero llega un dia en que ni aun sangre pueden dar á sus hijos.

Aquel dia el niño hambriento llora, y un llanto de hiel rompe el corazon de la madre.

Hay que pensar en hacer algo: lo que hay que hacer es llevar el hijo á la Inclusa.

IV.

La hija de la jóven rubia habia llorado mucho todo el dia.

El pecho exhausto de su madre no le habia dado una sola gota de leche.

La niña dominada por el hambre, fatigada por el llanto, se habia dormido.

Pero era el suyo un sueño terrible, una pesadilla: la pesadilla de la miseria: soñaba que mamaba.

Movia las manecitas como si apretase el seno de su madre.

La jóven rubia, Enriqueta, que ella era, al ver esto, se sentaba en el suelo, se doblegaba, se cubria el rostro con las manos, y rompia á llorar, desesperada.

Gracias que la habian quedado lágrimas.

Despues, no atreviéndose á tomar á su hija por no despertarla, se levantaba; volvia junto á la mesa, se detenia, fijaba una mirada candente en la labor, y esclamaba.

—¡Imposible! aun falta mucha obra y se me van acabando las fuerzas.

Sin embargo, se sentaba y volvia á la labor.



ENRIQUETA Y SU HIJA.



V.

Abstraida en su sufrimiento, no habia reparado en que antes de acabársela las fuerzas debia estinguirse la luz.

Llegó, sin embargo, un momento en que la vela chascaró y amenguó su luz de una manera demasiado sensible.

—¡Oh! se me nublan los ojos, esclamó la jóven; pero ¡ah! no, es que la luz se acaba... ¡Dios mio, y aun no es la una!

VI.

En aquel momento la niña despertó y rompió á llorar de una manera desesperada.

Enriqueta se levantó de una manera nerviosa y se lanzó hácia la alcoba.

Pero antes de llegar á ella se detuvo y permaneció inmóvil.

—¡Oh! ¡es preciso, preciso de todo punto! hay que sacrificarlo todo, todo por él: la Inclusa... ¡oh Dios mio!... Y bien, valor, no todos los niños que van á la Inclusa mueren, no, y sobre todo, aqui su muerte es inevitable; sí, antes que venga él, antes que esa luz se apague... para hacer estas cosas es necesario no pensarlas mucho, porque se acaba por no hacerlas, y es preciso.

La jóven retrocedió.

Tomó del espaldar de la silla un pañuelo de algodon y se lo puso en la cabeza.

Luego, de sobre el baul, un pañuelo grande, viejo, de lana.

Entró en la alcoba, tomó la niña, la llevó junto á la mesa; se sentó; la miró con una espresion de agonía indescribible: la besó, la envolvió en el pañuelo; la puso sobre su regazo; sacó del bolsillo de su vestido un pequeño libro de memorias, le abrió y escribió en una de sus hojas, con lápiz:

«Se llama Clara. Es hija legítima de unos desgraciados que mañana podrán ser ricos y hacer una gran donacion á la Inclusa. Cuidadla por amor de Dios. Mi firma, puesta al pie de estas líneas, y una punta que voy á cortar del pañuelo en que va envuelta, serán una señal para reconocerla y para que nos sea entregada.—Enriqueta.»

Tomó las tijeras y cortó una punta del pañuelo, que guardó en su pecho.

Luego cerró el libro de memorias, le guardó y tomando á su hija en los brazos, sin atreverse á mirarla á la luz ya turbia de la vela que espiraba, se levantó, abrió la puerta, y dejándola abierta, se lanzó en el pasadizo.

VII.

En aquel momento entraba por él una mujer como de treinta años, morena, fea, hombruna, pero robusta y de semblante franco y benévolo.

Esta mujer traia en un brazo una gran cesta llena de no sabemos qué cosas estrañas; y en la otra mano un gancho de que pendia un farol.

Era una trapera.

Una de las inquilinas de la casa de vecindad.

Una vecina próxima de Enriqueta, en aquella especie de arca de Noé.

VIII.

El pasadizo era tan estrecho y tan voluminosa la cesta que la trapera llevaba, que era de todo punto imposible pudiese pasar Enriqueta si la trapera no se desembutia antes del pasadizo.

La jóven se detuvo sobrecogida, como un ladron á quien hubieran cogido robando.

La parecia un crímen lo que su amor la obligaba á hacer por su hija.

La trapera adelantó, levantó el farol que tenia en la punta del gancho, é iluminó con él el semblante de Enriqueta.

Tal y tan clara era la espresion de aquel semblante, que al verle la trapera se puso pálida y dijo con una franca energía:

—¿A dónde vá usted á estas horas, desesperada y sola, con su hija? vamos, re-Dios, á usted le pasa algo muy gordo y yo lo he de saber: ¡vaya! pues ya se vé que sí; ¿á qué estamos en este mundo los cristianos? pues no faltaba mas sino que fuera usted á hacer alguna tontería; no seria mal cargo de conciencia para mí.

La trapera tuvo que soltar rápidamente su cesta y su farol en el suelo, y sostener con un brazo á la hija y con el otro á la madre.

Los ojos de Enriqueta habian girado de una manera terrible.

Habia vacilado; apenas habia tenido fuerza para estender una mano hácia la pared.

Cuando la sostuvo la trapera, la cabeza de Enriqueta cayó inerte sobre su hombro.

Con los dos en brazos, la trapera adelantó; llegó á la puerta que Enriqueta no habia cerrado, y al través de la cual se veia el débil resplandor de la luz agonizante; entró en la alcoba; puso sobre la cama á Enriqueta, en la cuna á la niña que continuaba llorando; salió de la alcoba, se metió en la cocina; asió un cántaro y le dejó en el suelo, desalentada.

—Ni aun agua tienen, dijo: ¡válgame Dios!

Salió rápidamente; tomó su cesta, su gancho y su farol; llegó á una puerta inmediata á la del cuarto de Enriqueta, la abrió con una llave que sacó de su voluminoso pecho, y entró en un aposento semejante al de Enriqueta, pero mas cuidado, con mas muebles, con mucha menos miseria.

—¿Cómo estás, José? dijo entrando en la alcoba.

—Mejor, mujer, dijo una voz simpática, en que se adivinaba á un hombre de bien: he dormido algo; no tengo calentura, y mañana podré ír al trabajo.

—Me alegro; y me alegro mas de que hayas estado enfermo.

—Vaya, mujer, gracias, dijo con estrañeza el marido.

—Sí, si señor, porque si no hubieses estado enfermo no hubiera yo venido hasta por la mañana y hubiera sucedido una desgracia.

—¿Qué desgracia, mujer?

—Los pobres vecinos: ya, ya verás: luego te contaré.

E inclinándose rápidamente sobre una cuna en que dormia tranquilo un niño, le besó y murmuró entre su beso:

—¡Ah! el mio, gracias á Dios, no tiene hambre.

Luego salió; fué á su cocina, encendió una vela de sebo, llenó en la tinaja, un jarro de agua, y con el jarro y la vela salió y entró en el cuarto de Enriqueta.

IX.

La roció con agua el rostro y poco despues Enriqueta volvió en sí.

Se incorporó con trabajo; se pasó las manos por la frente y esclamó:

—¡Y mi hija! ¿dónde está mi hija?

—Aquí, dijo la trapera levantándola de la cuna, tomándola en brazos

y echando fuera un robusto pecho y acercándolo á la niña que le cogió con ánsia.

—¡Ah! ¡por Dios! dijo Enriqueta, no ha mamado en dos dias; Dios se lo pague á usted, pero... cuidado, por Dios.

—¡Ah! ya sé yo lo que es esto: he tenido cuatro y solo uno, el primero se me ha muerto por hartarle: los otros se los ha llevado Dios, el sarampion y el garrotillo: mire usted, ángeles para el señor; mejor están ellos que nosotros, porque esta vida... vamos, no hay que afligirse ni que llorar; una desgracia á cualquiera le sucede, al mas pintado; y luego que el ser pobre no es vergüenza: ánimo, hija, ánimo: si usted no tiene para su niña, yo tengo para ella y para el mio y para otro que venga: ya se ve, como ustedes se encerraban á piedra y lodo ¿qué sabia una? muy mal hecho, hija, muy mal hecho: los pobres estamos acostumbrados á ayudarnos los unos á los otros... ¡qué diablos! al que no ayuda á su prójimo no puede ayudarle Dios.

Enriqueta callaba y lloraba.

La trapera guardó silencio por un respeto instintivo al dolor de aquella pobre madre.

Lo habia adivinado todo, pero no se atrevia á preguntar á Enriqueta.

Al fin, no pudo contenerse y dijo:

—No me engañe usted; usted iba desesperada; usted iba á...

—A llevar mi pobre hija á la Inclusa, dijo Enriqueta temiendo que la trapera hubiese supuesto algo vergonzoso.

—Pues eso era lo que yo iba á decir, dijo la trapera; ¿quién habia de pensar otra cosa? ¿pues qué no llevan su honra en la cara las mujeres honradas? Vamos, para como estaba, ya ha mamado la niña bastante: la señorita querria mas, pero tendrá que tener paciencia, ya le llegará la hora de hartarse: no haga usted caso de que llore, que no se muere: ahora hay que pensar en la madre: vaya si me alegro de que mi José haya tenido dos dias calentura: ya se le han quitado; pero he venido temprano y tengo apartado caldo para mi marido: hasta ahora.

Y salió.

—¡Oh, Dios mio! esclamó Eugenia; ¿por qué del corazon que sobra á los pobres no das un poco á los poderosos?...

Luego juntó las manos, alzó los ojos al cielo y esclamó:

—Gracias, Dios mio, gracias: has salvado á mi hija: ¡oh! si; si yo muero, esa noble mujer será su madre.

Enriqueta se dejó caer sobre la almohada y continuó llorando en silencio.

X.

Poco despues entró la trapera con una humeante taza de caldo en la mano.

Antes de que llegase á la alcoba, sonó un fuerte golpe, un golpe impaciente, y por decirlo asi, nervioso, en la puerta del cuarto.

—¡Ah! ¡él! ¡mi marido! dijo Enriqueta.

La trapera se volvió; abrió la puerta, y al ver á Eugenia que entraba, retrocedió y dijo:

—Pues no, no es su marido de usted; es una señora.

—Soy la condesa de Valdehumos, esclamó Eugenia adelantando rápidamente.

—¡La condesa de Valdehumos! ¡su prima! esclamó Enriqueta saltando de la cama, como impulsada por una poderosa corriente galvánica.

Y las dos jóvenes se miraron un momento y se lanzaron la una en los brazos de la otra esclamando recíprocamente:

—¡Enriqueta!

—¡Eugenia!

La trapera, asombrada, inmóvil, estaba detrás de ellas con la taza de caldo en la mano.

CAPITULO IX.

Estéban farsante y positivista.

I.

A la una de aquella misma noche Estéban y Miguel estaban fuera del cocheron de la calle de los Mancebos.

Estéban habia dominado su emocion; se habia tranquilizado; se habia puesto de muy buen humor.

Miguel, por su parte, se sentia fuerte.

La certeza de que su Enriqueta y su hijo estaban libres de la miseria, le habia devuelto gran parte de su vigor.

Su tio le llevaba asido del brazo.

—¿Sabes, chico, le decia, que el peso del oro es tan grato que causa un placer inmenso el sentirle: ¡bah! yo llevo lo menos una arroba y me parece que no llevo una libra; ando desembarazadamente: por supuesto, estoy seguro de que tu mujer no está ya en la huronera en que os metió la miseria; yo conozco á Eugenia; habrá ido por ella, se la habrá llevado; estará en mi casa, sí señor, en mi casa: la casa de Campo-Nuño, mal que le pese á mi hermano Antonio, el único á quien puede pesarle, es mi casa; pero sabe Dios si ahora nos seria fácil entrar en ella porque me he informado: no he perdido hoy el tiempo, no; mi hermano Antonio está muy enfermo; le ahoga el asma; él no cree que se muere, por-

que los asmáticos y los tísicos creen que no se van á morir nunca; pero se teme la catástrofe de un momento á otro, y el padre fray Serapio de Rozas, un indigesto pariente nuestro, á quien no puedo ver por muchas razones, aparte de la de ser fraile, la que bastaria; porque como los frailes tienen la culpa, en gran parte, sosteniendo el absolutismo, de que yo haya estado á punto de ser ahorcado, los aborrezco de muerte: fray Serapio dejó encargado hoy que si mi hermano empeoraba, se le llamase al momento: si esto ha sucedido, nuestro hombre habrá tomado posesion de la casa, y para entrar tú y yo en ella nos veríamos obligados á asaltarla: vamos, vamos á tu chirivitil; sin duda alguna, Eugenia habrá dejado allí alguien que te avise de que se ha llevado á tu mujer y á tu hijo, y que te guie: Eugenia sabe que su tio se muere y debe tener un grande interés en que tú llegues y asistas á la agonía de tu tio.

—Puede ser que Eugenia no se haya atrevido á llevar á Enriqueta á su casa, dijo Miguel.

—¡A su casa! ¿no te atreves á llamar tu casa á la casa en que has nacido? sí, en que has nacido: tú estás loco, tú eres el chico mas estrafalario y mas raro que conozco; al demonio se le ocurre hacer caso de lo que te decia tu padre irritado porque te habias casado con la hija natural de Ezguerra; ¡bah, bah! debiste dejarle hacer lo que hubiera querido: que te desheredaba; bien: ahí estaba tu prima Eugenia que no te hubiera dejado morir de hambre ni mucho menos: que sostenia que no eras su hijo, prueba al canto por tu parte: pues qué, ¿no quedan criados antiguos de la casa? ¿pues qué no viven los facultativos que asistieron al alumbramiento? cierto es que no estábamos en la casa ni mi hermano Pedro, ni mi hermano Antonio; todos habíamos reñido, cada cual con su razon con mi hermano Juan; no se le podia resistir; pero por lo mismo que puede probarse que mis dos hermanos menores no estaban en Madrid en la época de tu nacimiento, no hace falta su testimonio, son completamente inútiles; mi hermano Pedro calló acerca del documento que te hizo á tí huir de la casa paterna, porque le convenia; porque perdido tú, oscurecido, como si dijéramos muerto, él entraba en posesion de tu herencia y á los tantos años obtenia la propiedad: mi hermano Antonio ha pensado en este asunto como pensó tu padre: sostiene la falsedad por soberbia; pero no importa, se está muriendo; quedará el padre Serapio de Rozas, á quien le será muy agradable manejar un caudal tan pingüe como el tuyo, ya nos entenderemos el hijo del seráfico San Francisco y yo, te

lo prometo: basta ya, soy el hermano mayor, y á mas de eso, millonario: estoy reconocido por mi padre, legalmente reconocido; tengo infinitamente mas autoridad en la familia que ese frailuco que creo se ha ingerido audazmente en ella: yo arreglaré este negocio; por lo pronto te declaro que eres mio y que si te me pierdes te encuentro, á pesar de que no he podido encontrarte en los Estados Unidos; ¿quién encuentra allí á nadie entre aquel próspero desórden?

—Yo estaba en Washington, dijo Miguel; tenia academia pública de lenguas; daba lecciones de literatura, las anunciaba en los diarios, y si usted sabia que yo habia tomado el nombre de Miguel Coello, es estraño que no me haya usted encontrado.

—¡Oh! ¿estabas en Washington? cabalmente en la única poblacion importante de los Estados Unidos á que no fuí, cansado ya de investigaciones inútiles: allí la policía no sabe nada, ni sirve para nada; son unos pájaros tontos; además se me acababa el dinero, porque tú lo sabes bien, todo cuesta un ojo en los Estados Unidos, y luego lleve usted intérprete, indispensable para entenderse con aquella gente que ladra; déle usted una libra esterlina por dia y déle usted de comer; esos anglo-americanos, hijo, comen como lobos; ¿y qué me dió tu prima Eugenia para buscarte? una miseria, cuatro mil duros.

—¡Pobre Eugenia mia! dijo conmovido Miguel.

—Yo tuve que poner de mi bolsillo otro tanto; pero hijo todo se lo han llevado diez meses en aquel maldito pais, el pais del oro, concedido, pero en el que, por lo mismo, el dinero vale muy poco y hay que gastar mucho: me vine arruinado, hijo; tan arruinado que he tenido que pedir dos mil duros á tu prima pàra darlos á un pillo de polizonte que los exigia por decir donde te encontrabas.

—Gracias, muchas gracias por todo, dijo Miguel que tenia muchos motivos para ver en Estéban un farsante demasiado peligroso.

—No, no debes darme las gracias; he hecho lo que queria hacer, porque te amo.

—¿Pero á dónde vamos por aquí? dijo Miguel, nos desviamos de nuestro camino; en vez de seguir por la calle de el Meson de Paredes para tomar la de la Comadre, hemos tomado la de la Merced, hácia la calle de la Magdalena.

II.

En aquellos tiempos, el espacio que hoy constituye la plazuela del Progreso, estaba ocupado por el convento de la Merced.

Al fin de la calle de Barrio-Nuevo, se encontraban á la izquierda la plazuela y calle de los Remedios que terminaba en la de la Magdalena: continuando al frente de la de Barrio-Nuevo se entraba en la de Cosme de Médicis, y en el final de esta, á la izquierda, la de la Merced, que iba á terminar tambien en la de la Magdalena.

Entre estas tres calles, que no existen, y que formaban un triángulo prolongado, cuyo vértice correspondia á la calle de la Magdalena, estaba el convento de la Merced.

III.

—Vamos á la plazuela de Anton Martin, dijo Estéban, á entregar esos dos mil duros al polizonte que, como te he dicho, los ha exigido para dar noticias de tí; las ha dado por adelantado, confiando en mi palabra, y yo quiero quedar libre, cuanto antes de este compromiso.

—Pero ¿á estas horas?...

—No importa; cuanto antes cumple su palabra un hombre decente, mejor; á propósito; dáme esos veinte billetes de Banco.

—De modo que, dijo Miguel sacando aquellos billetes del bolsillo, si usted hubiera perecido en aquella horrible mina, el polizonte se hubiera quedado sin su dinero.

—A un muerto no puede sonrojarle nadie, Miguel, dijo Estéban; y además, tú eras antes que todo; qué diablo, el deber tiene tambien sus casuismos, y el casuismo puede aplicarse á todo; entonces hice bien dándote estos billetes; ahora hago bien llevándolos al momento á quien tiene derecho á ellos, puesto que él ha cumplido legalmente por su parte, lo que habíamos convenido: cuatro pasos mas allá está la plazuela de Anton Martin; tú me esperarás á la puerta; mi hombre me ha exigido el mayor secreto y no hay necesidad de que recele: ¿para qué se le ha de dar un disgusto cuando ha cumplido bien? mira, espérame aquí, en el hueco de esta puerta; yo vuelvo al momento.

IV.

Estéban adelantó; llegó, en la plazuela de Anton Martin, á la puerta de un feo casuco de dos pisos y llamó estrepitosamente.

Tuvo que repetir su llamamiento por tres veces; se abrió al fin una ventána y dijo una áspera y cascada voz de viejo:

—¿Quién es? ¿qué se ofrece á esta hora?

—Soy yo, don Estéban de Fonseca, y traigo dinero, mucho dinero.

—¡Ah! eso es otra cosa, contestó el viejo; solo á usted abriria yo á estas horas, don Estéban.

Poco despues se abrió la puerta y apareció un hombre como de setenta años, de fisonomía vulgar, sórdida y repugnante, envuelto en una capilla vieja, calado un gorro de dormir, de algodon azul, con un pequeño velon en la mano, en que ardía una luz mezquina.

En cuanto entró Estéban, cerró cuidadosamente la puerta.

—Buen sueño me ha quitado usted, dijo, viene usted sin duda...

—Sí, vengo por mi reloj.

—Suba usted.

—De ningun modo; estoy cansado y las escaleras son escuetas y largas; esperaré aquí: ¿qué debo á usted?

—Veinte mil reales de capital y diez mil de réditos.

—Es decir, esclamó con irritacion Estéban, un cincuenta por ciento por tres meses.

—Usted hizo el empeño por un año; me es indiferente: venga usted por su reloj dentro de nueve meses, tanto me dá: yo no le digo á usted que lo saque ahora; no le obligo; pero defiendo mi negocio; además, en el resguardo de la alhaja están puestos treinta mil reales.

—Y bien ¿qué me importa? dijo Estéban, en España estamos todavía á oscuras; se sostiene la tasa del interés del dinero, y la tasa proteje la usura.

—¡Usura, usura! esclamó gruñendo, mas bien que hablando, el viejo; ¿á quien obligo yo á que venga á empeñar á mi casa? el trato es trato, y no doy moneda falsa.

—Es verdad, dijo Estéban sacando su cartera y de ella un papel doblado; este es el resguardo: los treinta mil reales, estos.

Y sacando los billetes de Banco, separó cinco y dió el resto al prestamista.

—Dos... seis... diez... quince, dijo el usurero contando con avaricia los billetes y examinándolos: estamos al corriente ¿no quiere usted subir?

—No señor; tratándose de escaleras como esa, me reservo para cuando me sentencien á horca; unas escaleras tales las sube un necesitado, un desesperado: fuera de ese caso no se suben.

—Como usted quiera don Estéban, aquí dejo la luz.

—Mire usted que se va á romper la nuca.

—¡Ah! no hay cuidado; las escaleras me conocen á mí y yo las conozco á ellas.

—No, mi cuidado no es por usted, sino por el reloj.

—No, no hay que temer: vuelvo al momento.

Y subió á oscuras por una escalera tan estrecha y tan pendiente que metia miedo.

—Solo el diablo se atreveria á subir á oscuras por una escalera tal; pero diablo ó usurero, ¿qué mas dá? munmuró Estéban: ¡canalla! pero no debo quejarme: gran parte de mis millones se han hecho de ese modo y aun de peor manera: adelante; esta noche es la gran noche: estoy impaciente; sí, sí, es necesario que yo saque mi reloj delante de Eugenia, que corte toda sospecha; me parece que ya baja ese bribon: debe tener hecho pacto con el diablo: no baja, se desliza, preciso; es un reptil.

A poco apareció el prestamista.

—Hé aquí el reloj, dijo entregándole á Estéban.

—¿Qué hora es? mi relojillo de plata, que es un pretesto, tiene las tripas malas.

—El reloj de Anton Martin, responde, contestó el prestamista.

En efecto, el reloj del cercano hospital de Anton Martin dió la una de la noche.

Estéban, alumbrándole el usurero, que no quitaba el ojo codicioso, de la alhaja, dió cuerda al reloj y le puso en hora.

Luego sacó el relojillo de plata; le quitó de la cadena de seguridad, y le dió al prestamista diciendo:

—Se lo regalo á usted.

—Muchas gracias, don Estéban.

—Abra usted al momento la puerta, dijo Estéban guardando el riquísimo reloj que habia puesto en la cadena; y buenas noches.

—Buenas noches, don Estéban, dijo abriendo la puerta el viejo: mucha salud y mucha suerte.

Estéban salió.

Adelantó rápidamente; llegó á la puerta, en cuyo hueco le esperaba Miguel, y le dijo:

—Tenemos fortuna; unos manolos con quienes el polizonte se ha metido le han dado una paliza tan furiosa que le han enviado á la eternidad: no tiene parientes ni habientes, y por consecuencia nosotros le heredamos, ó por mejor decir, tu prima á quien devolveré sus cuarenta mil reales: vamòs, vamos de prisa; es la una, y no conviene andar esta noche mucho por la calle: es raro, Madrid está lleno de rondas y de patrullas, y no hemos tropezado con una sola: ¿y por qué diablos te has venido de los Estados-Unidos Miguel, y cómo te has venido pobre? allí todo el mundo gana dinero.

—La salud de Enriqueta, contestó Miguel; los médicos la prescribieron el aire natal; yo habia ganado unas mil libras esterlinas; cometí el disparate de traerlas conmigo, en vez de girarlas sobre Liverpool, cuyo cónsul me conoce demasiado: el *Mazzèpa* naufragó, terminado el viaje á la entrada del puerto se fué á pique, y gracias á que fuimos socorridos; al cónsul, á Martinez, debemos el haber podido llegar á Madrid: sobre mí pesa una maldicion desde que maté al hermano de Enriqueta; el que mata no puede ser feliz: Dios le maldice.

—¡Bah! ¡bah! dijo Estéban; eso no es exacto; sobre todo cuando se mata con razon: tú tuviste razon sobrada, Miguel.

Ezguerra era un canalla; en fin, eso no se sabe; los testigos del duelo han sido afortunadamente hombres de honor: desimpresiónate, hijo; él pudo matarte; se valió de artimañas, como un rufian, y tiraba algo mas que tú: me acuerdo como si lo estuviera viendo; pero le llevabas ventaja en serenidad, en corazon; por supuesto, era preciso: un villano, un miserable, no puede ser valiente: le llevabas la gran ventaja del honor, de la bravura, de la sangre fria.

—De lo que resulta muerte con ventaja, dijo sombriamente Miguel, esto es, el asesinato.

—¡Ta, ta! el duelo no es otra cosa ni lo ha sido nunca mas que un asesinato convenido; un asesinato en nombre del honor: es imposible, de todo punto imposible equilibrar los medios de destruccion y de defensa de dos hombres que se baten, que son grandes tiradores; los dos tienen alguna estocada suya: alguno de ellos es mas rápido ó mas sereno, ó mas sagaz que el otro: el que muere sabia menos, indudablemente, ó podia

menos; no hay escape: siempre lo mas y lo menos; siempre el pez chico devorado por el grande; el perro vencido por el lobo; el tigre por el leon; pero ¿está convenido? sí; lo convenido ¿es justo?..

—No, dijo con energía Miguel, sobre las absurdas convenciones humanas está la verdad eterna, la verdad única; el que se aprovecha de una convencion para matar, se sujeta á la misma convencion para ser muerto: habeis herido, habeis destruido, en buen hora; el remordimiento herirá vuestra conciencia y la paz de vuestra alma habrá muerto. Dios lo compensa todo; el sufrimiento de la miseria y de la desgracia con el placer íntimo de la inocencia: Dios lo castiga todo; porque él ha dicho: «no matarás» «no robarás» «no serás el enemigo, el verdugo de tu hermano:» y al revelar á los hombres su código divino, los ha revelado su sentencia inapelable, su castigo inevitable.

—Oye, Miguel, se me ocurre una cosa, como hables asi, en ese estilo de sermon, diez minutos seguidos á nuestro pariente fray Serapio, le sobornas; tú no has nacido para este mundo, chico; estás loco de una manera incurable, y si te empeñas en ser desgraciado, lo serás: ¡qué abultar las cosas! ¡qué sacarlas de quicio! ¿vivimos entre ángeles? descuídate, y tus hermanos, tus queridos hermanos en Dios, te dejarán en los huesos: ¿cuál de tus amigos, te ha tendido la mano cuando te ha visto en la desgracia?

—No he recurrido á ninguno.

—Has hecho bien; te has escusado de encontrar desagradecidos sin pudor: ¡bah, bah! si yo pensara como tú; ¡horror! antes que ser muerto se mata; antes que ser robado, se roba; fuerza contra fuerza; puño contra puño; mandíbula contra mandíbula: ¿se vence? mejor: es porque se tiene fuerza: no te escandalices de lo que voy á decir: no se puede ser caritativo; el que es verdaderamente caritativo se suicida, se arroja bajo las ruedas del carro social que pasan por cima de él aplastándole; su sangre ha quedado en ellas: ¡guerra, guerra siempre y buscando la ventaja! el hombre ha nacido para luchar: el que no lucha, ó lucha sin fuerzas, sucumbe; pero dejémonos de vaguedades; salgámonos de un círculo vicioso: hablemos, porque de algo hemos de hablar, puesto que no estamos reñidos, de algo importante: es necesario buscar el apellido de tu mujer: un marinero que servia á Ezguerra me contó despues de que me separé de tí, el hijo mayor del difunto, el que tú mataste, se encerró en la casa paterna con un escribano y quemó unos papeles: es-

toy seguro de que los papeles quemados tenian relacion con Enriqueta; fue un imbécil su hermano: sí, aquellos papeles tenian fuerza legal, sus originales deben estar entre los protocolos de una escribanía.

—Cierto, ciertísimo, dijo Miguel: Casa-Bermeja me lo reveló cuando fuí á verle; Enriqueta tiene derecho á llevar el nombre de su padre, y á un millon de reales: yo pensaba hacer investigaciones; acreditar su derecho, reclamar ese millon, no por mí, por Enriqueta, por mi hija; pero el naufragio, la miseria que nos sorprendió.—Pues bien, la miseria ha desaparecido; no se debe perder un millon de reales: le reclamaremos; puede ser que tengas que darte de estocadas con el otro hermano; pero no, estoy yo aquí; me cruzaré y encontraré medio de evitarte el que te batas, matándole á buena ley: estamos ya al fin de la calle de la Comadre: ¿cuál era tu mechinal, Miguel?

—A la derecha, dos puertas mas allá.

—Pues lleguemos y llamemos bien recio para que nos abran pronto.

—No; traigo la llave; esta es la puerta.

Miguel abrió y entraron en la casa de vecindad.

CAPITULO X.

Una escena estraordinaria de casa de vecindad.

I.

Adelantaron á tientas hasta el patio.

Le atravesaron y penetraron por el estrecho pasadizo á cuyo fin estaba la miserable vivienda de Miguel.

Dentro habia luz.

II.

Cuando empujaron la puerta vieron á Gabriel que se paseaba á lo largo de la habitacion.

Una mujer de mala facha, vieja, desgreñada, mal vestida, estaba sentada, de muy mal talante junto á la mesa.

—¿No te decia yo que habria quien te esperase en tu casa, Miguel? dijo Estéban.

—Ya lo creo, dijo la portera con acento grosero, mientras Gabriel se dirigia á Miguel y á Estéban, aquí estamos trasnochando para recoger las llaves y el alquiler.

Nadie contestó á la portera.

Miguel se habia dirigido con ansiedad á Gabriel y le habia dicho, mientras la portera hablaba:

—¿Y Enriqueta? ¿y mi hija?

—En su casa de usted, caballero, contestó Gabriel.

—Eso es, en tu casa, dijo Estéban, ¿no te lo decia yo?

—Yo no tengo casa, contestó Miguel, pero en fin, ¿ha venido la condesa de Valdehumos por Enriqueta?

—Sí, señor, contestó Gabriel.

—La condesa de Valdehumos, no, señor incorregible, dijo Esteban, Eugenia no tiene para tí ese nombre; refiriéndote á ella debes decir «mi prima.»

—Sí, su prima de usted, dijo Gabriel dispénseme usted que me entrometa en este negocio; conozco toda la historia; soy abogado y me ofrezco á usted para defenderle, si es necesario.

—De ningun modo, dijo Miguel, aunque por esto no deje de agradecer á usted su ofrecimiento; ó soy ó no soy lo que ustedes pretenden que yo sea: si lo soy, debo respetar la memoria de mi padre; debo evitar un grave escándalo; si no lo soy, mi honor no me permite intrusarme en una familia.

—¿No se lo dije á usted? esclamó Estéban dirigiéndose á Gabriel; pero es verdad, yo no he dicho á usted nada; tengo la cabeza perdida; me suceden cosas... pero no importa, se lo digo á usted ahora: acabaremos por tener que llevarle á Zaragoza ó á Toledo para que le encierren en una jaula; pero supongo que nada tenemos que hacer aquí: Enriqueta está con la condesa de Valdehumos; llamémosla condesa; aquí no veo nada que huela á equipaje; podemos, pues, marchar.

—Sí: Eugenia me encargó esperase á su primo y le llevase á su casa, dijo Gabriel.

—Pues vamos, dijo Estéban dirigiéndose á la puerta.

—Y yo, ¿para qué he esperado yo aquí? dijo la portera.

—¿Qué esperas tú? la preguntó Estéban.

—Treinta reales del alquiler de la casa y las llaves.

—¿Treinta reales? dijo Estéban.

—¡Si le parecerá caro todavía al señor el alquiler! dijo la portera; y ello es que alguien me lo ha de pagar: allá se fué la señora con la otra y la Juliana, la trapera con la niña á cuestas: yo no me atreví á decir nada á aquella señorona y sobre todo, no se habia despedido del cuarto: pero ahora es distinto, y nadie se me va de aquí sin pagar: y eso que no pongo nada por el aceite que ha gastado la luz que he traido yo, ni por el sueño que he perdido.

—Devuélveme lo que sobra, dijo Estéban echando sobre la mesa una onza.

—¡Jesus, señor! dijo suavizándose de repente la portera, ¿y de dónde quiere usted que yo saque tanto dinero?

—Vamos, guarda lo que sobra, bruja, dijo Estéban; mira, galopa, echa bien la llave; estos pobres muebles que aqui hay, me interesan mucho: ellos han sido compañeros de tu miseria, Miguel: en la casa que voy á construir haré que me falsifiquen un tabuco exactamente igual á éste, y pondré allí estos muebles, en la misma situacion que están aqui. Estos muebles, señor, dijo la portera, son de la tia Ruperta, la del segundo corredor; no la de abajo, que los alquiló á esta familia por un duro al mes.

—Yo me entenderé con la tia Ruperta de arriba, y si es necesario con la tia Ruperta de abajo, dijo Estéban; lo mejor será que yo me lleve la llave; conque, vamos, echa á andar delante y alumbra.

La portera salió; salieron Miguel y Gabriel y Estéban cerró la puerta y guardó la llave en su bolsillo, murmurando:

—Aqui yace la miseria del marqués de Campo-Nuño.

III.

—Señores, dijo una voz de hombre desde una puerta inmediata, ¿van ustedes á donde está mi mujer?

—¡Calla! ¿quién eres tú? dijo Estéban viendo á un hombre envuelto en una media capilla, con un pañuelo de algodon, de yerbas, en la cabeza, y muy pálido.

—Yo señores, dijo, soy José Perez, peon de albañil, marido de mi Juliana que es trapera; se ha ido con unas señoras y deseo saber donde está.

—¿Y á qué se ha ido tu mujer con mi sobrina? dijo Estéban.

—Diré á usted, señor, contestó el albañil, mi mujer se volvia antes que otras noches, porque yo estaba malo; ya no lo estoy; durmiendo me he curado; se encontró á una pobre señora, vecina nuestra, mujer de ese caballero rubio; iba con su niño á llevarle á la Inclusa...

—¡Dios mio! esclamó Miguel.

—¡A la Inclusa! dijo Gabriel.

—Pero no, no señor, dijo Pepe, mi mujer tiene cada pecho como un

cántaro, es robusta y puede criar bien dos niños: Dios la trajo temprano.

Miguel adelantó y estrechó la ruda mano de aquel hombre.

—¡Ah! bueno, bien, dijo Estéban, me gustas, tú, muchacho; eres todo un mozo; vea usted, y peon de albañil: se acabó; tú no vuelves á llevar mas espuertas de mezcla, te lo digo yo, si te conviene, desde ahora eres mi mayordomo:

—Gracias, señor, ¡vaya si me conviene! dijo Pepe, mientras Miguel retenia su mano entre las suyas; ¿y por qué llora usted, señor? añadió dirigiéndose á Miguel; ¡bah! pues qué ¿estamos aquí en tierra de judíos? pues qué ¿tanto trabajo cuesta criar á un pobre niño que no puede criar su madre?

—Gracias, dijo Miguel conmovido.

—Vamos, dijo Estéban, acuéstate tú y duerme bien, por si te hace falta acabar de curarte; pero mira, métete eso debajo de la almohada para que duermas mejor.

Y dió á Pepe un puñado de onzas.

—Pues hijo, esclamó la portera con acento en que aparecia una envidia mortal, dí que os ha tocado la lotería á terno seco.

—Gracias, señor, dijo José tomando el dinero; pero nosotros no lo hemos hecho por esto.

—Pues por lo mismo te lo doy: adios, y buenas noches.

—Buenas noches, señores.

—Adelante, dijo Estéban.

Y siguieron por el pasadizo hácia el patio.

Cuando llegaron á la puerta, la portera dijo á Estéban.

—¿Y para mí, señor, no hay siquiera un ambito? tengo una hija moza y le vendria bien un dote.

—Estéban apartó á la vieja, le tomó la llave de la mano, abrió y salieron.

—Para todo es necesario tener fortuna, dijo la portera cerrando; mal rayo los parta á todos; miren la Juliana; Dios que los aguante ahora; echarán coche, ya, ya, vaya unas historias: ¿qué será esto?

CAPITULO XI.

El diablo predicador.

I.

Como por compensacion de no haber encontrado una sola ronda desde la calle de los Mancebos á la plazuela de Anton Martin, y desde allí á la calle de la Comadre, Estéban y Miguel, antes de salir de esta última calle tropezaron con una ronda y con una patrulla:

Ambos encuentros les obligaron á detenerse para exhibir las cartas de seguridad.

Desde allí hasta la casa de Campo-Nuño, tuvieron otras cuatro detenciones.

En la puerta estaba uno de los criados que habian acompañado á Eugenia á la casa de vecindad.

Por la abertura de la puerta se veia iluminado el portal.

—¿Qué sucede aquí? dijo Estéban.

—¡Ah! el señorito... esclamó Sebastian conociendo á Miguel, pronto, entren ustedes pronto; la señora condesa está impaciente: Cristóbal no hace mas que bajar para ver si han llegado ustedes, y volver á subir: el señor vizconde se muere; la señora marquesa viuda está muy grave...

—¡Mi madre! esclamó Miguel.

—Sí, tu madre, eso es, tu madre, dijo Estéban.

Y subieron rápidamente las escaleras, precedidos por Sebastian que continuaba hablando.

—Ahí está, dijo, el padre fray Serapio de Rozas, encerrado con el señor vizconde, las dos señoras; es decir, la señora condesa y la señorita Enriqueta, (ya sabemos que á Enriqueta se la conocia en aquella casa), no saben qué hacerse; ¡qué noche, señor, qué noche!

II.

Adelantaban ya por un recibimiento. Todo en la casa estaba en actividad; los criados iban y venian.

Atravesaron un salon, guiados por Sebastian, y entraron en un gabinete; en el mismo en que hemos presentado anteriormente á Eugenia frente al vizconde de Nava-Redonda.

Allí estaban Enriqueta, Eugenia, Juliana sentada en un sillon junto á la chimenea, y como suele decirse, como gallina en corral ageno, asombrada de tanto lujo, y teniendo en brazos á Clara, la pequeña hija de Miguel, que dormia profundamente.

Enriqueta estaba trasformada en cuanto al traje; Eugenia la habia vestido.

La esperanza, mas que el alimento, que Eugenia la habia hecho tomar, habia reanimado á Enriqueta.

Miguel adelantó hácia ella, pálido, trasportado de alegría, como si la hubiera creido perdida, y la estrechó vivamente las manos.

—Te has salvado; se ha salvado nuestra hija, y estoy contento, esclamó.

—Y tú; tú tambien, dijo Eugenia que habia asido una mano de su primo; sí, tú no saldrás mas de tu casa, Miguel; Dios te ha traido en una hora suprema: tu madre, nuestro tio Antonio... ¡Oh, Dios mio! yo estoy aturdida; han sido demasiados sucesos y demasiado graves, en muy poco tiempo.

—¿Con que se muere mi hermano? dijo Estéban con acento tranquilo, como si hubiese hablado de un estraño; bien, estoy en mi lugar legítimo; un hermano mayor debe acudir al lado de su hermano menor moribundo: ¡hola! aquí uno, añadió volviéndose hácia la puerta del cuarto de su hermano en la cual apareció el ayuda de cámara Cristóbal.

III.

—¡Ah, señor! esclamó al ver de improviso á Estéban, ¿usía aquí?

—¿Pues donde quieres que esté, estúpido, cuando mi último hermano se muere?

—Es verdad, señor, contestó Cristóbal.

—¿Quién está con mi hermano?

—El padre fray Serapio de Rozas.

—¿Y quién mas?

—Nadie mas; los médicos se han despedido mandando que se administre al señor vizconde.

—¿Y se ha hecho eso ya?

—Sí, señor, hace media hora ha salido de casa su Divina Magestad.

—Pues vamos allá; vamos allá y apuremos este nuevo trago desagradable.

—¡Señor! dijo Cristóbal, fray Serapio ha mandado...

—¿Y quién es fray Serapio para mandar en mi casa, viviendo yo? ¿quién eres tú para hacerme la mas ligera observacion? vete.

—¡Señor!...

—¡Vete! esclamó Estéban levantando colérico su baston.

Cristóbal retrocedió aterrado.

Estéban atravesó un saloncito, abrió una mampara y entró en un gabinete que olia fuertemente á enfermo.

IV.

En el dormitorio de aquel gabinete, se oia una voz robusta, ronca, imperiosa que alternaba con otra voz apagada y doliente.

Estéban no podia haber sido visto ni sentido.

La mampara se habia abierto sin producir ruido alguno.

Estéban la cerró y corrió su pasador interior.

Adelantó, sin causar ruido, y se colocó cerca de la puerta de la alcoba, desde donde podia oir sin ser visto.

Tenia puesto su peludo sombrero de castor, y bajo el brazo, su terrible baston roten con puño de bronce.

Sus grandes vigotes blancos se destacaban enérgicamente bajo la

sombra causada por el ala del sombrero, en razon á la altura de la lámpara colgada en el centro del gabinete.

En aquella penumbra brillaban de una manera terrible los grandes ojos de Estéban, espresando una atencion sombría.

V.

—La debilidad, cuando se trata de cosas tan trascendentales, decia el padre Serapio, es un pecado en que no debe incurrir un cristiano cuando está próximo á parecer ante Dios; añadir un codicilo en tu testamento en favor de ese réprobo, de ese impío, de ese mason; dejar bienes, renta con qué hacer daño á Dios, al rey y á la patria, á uno de sus mas irreconciliables enemigos, á un republicano maldito.

—Primo Serapio, dijo con voz débil el vizconde, hemos sido injustos, muy injustos, con Estéban: su posicion le hacia díscolo; nosotros no supimos, no quisimos tratarle como debiéramos; establecimos entre él y nosotros una distancia... se ve mucho cuando se va á morir; se ve que todo es mentira; todo vaguedad, todo soberbia en la vida: Dios toca al corazon de los moribundos: Dios deja ver á su alma la eterna luz; yo tengo miedo: yo creo que nosotros, mis hermanos y yo somos hasta cierto punto responsables de los estravíos de Estéban...

El vizconde hablaba con sumo trabajo.

Se detuvo fatigado.

Estéban se limpió dos lágrimas que habian brotado á sus ojos.

—No creia yo, murmuró con voz ronca, que me quedaba un poco de corazon, como no podia creer quedase ni un átomo de él á mi hermano Antonio: ¡ah! la vida; un caos de sucesos incomprensibles; el corazon humano, un abismo.

VI.

El vizconde continuó despues de algunos momentos de descanso:

—Dios ha sido misericordioso conmigo y me permite hacer lo que indudablemente hubieran hecho mis hermanos si la muerte no les hubiera sorprendido de una manera violenta y repentina: yo quiero cumplir con Dios y con mi conciencia, por mi y por ellos: quiero, impetrando la aprobacion del rey nuestro señor, dejar mi titulo y mis bienes á Estéban; no me contradigas mas, Serapio, no me atormentes: aprovechemos los

momentos; me ahogo; ya lo ves: que venga un escribano; necesito invalidar mi testamento anterior: Eugenia es bastante rica; tiene el título de Campo-Nuño, el de su padre, el de su madre, el mio.

VII.

El vizconde se detuvo sorprendido.

Una voz grave, solemne, conmovida habia dicho á la puerta:

—El título de Campo-Nuño, no; no puede heredarle nadie, porque el marqués de Campo-Nuño vive.

—¡Estéban! esclamó el vizconde, conociendo á su hermano mas por la voz que por la figura; porque vuelto de espaldas á la luz, el vizconde le veia completamente en la sombra.

—Ante todo, dijo Estéban; me parece que no te mueres, hermano: hablas demasiado, y hablas bien, como no has hablado nunca hasta ahora: me parece, por mas que lo que voy á decir le pese á *nuestro pariente* fray Fulano de qué se yo cuántos, no me acuerdo de su nombre, ni quiero, que está aquí demás.

—¡Estéban! esclamó con voz suplicante el vizconde.

—Sí, dijo Estéban, mientras el fraile callaba porque la sorpresa le enmudecia; sí: estando aquí tu hermano mayor, junto á tu lecho de muerte, segun tú crees, nadie puede impedirte cumplas tu voluntad libremente, y con arreglo á tu conciencia: un sacerdote al lado de un moribundo, debe consolarle, no afligirle: señor pariente, hágame usted el favor de dejarnos solos á mi hermano y á mí.

—No, dijo enérgicamente el franciscano que se había repuesto de su sorpresa; estoy en mi lugar y nadie me moverá de él, sino de una manera violenta é impia.

—¡Hermano! esclamó suplicante el vizconde.

—No, no temas una escena violenta, Antonio: permanezca en buen hora aquí fray Serapio; yo le creo fanático, pero no malvado; tenemos que hablar de un gravísimo asunto: yo importo muy poco; no necesito heredarte; soy millonario: me vendrá bien tu título, te lo confieso; pero no te mueras hasta que yo lo desee, y puedes estar seguro de que me sobrevivirás.

—Dios toca al corazon del impío, dijo el fraile.

—Concedido, fray Serapio, contestó Estéban: Dios toca el corazon

desgarrado, encallecido, seco, del hermano, con el amor del hermano moribundo, ó que se cree moribundo: yo tengo algo de médico, Antonio; el olfato mio es sabio: aquí huele endiabladamente á enfermo, á asmático, pero no huele á muerto: tú has tenido algun grave disgusto; te has irritado: se han engañado los médicos, que han nacido para engañarse, y esto es todo: sé franco; te habrás empeñado en que Eugenia se case con cualquier carcamal de los que se llaman tus amigos, y ella te habrá dicho que nones.

—Es cierto; Eugenia me ha irritado.

—Vamos, vamos: tienes la mirada demasiado fuerte y la voz demasiado entera: no te mueres esta noche, yo te lo aseguro; y si cumples con tu conciencia y con tu corazon, es posible que la paz de tu alma sea un medicamento que te mejore: fray Serapio, añadió, volviéndose al franciscano; espero que el sacerdote ayude al hermano mayor; hay algo que pesa, como una maldicion sobre nuestra familia, y es necesario hacer algo para que esa maldicion cese.

—Cumplir cada cual con su deber, contestó fray Serapio.

VIII.

Estéban se sentó sobre la cama; se quitó el sombrero; lo pusó á los pies de ella y luego júnto á su sombrero el baston.

Despues asió una mano del vizconde, se inclinó sobre él y le besó en la mejilla.

—Gracias, Estéban, gracias, dijo el vizconde.

—Sí, hijo, sí; poco antes de presentarme habia yo invadido tu cuarto: escuchaba porque necesitaba escuchar, porque debia escuchar; francamente, no esperaba oir lo que he oido: el temor á Dios hace milagros: has visto claro; te has acordado de tu hermano; te has acordado de él con amor; me has hecho llorar, y he sentido que mi corazon latia de amor; sí, de amor hácia tí: un solo momento ha bastado para que yo lo olvide todo; pero si quieres que yo te adore, acuérdate de alguien mas; ¿no se revuelve un recuerdo sombrío en tu memoria, Antonio?

—¡Miguel! dijo con ansiedad, con miedo, el vizconde.

—¡Miguel! esclamó con hostil estrañeza fray Serapio.

—Sí, nuestro sobrino Miguel.

—¿Estás tú seguro de que Miguel es nuestro sobrino? dijo el vizcon-

do, ¿no puede ser cierto lo que espresa un documento que nuestro hermano Pedro encontró entre los papeles de Juan? ¿no parece indicarlo la desaparicion de Miguel?...

—Supongamos, Antonio, que yo te he dicho que no te mueres, por alentarte; supongamos que estás próximo á comparecer ante Dios...

—¡Estéban!...

—Que tienes que rendirle estrecha cuenta allí, donde la vanidad aparece como un pecado; allí donde para nada se tienen en cuenta la gerarquía ni los priviligios.

—¡Estéban! yo no soy responsable de lo que hizo nuestro hermano Juan.

—Nuestro hermano Juan, estaba loco de soberbia; no podia sufrir que se le contrariase: Miguel, por mas que su carácter se haya modificado, porque ha sido educado de otro modo, es tambien Campo-Nuño, y por consecuencia tenaz y voluntarioso: amaba; el amor iguala las categorías, hermano: además de eso, Juan aprobó con alegría el proyecto de casamiento de Miguel con Enriqueta, porque creia que Enriqueta era hija legítima de Ezguerra, nuestro comun amigo.

—Favorecíamos con ese enlace á Ezguerra, dijo el vizconde con la voz mas firme como si la presencia de su hermano mayor le hubiera mejorado.

—No se trata ahora de si el enlace de Miguel con Enriqueta hubiera favorecido á Casa-Bermeja, suponiendo que Enriqueta hubiese sido hija legítima suya: lo que yo digo es que Juan, acogiendo con placer los deseos de Miguel, fue causa de que los amores de los chicos se hicieran incurables, se convirtieran en una pasion frenética: tú no has amado nunca, Antonio, y no puedes comprender lo que es el amor, y el amor contrariado.

—Se casó por sí y ante sí, rebelándose, dijo el vizconde.

—Se le habia puesto en el caso de rebelarse y se hubiera rebelado, si necesario hubiera sido, contra Dios.

—¡Blasfemia! dijo duramente el padre Serapio; los hombres como usted, primo, cuando han roto por todo, no deben tomar á Dios en los labios, porque solo le toman para ofenderle.

—Padre y primo, dijo con impaciencia Estéban, ¿no se rebeló Satanás contra Dios?

—Sí.

—Pues bien, no digamos que Miguel por Enriqueta se hubiera rebelado contra Dios; digamos que por ella hubiera sido capaz de convertirse en un pequeño Satanás, es lo mismo.

—Satanás fue condenado, dijo el padre Serapio.

—Miguel no ha llegado á ser una imitacion de Satanás, no; lo que ha hecho Miguel ha sido protestar de preocupaciones absurdas, salir de la sombra para entrar en la luz; ¿querriais mejor, que respctando las viejas y rancias tradiciones de la nobleza, hubiera seducido á Enriqueta, la hubiera deshonrado, la hubiera hecho su querida y producido la existencia de un ser semejante á mi; de un ser que se viese obligado á estar en inarmonía con sus hermanos; á pensar de una manera diametralmente opuesta á la manera de pensar de sus hermanos? ¿querriais mejor un infame que rindiendo culto al fanatismo gerárgico, hiciese infeliz á una pobre niña harto desventurada, y que se convirtiese en un noble infame? ¡ah! hubiérais dicho cuando mas, «estravios de la juventud;» no puede quejarse esa mujer; tiene una pension; su hijo está pensionado, reconocido; puede llevar el nombre de su casa: sí, es cierto, el estravio se ha compensado; una muchachuela tiene asegurada su existencia, y tenemos un pariente natural; no le hace; hemos hecho felices á esos dos séres; oh, sí, muy felices, ¿de qué se quejan? ¿pues qué, una mujer tiene derecho á que un grande de España rehabilite su honor, casándose con ella? ¿pues qué, ese hijo primogénito tiene derecho al título y á la herencia de su padre? no; es un hijo de la deshonra, una bofetada ha vuelto al revés el yelmo de las armas de su casa que él puede usar; que se queje á su madre, á su padre no; su padre honró á una pobre muchacha, rebajándose hasta confundirse con ella en el supremo misterio del amor, pudo no haber reconocido al hijo de aquel misterio, y reconociéndole, fue un hombre de honor, ¡oh! debe considerarse muy feliz un hijo de tal especie: la hija de Miguel no debia llevar un nombre legítimo: la religion y la sociedad no debian haber consagrado su nacimiento; nuestra casa fue herida; se introducia en su rama primogénita, se injertaba una rama sin nombre, sin historia: este ha sido el pecado de Miguel; ser verdaderamente hombre de honor.

—No puede adulterarse impunemente una ilustre familia, dijo el padre Serapio; aquí hay dos cuestiones; la cuestion de conciencia y la cuestion social: ese desgraciado ha cumplido con su conciencia obteniendo por medio del matrimonio á la mujer que amaba; pero ha faltado á los sa-

grados deberes que le imponia su rango: él ha recibido por ambas líneas un nombre ilustre, un nombre sin mancha que debia legar sin mancha, á su descendencia: supongamos que mi primo Juan, rompiendo por todo, quiso romper de raiz la rama adulterada; esto no pasa de ser un desheredamiento completo, absolutamente completo.

—Eso ha sido, en sentido recto; un asesinato, dijo Estéban.

—Hay que sacrificarlo todo á la familia, insistió el franciscano.

—¿Querrá usted decirme, primo Serapio, que la nobleza es de derecho divino; que como tal, proviene de Dios, y que el respeto, aun á pesar del crimen, á esa nobleza, forma parte del dogma?

—Los reyes crean los nobles, dijo fray Serapio; el derecho divino de los reyes es incuestionable; luego si la nobleza no es de derecho divino, se deriva de él.

—Niego el derecho divino de los reyes, y niego toda esa balumba de iniquidades que han pretendido hacer á la humanidad esclava servil de unos pocos soberbios; niego todo eso, y me estraña que un humilde franciscano lo sostenga.

—Vendremos á una cuestion que yo no quiero sostener, dijo el padre Serapio.

—Y que sobre todo, es inútil, dijo Estéban; estamos perdiendo el tiempo; hablamos demasiado acerca de eso; aun cuando estuviéramos hablando todo lo que nos resta de vida acerca de ello, seriamos siempre dos líneas paralelas y enemigas que se prolongarian hasta lo infinito, sin encontrarse nunca: voy á concluir en dos palabras esta cuestion: allá, en el palacio de vuestros reyes, muere ó ha muerto ya el último rey absoluto; con él muere la nobleza con todos sus odiosos privilegios, yo os lo aseguro: la noche pasa, pasa rápidamente; es ya de dia claro; vuestros conventos tiemblan conmovidos por un sacudimiento social; os lanzan de sí; el hombre se levanta fuerte, prepotente, para conquistar sus derechos, para constituirse en hombre, digno de llamarse tal: triunfará, relegará á la historia toda esa densa sombra en que solo se revuelven espectros sangrientos: no os habla por mí el demócrata, el republicano, el impío; os habla el porvenir; los viejos monumentos carcomidos se derrumban bajo su propio peso; la humanidad se ha salvado, porque se levanta para salvarse, y se levanta fuerte y valiente.

—Dios protegerá á los buenos: Dios combatirá con ellos, esclamó fray Serapio.

—Vengamos, vengamos á la cuestion del momento, á la cuestion de familia; estamos fatigando demasiado á Antonio: fuera, ansioso, entristecido por la desgracia, anonadado, enfermo de miseria, está Miguel con su hija, amparados por la noble Eugenia, por ese ángel que Dios nos ha concedido; ¿rechazarás de tu lecho de muerte, Antonio, á tu sobrino y á su desdichada familia?

—Yo no sé, yo no sé lo que debo hacer, esclamó el vizconde; esto es muy grave; esa mujer... hija de padres desconocidos... la adulteracion de nuestra familia... diez siglos de nobleza...

—¡Y Dios, tocando con su dedo tu soberbia frente! esclamó Estéban; Dios leyendo en tu conciencia conturbada...

—Dios quiere que se conserve ileso el depósito de honor de una ilustre familia, dijo el padre Serapio.

—¡No! porque Dios no puede querer un crímen, esclamó con energía Estéban.

—¡Un crímen! murmuró el vizconde.

—Sí, un crímen; poned la mano sobre vuestro corazon, y vuestra alma y vuestro pensamiento en Dios, y respondedme en verdad: ¿creeis que Miguel es hijo de un miserable que se llama Juan Pulgon? ¿creeis que nuestro hermano compró un hijo á ese miserable para suplantarle en nuestra familia? ¿creeis que un Campo-Nuño haya podido intentar un robo infame á sus herederos legítimos, falsificando un heredero directo? responded, responded ante Dios y vuestra conciencia...

—¡No! dijeron á un tiempo el franciscano y el vizconde.

—¿Creeis, pues, que mi hermano Juan, irritado por el desigual enlace que su hijo habia contraido, creyendo insuficiente el desheredamiento apeló á un medio estraordinario, á la falsificacion de un documento, cuya forma y cuya fuerza solo pudo concebir en un momento de delirio? .

—Sí; lo he dicho ya, respondió fray Serapio; lo que Juan hizo, no fue otra cosa que asegurar la esclusion de su familia, de un hijo indigno, de pertenecer á ella.

—El vizconde callaba.

Estéban, sentado junto á él, en el lecho, le sentia temblar.

—Y decidme; un padre que hace creer á su hijo, que no es su padre ¿no comete un crímen? dijo Estéban.

—Sí, un crímen; pero un crímen necesario, respondió fray Serapio.

—Cuidado, cuidado, primo, que se nos pasa usted á Maquiavelo: los

crímenes necesarios ¿eh? ¡cómo ha estado gobernado el mundo; cómo lo está todavía! ¿con que el fin justifica los medios? esto no puede decirlo un sacerdote de Jesucristo, no; yo impío, yo, anarquista, me sublevo contra eso; no puedo tolerarlo: es necesario que haya lógica entre la mision de un hombre, y su juicio y su conducta, y tanto mas, cuanto esta mision es la sagrada mision del sacerdocio: ¿con quién nos vamos, padre Serapio, con Dios, que no puede prescribir ni prescribe el crimen, ó con Maquiavelo que dice tranquilamente: «¿qué importa que cometais un crímen, si este crimen produce un beneficio? no repareis en los medios con tal de llegar al fin:» esto es constituir el crímen en derecho: los bandidos deben ser muy partidarios de esto.

—¡Ah! no, yo no he dicho... yo no puedo decir... contestó aturdido el padre Serapio.

—Determinemos aun; ¿cometió un crímen mi hermano Juan, cortando de una manera ruda los indisolubles lazos de la sangre, del amor y del deber que le unian á su hijo?

Ni el padre Serapio ni el vizconde contestaron.

—¿Cometió un crimen, si ó no? repitió con ruda energía Estéban: el silencio á esta pregunta es una afirmacion, una afirmacion esplícita, terminante; no hay medio de negar; se teme conceder; se calla ¿qué mas afirmacion?

—Un crímen, sí, contestó fray Serapio, pero un crímen...

—No volvamos á lo de crimen necesario; no nos hagamos bandidos: fue un crimen y un crímen villano, un crímen infame, un crímen indisculpable, concebido entre las tinieblas de la soberbia y abortado por la ira; un crímen contra la naturaleza; un crímen absurdo; un crimen que... oid, un crimen que mató al criminal, volviéndose contra él como un rayo...

—¡Dios mio! esclamó el vizconde.

El padre Serapio callaba, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—El alma de Juan se rompió al arrancar de ella á su hijo; el sacudimiento de aquella alma herida, rompió el organismo, descompuso la materia: hizo de un hombre un cadáver: ¿quereis saber lo que aquella violenta ruptura hizo de un hombre que aun vive? un alma desesperada, un alma mártir, una miseria moral, infinita, horrible, acompañada de su consecuencia inevitable, de una horrible miseria material; ¡ah! ¿y cuál era el crímen de ese desdichado? un amor infinito, un amor digno, un

amor noble, un amor puro que no quiso empequeñecerse, empañarse con la vergüenza que ofendió á los hombres... á los hombres no, á una familia fanática, enfatuada con sus rancios y odiosos pergaminos; pero que no ofendió ni á Dios ni á la sociedad: ¿y sobre qué seres ha venido á caer todo el horrendo peso de la soberbia de una familia? sobre dos hermosas y nobles criaturas, á quienes llamaria ángeles si no fuera porque rechazo las metáforas violentas; y oye Antonio, añadió Estéban inclinándose sobre el sudoroso rostro de su hermano: ¿sabes cómo ha vivido cuatro años el noble heredero de Campo-Nuño, el jefe legítimo de nuestra familia? ha enseñado lenguas en Francia; ha recibido un salario; ha corregido pruebas, como un obrero; ha ido de intérprete, de criado, qué sé yo cómo, con una comision industrial francesa á los Estados-Unidos; ha naufragado, ha perdido los ahorros de su afan, y yo le he encontrado esta noche muriendo de hambre, con su familia: y ¿sabes para qué te pedia nuestra sobrina Eugenia, ese ángel de Dios, aquí no hay metáfora, la comprases una y otra rica joya? para venderlas: si te hubiera pedido cantidades de alguna consideracion, hubieras pretendido saber para qué las queria, y no podia decírtelo, porque no se las hubieras dado; porque las queria para buscar á su primo, para salvarle: hé aquí que la virtud se veia obligada á pasar por vanidosa para que no la reconociese, para que no la anulase la soberbia.

El vizconde gimió.

Fray Serapio continuaba con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Estéban dominaba la situacion.

—Oye, Antonio, dijo continuando: ¿crees tú que Eugenia desheredaria á su primo, poseyendo su herencia? no, y mil veces no: ¿crees tú que Eugenia respetaria la memoria de su tio Juan por orgullo, por miramientos de familia, y contestaria á la demanda que yo, en nombre de mi sobrino, estoy dispuesto á interponer en reclamacion del derecho que asiste á Miguel de llevar el título y de poseer la renta de nuestra casa? no: ¿para qué serviria ese absurdo documento? para que recayese sobre él una causa criminal que probaria hasta la saciedad lo apócrifo, lo absurdo de ese documento infame: ¿no sabes además que yo tengo entre mis manos al malvado que firmó ese documento, y que á tanto por año de presidio le destruiria por una confesion esplícita? ¡ah! arroja en buen hora desde tu lecho de muerte la infamia sobre nuestra casa: manten el error de Miguel: pónle en la situacion de perderse por no verse obligado á poseer

una herencia que no creerá suya, si tú no le persuades con la doble autoridad de tio legítimo y de moribundo: ¡ah! ese crimen ha producido sus resultados, porque Miguel tiene el alma recta; porque no puede creer, si tú no se lo afirmas, que un padre se atreva á tanto: obstínate Antonio en buen hora, obstínate: Dios y tu conciencia sentenciarán.

—No, no, dijo el vizconde; el desheredamiento, basta con el desheredamiento; que no vaya á él nuestro título.

—Bien, sí, dijo el padre Serapio: el desheredamiento.

—El que podia desheredarle ha muerto, dijo Estéban, no hay medio; ó sostener tu conciencia manchada con la continuacion de un crímen, ó devolver á Miguel su situacion entera, tal como le corresponde.

—¡Un Campo-Nuño sin apellido materno! esclamó el vizconde.

—¡La sombra partiendo por mitad el nombre de nuestra familia! esclamó el padre Serapio.

—O la miseria, el horror y la infamia envolviéndoos á todos, dijo Estéban.

—¡Que venga Miguel! esclamó completamente vencido el vizconde.

Fray Serapio volvió á inclinar la cabeza sobre el pecho.

IX.

Estéban tiró fuertemente del cordon de una campanilla.

Poco despues se presentó Cristóbal.

Al verle se acordó Estéban de que habia cerrado por dentro la mampara.

—¿Por dónde diablos has entrado? dijo Estéban.

—Por una puerta de escape, señor; antes fuí á entrar para ver si se ocurria algo, y encontré cerrada la mampara.

—No habia yo previsto la puerta de escape, murmuró Estéban; pero me alegro; hubiera sentido mucho tener que levantarme para abrir la mampara y apartarme de ti ni un solo momento, Antonio; estás muy de peligro: oye, Cristóbal; dí á la señora condesa que sus tios la esperan.

X.

Poco despues entraba Eugenia en el dormitorio.

Se acercó al vizconde; le asió las manos y le dijo tiernamente:

—¿Cómo se siente usted, tio?
—Mejor, hija mia, mejor, contestó el vizconde; me he quitado un gran peso de encima, y me parece que por esta vez no muero.
—¡Oh! me alegro mucho, contestó Eugenia ocultando su desaliento.
Los médicos la habian dicho rotundamente que el vizconde moriria aquella madrugada, y Eugenia tenia la buena fe de creer en la infalibilidad de los médicos.
—Los asmáticos, dijo Estéban, se están muriendo siempre, y acaban por morírse de viejos ó de pulmonía, ó como otro cualquiera que no es asmático, de cualquiera enfermedad que nada tiene de comun con el asma.
—¿No está ahí Miguel? dijo el vizconde.
—Sí, sí señor, contestó con asombro Eugenia.
—¿No está ahí tambien su mujer? añadió el vizconde.
—Sí señor, y su hija, respondió con la voz trémula y profundamente conmovida Eugenia.
—Y díme, hija mia, continuó el vizconde, ¿no sabe Miguel, no sabe esa señora que he sido administrado, que me estoy muriendo?
—Sí, tio mio, sí.
—¿Y tan duro de corazon es mi sobrino, que no quiere ver á su último tio moribundo, que no quiere despedirse de él?
—Tio, tio de mi alma, esclamó Eugenia, ¿usted reconoce al fin á Miguel?
—Sí, sí, tráele al momento; tráele con su mujer y con su hija.
Eugenia salió precipitadamente.

XI.

—Te adoro, Antonio, esclamó Estéban; te perdono lo que me has hecho sufrir; me parece que nunca te he aborrecido: ofrezco solemnemente cien arrobas de cera á la vírgen de la Paloma, otras ciento á la de Atocha, y tres mil duros á la casa de San Francisco el Grande, primo Serapio, porque no te mueras, hermano: gracias á Dios: cuando le has visto el rostro á la muerte, te has despojado de tu soberbia; haces bien; arrepintámonos á tiempo, Antonio: yo me voy convirtiendo: te pido perdon, primo Serapio, por la dureza con que te he tratado, y te nombro mi misionero á fin de que procures acabar de convertirme; ya ves, estoy de buen humor: te hablo de tú, como allá en los tiempos en que eras guar-

dia de corps y pensabas mas en las muchachas que en ser fraile: tú te convertiste por aquella chica que te se murió, por aquella rubia, y yo me convierto porque mi sobrino renace: ¡ah! estoy muy alegre; voy á ser muy bueno, y casi casi voy sintiendo que los conventos se acaben, porque me están dando tentaciones de meterme fraile: ¡oh! yo, con toda la barba, seria un capuchino magnífico.

—Tú estás loco, Estéban; tú estás dejado de la mano de Dios, dijo fray Serapio.

—Dejado de la mano de Dios, no; loco, sí; y tengo razon para estarlo: encuentro la herencia materna: veinte millones ó mas, y encuentro y salvo á mi sobrino; me reconcilio con mi último hermano; te hablo de tú: ¿quieres mas felicidad, Serapio? ¿no tengo razon para estar loco de alegría y para bendecir á Dios?

—*Vanitas, vanitatum et omnia vanitas*, dijo fray Serapio.

—Tienes razon, vanidad, vanidad y no mas que vanidad; pero ¡diablo! ¿lo ves Antonio? Eugenia tarda en volver con Miguel: ese chico es capaz de tomarlo por lo serio y de negarse á venir á pretesto de que nada tiene que ver contigo: ¡ah! te estaria bien empleado que tu sobrino te obligase á suplicarle que te creyese su tio: ¿no te digo que él no concibe ni puede concebir que fuese su padre el hombre que le decia que le habia comprado para que sus hermanos no le heredasen?.. ¡ah! por fin, oigo la mampara que se abre muy lentamente; hay lucha, apostaria á que Eugenia le trae á remolque.

XII.

En efecto, Miguel venia casi á la fuerza, arrastrado por Eugenia y Enriqueta.

—No, decia, eso no puede ser; se abusa sin duda de la debilidad de un moribundo.

—Aquí no se muere nadie, dijo Estéban, apareciendo en la puerta de la alcoba; los médicos son unos imbéciles: pasad, escelentísimo señor marqués de Campo-Nuño, á saludar á vuestro tio Antonio enfermo, y á vuestro tio fray Serapio de Rozas, que disfruta la mejor salud del mundo.

XIII.

Miguel se desasió de las dos jóvenes y adelantó con violencia hacia la puerta de la alcoba.

Estéban le asió de la mano y le introdujo.

—Mira qué Campo-Nuño te presento, dijo al vizconde; flaco, pálido, hambriento, con la levita raida, con los zapatos rotos: mira vuestra obra, Antonio, y sobre todo, estremécete; él se cree aquí un intruso.

El vizconde se incorporó con sumo trabajo y estendió una mano hácia Miguel.

Este asió aquella mano vacilante, se inclinó y la besó.

—¿Lo ves, Estéban? dijo el vizconde, me reconoce.

—Reconozco en usted á un hombre que me amaba, á quien amaba yo, á quien amo todavía, dijo Miguel; ha sido para mí un dolor agudo el saber que estaba usted gravemente enfermo; es mi corazon lleno de los recuerdos de esta casa inolvidable, donde ha muerto el hombre á quien yo creia mi padre.

—¡A quien creias tu padre, Miguel! pero esto es horrible, hijo mio; necesitaba yo oirte decir que creias tu padre á mi hermano Juan, para comprender todo el horror de esto: ¡ah, no, no, Dios mio! yo creo que voy á morir, porque en este momento antepongo á todo la ley de la naturaleza: hemos estado locos, embriagados por el orgullo: ¡ah! no, no, hijo mio, no; tú no eres hijo de un infame, de un canalla que vende su sangre, no: tú eres Campo-Nuño: habla, Serapio, habla; interpon la palabra indudable de un sacerdote.

—Sí, sí, tú eres Campo-Nuño: hijo legítimo de Juan de Fonseca, y Margarita de Cevallos yo te lo afirmo *in verbo* de sacerdote; pero te has hecho indigno de tu nombre, contrayendo...

—¡Silencio! dijo Estéban; acabo de oir un estampido: el estampido de un cañon: ¡el rey ha muerto! esperad.

Todos callaron.

Algunos segundos despues se oyó un cañonazo, perfectamente perceptible, á causa sin duda de una variacion del viento; cañonazo que parecia provenir de la Montaña del Príncipe Pío.

XIV.

Fray Serapio se levantó de una manera violenta y escuchó con una atencion ansiosa.

Retumbó un tercer cañonazo.

—¡Ah! esclamó, ¡Fernando VII ha muerto; don Cárlos es rey de España!

Y salió rápidamente, de una manera nerviosa, sin despedirse de nadie.

—Si, sí, vé; vé, dijo Estéban; tú no sabes, como el estúpido artillero que pone la mecha en ese cañon, que su estampido es el grito potente de la libertad: ¡oh Dios mio, Dios mio! el viejo edificio es derribado por ese cañon: ¡ah! no hableis ya de desheredamientos por razon de desigualdad de enlace: eso ha muerto: la familia renace, protegida por los derechos del hombre: ¡ah! Antonio, Miguel; abrazaos; abrazaos, uníos á la alegría general; porque todo el mundo se alegra, sí; porque ya no habrá mas víctimas.

—La guerra civil, murmuró Miguel.

—La guerra civil; y bien, dijo Estéban, ¿qué importa la guerra civil?... pero, estamos locos: suceden tantas cosas una sobre otra, esa salva que se nos ha venido encima: y bien, me alegro; ha cortado la palabra al realiston de fray Serapio, cabalmente cuando estaba diciendo una barbaridad: concluyamos: tu tio Antonio está muy fatigado, Miguel, pero no se muere, no; es que se ha empeñado casar á Eugenia contra su voluntad, tu prima ha resistido, se ha irritado él y su asma se ha agravado: es necesario que repose sobre la buena accion que acaba de hacer: no insistas mas, Miguel; tú eres nuestro sobrino; el jefe de esta casa, su dueño; no hay mas que ponerte en posesion; el *ab intestato* de tu padre está al corriente; no hay dificultad alguna, no nos las opongas tú; mi hermano Antonio desea como yo, y como tu prima, que esta situacion penosa se acabe: vas á tener una prueba de ello: estoy notando que mi hermano desea algo que no se atreve á espresar ¿no es verdad, Antonio?

—Sí, trae una luz, Eugenia.

Eugenia salió y volvió instantáneamente con una palmatoria en que ardía una trasparente bujía de esperma.

—Señora, dijo el vizconde dirigiendo la palabra á Enriqueta, hágame usted el favor de acercarse.

Enriqueta se acercó palpitante de esperanza.

Llevaba á su hija Clara en los brazos.

—Hermosa y pura como en los dias en que el ardiente deseo de mi hermano Juan, de mi hermano Pedro y mio, eran enlazarla á usted con nuestro hijo Miguel; despues, un acontecimiento imprevisto, la revelacion de una historia ignorada... señora, somos viejos; nos hemos educado en otras creencias; hemos mirado el honor desde un punto de vista demasiado preciso; no hemos sabido mirar ni á la derecha ni á la izquierda, ni por cima ni por bajo; yo no sé si hemos pensado bien ó mal: lo que sé es que no pienso ahora como pensaba hace cuatro horas; lo que sé es que se ha perturbado mi razon; que lucho, que dudo, que una luz desconocida penetra en mi inteligencia: nada tiene esto de estraño: dicen que los moribundos ven la verdad poco tiempo antes de morir.

—Hablas demasiado, hermano, para morirte, dijo Estéban; no insistas mas en eso y continúa; porque estás hablando en razon.

—Continúo sí, dijo el vizconde, lucho, dudo; y en la lucha, en la duda me pongo de parte de mi corazon: ¡ah! hemos amado mucho, mucho, con toda nuestra alma á un niño, á un jóven que, hombre ya, se me presenta macilento, triste, agoviado por la desgracia; ¡ah! no, no; si mi hermano Juan no hubiera muerto, la penosa situacion de Miguel no se hubiera prolongado; se hubiera horrorizado de su obra: severo, altivo, terrible, sí, pero con un gran corazon, su corazon hubiera vencido.

—¡Padre mio! esclamó Miguel.

—Gracias á Dios, dijo Estéban; no te fatigues mas, mi buen Antonio; el señor marqués de Campo-Nuño se reconoce á sí mismo: no hay escape Miguel; resígnate á ser nuestro pariente; no seas rencoroso, hijo, me obligarás á que yo te demuestre cuánto es respetable tu tio Estéban: vamos, vamos, la situacion está terminada; dejemos á éste reposar sobre la satisfaccion de su conciencia.

—Aun no, aun no; un momento, dijo Antonio.

Y estendió su mano hácia Enriqueta.

Enriqueta estendió su mano derecha y la puso fria y temblorosa en la del vizconde.

—Tenias una mano muy mórbida, dijo éste; permíteme que te hable de tú, hija mia; es necesario que esta pobre mano vuelva á engruesar, á tener deliciosos hoyitos en el nacimiento de los dedos.

Y besó la mano de Enriqueta que se arrodilló.

Al arrodillarse quedó muy cerca del vizconde la pequeña Clara que le miraba de hito en hito, con sus grandes ojos azules.

—¡Ah! ¡vuestra hija! esclamó el vizconde sintiéndose atraido por la mirada de la niña: los ojos de mi hermano Juan; me parece que me miran desde la eternidad, que me dan las gracias porque abro mis brazos y devuelvo su nombre á su hijo.

—¿Dudarás aun, Miguel? dijo Estéban.

—¡Ah! no, no, esclamó el jóven; y era preciso que esto sucediese para que acabase el martirio de una santa, de mi Enriqueta, de mi alma: sí, sí, yo, en el momento en que salí de mi casa, lanzado por mi padre, creí que su orgullo me sacrificaba; pero despues, despues, ¿cómo creer que un padre, y un padre tan respetable como el mio, dijese á su hijo: mira, te he comprado; tú no eres mi hijo; eres hijo de un infame que te vendió? ¡oh! la desgracia, la desesperacion; pero no, no, es verdad, no habia reparado en ello; hasta ahora no habia visto esa espresion en los ojos de mi hija; en ellos está el alma de mi padre: ¡ah! sí, se acabó; olvidemos lo pasado; ha sido un sueño sombrío; yo soy Fonseca; yo soy el marqués de Campo-Nuño.

Y soltó una carcajada de loco.

XV.

—Aun hay que luchar, murmuró, Estéban: este diablo de muchacho... vamos, vamos: reposa, Antonio: vámonos de aquí: tenemos que ver á otro enfermo: cuando le hayamos visto, volveré á velarte, hermano.

Y asió de Eugenia que miraba con ansiedad la febril mirada, el descompuesto semblante de Miguel.

Echó á éste fuera de la alcoba, y luego levantó á Enriqueta.

Todos salieron.

Estéban envió á Cristóbal junto á su hermano; y despues, asiendo de la mano á Miguel, le llevó al que habia sido su cuarto, antes de su salida de la casa paterna.

CAPITULO XII.

En que cambia de aspecto Miguel.

I.

El cuarto de Miguel estaba perfectamente cuidado, como si el jóven hubiese sido esperado siempre.

Aquel cuarto constaba de cuatro habitaciones: un recibimiento, un saloncito, un gabinete despacho y un dormitorio.

Todas estas piezas, grandes, espaciosas, magestuosas; un poco sombrías, como todas las de las grandes casas que se construian por las gentes ricas, sin economía de terreno ni de gastos.

En un ángulo del despacho habia una escalera en espiral, por la que se bajaba á la sala de armas y al guarda-arnés particular de Miguel.

Tanto las rejas del piso bajo, como los balcones del superior, daban sobre el jardin.

II.

Miguel habia ornamentado con un gusto esquisito su cuarto.

Las paredes estaban cubiertas por tapicerías antiguas; los techos bellamente pintados; el mueblaje, enriquecido por el arte; escelentes cuadros pagados á gran precio; escelentes armas de todas las épocas; ricos armarios llenos de libros escogidos.

En el cuarto de dormir y de vestir, á un tiempo, admirables cómodas; un lecho antiguo; bellos objetos de arte, todo con un desórden elegante.

No hay nada mas vulgar ni mas pobre que las simetrías rígidas del mueblaje y de los objetos de adorno.

La sala de armas era de lo mejor que podia suponerse; nada faltaba de lo que podia desear un tirador consumado.

En el guarda-arnés habia una gran riqueza de escelentes monturas; y por una puerta abierta al fondo se pasaba á una pequeña y escelente cuadra donde Miguel tenia sus caballos de montar.

Todo aquello era obra del jóven; revelaba su cultura y su buen gusto, y habia costado enormes sumas.

Eugenia habia cuidado de todo esto durante el tiempo en que Miguel habia estado perdido.

III.

—¿A qué hemos venido aquí? dijo Miguel, cuyo semblante continuaba desencajado ¿qué tenemos que hacer aquí?

—¿Acaso, Miguel, no tenias mas ropa que la puesta, cuando te fuiste de casa? ¿crees que no se ha dado bastante escándalo con que los criados, casi todos antiguos, hayan visto á su señor, harapiento, pobre y raido como un mendigo? Eugenia ha cubierto ya esa falta respecto á Enriqueta; ella parece ya una persona decente; tú eres todavía un pobre diablo; tenemos que ir á ver á tu madre, y yo no quiero que tu madre te vea asi: concluyamos: no mas resistencias, porque me pongo serio: las llaves están puestas en las cómodas, como cuando estabas aquí, ni mas ni menos; de igual modo en los armarios: tu prima es una gran mujer; no creia yo que valia tanto, hijo: ¡qué delicadeza! ¡qué desinterés! ¡qué corazon! vamos, quítate esos harapos: aquí hay ropa blanca: voy á buscar ropa esterior: esto debias hacerlo tú que sabes dónde está todo: como si volvieras de un paseo y tuvieras que mudar de trage.

—Yo no puedo, no debo sacrificar á Enriqueta ni á mi hija, contestó Miguel; sea lo que quiera, no dudo, no; pero si yo hubiera podido hacerme una fortuna independiente, no hubiera vuelto á entrar en mi casa.

—Se hereda el alma, señor; se hereda el alma: este Campo-Nuño es tan terco, tan soberbio, tan inaguantable como el otro Campo-Nuño: de

tal árbol tal rama: ¡oh! sí, sí: los hijos se parecen á los padres: vea usted este imbécil, imbécil siempre; imbécil porque no se echó á reir cuando su padre quiso engañarle con un papelucho ruin y absurdo.

—Tio, dijo Miguel; cuando un padre hiere de muerte el corazon de su hijo; cuando le arroja á la miseria y á la vergüenza, el hijo no debe volver á la casa paterna, por mas que no aborrezca á su padre, por mas que le perdone, por mas que continúe amándole; por mas que esté dispuesto á sacrificar todo lo que le queda por él, si un dia su padre necesita su sacrificio...

—Cuando un pobre padre muere como herido por un rayo, por la enormidad de su accion, en el instante de cometer aquella accion terrible, ¿qué hay que decir de ese padre? que está loco.

Miguel inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Sí, loco; porque ese emperramiento en las rancias ideas noviliarias es una locura, y una locura de muy mal género, una locura odiosa, ridícula, incomprensible; me canso ya, me da hastío; estoy próximo á reventar; ¡oh! la inviolabilidad de la nobleza, y ¿qué es la nobleza? llamarse Figueroa, Velasco, Fonseca, diablo; tener dinero al cual se pegan los parásitos como canes hambrientos; un título ganado allá en los tiempos de Maricastañas, por un bruto que mataba cien moros en diez minutos; cortaba á cercén la cabeza á un toro; se comia un buey asado, y enseñaba los dientes al rey porque se sentia fuerte y en su brutalidad no comprendia mas derecho que la fuerza: animales salvajes que creian justos y dignos los odiosos derechos feudales: vamos, hombre, desnúdate; hace media hora que tu reciente ayuda de cámara está con esta ropa blanca en el brazo.

Miguel empezó á desnudarse.

—Los nobles, los nobles, continuó Estéban, que como sabemos prolongaba hasta lo infinito sus filípicas contra la nobleza: los nobles creados por un rey feroz, mejores que los demás vasallos, por la sola razon de la fuerza de sus puños y de su bravura de toro: y si siempre se hubiera dado la nobleza á título de valor y de fuerza, corriente; al fin aquellos bravíos abuelos nuestros tenian de bueno que andaban todos los dias á lanzadas contra el enemigo comun: servian á la patria y contrabalanceaban y mermaban el poder real: eran, sin saberlo, aquellos buenos señores, revolucionarios: fraccionaban la fuerza y permitian que el sagaz municipio ganase terreno y obtuviese sus cartas-pueblas; sus inmunidades, sus

fueros: salud á aquellos rebeldes nobles; ellos dieron ocasion á que empezase á desarrollarse entre nosotros el derecho comun; en embrion, bien, vacilante, con sabor aristocrático, lo que se quiera, pero siempre gérmen fecundo de nuestras grandes libertades. Pónte estas botas: están un poco rígidas, como que han esperado cuatro años á que las estrenes: voy á buscar unos pantalones: los nobles; ¡por vida de!... y esos bribones de esos títulos, cuyos abuelos eran hace cien años prestamistas, corredores de amor ó de fango, del rey ó de don fulano, enriquecidos por la usura ó por la infamia, que vincularon sus bienes robados, y titularon sobre su vinculacion, ¿con qué derecho se atreven esos descendientes del lodo á mostrarse intransigentes y á llenarse la boca con la palabra «honor?» y esa cáfila de títulos creados por los favoritos, en sus criados salidos de la canalla: ¿quién era don Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias? un infame de orígen miserable, ennoblecido por el conde-duque; sin contar con los títulos que provienen de criados de don Alvaro de Luna y de don Ruy Lopez Dávalos, y mas arriba, de los traidores que sirvieron á Enrique II contra el buen rey don Pedro, que para mí tiene de bueno el que mató á todos los nobles que pudo: ¡gran rey! es cierto que los nobles le mataron: cuestion de traicion: ya ves que sé historia: que no soy un noble ignorante: porque yo tambien soy noble: ¡ahí es nada! que me saquen, si pueden de las venas, la nobilísima sangre del escelentísimo señor don Gaspar de Fonseca, marqués de Campo-Nuño, tu ilustre abuelo: vamos, acaba de vestirte: aquí tienes todo lo que necesitas: pues sí, la nobleza no ha sido mas que un resultado de la barbarie: cuando los pueblos han dejado de ser bárbaros, han comprendido que ellos eran mas fuertes que los nobles, porque eran mas que ellos: han empezado á testarazos y han armado borrascas como las del 93. Madama Guillotina no conocia la sangre azul: la verdad es que cuando cogia en su báscula á un noble, su sangre tenia el mismo color que la del pobre siervo que habia contraido por hábito, sirviendo á un noble, cierta manera de hablar aristocrática: ¡bah! ¡bah! ya era tiempo de que esto se acabase: el rey ha muerto: ha muerto el absolutismo, lo viejo, lo que no tiene ya razon de ser: Cristina, que se ha apoyado en los liberales antes de que muriese Fernando, tendrá que arrojarse completamente en los brazos de los patriotas: el trono de su hija tiene por cimiento la libertad; sin la libertad, el trono de ese rey hembra se hunde bajo el auto acordado de Felipe V: ha llegado nuestra hora: el presente es nuestro: la

guerra civil, sí: en buen hora: tengo ánsia de despedazar bribones estúpidos: en cuanto suene el primer tiro, allá estoy yo.

—Y yo, dijo Miguel.

—En buen hora; hazte digno del título que llevas: se ganó á lanzadas por la patria en tiempos remotos: sostenlo tú espada en mano, combatiendo por la libertad y la grandeza de tu patria: ¡ah! estoy loco de alegría: soy millonario: tú eres lo que debes ser; mi hermano no se muere, y la pobre Margarita verá á su hijo.

Frunció sombríamente el entrecejo Miguel y su palidez creció

Estéban no vió este movimiento del semblante de su sobrino.

—Todo este oro, dijo, que has sacado de tus bolsillos, y todo el que yo traigo en los mios, para seis familias dignas, que estén sumidas en la misma miseria de que has salido tú, dijo Estéban, sacando á puñados oro de su bolsillo y poniéndole sobre la mesa, junto al que antes, al desnudarse habia sacado de sus bolsillos Miguel.

—Sí tio, sí; dijo éste; yo daré otro tanto para otras seis familias; soy riquísimo: Dios me protege y debo hacer algo por los desdichados en albricias de esta felicidad.

IV.

Miguel sonrió de una manera amarga y fué á ponerse delante de un espejo.

Habia algo de insensato en su actitud.

—Es natural, dijo para sí Estéban reparando esto; un cambio repentino, inesperado; se pierde la costumbre de todo: yo he estado encanallado durante muchos años.

Y luego dijo en voz alta, acercándose á Miguel.

—¡Magnífico! admirable, hijo mio: hermoso, y con tu palidez y tu flacura, sentimental; la barba larga te sienta muy bien; espera, voy á peinarte; tienes los cabellos muy largos, y como son rubios y rizados hacen muy bien; pero córtatelos cuatro dedos y harán mucho mejor: te falta algo, Miguel: ¿dónde tienes tus joyas... digo, si Eugenia no las ha vendido, como vendia las que la compraba mi hermano Antonio para buscarte; veamos ¿dónde las tenias?

—Allí, dijo Miguel señalando una cómoda de ébano.

Anda, anda, tómalas; no te lo he de dar yo todo: tú sabrás mejor donde está lo que necesitas: un alfiler de brillantes; una buena sortija y

un reloj con una escelente cadena: quiero que tu madre te vea hermoso y rico.

Miguel encontró con facilidad sus joyas.

Estaban en el mismo lugar en que las habia dejado.

Se puso un alfiler, una sortija y un reloj, y cerró el cajon de la cómoda.

—Ven acá, le dijo Estéban, dame ese relój; toma éste: es magnífico, te corresponde; tiene el blason de nuestra casa; es el reloj hereditario, el relój de tu padre; me lo regaló tu prima Eugenia: hizo mal, yo te lo devuelvo; pero dáme el tuyo: quiero recordarte cuando mire la hora.

Miguel cambió por el que le daba su tio, su reloj, y besó conmovido aquel reloj que usaba continuamente su padre.

—Mientras se tiene corazon, no se ha perdido todo, dijo Estéban; tu padre se estremece sin duda de placer en su sepultura: al ser millonario voy creyendo en cosas en que no habia creido nunca; vamos, Miguel, vamos: tengo ansia de presentarte, renacido, á tu mujer, á Eugenia, á tu madre.

Y le asió de una mano; y llevando en la que le quedaba libre la bugía que les habia alumbrado, le llevó al gabinete donde estaban Eugenia, Enriqueta y Juliana, con la niña en brazos.

CAPITULO XIII.

De mal á peor.

I.

—Os presento, señoras, al señor marqués de Campo-Nuño, dijo Estéban.

—¡Ah! buen trabajo nos ha costado esta presentacion, dijo Eugenia.

—Prima mia, esclamó Miguel asiendo las manos á Eugenia ¡cuánto has hecho por mí!

—No hablemos de eso; era mi deber que he cumplido por el doble amor que me inspirais tu y mi querida Enriqueta.

—A propósito, á propósito, dijo Estéban, tengo que hacerte una devolucion, mujer.

—¿Una devolucion, tio?

—Sí, sí por cierto: por el momento, estos cuarenta mil reales en billetes de Banco, que me llevó tu novio: ¡ah, diablo! ¿y dónde hemos dejado á ese caballero? por nuestros negocios nos hemos olvidado de él; ¿entró con nosotros Miguel?

—Yo no lo recuerdo.

—Ni yo tampoco.

—¡Hola, Cristóbal! ¡Cristóbal! dijo Estéban.

El ayuda de cámara se presentó.

—Vé á ver si en la casa ó fuera de ella hay un jóven con los cabellos negros, blanco, una persona completamente decente, Cristóbal: si está en la casa, introdúcele en el salon y suplícale que espere un momento, que allá voy yo; y si está fuera, al salon tambien; anda hombre, anda: toma tú, Eugenia; esos cuarenta mil reales no han sido necesarios: el polizonte que los exigia ha sido preso.

—¿Pues no decia usted que habia muerto, tio? dijo Miguel.

—Muerto ó preso, tanto da; la verdad es que no hay que darle nada; además desempeñaré tus joyas, Eugenia...

—¡Tio! esclamó Eugenia queriendo cortar la conversacion.

—No, no; lo sabe él; creo habérselo dicho, si no, es lo mismo; tú has empeñado ó vendido tus joyas para pagar gentes que fuesen á buscarle: yo mismo he ido con dinero tuyo: Cristóbal me informará puesto que ha andado en estos empeños y en estas ventas: no hay que replicarme: soy millonario, soy viejo, soy vuestro tio mayor: hemos concluido: ahí está Cristóbal: ¿y bien, qué?... añadió dirigiéndose al criado.

—Ese caballero está en el salon, dijo Cristóbal.

—Permitid, permitidme un momento, hijos mios: voy á cumplir con ese buen muchacho.

Y salió, atravesó un gabinete y entró en el salon, apenas alumbrado por una bugía puesta sobre una consola.

Gabriel, descubierto, y con el sombrero en la mano, se paseaba.

II.

—Quien pasea esperando se impacienta, dijo Estéban; mil perdones, amigo mio.

—Sí, es verdad: siento una viva impaciencia, dijo Gabriel; necesito saber...

—¿No ha oido usted la salva? ciento veinte y un cañonazos; el rey ha muerto.

—Si, sí, pero eso me importa mucho menos que saber si ese caballero, si el marqués de Campo-Nuño...

—Sí, amigo mio, sí; se ha resignado á ser marqués.

—Hé aquí que ya no estoy impaciente, dijo Gabriel.

—¿No? ¿y Eugenia? ¿no teme usted que su familia se oponga?

—¡Oh! ese es un asunto mio: estoy acostumbrado á la desgracia, caballero...

—¡Bah! quién habla ahora de desgracias; quién se acuerda de ellas: el rey ha muerto: el vizconde de Nava-Redonda, mi hermano, no se muere, y espero que mi cuñada Margarita, la marquesa viuda, la madre de mi sobrino Miguel, no muera tampoco: todo sale bien: ¿á qué pensar en desgracias? mi hermano Antonio, tutor de Eugenia, ha modificado, milagrosamente sus ideas: está escarmentado: sabe las desgracias que produce el oponerse á la union de dos chicos que se aman: yo me encargo de eso: dentro de quince dias es probable que yo diga á usted, ha llegado la hora de pedir al vizconde de Nava-Redonda la mano de su pupila.

—¡Oh! gracias, señor don Estéban: salgo de esta casa completamente feliz.

—Buenas noches, amigo mio, y hasta la vista, dijo Estéban; duerma usted bien.

—Adios, señor, dijo Gabriel estrechando vivamente la membruda mano de Estéban.

Salió.

III.

Estéban volvió al gabinete donde habia dejado á Miguel con las dos jóvenes.

Juliana estaba sola, sentada junto á la chimenea.

—Supongo, dijo Estéban dirigiéndose á Juliana, que habrán ido á ver á la madre del marqués.

—Sí señor, sí, dijo Juliana; vea usted ahí: ¿quién habia de creer que aquellos pobres jóvenes eran un marqués y una marquesa? ¡qué cosas, Dios mio, qué cosas!

—Sin embargo tú, cuando acudiste al socorro de la mujer de mi sobrino no sabias...

—Yo solo supe que la infeliz iba á llevar su niña á la inclusa.

—¡Bah! mujer, ya lo sé: te lo agradezco, tú eres trapera, ¿no es verdad? pues bien, despídete de la cesta y del gancho: te quedas en casa; tu marido viene á casa tambien, ya se lo he dicho: sois ricos desde ahora; yo me encargo de la educacion de vuestro hijo.

—¡Ah! gracias, muchas gracias, señor: Dios es bueno...

—Mejor que lo que yo creia, muchacha; pero adios, yo tambien tengo que ir á ver á mi cuñada.

Y como quien tanto conocia aquella casa, se encaminó sin vacilar al cuarto de la paralítica.

IV.

Una terrible reaccion nerviosa se habia operado en la marquesa de Campo-Nuño desde el momento en que habia leido aquel papel, formidable para ella, que determinaba aparentemente la suplantacion de Miguel, en la familia de Campo-Nuño.

Cuando Eugenia volvió con Enriqueta, la encontró en un estado gravísimo.

Gemia, lloraba, murmuraba monosílabos que no podia reunir en palabras, se agitaba de una manera violenta; no era ya una paralítica inmóvil; era una organizacion que se rehacia; era la madre que necesitaba decir:

—Miguel es mi hijo; ese documento infame es mentira; no me digais que no; le he tenido en mis entrañas; no le desheredeis, no le arrojeis de su casa, no; ¡es mi hijo, mi hijo!

El alma de la madre luchaba con la parálisis, y por un fenómeno nervioso la vencia, pero lentamente; luchando de una manera dolorosa, terrible, determinando un verdadero peligro; elaborando la congestion.

V.

Eugenia hizo llamar á los médicos de la casa; se acudió á todos los medios de salvacion; pero los médicos opinaron que aquella era una crisis de todo punto peligrosa.

Eugenia no se separó de su tia sino el tiempo estrictamente necesario para asistir á la presentacion de Miguel al vizconde de Nava-Redonda.

Los médicos y las doncellas de la marquesa y de Eugenia, no la habian abandonado ni un momento.

VI.

Cuando entró Eugenia para preguntar á los médicos si podia presentarse su hijo á la marquesa, estos la respondieron:

—Una escitacion violenta puede ser tan provechosa como puede ser funesta: la señora marquesa lucha por hablar; la crísis va en acrecimiento: probemos, en todo caso; aun quedan recursos á la ciencia.

—Entra, Miguel, entra; entra tú tambien Enriqueta, dijo Eugenia, yendo á la puerta del cuarto de su tia, donde estaban los dos jóvenes.

Miguel entró anhelante.

Eugenia tomó una bugia, llegó al lecho y alumbró por igual el semblante de Miguel y el de su madre.

La marquesa fijó una mirada inmensa en Miguel; tembló; sus descoloridos labios se agitaron: murmuró algunos monosílabos, y al fin, como en una esplosion, esclamó:

—¡Hijo! ¡hijo mio!... ¡es mi hijo!...

—¡Oh! ¡gracias Señor, gracias! esclamó Miguel levantando los ojos al cielo.

Su última duda habia desaparecido, se sentia renacer.

Luego se inclinó sobre su madre y cubrió su semblante de besos y lágrimas.

Se oyeron los gemidos, los sollozos y los besos de la marquesa.

—Salvada ó muerta; dijo uno de los médicos en voz baja, al oido de Eugenia.

VII.

Esta pretendió levantar á Miguel de sobre su madre para acortar aquella espansion que podia ser funesta.

Pero la paralítica habia dejado de serlo.

Su amor de madre habia hecho pasar por todo su ser una corriente galvánica.

Veinte años antes, una horrible escena producida por los celos del marqués; una escena violenta; una de esas brutales esplosiones de la cólera habia causado por un fenómeno nervioso, la paralisis, el mudismo, la aparente insensibilidad de Margarita, convirtiéndola casi en un cadáver.

Otra sensacion terrible, la del conocimiento de que su hijo le era arrebatado; que se le negaba; que se le hacia creer que no era su madre, habia efectuado una reaccion completa.

VIII.

Al fin, cuando Miguel pudo desprenderse de los brazos de su madre, los médicos la examinaron atentamente.

—Hay fiebre; convendria el reposo...

—No, no; esclamó la marquesa; yo vivo; he resucitado: ¡oh, qué sueño! ¡qué sueño tan largo, y qué cosas tan horribles durante ese sueño!... ¿dónde está, dónde está Juan, mi marido?... algunas veces le veia yo en mis sueños... pero hace mucho tiempo que no le he visto...

—La señora marquesa delira, dijo uno de los médicos.

—Salgamos de aquí, esclamó Eugenia.

—No, contestó Miguel, en cuya alma se revolvia otra duda horrible.

IX.

En aquel momento entró Estéban en el dormitorio.

Adelantó, y la luz que Eugenia tenia en la mano iluminó de lleno su semblante.

Margarita le vió; apareció en sus ojos una espresion de espanto; se incorporó violentamente; estendió los brazos y esclamó descompuesta, lívida, trémula:

—¡Ah! ¡tú!... tú, Estéban; ¡tú!... por eso él no está aquí; ¡ah! quiso matarme... me arrastraba asida por los cabellos... ¡ah, tú, vétel...

Y cayó de espaldas sobre el lecho.

—¡Ah! esclamó Estéban, ¡maldita sea la hora en que nací!...

Y huyó.

CAPITULO XIV.

El diablo tras el diablo.

I.

Estéban se lanzó á la calle.

Al salir de la casa se detuvo.

Se volvió y miró al interior de una manera desesperada.

—Yo no puedo volver á entrar aquí, dijo: mi casa me lanza de sí: la fatalidad me persigue: voy creyendo que estoy maldito...

Echó á andar, pero sin direccion, sin objeto.

Un reló dió á lo lejos las dos de la mañana, y con la diferencia de algunos minutos, otros relojes mas ó menos cerca, marcaron la misma hora.

Estéban no oyó las campanadas de aquellos relojes.

Adelantaba sin direccion, á la ventura.

Tomó por la plazuela de la Cebada: siguió por San Millan: por la calle del Duque de Alba: por la de la Magdalena: continuó por la de Atocha: entró en el paseo de este nombre, y llegó á la ermita del Angel. Luego, torció maquinalmente á la izquierda, atravesó el paseo, subió por el cerrillo de San Blas, se deslizó al pie del Observatorio, penetró por su arcada, subió las escaleras por el tramo de la derecha, adelantó y solo se detuvo en el peristilo del Observatorio.

Habia llegado hasta allí, dominado por una especie de sonambulismo que habia embrollado su razon y no le habia permitido coordinar dos ideas.

El delirio de Margarita habia caido sobre él de una manera violenta, aturdiéndole, anonadándole. Habia leido en el alma de Miguel: lo que habia leido en ella le habia hecho maldecir la hora de su nacimiento, y huir.

II.

Habia recorrido en muy poco tiempo el largo espacio que separa la plazuela de San Andrés del Observatorio.

La violencia de la marcha; el frio y la humedad de la madrugada le despertaron de aquella especie de sonambulismo.

—¿Dónde estoy? dijo ¿por dónde diablos he venido aquí? el Observatorio... ¡ah! sí; he sentido como un golpe en la cabeza: sentémonos, meditemos.

Y se sentó en el peristilo, apoyando su espalda en una de las columnas estriadas.

—¡Ah! sin sombrero, sin baston, bueno: sin dinero, bien: este es el alto de una fuga, perfectamente: ¿qué se me da?...

Guardó silencio durante un corto espacio.

—¡Ah! ¡Margarita! dijo al fin; me ama aun; me ha amado siempre... ¡¡oh!!

Y aquel, ¡oh! de Estéban, sonó como un rugido.

—He visto el amor en sus ojos: pero él tambien lo ha visto: él, que desconfiaba... ¡fatalidad, fatalidad! yo podia probarle que era hijo de su madre... podia probárselo de una manera indudable; pero ¿cómo probarle que su madre no fue adúltera... que yo no me atreví á ser un monstruo, deshonrando á mi hermano? ¡ah! el doble pecado de mi familia... Gaspar de Fonseca, marqués de Campo-Nuño, estremécete en tu opulento sarcófago de la iglesia de tu villa solar... ¡oh! ¿no era pura mi madre? ¿no era hermosa como ninguna de las damas de la córte? ¿no te amaba? era tan dama como la mejor: aventajaba en educacion á la mejor educada: es una dama aun: ¡miseria y vanidad! no tuviste valor para romper por todo... para obrar con la nobleza del alma, contra la absurda nobleza de convencion: tu padre no podia desheredarte, tu padre no existia: ¡ah, tú tienes la culpa, tú! contempla tu descendencia: mira el crímen

pesando sobre ella: tus tres mujeres muertas, envenenadas por un ángel convertido por tí en demonio: tus hijos enemigos: desheredado tu primogénito: el heredero de tu nombre celoso de su hermano, lanzando de su familia á su hijo; ¡oh! y todo ¿por qué? porque no pagaste la deuda de felicidad de amor, de honra que debias á mi madre: de ese modo yo hubiera sido esposo de Margarita, porque la hubiera conocido: nos hubiéramos amado, no existiria Miguel, no existiria Eugenia; pero tampoco existiria la violenta, la horrible situacion en que nos encontramos Miguel, Margarita y yo.

Calló de nuevo Estéban y gimió.

Algunas lágrimas se deslizaron de sus ojos y se secaron al pasar sobre sus mejillas, como si hubieran pasado sobre una plancha de hierro candente.

III.

—¿Qué soy yo? dijo: una contradiccion viviente: el bien y el mal unidos: la luz y la sombra en un ser: el vicio de mi origen hace de mí un hombre monstruoso; tengo corazon que siente, que se comprime, que arroja lágrimas, que brota sangre, y este corazon me irrita: me le quisiera arrancar porque ¿qué me importa á mí de todo esto?... ¿acaso Margarita no fue débil y cobarde?... ¿por qué no resistió? ¿por qué no prefirió si era necesario, la muerte del cuerpo á la muerte del alma? ¿no he visto yo á esa mujer esposa de mi hermano?... ¡ah! ¿por qué yo no la desprecié cuando la ví esposa de otro? ¿por qué este amor, único, este amor inestinguible, este amor infernal?... ¡la razon! no hay razon ni voluntad: es, lo que no queremos, es lo que está escrito, es lo que es inevitable: la sangre, los nervios: ese misterio incomprensible que llena el alma de un ser del amor de otro ser indigno de ser amado; ese misterio que une dos almas, cuyos cuerpos han separado los sucesos, entre los cuales se han puesto la familia, la honra, la sociedad... ¡ah! ¿por qué no puedo yo olvidar el dia en que comprendí el estado de maternidad de Margarita? me parece que fue ayer, hoy, este momento; era preciso matar ó huir, huí: era preciso olvidar, embriagarse, apurar todo lo candente, todo lo delirante, todo lo punzante de la vida; era necesario acometerlo todo; procurar aturdirse, trasformarse, perder el corazon... ¡y bien! he llegado á ser un infame, un asesino, un ladron de trocha, y mi amor ha flotado sobre toda esta infamia, sobre todo este crímen; y bajo este crímen y esta

infamia ha continuado latiendo mi corazon: los hijos naturales... ¡ah! ¿y hay quien se atreva á esponerse á tener hijos naturales, hijos infamados, hijos desheredados, hijos perdidos?

Sucedieron algunos momentos de silencio.

IV.

—Sí, sí, yo no he podido perdonar nunca el despojo que se me ha hecho: yo no podia comprender, no puedo comprenderlo, que mi hermano Juan, que mi hermano Pedro, que mi hermano Antonio, hayan tenido mejor derecho que yo... ¿quién ha hecho esas leyes? la soberbia: y bien, ¿qué me importa á mí que el fanatismo, que el realismo, que la aristocracia estén heridos de muerte? ¿dónde está el fruto que yo he de recoger? ¿por qué soy yo demócrata? ¿qué me importa á mí de la democracia? ¿qué derechos va á darme? lo pasado es, es, y no puede dejar de ser, la historia de un hombre forma parte de su vida, una parte importantísima: los recuerdos son el tiempo y el espacio: sin recuerdos, cada instante seria el de nuestro nacimiento: lo pasado; lo pasado es la amargura de nuestro corazon; lo pasado es nuestras canas, nuestras arrugas; nuestro hastío del presente; nuestra desesperacion para el porvenir: ¡millonario! ¿para qué quiero yo esos millones? ¡vanidad! ánsia que se convierte en hastío cuando se toca un oro inútil: ¡oh! sin ese delirio de Margarita pudiera yo haber sido aun algo feliz: ahora, lanzado otra vez de mi casa, errante; ¡ah! sí, mis millones pueden servirme de mucho: un regimiento, y á campaña: no, no, un regimiento no, nada organizado; no quiero depender de nadie; una guerrilla, sí, una guerrilla de hombres como yo: necesito vengarme de esos canallas que defienden las preocupaciones de que he sido víctima: la guerra civil no tardará en levantar su cabeza de hidra: seamos lógicos ó á lo menos en la apariencia: el republicano de 1826 debe batirse por la libertad contra sus enemigos naturales, pero solo por la libertad, no por una persona, aunque esa persona coja el fruto, á cuya produccion hemos contribuido con nuestra sangre: una guerrilla, sí, una guerrilla: doscientos hombres, doscientos demonios: una nueva embriaguez... la embriaguez del esterminio.

Estéban reclinó la cabeza sobre sus rodillas.

V.

De repente se alzó.

—Hace frío, mucho frío, dijo, yo no sé si ese frío está mas que en la atmósfera en mi alma: ¡bah! soy un insensato ¿qué me importan á mi ni Miguel, ni Eugenia, ni Margarita: son individuos de una familia enemiga mia: debia aborrecerlos, alegrarme de su sufrimiento... siempre la contradicion de mi alma: el amor y el odio, la impiedad y la creencia, la soberbia y la grande idea humanitaria: el remordimiento del crímen y la sed del esterminio; el desinterés y la avaricia; la crueldad y la caridad; el noble y el demócrata; ¡bah! yo estoy loco: debo empezar por reirme de mí mismo; pero este sufrimiento, este sufrimiento agudo que como un lobo voraz me despedaza el alma: este malestar insoportable y eterno: esta vergüenza de mí mismo: este infierno... Mi padre era un hombre de gran corazon: un soñador de lo grande y de lo noble: vertió su sangre por la patria contra los soldados de la república: era un caballero, un cumplido caballero: soy injusto con él: la fatalidad impidió que hiciese á mi madre su esposa: aquel maldito Lamprea... y bien, yo desciendo de gitanos, de ladrones, de asesinos; mi madre ha asesinado: la fatalidad ó la Providencia ¿qué mas dá? hijo de loba y de leon, adelante: he nacido predestinado...

Estéban se puso á pasear á lo largo del peristilo por su parte interior.

VI.

—¡Qué silencio! dijo cambiando de ideas, como acontece á todos los hombres de grande imaginacion, cuando están afectados por un sentimiento terriblemente doloroso; ¡qué silencio tan profundo! los realistas no se han atrevido; los golpes de mano hay que darlos pronto ó se dan en vago; parece ese silencio un silencio de terror y de espectativa: el rey ha muerto: dentro de poco morirán á centenares los combatientes de la guerra civil: ¡oh! sí; todas esas clases favorecidas por el privilegio, no se le dejarán arrebatar; son ricas y fuertes: ese millon de frailes producirá cien mil soldados en defensa del absolutismo neto: ¡insensatos estúpidos que pretendeis detener con una vieja espada la marcha triunfal del carro de victoria de la humanidad... ¡bah! hace frio, cada vez mas frio: creo que tengo fiebre: aun queda noche; á lo largo del Prado, por las Salesas,

cortando por sitios en que de seguro no se encuentra un alma, puedo llegar á mi casa: es necesario que no me molesten las rondas que sospecharian de mí al verme sin sombrero; no quiero que por remate de esta negra noche me lleven á pasar el primer acceso de mi fiebre á la cárcel: marchemos.

VII.

En aquel momento Estéban sintió que una mano pesada caia sobre su hombro.

Se retiró vivamente, cerró los puños y se puso en guardia.

—¡Eh! dijo una voz muy conocida para Estéban, dejémonos de bromas, no hagas una barbaridad de las tuyas.

—¡Juan Pulgon! dijo con estrañeza Estéban.

—Sí, hijo; tu amigo Juan Pulgon que anda á salto de mata: hace una hora estoy oyéndote decir disparates, y esperaba á que concluyeses para darte las buenas noches, ó mejor dicho los buenos dias: parece que las cosas no te salen muy bien: sin embargo, yo puedo indicarte un medio para que salgas del atolladero...

—¿Un medio tú?

—Sí, pero es necesario que me ayudes.

—¿Cómo?

—Es necesario cometer un robo.

—¡Canalla! te denuncian como ladron; huyes y te atreves á proponerme otro robo.

—El marqués de Campo-Nuño, tu hermano, dijo Pulgon, ha escrito unas memorias...

—¡Unas memorias!

—Sí: tal vez en esas memorias se pruebe la inocencia de tu cuñada.

—¿Y cómo sabes tú que existen esas memorias?

—Hace seis meses me llamó un reverendo padre de San Francisco el Grande: fuí y cuando entré, el religioso abrió una papelera y sacó un legajo de papeles: escogió uno y guardó cuidadosamente los otros; pero yo, que tengo una vista de águila habia leido esto: «Memorias del marqués de Campo-Nuño.»

—Y esas memorias ¿están en el convento de San Francisco el Grande? dijo Estéban.

—Sí, contestó Pulgon: á oscuras iria yo al lugar de la papelera, donde guardó aquellos papeles al fraile.

—¿Cómo se llama ese fraile, Juan?

—Fray Serapio de Rozas: ¿te parece ahora bien el robo que te he propuesto?

—¿Y quién roba un convento de frailes franciscos, Juan?

—¡Oh! los frailes van de capa caida; los aborrece todo el mundo; se acuerdan de cuando iban seguidos de los realistas gritando: mueran los negros: y buscando liberales comprometidos para entregarlos al verdugo: ¿quién sabe lo que podria hacerse? pero se necesita dinero, no mucho...

—Aunque se necesitara un tesoro, dijo Estéban.

—Pues empieza por echar algun oro sobre mi causa; los escribanos andan buscando siempre negocios: lo que te he dicho, bien vale la pena; además de que me debes dos mil duros: lo convenido es convenido.

—Corriente: no entrarás en la cárcel, yo te lo aseguro; antes de quince dias podrás pasearte como un señor por todas partes.

—Bien, no te pesará de ello ¿pero no te parece que hay algo que nos une á los dos en las grandes circunstancias de una manera milagrosa? ¿quién habia de decirme, cuando vine á trasconejarme aquí, que habias de venir tú tambien?

—¡Fatalidad! esclamó Estéban.

—Pero dime, ¿para qué te llamó fray Serapio de Rozas?

—Para enseñarme una copia igual á la que yo te vendí de aquel magnífico documento; para decirme que si llegando el caso, me ratificaba en él, se me recompensaria.

—¡Ah! buen padre Serapio, esclamó Estéban; tú eres mas fanático por la nobleza de una familia á que no perteneces, que lo que lo fue mi hermano Juan. Ya nos veremos, mi querido primo postizo: ¡ah! tú no has contado con que Estéban de Fonseca existe.

—Pero ¿qué diablos estás haciendo, Pulgon? ¿para qué rompes tu capa?

—¡Bah! para hacerme una montera y poder darte un sombrero: ¿no has visto las monterillas de papel que hacen los muchachos? pues de la misma manera voy yo á hacerme una con el paño que corto de mi capa: ¿no comprendes que si á tí ó á mí nos encuentran sin sombrero, ó sin montera, reparan, sospechan y puede acontecernos algo desagradable? la noche no es bastante oscura, y es menester tomar precauciones.

—Eres un bribon admirable, dijo Estéban, pero acaba pronto; me siento mal; necesito meterme en la cama.

—Espero que me des hospedaje en tu casa.

—Convenido.

—Pues ya está hecha la montera: toma mi sombrero; y abriga esta pícara; vamos, en marcha.

CAPITULO XV.

El sombrero de Juan Pulgon.

I.

A medida que trascurria el tiempo, se iba enfriando, por decirlo asi, el pensamiento de Estéban.

Habia dejado con Pulgon el vestíbulo del Observatorio; habia descendido del cerrillo de San Blas, salido del paseo de Atocha y adelantaba junto á la verja del jardin Botánico.

Juan Pulgon iba detrás de él y no le hablaba, porque comprendia que Estéban iba ensimismado y con poco humor de conversacion.

Marchaban á gran paso el Prado adelante.

Como hemos dicho, la imaginacion de Estéban se iba enfriando y dando lugar á la reflexion.

—Bien mirado, murmuró, yo no puedo oscurecerme, perderme, dejar de volver á mi casa; quiero decir, á la casa de mi sobrino: seria dar lugar á que éste confirmase sus sospechas, porque hasta ahora solo puede alentar sospechas, es posible, muy posible, que una mujer ame á un hombre sin que incurra en falta alguna: si yo no vuelvo, Miguel de seguro se creerá mi hijo; esto es horroroso: además, yo hago falta allí; mi hermano Antonio ha cedido de miedo; ha creido que se moria; tal vez mañana, al verse fuera de peligro, vuelva á pensar como pensaba; no cree

en estos arrepentimientos de los moribundos; son terror puro; nada, nada, no solo volveré sino que viviré en la casa: despues de una reconciliacion mi lugar está allí, y luego es necesario no perder de vista al buen fray Serapio, no dejarle de la mano; aun no hace una hora que he salido de allí; despues de dejar á este tunante en seguridad volveré.

II.

Estéban apretó el paso. Tan fuerte era, que aunque no era débil Pulgon, le costaba trabajo seguirle.

Al fin, llegando á las Salesas, atravesando el barrio del Barquillo y la calle Ancha de San Bernardo, llegaron á la plazuela de las Comendadoras y á la puerta de la casa de Estéban.

Abrió éste, asió de una mano á Pulgon, y le llevó á la sala baja:

—Acomódate ahí como puedas; le dijo, cuatro ó seis horas las pasa bien un hombre como tú, de cualquier modo; lo que necesitabas, que era estar oculto, lo tienes: adios, hasta luego.

—Adios, Estéban; pero no te olvides de que estoy aquí, de que tengo hambre y de que dentro de algunas horas esta hambre se me hará insoportable.

—Dentro de poco estaré aquí, adios.

Y cerrando la puerta y saliendo de la sala baja, cerró la puerta con llave dejándo á oscuras á Pulgon.

III.

Despues, tomó á buen paso el camino de la casa de Campo-Nuño.

Llegó en menos de un cuarto de hora, y encontró abierta la puerta; lo que demostraba que alguno de los dos enfermos, ó los dos á la vez, estaban en un estado gravísimo y se entraba y se salia.

Estéban asomó la cabeza á la puerta.

El farol del portal estaba encendido: el portero dormia sentado en una silla junto á la portería.

Estéban entró y se deslizó junto al portero sin despertarle.

Subió las escaleras y no encontró á ningun criado.

Abrió la mampara del primer recibimiento y tampoco vió criado alguno.

Entonces arrojó lejos de sí el sombrero de Pulgon, que cayó rodando por las escaleras.

Despues penetró en la primera antesala, siguió adelante y entró en el gran salon donde habia hablado con Gabriel.

IV.

Se puso á pasear.

Poco despues sintió los pasos de una persona que se acercaba, y apareció Cristóbal en el otro estremo del salon.

—¡Ah! gracias á Dios que encuentro á usía, dijo; hace dos horas que estamos buscando á usía por toda la casa.

—¿Y quién os ha mandado buscarme? dijo Estéban.

—El señor vizconde: yo le decia «el señor don Estéban no está en la casa,» y el señor vizconde replicaba: precisamente, están ahí sobre mi cama su baston y su sombrero.

—Y tenia razon mi hermano, dijo Estéban; yo estaba aquí.

—He pasado por el salon cuatro ó cinco veces.

—No, no has pasado, porque yo no te he visto; tú estás aturdido, Cristóbal.

—Es posible, señor: han sucedido tantas cosas esta noche.

—¿Dónde está el señorito?

—¿Quién, el señor marqués? la señora condesa le ha obligado á recogerse con la marquesa y con la señorita Clara, y su ama de leche; el señor marqués se ha ido á su cuarto, donde se ha improvisado lo necesario: la señora condesa se ha quedado velando á la señora marquesa viuda.

—¿Y los médicos?

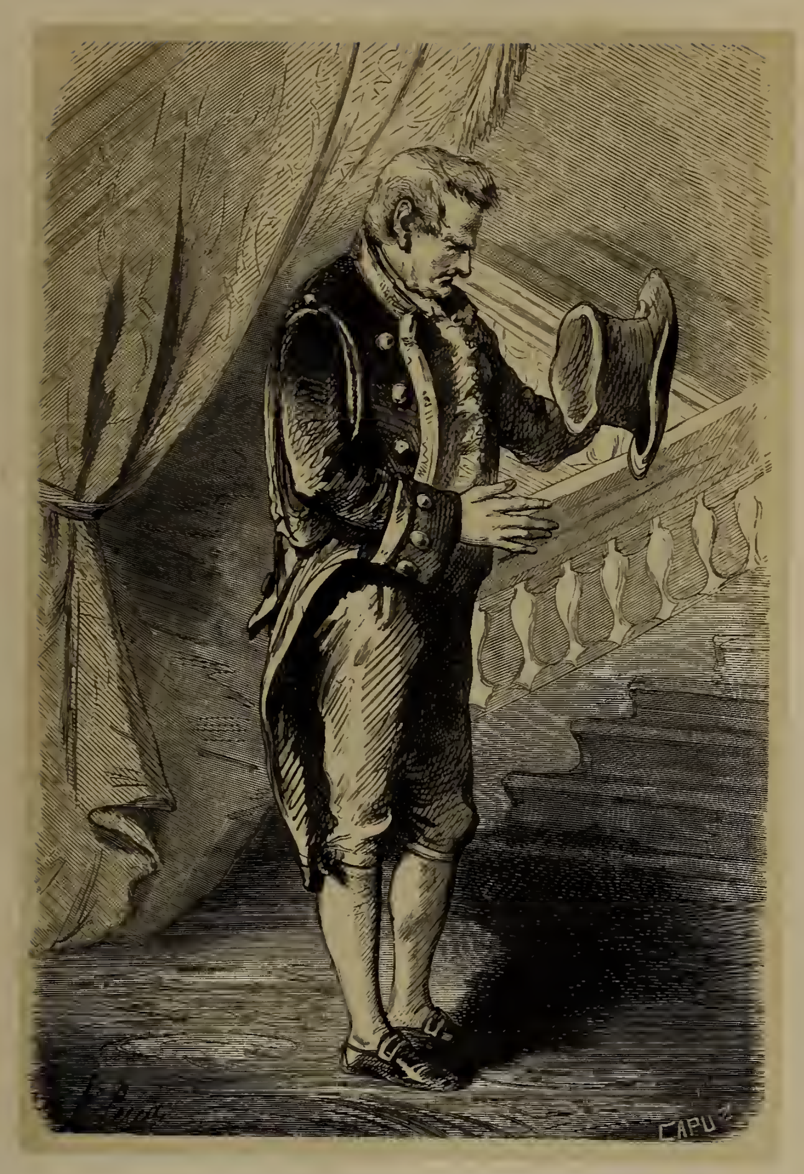
—En el gabinete que está entre el cuarto del señor vizconde y el de la señora marquesa viuda.

—Vamos, vamos allá puesto que mi hermano me llama.

—Estéban llegó al gabinete donde estaban dos médicos sentados junto á una chimenea y visiblemente fastidiados.

V.

—Y bien, señores, dijo Estéban: ¿cómo está mi hermano? yo he estado por ahí, por la casa tomando el fresco, creo que tengo fiebre.



EL SOMBRERO DE JUAN PULGON.

—Efectivamente, dijo uno de los médicos pulsándole; haria usted muy bien en meterse en la cama, en tomar un antiespasmódico; está usted afectado por una gran escitacion nerviosa.

—¡Oh! esto pasará; pero mi hermano...

—Milagrosamente fuera de peligro, dijo el otro médico; estas graves enfermedades crónicas engañan mucho.

—Me alegro, dijo Estéban; ¿y mi cuñada?

—Nada podemos decir aun: continúa la crisis; no sabemos si esta crisis terminará de una manera funesta: si cuando pase, la enferma volverá á la paralisis, ó curará completamente.

—Gracias, señores, por vuestros cuidados, dijo Estéban; voy á ver á mi hermano: hasta luego.

Y se entró en el gabinete del vizconde.

VI.

Entre tanto, Ciriaco, el portero, que habia despertado, que habia visto y recogido el sombrero que habia arrojado Estéban y que habia llegado hasta el pie de la escalera, le examinaba, murmurando:

—¿Quién diablos ha traido aquí este sombrero? ¿qué trapero le ha dejado caer de su cesta? yo no sé por qué, pero me parece este un sombrero de pícaro, un sombrero sospechoso.

Y daba vueltas al sombrero. Sabido es que los sombreros tienen fisonomía.

—¿Qué papel es éste? dijo Ciriaco, viendo uno que asomaba por el forro grasiento del sombrero.

Y le sacó.

Era un papel mugriento, en el que Ciriaco, bajo un sello de las armas reales, leyó lo siguiente:

«El superintendente de policía del Reino.—Seguro para Juan Pulgon, individuo de la ronda de policía secreta de Madrid, para que toda autoridad á quien este seguro se presente, le preste el auxilio que necesite.»

Seguian la fecha y la firma y al márgen se leian la edad y las señas particulares de Juan Pulgon.

—Cuando yo decia, esclamó Ciriaco, que éste era un sombrero de pícaro... pero ¿cómo diablos se ha perdido aquí éste sombrero? ¡ah! esos

polizontes son unos borrachos; entraría aquí bebido y no habrá reparado en que se le habia caido el sombrero... pero ¿para qué tiene que entrar aquí un polizonte?... ¡ah! ¡ya! aqui ha estado el padre fray Serapio de Rozas... no, pues como el polizonte esté aquí, no se escapa: la paliza va á ser como para él solo: como no podrá sacar su seguro, porque le tengo yo, haremos como que le creemos ladron, y firme, duro, hasta que no le quede un hueso sano.

Ciriaco se fué á la puerta; cerró una de sus hojas que estaba entornada, corrió los cerrojos y echó las llaves.

VII.

—Si yo no me hubiera dormido, á fe, á fe que el tal pillo no pasa, dijo encaminándose á las escaleras con el sombrero en una mano y el papel en la otra; pero ¿quién no se duerme á estas horas, y no teniendo costumbre de trasnochar? á las nueve de la noche ya está la puerta cerrada, y á las once, cuando mas, todo el mundo duerme en la casa.

Y subió por las escaleras con la lentitud grave y característica de los porteros de casa grande.

Al abrir la mampara del recibimiento pasó un lacayo.

—¡Hola, Bruno! dijo Ciriaco, ¿aun estás de punta?

—Esta noche es noche toledana, contestó Bruno; y lo peor es que sabe Dios cuándo nos dejarán dormir; pero, ¿qué sombrero es ese, Ciriaco? ¿te has echado á trapero?

—Eso á ti no te importa: busca al ayuda de cámara Cristóbal, dile que yo necesito hablarle para un asunto grave; aquí espero.

—El diablo que entienda lo que esta noche sucede en la casa, dijo el lacayo alejándose.

Ciriaco se quedó mirando alternativamente al sombrero y al seguro, haciendo gestos que cada vez, eran mas enérgicos y estaban mas dentro de la caricatura.

VIII.

Al fin sobrevino Cristóbal.

—¿Qué es eso, Ciriaco? dijo; ¿para qué asunto grave me necesita usted?

—¿Para qué, señor Cristóbal? dijo Ciriaco; mire usted este sombrero.

—Y bien, ¿qué? un sombrero viejo, dijo Cristóbal.

—¿Y no le parece á usted que á este sombrero le falta un pícaro, ó que un pícaro se ha quedado sin este sombrero?

—Vamos, usted está loco, Ciriaco: ¿y me ha llamado usted para esto?

—Poco á poco; yo no estoy loco ni mucho menos: me he dormido y nada tiene de estraño, porque al fin no estoy acostumbrado á trasnochar ¿qué le parece á usted de este papel?

—¡Un seguro de la policía secreta! ¿dónde ha encontrado usted este papel?

—Dentro de este sombrero.

—¿Y dónde ha encontrado usted este sombrero? acabe usted de una vez.

—Al pie de la escalera principal, junto á la que sentado en una silla, dormia yo tranquilamente; ya se ve, como no tenemos costumbre de trasnochar... yo he podido echar á los infiernos este sombrero y guardarme este papel, para no tener que confesar que me habia dormido, lo cual es muy natural á estas horas; y evitar un rapapelo que nunca sienta bien; pero ante todo, yo soy un criado leal; yo debo dar parte de que en la casa hay un polizonte; y se le doy á usted, señor Cristóbal, porque usted es mucho mas tratable que el mayordomo; ante todo he cerrado la puerta á fin de que si el polizonte está todavía en la casa, podamos darle una buena paliza; pero ¿qué diablos tiene que hacer un polizonte casa del marqués de Campo-Nuño?

—¿Qué? ¿no ha muerto esta noche el rey?

—Sí.

—¿No sabe todo el mundo que el señor vizconde es acérrimo partidario de don Cárlos?

—Sí, bien, ¿y qué?

—¿No ha estado aquí el padre fray Serapio de Rozas? y por cierto que se me encajó el lego en la portería y se me ha fumado todo el tabaco; porque como estos de San Francisco, son mendigantes, no compran nada, y además es necesario estar bien con ellos, porque sí.

—Bueno, bien, ¿pero qué?

—¿Qué? que si el señor vizconde es carlista como uno, el padre fray Serapio de Rozas, es carlista como ciento; y como se decia que en cuanto muriese el rey la iban á armar los voluntarios realistas, y que los frailes, especialmente los de San Francisco el Grande, estaban en el ajo... pues,

nada tiene de estraño que el convento de San Francisco haya estado vigilado; que al ver salir á fray Serapio le hayan seguido y que... porque ¿á quién le consta si el señor vizconde se está muriendo y solo por esto y por ser su pariente venia aquí el reverendo, ó si habia aquí una conspiracion, un depósito de armas y de municiones, ¿eh? me parece que no soy tonto, que doy en el quid: la verdad es que la policía se nos ha metido en casa.

—Déme usted ese sombrero; váyase usted á acostar y no diga usted nada de esto á nadie ¿estamos? ó por la puerta, á la calle, ¿eh? con que silencio.

Ciriaco, dominado por el tono y por el gesto de Cristóbal se fué murmurando:

—¡Diablo! pues el señor Cristóbal se tenia guardado un génio peor que el de don Nicomedes el mayordomo; y que los de escalera abajo tengamos que aguantar estos soberbios de escalera arriba... ya se ve, les dan tantas alas los señores... ¡paciencia, paciencia y paciencia! ¡cómo ha de ser! y sin buscar al de policía; ya, sí, eso es: conspirábamos, no hay duda, y no nos hemos atrevido: al polizonte se le ha caido de miedo el sombrero; eso es, bueno; ¿y á mí, qué?

Apagó el farol del portal y se metió en la porteria cerrando la puerta por dentro.

IX.

Entre tanto, Cristóbal permanecia inmóvil en el recibimiento, con el sombrero en la mano y la vista fija en el seguro.

—Indudablemente, murmuró, don Estéban ha estado fuera de casa cerca de dos horas; se habia dejado su sombrero sobre la cama de mi amo; cuando yo le encontré en el salon, tenia la cabeza descubierta y estaba agitado: ¿habrá traido este sombrero don Estéban? su conducta ha sido turbia siempre; pero ¡bah! ¿quién atina? ¿cómo comprender que don Estéban haya traido este sombrero y que le haya encontrado Ciriaco al pie de la escalera; y sin embargo, no sé por qué creo que este sombrero tiene relacion con don Estéban: registremos, sin embargo, la casa; pero cá, estoy seguro de que no ha entrado nadie; y el señorito, el señor marqués que aparece esta noche de repente; miserable como un mendigo; y la señorita Enriqueta y una trapera sirviendo de ama de cria á la señorita pequeña... cuanto mas pienso en esto, mas me aturdo: y luego, este

sombrero y este seguro... pues bien, registremos ahora y mañana demos parte de todo al marqués.

X.

Cristóbal salió á las escaleras; subió al segundo piso; entró en su cuarto á oscuras, sacó de él un farol y le encendió en el que alumbraba el corredor.

Volvió á entrar en su cuarto; guardó en un armario el sombrero, y en su bolsillo el seguro; tomó un grueso baston y registró la casa de alto á bajo, sin dejar de ver mas habitaciones que las de sus señores y las de la servidumbre que estaban ocupadas y donde no podia suponerse estuviese oculto el polizonte en cuestion.

El jardin no se escapó del registro.

A nadie encontró.

Volvió á su cuarto, dejó en él el farol y el baston, y fué á sentarse junto á la puerta del cuarto del vizconde.

Dentro se oia el rumor confuso de la voz de Estéban, que cesaba por intervalos, sin duda cuando hablaba el vizconde, cuya apagada voz apenas se oia.

CAPITULO XVI.

El insomnio de Miguel.

I.

Un frio de muerte; el frio del no ser; una agonía infinita, se apoderaron de Miguel cuando vió la mirada ansiosa, delirante, inmensa de su madre, fija en Estéban; cuando oyó su delirio, cuando oyó la maldicion de su tio y le vió desaparecer.

Una agonía semejante pasó por las almas de Enriqueta y de Eugenia; y los dos médicos cruzaron esa mirada interrogadora de la estrañeza.

Cortaron, sin embargo, la situacion interviniendo: se habian puesto de acuerdo con una sola mirada.

—Señores, dijo el de mas edad de ellos; la enferma delira; la presencia de ustedes la escita; su vida está en peligro; salgamos todos: dejémosla sola con la señora condesa.

Miguel, Enriqueta y los dos médicos salieron.

Miguel estrechaba fuertemente una mano de Enriqueta.

Esta se estremeció comprendiendo la causa de la presion de la mano de Miguel.

—No, no, le dijo Enriqueta en voz baja, un delirio no prueba nada.

—Soy muy desgraciado, dijo Miguel, no hablemos mas de esto, Enriqueta.

Despues, dominándose, afectando que nada habia comprendido en el delirio de su madre, interrogó ardientemente á los médicos acerca de lo que se debia temer ó esperar.

Estos le contestaron con esas generalidades de que están siempre provistos para responder á los que aman á los enfermos puestos bajo su ciencia.

II.

Apareció Eugenia.

—Se ha tranquilizado, dijo; me parece que duerme.

—Dejémosla, pues, reposar, dijo uno de los médicos: vamos entre tanto, compañero, á ver cómo está el señor vizconde.

Los médicos dejaron solos á los dos primos y á Enriqueta.

—¡Miguel, Miguel! esclamó Eugenia; tú estás mortalmente pálido, tú tiemblas.

—Sí, por la vida de mi pobre madre, dijo Miguel.

Y pronunció de tal manera estas palabras, que Eugenia comprendió que su primo rehuia decididamente el entrar en cuestion.

— Idos á vuestro cuarto, dijo Eugenia; nada temais; yo me quedo velando á tu madre, Miguel: habeis sufrido emociones demasiado fuertes y necesitais reposo.

—Sí, dijo Miguel que estaba desencajado; necesito mucho reposar; ésta tambien: adios, Eugenia mia: si acontece algo, si mi madre se agrava...

—¡Oh! te avisaré.

Eugenia besó á Enriqueta, y Miguel se fué con ésta á su cuarto.

En el salon se habia improvisado una cama, y en ella dormia ya la robusta Juliana con la niña.

En el dormitorio de Miguel se habia añadido una cama para Enriqueta.

III.

La situacion era tan grave que aun despues de quedar solos, nada acerca de ella dijo Enriqueta á Miguel, ni Miguel á Enriqueta.

—¡Oh! dijo ésta; estoy contenta y triste á la par; al fin ocupas tu posicion Miguel; al fin hemos vencido á nuestra dura fortuna; pero encuentras á tu madre y á tu tio, gravemente enfermos.

—Por tí, por mi hija... esclamó Miguel; siento un fuerte dolor de cabeza; estoy conmovido, trastornado; es natural, el cambio ha sido demasiado brusco; de la muerte á la vida... ¡oh, Enriqueta mia, Enriqueta de mi alma! ya no sufrirás mas, ya no temblarás por la vida de nuestra hija, por su porvenir; y en cuanto á mí, esto pasará, pasará muy pronto; ya verás, seremos felices, muy felices.

Enriqueta se estremeció.

Miguel, al pronunciar sus últimas palabras dejaba ver en sus ojos, en su sonrisa, una espresion lúgubre.

Temblaba: las lágrimas, mal contenidas, asomaban á sus ojos.

Enriqueta nada dijo á Miguel.

Hay dolores que deben dejarse intactos; no tocarlos, porque al tocarlos se exacerban.

Enriqueta estaba aterrada; lo temia todo.

Se acostó en uno de los lechos.

En el otro se acostó Miguel.

Durante algunos segundos sostuvieron un diálogo en que ambos huyeron de la situacion que los conmovia.

A poco, Enriqueta se fingió dormida.

Miguel, no creyendo en el sueño de Enriqueta, fingió que dormia tambien.

Ninguno de los dos podia dormir.

IV.

Pero lentamente se apoderó de Miguel un sopor que no era ni el sueño ni la vigilia: uno de esos estados nerviosos que no pueden definirse, en el que nos creemos despiertos y sin embargo, no lo estamos.

Un insomnio pesado, durante el cual no se descansa, no se puede descansar; que produce dolor en el corazon y en la cabeza; en medio del cual la razon se agita impotente entre brumas desconocidas.

Miguel tenia fija en sus ojos la mirada de su madre delirante, abarcando, con una pasion infinita á Estéban. Aquella mirada hacia rodar, no sabemos qué cosa horrible dentro de la cabeza de Miguel. ¿Era su padre Estéban? Su madre ¿se habia olvidado de su virtud, de su deber, de su dignidad, hasta el punto de infamarse arrojando una mancha oscura sobre el honor de su esposo? ¿Por qué la habia arrastrado por los

cabellos el marqués de Campo-Nuño? ¿Por qué, á causa de una horrible escena conyugal, su madre habia caido gravemente enferma en el lecho, del cual no la habia permitido levantarse durante veinte y cuatro años una horrible paralisis?

Todo esto se revolvia inconexo, abultado por la fiebre y por el insomnio, monstruoso, en la imaginacion de Miguel.

El marqués de Campo-Nuño habia atacado la honra de su madre aquel terrible dia en que le dijo mostrándole el tremendo documento firmado por Juan Pulgon:—No eres mi hijo.

¿Era él, en efecto, hijo de uno de los crímenes mas infames que puede cometer una mujer, la adulteracion de la familia?

¿Era que Estéban y Margarita se habian amado en silencio, sacrificándose sin traspasar los límites del decoro y que al ver, despues de muchos años, durante el delirio de una reaccion violenta Margarita á Estéban aquel amor contenido, martirizado, se habia manifestado en una esplosion?

—Pero si no habia habido crímen en Margarita ¿cómo comprender aquella escena incalificable en que un hombre bien educado, un caballero, habia maltratado brutalmente á su esposa?

Los celos son ciegos y brutales; el carácter del marqués habia sido irascible, dominador, tremendo.

¿Cómo conocer la verdad?

Pero aquella misma noche, al ver la mirada de Margarita, al escuchar su delirio ¿no habia maldecido Estéban su existencia? ¿no habia huido?

V.

Estas luchas de la razon con la deduccion, cuando el asunto que las motiva es tan grave como el que martirizaba á Miguel, son espantosas; se agolpan á la imaginacion en desórden la razon que esculpa y la razon que condena un casuismo satánico se apodera de la imaginacion.

Se quiere ver claro y la duda se condensa mas y mas; se hace mas nebulosa.

Entonces se siente la necesidad desesperada de un oráculo que hable, que determine la verdad.

¿Pero dónde podria encontrar Miguel aquel oráculo? la eternidad es muda.

En vano se busca en ella al ser que todo lo sabe; en vano se le pregunta: el ser, absolutamente sabio, está mudo, el alma se comprime, se desgarra, por decirlo asi; siente la amargura de la desesperacion.

¿Y qué hacer? Nada; no hay medio: sufrir, agonizar, morir, devorar un dolor incurable, un dolor horrible: dudar de la honra de nuestra madre; ignorar cuál es nuestro padre de aquellos dos seres que se nos presentan á nuestra imaginacion febril.

VI.

Se evocan entonces los recuerdos de la infancia. Esto hizo Miguel.

¿Cómo hablaba el marqués de Campo-Nuño de su madre? Con respeto, con conmiseracion. Pero nada probaba esto; el respeto del marqués hácia su esposa, pudo haber sido respeto á sí mismo: su conmiseracion... El estado en que se encontraba Margarita era una espiacion bastante de su culpa, dado caso que aquella culpa hubiese existido.

VII.

¿Cómo habia tratado el marqués á Miguel?

Con amor, con orgullo; como un padre trata á un hijo de quien está satisfecho.

Nada probaba esto tampoco.

El marqués, bajo la dura aspereza de su carácter, ocultaba un gran corazon; un corazon escelente: se ama mucho á los niños á quienes se ha visto nacer. (Miguel no tenia ya duda de que era hijo de Margarita.)

Se crea en el alma un amor paternal hácia esos pequeños seres, á quienes se ve desarrollarse instante por instante, hora por hora, dia por dia, embellecidos por la gracia y por el candor de la infancia.

Sin embargo, ¿cómo amar á un ser introducido á traicion, de una manera infame, en la familia?

Pero es un ser inocente.

El corazon humano puede ser grande hasta lo sublime.

¿Por qué negar esta grandeza al marqués de Campo-Nuño?

Pero cuando Miguel habia llegado á su adolescencia, el marqués le habia separado de su lado: le habia enviado á completar su educacion al estranjero: ¿habria empezado á odiar al hombre, allí donde habia concluido el niño?

¿Quién sabe?

Miguel recordaba que cuando habia vuelto alguna temporada á la casa paterna, el marqués se habia mostrado con él circunspecto y grave.

A pesar de esto, alguna vez habia sorprendido en los ojos del marqués una mirada de amor.

Pero ¿cómo si el marqués era su padre, si tenia la certeza de ello, habia podido atreverse á decirle: *No eres mi hijo?* Hé aquí la prueba.

La soberbia gerárquica podia justificar esto.

Miguel, pues, no encontraba una solucion que pudiese medianamente satisfacerle.

VIII.

En cuanto á lo que debia hacer, no encontraba mas que un medio: sufrir, callar.

¿Cómo decir á Estéban: eres mi padre? ¡imposible! ¿cómo pedir la aclaracion de esta duda tremenda á su madre?

Imposible tambien.

¿Y podia él poseer tranquilamente un nombre, un titulo, unas rentas sin tener la seguridad de su derecho?

Esto le humillaba; le desesperaba.

Y sin embargo, era imposible, por mas de un concepto, la renuncia de Miguel al nombre, al titulo, á los bienes de Campo-Nuño: ¿cómo justificar su renuncia? ¿acusando de adulterio á su madre, presentando á la vista pública la mancha encubierta de un honor respetado?

Ni ¿cómo probar su ilegitimidad, cuando él mismo no tenia la seguridad de ella?

¿Cómo por una duda terrible, pero imposible de desvanecer, desheredar á su hija? ¿ni en qué falta de derecho apoyarse para ello?

Miguel solo encontró la terrible solucion de sufrir y de ocultar su sufrimiento.

Esta situacion era horrorosa pero inevitable. Era una de esas situaciones estremas que acaban por enloquecer al que las sufre.

IX.

Ya muy entrado el dia, Miguel, vencido por su propia lucha, se durmió.

Cuando se levantó, se habia dominado; solo quedaban como huellas de la tormenta, su densa palidez y lo hundido de sus ojos.

Sin embargo, sonrió de tal modo al ver á Enriqueta, que ésta se engañó y alentó una esperanza.

Miguel habia aceptado por completo su sacrificio y habia guardado su dolor dentro de su alma.

CAPITULO XVII.

De cómo sentó plaza Miguel.

I.

Cristóbal, en cuanto tuvo ocasion de hablar á solas con Miguel, sacó del bolsillo de su chaleco encarnado, un papel mugriento y lo presentó á su amo.

Era el seguro, como agente de policía secreta, de Juan Pulgon.

—¿Qué es esto? dijo Miguel con estrañeza; ¿cómo tienes tú esto, Cristóbal?

—Este papel, señor, se ha encontrado dentro de un sombrero viejo, al pie de la escalera principal.

—¿Cuándo?

—Anoche á las tres.

—¿Quién lo ha encontrado?

—Ciriaco, el portero de abajo.

—¿Y qué deduces tú de esto?

—Yo... nada, señor.

—Oye, Cristóbal; tú me has visto nacer; acabas de contestarme de una manera ambigua, como quien teme decir lo que piensa; además, si no hubieras creido de alguna gravedad el encuentro de este papel, dentro de la casa, no me le hubieras traido: habla, te lo suplico, te lo mando.

—Señor, vuecencia me manda una cosa demasiado dura: puede ser lo que yo pienso, una suspicacia mia, en ofensa de un pariente muy próximo de vuecencia.

—Habla, Cristóbal, habla.

—Pues bien, señor; voy á decir lo que he sospechado: anoche, despues de la una, vi salir descompuesto, sin sombrero, al señor don Estéban: poco despues el señor vizconde me mandó que le llamase; le busqué y no le encontré: no estaba en la casa: hora y media despues, al entrar en el salon, le ví paseándose agitado y hablando solo.

—Y bien, ¿qué?

—Que creo que el sombrero en que venia ese papel, le ha traido á casa el señor don Estéban.

—¡Bah! ¿estás loco? dijo Miguel con gran serenidad y soltando la carcajada; ¿á qué habia de traer mi tio un sombrero tal y con tal papel dentro?...

—Es que como el señor don Estéban es republicano, conspira ó ha conspirado...

—Se ha ido á conspirar con la policía; ¿no es esto?

—A veces, señor, con la policía se conspira...

—¡Bah! ¡bah! no pienses mas en eso: cree mejor que un polizonte, por lo mismo que mi tio tiene fama de conspirador, ha venido á espiarle; ha temido ser sorprendido y tal vez maltratado, y ha perdido su sombrero.

—Puede ser, señor, dijo cándidamente Cristóbal, además, que habia en la casa otra persona que podia ser vigilada, si no por republicana, por carlista.

—Sí, mi tio fray Serapio de Rozas.

—Creo haber cumplido con mi deber poniendo en conocimiento de vuecencia...

—Indudablemente; te doy las gracias; véte; que pongan un carruaje; voy á salir.

Cristóbal salió murmurando.

—Eso es, soy un torpe, y tan torpe que he cometido la torpeza redonda: no he debido decir nada al señor marqués; al fin, aunque don Estéban ha traido una vida no muy clara, es su tio, y no debe gustarle que piensen mal de él sus criados, al marqués: indudablemente era un espía: ¿pero cómo ha perdido ese hombre su sombrero? ¡quién sabe!

II.

Miguel habia considerado en toda su gravedad aquel incidente, y habia afectado mirarle con indiferencia por el decoro de Estéban.

Pero ¿cómo no considerar grave aquel suceso?

El hombre á quien desesperado, enloquecido, habia llegado á considerar como su padre, se le presentaba de repente en aquel sucio papel, como agente de policía secreta.

¿Habria, en efecto, Estéban llevado á la casa el sombrero que habia contenido aquel papel? ¿conocia á Pulgon? ¿seria este Pulgon el hombre á quien habia llevado los dos mil duros y á quien dijo no los habia entregado porque habia muerto, resultando despues Estéban cogido en contradiccion, que no habia muerto, sino que estaba preso?

Para esplicarse el conocimiento de Estéban, con un tal canalla, Miguel recordaba al estraño, al sospechoso peregrino de Galicia.

Esto molestaba demasiado á Miguel.

Pero en último resultado se le presentaba la ocasion de conocer á aquella baja persona que tanta influencia habia tenido en los sucesos de su vida.

Por medio de aquel seguro, podia encontrarle, interrogarle; tal vez aquel hombre podia aclarar sus dudas.

III.

Se hizo llevar casa del superintendente de policía.

—Soy, le dijo, el marqués de Campo-Nuño, y espero un favor de usted.

—Estoy completamente á sus órdenes, contestó sonriendo el alto funcionario.

—Deseo saber el paradero de un agente de policía secreta, que se llama Juan Pulgon.

—¡Ah, señor marqués! un pillo, acerca del cual acabo de recibir un parte de que no ha podido ser preso.

—¿Y de qué delito, si puedo saberlo, se ha hecho responsable ese hombre.

—De complicidad en robo, abusando para ello, de su empleo de agente de policía.

—¡Ah! ¿y se ha fugado?

—Sí, señor, pero indudablemente se le prenderá.

—Espero de usted me haga el favor de avisarme cuando haya sido preso.

El superintendente tomó una nota; despues, Miguel se despidió y salió.

IV.

Pasaron quince dias antes de que el superintendente diese noticias de Juan Pulgon á Miguel.

Al cabo de ellos, éste recibió la siguiente carta de aquel funcionrrio:

«Señor marqués:

»Juan Pulgon no ha sido preso, ni se le puede prender; porque el juez de la causa ha sobreseido respecto á él, por falta de pruebas: estoy seguro de que esta resolucion ha sido causada por una alta influencia, ó por mucho dinero. Me consta que el tal bribon tenia sobre sí, méritos bastantes para ir á Ceuta. Si interesa á vuecencia encontrar á ese hombre indudablemente, el escribano de la causa, podrá informarle de su paradero: este escribano se llama don Fulgencio Sotillo y vive en la calle de la Lechuga, número 5. Es cuanto puedo decir á vuecencia acerca del encargo que me hizo el honor de hacerme

»Suyo, con el mas profundo respeto, etc.»

V.

Miguel, sin perder un momento y llevando algunos billetes de banco, por si acaso, fué á verse con don Fulgencio Sotillo á quien encontró rodeado de protocolos y cargadas las narices y desfigurado su semblante de mochuelo, por unas enormes gafas verdes.

Este hombre usaba, no una peluca sino un peluquin rubio; estaba embutido en un leviton negro; tenia el semblante frio é insolente de los curiales, ante las personas desconocidas, y las manos blancas y de dedos largos.

VI.

—Soy el marqués de Campo-Nuño, dijo Miguel por todo saludo, acercándose á la mesa, junto á la cual estaba sentado don Fulgencio.

Este cambió su espresion insolente en espresion servil; se puso vivamente de pie, corrió en busca de una silla, y la ofreció á Miguel diciendo:

—Siéntese y cúbrase vuecencia: ¿en qué puedo tener la honra de servir á vuecencia, escelentísimo señor?

Miguel se puso el sombrero, pero no se sentó.

—Necesito noticias de una persona, dijo, que ha sido encausada, y cuya causa radica en esta escribanía.

—¿Quién, escelentísimo señor?

—Juan Pulgon.

—¡Ah! sí; absuelto libremente de la instancia: se han interesado muchos por él, escelentísimo señor, y ya se vé, hay personas á quienes no puede negarse nada; además, no estaba claro que Juan Pulgon hubiese tomado directa ni indirectamente parte en el robo del tendero de la calle de la Abada.

—¿Y quién se ha interesado por ese hombre? dijo Miguel.

—¡Ah! escelentísimo señor, por algo se nos llama secretarios: hay cosas acerca de las cuales, el sigilo es un deber.

VII.

Miguel sacó su cartera y de ella algunos billetes de banco.

—Bien, dijo, respeto el secreto; pero vengamos á otro negocio: he encontrado estos billetes de Banco en la calle: ignoro de quien sean, y me tomo la libertad de encargar á usted que averigüe quién es su dueño.

—¿Y si el dueño no aparece, escelentísimo señor? dijo el escribano tomando los billetes.

—Entonces, á un hospital, á la inclusa, á cualquier establecimiento de beneficencia.

El escribano se metió los billetes en el bolsillo.

—Voy á estender un recibo, escelentísimo señor.

—No, no, de ningun modo; no quiero sonar para nada en esto.

—Exigiré un recibo, ya al dueño, ya si este no parece, á...

—A nadie; yo tengo en usted absoluta confianza.

—Gracias, señor marqués; y en efecto, ¿tiene vuecencia mucho interés en saber quién es la persona que se ha interesado por ese Pulgon?

—Lo estimaria.

—Pues bien; pero guárdeme vuecencia el secreto: esa persona se llama don Estéban de Fonseca y Otero.

—Gracias: ¿y sabe usted dónde vive Pulgon?

—Sí, sí señor; vive callejon del Infierno, número 3, cuarto último, junto al cielo, escalera estrecha, infame y pendiente, además oscura; y canalla la vecindad: si vuecencia quiere yo citaré á Pulgon.

—No, no, gracias, adios.

Y Miguel salió y se hizo llevar al callejon del Infierno.

VIII.

Por una casualidad encontró á Pulgon que comia su potaje, porque á pesar de que era casi rico, no habia dejado de ser miserable.

Al ver á Miguel; al comprender por su aspecto que se trataba de una alta persona, Pulgon se quitó una especie de casquete que usaba en la casa, se inclinó profundamente y se preparó.

No conocia á Miguel, á pesar de que durante algun tiempo se habia falsificado su padre.

—¿Es usted el contenido en este seguro de la policía secreta? dijo Miguel sacando de su cartera aquel mugriento papel.

—¡Calla! dijo Juan Pulgon; mi seguro... ¿con quién tengo el honor de hablar, para no faltar ó sobrar en el tratamiento, caballero?

—Con el marqués de Campo-Nuño, contestó Miguel.

—Es decir, con el hijo del difunto marqués don Juan de Fonseca.

—Precisamente.

—¡Ah! perdone vuecencia, dijo Juan Pulgon, presentando una mala silla á Miguel; vuecencia debe estar muy irritado contra mí porque me he atrevido á ser su padre; la miseria, escelentísimo señor; una horrible miseria justifica mi conducta: yo comia un arenque podrido y un pedazo de pan duro, despues de dos dias de no haber comido nada, cuando un criado de la casa de vuecencia me llevó ante su señor padre: cuando un pobre demonio, viejo y desesperado se muere de hambre y se le ofrecen diez mil duros, se atreve á todo, escelentísimo señor: ¿y qué es el pedir, una firma, una simple firma?

—Sí, una firma infame que usurpaba su estado civil á un hombre de honor, dijo con indignacion Miguel.

—Escelentísimo señor; cuando yo firmé no tenia casa, ni pan, ni

vestidos, ni esperanza; agonizaba, moria lentamente de inanicion; firmé, y bien, muchos en mi lugar hubieran hecho lo mismo; ¿qué digo muchos? todos: la virtud y la miseria son incompatibles.

—Concluyamos, dijo Miguel, no vengo á eso; aquel documento infame ha dejado ya de producir sus efectos; vengamos á otra cosa: usted ha sido recientemente absuelto de una acusacion de robo.

—¡Calumnia, escelentísimo señor! este miserable aposento; ese potaje de judías, mi única comida, demuestran que la miseria es mi posicion contínua, mi destino ilimitado; perdí en especulaciones en que fuí engañado, los diez mil duros que me dió el señor padre de vuecencia; si yo fuese ladron, no comeria tan mal; no viviria tan mal: ¿se roba acaso para vivir miserablemente? ¡ah, no, no señor; he estado á punto de ser una víctima.

—Y lo hubiera usted sido, suponiendo su inocencia, á no ser por los buenos oficios de una persona que se ha interesado por usted.

—¿Quién es esa persona? ignoro que por mí se haya interesado nadie, escelentísimo señor.

—¿Cuánto dinero necesita usted para responder esplícitamente á lo que yo le pregunte?

—Lo que basta para hacerme arrostrar el peligro en que me pondré, revelando á usted el nombre de la persona que me ha sacado á flote en mi última borrasca.

—Dos mil duros, dijo Miguel, poniendo sobre la mesa aquella suma en billetes: advierto á usted que sé el nombre de esa persona; es el de un pariente mio muy próximo; en una palabra, esa persona es mi tio don Estéban de Fonseca.

—Y si lo sabe vuecéncia, dijo Pulgon guardando los billetes ¿por qué me pide y me paga la revelacion de un secreto que conoce?

—Lo que pago á usted es la respuesta categórica á todo lo que le pregunte.—Estoy dispuesto á contestar á vuecencia.

—¿Por qué mi tio Estéban se ha interesado por usted?

—Porque es mi amigo; mire vuecencia en torno suyo: éste miserable desvan ha albergado, durante diez meses, hasta hace quince ó veinte dias, á su tio don Estéban.

—Pues qué, mi tio ¿no ha pasado esos diez meses buscándome en los Estados-Unidos?

—Estéban no se ha movido de Madrid: sacó cuatro mil duros á la

señora condesa de Valdehumos, prima de vuecencia, engañándola, diciéndola que iba á buscar á vuecencia: con esos cuatro mil duros ha cavado y cavado, no sé dónde; buscando un tesoro que yo creia imaginario y que no lo es, porque Estéban ha comprado trenes, caballos; ha puesto casa; ha comprado grandes terrenos para construir una quinta, un palacio, donde vegetar cómodamente; con lujo; se ha olvidado de mí, de su antiguo amigo ¡oh!. la ingratitud es innata en el corazon humano; sed consecuentes; sacrificaos por la amistad; dadla la mano, en momentos de prueba; habreis sembrado en la arena; habreis arrojado oro en el mar; y no se me diga que últimamente me ha librado de Ceuta, porque me ha librado, porque le conviene, porque me necesita; bien: cuando me necesite yo pondré precio á mis servicios.

—Estamos divagando, dijo Miguel; calumnia usted sin duda á mi tio; conmigo se ha mostrado generoso.

—Porque le convenia; y sobre todo; si yo no hubiese pertenecido á á la ronda secreta; si hace algunos dias no me hubiera parecido sospechoso un jóven á quien ví paseando de noche junto al jardin botánico; si cumpliendo con mi obligacion no le hubiera seguido, hasta la casa número 105 de la calle de la Comadre; si no hubiera pedido noticias y sabido por ellas que el jóven á quien habia seguido se llamaba Miguel, y estaba casado con una jóven llamada Enriqueta; Estéban no hubiera sabido que era vuecencia el jóven que me pareció sospechoso y á quien yo seguí como agente de policía.

—Segun eso, usted me conoce de antes de ahora.

—No, no señor; un buen polizonte no se acerca mucho á la persona que le parece sospechosa: la sigue, se informa; mis primeras indagaciones me hicieron comprender que vuecencia no era sospechoso; y sin meterme á averiguar mas, revelé á Estéban lo que sabia; de aquí el que vuecencia haya recobrado su posicion legítima, de lo que me alegro sinceramente: á mí es, pues, no á Estéban á quien debe vuecencia haber recobrado su posicion.

—¿Y cuánto tiempo hace que conoce usted á mi tio?

—¡Uf! una eternidad; desde que él y yo éramos tan jóvenes, como ahora lo es vuecencia: vivíamos bien; yo era rico, una de las personas mas conocidas y respetables de la córte; yo no me llamo Juan Pulgon; Juan sí, Pulgon no: todos los apellidos españoles son nobles: inútilmente se buscará en ningun noviliario el apellido Pulgon: es un apodo

que me pusieron en Melilla; porque yo he estado en presidio: me calumniaron, me hicieron responsable de unas letras falsas, cobradas por no sé qué bribon, y no tuve entonces, como ahora, una persona rica é interesada en salvarme: aguanté, pues, mis seis años, y como en el presidio solo me llamaban Pulgon y habia tomado cariño á este apodo, le convertí en apellido: á mas, Juan Pulgon no está inscrito en el registro de ninguna cárcel, ni en el del presidio: es muy fastidioso esto; hay que evitar las identidades; puede uno ser calumniado otra vez: mi verdadero apellido está sepultado por el tiempo y por los sucesos: hoy seria muy difícil mi identificacion: Estéban sabe mi apellido y mi historia: no revelará ni el uno ni la otra: me negará, porque le conviene negarme: él y yo tenemos que respetarnos.

—¿Ha oido usted algo acerca de mí á mi tio?

—¡Bah! usted es uno de los grandes dolores de Estéban.

—¡Cómo! esclamó Miguel poniéndose pálido.

—Sí, los dos hemos sido muy desgraciados: él perdió á la mujer que amaba; yo fuí abandonado por mi mujer, á quien adoraba y que huyó con otro, llevándose mi hijo, mi hijo que por una casualidad nació con algunas horas de diferencia, en la misma fecha en que la señora marquesa de Campo-Nuño dió á luz un hijo: ese hijo era vuecencia: Estéban y yo huimos de Madrid que nos era funesto.

—Pero, mas claro, mas claro...

—¡Mas claro! ¿qué mas claro quiere vuecencia que le hable? el nacimiento de vuecencia desesperó á Estéban: amaba á la marquesa...

—¡Miserable! esclamó Miguel levantándose y cerrando los puños.

—Vuecencia me ha pagado para que le responda categóricamente; yo cumplo con mis compromisos: yo soy un hombre de honor.

IX.

Miguel temblaba.

Estaba lívido, cubierto de sudor frio y abarcaba con una mirada terrible y amenazadora á Juan Pulgon que se habia levantado, habia tomado distancia y con la mano derecha dentro de su chaleco, observaba fria y atentamente á Miguel.

Este se dominó; volvió á sentarse y dijo á Pulgon.

—¿Puede usted decirme cómo ha podido encontrarse en mi casa, al

pie de las escaleras, un sombrero viejo, en cuyo forro se contenia el seguro de usted, como individuo de la policía secreta?

—Esa es otra historia, respondió Juan Pulgon: la misma noche en que vuecencia acudió á una cita con su tio en la botillería de los Cuatro Vientos, un amigo se acercó y me dijo: oscurécete; te han hecho una mala partida, te buscan, y están encima: naturalmente, me escurrí; escapé á lo largo de la calle de Alcalá, tomé el Prado adelante, el paseo de Atocha, el cerrillo de San Blas, y por un portillo de las tapias del Retiro, me refugié en el pórtico del Observatorio: allí estaba seguro; esperaba que de un momento á otro se anunciase la muerte del rey, que se armase, la que no se armó, contra todas las probabilidades, para perderme en la confusion y salvarme; me dormí; me despertó el frio y oi cañonazos en el cuartel de artilleria del Retiro: ¡calla! dije, ¡salva á estas horas! el rey ha muerto; pronto responderán á esa salva disparos de fusil: los carlistas están preparados y no perderán el tiempo: pero pasó media hora, pasó una, y nada; Madrid parecia un cementerio; ni aun el canto de los serenos se oia: de repente oigo unos pasos desatentados; me acurruco, me encojo y veo un bulto que se sienta en las gradas del pórtico y que empieza á hablar alto como un loco: reconocí la voz de Estéban; escuché: dispirataba: ¿cómo convercerle, decia, de que no es mi hij o?

—¡Ah! ¡silencio! esclamó Miguel.

—Silencio, sí, escelentísimo señor: comprendo que á vuecencia le contrarie esto sobremanera: Estéban estaba escitado; parecia loco y decia cosas terribles; al fin se calmó, se levantó para irse y entonces me descubrí á él: no tenia sombrero; le dí el mio; yo me hice una montera con un pedazo de mi capa; abandonamos el Observatorio; seguimos hasta Recoletos, y por la calle del Almirante nos encaminamos á la plazuela de las Comendadoras, casa de Estéban, en la cual he estado escondido quince dias, hasta que Estéban ha arreglado mi negocio: hé aquí cómo han podido ir mi sombrero y mi seguro á casa de vuecencia.

—Pues bien, dijo Miguel, levantándose; un profundo secreto acerca de lo que hemos hablado; acerca de mi visita.

—Puede confiar vuecencia en mí.

—Yo me encargo de la suerte de usted, dijo Miguel, que estaba mortalmente pálido.

—Gracias, escelentisimo señor, dijo Pulgon; vuecencia puede contar para todo conmigo.

—Adios, dijo Miguel.

Y salió desatentado.

—Conviene, dijo Juan Pulgon, que se crea hijo de Estéban; cuanto mas sufra, mejor pagará la prueba terminante de que es hijo legítimo del marqués de Campo-Nuño; ¡qué muchacho tan imbécil! vive soñando: se le engaña como á un niño: vámonos á comer á la fonda: este maldito potaje frio es incomible; con dos mil duros mas, bien podemos permitirnos un despilfarro.

X.

Miguel bajaba entre tanto desatentado, las escaleras.

Ganó el callejon del Infierno, y al dirigirse á la Calle Mayor, donde le esperaba el carruaje, se le cruzó una ciega que pregonaba una gaceta estraordinaria.

Aquella mujer gritaba de una manera desaforada: «la gaceta estraordinaria, con la sublevacion de los realistas de Castilla, á dos cuartos.»

Miguel se detuvo; llamó á la ciega y la compró una gaceta.

Contenia el parte de la insurreccion de los realistas de la Rioja y de Santo Domingo de la Calzada, que bajo las órdenes del general don Santos Ladron habian proclamado á don Cárlos.

Miguel fijó una mirada candente en la gaceta estraordinaria.

—La guerra civil, dijo; la muerte, la muerte por la patria y por la libertad: ¡oh! la lucha será encarnizada y larga.

XI.

Ya desde el momento en que se supo en las provincias la muerte del rey, habian brotado acá y allá insurrecciones carlistas.

La primera habia tenido lugar en 2 de octubre, en Talavera de la Reina, acaudillada por un empleado de Correos: el 3, el brigadier Zabala y el marqués de Eruma se habian puesto al frente de otra insurreccion en Bilbao: el 7 se sublevaron los realistas de Vitoria, con su comandante Verástegui á la cabeza; y por último, don Santos Ladron en la Rioja, segun constaba en la última gaceta estraordinaria.

Miguel, al entrar en el carruaje, dijo al criado que abria la portezuela:

—Al ministerio de la Guerra.

XI.

El rango de Miguel le abrió paso inmediatamente hasta el ministro.

—Mi general, dijo Miguel, considerándose ya soldado; el marqués de Campo-Nuño, viene á pedir á vuecencia una plaza en el primer regimiento de caballería que marche á campaña.

—¡Una plaza, señor marqués! eso es difícil, contestó sonriendo el ministro; no sabria qué hacerse en un regimiento, con un soldado grande de España; sin embargo, acepto en nombre de su magestad, el noble ofrecimiento que honra á vuecencia; le admito en el ejército, y le advierto esté pronto para marchar, dentro de tres dias.

Al dia siguiente Miguel recibió con una carta del ministro, su despecho de alférez, porta-estandarte del regimiento de caballería de Numancia.

CUARTA PARTE.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

Nueva situacion de nuestros personajes.

I.

Han pasado mas de diez meses.

Veamos en qué situacion se encontraban algunos de los personajes de nuestra historia.

Enriqueta se habia restablecido completamente.

Habia recobrado toda su morbidez, toda su hermosura. Pero no el suave color de sus mejillas.

Estaba densamente pálida y en sus hermosos ojos azules aparecia una espresion profundamente melancólica que aumentaba su hermosura, poetizándola, espiritualizándola.

Sufria de una manera punzante.

Hacia diez meses que Miguel habia partido en una silla de posta, con

un solo criado, á incorporarse á su regimiento, en las provincias del Norte.

Inútiles habian sido las súplicas, las lágrimas, la desesperacion de Enriqueta.

—Un noble que posee un título, ganado con las armas, decia Miguel, no debe permanecer en una inaccion cobarde cuando la patria reclama sus servicios: yo no me deshonraré Enriqueta; mi lugar está entre los soldados de la nacion.

—¡Pero esta es una guerra civil! esclamaba Enriqueta; si hubiéramos de rechazar á los estranjeros, yo no te detendria.

—Harto mas enemigos que los estranjeros, esclamaba Miguel, son los que pretenden mantener un despotismo horrible, encadenarnos, someternos á la servidumbre y á la infamia; no, esta no es una guerra civil; es una revolucion; es la lucha entre la libertad y la tiranía; entre la luz y la sombra: ¿has olvidado ya lo que hemos sufrido por las rancias, por las absurdas ideas que pretenden la esclavitud de los mas, en beneficio de los menos; el imperio de todo lo injusto, de todo lo odioso, de todo lo execrable? ¡ah! yo necesito vengarme de esos cuatro horribles años de miseria y de desesperacion; necesito despedazar á los mantenedores de las cosas que tanto nos han hecho sufrir; iré, es mi deber: además, ya no tiene remedio: soy soldado, no puedo ser desertor: el despacho que ha tenido la bondad de concederme su magestad me obliga.

—Te van á matar, Miguel, decia desesperada Enriqueta.

—Tu porvenir y el de nuestra hija, replicaba Miguel; están asegurados: si muero serás la viuda de un hombre de honor.

Miguel fue lo que debia ser, despues del paso que habia dado: fuerte contra las lágrimas de Enriqueta, es decir, fuerte contra su corazon.

II.

Eugenia acometió á solas y de frente á su primo.

—No, le dijo; no, tú no vas simplemente á campaña por sostener el lustre de tu casa, con las armas en la mano, no; eso sería una exageracion: pues ¿á dónde iríamos á parar si para todo hombre fuese deshonroso no ir á campaña? ¿para qué ir todos? ¿por qué anatematizar al que no vaya? no, Miguel, no; tú estás desesperado; tú tienes un secreto que te roe tu corazon; que tiene calenturienta tu cabeza, tu terrible carácter,

tu caracter soñador, ves visiones, y lo que es peor, visiones negras: tienes la propension de creer en lo funesto; no, tú no irás; tú no desesperarás á tu madre, á Enriqueta; no causarás mi cuidado y mi tristeza, Miguel; no sueñes lo horrible: he callado, pero ya no callo.

—Habla, pues, dijo Miguel mirándola de una manera profunda.

Eugenia no se atrevió á hablar.

—Es que estoy maldito, dijo Miguel asiendo una mano de Eugenia; es que en un momento de ira he vertido la sangre de un hombre que debia haber respetado; es que hasta cierto punto, causé la muerte de mi padre; es que desde entonces lo horrible me ha acometido: he perdido mi primer hijo; he visto á Enriqueta miserable, hambrienta, desesperada... Dios me castiga, mi expiacion no ha cesado; si la corona mi muerte, contribuyendo á la libertad de mi patria, Dios me habrá perdonado.

—¡Que has vertido tú sangre, Miguel! esclamó aterrada Eugenia: ¿quién, quién?

—Oye y olvida: maté en duelo al hermano mayor de Enriqueta: era un miserable: habia negado á su hermana; habia llegado hasta el horror de enamorarse de ella: las culpas de los padres, Eugenia; era un infame, sí; pero su hermano: la indignacion, la rabia, de que un hombre se hubiera atrevido á insultar á la mujer que era mi alma, me cegaron: le provoqué, esta es la verdad; le maté y yo era mas diestro y mas fuerte que él; no fuí generoso, aun me enloquecia la cólera: aquello fue un asesinato; sí, un asesinato, Eugenia, que Dios ha castigado de una manera terrible: estoy desesperado, loco y necesito morir... no moriré, no, porque Dios querrá que sufra largos años mi infierno sobre la tierra.

—¡Ah! ¡sí, sí, estás loco! esclamó Eugenia; ¿tú asesino? ¡tú el hombre mas leal del mundo! ¡un duelo! y bien, ¿de cuándo acá no se baten en duelo con razon bastante los caballeros? ¿no era un infame, no te habia ofendido? ¿no habia llegado hasta el último límite de lo miserable? Tú fuiste la mano de Dios; porque el duelo, con arreglo á las leyes del honor es el juicio de Dios; no hay, no puede haber asesinato en un duelo entre caballeros.

—La sangre humana, sea cualquiera el pretesto con que se vierta, contestó roncamente Miguel, cae gota á gota sobre la conciencia del que la vierte, y la envenena: yo he sentido en uno y otro suceso la mano de Dios sobre mi cabeza: además, las paredes de esta casa me ahogan; no hay aire en ella para mí.

—¡Ah! insensato, esclamó Eugenia, ¿cómo hacer ver las cosas á la luz de la razon á los locos? te olvidas de todo, de tu esposa, de tu hija, de tu madre que te adora; de mí, que te amo: vete, ingrato, vete: aquí viviremos como podamos, rogando á Dios te proteja y te vuelva la razon.

III.

Quedaba á Miguel una prueba terrible; la despedida de su madre.

Margarita se habia salvado, sin recaer en la paralisis, pero estaba gravemente postrada.

Su convalecencia amenazaba con ser muy larga.

Despues de su delirio nada habia revelado en ella una pasion arraigada en su alma: parecia como que habia olvidado: la primera vez que despues de su delirio vió á Estéban, no le reconoció.

—¿Quién es ese señor de los grandes vigotes blancos? preguntó naturalmente á Eugenia despues de haberse ido Estéban; ¿por qué se interesa tanto por mi salud?

Miguel, que se veia obligado á disimular á no esquivar el trato de su tio Estéban, estaba allí.

—Es natural, dijo Eugenia riendo, que el señor de los grandes bigotes blancos se interese por usted, mi querida tia: es Estéban, el hermano mayor natural de mi tio Juan.

—¿Estéban? sí, es verdad; recuerdo confusamente, dijo Margarita; ya se vé, tantos años de paralisis: lo pasado está para mí como tras una niebla oscura.

—¡Recordará! decia para sí Miguel.

IV.

Pero de entre la confusion de recuerdos de Margarita se destacaba lúcido, brillante, el recuerdo de Miguel.

No habia dejado de reconocerle ni un solo momento, al volver de la escitacion de aquel funesto delirio que de tal manera habia impresionado al jóven desesperándole.

Margarita necesitaba que Miguel pasase algunas horas á su lado todos los dias.

Cuando no le veia estaba triste.

Un dia dijo á Miguel:

—¡Cuánto he sufrido, hijo mio! he soñado no sé qué cosa horrible; que querian arrebatárteme, hacerte creer que no eras mi hijo; que no eras hijo de mi esposo el marqués de Campo-Nuño: ¡creí morir! pero aquello era un sueño, no mas que un sueño: no pensemos mas en ello.

Miguel se estremecia al oir esto: creia que su madre le recataba un terrible secreto.

V.

Estéban se hallaba en una situacion sumamente difícil.

Habia vuelto á la casa, se habia dejado ver de su hermano Antonio, de Margarita, de Miguel, de Eugenia, de Enriqueta.

Estaba en la apariencia contento; pero su espíritu estaba dominado por una inquietud mortal.

Miguel se mostraba con él afable, cariñoso; pero Estéban veia claramente bajo la paz del semblante del jóven, algo que le aterraba.

Conocia que Miguel estaba desesperado y decidido á una resolucion estrema.

Estéban no se atrevia á esplorarla; no queria hablarle ni una sola palabra acerca de la fatal creencia de que veia poseido á Miguel, sino cuando tuviese las pruebas claras que debian destruir aquella creencia.

VI.

Pero lo que habia dejado de decir Estéban á Miguel lo habia dicho hasta la saciedad á fray Serapio de Rozas, sin lograr sacar al franciscano de una profunda y hostil reserva.

—Tú, primo, le habia dicho Estéban, nos conoces desde nuestra primera juventud, desde antes de que casase Juan con Margarita, de que tú te convirtieses y dejases el mundo por el claustro: todos hemos tenido debilidades, Serapio; tú sabes mis secretos de aquel tiempo, como yo sé los tuyos: pertenecíamos á una misma compañía, á la compañía italiana: viviamos en el mismo cuarto; dábamos juntos el servicio; formábamos siempre parte del mismo destacamento; apenas nos separábamos; nuestra bolsa era comun; jugábamos en compañía; éramos en fin, uña y carne, hasta para perseguir á las manolas.

—Tiempos de pecado y de abominacion, dijo severamente el padre Serapio.

—Dejémonos de exajeraciones, primo; aquellos eran tiempos de juventud, de alegría, de felicidad: ¿qué daño hacíamos? ¿qué mujeres hemos perdido, si á escepcion de una sola mujer, tú y yo no teníamos aventuras mas que con mujeres perdidas? que la corríamos bien y con mucha frecuencia, dábamos de cuchilladas á algunos bribones, éramos caballeros guardias de Corps, y no podíamos permitir sin desdoro del cuerpo se nos atreviesen impunemente los canallas: calaveras, muy calaveras, eso sí; pero teníamos el corazon grande y generoso.

—Pervertido, emponzoñado.

—¡Pervertido, eh! corazones de niño que no pudieron resistir á la primera desgracia del amor: ¿te has olvidado ya de Ana de Velasco, la encantadora hija de el conde de Torre-Lobos?

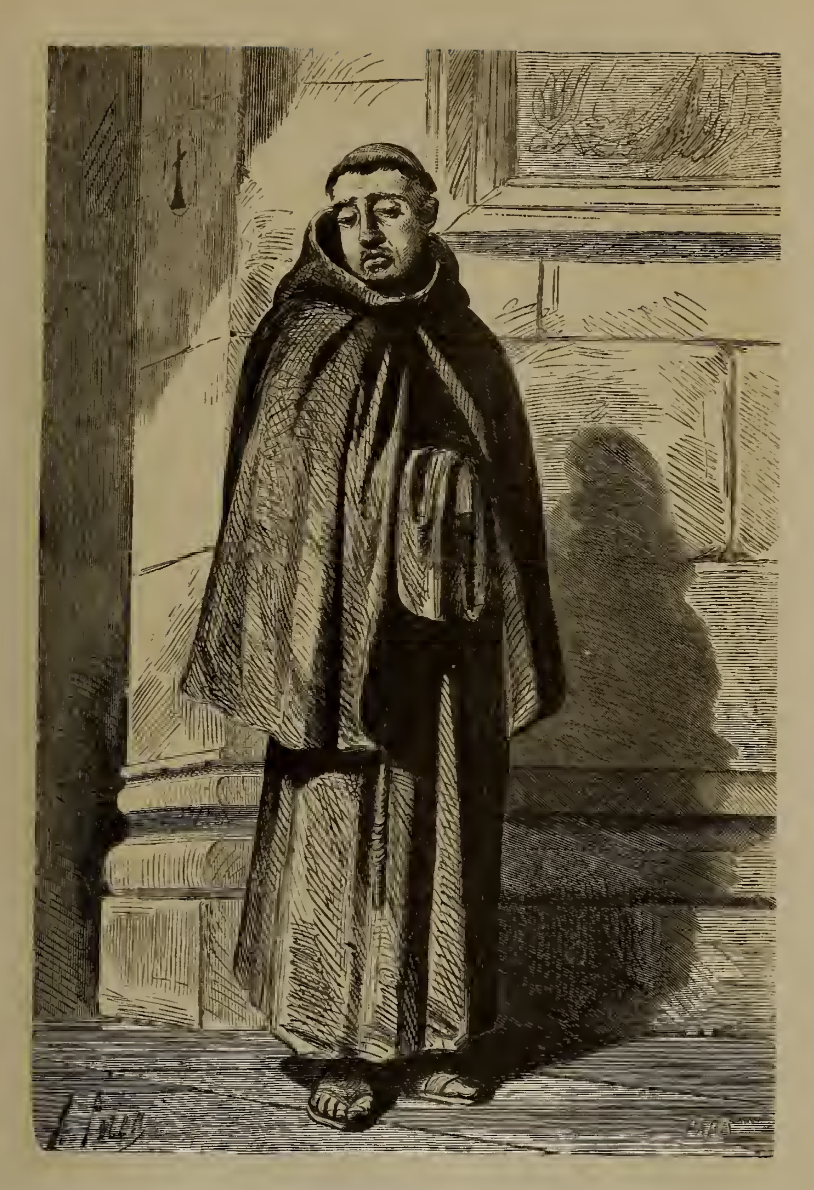
El franciscano se estremeció de los pies á la cabeza.

—Eres procaz, Estéban, dijo; para tí no hay salvacion posible.

—Dejémonos de tonterías, Serapio: yo soy un hombre enérgico, terrible si quieres, pero franco: ni tú me comprendes ni yo puedo comprenderme: tengo tanto de ángel como de demonio, segun las circunstancias; tanto soy capaz de una accion noble, generosa, meritoria, como de lo infame, de lo espantoso: creo y no creo: tengo conciencia una veces, y otras me rio de todo; solo Dios puede comprenderme; soy un espíritu, mitad luz, mitad sombra: á veces, la egoista, la soberbia sangre de mi raza se revuelve en mí y me entran vehementes deseos de emplear en tierras mis millones, vincular esas tierras, pedir al trono un título y una grandeza, apoyado en mi nacimiento, y convertirme en un señor tan estúpido, tan insoportable, tan realista, tan servilon como lo han sido mis ascendientes paternos; como lo han sido mis hermanos muertos; como lo es aun mi hermano vivo.

—Es necesario oirte con paciencia, porque Dios prescribe la paciencia y la humildad, dijo el padre Serapio; de otro modo, no habria otra cosa mejor que hacer que dejarte con la palabra en la boca: estás como los réprobos, dejado de la mano de Dios.

—Pues bien, humildísimo siervo del Señor, me aprovecho de tu virtud para continuar diciendo todo lo que se me ocurra; ya te he dicho, que á veces me siento poseido por tentaciones absolutistas, aristocráticas; pero á seguida me acomete el hastío, el desprecio de todas esas vanidades, de todas esas abyecciones, y me trasformo en el ciudadano libre é inviolable: no comprendo mas alturas que la de las estrellas, la del sol, la de



FRAY SERAPIO DE ROZAS.

las montañas; cuando miro á los hombres, odio á los que encuentro levantados sobre los otros, y no tengo para ellos mas que ideas de sangre y esterminio: ¿con qué derecho, se atreve un hombre á levantar su cabeza sobre las de los demás? ¿en qué justicia eterna é incontestable se apoya el privilegio, el dominio, de una clase ignorante y despótica sobre todas las demás? ¿cómo comprender á un hombre mas hombre que otro hombre? ¡Abajo esas soberbias cabezas! la ley debe ser un rasero que las iguale á todas, que corte las que se obstinen en sobresalir.

—¡Satanás! esclamó horripilado el padre Serapio.

—Soy, pues, blanco y negro, dijo Estéban; oro y lodo, resplandor y tenieblas: de mí se puede esperar todo y se debe temer todo: es necesario que me oigas sériamente, porque vengo á un asunto muy sério, y que no pongas á prueba mi indomable energía, Serapio.

—Oigo pacientemente, respondió el franciscano.

—Me tienes ya jorobado con tu paciencia y con tu humildad, primo; tu paciencia muerde, y tu humildad insulta: me veo obligado á ser verdaderamente humilde y paciente; á contenerme para no dar un escándalo en el convento; enviarte á los diablos y desplegar toda mi energía para llegar al objeto que me propongo.

—Escucho, dijo el impasible franciscano.

—Como te decia, continuó Estéban, tú, asi como yo, no has tenido en toda tu vida amores decentes mas que con una sola mujer, con Ana de Velasco, con aquella preciosa rubia, asi como yo con mi cuñada Margarita: Ana te adoraba; eras muy buen mozo y gran maestro en galanterías; estabas, además enamorado: Margarita idolatraba en mí, pero tú eras un segundon pobre; y yo, aunque no era segundon, era peor que eso, hijo natural: nos las casaron, Serapio; no hagas gestos, hijo; eso prueba que aun tienes la espina en el corazon; yo sufrí, devoré mis celos, viendo de mi hermano la mujer que yo adoraba; nunca me atreví á exigirla nada que pudiese envilecerla y manchar el honor de mi hermano: sufrí dos años de infierno, de desesperacion, viviendo en la misma casa en que vivia Margarita; pero llegó un dia en que no pude sufrir mas: Margarita era madre: rompí con mi hermano; sali de mi casa y me arrojé á la tormenta, ansiando desesperado encontrar la muerte en los desórdenes: tu desesperacion tomó otro camino mas llano, mas fácil; arrojaste el uniforme de guardia, te encajaste la cogulla de franciscano y te pusiste gordo; ¡dichoso tú! pero yo no habia nacido para fraile: los

frailes me punzan, me repugnan, los odio; eso no quiere decir que te ódie á tí.

—Dios te pague la escepcion.

—Continúo: á pesar de mi salida de la casa, mi hermano Juan concibió celos; trató brutalmente á Margarita, causando la grave enfermedad que la ha convertido casi en un cadáver, durante veinte años, y alentando la horrible sospecha de que Miguel era hijo mio.

—¡Oh! esclamó el padre Serapio: hé aquí lo que producen las malas pasiones; la incontinencia, el olvido de todo.

—¡Serapio! ¡Serapio!—esclamó palideciendo de cólera Estéban;—mira que vengo á buscar en tí un auxiliar para deshacer una situacion terrible; mira que por algunas imprudentes palabras mias, palabras que se prestaban á una doble interpretacion, y por un funesto delirio de Margarita, Miguel se cree hijo del adulterio.

—Réprobo, liberal al fin; hombres que dudan de todo, hasta de la honra de su madre.

—Pues bien, Serapio, tú lo sabes todo: yo te confiaba mis penas; yo me quejaba contigo; nos quejábamos los dos, nos consolábamos recíprocamente; éramos todavía amigos, y grandes amigos; tú sabes que Margarita está pura de mis amores, como un rayo del sol; eres sacerdote, tu palabra debe tener una gran influencia sobre mi sobrino; es posible además que poseas pruebas indudables; mi hermano Antonio, creyéndose próximo á la muerte, te nombró tutor de Eugenia; te entregó los papeles de la familia; ¿no has encontrado entre esos papeles alguna prueba indudable que haga creer á Miguel que es hijo legítimo del marqués de Campo-Nuño?

VII.

Estéban que miraba profundamente á fray Serapio, vió aparecer en sus ojos la espresion de una vaguedad recelosa.

—El único papel que he encontrado entre los de mi primo Juan, relativos á Miguel, respondió el franciscano con la voz poco firme, es ese odioso recibo de venta de un niño, firmado por un Juan Pulgon; un papelucho inútil, ya que Miguel ha sido puesto en posesion del título y de los bienes del marqués de Campo-Nuño.

—¿Por qué no dices de su padre?

—En buen hora, de su padre: no me consta, pero en caso de duda, debemos ser benévolos.

—Serapio, me están dando ganas de creer que odias á Miguel porque es el obstáculo que impide que tú seas un dia, que crees próximo, tutor de Eugenia por los bienes de Campo-Nuño.

—En tu cabeza no puede caber mas que el pensamiento calumnioso, dijo friamente el franciscano: estás poseido por Satanás.

—Precisemos la cuestion: ¿te afirmas en tu dicho de que no puedes probar su legitimidad á Miguel?

—Sí: sobre mi conciencia, no puedo afirmar ni negar nada.

—Vamos, has perdido la memoria; lo siento: esta es una desgracia; no importa: lo que queria saber, ya lo sé: á Dios.

—El te ilumine, Estéban.

VIII.

Estéban salió de la celda, y al bajar las escaleras del claustro murmuró:

—¡Vaya si sé lo que queria saber! ese imbécil cree que voy dado al diablo, y salgo contento: ¿quién por el solo rótulo de «Memorias del marqués de Campo-Nuño,» que el tuno de Pulgon vió sobre unos de los papeles que habia sacado de su papelera fray Serapio, habia de intentar un difícil y comprometido golpe de mano en un convento de hijos del seráfico San Francisco? esas Memorias podian ser muy bien, la corroboracion de la absurda creencia de Miguel: nos hubiéramos lucido comprometiéndonos para obtener una confirmacion del error: ahora es distinto: se turbó cuando yo le pregunté... sí, sí, el golpe de mano puede y debe intentarse: yo te robaré esas Memorias primo Serapio, en lo que no haré mas que imitarte, puesto que tu, abusando de la confianza que de tí hizo mi hermano Antonio, las has robado de entre los papeles de mi hermano Juan: la cuestion está en ver cómo se roba un convento de franciscanos... ¡bah! ¡bah! ya pensaremos en ello.

Y se fué á casa de su sobrino Miguel y entró en ella, á tiempo que le buscaba para despedirse.

IX.

—Y bien, mi querido tio, le dijo Miguel de la manera mas natural del mundo, ¿me acompaña usted?

—¿A dónde, chico, á dónde? dijo asustado Estéban, porque adivinaba algo terriblemente grave bajo la afectada serenidad de Miguel.

—A campaña, tio, contestó éste.

—¿A campaña, malvado? ¡que te vas tú á campaña! esclamó Estéban pálido de ira: ¿qué tienes tú que ver ni con la una ni con el otro? que se rompan ellos en buen hora la cabeza; tú haces falta aquí; tu mujer, tu Enriqueta, aun nò se ha curado de la ruinera de la miseria: tu madre está en la convalecencia peligrosa de una horrible enfermedad de veinte años: tu tio Antonio está para marcharse de un momento á otro, y no quiero hablar de mí ¿qué importo yo? ni de tu prima Eugenia que es valiente, y que sobre todo no es mas que tu prima y tiene quien la consuele: está enamorada: y la campaña; ¡voto á cien legiones! y no me vengas con que vas á defender la libertad, ¡mentira! con que un grande de España, cuando su patria está en guerra, debe ir á la guerra; eso era antes, allá en tiempos de Mari-castañas, cuando los grandes eran tan estúpidos que se esponian á que les rompiesen la cabeza; ahora no está en uso; verás cómo todos se quedan en su casa, y como á nadie se le ocurre decir que no tienen vergüenza: chico, chico, cada cosa en su tiempo: ya no hay grandes mas que honorariamente, de farsa; y hacen bien; que vayan á matarse los pobres que se ganan la vida asidos al puño de una espada: el que es rico no tiene que hacer otra cosa que ser rico: es una ridiculez hoy querer imitar al gran duque de Alba, á Pescara, á Espínola, á tantos y tantos nobles que hubieran muerto de vergüenza si estando su patria en guerra no se hubiesen puesto al paso de las balas, no hay nobleza: ¡abajo la farsa! la nobleza se ha refundido en la nacion; hoy toda la nacíon es noble; la nacion va tras su estandarte, quédate tú; tú eres grande de España, tú no puedes ir; tú no puedes ser soldado, simple soldado; ni puedes sentar plaza de general: eso era en aquellos tiempos bárbaros de contínuos testarazos en que los grandes de España, primos del señor rey, nacian generales: ya no hay grandeza, te lo repito; en ella todo es contradictorio, todo absurdo: quédate, puesto que por tu clase no puedes ser soldado, y que por el justo desuso de un ridículo privilegio, no puedes ser general.

—Su magestad me ha nombrado, por un real despacho que tengo en mi poder alférez, porta-estandarte del regimiento de caballería de Numancia.

—¡Ah! sí, ¿con que no tiene ya remedio? esclamó Estéban descompuesto.

—No, porque no puedo ser desertor.

—Es verdad: á campaña, á campaña, señor porta-estandarte: y bien, no todos los que van á campaña mueren; bueno, yo me quedo aquí: yo te juro que antes de mucho volverás; aunque me cueste un ojo el que tu regimiento se pudra de guarnicion en Madrid; ¿para qué soy millonario? bueno, vaya usted con Dios, señor sobrino; vaya usted con Dios, ingrato; nos veremos.

X.

En la despedida de su tio Antonio sufrió tambien Miguel.

—Me voy, tio, le dijo; marcho esta tarde.

—¿A dónde? le contestó secamente Antonio.

—A campaña.

—¡A campaña! supongo que cumpliendo con tu deber, irás á verter tu sangre por la causa de la legitimidad.

—Indudablemente, tio; yo no puedo olvidarme de que soy un hombre de honor.

—Perfectamente; no hay que decir que por la legitimidad del rey nuestro señor, don Carlos V...

—No, tio, no; por la legitimidad de la reina doña Isabel segunda.

—¡Mentira! esclamó rojo, sulfurado el vizconde: la infanta doña Isabel no puede ser reina de España, sino por usurpacion: eso no será; Dios no lo consentirá; Dios combatirá con los leales; á donde vamos á parar: ¡qué vergüenza, qué ingominia! un Campo-Nuño, convertido en un miserable, en un facineroso, defensor de la usurpacion; en un hereje enemigo de Dios, por un malvado por fuerza, tú no eres de nuestra raza, no: tú, asesino de mi hermano, vas á ser tambien mi asesino: ¡la libertad! es decir, el crímen, la reina; es decir, la usurpacion; y esto lo defiende un Campo-Nuño: vete, vete: olvídate de mí; no pienses en que soy tu tio; te desconozco; vete y muere, lo tienes merecido, pero no morirá la mancha que arrojas sobre el nombre de mi familia: tú, miserable que le usurpas.

XI.

La cólera, la indignacion ardian en el corazon de Miguel.

Recordó, sin embargo, que una enérgica contestacion suya causó

la muerte del marqués de Campo-Nuño, y temió que una disputa semejante causase la del vizconde de Nava-Redonda.

Al pobre vizconde se le habia irritado el asma; le habia acometido una tos espantosa y parecia próximo á ahogarse.

Miguel, en silencio, se acercó al cordon de la campanilla.

—No, no llames, dijo trabajosamente el vizconde, necesito decirte aun algo y no hay necesidad de que nadie lo oiga: estoy en tu casa, en tu casa, que ocupas, no sé si legítimamente ó no, pero con todas las apariencias legales de legitimidad, la marquesa, tu esposa, la nieta del jabegote, permanecerá aquí: yo no quiero verla ni oirla, ni vivir bajo el mismo techo que la esposa y la hija de un enemigo de mi Dios, de mi rey y de mi patria: detesto á todo lo que te pertenece; iré á meterme en una posada; si no puedo salir antes que tú, saldré inmediatamente; me llevaré á Eugenia; ni ella ni yo dormiremos aquí esta noche.

—Saldrán de casa Enriqueta y mi hija, contestó humildemente Miguel.

—Será inútil; se quedará la casa vacía; yo no quiero vivir en tu casa; no viviré: ¿cómo es esto? ¿qué? ¿pretenderás hacerme tambien tu esclavo?... Silencio, ni una palabra mas, vete.

Miguel comprendió que debia salir, y salió; pero con el corazon comprimido, con las lágrimas en los ojos.

El vizconde habia dicho una y otra vez lo mismo que él tenia en su conciencia; ó mejor dicho, que él creia.

—Tu usurpas el nombre de mi casa; posees unos bienes que no te pertenecen; eres nuestra desgracia.

—Es necesario morir, murmuró Miguel, dirigiéndose al cuarto de su madre, para su última prueba.

XII.

Margarita, que aunque muy postrada aun, estaba en el completo uso de su razon, y bajo la influencia de todos sus sentimientos, se indemnizaba del largo periodo que habia pasado privada de su hijo, adorándole, hablando de él; reteniéndole todo el tiempo que podia á su lado.

A falta de Miguel, quedaba junto á la marquesa Enriqueta, que era objeto del apasionado amor de la marquesa.

En cuanto á la pequeña Clara, Margarita sentia un verdadero fanatismo de amor.

Aquello era idolatría.

A la luz, bajo el calor de aquel sol de felicidad, por decirlo así, Margarita se reanimaba rápidamente.

XIII.

Cuando entró Miguel para despedirse de ella, la pobre madre adivinó en el semblante del jóven, que en vano queria aparecer sereno, la profunda conmocion de su alma.

Le interrogó acerca de ello calorosamente; con esa espansiva franqueza de las madres.

—Soy muy feliz, madre mia, contestó Miguel, pero me veo obligado á hacer un viaje, y lo siento.

—Y ¿á dónde vas? ¿qué puede haber tan grave que te obligue á separarte de mí? tu pobre madre aun no se ha satisfecho de verte, de oirte: se va á quedar muy triste: no te vayas, hijo mio.

—Es necesario: necesario de todo punto, dijo Miguel.

—Tú me ocultas algo, y algo demasiado grave, dijo Margarita: ¡oh! no, no se engaña una madre: su corazon siente correr las lágrimas en el corazon de su hijo; y además, mira, Enriqueta y Eugenia están pálidas, tristes y llorosas: (las dos jóvenes asistian á la despedida de Miguel de su madre), no estarian asi si se tratase de un viaje de poca importancia.

—Voy á Galicia por asuntos de ésta, contestó Miguel señalando á Enriqueta; por asuntos muy importantes, que no se pueden ni se deben desatender.

—No; me engañas y esto me aterra, dijo incoporándose en el lecho Margarita, y asiendo una mano de Miguel: tú no pretenderias engañarme si no se tratára de algo terrible: ¿á dónde vas?

—A campaña, respondió Eugenia, por probar si la influencia de su madre era mas fuerte sobre Miguel que la suya y la de Enriqueta.

—¡A campaña! esclamó Margarita poniéndose mortalmente pálida; á que te maten como si no tuvieras madre, esposa, hija; no, eso no puede ser; no irás: te lo prohibo yo, te lo ruego: tú no querrás que tu pobre madre sufra una agonía contínua; no, Miguel, no: ¿qué tienes tú que ver con la guerra civil? ¿qué han de darte, ni qué han de quitarte? ¿para qué tu sacrificio y el de tu familia?

—El honor de mi nombre, el de mi familia, contestó aturdido Mi-

guel; ¿qué hace un caballero con los brazos cruzados, mientras su patria alienta una guerra civil, mientras la legitimidad y la justicia reclaman defensores?

—Rogar á Dios porque la guerra civil concluya, dijo Margarita.

—Me es imposible retroceder, madre mia, esclamó Miguel, que vacilaba ante el dolor de su madre; manchar mi honor; seria considerado como desertor, porque ya soy oficial del ejército de la reina.

—¡Ya! esclamó con acento indefinible la marquesa.

—Sí, ya; he recibido el despacho de alférez porta-estandarte del regimiento de caballería de Numancia, que está en campaña, y tengo en el bolsillo mi pasaporte para incorporarme á él.

—¡Ah! y todo eso lo has hecho olvidándote de tu madre, de tu familia; empeñando tu honor: véte, véte; pero estoy segura de que no voy á volverte á ver.

Y Margarita se arrojó llorando, sobre las almohadas.

Todo fue inútil.

Aquella tarde, Miguel, con un criado, salió de Madrid en una silla de posta, en direccion á Vizcaya.

XIV.

En cuanto al vizconde de Nava-Redonda, no hubo medio de retenerle en la casa.

Protestó que si se le obligaba, á causa de la imposibilidad que tenia de moverse, á permanecer en la casa de un revolucionario, de un infame liberal, de un impío, de un hereje, de un fracmason, de un maldito de Dios, de un monstruo, horror de la humanidad, se dejaria morir de hambre.

Necesario fue trasladarle á una de las casas que tenia en Madrid.

El vizconde arrastró consigo á Eugenia: era su pupila, y por consecuencia tenia dominio sobre ella.

Quedaron, pues, solas y tristes, en la casa solar de Campo-Nuño, la marquesa viuda y Enriqueta con Clara.

Juliana, abandonado completamente su oficio de trapera, vivia con Enriqueta, criando á Clara y vistiendo un ostentoso trage de pasiega.

En cuanto á Pepe, su marido, servia á Estéban, que vivia con su madre en la casa de la plazuela de las Comendadoras, yendo todos los

dias á visitar á Enriqueta y á besar á Clara, pero sin dejarse ver nunca de Margarita.

XV.

Dos meses despues de la partida de Miguel partió Estéban á Galicia para poner en claro el orígen de Enriqueta; esto es, el reconocimiento de su padre, del derecho que tenia á un millon de reales.

Durante estos dos meses, Estéban habia acabado de desenterrar su tesoro.

Habia fundido, oculto en las escavaciones, el oro de las alhajas sagradas: se habia encontrado con que poseia veinte y dos millones de reales, y habia comprado fuera de la puerta de San Bernardino un gran terreno para construir una magnífica quinta rodeada de jardines á la inglesa.

Allí queria vivir apurando sus millones en lujo y en placeres, acompañado de su madre que debia vivir en un pabellon independiente.

CAPITULO II.

Una tormenta funesta.

I.

Era la tarde del 17 de julio de 1834.

Estéban habia llegado el dia antes á Madrid.

Habia ido á ver á Enriqueta el 17 de julio por la mañana, y la habia entregado un papel sellado en que habia la copia de dos documentos autorizada por un escribano de la Coruña y legalizada en forma.

La primera copia era del reconocimiento solemne de hija suya, hecho por el teniente general de la armada, baron de Casa-Bermeja, don Jaime Ezguerra, en favor de Enriqueta.

La segunda copia era un codicilo por el cual el general Ezguerra legaba á su hija Enriqueta un millon de reales que debia satisfacérsele del quinto de sus bienes libres.

Estéban habia pretendido encontrar al hermano menor de Enriqueta, baron de Casa-Bermeja, por la muerte de su hermano, para obligarle á cumplir las disposiciones de su padre, respecto á Enriqueta.

Pero el capitan de navío, baron de Casa-Bermeja, habia partido un año antes, formando parte de una escuadrilla del puerto de la Habana para hacer un viaje científico alrededor del mundo, y no se sabia dónde estaba.

Forzoso le fue á Estéban desistir y volver á Madrid á ocuparse de la construccion de su quinta.

Supo que todos los correos, desde que partió Miguel, se habia recibido carta suya: que habia ganado dos veces la cruz de San Fernando y habia sido ascendido á teniente y á capitan, sobre el campo de batalla.

—Ese desesperado, dijo para sí Estéban, quiere que le maten; es necesario hacer que su regimiento venga de guarnicion á Madrid: ¿cuánto costará el conseguir esto? cueste lo que cueste, ¿qué importa? no tengo vida bastante para gastar todo mi dinero, aunque le tire por la ventana: Miguel vendrá, pero para cuando vuelva, es necesario que yo haya robado á mi buen primo Serapio, las Memorias de su padre.

Bajo la influencia de este pensamiento, se despidió ya por la tarde Estéban de Enriqueta y tomó el camino del callejon del Infierno, para buscar á Pulgon.

II.

Aun no habia llegado á la plazuela de la Cebada, cuando la atmósfera, bastante cargada ya, dejó percibir una ligera niebla que se fue condensando impura, especial, llenando el espacio de un olor mefítico, nauseabundo, semejante al del gas del carbon de piedra. Un viento cálido, débil al principio, despues mas fuerte, por último huracanado, se lanzó sobre Madrid, viniendo del Este.

Empezaron á desprenderse anchas gotas.

—¡Diablo de tormenta, y qué mal huele, y qué color tan estraño tienen los relámpagos! dijo Estéban apretando el paso y ganando la calle de Toledo.

Las gotas, antes raras, empezaron á determinarse en lluvia, y antes de que Estéban llegase á los portales de la Plaza Mayor, la lluvia se convirtió en aguacero: la cerrazon se habia condensado de tal modo que parecia que el crepúsculo se habia anticipado cuatro horas.

El fétido olor de la atmósfera se hacia insoportable.

Las gentes corrian á ponerse á cubierto de aquella fetidez y de aquel aguacero.

Habia en aquella tormenta algo tan siniestro que impresionaba lúgubremente á todo el mundo.

III.

Estéban habia ganado, á la carrera, los soportales; pero aun cuando se vió libre, por ellos, del aguacero, no cesó de correr porque no habia podido librarse del mismo modo de la fetidez.

Rodeó por la izquierda de la plaza, considerada desde la calle de Toledo, y entró en el callejon del Infierno y se aventuró por las altas y empinadas escaleras del habitáculo de Pulgon.

Aun allí olia, y se escuchaba el retumbar del turbion sobre los tejados y el zumbar del viento entre las calles.

Estéban llegó con la imaginacion preocupada, sin saber por qué, como por instinto, hasta lo alto de las escaleras y se encontró delante de la puerta del cuarto de Pulgon, que era el último de la casa.

IV.

La puerta estaba franca.

Al través de ella se veia un hombre que sacudia un viejo sombrero.

La rojiza luz de los relámpagos, que penetraba de segundo en segundo, por la claraboya, daba á aquel hombre un aspecto siniestro.

Era Pulgon, á quien la tormenta habia cogido y mojado hasta la piel.

V.

—¿Quién es? dijo con voz ronca, al sentir los pasos de Estéban.

—Yo, tunante, contestó Estéban; por lo que veo, las nubes no te han tratado mejor que á mí: estás como yo, hecho una sopa.

—¡Calla! ¿eres tú, Estéban? dijo Pulgon, ¿cuándo has venido?

—Ayer noche, y como ves, no he tardado en venir á visitarte.

—Gracias; supongo que tendremos negocio entre manos; es una casualidad el que me hayas encontrado: yo no paro de dia en casa; pero me cogió la tormenta en la calle Mayor, y he hecho como los gorriones cuando llueve: al nido.

—Cierra esa maldita ventana á ver si huele menos mal: estos relámpagos incomodan: enciende una luz si puedes, porque eres tan miserable que habrás sido capaz de no gastar en un siglo dos cuartos en una vela de sebo, aunque hayas tenido que acostarte á oscuras.

—Ni tanto, ni tan calvo, dijo Pulgon echando yescas y encendiendo

un cabo de vela de sebo; despues de lo cual cerró la ventana; los negocios, es cierto, no andan muy bien; pero se araña algo, y se va trampeando: sin embargo, se espone demasiado: anda por ahi un maldito Chaperon que no deja vivir á nadie si no se le paga muy caro: será necesario echarse á hombre de bien, Estéban; y vamos, ¿qué es lo que te trae por esta humilde choza tan estirado y tan puesto de señor? porque creer yo que un millonario como tú, se toma el trabajo de subir esas malditas escaleras, solo por el gusto de verme, no lo puedo creer: ¡Jesús, mil veces ¡ añadió el bandido á causa de un horrible trueno que parecia haber estallado sobre el techo á teja vana del empinado cuartucho.

—Dios se divierte con nosotros, dijo Estéban.

—¿Querrás creer, dijo Pulgon, que me voy haciendo meticuloso y beato? ¿cómo entiendes tú eso?

—Eso les sucede á los pícaros tres dias antes de morir, contestó Estéban.

—Pues si eso es verdad, soy hombre muerto, dijo Pulgon; no te escandalices, Estéban; voy á sacar y á encender una vela al Santísimo; la he comprado en las monjas del Sacramento: hace algun tiempo me dan miedo las tormentas.

—Decididamente, dijo Estéban; te concluyes tunante: pero enciende, enciende esa vela hijo; asi estaremos mejor alumbrados; ¡y cómo arrecia la endiablada tormenta! afortunadamente estas nubes de verano pasan pronto y refrescan la atmósfera: hace demasiado calor.

—Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar, dijo Pulgon, encendiendo una pequeña vela amarilla que habia sacado del cajon de la mesa.

—¡Perfectamente! esclamó riendo Estéban; te has convertido en el personaje de una comedia digna de Moliére: un asesino, sin mas conciencia que un caballo, que invoca al Santísimo Sacramento: ¡sacrílego!

—¿Qué quieres? alguna vez se ha de creer; alguna vez se ha de recordar esa primera oracion que fue tan dulce para nosotros en los labios de nuestra madre.

—¡Canalla! ¿te has dedicado á la mogigateria sentimental para que te sirva en tus negocios? apuesto á que te andas buscando la entrada en San Francisco el Grande, para aquel negocio que sabes: ¿has tomado por confesor á mi buen primo fray Serapio de Rozas?

VI.

Un relámpago deslumbrante penetró por la ventana que habia abierto el viento con furia y tiñó con un rojo color de sangre las negras paredes del desvan.

El viento que se habia retorcido en un remolino, apagó la vela del Santísimo y el cabo de sebo.

Quedó el desvan en una media sombra, á causa de lo opaco de la luz que se infiltraba al través del denso nublado.

VII.

—Dios no quiere nada contigo, protervo, dijo Estéban; y si no, mira; tu vela bendita se ha apagado: déjate de santurronerías, no tengas miedo y vamos á lo que importa; es decir, á lo que te importa: á ver cómo te ganas algunos miles de reales ó algunos miles de duros; tanto me da; pero necesito las Memorias de mi hermano, que tiene en su poder mi primo Serapio.

—Entrar en el guarda-joyas de palacio, en los sótanos del Banco; en el centro de los infiernos, es mucho mas fácil que robar en un convento de franciscanos, contestó Pulgon; pero si quieres hacerme un favor, Estéban, añadió con acento solemnemente melo-dramático, no hablemos de esto mientras no pase esta maldita tormenta: tengo miedo, no sé por qué: me parece que esta tormenta...

—Huele muy mal.

—Eso mismo me parece á mí.

—Lo que á mí me parece es que tras esta tormenta va á venir algo espantoso: y hay motivo para ello: provocamos la cólera de Dios: los hermanos se baten con los hermanos: la sangre del fratricidio empapa los campos de batalla de la guerra civil: los ministros del Señor son objeto de la asechanza de los que no reconocen respeto alguno y se entregan desatentados á sus infernales pasiones.

—Adios, Pulgon, dijo Estéban, porque me parece que estás hablando en serio, y si no me voy te estrangulo: una sola palabra: cuenta con cuatro mil duros... con seis mil... con diez mil, en el momento en que me entregues las Memorias de mi hermano.

Y Estéban salió.

VIII.

—¡Diez mil duros! esclamó Pulgon sin notar que se habia quedado solo: tendrás esas Memorias Estéban, aunque tenga que meterme lego en San Francisco y pegar fuego al convento: ¡ah! se ha ido, bueno: yo tambien me voy, tengo miedo aquí: me parece que la tormenta se va á llevar el techo: la verdad es que el horror y el remordimiento me han hecho cobarde: es necesario haber sido educado para el crímen: es necesario para acometerle á sangre fria, ser uno de esos salvajes, que aun no ha estirpado de la sociedad la civilizacion: ¡diez mil duros! con ellos redondeo mi millon: ¡un millon! con un millon, ya puede uno pensar en retirarse: es necesario adquirir esos diez mil duros.

Despues, Pulgon salió, y entrando en los portales de la Plaza, por la izquierda del callejon del Infierno, se metió en una taberna llena, á causa de la tormenta, de gentes cuyas caras olian, la que menos, á rateros ó perdona-vidas.

La tormenta empezaba á ceder.

Media hora despues brillaba el sol.

El olor mefítico de la atmósfera habia desaparecido: sin embargo, el bello azul del cielo de Madrid parecia como empañado por una leve neblina impura.

CAPITULO III.

Lo que habia traido á Madrid la tormenta.

I.

Aquella noche Estéban fué á casa de Miguel, lleno de cuidado por Margarita, por Enriqueta, por Clara.

Temia encontrarlas enfermas, espirantes ó muertas.

Aun no habian pasado seis horas desde que estalló la tormenta, y ya un gran número de personas habia sucumbido.

Aquella tormenta habia traido á Madrid el cólera-morbo-asiático.

La epidemia habia caido sobre Madrid á mano armada; y poco antes, de una manera terrible, en la villa de Arganda, de la cual habian acudido ansiosos á Madrid en busca de médicos.

II.

Tememos parecer exagerados; pero á las diez de la noche del 16 de julio, fue necesario apelar á los carros y á los presidiarios para trasportar los cadáveres.

Aquella catástrofe no habia podido ocultarse al público, y el terror habia cundido.

Un número infinito que se metian en la cama, creyéndose atacados

por el cólera, solo estaban atacados por el miedo: es verdad que muchos morian de susto.

Esto, aumentando el número de los atacados, aumentaba el pánico.

III.

Estéban se lanzó á la casa de su sobrino.

Margarita dormia tranquilamente, sin tener siquiera noticia de la llegada de la epidemia á Madrid.

La pequeña Clara dormia tambien.

Enriqueta no estaba en la casa.

Habia corrido á la de Pancracio Sotero y Ursula Córcoles, sus padres adoptivos.

Vivian en una linda casita con huerto, en la plazuela del Limon, que Enriqueta les habia comprado.

Ambos habian sido atacados por el cólera, pero de una manera fulminante, horrible.

Juan Córcoles, en cambio permanecia incólume y se multiplicaba, se centuplicaba para dar friegas, aplicar revulsivos, y embocar cocimientos á los dos enfermos.

Al mismo tiempo habia enviado un recado á su escelencia, como él llamaba siempre á Enriqueta.

Su escelencia se habia apresurado á ir.

IV.

Cuando se lo dijeron á Estéban se puso furioso.

Embistió con Cristóbal, con el mayordomo, con los criados de escalera arriba, y estuvo á punto de aporrear á alguno.

—¡Torpes, estúpidos, canallas! gritó descompuesto de cólera; sabeis que esa enfermedad es contagiosa, que es terrible, y sin embargo, cuando vienen á avisar á la marquesa de que están atacados por ella dos pobres diablos, y la marquesa con su exagerada caridad se dispone á ir á asistirlos, la dejais que salga; animales: la obediencia en ciertos casos es un crímen y la desobediencia, la rebeldía es en ocasiones como ésta, fidelidad, amor, honradez: suponed, (ya sabemos que Estéban era muy dado á perorar), que yo, porque estoy desesperado, ó porque estoy loco, ó porque me da la gana, abro ese balcon y pretendo arrojarme por él de-

lante de vosotros, ¿lo permitiríais? es posible, porque sois unos bestias; pero cometeríais un crímen del cual seríais responsables, porque os probarian que pudiendo evitar una desgracia no la habíais evitado; pues bien, vosotros habeis permitido que la marquesa se tire á la epidemia; de lo que resultará que si la marquesa se contagia y muere, yo os haré responsables; ¡oh! qué acémilas tan increibles, tan absurdas: á ver, pronto, uno què sepa dónde viven esos á cuya casa ha ido mi sobrina.

Nadie contestó.

—¡Hola! dijo Estéban, ¿con que cuando se trata de ir á una casa apestada nadie se atreve?

Entonces fue cuando Estéban estuvo á punto de romperle á alguno la cabeza.

—Serafin lo sabe, dijo uno de los lacayos, porque á él es á quien siempre envia la señora á esa casa.

—Pues Serafin, despliega tus alitas y echa á volar, hijo mio, delante de mí; descuida, no te contagiarás: al cólera no le gustan los muchachos tan feos.

Serafin no se atrevió á negarse, y tomó de muy mal humor el camino. Estéban le siguió.

V.

Cuando llegaron, se encontraron con una disputa formidable, por su objeto, y por su objeto repugnante.

Aquella disputa la sostenia á la puerta de la casa Enriqueta con un funcionario público de baja estofa; esto es, con un alguacil de la villa.

Detrás de Enriqueta, que estaba llorosa, se veia al buen Juan Córcoles, pálido, contristado, con los ojos abotagados y la mirada vaga. En la plazuela, delante de la puerta de la casa, habia uno de los carros de la limpieza de la Villa; mas cerca, unas angarillas y sentados, ó junto á ella, cuatro presidiarios. En el pescante del carro, se veia inmóvil al conductor. Dentro del carro habia diez cadáveres.

—Se me ha dicho, decia respetuosamente el alguacil y sombrero en mano, que aquí han sucumbido dos personas; por mas que vuecencia me diga quién es, y que responde de todo, yo no puedo faltar á las estrechas órdenes que tengo; la salud pública se interesa en ello; los cadáveres coléricos no pueden permanecer en las casas.

—Un momento, un momento no mas, decia suplicante; Enriqueta

mientras se avisa á la parroquia: esas personas me son muy queridas.

—Lo siento, señora, respondió el alguacil, pero se sabe ya; hay gentes en los balcones; de la casa inmediata han sacado cinco cadáveres, á pesar de los ruegos y de las súplicas: yo no puedo hacer distinciones.

—Pero puedes tomar media docena de onzas, dijo Estéban que acababa de sobrevenir, al oido del alguacil.

—Tampoco, caballero, tampoco, contestó el alguacil en voz baja; lo siento mucho, pero no me atrevo: me echarian á presidio; esto está muy apretado, mucho: se muere la gente á montones; esta es la fin del mundo: los cristinos tienen la culpa.

El alguacil hablaba asi, porque tomaba á Estéban por un grande de España.

Le suponia padre ó pariente próximo de Enriqueta.

—Toma y di que sí; que esperarás, dijo Estéban poniendo algunas onzas en una mano que el alguacil tenia echada para atrás; no tengas cuidado, que yo me la llevaré.

El alguacil tosió como si hubiera tenido carraspera.

—En fin, señora, dijo tragando saliva; tanto se empeña vuecencia que esperaré á que vengan de la parroquia por los difuntos; pero que lo hagan pronto, porque me comprometo.

—¡Oh! gracias, gracias, dijo Enriqueta; yo recompensaré á usted: no, no me voy tio, no me voy, añadió dirigiéndose á Estéban que se habia acercado, la habia asido de una mano y tiraba de ella.

—Yo no lo hago por interés ninguno, señora, dijo el alguacil metiéndose disimuladamente en el bolsillo el dinero que le habia dado Estéban; pero que vayan pronto, por Dios, á la parroquia.

—Hasta para despues de muerto, es bueno ser rico, dijo uno de los presidiarios.

—Afortunadamente no le oyó el alguacil, porque estaba oyendo á Estéban que al mismo tiempo habia dicho á Enriqueta.

—No, no, y cien veces no; yo no te dejo aquí, entre cadáveres coléricos; sino te vienes de grado, cargo contigo y te me llevo como robada: anda á la parroquia, Serafin, y tráete los sepultureros con dos cajas.

—No vendrán, señor; cualquiera los saca ahora á la calle; pues buena gente es la gente de parroquia.

Un puntapie cortó la palabra á Serafin, que para evitar otra insinuacion del mismo género, dió á correr como un galgo.

Al mismo tiempo Estéban asió por la cintura á Enriqueta, la levantó en peso y dió á correr con ella.

Juan siguió maquinalmente á Enriqueta; pero se detuvo y se volvió á la casa, dentro de la cual y como si hubieran sido salteadores, se habian precipitado los presidiarios.

VI.

En una sala baja, en un dormitorio, en un mismo lecho se veian dos cadáveres: el de Pancracio y el de Ursula, cubiertos cuidadosamente con la ropa de la cama, y con los ojos cerrados.

—¡Por Dios y por María Santísima! esclamó Juan precipitándose en la alcoba, al ver que los presidiarios descubrian bruscamente los cadáveres; están desnudos: dejadme á lo menos que los vista: yo no tengo miedo; yo no tengo asco.

—Sí, para esperar estamos, dijo el alguacil; á las angarillas con ellos y pronto; y no hay que oponerse; porque le prendo á usted y le llevo á la cárcel: está mandado ¿eh? la salud pública es antes que todo: yo no conozco clases ni personas para cumplir con mi deber; aunque vinieran aquí todos los grandes de España del mundo entero: no hay distinciones ¿lo oye usted? estamos en tiempos de libertad: ¡viva Isabel II! los grandes de España, ¡hola! al que no le acomode, que se vaya con Carlos V y ya les ajustaremos la cuenta: vamos, pronto afuera, que en el número 15 hay otros tres.

Los presidiarios habian puesto en las angarillas á Pancracio y á Ursula, y entre tanto, no sabemos, dónde, habian ocultado una sábana.

Salieron.

Juan, que habia hablado, demasiado, contra su costumbre, no contestó una sola palabra.

Cogió su sombrero y algun dinero de un cajon y se fué tras los cadáveres de su hermana y de su cuñado.

Cuando los cuatro presidiarios llegaron con las angarillas, junto al carro, las levantaron y las volcaron dentro.

Juan, al sentir el golpe sordo que produjeron los dos cadáveres, al caer sobre los otros, se echó á llorar.

Los presidiarios colocaron las angarillas sobre el carro, y éste se puso en marcha.

VII.

Juan siguió al carro, que se detuvo algunas casas mas allá.

El desdichado se sentó en el dintel de una puerta inmediata. Se habia olvidado cerrar la de su casa.

Un cuarto de hora despues, de la casa delante la cual, el carro se habia detenido, sacaron otros tres cadáveres que fueron á aumentar el número de los que ya habia en el carro que se puso de nuevo en movimiento.

Juan se levantó y se fué detrás.

El carro desapareció doblando una esquina, en direccion á Leganitos.

Juan desapareció tambien.

Los curiosos aficionados al horror, que hasta entonces habian estado en los balcones, se retiraron.

La plazuela del Limon quedó completamente desierta.

VIII.

Un bulto apareció por la esquina de las Comendadoras; se deslizó á lo largo de la acera, en cuyo centro estaba situada la que habia sido casa de Pancracio, y al ver la puerta abierta, se volvió rápidamente y en silencio, hácia el sitio por donde habia venido.

Poco despues aparecieron cuatro hombres que se deslizaron, sin hacer ruido, á lo largo de la pared y penetraron en la casa abandonada y cerraron su puerta.

IX.

Juan, entre tanto, seguia al carro haciendo terribles altos.

El carro recorrió gran parte del barrio de Leganitos, y cargado ya, partió hácia la puerta de San Vicente.

Juan le seguia á la larga, temiendo que ni aun seguir á sus hermano le permitiesen.

Al llegar á la puerta de San Vicente, la abrieron los empleados del resguardo.

El carro pasó y Juan oyó con terror rechinar la puerta, al cerrarse de nuevo.

Partió á la carrera y llegó jadeante á los cinco minutos.

—¡Por el amor de Dios, señores! dijo á los tres guardas que estaban junto á la puerta: dejadme pasar.

—Se necesita un pase, respondió un guarda.

—¡Un pase! en ese carro van mi hermana y mi cuñado, esclamó con la elocuencia del dolor, Juan.

Por fortuna los guardas no tenian alma de presidiarios, ni de alguacil.

Se conmovieron y uno de ellos dijo:

—Abrele Roque, y que pase; pobre hombre.

—Bueno, dijo Roque yendo á la puerta y ajustando en ella la llave; pero ya que te dejamos salir, no nos comprometas; no digas que has salido por aquí.

Se cometia entonces el disparate de aislar á las poblaciones invadidas por el cólera y de no dejar entrar ni salir en ellas á nadie, sino mediante un pase.

La epidemia invadia por la primera vez á España, al menos con el nombre de cólera-morbo-asiático. Algun tiempo antes habia aparecido en Málaga y habia avanzado con suma rapidez hácia el centro, en mucho menos tiempo que el que se necesitaba para hacer el camino, atendido el atraso de los medios de locomocion.

Se habian, además, interceptado las comunicaciones. Esto probaba que el aislamiento de los lugares invadidos era inútil.

Al aire, á la tormenta, no se la podia detener el paso. El cólera avanzaba terrible, imponente, flamígero, negro, retumbante, hediente.

X.

Juan dió á correr, cuando se vió fuera de la puerta, hasta que oyó el ruido de las ruedas del carro que caminaba de prisa.

Entonces detuvo su carrera y marchó manteniéndose á cierta distancia del carro.

Este siguió por la ronda, á la izquierda del rio; llegó al puente de Toledo, le atravesó y siguió en derechura hácia el cementerio general.

Cuando llegaba á él, los relojes de Madrid dieron, uno despues de otro, las dos.

XI.

La puerta del cementerio se abrió en silencio y pasó el carro.

Juan llegó hasta las tapias del cementerio, y se pegó á ellas, ocultándose en la sombra, y esperó.

Pasó un largo espacio, como de media hora, y al fin el carro salió.

Juan le dejó alejarse: luego llegó á la puerta del cementerio y llamó á ella con ambas manos estendidas, desesperado, convulso.

Por nada del mundo, en otra ocasion, en otra situacion hubiera llamado Juan, á las puertas del cementerio: hubiera temido que los muertos se levantasen para abrirle.

XII.

A las reiteradas y nerviosas llamadas de Juan, un resplandor rojizo, se dejó ver al través de la rejilla de la puerta, y poco despues, se oyó una voz aguardentosa qne dijo:

—¿Es otro carro?

—Soy yo que vengo detrás de mi hermana y de mi cuñado.

—¡Ta, ta, ta! dijo la voz áspera é insolente: no estoy en casa: buenas noches.

—Vengo á comprarles nichos, esclamó Juan.

Y al mismo tiempo sonó el dinero que llevaba en el bolsillo.

—Eso es otra cosa, dijo el de adentro; pase usted adelante, caballero.

Y abrió la puerta.

XIII.

Juan entró en un inmenso patio destartalado, orlado por galerías cuyas paredes las constituian andenes de nichos.

Adelantó hollando un pavimento bajo el cual dormian el sueño de la muerte seres humanos.

En el centro del patio habia una ancha y profunda zanja, orlada á un lado y á otro por montones de tierra.

Entre estos montones habia otros blancos. Eran montones de cal.

Fuera de la linea de estos montones habia otros horribles, de línea

embrollada, informe, monstruosa, repugnante, insoportable. Eran montones de cadáveres desnudos.

Alguno que otro de estos cadáveres conservaba la camisa.

Veinte ó treinta hombres trabajaban en el fondo de la zanja; otros tantos fuera; parte de ellos tenian hachas de viento en las manos cuya rojiza y humosa luz iluminaba aquel conjunto terrible: otros acarreaban los cadáveres que eran arrojados en la zanja; otros, en fin, la cal con que se les cubria para cortar la infeccion.

XIV.

Juan se detuvo horrorizado.

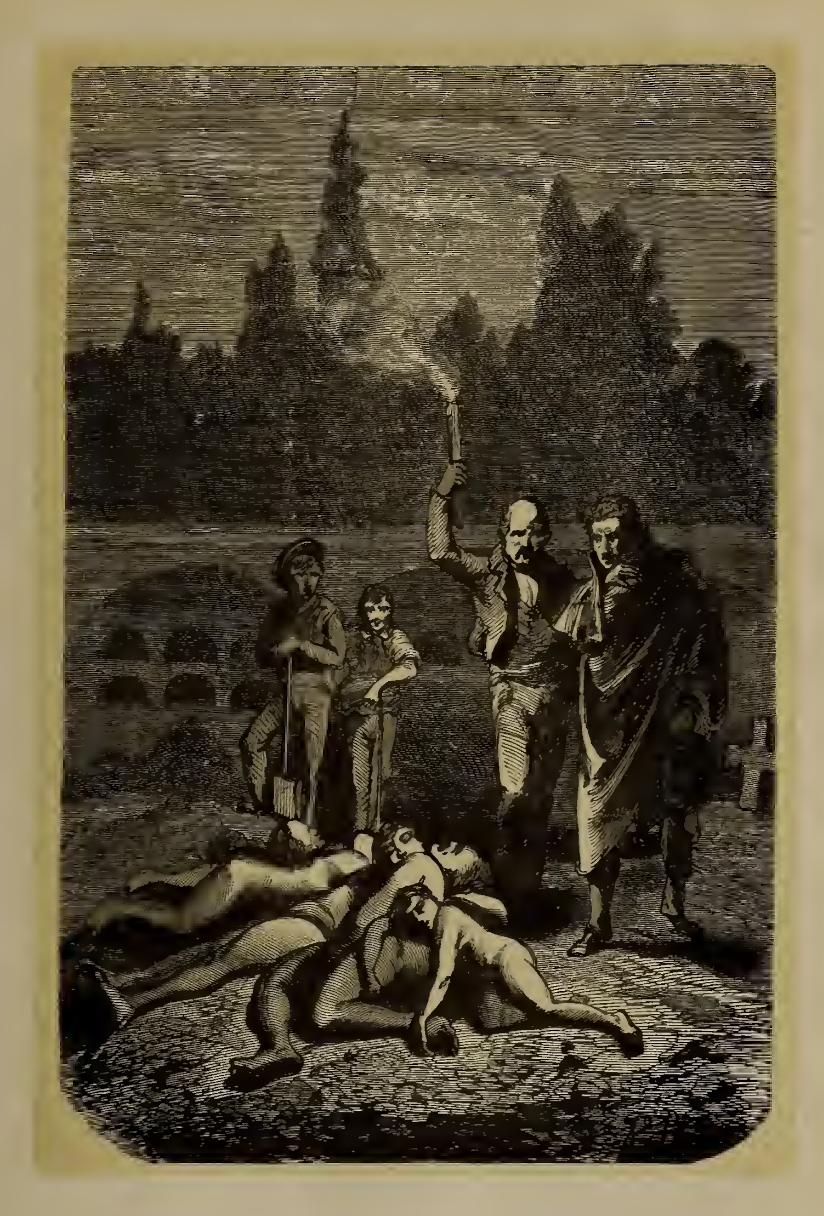
Aquello era mas de lo que podian sufrir ojos humanos.

Era el no ser; la miseria irremediable que se levantaba allí terrible, lúgubre, espantosa.

—Quiero buscar á mi hermana y á mi cuñado, dijo Juan que apenas podia hablar; han venido en el último carro, yo los conozco, yo los conoceré; espero conocerlos: no me digais que no quereis buscarlos; yo os daré para beber, y mas que para beber; tengo dinero; si no os fiais, os lo daré adelantado; yo no quiero que mi hermana y mi cuñado vayan á esa zanja; tened caridad y Dios os lo pagará.

Y el pobre Juan lloraba.

—Bueno, bien, hombre, dijo el que le habia abierto y que tenia un hacha de viento en la mano, á cuya fuerte luz se veia su hediondo semblante de sepulturero: dices tú, (la miseria habla siempre de tu á la miseria, cualquiera ésta sea; lo horrible encuentra algo de fraternidad en el dolor), dices tú que esos están entre los que vinieron en el último carro; no son muchos, apenas llegan á treinta; otros carros han traido mas de ciento: parece mentira que quepa tanta carne en un solo carro: buenos barriles de arenques; quién me diera uno con una guindilla y con tinto de Valdepeñas. Vamos, muchachos, á ver; acá dos; vamos á buscar unos señores que quieren vivir en nicho; manías ¿qué mas da? cuando yo me muera, que me echen donde les dé la gana; me rio de todo: soy sepulturero viejo; hasta los vivos me parecen muertos, muertos que andan; vaya, bueno, digo cuando veo pasar junto á mí una buena moza presumida que no cabe por la calle; ¿qué sabes tú si el viejo Marcos te echará la tierra en la cara? el mundo está lleno de cadáveres: ¿no ois lo que os



Y AVANZABA SU HACHA DE VIENTO.

he dicho? dos acá, vamos vivo, que este señor tiene aquí miedo y le va á dar algo si no se vá pronto.

XV.

Acudieron dos seres escepcionales, calvos avejentados, terrosos, repugnantes, cubiertos de harapos, espectros que vivian sobre muertos; el uno traia en la mano un azadon, el otro una espuerta.

El hombre que habia abierto á Juan, el que tenia el hacha de viento, Marcos, en fin, se dirigió á un monton de cadáveres que estaba algo distante de la zanja.

Juan le siguió.

—Vamos, restriégate los ojos, hombre, para que veas claro, dijo Marcos; ¿no decias que los que buscas han venido en el último carro? aquí está la carga del último carro.

Y avanzaba su hacha de viento para alumbrar mejor aquel monton horrible.

Juan arrojó sobre él una mirada cobarde.

Lo primero que vió, fue un grupo espantoso: una niña como de seis años, cruzada sobre el vientre de una jóven como de quince, cuya cabeza reposaba sobre el cuerpo horriblemente demacrado de una anciana de ochenta.

—¡No, no los veo! esclamó Juan temblando de horror.

—Da la vuelta, hombre, da la vuelta, dijo Marcos.

—No, no, deben estar debajo.

—Vamos, acabaremos; á ver, vosotros, id echando cadáveres á ese otro lado; á ver si éste tropieza con los suyos.

Los dos que habian acudido al llamamiento de Marcos avanzaban sobre el monton; cogieron el cadáver que estaba en su parte mas alta, el uno por los pies, el otro por la cabeza; le columpiaron y le arrojaron fuera del monton.

El cadáver al caer produjo un ruido sordo, especial, horrible, y una especie de quejido.

—¡Ah! no hagais eso, esclamó Juan que agonizaba; son criaturas de Dios.

—¡Mira tú si le habrá dolido! dijo Márcos soltando una carcajada hueca y estridente, ¡qué cosas oye uno! como si los muertos supiesen lo que les pasa: vamos, vivo, que hay mucho que hacer: anda, llaman á

la puerta; otro carro; para que nos entretengamos: ya sabeis que el teniente alcalde nos ha dicho que todos estos cadáveres han de estar enterrados al amanecer, y si no lo están y nos sueltan una multa, ya veremos quién la va á pagar.

Los otros dos fueron arrojando cadáveres, trasladando el monton.

Juan se sentia gravemente enfermo.

Sin embargo, hacia el sacrificio de su horror, á Ursula y á Pancracio.

Entre tanto penetró rechinando, otro carro en el cementerio, y se detuvo cerca de Juan.

Los cadáveres fueron arrojados al suelo como fardos, y el carro volvió á salir, dejando otro monton horrible.

Los dos sepultureros seguian descubriendo.

Al fin Juan dió un grito agudo y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Esa es! ¡mi Ursula! no la tireis al suelo como los otros; apartadla á un lado.

Para Ursula hubo una distincion.

Pagaba.

Los sepultureros la levantaron con suma consideracion y la pusieron blandamente en tierra.

Juan se lanzó sobre su hermana, se arrodilló, se arrojó sobre ella y la besó.

—Cuidado, compadre, dijo Marcos, no te chancees con los cadáveres apestados, que puedes venir á hacerles compañía.

Juan se levantó.

—Seguid buscando, dijo; Pancracio debe estar cerca... ¡ese, ese es!

—Pancracio fue puesto junto á Ursula.

—¿Hay mas? preguntó Marcos.

—No, contestó Juan; ya tengo los mios.

—Bueno; vamos á ver ahora lo que nos das por nuestro trabajo.

Juan se metió la mano en un bolsillo, sacó tres duros y los dió á Marcos.

—Vaya, bien, hombre, dijo el sepulturero guardándolos; no te has portado del todo mal: muchachos, llevaos los cadáveres allá, á la galería de la derecha; allí no se confundirán con otros: ahora, amigo, añadió dirigiéndose á Juan; será menester que esperes al capellan administrador del cementerio; no tendrás que esperar mucho: su merced se levanta al

amanecer; son ya las dos y media y á las tres y media es de dia.

—Sabe Dios si cuando amanezca estaré yo vivo, esclamó Juan.

—¡Bah! dijo Marcos, tonto, no se muere mas que el quiere; los cobardes; ¿qué adelantas tú con morirte? ¿los vas á resucitar? vamos, ven hombre, me das lástima: allí en mi casilla tengo yo un aguardiente de Chinchon tan bueno, que si se les diera medio cuartillo á cada uno de esos cadáveres, resucitaban: toma, Pelerin, dijo dando su antorcha á uno de los sepultureros que habian hecho el registro; á seguir trabajando bien; tres á tres, como panoja de sardinas; espuerta de cal por cabeza, y dos pies de tierra; que no tengamos un disgusto con el señor teniente alcalde: vamos, tú.

Juan siguió á aquel hombre que sin duda era el sepulturero en jefe, y que le llevó á una casilla que habia á la izquierda del cementerio, que ya no existe. En su lugar hay un anden de nichos.

Entraron.

XVI.

Marcos abrió un pequeño armario de pino que estaba colgado de la pared, le abrió y sacó una botella y dos pequeños vasos.

—Siéntate, dijo á Juan; no hay silla, pero no importa, siéntate en mi cama; ¿para qué quiere uno sillas? aquí no se reciben visitas; los que vienen no pueden estar mas que tendidos; vamos, toma, despavílate: dicen que en achispándose, el cólera se marcha, porque es un señor á quien no le gustan los borrachos; anda, hombre, arriba; no te contentes con probarlo; las medicinas se deben tomar aunque sea menester cerrar los ojos; y si no, mira yo; hasta verte, Jesus mio.

Marcos apuró un vaso.

Juan, maquinalmente, apuró el suyo tambien.

—¡Ah! esclamó, en efecto, este es un remedio contra el cólera: yo sentia unos agudos dolores de vientre; estaba cubierto de sudor; tenia frio, y apenas he bebido; los dolores han cesado, me siento otro: ¡ah! ¿por qué no he sabido yo esto hace cinco horas?

—Pues qué ¿no te decia yo que lo que te daba era una medicina? dijo Marcos; si sabré yo lo que me digo: á mí me dolia esta tarde la tripa, y la verdad, como habian empezado á venir muertos, y decian que todos habian pasado retortijones, me entró *canguelo*, me vine aquí y á la buena de Dios me eché al coleto dos vasos de aguardiente; como con la mano,

hombre, como con la mano: vaya otro vaso, compadre: esta medicina aprovecha tanto al cuerpo como al alma: mira tú, cuando á mí me entra la *murria* la castigo con aguardiente; se va noramala, me pongo mas alegre que unas sonajas; ya verás tú: me das lástima, hombre; porque al fin y al cabo, hay que ponerse en todo: era tu hermana; bueno, bien; te has bebido el otro vaso; ya verás.

—Dígame usted, contestó Juan que continuaba triste y abatido, ¿si se le pagara bien al señor capellan la incomodidad, se levantaria?

—Pues ya lo creo, hombre: ¿á qué estamos en este mundo, si no para ganar lo mas que podamos? pero es menester hacer las cosas bien hechas: si tú le dices, levántese usted, don Fulano, y le daré á usted tres duros; como que al fin el señor capellan es sacerdote y persona decente, te enviaria en horamala: pero si yo voy al ama y la digo: desperécese usted, señora Maria; ahí está un pariente de dos cadáveres que quiere que se les diga una misa de alba y se les cante un responso y da de limosna cuatro ó cinco duros; á los cinco minutos está de punta el padre capellan con la sotana y el bonete puestos: hombre, y esto es muy natural y está muy en el órden: ¿pues para qué sigue un hombre una carrera, y se rompe los cascos estudiando latin, sino para ganar luego todo el dinero que pueda?

—Bueno, haga usted eso que dice, respondió Juan, ¿cuánto cuesta un nicho?

—Cuatrocientos reales, contestó el sepulturero, y en eso entra el cerramiento del nicho, el enlucido y el rótulo; pero siempre se da una propineja á los sepultureros.

—He tomado á escape dinero de casa para venirme detrás del carro, dijo sacando el dinero que traia en el bolsillo Juan, y no sé si habrá bastante.

Al poner el dinero que habia sacado, sobre la mesa, Marcos dijo con los ojos encandilados de avaricia.

—¡Pues no ha de haber bastante! sobra: ya hay aquí por lo pronto, tres onzas de oro y diez ó doce duros: voy, voy á avisar al instante á la señora María; pero antes, otro vaso de aguardiente, compadre.

Juan necesitaba beber: necesitaba embriagarse y bebió.

Márcos salió y volvió cinco minutos despues.

—Vamos, dijo, el capellan está listo: esto habia que hacerlo en la parroquia, pero lo mismo dá; de aquí se avisará á la parroquia y se pa-

garán los derechos: voy á sacar papel y tintero para tomar la nota.

Sacó del armario recado de escribir; lo puso sobre la mesa y se sentó junto á ella, en el ángulo de un arca.

—¿Eran marido y mujer los difuntos?

—Sí, contestó Juan.

—¿Cómo se llamaba él? ¿qué edad tenia?

—Pancracio Sotero, cincuenta años, natural de Ocaña, contestó Juan: ella, mi hermana, Ursula Córcoles, cuarenta y siete, natural de Madrid.

—¿Qué parroquia?

—San Márcos.

—Van á los niños 260 y 261 de la galería de la derecha del primer patio: cabalmente allí los han llevado los muchachos: vamos allá, amigo.

—Deje usted, contestó Juan, á mí me gusta pagar: la cuenta es, ochocientos reales de nichos; bueno, aquí hay dos onzas, con ocho duros; cien reales por la misa y por el madrugon del señor capellan y por el responso; sobra esta otra onza y falta un duro; aquí está, añadió sacando algun dinero mas del bolsillo: dos duros para usted por el aguardiente y por el trabajo que se ha tomado, y este otro para los que cierren los nichos: ¿se debe algo?

—No, hombre, no, muchas gracias, dijo Márcos guardando el dinero: vamos.

XVII.

Poco antes del amanecer, habiendo dejado encerrados en dos nichos, á su hermana y á su cuñado, despues de haber oido una misa matutina, por su alma, Juan, sin sombrero, triste, lloroso, desclado, como si todo se hubiera acabado para él en el mundo, llegaba á la puerta de Toledo, á tiempo que esta se abria.

—El pase, le dijo un guarda.

—Juan metió la mano en su bolsillo, sacó la única moneda que le quedaba, y la puso en las manos del guarda.

Era una onza.

Juan pasó.

Cuando llegó á su casa, encontró la puerta abierta.

Dentro, los muebles solos; todo lo demás habia sido robado.

CAPITULO IV.

La conspiracion de Estéban.

I.

Estéban llevó á la fuerza á Enriqueta á su casa; la obligó á acostarse, porque estaba verdaderamente enferma, y se puso de guardia á la puerta de su cuarto, sentado en un sillon, despues de haber dicho para sí:

—Mañana será otro dia.

II.

Por mas que Enriqueta hubiera querido levantarse, la hubiera sido imposible: tenia fiebre. La muerte de aquellos honrados esposos, á quienes habia debido una noble y magnánima proteccion, en un terrible momento de prueba, la habia afectado de una manera estraordinaria, punto menos que hubiera podido afectarla la muerte de su madre, si la hubiera visto sucumbir al cólera.

Estéban temia que la epidemia cogiese escitada á Enriqueta é hiciese de ella una víctima.

Al amanecer se entró en el cuarto; se metió de puntillas en el dormitorio; levantó las colgaduras de la cama y observó.

Nada se oia; nada se veia.

La luz de la lámpara de noche estaba distante y el hueco determinado por las colgaduras sobre el lecho, estaba lleno de sombra.

Estéban sintió un escalofrío de espanto.

Avanzó su cabeza; la inclinó y contuvo un grito de alegría.

Habia sentido la suave respiracion de Enriqueta.

Dormia profundamente. La movió de una manera leve y Enriqueta no despertó.

—Este es un letargo, dijo, la reaccion necesaria del sistema nervioso, demasiadamente escitado.

La puso luego la mano en la frente.

Enriqueta sudaba de un modo copioso.

—¡Ah! el cólera no anda por aquí, dijo acabándose de tranquilizar Estéban; dejémosla reposar.

Se retiró de puntillas, abrió una puerta y entró en otro dormitorio alumbrado ya por la luz del dia que penetraba por un balcon entreabierto.

Una mujer robusta y buena moza se lababa, harto agena de la visita de un importuno.

Era Juliana, que á pesar de haber variado de posicion, no habia perdido su costumbre contraida, por su oficio de trapera, de dormir muy poco: cuatro horas bastaban para su descanso.

Por consecuencia, como se acostaba á las once de la noche, se levantaba á las tres ó tres y media de la mañana.

III.

Al ver á Estéban, se cubrió precipitadamente; pero al reconocerle se sonrió de una manera bonachona, y dijo:

—¡Ah! ¿es usted, señor?

—Sí, mujer, sí, yo soy: por lo visto, tú no me consideras como hombre; es verdad, estoy ya viejo: veamos; ¿no te ha dolido esta noche la tripa?

—No señor, gracias á Dios.

—¿Ni la cabeza?

—Tampoco.

—¿Has dormido bien?

—Muy ricamente, señor.

—¿Y la niña, no ha estado inquieta?

—No, señor; es un ángel de Dios; no da nada que hacer; todavía está durmiendo la pobrecita de mi alma.

—Vamos, dijo Estéban, tampoco anda por aquí el viajero del Ganges.

—¿Qué viajero, señor?

—Un mal estranjero que tiene muy malas intenciones y que hace mucho daño, Juliana; un infame que mata mucha gente; pero, continua tu tocador: buenos dias.

Y salió dejando asombrada y curiosa á Juliana.

Al interior de aquella casa no habia llegado la noticia del cólera.

Estéban, á quien se respetaba mucho, habia dado órdenes severas á la servidumbre esterior, de guardar silencio.

IV.

Quedaba aun una inquietud á Estéban.

Margarita, la mujer á quien no habia podido olvidar, á la que amaba mas de dia en dia; porque el amor es infinito.

Para formarse una idea aproximada de lo infinito de ese misterio incomprensible, es necesario sentir el amor en toda su plenitud.

V.

Estéban, antes de partir para investigar lo concerniente al orígen de Enriqueta, no habia visto ni una sola vez á Margarita, sino acompañada de Enriqueta.

Habia temido encontrarse á solas con ella. Lo que habia temido Estéban, era que durante su larga paralisis, perturbados los sentidos, Margarita le hubiese olvidado.

La amaba tanto, que no se habia atrevido á esclarecer la duda, por temor de obtener una desesperante certeza.

Solo el temor de la salud de Margarita era el que le daba el atrevimiento para buscarla en la soledad de su cuarto y á aquellas horas.

VI.

Todo dormia aun en la casa.

—Si está cerrada la puerta, dijo Estéban dirigiéndose al cuarto de Margarita, llamaré y preguntaré á una de las doncellas.

Pero la puerta no estaba cerrada.

Al levantar Estéban el picaporte, la puerta se abrió.

—¡Oh! Dios mio, dijo Estéban deteniéndose en el dintel, creo que no debo entrar.

Su corazon latia con la misma fuerza que hubiera podido latir á sus veinte años, si se hubiese aproximado al lugar misterioso del descanso de la vírgen de su amor.

Estéban se habia dulcificado; se habia convertido por sí mismo: habia sido malo por necesidad; se habia hecho escéptico por desesperacion; todo lo habia sacrificado al oro, porque el oro habia venido á ser su última esperanza.

Millonario ya, habia dejado de ser malo, pero no habia conseguido ser feliz.

El remordimiento, el miedo á la justicia de Dios, le habian hecho tan exageradamente creyente, como exageradamente impío le habia hecho su desgracia: conservaba, sin embargo, en la forma como ya hemos visto, y por costumbre, ciertos resabios de ateo; en el fondo creia y temblaba: para desarmar á Dios se iba á las iglesias, pero á las mas distantes y menos frecuentadas de las poblaciones donde residia, y entraba en ellas á hurtadillas.

No queria que le creyesen raton de iglesia: era, en fin, como siempre, estravagante.

VII.

Entre el temor de entrar hasta el fondo del cuarto de Margarita, y la tentacion de hablarla al fin á solas, pudo mas la tentacion que el temor.

—Y bien, dijo, necesito asegurarme del estado de su salud: y sobre todo, de si me ha olvidado: si ha prescindido de mí, sabré á qué atenerme: la duda que me devora es horrible, insoportable. ¿Seré yo el primero que se halla casado con la viuda de su hermano? esto es cuestion de

una dispensa mas ó menos costosa: á Roma por todo, menos por narices; y nadie conoce mis antiguos inocentes amores con Margarita: el que los sabia y sintió por ellos unos celos brutales, no existe; vamos, para algo habia de servirme el cólera.

Si yo no tuviera miedo por su salud, no me atreveria á dar este paso imprudente y peligroso: adelante.

VIII.

Atravesó un saloncito, encontró practicable la puerta de un gabinete, entró en él y se detuvo en el vestíbulo, ó por mejor decir, en el pórtico ornamentado con columnas dóricas de una ancha alcoba, cuya entrada estaba cubierta por anchos cortinajes de muselina blanca ricamente bordados.

Una bella lámpara de noche, puesta sobre una consola, esparcia su débil y lánguida luz en el gabinete.

IX.

Estéban no se atrevió á abrir aquellas cortinas.

El espacio, mas allá de ellas, era para él sagrado, porque el amor del alma, el amor que puede llamarse verdaderamente tal, es como todos los sentimientos nobles, una religion.

Vaciló aun entre volverse y llamar á Margarita.

Sintió durante aquella vacilacion una verdadera agonía.

Se decidió al fin y dijo con voz trémula, aunque perfectamente perceptible.

—¡Margarita!...

Se oyó á seguida, dentro de la alcoba una esclamacion ahogada que tenia mucho de gemido.

—Está despierta; pensó Estéban; ¿estará enferma?

Y la volvió á llamar con doble ansiedad.

—¡Estéban! dijo con acento de asombro y de reconvencion Margarita.

—Nada... no es nada, se apresuró á decir Estéban; es que suceden cosas muy graves.

—¿Que suceden cosas muy graves, y no es nada? contestó Margarita con ansiedad: espera, espera un momento.

Estéban la sintió arrojarse con precipitacion del lecho al suelo.

Poco despues la vió aparecer Estéban entre las colgaduras, esbelta, gallarda, envuelta en una ancha bata de noche, cubierta la cabeza con una gorrita de encaje.

Estéban dió un grito, y se retiró á medida que se acercaba Margarita.

—¿Qué es eso? ¿por qué esa turbacion Estéban? dijo ella.

—Es que me pareces mas hermosa que nunca, Margarita de mi alma.

—Y ¿es eso lo que venias á decirme? ¿era eso el asunto grave? esclamó con una dulce severidad Margarita.

—No, no, repuso Estéban; este es un incidente que ha sobrevenido; se trata de otra cosa.

—¿Ha muerto mi hijo? ¿está herido? esclamó con ansia Margarita: ayer he recibido una carta suya fechada en Orduña, en que me daba escelentes noticias de su salud: pero tu has estado ausente, no se sabe dónde; tal vez, Miguel, está herido gravemente; me escribe engañándome y tú vienes...

—Yo no vendria á darte una mala noticia, turbando tu sueño.

—Yo no duermo, Estéban; contestó tristemente Margarita: cuando me rinde el cansancio, caigo en un insomnio; pero si mi hijo no ha sufrido ninguna desgracia, ¿qué asunto grave te trae á estas horas á mi cuarto?

—Eres completamente libre, Margarita, dijo Estéban; si no lo fueras, no me hubiera acercado á tí: tengo razones, razones muy poderosas.

—Bien, veamos.

—He temido por tu salud; no te alarmes, no te asustes; el cólera está en Madrid y se ensaña en la poblacion.

—¡Dios mio! esclamó Margarita: Enriqueta, mi pequeña Clara...

—¡Ah! no, no; acabo de verlas; duermen tranquilas; necesitaba verte tambien: moria de ansiedad.

—¡Oh! gracias, Estéban, gracias, dijo Margarita sentándose en un sillon.

—Quiero verte, á la blanca luz de la mañana, dijo Estéban.

Y abrió el gran balcon del gabinete.

Estaba próximo á salir el sol, y la luz era clara, pura y diáfana.

Estéban se acercó á Margarita.

—¡Oh! eres la misma; la misma, amiga mia: un poco mas pálida, mas triste, y con los cabellos entrecanos.

—La verdad es que somos ya viejos, Estéban, dijo Margarita, desconcertando con aquella salida á su tenaz amante: tú tienes ya cincuenta y cinco años.

—¡Ah! ¿has ajustado la cuenta? señal innegable de que has pensado en mí: gracias, hija mia, gracias.

—Gracias, ¿por qué? no hay que ajustar cuenta alguna: la cosa es muy sencilla, tú tienes diez años mas que yo, y yo tengo cuarenta y cinco, que sobre mi larga enfermedad, hace de mí una vieja.

—Que me parece una niña, dijo Estéban: es necesario que nos casemos, Margarita.

—¡Ah! una declaracion á quema-ropa, al amanecer y sin preparacion alguna: lo pensaré, caballero: esto no es decir que no: soy libre; y vamos, francamente, te se ama, Estéban, te se ama; pero esto no quiere decir que no haya yo de pensar muy sériamente en si debo ó no llevar á cabo un segundo enlace con el hermano de mi difunto marido: ahora, caballero, hágame usted el favor de salir, cerrando antes ese balcon: no acostumbro á levantarme tan temprano, y es ya la hora de mi breve sueño: buenas noches, señor mio.

Y se levantó y se dirigió á la alcoba.

Estéban se acercó á ella, la cogió una mano, y se la besó.

Aquella mano era suave y mórbida.

Además, ardia y temblaba.

Estéban cerró el balcon y salió conmovido, con las lágrimas en los ojos y la sonrisa de la felicidad en los labios.

—Tan feliz me siento, y de tan buen humor, por la primera vez de mi vida, dijo al verse en las galerías del ancho patio de la casa, que casi, casi, me atrevo á ir á informarme de si se ha llevado el diablo á mi buen hermano el señor vizconde de Nava-redonda. Además, con él vive Eugenia: tengo una absoluta necesidad de saber si el cólera ha respetado á ese ángel: vamos allá.

Bajó las escaleras, encontró cerrada la puerta esterior, hizo levantarse al portero que salió; le abrió, y Estéban bajó rápidamente á la calle de Segovia; subió por ella hasta cerca de la plazuela de Puerta Cerrada, y al llegar á una gran casa, tropezó con un antiguo conocido.

Con Gabriel de Figueroa, novio de Eugenia, que se paseaba por de-

lante de la cerrada puerta de la casa, donde vivia el vizconde de Navaredonda.

X.

—¡Ah, don Estéban! esclamó el jóven abrazándole.

—¡Ah, don Gabriel! contestó Estéban, dando un franco estrechon á Gabriel.

En aquel momento se oyó rechinar un carro que se acercaba.

—Esto es horrible, dijo Gabriel, ¿qué hemos hecho para que Dios nos envie esta calamidad?

—Vamos siendo muchos y va faltando racion para todos, dijo Estéban; las epidemias son providenciales, amigo mio, solo que es muy triste que la Próvidencia cargue con nosotros, ó se nos lleve una persona querida.

En aquel momento, el carro pasaba por delante de ellos. Iba atestado de cadáveres.

—Seis por lo menos he visto pasar, dijo Gabriel que estaba muy pálido, desde que aguardo ansioso, por ver si se siente alguna novedad, casa del vizconde, ó si se abre la puerta para informarme de la salud de Eugenia.

—¡Cómo! pobre amigo mio: pues qué ¿no pela usted ya la pava con mi sobrina?

—¡Ah! no señor; me veo obligado á verla desde lejos; no sale de casa, sino con el vizconde y en carruaje: cuando vuelven su tio la obliga á estar á su lado, leyéndole la vida del santo del dia; la Biblia, la Gaceta, para saber cómo andan los negocios de don Cárlos: á las diez de la noche, la encierra con sus doncellas en un cuarto interior, y hasta las diez de la mañana que vuelve á sacarla; esto es morirse; esto es horrible; se opone á nuestro casamiento: dice que soy un pobre demonio atrevido, y su sobrina una loca: sus humos aristocráticos señor don Estéban, nos están matando á los dos. Dios quiera que la reina triunfe pronto de don Cárlos, que se adelante en el camino de la luz, de la libertad y se acaben todas estas rancias preocupaciones.

—Nos casaremos, don Gabriel, nos casaremos, dijo Estéban que estaba de muy buen humor, á pesar del cólera, y no tardaremos mucho.

—Eugenia es menor de edad.

—Pero yo soy muy mayor.

—El vizconde es terrible.

—Yo lo soy mas.

—¡Ah! no tengo esperanza.

—Créame usted; Antonio es fuerte con los débiles; conmigo no, porque sabe que en último resultado me anticipo á su asma y le estrangulo; no perderíamos nada; un faccioso menos.

Estéban parodiaba la frase de Martinez de la Rosa cuando al anunciarse en el Estamento la presencia del Pretendiente en las provincias, esclamó con un inocente desprecio que tenia sus puntas de pretencioso: un faccioso mas.

XI.

Permítame usted, don Gabriel, dijo Estéban; ese carro que acaba de pasar me recuerda que tengo un deber que cumplir: estoy de prisa; voy á llamar tan fuerte á la puerta de mi hermano, que me abrirán pronto, y volveré al momento á dar á usted noticias.

Estéban llamó estrepitosamente.

A los tres minutos se abrió la puerta y apareció Cristóbal.

—¿Hay algun muerto? dijo Estéban, pronunciando impíamente la misma frase que pronunciaban los conductores de los carros lúgubres á las puertas de las casas.

—No, no señor, gracias á Dios, contestó Cristóbal; la señorita duerme bien, añadió dirigiéndose á Gabriel, me lo ha dicho Justa desde detrás de la puerta del cuarto, porque ya sabe usted que la llave de esa puerta duerme con su escelencia debajo de la almohada.

—Gracias, Cristóbal, gracias, dijo Gabriel.

—¡Ah! criado infame, traidor á tu amo, dijo Estéban dando un cariñoso empujon á Cristóbal; vamos, vamos á ver si mi hermano duerme tambien.

El antiguo ayuda de cámara, convertido por lo visto en portero, se entró para adentro, precediendo á Estéban y dejando abierto el postigo de la puerta.

XII.

El señor va á enfurecerse, dijo Cristóbal, y lo negro será para mí cuando se vaya usía.

—Pues con despedirte y venirte á mi casa, hemos concluido, dijo Estéban subiendo las escaleras.

—Perdóneme usía, pero quiero tanto al señor vizconde, que para que yo saliese de su casa, seria necesario que me echase á palos, y su escelencia está tan acabado que no puede; además, está tan acostumbrado á mi, como yo estoy encariñado con su escelencia.

—¿De verás, Cristóbal? dijo Estéban deteniéndose en el primer descanso de la escalera.

—De un dia á otro, señor; su escelencia se ahoga; no vive mas que para sufrir: da compasion.

—¡Pobre hermano mio! esclamó Estéban continuando el ascenso del segundo tramo de la escalera; la verdad es que yo le quiero: su fondo es admirable; hay que perdonarle sus rarezas: lo realiston que es, y sobre todo, su genio endiablado: ¿se encierra por dentro, Cristóbal? porque como se encierre estoy seguro de que no me recibe.

—No es posible que se encierre: tengo que entrar y salir continuamente para cambiarle de posicion, para incorporarle; por eso me ve usía completamente vestido; yo no me acuesto hasta las diez, hasta que su señoría se levanta para ir á un sillon, del que no se mueve mas que para salir con la señorita en carruaje, en el que se le mete á puñados como se puede.

—Vamos, vamos, no me cuentes mas lástimas, Cristóbal; porque te advierto que con los años se me ha puesto el corazon muy tierno.

—Siempre ha tenido usía muy buen corazon debajo del carácter enérgico de la familia: y ¿cuándo ha venido usía? ¿está usía bueno?

—Ayer, muy bueno, gracias, Cristóbal.

—¿Y el señor duque?

—No lo sé.

—¡Cómo! ¿no viene usía de allá?.. por aquí creíamos que usía habia ido á ver si podia traerse al señor duque.

—No; he estado en otra parte; pero mi sobrino vendrá, porque yo haré que destinen su regimiento á la guarnicion de Madrid, aunque me cueste un ojo de la cara: ¿sabes que esta casa es interminable, Cristóbal?

—Y magnífica y muy cómoda, señor: casi casi, es mejor que la otra.

—Por lo visto mi hermano ha ido á esconderse en el último mechinal.

—No, no señor; las mejores habitaciones son las que dan al jardin que está al Mediodía.

—Magníficas habitaciones para verano, dijo Estéban, y con el calor que hace este año se sudará en ellas el quilo.

—Para el señor vizconde siempre es invierno: ¿creerá usía que ayer me hizo que le encendiese la chimenea? ¡y cuidado si ayer hacia calor! ¡se achicharraban los pájaros! pero el señor vizconde tiene el frio metido en los huesos.

—¡Calla, hombre, calla! contestó Estéban; ¡pobre Antonio! ¿pero no hemos llegado todavía á su cuarto? esta casa es un laberinto.

—Ya estamos en él, señor, dijo Cristóbal deteniéndose delante de una gran mampara: ¿se anuncia á usía, ó entra usía sin que le anuncie?

—Lo segundo, Cristóbal; porque si se hace lo primero, será capaz de negarse.

—Como usía guste, dijo Cristóbal, y venga sobre mi lo que viniere.

Y abrió con un llavin la mampara.

XIII.

Estéban, acompañado de Cristóbal entró en un recibimiento destartalado, desamueblado, y que parecia mas desnudo á causa de la dorada luz del sol naciente que penetraba de lleno por una gran reja.

Estéban al ver aquella desnudez se detuvo.

—¿Pero qué es esto, Cristóbal? dijo: tú te has equivocado: esta no puede ser la habitacion de mi hermano.

—Si, sí señor, dijo tristemente Cristóbal: don Cárlos tiene la culpa: yo era un poco realista, señor, lo confieso: he nacido en la casa, y por costumbre pensaba como oia hablar á mis señores.

—Como los animales, dijo Estéban: tú tienes memoria y voluntad, pero te falta entendimiento: tu lealtad es la del perro: ¡hasta que se convenzan que el hombre sin educacion no tiene personalidad!... ya, ya se ve, mis hermanos eran como tú pobre Cristóbal; unos ignorantes de sangre azul que decian lo que habian oido decir: se emperraban en imitar lo que habian visto, y eran una especie de ilustres perros que se tendian realisimamente á los pies del rey y sufrian con mucho amor sus bastonazos, mordiendo á todo lo que no era el rey: unos animales humanos.

—Sí, sí señor; pero la verdad es, que asi que yo he visto entrar en la casa la miseria y salir el dinero á esportadas para los facciosos, me he hecho mas liberal que Riego.

—Vamos, te voy encontrando el entendimiento, Cristóbal: cuéntame, cuéntame: no quiero ver á mi hermano hasta estar bien informado.

—Mire usía, dijo Cristóbal bajando la voz: aquí se vive mal; todo es estrechez: no han quedado mas que tres criados, el cochero, un lacayo que sirve de portero, y de criado, y de no sé cuántas cosas, y yo que me multiplico; que soy ayuda de cámara, que sirvo á la mesa, que hago recados, y ¡asómbrese usía! que voy á la compra con dos duros.

—¡Tú me engañas, Cristóbal, tú mientes! dijo Estéban profundamente conmovido: esa es demasiada miseria.

—No hay cocinero, continuó Cristóbal; para lo que se come basta con una mala cocinera gallega: la señora condesa de Valdehumos, la pobre señorita, no tiene mas que una doncella: á los criados antiguos se nos debe el salario: solo se paga á la cocinera y á la doncella, porque como son nuevas, si no se les pagara se irian: hace ya un mes, tengo que ir por la tarde á que el padre fray Serapio de Rozas me dé dos ó tres duros para el gasto del dia siguiente, y ya empieza á poner mala cara: y eso que se ha llevado talegos y talegos de onzas de oro: en cambio, segun dice el señor vizconde, mantenemos en campaña, ó hemos mantenido, tres batallones vizcainos, los hemos equipado, los hemos armado, y cuando el rey nuestro señor venza á su rebelde sobrina, que será un dia de estos, se nos pagará todo: entre tanto, las rentas del señor, las de la señorita, están empeñadas yo no sé para cuánto tiempo: las fincas libres han sido vendidas; las vinculadas están sujetas á hipotecas: el dia en que fray Serapio no me quiera dar tres duros, ni dos, ni uno, para la compra, saldremos á pedir limosna cada uno por su lado, Toribio, Elías y yo: ¿qué le hace? ¡viva el rey nuestro señor don Cárlos V! ¡mal rayo!... perdóneme usía, porque no sé lo que me digo; pero Dios ha hecho muy bien en enviarnos el cólera.

—¿Y mi sobrina?

—La señorita sufre y calla.

—No, no te hablo de Eugenia; te hablo de mi sobrina política Enriqueta; ¿no ha hecho nada por mi hermano Antonio?

—¡Ah, señor! su escelencia es un ángel: como Toribio es un hablador, ya sabe usía quién es Toribio, el cochero; contó un dia á Juan, al primer cochero de su escelencia lo que por aquí pasaba: su escelencia lo supo y se nos echó encima; me prohibió que le anunciase, como ha hecho usía, se entró de rondon en el cuarto del señor vizconde, y se arrojó

á sus pies: yo estaba en la puerta: mire usía, cuando me acuerdo de aquello se me saltan las lágrimas.

—No vengo á que usted me perdone, mi querido tio, dijo la duquesa; vengo á ofrecer á usted, á entregarle todo lo que posee Miguel: yo no quiero ni el quiere que usted sufra: gaste usted nuestras rentas, nuestros bienes en favor de don Cárlos: esto es horrible; yo no he vacilado un momento, yo no puedo permitir esto.

—Se me busca para ultrajarme, contestó el vizconde; ¡se me ofrece una limosna! ¡no la necesito! ¡yo no conozco á usted! yo no tengo parientes, estoy solo en el mundo: usted se ha equivocado; yo no soy la persona que usted busca: ¡váyase usted! ¡no vuelva usted á pasar las puertas de mi casa! ¡yo no tengo nada que ver con los infames rebeldes, con los herejes condenados! lo que yo comiese debido á su dinero, me envenenaria! ¡ah, ah! está tiñendo su espada deshonrada en sangre de leales, y me envia á su mujer para que me insulte, para que se goce en la miseria á que me han traido mi honor y mi lealtad; ¡véte! te perdono, porque soy cristiano; pero no quiero verte ni á tí, ni á tu marido, ni á tu hija; véte, ó llamo á mis criados para que te echen fuera.

La señora duquesa insistió, lloró, suplicó, se desesperó, y todo fue inútil; el vizconde se irritaba mas y mas, y se vió obligada á salir.

Al salir me dijo, dándome un rollo de billetes de Banco y llorando como una Magdalena.

—Tome usted, Cristóbal: no diga usted que yo le he dado esto; es usted un antiguo criado de la casa; pruebe usted su lealtad guardando este secreto: cuando se acabe vaya usted á pedirme mas.

—Yo, señor, me olvidé de que era criado, agarré las manos á su escelencia, y se las besé.

—Quiero ver á la señora condesa, me dijo su escelencia.

—Eso es de todo punto imposible, señora, la respondí: el otro dia la cogió el señor vizconde que daba un paseo apoyado en mi brazo por la casa asomada á un balcon de los que dan á la calle, creyó que estaba hablando con su novio, y la encerró: para ver á la señorita Eugenia seria menester pedir al señor vizconde la llave.

—Bien, suframos esta nueva desgracia, dijo la señora duquesa.

Y salió, dejándome los billetes, que montaban á diez mil duros.

Cuando entré temblando en el cuarto del señor, le encontré medio accidentado: cuando á fuerza de fuerzas volvió en sí, fue ella.

—¡Eres un canalla, un infame, un bandido! me dijo: ¡dejas entrar en mi casa á mis enemigos para que me insulten, para que me maten! no te despido por esta primera falta, porque eres un bestia y no sabes lo que haces. ¡Ah! ¡ha venido á gozarse en mi honrosa pobreza! ¡á ofrecerme una proteccion humillante! ¡quién no cree en Dios no puede ser mas que un malvado! ¡quien se hace cómplice de la usurpacion, de la impiedad, de la licencia, del olvido de todo lo justo y lo santo, no es mas que un monstruo! ¿cuánto dinero te ha dejado esa mujer?

No me atreví á negar nada el vizconde: estaba furioso.

—Me ha dado diez mil duros, le respondí.

—¡Y tú, miserable, los has tomado! Mira, vuélveselos á llevar: díla que para que yo no te despida necesitas un recibo de ese dinero: quién ha olvidado lo que yo soy, es capaz de haberse olvidado de su honradez y de guardarse ese dinero: yo no quiero que por un robo tuyo la duquesa de Campo-Nuño crea que yo he aceptado su limosna de una manera indirecta y vergonzosa, escudándome con un criado. Y oye: no creas que puedes engañarme; yo preguntaré á mi primo Serapio si el dinero que gastemos nos lo ha dado él ó no: basta ya; véte, lleva ese dinero á la duquesa y traéme el recibo.

—Animal, animal, y cien veces animal, esclamó Estéban: servilon impenitente, soberbio contumaz, tonto, estúpido, desagradecido, realista en fin, bestia. Véte, Cristóbal: allá me voy yo á luchar con él á brazo partido: si te despide á mi casa; que se quede solo.

Y Estéban abrió una puerta y entró en un gran cuarto, poco menos desnudo que el recibimiento.

XIV.

Los balcones de aquel cuarto estaban cerrados: la débil luz de una mariposa apenas le alumbraban, por su grande estension.

El pavimento de mármol, estaba desnudo.

Las paredes, cubiertas de antiguas tapicerías, sin un solo cuadro.

Las sillas, escasas, eran de paja.

Sobre una gran mesa de nogal, puesta en el centro, estaban, la mariposa, una botella que contenia un líquido blanco, sin duda una tisana, una taza, un platillo del Japon y dos candeleros de plata cincelada, con dos bujías ordinarias apagadas, una escribanía de plata y algunos libros.

—Tal vez mañana estos utensilios de plata, últimos restos de un gran naufragio, serian vendidos para mal comer algunos dias, si yo no hubiera sobrevenido, dijo Estéban; es necesario obrar con mucho talento para sacar partido de este pobre estúpido: ¡vah! es mi último hermano, y debo ser paciente y dulce con él: su situacion no puede ser mas deplorable: y hay algo de ruda grandeza en su fanatismo; perece y no se rinde: veamos, veamos: sobre todo, dulzura, tino y prudencia.

XV.

Estéban entreabrió un balcon, y entró en la alcoba.

Sobre un antiguo y estenso lecho, bajo colgaduras de damasco rojo, dormia profundamente el vizconde.

Sú semblante estaba demacrado, pálido, marcado con el sello de la miseria y del dolor.

Habia en aquel pobre semblante la espresion de una dolorosa fatiga del espíritu.

Aquel profundo sueño era un amodorramiento: era que la materia se rendia á un sopor que estaba muy lejos de ser un descanso.

Por la boca entreabierta del vizconde salia el ronquido de un hervidero espantoso.

XVI.

—¡Oh! esclamó Estéban: yo no habia supuesto tanto; no habia podido suponer tanto: este es el sufrimiento de los sufrimientos: pues bien, le engañaré; le haré la caridad de doblegar mi carácter: es necesario que padezca menos: no me conozco: ¡por vida de!... me parece que le amo como si fuera mi hijo.

Y se inclinó sobre el vizconde, y le besó en la frente.

Aquel beso espansivo, aquel beso de fuego, obró magnéticamente en el vizconde, que despertó, y despertó sonriendo.

XVII.

—¿Quién me ha besado? dijo; yo he sentido algo tan dulce como no lo he sentido nunca.

Vió entonces á Estéban, le reconoció, se borró su sonrisa y se nubló su semblante.

Pero aquella corriente de amor que habia pasado un momento por él le halagaba aun, le modificaba.

—¡Ah! ¿eres tú Estéban? dijo con estrañeza pero sin acritud: ¿á qué vienes? ¿qué quieres?

—Verte, Antonio, saber cómo estás; acabo de llegar de un largo viaje, me he encontrado aquí con el cólera, y he tenido miedo por tí: me parece que eres muy desgraciado, hijo mio, y lo siento; pero aquí está tu hermano mayor, tu padre que desea consolarte.

—Tú serás siempre el mismo, Estéban, dijo tristemente el vizconde: buen corazon en el fondo; pero corazon pervertido: me amas, ya lo sé, y yo te amo; pero nos separa un abismo: tú no crees, tú estás dejado de la mano de Dios, tú estás perdido.

—No, dijo Estéban; la misericordia de Dios no abandona á aquellas de sus criaturas que tienen buen corazon; me he convertido, me he arrepentido de mis desórdenes, he reconocido mis herrores: pregúntaselo, pregúntaselo á nuestro buen primo Serapio: él me envia, acabo de visitarle.

—¿Y por qué no ha venido Serapio contigo?

—Le reclamaban los moribundos; Dios nos castiga de una manera terrible: la epidemia se ensaña cruelmente; ayer se presentó, y ya se cuentan por miles los cadáveres: en estas pruebas dolorosas, Antonio, el sacerdote no se pertenece; pertenece al dolor y á la agonía.

—¡Ah! nuestro primo Serapio es un santo, dijo el vizconde; ¿y de dónde vienes, Estéban?

—De campaña.

Se nubló el semblante del vizconde.

—Sí, dijo con acento acre; habrás ido á defender á Cristina.

—¡Ah, no! el error no me envuelve ya: pertenezco en cuerpo y alma al rey nuestro señor.

—¿Y qué has hecho, qué has hecho por él? preguntó con afan el vizconde.

—Yo soy millonario, contestó Estéban; he encontrado un tesoro de mi familia.

—Ya lo sé, ya lo sé; pero bien, ¿qué has hecho por el rey?

—He puesto á sus pies mi hacienda y mi vida.

—¡Ah! ¡ahora sí que eres mi hermano, Estéban! esclamó el vizconde con las lágrimas en los ojos: ¿pero por qué has abandonado las provincias, por qué has venido aquí?

—He venido á ponerme al frente de una conspiracion.

—¿Sí?

—Sí, conspiro: aquello va muy bien por allá: las provincias son indomables y se han levantado en masa por el rey; esto acabará muy pronto: hay dinero y sobrenombres: todos los buenos españoles contribuyen á la justa causa: pronto, muy pronto, Antonio, los bravos vascongados, los leales navarros, los invencibles aragoneses, los buenos castellanos viejos traerán al rey á Madrid y le pondrán sobre el trono de sus mayores; pero es menester preparar la insurreccion de la córte: hace ocho dias me decia el rey en Orduña.

—Has sido un mal hombre, un impío, un republicano, un monstruo; pero Dios te ha tocado al corazon y te has convertido sinceramente; tú eres el mas á propósito para servirme en Madrid: nadie creerá que un viejo y empedernido republicano sirve de buena fe la causa realista: pónte de acuerdo con Zumalacárregui y marcha cuanto antes.

—Aquí estoy, Antonio.

—¿Y sabe todo eso Serapio?

—Sí, y no nos hubiéramos separado si no fuera porque ambos queríamos saber el estado de tu salud, y porque él tenia que cumplir con su deber y con su caridad al lado de los moribundos; pero voy á verle de nuevo, á llevarle la noticia de que el cólera te ha respetado, y á ponerme de acuerdo con él para servir á su magestad.

—Sí, sí, véte; este es el dia mas hermoso de toda mi vida: haced un momento de lugar y venid los dos; pero ahora véte; el rey antes que todo.

—¡Ah! me olvidaba, dijo Estéban; ¡ya se vé, tengo tantas cosas en la cabeza!... Serapio me ha dicho que te dé estas dos onzas, que debe hacerte falta dinero.

—¡Ah, qué bueno es Serapio! esclamó el vizconde poniendo bajo la almohada las dos onzas que le habia dado su hermano.

—Ahora, adios, dijo Estéban, dentro de poco vendremos Serapio y yo.

—Hasta luego, hermano, dijo el vizconde estrechando con toda la fuerza que tenia la mano de Estéban.

XVIII.

Este salió murmurando para sí.

—No sabia yo que era tan buen cómico, ni que queria tanto á Antonio: solo por él hubiera yo hecho el papel nauseabundo de faccioso: ¡pobrecillo! he estado acertado en no darle mas que dos onzas: si le hubiera dado mas hubiera desconfiado. ¡Ah! ¿estás tú ahí, buena pieza? dijo al ver á Cristóbal que esperaba en el recibimiento: ven acá; pongámonos de acuerdo: en primer lugar, por ahora soy mas faccioso que Cárlos V, ¿lo entiendes?

—¡Usía, señor! esclamó con asombro Cristóbal.

—Sí, esta es una conspiracion, y necesito que me ayudes.

—¡Ah! ¡ya! entiendo, dijo Cristóbal, usía quiere hacerse querer del señor vizconde para poder favorecerle.

—Eso es, Cristóbal: cada dia voy descubriendo en tí mas entendimiento; oye; dí al vizconde que me has dejado entrar porque venia conmigo el lego de fray Serapio con recado suyo: por lo demás, te haces el tonto: no te olvides de que conspiramos.

—Sí, si señor, perfectamente; no tenga usía cuidado; entendido.

—Adios, que tengo mucho que hacer.

—Vaya usía con Dios, y que él pague á usía todo el bien que trae á esta casa.

Cristóbal entró en el cuarto de su amo, y Estéban, torciendo y volviendo á torcer por las galerías y por los pasadizos de aquella inmensa casa, encontró como pudo las escaleras y salió á la calle.

En ella esperaba impaciente Gabriel.

XIX.

—Buenas noticias; hermosas y enloquecedoras noticias, mi querido amigo, dijo Estéban estrechando alegremente la mano del jóven.

—Están buenos, ¿no es verdad?

—El cólera no ha entrado aquí: ¿pero están locos esos curas párrocos y las autoridades que consienten ese doble general? ¡oh! ¡qué bárbara estupidez! no se oyen mas que campanas tocando á muerto; para que se mueran de miedo tantos ó mas como del cólera...

—Han dejado de pasar carros, dijo Gabriel; pero mientras usted ha estado dentro, ha pasado tres veces el Viático, con campanilla, acompañamiento y cirios.

—Como si no estuviéramos azotados por una espantosa epidemia. ¡Pero señor, quién nos gobierna!...

—¿A dónde vamos por aquí, don Estéban? dijo Gabriel viendo que descendian por la calle de Segovia.

—A ganar la plazuela de San Andrés y la Carrera de San Francisco: vamos al convento á ver á mi buen primo fray Serapio de Rozas.

—¿Y para qué?

—Para que se case usted con Eugenia dentro de ocho dias, se entiende, si el cólera lo permite.

—¡Casarnos Eugenia y yo, dentro de ocho dias! esclamó Gabriel deteniéndose, y pálido de emocion.

—Si, si señor; pero para eso es necesario que usted conspire.

—¿Qué conspire yo?

—Sí, en favor de don Cárlos.

—Nunca, don Estéban, nunca: á ese precio, renuncio á Eugenia, que es lo mismo que renunciar á mi vida.

—Sigamos, sigamos y no sea usted niño, dijo Estéban; la posesion de Eugenia, bien vale una franca adhesion á Cárlos V.

—¡Nunca! repitió con energía, pero con acento desesperado Gabriel; adios, señor don Estéban.

—¡Eh! ¿á dónde vá usted? usted no será faccioso mas que para el vizconde de Nava-redonda.

—¡Ah! esclamó con alegría Gabriel: Dios perdone á usted el martirio que me ha hecho pasar.

—Es que yo tengo todavía algo de diablo; pero vamos, vamos de prisa á ver á mi primo Serapio, no sea que se nos anticipe el cólera, aunque á mí me parece que como los frailes son por sí mismos una epidemia, las otras epidemias los respetan.

XX.

Subian en aquel momento por la Costanilla de San Andrés.

Una frase alarmante hizo detenerse á Estéban.

Aquella frase habia partido de la conversacion de dos viejas que estaban á la puerta de un casucho.

—Lo que usted oye, señora Martina, habia dicho la una de ellas: no tenga usted duda; aunque es verdad que el cólera se lleva mucha gente, tambien es verdad que la mayor parte de los que mueren es á causa de que los frailes han envenenado las aguas.

—¡De dónde diablos ha salido esta idea infernal! dijo Estéban: sigamos, sigamos, amigo don Gabriel; no nos mezclemos en esto ni con una sola pregunta: va á suceder algo horrible, algo que solo puede evitar el gobierno: en estas situaciones lo mas prudente es callar, porque nada se puede evitar, y una sola palabra puede comprometernos gravemente.

Y Estéban seguia trepando por la áspera subida de la Costanilla, á todo cuanto podia andar.

—Pero esa es una frase aislada, dijo Gabriel.

—No, no; la palabra acusadora de un individuo del vulgo es la palabra del vulgo entero, de ese monstruo de innumerables cabezas, que acepta una idea por descabellada que sea esta idea, y la lanza en rugido: los frailes están sentenciados; esto es espantoso.

—¿Y por qué no avisarles?

—¡Avisar que va á partir el rayo de la nube cargada! ¡ah! ¡lo inevitable! ¡lo inmutable! se han hecho odiosos; han tomado al descubierto de una manera audaz é imprudente la defensa de don Cárlos, de cosas que ya no tienen razon de ser, contra las cuales protesta una mayoria inmensa: están ciegos, han sido imprudentes, y la calumnia los asesina: ¿pero de qué cabeza infernal ha salido esa acusacion? el vulgo cree las acusaciones absurdas, pero no las inventa; el vulgo no tiene entendimiento para inventar nada, ni aun lo absurdo; es un animal feroz sin educacion, abyecto, corrompido; y á la crencia del vulgo, á la creencia estúpida del vulgo, se da el pomposo nombre de opinion pública: ¡oh! estamos todavía envueltos en la sombra: adelante y silencio; salvemos, si podemos salvarle, á Serapio: ¡oh! ¡le salvaremos! ahora todo consiste en que yo ensanche el plan de mi comedia; ahora mas que nunca está asegurada su boda de usted; pero los van á matar; sí, los van á matar: dentro de poco, al doblar de las campanas por los muertos, se unirá el toque desesperado de rebato de las campanas de los conventos: de seguro, esta idea horrible ha sido propalada por los ladrones de Madrid: en los conventos hay mucho dinero; el crímen es ingenioso; el esterminio á nombre de la libertad servirá de pretesto al robo: ¿y el gobierno? ¿qué hace el gobierno? debe saberlo; su policía está en todas partes: una com-

paña á cada convento, la estincion inmediata de los regulares, y la situacion está salvada: se habrá evitado un dia de horror, se habrá impedido que caiga una mancha que nada podrá borrar en la historia de nuestra revolucion: ¡ah! espere usted, detengámonos; esto es muy grave; aparentemos que hablamos de cualquier cosa.

Estéban habia oido una nueva frase.

Un hombre de muy mala facha estaba hablando en una esquina de la plazuela de la Paja con un tachuelero, con uno de esos zapateros de martillo, que á fuerza de clavos hacen durar un siglo los zapatones de los aguadores y de los mozos de cuerda.

XXI.

—¡Vaya si le han hecho pedazos! decia el hombre de mala facha al tachuelero.

Esta era la frase que habia detenido á Estéban.

—¿Pedazos, hombre? dijo el tachuelero, ¿y dices que era un niño de diez años?

—Hijo de una bribona muy frailera; tenia una jeringuilla de caña en la mano y andaba jugando con ella en la fuente de Puerta Cerrada; haciendo como que jugaba; ya lo habian visto de la misma manera en la fuentecilla de la calle de Toledo; era un envenenador: en la jeringuilla habia arsénico; le han hecho pedazos, y han hecho bien.

—Pues mira, dijo el tachuelero, á mí no se me da nada de que hayan envenenado el agua, porque yo bebo siempre vino.

—¿Sí? pues vamos á la taberna de Polito á ver si nos envenenan, dijo el hombre de mala facha.

Y se fueron.

XXII.

—Mucho será que no hayamos oido á uno de los infames propaladores de esa calumnia, dijo Estéban poniéndose desde luego en marcha con Gabriel; vea usted si yo decia bien; ya ha habido sangre; un infeliz niño que se divertia inocentemente, ha sido la primera víctima de la espantosa tragedia que ya ha empezado: adelante, adelante; mire usted en esa taberna; bribones de chaqueta y garrote, pájaros de mal agüero, grupos de canalla en la carrera de San Francisco; Dios quiera que sea aun tiempo

de salvar á Serapio: no tan de prisa, por aqui, amigo mio, que pueden sospechar esos bribones; el convento está ya acechado.

XXIII.

En efecto, á lo largo de la carrera de San Francisco, se veian algunos grupos sospechosos compuestos de tres ó cuatro hombres, cada uno pertenecientes por su facha á la hez de la canalla.

Estéban y Gabriel pasaron junto á ellos hablando de cosas indiferentes.

Llegaron al fin á la portería del convento, y Estéban preguntó al portero:

—¿Sabe hermano, si está en la casa el padre fray Serapio de Rozas?

—Sí señor, contestó el portero; su paternidad está desde ayer algo enfermo y guarda cama.

—El cólera.

—No señor, gracias á Dios, ningun religioso ha sido acometido.

—Vamos, si; dijo Estéban, algun constipado de verano, alguna jaqueca; voy á verle; buenos dias, hermano portero.

—Buenos dias señores, contestó el lego.

Entraron en el claustro bajo, subieron al claustro alto, y delante de la puerta de una celda, Estéban dijo á Gabriel.

—Aqui es; espere usted un momento, no es prudente que entre usted conmigo; dentro de poco saldremos Serapio y yo.

XXIV.

Estéban abrió la puerta y entró.

En la ante-celda no habia nadie; en la celda tampoco.

Estéban entró en el dormitorio y se encontró con su primo Serapio que roncaba beatificamente produciendo un ruido semejante al de una contra de órgano.

—Sano y resano, dijo Estéban, su enfermedad es miedo de ir á las casas de los coléricos: ¡eh! Serapio, añadió poniéndose ambas manos á los lados de la boca y produciendo una especie de trompetazo.

Era imposible que el dormido no despertase.

Abrió asustado los ojos, y se incorporó de una manera violenta.

—Vamos, es necesario que te pongas bueno, buenísimo, y que te vengas conmigo, le dijo Estéban.

—¡Ah! ¡eres tú! esclamó Serapio con su voz potente y con el acento del disgusto y de la estrañeza; ¿qué quieres?

—En nombre del rey nuestro señor, y para su servicio, vístete.

—¡Eh, eh! ¿qué dices tú del rey nuestro señor? dijo creciendo en estrañeza y en disgusto el fraile.

—Conspiro por su magestad: te traigo instrucciones suyas; instrucciones de Zumalacárregui, que en la quinta que estoy construyendo sobre el camino de Francia se reunirán hoy gran número de leales servidores de su magestad para determinar lo que debe hacerse, á fin de asegurar la entrada del señor don Cárlos V en Madrid.

—¿Pero tú eres Estéban de Fonseca? dijo volviendo á incorporarse el franciscano, y mirando de hito en hito á su primo; tú, aquel republicano maldito enemigo de Dios...

—Desde que soy millonario, Serapio, me he convertido; no se puede ser rico y republicano; esto seria un contrasentido, una enormidad: aquí me tienes realista de buena fe, hecho y derecho; con que encapíllate los hábitos y vénte conmigo á casa de Antonio: allí tomaremos un carruaje y nos iremos á mi quinta, con un amigo que se ha convertido tambien, porque le conviene convertirse y hay que ser francos, Serapio, nadie hace mas que lo que le conviene.

—¿Y qué amigo es ese? dijo el franciscano echándose fuera de la cama.

—El novio de Eugenia.

—¡Hum! esclamó fray Serapio poniéndose las sandalias. Ese chico está completamente pervertido; es un liberalote que no sirve mas que para la horca.

—Eso era antes ¿cómo quieres que sea liberal el novio de una grande de España? está en el caso de hacer méritos; se ha convertido tambien y se ha metido hasta el cuello en nuestra conjuracion.

—Pero ¿qué conspiracion es esa que yo no conozco? dijo fray Serapio abrochándose los calzones.

—Una verdadera conspiracion que se aprovecha del cólera.

—¡Ah! esclamó fray Serapio.

—Sí, en estos momentos de terror es mas fácil que en otra ocasion, un golpe audaz: los voluntarios realistas no han olvidado todavía su de-

sarme; están furiosos; hay armas y municiones que han entrado en Madrid de contrabando por ciertas comunicaciones subterráneas que yo conozco: esta noche, cuatro mil hombres bien armados y valientes acometerán á palacio dentro del cual hay gente comprometida por don Cárlos; si no quieres venir, no vengas; pero si rehuyes comprometerte, no vengas á pedirnos mañana una mitra, porque no te la daremos.

—¿Pero señor, que conspiracion es esa? dijo fray Serapio encajándose la cogulla y apretándose el cordon.

—Una conspiracion tal, tan gigantesca, tan secreta que tú mismo que andas en todas las conspiraciones, no la conoces, como que viene hecha de allá; como que de allá han venido encargando la mas profunda reserva, las cartas de cita para hoy, en mi quinta; á tí no te se ha avisado porque yo queria darte una grata sorpresa, pero vamos, hombre, vamos: casa de mi hermano Antonio acabaré de esplicarme; oye, ahí fuera, á la puerta de tu celda, está el novio de Eugenia: no te muestres osco con él porque es de los nuestros: ha hecho grandes servicios á la causa de don Cárlos, y le espera una gran recompensa.

—Bueno, hombre, bien; mas vale asi, y si eso es cierto, veremos.

—¡Ah! oye; he encontrado sumido en una horrible miseria á causa de su lealtad á Antonio; le he dejado dos onzas que le he dicho me has dado tú para él; no le he dado mas para que no desconfiase.

—Todos estamos muy mal, dijo fray Serapio untuosamente, ¿cómo ha de ser? cuando se trata de servir á Dios y al rey, no debemos reparar en los sacrificios: yo no puedo disponer ni de un solo maravedí.

—¿Y qué importa, no soy yo millonario? todo lo que yo tengo, ¿no es vuestro? toma para tí, por el momento, mil duros en billetes: estos otros mil, dáselos á Antonio: cuando te pregunte de dónde te viene, dile que te han pagado una deuda; Antonio te cree como si le hablase por tu boca el Espíritu Santo y tiene razon para ello, porque tú nunca mientes.

—La mentira es un pecado abominable; el pecado de Satanás, dijo fray Serapio, dirigiéndose á la papelera.

—¿Qué vas á hacer? le dijo Estéban.

—Voy á guardar estos mil duros que has tenido la generosidad de prestarme.

—De ningun modo, imprudente; cuando se conspira no se sabe á dónde puede irse á parar y es conveniente llevar dinero.

—Es decir, dijo volviéndose Serapio y fijando una mirada recelosa

en Estéban, que tú crees que hay peligro?

—¿Y en qué conspiracion no le hay, hijo mio? respondió Estéban; supon tú que como no es de esperar, alguno de los iniciados nos hace traicion.

—Es que entonces... dijo tartamudeando fray Serapio.

—No, no, si no quieres venir no vengas; yo no tengo empeño en ello; no te quejes luego de lo que te suceda; no me acuses, yo he cumplido como debia; con que si no vienes, á Dios, que no hay tiempo que perder.

—Vamos, dijo decidiéndose el franciscano, pero ahora recuerdo que he enviado á mi lego á casa de una hija de confesion para que no pase cuidado por mí.

—Déjate de legos, Serapio; ¿qué habíamos de hacernos con ese animal? nos estorbaría.

—Vamos, pues.

Salieron.

Fuera encontraron á Gabriel.

Fray Serapio le saludó con alguna reserva, pero sin acritud, sin hostilidad.

—Dios quiera, dijo para sí Estéban que llegue vivo á casa de mi hermano.

Al salir, fray Serapio dijo al portero.

—Si alguien pregunta por mí, dígale su honestidad que he ido á auxiliar á un moribundo.

—Este es el que no miente, porque la mentira es el abominable pecado de Satanás, dijo para sí Estéban saliendo con Serapio y con Gabriel del convento.

—Qué caritativo y qué bueno, es su paternidad, se quedó diciendo el portero: está enfermo, y sin embargo, allá va á auxiliar á un moribundo. Dios le bendiga, es un santo varon.

XXV.

A poco que anduvieron por la Carrera de San Francisco, fray Serapio se alarmó.

Los grupos habian crecido y al pasar junto á ellos, los que los componian miraban al religioso y á sus acompañantes, de una manera amenazadora.

Al pasar junto al último, que estaba á la salida de la calle, un hombreton mal encarado, dijo:

—Ahí va uno de los envenenadores; mal rayo...

—Todavía no es hora, dijo otro de los del grupo.

Fray Serapio se estremeció y apretó el paso.

—No andes tan deprisa, primo, le dijo Estéban; no hay para que...

—¿Por qué han dicho, ahí va uno de los envenenadores? dijo fray Serapio con la voz trémula.

—¿Por qué dice un borracho una barbaridad? contestó Estéban; porque sobre ser un bárbaro, está borracho.

—Pero, ¿por qué están detenidos cerca de nuestra casa, tantos hombres? dijo fray Serapio.

—Porque como muere mucha gente han hecho del dia de la Vírgen del Cármen un dia de fiesta; si no te satisface esta solucion, busca otra cualquiera; pero anda, anda y calla.

Ganaron sin tropiezo la costanilla de San Andrés, y á poco, Estéban, subiendo las escaleras de la casa de su hermano, esclamaba lanzando un largo resoplido:

—Gracias á Dios que estás en salvo.

—¡Yo! esclamó fray Serapio.

—Sí, contestó Estéban; el pueblo entero de Madrid acusa á los frailes de haber envenenado las aguas.

—¡Oh, Dios mio! esclamó fray Serapio palideciendo mortalmente; nos van á matar.

—Matarán al que maten; lo que es á tí, no: toma, Cristóbal, toma, vete á una peluquería y compra una peluca; tráela al instante; de un momento á otro serán asaltados los conventos; un hábito será una señal de muerte; espera, espera, llévanos á tu cuarto: danos uno de tus vestidos: luego al momento por la peluca.

Cristóbal los llevó á los tres á su aposento.

Abrió su arca y sacó de ella un vestido completo que no era de librea y que le servia para cuando iba de paseo los dias de fiesta.

Fray Serapio temblaba como un azogado.

—Vete ya Cristóbal y no tardes con la peluca: toma otra onza mas por si no basta con la que te he dado de paso; dí á Toribio que enganche un carruaje.

—El carruaje, dirá usía; porque no hay mas que uno y gracias;

Dios perdone á quien tiene la culpa de nuestra miseria; pero vuelvo, vuelvo al instante.

Y salió.

XXVI.

Gabriel y Estéban quitaron el hábito á fray Serapio.

Al dejarle sobre una silla, Estéban dijo:

—Despídete de él Serapio, porque no vuelves á ponértelo mas; ya era tiempo.

—¡Oh! me has engañado, esclamó Serapio; tú eres siempre el mismo.

—Sí; un pícaro negro, un infame republicano que comete el horrible pecado de salvar á un fraile faccioso, porque ha sido su amigo de la infancia, porque es su pariente: tienes razon, soy siempre el mismo, un hombre que vale mas que tú.

—Pero ¿qué va á suceder, Dios mio, qué va á suceder? ¿era esa la conspiracion de que hablabas?

—No embares las piernas, hombre, que no te podemos poner los pantalones, dijo Estéban; ayúdanos algo, ya que de miedo no puedes valerte: la conspiracion, ¿eh? sí señor, sí: ha sido necesario conspirar para que salieses del convento: ponte de pié; ayúdeme usted don Gabriel, que este pesa ocho arrobas largas: ¿qué hubieras tú hecho, si yo te hubiera dicho que por ahí anda diciendo todo el mundo, sin rebozo, en medio de la calle, que habeis envenenado las aguas? hubieras alborotado el convento; se me hubiera detenido; se hubieran traido á cuento mis antecedentes para acusarme de ser uno de los propaladores de esa calumnia; no, no, te he salvado y me he salvado: la acusacion horrible que contra vosotros se lanza, es pública, ¡que el gobierno evite los resultados! yo no puedo hacer nada; pero te juro por mi alma que si pudiera evitar la catástrofe que preveo, aunque aborrezco á la gente de cogulla, la evitaria; no dudes de ello, no calumnies mis intenciones: como te he salvado á tí, los salvaría si pudiera á todos: vamos, la camisa; ahora la corbata: siento que no haya aquí espejo: con tu cabeza monda y tu cerquillo y este traje, haces la figura mas cómica del mundo. Vamos, hombre desentúmete; á pesar de tus hábitos, has conservado el buen talante que tenias cuando eras guardia de corps.

—Pero, ¿por qué nos quieren matar? esclamó fray Serapio.

—Por robaros; los ladrones saben que el pueblo de Madrid, que es liberal en su mayor parte, es enemigo vuestro; porque se sabe que vosotros manteneis la faccion; que, entre otras cosas, enviais á Vizcaya cajones de chocolate que pesan mucho; como que cada libra pesa tres libras: ya lo creo; como que dentro de cada onza de chocolate van dos de oro: se sabe que vuestras beatas, vuestras hijas de confesion saquean sus familias y os envian empanadas para que merendeis, con embuchados de oro; se sabe que sosteneis una cruzada sorda en favor de don Cárlos; que no perdonais medio, que agitais la tea de la guerra civil.

—Defendemos lo justo, lo digno y lo santo, dijo fray Serapio.

—En hora buena, yo no acuso vuestra buena fé: yo respeto las ideas políticas; yo acepto la lucha en todos los terrenos, porque tengo fe en una idea necesaria que ha empezado ya ha realizarse; pero no todos piensan como yo: ven en vosotros un enemigo terrible que dispone de las conciencias y conspira en nombre de Dios, y os atacan á traicion: lo repruebo, lo anatematizo, lo execro, lo deploro porque hoy por hoy me causa horror el asesinato; pero no os quejeis; vosotros habeis provocado este dia terrible; vosotros habeis cargado la nube que avanza sobre vosotros negra, espantosa, terrible. Vamos, ya estás trasformado; con este largo leviton de Cristóbal, pareces otro, no falta mas que trasformarte la cabeza, y ya oigo á Cristóbal.

XXVII.

Cristóbal entró con una caja redonda de carton y la entregó á Estéban.

Dentro habia una magnífica peluca negra que inmediatamente puso Estéban á Serapio.

El franciscano se habia trasformado completamente. Nadie podia sospechar en él á un fraile. Pero le venia un poco grande el sombrero de Cristóbal. Se le achicó con papeles y quedó bien.

—¿Está enganchado el carruaje? dijo Estéban.

—Si, señor, y á la puerta, contestó Cristóbal.

—Dame papel y tintero, dijo Estéban.

Cristóbal sacó de un cajon papel y le puso junto á un tintero que estaba sobre una mesa.

—Vas á escribir una carta, dijo Estéban, sacando de la chaqueta interior del fraile los dos mil duros en billetes; aunque te tiemble la ma-

no, Serapio, no importa; así creerá mejor Antonio que estás enfermo.

—¿Y qué he de escribir?

—Siéntate y oye.

Estéban dictó lo siguiente:

«Mi queridísimo primo:

«Estéban ha venido á buscarme para ir á verte. Un fuertísimo dolor de cabeza y algo de fiiebre me lo impiden; pero como conozco lo apurado de tu situacion, te envio esos dos mil duros, cuya procedencia te diré cuando nos veamos, que confio en Dios será pronto. Bástete saber que es una restitucion que te se hace por mi medio.—A Dios, tuyo,—Serapio.»

—Cierra y pon el sobre: tú, Cristóbal, toma estos dos mil duros y esta carta para el señor vizconde: no nos has visto ¿entiendes? el mas profundo secreto: nadie nos ha visto entrar en casa mas que tú: esconde esos hábitos y esas sandalias y esas ropas donde no parezcan mas.

—Descuide usía, señor.

—Vamos, cuanto antes, dijo Estéban.

Y salieron.

El carruaje los llevó á la plazuela de las Comendadoras, á casa de Estéban.

Pero antes, Estéban hizo parar el carruaje en la plazuela del Limon, delante de la casa de Pancracio y de Ursula.

Juan estaba sentado en la puerta, pálido como un cadáver.

Estéban le hizo entrar en el carruaje, y nada le preguntó.

Cuando llegó á su casa, mandó que metiesen á Juan en una cama.

Luego presentó el padre Serapio á Ana.

—Esta es mi madre, Serapio, le dijo; este es mi primo Serapio, madre mia.

—¡Cómo! dijo Ana que sabia que Serapio era fraile: ¿qué significa ese trage?

—Nada, nada madre mia; que mi primo necesita ocultarse, y le he traido aquí.

Tan malo estaba de miedo fray Serapio que fue necesario meterle en la cama.

Gabriel se quedó á su lado.

Cuando la madre y el hijo estuvieron solos, Ana dijo á Estéban:

—Esta mañana, han traido una carta para tí, que decia era urgentísima; allí está en el cajon de la mesa.

Estéban fué á la mesa, abrió el cajon y tomó la carta.

Por la letra del sobreescrito conoció que aquella carta era de Juan Pulgon.

La abrió sintiendo un estremecimiento frio.

«Estéban: decia, ten preparados para esta noche diez mil duros, porque esta noche, te entregaré las memorias de tu hermano el marqués de Campo-Nuño.—Juan.»

—¡Ah! esclamó Estéban dándose un golpe en la frente; ya sé cuál es la infame cabeza de donde ha salido la calumnia que amenaza á los frailes.

Y sin despedirse de su madre salió precipitadamente.

XXVIII.

Juan Pulgon no estaba en su casa.

Tampoco estaba en la taberna de Bisbis.

Estéban no pudo encontrarle en ninguno de los lugares á donde concurria.

Se volvió triste y abatido, con la cabeza inclinada y sintiendo sobre ella algo terrible, á su casa.

CAPITULO V.

Lo que habia hecho Juan Pulgon.

I.

La tarde anterior Juan Pulgon, despues de haber salido de su casa Estéban, se metió, como dijimos, en una taberna de la plaza, llena de baja canalla.

Habia allí muchos conocidos de Pulgon, como por ejemplo, los bandidos Diezmil, Tresveces, el Mellado, Mediodia, Bolo, etc.

Se hablaba con calor y vaso en mano acerca de la tormenta que aun no habia pasado del todo.

—No hay que meterse á decir que yo soy un tonto, porque digo que tenemos encima el cólera, decia Tresveces con el acento de autoridad de quien sabe lo que dice; antes de la tormenta estaba yo en la posada de Pico, correteando dos carros de vino, cuando llegaron en una tartana dos familias ricas de Arganda con mas miedo que vergüenza, y se metieron en la posada á escape, como si hubieran venido huyendo de alguien: ¿pues sabeis de quién huian? del cólera: esta mañana se les echó encima otra tormenta, y de siete personas que habia en la plaza, á las dos horas habian muerto cinco, y otras muchas mas; en fin, á las dos de la tarde habian caido doscientas, y todo el que habia podido escapar habia escapado: cuando yo ví esta tormenta dije, ya tenemos aquí á ese

señor; vaya, bueno, ¿qué hemos de hacerle? alguna vez le han de echar á uno tierra encima para que no huela: venga vino, Guindilla, que he hablado mucho y se me ha secado el paladar.

—Pues vé tú ahí Tresveces, dijo Juan Pulgon á quien se habia ocurrido en aquel momento una idea formidable, que ya habrá quien se alegre de que se muera medio Madrid y se quede llorando porque no ha muerto la otra mitad.

Y se bebió sin descansar un vaso de medio cuartillo.

—Vaya, señor Juan, dijo Diezmil que era un animalote todo materia y materia infame, dice usted unas cosas que ya; ¿quién diablos se ha de alegrar de que se muera nadie si no le va ni le viene? ahora, el que herede se alegrará, y eso lo entiendo yo muy bien; pero nosotros que no tenemos que heredar á nadie.

—Si yo no tuviera mas conocimiento que tú, bruto, dijo Juan Pulgon, hace mucho tiempo que me hubiera ahorcado; ¿con que no conoces tú á nadie que se alegraria de que murieran á miles los madrileños?

—Hombre, señor Juan, sí, dijo Diezmil, con la vanidad de quien ha dado con la solucion de un acertijo; los curas, los sacristanes, los sepultureros, los medicos y los boticarios.

—Eso por supuesto, dijo Juan Pulgon: pero no has acertado: hay otros que se alegrarian mucho mas que todo lo que tú has dicho.

—¿Los ropavejeros, señor Juan?

—Tampoco, hombre, porque cuando hay epidemia se echan los cadáveres desnudos en los carros y solo se puede aprovechar alguna mala camisa.

—¿Pues quién? dijo Diezmil.

—Sí, sí señor, ¿quién? dijeron todos, que se habian interesado en la resolucion de aquel enigma.

—¿Quién? dijo Juan Pulgon acompañando sus palabras con una sonrisa feroz, los frailes.

—¡Ah! sí, dijo Diezmil; porque casi todos los que mueren y tienen de qué, dejan alguna manda á los conventos.

—No, hombre, no; insistió Juan Pulgon cuya sonrisa se hizo mas feroz, no es por eso, sino porque aborrecen al pueblo de Madrid.

II.

A estas palabras contestó un rumor sordo que parecia el primer rugido de un tigre; su instinto habia hecho sentir un olor de sangre á aquellos bandidos.

El primer golpe estaba dado.

Asi empiezan todas esas horribles catástrofes que hacen su víctima á una clase, á una secta, á los partidarios de una idea. Asi, por un rumor semejante, empezó en París la horrenda matanza de los hugonotes la noche de San Bartolomé, en tiempo de Carlos IX.

Juan Pulgon continuó.

III.

—Ya se puede hablar; ya no se ahorca á nadie porque hable; estamos en tiempos de libertad; se dice lo que se quiere sin temor alguno; esto es lo que no quieren los frailes: acordaos, aun no hace cuatro años, iban por las calles con los voluntarios realistas buscando por las casas á los liberales; sacándolos hasta de debajo de la cama para ahorcarlos, ó cuando menos para echarlos á presidio: yo he estado en presidio por liberal, sí señor, yo he sido perseguido, yo soy patriota, y en verdad en verdad que el gobierno se porta mal conmigo cuando no me recompensa; pero ¿qué hemos de hacerle? yo soy desinteresado, á la patria se la sirve de valde, lo que no impide que yo aborrezca á los frailes que han hecho la desgracia de mi patria; lo han tragado todo; y porque ahora no pueden tragar como antes, dicen que somos unos hereges condenados, y se alegrarian de que nos llevase el demonio á todos los liberales.

—Eso es mucha verdad, dijo sentenciosamente Diezmil.

—Sí señor, continuó Juan Pulgon, despues de haber enjugado otro vaso; eso es mucha verdad sin que tú lo digas; porque ¿qué sabes tú lo que es verdad ni lo que es mentira, estúpido? si señor, sí señor, lo que yo digo es mucha verdad; los frailes aborrecen al vecindario de Madrid.

Juan Pulgon hizo una pausa, como todo orador práctico la hace tras la emision de un gran pensamiento.

Esta pausa es á veces una prueba de la atencion que el auditorio, dispensa al discurso.

Nadie se aprovechó de la pausa de Juan Pulgon para decir ni una ola palabra.

Esto significaba que Juan Pulgon empezaba á conseguir su objeto.

En todas aquellas cabezas deformes habia empezado á germinar la idea que aunque oscura y envuelta habia arrojado en ellas Juan Pulgon.

IV.

Juan Pulgon bebió de nuevo; se limpió la boca con la mano, tosió, escupió y continuó su discurso:

—Sí, si señor; los frailes aborrecen al vecindario de Madrid porque es liberal, porque no ha echado del palacio de sus antepasados á la legítima é inocente heredera del trono de Recaredo y de San Fernando: vosotros no sabeis quién fue Recaredo, ni quién fue San Fernando; ¿qué importa? bueno es que os instruyais: la instruccion es el orígen, la madre de la libertad; por eso la aborrecen los frailes: la instruccion es la luz, y los frailes son la sombra. Por eso los frailes cerraron las universidades, y aconsejaron al rey crease la escuela de tauromaquia: para que nos hiciésemos mucho mas brutos de lo que ya éramos.

—Los toros son una cosa buena, dijo allá uno desde un rincon; y quien no quiera los toros, no es buen español.

—Mucho que sí, dijo Juan Pulgon: usted tiene mucha razon, señor mio; yo se la doy y le saludo: Guindilla, un medio chico de lo bueno á aquel caballero á quien yo no tengo el honor de conocer, y que cuando con tanto calor defiende á los toros, debe parecérseles en algo; lo que yo creo es que es un polizonte de los que se han quedado rezagados y puede, puede ser que sea un espía de los frailes, porque os advierto que hay onspiracion.

—Cuenta con lo que se dice, dijo el del rincon levantándose todo sco, que yo no soy ni espía ni polizonte; y lo que yo digo, lo digo porne quiero y porque sí.

—Lo que usted ha hablado ha sido para meterlo todo á barato, dijo uan Pulgon: lo que tiene es que aquí sin ser podencos todos tenemos uenos vientos.

—Lo que yo le voy á meter á usted va á ser un metido, dijo el otro lelantando, para que aprenda usted á no ser tan sin vergüenza y tan nalla.

V.

Aquel hombre era un arriero que estaba por casualidad en la taberna y que no conocia á la clase de gente que en ella le acompañaba.

Un grito unánime de «afuera,» «á la calle con él,» fue la contestacion al destemplamiento del poco sufrido arriero.

La taberna le vomitó fuera de sí.

Al verse en los soportales, comprendió que nada podia hacer contra tanto tuno; se puso pálido de cólera, lanzó á la taberna una mirada osca y se fué votando á tantos y cuantos, saludado por una salva de carcajadas y de silbidos.

VI.

—¿Veis si yo tengo razon? ¡vaya si la tengo! como que yo me equivoco, dijo Juan Pulgon, cuando hubieron cesado las carcajada y los silbidos que habian acompañado á la espulsion del arriero.

—Era un espía de los frailes, disfrazado; cuando yo os digo que minan la tierra; en fin, ya lo veremos; por eso afirmo que la gente de cerquillo se alegra de que haya venido el cólera, y no digo mas y me voy porque tengo mucho que hacer.

Tiró un duro sobre el mostrador para pagar el vino que se habia bebido mientras él habia estado allí, y se fué.

VII.

A las diez de la noche habia recorrido cuarenta tabernas en las cuales habia sembrado la misma idea terrible y entre tan mala gente como en la taberna de Guindilla.

Ya á aquella hora el vecindario de Madrid estaba alarmado.

La primera acometida del cólera habia sido rápida, violenta, espantosa.

Empezaban á circular los carros cargados de cadáveres.

Pulgon se fué á la taberna de Bisbis, murmurando:

—Ya es hora: hay que ponerse de acuerdo.

VIII.

Entre tanto, un rumor hostil contra los frailes, habia circulado por todas las tabernas, por todos los mercados, por todos los lugares puestos al alcance de la canalla.

El crímen estaba insidioso y horriblemente preparado: solo faltaba determinarle.

Juan Pulgon se llevó hácia adentro á Bisbis y le dijo:

—Búscame á Rompe-huesos, que venga al instante, que importa.

Diez minutos despues, un hombrecillo viejo, jorobado, reseco, manco, cojo que no sabemos por qué en vez de llamarse Rompe-huesos, no se llamaba huesos rotos, entraba en el cuartito donde esperaba Juan Pulgon.

—Trae vino, mucho vino, dijo Rompe-huesos con una voz tan estraña como su figura, á Bisbis.

—Ni una gota, dijo Juan Pulgon, no es esta noche, noche de beber, sino de tener los sentidos muy abiertos: vete Bisbis.

—¿Pues qué hay que hacer? dijo con el repugnante interés de la avaricia Rompe-huesos.

—Un doble negocio: se muere mucha gente del cólera; nos coge de nuevas; no nos hemos connaturalizado con él: la mortandad será horrible; cuando vuelva caerá menos gente y si nos hace muchas visitas, acabará por quedarse entre nosotros, como una enfermedad cualquiera: oye, habrá casas en que mueran todos.

—Ya, sí; se irán de romería, dijo Rompe-huesos; y habrá muchas casas en que pueda uno presentarse, sin temor de que nadie le diga: ¿á qué viene usted, caballero?

—Eso es, y el que no aprovecha una oportunidad, es un tonto: vamos á lo otro, á lo gordo, á lo principal. En los conventos hay mucho dinero y ahora mas que nunca, porque recogen para la faccion.

—Bueno, sí, pero ¿quién entra en los conventos? dijo Rompe-huesos.

—Yo he visto, dijo Juan Pulgon, con acento sombrío: algunos cadáveres: estaban azules... ¿Y cómo han de estar azules los cadáveres, desencajados, terribles, encogidos los dedos, torcida la boca, si no se les ha envenenado?

—¡Ah!!! esclamó Rompe-huesos exhalando su esclamacion de una manera salvaje, porque habia comprendido á Juan Pulgon.

—Dime, continuó éste, ¿quién puede prevalerse de la epidemia para envenenar al vecindario? ¿quién aborrece por su amor á la libertad, al vecindario de Madrid?

—Los frailes, contestó trasportado de un júbilo feroz Rompe-huesos.

—Mañana al amanecer habrán muerto miles de personas, dijo con voz sorda y lúgubre Juan Pulgon, acercando su cabeza á la de Rompe-huesos, que inclinó su oido para oir mejor; es necesario que mañana al salir el sol corra la voz por los mercados, por las tiendas, por las tabernas, por todas partes, de que los frailes han envenenado las aguas:

—Y á los conventos, dijo oscureciendo en un solo rugido sus palabras Rompe-huesos.

—No, no, hasta la caida de la tarde, dijo Juan Pulgon; la noche es buena compañera; valgámonos de la noche: no hay que decirte ni una palabra mas, ni perder un solo instante; pero oye, los mas valientes, el mayor número, al convento de San Francisco el grande; vete ya, y al trabajo; cuidado con beber.

Rompe-huesos salió.

Poco despues salió tambien Juan Pulgon; se fué á su casa, escribió la carta que Estéban leyó al dia siguiente, y se acostó y durmió tranquilo, como el mejor hombre del mundo, hasta el amanecer que llevó su carta á casa de Estéban.

CAPITULO VI.

La terrible noche de la Vírgen del Cármen de 1834 en Madrid.

I.

Durante el dia habia cundido el siniestro rumor del envenenamiento de las aguas por los frailes.

Tal era la mortandad, tal el aspecto horrible de los cadáveres, tal su rápida descomposicion, tal su espantosa contraccion, que la idea del envenamiento fue tomando consistencia en el ánimo del vulgo de todas clases y condiciones.

Porque el vulgo está en todas partes.

Ya por la mañana, como dejamos dicho, habia sido despedazado, por la cólera popular, un inocente niño á quien se habia creido envenenador.

Entrado el dia, habia sido arrastrado, mutilado, destrozado un pobre jóven que en la Puerta del Sol se habia acercado á la fuente de Mariblanca para labarse las manos.

Uno creyó ver en ellas un papel, y supuso en el papel un veneno.

La ignorancia vulgar no sabia que las aguas corrientes no pueden ser envenenadas. A mas, las cubas de los aguadores no se llenan en los pilones de las fuentes.

Adoptada una idea, siquiera absurda, monstruosa, por el vulgo, se apega á ella con una tenacidad brutal, de manera que no es posible arrancársela.

Despues se dijo que se habian encontrado en los bolsillos de aquel desgraciado, papeles en que estaban envueltos unos polvos blancos.

El vulgo ornamenta sus noticias, las abulta y acaba por creer su propia ficcion.

II.

No se tomó medida alguna contra los asesinos de aquellas dos víctimas.

¿Quiénes eran? no se sabia.

Todos y ninguno; los transeuntes, los hombres de bien, indignados; los criminales por estupidez, empiezan por empujar; continúan golpeando; acaban por arrostrar; matan sin querer matar y cuando ven que han matado, huyen.

Buscadlos; no los encontrareis.

Averiguad; nada sabreis; callarán todos porque todos son cómplices; los unos porque lo han hecho; los otros porque lo han visto hacer sin impedirlo: á cada uno de ellos alcanza una parte del crímen: á todos ellos por consiguiente, les conviene callar: la única medida que tomó el gobierno, fue mandar que no se doblase por los muertos, y que el viático fuese llevado secretamente á las casas.

Pero no se protegió á los conventos á pesar de que era pública y creciente la acusacion que contra sus moradores se lanzaba, á pesar de que alrededor de los conventos, especialmente de los situados al Mediodia de la poblacion, se veian desde por la mañana grupos sospechosos.

El terror lo envolvia todo.

Dominaba un pánico frio á Madrid, y cuando domina el pánico no se hace nada, porque el pánico es una especie de no ser del alma.

Ni aun los mismos frailes se atrevieron á salvarse.

Temieron ser sacrificados si salian á la calle.

Hay fatalidades horrendas, entre las cuales se desarrolla el crímen: y qué mucho; la situacion era formidable.

La muerte habia estendido sus alas sobre Madrid.

Quien no estaba enfermo del cólera, estaba enfermo de miedo.

Nadie se atrevia á contar con la vida para una hora despues.

En estas situaciones horribles, desesperantes, es necesario un gobierno bravo, heróico, que se sobreponga á todo; que se olvide de sí mismo; que domine la situacion: no acusamos de crímen al gobierno de

entonces; pero no podemos menos de acusarle de debilidad y de cobardia: antes que nosotros le ha acusado la historia contemporánea.

III.

Pasó el dia en una ansiedad inconsciente, por decirlo así.

El terror lo dominaba todo.

Llegó la tarde. Los frailes aterrados, esperaron en vano la presencia de tropas ó de autoridades que los garantiese contra aquella feroz amenaza pública.

Ni aun se atrevieron á cerrar las puertas de sus conventos por temor de dar la señal del ataque.

¿Qué importa una puerta que la multitud rompe solo con arrojarse contra ella? Vale mas dejarla franca para que las turbas feroces no aumenten su irritacion, por el esfuerzo que les ha costado abrirse paso.

Los frailes, además, no tenian armas: ¿y para qué? El arma de los frailes era la predicacion y el confesonario.

No se les habia ocurrido que alguna vez necesitarian el fusil para defenderse en sus propias casas.

IV.

La tormenta se les habia echado encima de repente, sin darles tiempo para buscar los medios de guarecerse de ella.

Desde que habia circulado la terrible acusacion, habian sido vigilados los conventos por grupos hostiles: á pesar de que el gran número de moribundos exigia gran número de auxiliares espirituales, nadie se atrevió á acercarse á los conventos para llevar á los religiosos á la cabecera de los lechos de dolor, ni se creyó que los envenenadores debian ser llevados al lado de las víctimas.

Ni un solo fraile, á escepcion de fray Serapio, y alguno que otro, se atrevieron á salir de los conventos.

V.

Llegó la tarde.

Traspuso el sol.

El crepúsculo empezó á envolver en penumbras las calles de Madrid.

Los grupos se aumentaron alrededor de los conventos.

Se estrecharon, se condensaron y empezó á zumbar ese rugido sordo que precede á las grandes tempestades.

Aquellos grupos estaban formados por esos seres escepcionales, monstruosos, que parecen pertenecientes á una raza aparte, á una raza salvaje, resistente á toda educacion; seres fenomenales que parecen abortados no se sabe de qué abismo, en terribles situaciones dadas; que desaparecen con ellas dejando el recuerdo de brutalidades, de crueldades, de monstruosidades inauditas.

En medio de estos grupos feroces se veian algunos animales de imitacion que tenian semblante de seres humanos civilizados, falsificaciones humanas; seres á los que arrastra cualquier movimiento sea del género que fuese; á los que seduce cualquier palabra hueca, cuya significacion no conocen. Se amenazaba á los frailes en nombre de la justicia y de la libertad, y hubo, triste es confesarlo, seres brutalmente estúpidos que se mezclaron de buena fe á hombres feroces, á bandidos, á infames, llevando el uniforme y las armas de una noble institucion popular.

Habia, además de estos, egoistas estúpidos que creian contraer un mérito, por ante la causa pública, coadyuvando al asesinato; vulgo terrible que vá allí donde le lleva un malvado audaz, un innoble cacique que esplota su estupidez interesada.

VI.

Se acercaba la noche, esa gran encubridora de los horrendos atentados, de los crímenes inverosímiles, cuyo horror se aumenta con el horror de las tinieblas y con el reflejo color de sangre de las hachas incendiarias.

Sonó en la calle de Toledo, delante de San Isidro, una voz chirriante, voz de bruja ó de demonio que gritó.

—¡Mueran los envenenadores! ¡mueran los frailes! ¡viva la libertad!

Aquella voz híbrida que no se sabia si pertenecia á un hombre, á una mujer ó á un egnomo, fue la primera llamarada, por decirlo asi, de una esplosion gigantesca, terrible, pavorosa, infinita, salvaje.

El convento de San Isidro, esto es, la casa de la Compañía de Jesus, fue asaltada por las dos puertas del claustro; pero estas habian sido cerradas poco antes, eran muy fuertes y resistieron.

—La puerta de la iglesia está abierta; gritaron algunas voces; ¡á la iglesia!

—¡A la iglesia! contestó en un alhullido la multitud.

VII.

En efecto, la verja de hierro del vestíbulo estaba entreabierta.

La acometida de la multitud la franqueó por completo.

La cancela de la puerta interior fue rota; el templo fue profanado por una turba horrible compuesta de todas las monstruosidades repugnantes imaginables. A la luz de las hachas de viento se veian sables, bayonetas enastadas en palos, fusiles mohosos, andrajos levantados en alto, como estandartes dignos de aquella horda feroz.

La sacristía fue invadida; invadido por ella el claustro, y poco despues comenzada la carnicería.

Muchos de los religiosos se habian disfrazado, y gracias á su disfraz, se salvaron, confundiéndose entre las turbas, á quienes su sangriento furor cegaba; otros, mas dignos, fueron encontrados orando, y orando fueron asesinados, despedazados por los mas furiosos, mientras los mas interesados se entregaban al saqueo.

Muy pronto no hubo qué matar, ni qué robar.

Y las turbas abandonaron la casa de la Compañía para dirigirse á otro convento.

Es de estrañar que los ternos y los vasos sagrados fueran respetados, asi en la iglesia de la Compañia como en las de los demás conventos invadidos.

Tres jesuitas disfrazados fueron reconocidos por lo defectuoso de su disfraz.

Dos, en la calle del Duque de Alba; uno en la plazuela de Puerta-Cerrada.

—¡Calla! dijo una vieja hedionda que iba armada con un enorme garrote, y seguida de algunos desarrapados que acudian al saqueo por la calle del Duque de Alba; estos dos huelen á escapulario: alto ahí, bribones; si no hubiérais envenenado las aguas por servir á don Cárlos, no tendríais miedo, no escaparíais; ahora vereis.

Y dió un garrotazo en la frente á uno de los jesuitas, que cayó de rodillas, estendió los brazos y dió de boca contra el suelo.

Un momento despues, aquellos infelices, arrastrados, mutilados, muertos, fueron abandonados en la calle de los Estudios, cerca de su convento.

VIII.

Casi al mismo tiempo, en Puerta Cerrada, un gitano dió un bofeton á un hombre, cuyo rostro fino, inteligente, estaba muy en discordancia con el trage de muletero manchego que vestia.

El bofeton hizo caer el sombrero de aquel hombre.

El gitano le arrancó el pañuelo que habia quedado en su cabeza y apareció un cerquillo.

—¡Ah! ya lo sabia yo, rugió el gitano asiendo por el cuello al jesuita y sacando de entre su faja las enormes tijeras de esquilar; ¡ah! te escapabas, bribon; pues toma, toma, toma.

Cada uno de aquellos «toma» fue acompañado por una doble y profunda herida de las terribles tijeras.

El jesuita cayó invocando el nombre de Dios, y quedó inmóvil, muerto.

Su cadáver fue insultado, golpeado, magullado, por los furiosos que pasaban por la Carrera en busca de nuevas víctimas.

IX.

La Trinidad y Santo Tomás fueron asaltados casi al mismo tiempo que San Isidro, y tuvieron en ellos lugar las mismas horribles escenas de sangre y robo.

En Santo Tomás, algunos legos se propusieron vender caras sus vidas, y mataron á navajazos algunos de los insurgentes.

Pero dominados por el número habian sido hechos pedazos.

X.

San Francisco el Grande aun no habia sido invadido.

Poco antes del oscurecer, un hombre habia pasado por entre los grupos; y como si su presencia hubiera sido una señal, los grupos rugieron, se conmovieron, gritaron y se lanzaron sobre el convento.

El hombre que habia producido la acometida, era Juan Pulgon.



ASESINATO DE LOS FRAILES.

XI.

Las puertas estaban cerradas y resistieron.

Los asaltadores las golpearon.

Por un fenómeno acústico, los golpes dados á las puertas repercutian en el interior, semejantes á disparos de fusil.

Esto bastó para que las turbas se aterraran y huyeran.

Supusieron que por la huerta habian entrado otros, y que los frailes se defendian á tiros.

Esto prueba que la presencia de algunos soldados en cada convento, hubiera evitado la carnicería.

XII.

Pero los fugitivos se rehicieron al sentir inmediatamente despues de su huida, que no se repetian los que habian creido disparos, pero no creyeron que no lo habian sido, sino que los acometedores, por el otro lado, habian vencido á los frailes.

Volvieron á asaltar con nuevo furor.

Trajeron, no se sabe de dónde, una gran viga, y usando de ella, como de ariete, batieron la puerta del claustro.

Entonces, y por el mismo fenómeno acústico, el eco repitió en el interior cada golpe de viga, con un estruendo semejante al de un cañonazo.

Salió una carcajada brutal, estridente, multiforme, de aquella turba infame:

Habian conocido su error y se reian de sí mismos.

XIII.

A los pocos golpes la puerta cedió hecha pedazos.

La horda invadió el convento. Mientras todos, á cual mas podia correr pasando los mas fuertes sobre los mas débiles, invadian la escalera principal, un hombre solo, á la carrera, ganó una escalerilla estrecha, situada en un ángulo del patio.

XIV.

En el convento no habia una sola luz.

Los pobres frailes habian pretendido defenderse con las tinieblas y probar la fuga entre ellas.

Pero los bárbaros irruptores se habian provisto de hachas de viento que lo iluminaban todo de una manera lúgubre, fuerte, oscilante, que determinaba sombras monstruosas y sombrías penumbras.

Por la escalerilla á que nos hemos referido, solo habia subido un hombre.

Aquel hombre era Juan Pulgon.

Llegó al claustro alto, donde penetraba el reflejo de las antorchas de los otros acometedores, y llegó á la puerta de una celda.

Aquella celda era la del padre Serapio.

Juan Pulgon llevaba en la mano un par de pistolas.

Tocó al picaporte de la puerta y la encontró cerrada por dentro.

Tomó distancia y dió á la puerta una terrible patada.

La puerta resistió.

Juan Pulgon puso una de las pistolas sobre la cerradura y disparó.

La puerta se abrió.

Inmediatamente Juan Pulgon sintió que entre el fondo oscuro de la celda se avanzaba á él un hombre que le heria.

El arma de aquel hombre, navaja ó puñal, dió en hueso, resbaló, rasgó superficialmente y cayó al suelo.

Juan Pulgon, que no era valiente, sintió un terror infinito, y por instinto de conservacion se agarró á aquel bulto que tenia encima. Aquel bulto se agarró tambien, ferozmente á él y le mordió en el cuello.

Juan Pulgon lanzó un grito agudo, estenso, formidable; temió ser devorado, haber encontrado un lobo en vez de un fraile, y la fuerza del terror le dió el valor de la desesperacion: los terribles dientes apretaban, apretaban.

Juan Pulgon apoyó la boca de la otra pistola en el costado de aquel hombre y disparó

Los terribles brazos aflojaron; aflojaron los crueles dientes y se oyó el golpe pesado de un hombre que cayó en tierra.

Juan Pulgon, á pesar del dolor de sus heridas, entró en la oscura

celda; buscó á tientas; encontró la papelera de fray Serapio, pero cerrada.

—¡Oh! y no tengo luz, esclamó; por qué habrán apagado esos infames las luces: ¡ah! no importa; la puerta de la papelera no puede resistir el enorme tintero de mármol del fraile.

Y se lanzó entre la oscuridad al lugar donde recordaba la mesa.

La encontró; buscó el tintero, uno de esos enormes tinteros de jaspe, duro, de un peso enorme, que usaban nuestros abuelos.

Volvió junto á la papelera; levantó con las dos manos el tintero, á manera de maza, y sintió un chorreon frio sobre el rostro.

Era la tinta vertida.

No importaba. Juan Pulgon rompió de un solo golpe la débil puerta de la papelera.

El golpe le hizo sentir otra impresion fria: la tinta que quedaba aun, le habia salpicado el rostro, causándole un vivo escozor en los ojos.

Al mismo tiempo, la sangre corria en abundancia, de sus heridas.

Su cuello atarazado le hacia sentir un dolor cada vez mas agudo.

Tentaba, sin embargo, ansioso, dentro de la papelera.

Encontró un esportillo lleno de oro, segun pudo juzgar por el peso, y guardó con ánsia aquel oro en sus bolsillos: siguió palpando; pero habia muchos papeles.

¿Cuáles eran las Memorias del marqués de Campo-Nuño, por las que debia darle diez mil duros Estéban?

Juan Pulgon se desesperaba.

De improviso, tembló un reflejo dentro de la celda.

Se oyó estruendo de voces que gritaban:

—¡Aquí, aquí hay uno muerto! ¡mueran! ¡mueran! ¡adentro!

La luz creció.

Juan Pulgon vió un legajo; le desató y encontró el pliego anhelado y adherido á él, con una oblea, otro papel.

Era aquel terrible documento en que Juan Pulgon confesafa haber vendido un hijo suyo al marqués de Campo-Nuño.

Guardó precipitadamente el pliego y rompió el infame papel en pequeños pedazos.

La celda entre tanto se habia inundado de hombres feroces,

Dos hachas de viento ardian dentro de ella.

XV.

Al ver aquellos tigres á Juan Pulgon, negro, rojo, ridículo, soltaron la carcajada.

Pero á esta esplosion de hilaridad sucedió otra esplosion amenazadora.

—Venga nuestra parte de lo que has encontrado aquí, Juan Pulgon, dijo Diezmil que tenia la mano derecha completamente roja, y en ella una enorme navaja ensangrentada: aquí no hay jefes ¿entiendes? aqui todos somos iguales: este esportillo está vacío.

—Ahora no es hora de repartir, dijo Juan Pulgon: yo tengo aquí un poco de oro; no nos entretengamos; no hay tiempo que perder: el gobierno puede enviar tropa sobre nosotros; aquí debe haber mas; registremos; hay que registrar las otras celdas; estos bribones eran muy ricos, como que eran mendigantes; aquí debe haber mas; lo que yo he encontrado ha sido muy poco, algunas onzas.

—¡Ah! esclamó Rompe-huesos, el jorobado, que se habia empinado hácia la papelera; aquí hay un legajo de billetes de Banco.

A aquellas palabras, todos se avalanzaron al jorobado, y Juan Pulgon, aprovechando aquel momento, escapó.

Al salir tropezó y cayó sobre un cuerpo humano.

Era un cadáver.

Al reflejo que provenia del interior, Juan Pulgon vió su semblante.

—¡Ah! esclamó, es el lego del padre Serapio.

Y se alzó y dió á correr por el claustro.

Al estremo de él vió venir otra tanda de furiosos con hachas de viento.

Temió ser detenido y registrado, porque los ladrones robaban á los ladrones, y se metió por una crujía lateral, á cuyo fondo se veia un reflejo.

—Dejémoslos pasar, dijo.

Pero le habian visto ocultarse, le tomaron por un fraile disfrazado, y le siguieron.

Juan Pulgon avanzó rápidamente, torció y vió al fondo de la crujía en que acababa de entrar, algunos desarrapados que tenian en medio á un fraile y se alumbraban con un hacha de viento.

—¿Qué es eso? dijo Juan Pulgon llegando hasta ellos para evitar las sospechas de los que venian en su seguimiento; ¿por qué no habeis matado á ese? vaya, y estás tú aqui, Responso; qué mal te han puesto el nombre; eres un mandria.

XVI.

Los seis ú ocho bandidos que allí habia rodeando al fraile que era un anciano, se echaron á reir al ver la fea catadura de Juan Pulgon.

—¡Calle usted! dijo Responso entre sus risas, no hemos matado á éste porque hay que sacarle en triunfo.

Entre tanto llegaron otros diez ó doce con dos hachas de viento, que eran los que habian perseguido á Juan Pulgon, tomándole por un fraile que escapaba.

XVII.

Oyeron las últimas palabras de Responso.

—¿Y por qué hay que sacar en triunfo á ese? dijo uno de ellos.

—¿Por qué, Trompeta? contestó Responso; porque le hemos encontrado aqui, encerrado con un cántaro de agua y un pedazo de pan; como que el pobrecito es liberal, y le tenian aqui casi emparedado los otros pícaros facciosos.

—Sí, hijos mios, sí, dijo el fraile; yo soy liberal, yo amo á nuestra legítima soberana; yo amo la Constitucion: es una cosa muy buena.

Y el pobre sacerdote temblaba y apenas podia hablar; y se exhalaba de sus ojos casi mates un terror frio.

—¡Eh! con que tú eres liberal, dijo Juan Pulgon, á quien irritaba el dolor de sus heridas, de las cuales continuaba saliendo sangre en abundancia; con que te tenian casi emparedado los otros bribones; y dime ¿por qué te has afeitado recientemente? ¿á quién tenias que ver en tu emparedamiento, embustero? pues qué, ¿crees que vas á escapar?

Un gemido contestó á estas palabras.

Responso habia rasgado de una puñalada el costado del religioso.

Luego todos aquellos malvados, rugiendo sordamente, se lanzaron sobre el infeliz y le hirieron con furor aun despues de muerto.

Juan Pulgon escapó entre tanto.

Ganó el claustro, pero se detuvo para tomar aliento en lo alto de las escaleras.

Empezaba á sentir el desvanecimiento de la falta de la sangre.

Zumbaban sus oidos: entre aquel zumbido oia gritos feroces, alaridos, golpes dados sobre puertas, sin duda para forzarlas, acá, allá, por todas partes.

De improviso sonó una detonacion que provenia de la calle; y luego otra, y otra, y otra y muchas.

Aquello no era ilusion: eran verdaderos disparos de fusil.

Y para que no quedase duda, se oia el silbido de algunas balas que cruzaban sobre el claustro.

—¡Ah! el gobierno, esclamó Juan Pulgon; estoy perdido; me van á fusilar.

El peligro le reanimó, le prestó fuerzas.

Se precipitó por las escaleras; pero al llegar al pie de ellas cayó. No podia mas.

XVIII.

Un instante despues, sin hachas de viento, sin voces, sin alaridos, se precipitó rápida como una avenida, una corriente humana que pasó sobre Juan Pulgon pisándole, magullándole, haciéndole lanzar alaridos.

Aquella corriente se precipitó fuera del convento; arrolló á la compañía de milicia urbana que habia acudido por sí misma, sin órden alguna, al socorro de los frailes, y escaparon todos, quedando poco despues sola delante del convento aquella compañía de la milicia que no habia hecho fuego mas que para aterrar á los asesinos.

XIX.

Al fin, algunas autoridades y algunos vecinos con luces, y la compañía de la milicia urbana, penetraron en el convento.

Al pie de la escalera principal encontraron sin sentido á Juan Pulgon.

Se le reconoció y se le hallaron los bolsillos llenos de oro y el pliego cerrado en cuyo sobre se leia.

«Memorias del marqués de Campo-Nuño.»

Mas arriba hallaron casi roto, á Rompe-huesos.

El jorobado habia sido arrollado, pisado y estropeado por el aluvion humano que habia pasado sobre él.

Estaba espirante.

En todo el convento se encontraron veinte y seis frailes muertos y otros tantos aterrados, escondidos, que al ver á los milicianos urbanos, se arrodillaban y pedian por Dios que no los matasen.

Creian que aquella era una cuestion política, que se les consideraba como enemigos armados y vencidos y que no se les daba cuartel, como acontecia en las provincias vascongadas.

Aun no se habia celebrado el convenio de lord Elliot.

XX.

En el coro se encontró el cadáver del guardian y el de algunos otros religiosos.

Papeleras, armarios, muebles, todo habia sido roto.

Las celdas estaban llenas de libros esparcidos, de papeles, como antes se habian encontrado las escaleras y parte del claustro alto y bajo, sembrado de chancletas y zapatos viejos.

Aquello era terrible.

La canalla habia dejado señalado su paso de una manera horrenda y ridícula: con cadáveres y chancletas.

El monstruo habia desaparecido.

Pero aun quedaba allí su olor hediondo y nauseabundo.

Los religiosos que habian escapado, por milagro, fueron conducidos, como los de los otros conventos asaltados, al través de las calles, entre las filas con bayoneta armada de la milicia urbana que se veia obligada á dar culatazos á las gentes que querian arrojarse sobre los frailes.

En su marcha se cruzaron alguna vez con carros de cadáveres.

Al fin se les pudo poner en seguridad.

XXI.

Juan Pulgon y Rompe-huesos fueron llevados al hospital en calidad de presos.

Tal fue la terrible noche de la Vírgen del Cármen de 1834 en Madrid.

CAPITULO VII.

Medio millon de reales puede mas que un sermon en nombre de la caridad.

I.

Al dia siguiente se cometieron algunos escesos en otros conventos, especialmente en Atocha; pero se cortaron rápidamente.

La situacion estaba dominada.

La milicia urbana, por sí misma, sin órdenes, sin escitacion alguna, dió una dura leccion al gobierno, cortando con suma facilidad los asesinatos en el momento en que se presentó en los monasterios invadidos.

Los autores de aquellos crímenes habian vuelto á ocultarse en la sombra.

Algunos milicianos urbanos que faltaron de las filas, cuando se reunió la milicia, y de los cuales se dijo haber visto algunos en los conventos, fueron espulsados de la milicia.

No quedaba á la vindicta pública mas que una presa.

Juan Pulgon que se encontraba en el Hospital, y cuyas heridas no eran peligrosas; Rompe-huesos, roto, molido, descuadernado, por decirlo asi, habia muerto algunas horas despues de ser conducido al Hospital; pero habia tenido tiempo de declarar que Juan Pulgon habia sido uno de los principales instigadores del degüello de los frailes.

Habia á lo menos un hombre á quien llevar al palo; una cabeza sobre la cual debia caer toda la sangre de las víctimas.

Juan Pulgon estaba dominado por un terror frio: para él no habia salvacion posible. Iba á morir de su muerte natural, á manos del verdugo. Se le habia cogido como si dijéramos *in fraganti*, manchado de sangre y tinta.

Se habian comprobado los vestigios que habian quedado en la celda del padre Serapio: el tintero, vertida la tinta al pie de la papelera; manchas de sangre y tinta en el suelo; huellas negras, estampadas en las baldosas, que convenian perfectamente con la forma de las botas viejas de Juan Pulgon; oro en sus bolsillos; un pliego cerrado que parecia haber sido escrito por un pariente del padre Serapio; por el marqués de Campo-Nuño; y otra prueba terrible, entre los dientes del lego asesinado; la carne que faltaba en el cuello de Juan Pulgon.

De modo que Juan Pulgon no era solamente un reo, sino un cuerpo de delito que probaba el crímen, del cual le hacia responsable la ley.

II.

Como si no hubiera podido llegar á mas el horror del dia de la Vírgen del Cármen, al dia siguiente decreció la mortandad por el cólera.

Esto perjudicó á los frailes por ante la opinion del vulgo que repitió esta frase dicha por cualquiera: han sido degollados los envenenadores y ya no hay envenenados; nos hemos quedado solos con el cólera.

La estincion de los regulares debió sobrevenir inmediatamente á causa de los terribles sucesos de Madrid. Pero Martinez de la Rosa estaba dejado de la mano de Dios.

El jóven doce-añista; la Rosita la Pastelera de 1823, mas indeciso aun y mas funesto en 1834, queriendo amalgamar lo que era inamalgamable, el progreso y el Estatu quo; la libertad y la reaccion, era el gobernante menos á propósito para aquellos tiempos en que la política era una lucha á muerte entre la luz y la sombra; entre lo que no podia ser y lo que era necesario que fuese.

La nacion queria ser nacion.

El gobierno se empeñaba en que continuase siendo patrimonio de unos pocos que se creian con derecho á una parte de la nacion, se asesinaba á los frailes: Martinez de la Rosa respetó á los frailes y no los estinguió por no ser inconsecuente con su sistema de gobierno.

La estincion de los regulares hubiera sido como lo fue poco despues,

bajo el gobierno de Mendizabal, un paso trascendental en el camino de la revolucion.

¿Y cómo habia de atreverse á ser revolucionario un hombre que habia nacido para estar vuelto de espaldas á la revolucion?

La estincion de los regulares estaba unida á la desamortizacion de sus inmensas propiedades.

¿Cómo pensar que Martinez de la Rosa se atreviese á tanto?

Para esto era necesario el maldito, el funesto Mendizabal, el condenado, el impío, como le llamaron en todos los tonos de la injuria y de la rabia los reaccionarios de entonces, como continúan llamándole cuando se acuerdan de él.

Y no pueden por menos de acordarse continuamente los reaccionarios de ahora: ahí es nada; la estincion de los frailes, la desamortizacion, la desvinculacion, las tres poderosas causas que creando intereses á nombre de la libertad defienden la libertad.

Mendizabal, pues, fue considerado por los realistas de entonces, como lo es por los de ahora, y como lo será por todos los realistas mientras existan realistas, como una especie de ante-Cristo.

Es verdad que aquellas grandes medidas revolucionarias fueron mas bien hijas de la necesidad que de Mendizabal.

Pero en fin, Mendizabal refrendó los decretos: dejémosle sin disputársela, la gloria de haberlos refrendado.

III.

Se lavó la sangre de los conventos, se quitaron de ellos los muebles rotos, y los frailes volvieron á sus casas, pero mermados, aunque no aterrados.

Siguieron en su propaganda en favor de don Cárlos, demostrando abiertamente su desafeccion al trono legítimo, simplemente porque el trono legítimo no les convenia.

Su no estincion los habia alentado.

Tomaban la debilidad de Martinez de la Rosa por debilidad de la nacion.

IV.

Algunos dias despues del degüello se restableció del susto el padre Serapio, que á causa de él habia estado muy enfermo.

Estéban y Gabriel, no le habian abandonado ni un solo instante.

Cuando se hubo restablecido, Estéban, á solas con él le dijo:

—Primo Serapio; no te has escapado de mala: si yo no voy por tí al convento y te engaño, no podrias estarme escuchando: en tu pobre lego ha descargado toda la nube: ¿á quién debes esto? á Gabriel y á mí, que nos apresuramos á salvarte: estás, pues, en el caso de demostrarnos tu agradecimiento: de otro modo creeré, no ya que eres un hombre obcecado, sino que eres un bribon, y no darás motivo para tanto; peor en todo caso para tí, porque por mas que no os hayan echado á la calle, no puede decirse que haya desaparecido el peligro: el buen Pópulo os aborrece, hijos mios, y el dia menos pensado vuelve por los que quedan: si ese caso llega, aunque pueda salvarte no te salvo: que te lleve en buen hora el demonio si no te prestas á lo que voy á exigir de tí; serás un pícaro y yo no me intereso por pícaros.

V.

El padre Serapio, á quien no se le habia pasado el susto y que veia claro que la cuestion de los frailes no estaba terminada, sino aplazada, se apresuró á decir:

—Y bien, ¿qué quieres que haga, Estéban?

—Oye, Serapio; voy á hablarte en tu lenguaje: hay dos pobres almas que se están perdiendo, desesperándose, pecando mortalmente por desesperacion; dos pobres chicos que se quieren con toda su alma, á los que separan las preocupaciones, el fanatismo y el odio político á todo lo que no es realista neto y ultramontano, de que adoleceis tú y mi carísimo hermano Antonio.

—¡Hum! dijo el padre Serapio: se trata del casamiento de Eugenia con ese liberal, con ese impío.

—Que ha tenido la gran caridad de esponerse por salvarte, á que le matasen pasando contigo por entre los grupos de bandidos que mas tarde degollaron á tus hermanos en San Francisco: no seas ingrato, Serapio; mira que la ingratitud es la mas baja de las bajezas.

—¿Y quién me dice á mí que no me salvó mas que para contraer mérito conmigo para que me prestase á su casamiento con Eugenia, conociendo la natural, la grande influencia que yo tengo con Antonio?

—Serapio; un hombre de honor; un hombre bien nacido, no busca nunca pretestos para librarse del agradecimiento de un beneficio; no

atiende mas que al beneficio: yo creo que por ser fraile no debes olvidarte de que eres tambien hombre de honor.

—Me basta con ser cristiano.

—Mejor para mi propósito: el mejor cristiano es aquel que mas ama y mas ayuda á sus enemigos: el aborrecimiento y la venganza no caben en el cristianismo. El perdon y la caridad; la humildad y la grandeza del alma, son el mejor billete de entrada que se puede presentar á San Pedro en las puertas del Paraiso y tanto mas, si quien presenta este billete, es un sacerdote; un ministro de Jesus, obligado á imitarle cuanto se lo permita su imperfectibilidad humana.—Yo no puedo comprender el puñal, ni el trabuco en las manos de un ministro del Señor, que solo deben levantarse para bendecir; yo no comprendo el grito de guerra, de sangre y de esterminio en la misma boca que pronuncia las sagradas, las misteriosas palabras de la consagracion; yo no puedo ver tranquilamente que hombres que se han ligado con el cielo por votos de pobreza, de obediencia y de humildad, disputen con la palabra soberbia é irascible los perecederos bienes de la tierra: yo no comprendo al fraile engrosando las filas facciosas de la guerra civil, con el crucifijo escarnecido en la una mano, metiendole sacrílegamente entre el horror del combate fratricida, la imágen del divino mártir de la humaniddad, agitando con la otra la tea incendiaria, llevando tras sí, hordas de bandidos, de miserables y de fanáticos embrutecidos; yo le comprenderia, yo le admiraria si le viera lanzarse entre los combatientes, pronunciando palabras de paz; muriendo como un mártir entre ellos, si el santo ejemplo de la virtud y la caridad no les obligaba á deponer las armas y arrojarse los unos en los brazos de los otros: asi comprendo al sacerdote cristiano; de otra manera, no; protesto, me sublevo contra todo lo que se diga en contrario: el Evangelio, y no mas que el Evangelio: dentro del Evangelio te busco, Serapio, y no te me puedes escapar, sin atentar contra el Evangelio.

—El Dios de la misericordia es tambien el Dios de la ira; ¿por qué se dice: *Exurge Domine et judica causam tuam?*

—En la otra vida, despues de la muerte, en lo que corresponde al alma; y Dios, solo Dios... esclamó con calor Estéban; no te valgas de argucias, no te valgas del sofisma contra la eterna verdad: no introduzcas el casuismo en el dogma, porque podrás dar de bruces en la heregía; imita á Jesus; perdona y favorece; lleva á los hechos lo que todos los dias rezas en la oracion dominical.

—El diablo predicador, dijo con desprecio el padre Serapio.

—¿Qué, no venera la Iglesia á una prostituta, convertida en santa por el arrepentimiento? ¿no está contenido en el martirologio romano San Dimas el ladron? ¿de qué serviria la misericordia del Señor, si no pudiese convertir en pan de vida, el pan amasado con cizaña? ¡Ay qué idea tienes de Dios, Serapio, qué idea tan pobre y tan mezquina! ¡cuánto necesitas convertirte y arrepentirte! ¿qué, crees que á tu sayal y á tu escapulario están adjuntas la virtud y la santidad? ¿que bajo ellos puede darse libre rienda á las pasiones y canonizarlas?—Esa es la forma, el fariseismo; no, el alma está siempre desnuda ante Dios; Dios la ve negra, gris ó blanca; desengáñate, Serapio; tú podrás engañar á los estúpidos: á los estúpidos los engaña cualquiera; pero no puedes engañar á Dios: ó crees ó no crees: si crees, procura llevar tu alma blanca ante el Señor, lavándola en el Jordan de la caridad, de la humildad, de la dulzura: si no crees, dímelo; te hablaré de otra manera: no divaguemos: concluyamos.

—Creo en Dios, dijo solemnemente el padre Serapio.

—Pues haz que se unan Eugenia y Gabriel; hazlo para evitar males irremediables: se sienten impulsados el uno hácia el otro de una manera irresistible: si es un sacramento el sacerdocio, tambien es un sacramento el matrimonio: ¿qué hay razonable que se oponga á la union de esos dos chicos? se adoran cuanto es necesario para que sean felices dos casados; la desesperacion va germinando en ellos: ¡ay del que ha dejado que se sazonen los amargos frutos de la desesperacion! ¡Ay del que pudiendo arrancar la planta ponzoñosa no la arranca y la deja fructificar! él responderá ante Dios, de los horrendos pecados que haya producido su descuido ó su mala intencion, ó el haber dado fácil oido á sus pasiones.

—Por lo mismo que no quiero que fructifique la planta emponzoñada, la planta de maldicion; no la uniré á la planta pura, á la planta que unida á otra planta semejante, dará ópimos frutos á la cosecha del Señor.

—Esplícate, Serapio, esplícate; desemboza tu pensamiento; porque francamente, primo, no te entiendo.

—¿Qué es un liberal mas que una rama podrida del árbol humano sentenciada por Dios á la segur del podador?

—Perfectamente; continúa; define un liberal tal como tú le crees.

—Un liberal es el compendio, el resúmen de todo lo pecaminoso, de

todo lo impuro, de todo lo execrable, de todos los vicios, de todas las soberbias, de todos los crímenes: lo que él llama libertad, no es la libertad, no es la libertad que Dios ha dado al hombre de elegir entre el bien y el mal, no; es la licencia, el libertinaje, la impureza, la ruptura de todo freno, la igualdad por la bajeza y por el crímen; ni rey ni ley, ni patria, ni sacerdotes, ni Dios; todos iguales: nadie es superior á otro, ni en la tierra ni en el cielo; ¡en el cielo! ¿qué hay en el cielo para esos impíos descomulgados mas que nubes cerca, en la inmensidad de estrellas? ¿qué es la creacion? un acaso: ¿qué es Dios? nada. ¿Qué es el alma? la llama de la vida que cuando se apaga perece: ¿qué es la conciencia? la conciencia, sin alma inmortal, es una palabra, no mas que una palabra: los liberales; monstruos, asesinos, miserables, infames, condenados de toda condenacion; vuelve la vista á nuestros conventos ensangrentados, saqueados, incendiados, profanados, profanado el templo; rasgado el velo del santuario: allí, allí encontrarás á los liberales; allí los verás á su propia luz, á la luz del incendio.

—En buen hora, sí, acepto el lugar de cita: allí, allí los veo acudiendo á cortar el asesinato; allí los veo, arrancando de la muerte á tus hermanos; allí los veo grandes, magníficos, abandonando sus hogares donde impera la muerte, para salvar á sus semejantes, á sus enemigos; sí, allí los veo con el honroso uniforme de la patria, con las armas de la patria en la mano: cristianos, nobles, honrados, siendo los únicos que han cumplido con su deber; sí, acepto la cita; y al aceptarla, me levanto y saludo con respeto, á la valiente y honrada milicia nacional: no niegues este hecho, Serapio; añadió Estéban cubriéndose y sentándose de nuevo; en el momento en que principiaron los horrendos atentados que con razon deploro, se reunió la milicia; no sabia lo que era aquello, si un crímen de gente baja é infame, ó una revolucion; no importaba; sin medir el peligro, sin esperar órdenes, sin escuchar mas que la voz de su corazon y de su conciencia, corrieron en vuestro auxilio. Cuando mañana, Serapio, vuelvas á tu convento, cuando tengas el placer de abrazar á tus hermanos que se han salvado, agradécelo á la milicia, á los liberales; á ellos solos; y no digas, que acudieron tarde porque te desmentirá el número de los muertos, comparado con el número de los que han quedado vivos: mas de dos mil frailes hay en Madrid y solo han perecido ciento. Dos horas mas de licencia á los asesinos y no hubiera quedado uno: ¡ah, no, no! los liberales no son lo que tú dices, son lo que han hecho por vos-

otros, y una de dos, ó son vuestros amigos ó vuestros enemigos. Si son vuestros amigos, debes amarlos; si son vuestros enemigos debes sentir hácia ellos un profundo agradecimiento; debes admirarlos, imitarlos; porque siendo vuestros enemigos, os han salvado, protestando noblemente del crímen que asesina, retándoos para cuando os presenteis en el campo convertidos de frailes en soldados, faz á faz, á la luz del sol, sobre el campo de batalla, ante el juicio de Dios: ¡ah! los liberales: ¿qué hubiera sido de vosotros sin ellos? ¡y todavía los calumnias, todavía los aborreces! vamos, Serapio, me disgustas; francamente, en otro tiempo no eras asi.

—Cierto, es cierto, dijo el padre Serapio; la milicia urbana ha cumplido con su deber, con su conciencia y con Dios; y ya he orado yo por los que han salvado á mis pobres hermanos; cuando vuelva á celebrar el santo sacrificio de la misa, rogaré á Dios porque los ilumine, porque los convierta de sus errores.

—Todavía, Serapio; ¿con qué es decir que tú crees que se puede ser caritativo sin ser cristiano; y que se puede ser cristiano de muchas maneras?

—Los gentiles han practicado tambien grandes obras de caridad, y sin embargo, no conocian á Dios.

—Punto redondo, dijo Estéban; es mas fácil resucitar á un muerto que convencer á un fraile; veamos: vas á responderme sinceramente: ¿eres carlista de corazon?

—Con toda mi alma; porque con toda mi alma amo la legitimidad y la justicia.

—Pasemos por cima de otra cuestion; ¿qué sacrificio serias tú capaz de hacer en servicio del faccioso mas que hay en Navarra?

—¿Por el rey nuestro señor don Cárlos V? todos los sacrificios, hasta la vida; y sacrificaria el alma, si me fuera lícito sacrificarla.

—¿No te parece que le vendria muy bien á tu amo medio milloncejo de reales?

—¡Oh! esclamó fray Serapio con un ánsia infinita: ¡medio millon de reales!

—Sí; pero con ciertas condiciones.

—El casamiento de Eugenia con ese hombre...

—Sí.

Meditó un momento el padre Serapio.

—Antonio se opondrá, dijo al fin.

—Engañemos á Antonio.

—¡Engañarle!

—Sí, la mentira es lícita y aun obligatoria cuando tiene por fin, un buen propósito.

—Es decir que habrá que hacerle creer que ese hombre es un buen servidor de Dios, del rey y de la patria.

—Sí, y te prometo que mientras Antonio viva, que no será mucho, porque el pobrecillo está muy acabado Gabriel desempeñará á las mil maravillas el papel de realista.

VI.

Quince dias despues, merced á los buenos oficios de el padre fray Serapio de Rozas, casaba éste solemnemente, á Gabriel y á Eugenia.

CAPTIULO VIII.

La justicia de Dios.

I.

El proceso de Juan Pulgon continuaba entre tanto con gran actividad al mismo tiempo que se curaban las heridas de aquel miserable.

Un mes despues del asesinato de los frailes, pudo ser trasladado del hospital á la cárcel de Villa.

El proceso habia pasado ya á la audiencia para la vista: en el inferior Juan Pulgon habia sido sentenciado á muerte.

Se arrojaba una gota de sangre infame sobre el lago de sangre causado por el crímen.

Se tenia miedo de inquirir, de arrojar al verdugo mayor número de cabezas infames.

La política, la pasion de partido, la debilidad, empequeñecian la justicia.

II.

La audiencia confirmó la sentencia de muerte del inferior.

El dia 17 de agosto, el juez de la causa, acompañado de un escribano, llamó á la entrepuerta de la cárcel de Villa á punto que el reló del cercano convento de Santo Tomás daba las doce del dia.

El alcaide se apresuró á franquear el rastrillo que se abrió crugiendo.

—Traiga usted á la entrepuerta á Juan Pulgon, dijo el juez al alcaide.

Este abrió la puerta interior, y desapareció al mismo tiempo que uno de los dependientes abria la esterior.

Poco despues, el dependiente volvia á entrar con un cabo y cuatro soldados de la guardia, que formaron en un estremo de la sombría entrepuerta.

III.

Se oyeron á poco crugir los rastrillos del patio, y precedido por el alcaide y seguido de dos calaboceros, apareció Juan Pulgon demacrado, pálido, horrible, feo; con la barba crecida, los cabellos blancos, largos y desordenados, inclinada la cabeza bajo el terror, cubierto de andrajos, y andando con dificultad, á causa del par de enormes grillos que llevaba en los pies, y que marcaban su lento paso con un crugido seco y áspero.

Lanzó al juez una cobarde y sombría mirada de lobo cogido en el lazo, y se detuvo al oir la fria voz de mando del cabo que decia:

—¡Escolta, preparen!

A esta órden militar siguió otra órden pronunciada en voz opaca por el juez y dirigida á Juan Pulgon.

—Arrodíllese usted.

Juan Pulgon se arrodilló con gran dificultad á causa de los grillos, y necesitando para ello la ayuda de los dependientes.

El juez y el escribano se quitaron los sombreros.

Tomó el juez un pliego de papel sellado que le dió el escribano, y dijo antes de leer:

—En nombre de la reina.

Despues leyó una larga sentencia, que terminaba con la condenacion á muerte en garrote vil de Juan Pulgon, y con las firmas de cinco jueces que habian fallado el proceso.

Al oir el nombre del presidente de la sala, Juan Pulgon, como impulsado por una poderosa corriente eléctrica, se puso en pie de un salto, descompuesto, lívido, aterrado, desesperado.

El juez y el escribano retrocedieron.

El cabo, equivocándose, dijo con voz enérgica:

—¡Escolta, apunten!

Los calaboceros y el alcaide se lanzaron sobre Juan Pulgon y le sujetaron.

—No, no, dijo Juan Pulgon con voz entrecortada y trémula: no es eso: yo no quiero hacer daño á nadie; no es eso; es que ha pasado por mí toda la ira de Dios: señor juez, hágame usía el favor de leer otra vez los nombres de los señores de la Sala: yo he debido equivocarme, ¿ha dicho usía don Juan Sotillo de Valcárcel?

Pronunció con tal agonía estas palabras Juan Pulgon, de una manera tan dolorosa, tan suprema, que todos se estremecieron.

—Sí, Juan Pulgon, si, contestó el juez conmovido por aquel no sé qué misterioso, terrible que se desprendia del sentenciado: el señor don Juan Sotillo de Valcárcel, es el presidente de la Sala, que se ha visto dolorosamente obligado, como antes yo, á sentenciar á usted en nombre de la justicia ofendida.

—Gracias, señor juez, dijo con voz apagada Juan Pulgon, inclinando la cabeza sobre el pecho.

—Levanten ustedes esos fusiles, dijo el juez.

—¡Escolta, retiren! dijo el cabo.

Los soldados volvieron á la posicion de arma preparada.

IV.

Gruesas lágrimas corrian á lo largo del repugnante semblante de Juan Pulgon.

—¿Está usted conforme con la sentencia? le preguntó el juez.

—Si señor, contestó Juan Pulgon.

—Firme usted, pues, dijo el escribano, á quien el juez habia dado la sentencia, poniéndola sobre la mesa de la entrepuerta.

Juan Pulgon se acercó, tomó una pluma, y al ir á firmar vaciló y se detuvo.

—No, no, dijo como hablando consigo mismo, Juan Pulgon; yo me llamo Juan Pulgon.

Y firmó Juan Pulgon, de una manera nerviosa.

V.

—Que se retire la escolta, dijo el juez.

El cabo marchó con los cuatro soldados.

La conmocion, el terror, el dolor de que veo á usted poseido por otra causa, sin duda, harto diferente del espanto producido en un reo por su sentencia de muerte, dijo el juez con acento dulce acercándose á Juan Pulgon; me obligan á preguntarle si tiene usted algo que decir: no es el juez el que pregunta á usted: la ley ha pronunciado ya su última palabra; es el hombre.

Juan Pulgon se estremeció, miró con ánsia al juez, dudó, y luego rehaciéndose, dijo:

—No, señor juez, gracias, gracias de todo corazon; pero nada tengo que decir, nada, sino que la justicia de Dios es infinitamente mas terrible que la justicia de los hombres.

—Que Dios en su misericordia dé á usted fuerzas, Juan Pulgon, dijo el juez conmovido aun.

Por una puerta salieron el juez y el escribano á la calle: por otra, Juan Pulgon fué llevado á la capilla.

VI.

—¿Qué dice usted, de esto, Aguilera? preguntó el juez al escribano, mientras se dirigian á la audiencia, que estaba unida á la cárcel de Villa.

—Veo algo que espanta, don Baltasar, contestó el escribano.

—Sí, sí, es espantoso, observó el juez.

—La identidad del reo no ha podido probarse, añadió el escribano; no se ha encontrado un solo hilo: Pulgon es indudablemente un apodo convertido en apellido: ese hombre oculta su nombre en un misterio impenetrable: ¿por qué su terrible sacudimiento, su espanto, cuando oyó el nombre del presidente de la Sala que le ha sentenciado?

—Silencio, Aguilera, silencio; que nada sepa de esto don Juan Sotillo: ¡ ah ! la providencia de Dios; sí, sí, ese hombre ha dicho bien: nuestra justicia es nada en comparacion de la justicia de Dios.

VII.

En aquel momento el juez y el escribano entraban en la audiencia por la puerta principal y guardaron silencio.

Pero todos los curiales notaron que los dos funcionarios venian profundamente conmovidos, y esto dió lugar á una multitud de interpretaciones.

—¿Habrá hecho alguna revelacion importante el reo?

—¿Habrá comprometido á algun personaje gordo?

—Aquí hay un misterio.

—Se le echará tierra.

—El asunto es muy grave.

—El último mono se ahoga.

—Pues yo no callaba.

—Yo sí; hay que andarse con tiento; ¿quién sabe?...

Y á este tenor se agitaban las murmuraciones.

No atreviéndose á sondear al juez, sondearon al escribano que se mantuvo impenetrable.

VIII.

Estas murmuraciones llegaron á oidos de los magistrados, y el presidente de Sala don Juan de Sotillo y Valcárcel se creyó en el deber de llamar al juez de la causa que habia notificado la sentencia al reo.

IX.

Se encerró con él y le dijo:

—Señor don Baltasar, vamos á hablar de caballero á caballero.

—No comprendo á usted, señor don Juan, contestó don Baltasar esforzándose por aparecer sereno.

—Yo en cambio, comprendo, dijo don Juan, que usted sabe algo terrible, algo que ha surgido de la notificacion de la sentencia á ese desdichado.

—Yo soy blando de corazon, respondió don Baltasar, y cuando me veo obligado á notificar una sentencia de muerte me conmuevo, me pongo malo; me dura lo terrible de la impresion quince dias.

—Hace dos meses, respondió gravemente y aun con severidad Sotillo, notificó usted una sentencia de muerte, y aquella noche estuvimos juntos en el teatro: estaba usted tranquilo, porque en efecto, nosotros no sentenciamos á un hombre, le sentencia la ley: nosotros no le matamos, le mata su crímen: ambos tenemos una larga carrera judicial: antes de este órden de cosas ha sido usted diez años alcalde: algunos mas que yo: hemos ahorcado mucha gente, don Baltasar; y hablando aquí para entre los dos, estamos curados de espanto; no podemos engañarnos; las circunstancias son muy graves; estamos tachados de realistas: la revolucion ruje; no cometamos imprudencias; si el reo ha hecho alguna revelacion, por altas que sean las personas comprometidas, no nos hagamos reos de un encubrimiento que podria sernos muy funesto: se creeria, si por desgracia se descubriese algo, que para hacer méritos con los liberales y sostener nuestro destino, habíamos protegido con un vergonzoso secreto crímenes que no podemos ni debemos proteger, ya consultemos nuestra conciencia, ya nuestra conveniencia: quién sabe por dónde saldrá esto, don Baltasar; la faccion crece; los liberales se dividen; los realistas son muchos y fuertes; el resultado de la lucha dudoso; todo es caos, desconcierto: supongamos que triunfa don Cárlos; que por una casualidad desgraciada se descubre lo que usted sin duda pretende ocultar, y damos miserablemente en la horca usted, mis cuatro compañeros de Sala y yo: no seamos imprudentes; se ha cometido un crímen horrible: al cadalso con todos sobre los que podamos echar la ley, sean quienes fueren: si un poder superior á nosotros impide la accion de la justicia, nadie nos podrá hacer mañana cargo de un crímen que no habremos cometido.

—Nada ha revelado el reo que tenga relacion con el asesinato de los regulares.

—Eso quiere decir que ha revelado algo.

—Lo que ha revelado es un terror inmenso, un terror que nada tiene de comun con el que causa generalmente en los reos la notificacion de la sentencia de muerte.

—¿Y ese estraño terror del reo es el que ha causado en usted, don Baltasar, esa conmocion tambien estraña, en que ha reparado todo el mundo?

—Sí señor, he visto algo espantoso, algo terrible en las palabras, en la mirada, en el semblante del sentenciado.

—¿Y recuerda usted esas palabras?

—Sí, señor, ha dicho: La justicia de Dios es infinitamente mas terrible que la justicia de los hombres.

—¿Y es eso todo?

—Todo.

—Bien, don Baltasar; salgamos, no se interprete nuestra entrevista á puerta cerrada.

El oidor abrió la puerta y salió con el juez de primera instancia; se despidió de él, bajó y entró en el carruaje que le esperaba á la puerta de la audiencia:

—A la cárcel de Villa, dijo al cochero.

El carruaje paraba poco despues á la puerta de la cárcel.

Sotillo llegó al rastrillo de la entrepuerta, dió su nombre, entró é hizo que le condujesen á la capilla.

X.

Dos agonizantes se habian apoderado ya de Juan Pulgon y le trabajaban.

—Necesito quedarme á solas con el reo, dijo Sotillo con suma atencion á los dos clérigos; soy el presidente de la Sala que le ha sentenciado.

XI.

Juan Pulgon que, calenturiento, enfermo, no pudiendo mantenerse sentado en una silla, estaba echado en un colchon, puesto en el suelo; incorporado sobre uno de sus brazos, con la cabeza profundamente doblada sobre el pecho, no se sabia si escuchaba ó no la palabra de los sacerdotes que le preparaban á bien morir, oyó las palabras que acababa de decir Sotillo, puesto que se irguió de una manera violenta, y miró con ánsia, con dolor, con agonía, de una manera indescribible al oidor que le devoraba con la mirada.

Temblaban sus mejillas, se contraia su boca, se agitaba todo su cuerpo: se notó que quiso hablar y no pudo; y al fin dijo con una voz horrible, chillona, trémula, débil:

—Sí, sí, dejad solo conmigo á su señoria; dejadle solo; tengo que decirle... ¡ah! sí, yo puedo decirle mucho.

Los sacerdotes se retiraron.

Juan Pulgon continuó mirando de una manera cada vez mas suprema, cada vez mas solemne, cada vez mas conmovedora, á Sotillo.

XII.

El togado sentia un malestar inesplicable; algo que le impulsaba hácia aquel hombre; algo que le rechazaba.

—Siéntese usía aquí, cerca de mí, quiero ver bien á usía, dijo Juan Pulgon con el acento apenas perceptible.

Sotillo se sentó, aturdido ya, dominado por la estraña influencia que sobre él ejercía el reo.

Hizo un esfuerzo; logró dominarse hasta cierto punto y dijo recobrando su severidad de júez:

—¿Qué es lo que tiene usted que declarar?

—¡Oh! yo puedo decir mucho, mucho; ¡ah! lo que yo puedo decir... pero no lo diré, no; seria un crímen, seria... ¡oh, qué horror! no, basta con que padezca yo solo: ¿por qué, por qué sentenciarle á él tambien? añadió como hablando consigo mismo: basta de horror, es menester que seamos buenos alguna vez: esos buenos clérigos me hablaban de Dios... sí, sí, hay Dios: Dios ha puesto su mano sobre mi cabeza; yo la siento: pesa y abrasa de una manera horrible: señor presidente, otra mano aprieta á mi corazon; me quedaban en él muy pocas lágrimas y las vertí todas cuando me leyeron la sentencia: ¡ah! yo no tengo nada que revelar, nada; es que no sé lo que me digo; me estoy muriendo: me han ajusticiado ya, me ha ajusticiado Dios; entregarán un cadáver al verdugo: ¡pobre verdugo! probablemente tendrá mas miedo que yo, porque yo creo, señor presidente que como el verdugo es hombre, debe serle algo duro el matar á otro hombre: eso que dicen de que al verdugo se le dan tres pitos de despachar á un prójimo, que se lo cuenten á mi abuela: yo he visto ajusticiar á mucha gente, y siempre ha estado el verdugo pálido como un muerto: ¡bah! no se mata á un hombre como se mata á una pulga; yo me rio de eso; ¿no es verdad, señor presidente, que se oyen decir cosas todos los dias, que harian reir á un muerto?

—Este hombre está loco, murmuró Sotillo.

—Yo creo que sí, señor presidente, dijo Juan Pulgon; creo que sí; tengo en la cabeza algo que hierve, sangre: el diablo de la sangre, se sube, se sube: ¡bah! en otro tiempo, cuando yo amaba la vida... porque

era feliz, porque era rico, porque tenia una hermosa mujer... y un hermoso hijo, si hubiera yo sentido este bullidero de la sangre en la cabeza, me hubiera apresurado á llamar á un sangrador; pero ¡bah! aquella felicidad se la llevó la trampa; de una vez la madre y el hijo... luego, ya se ve, señor presidente, cuando uno se ha quedado solo en el mundo; cuando en el lugar del corazon nos queda un hueco lleno de hiel corrosiva, para calmar el dolor se bebe, se bebe, se bebe siempre... y cuando se ha bebido mucho, no duele nada; sí, un poco la cabeza, hasta que uno se acostumbra; se ve todo de color de rosa: lo negro, lo horrible, lo insoportable, se ha quedado en el fondo de la botella: entonces la primera bribona que encontramos, nos parece tan hermosa como la adorada mujer que hemos perdido... la orgía, el desórden: por la mañana despertamos bajo la mesa de una tasca, con la cabeza pesada, con el bolsillo ligero... las orgías cuestan caras; llega un dia en que nos hemos bebido, en que hemos enterrado en fango la herencia de nuestros padres; luego... luego los escalones son resbaladizos; se bajan con suma rapidez, y en el último encontramos la ganzúa y el puñal... ¡bah! ¡bah! señor presidente, y todo esto consiste en que hemos perdido á nuestra mujer y á nuestro hijo y hemos necesitado beber, beber y mas beber para no agonizar.

XIII.

Sotillo habia acabado por sentir miedo, por escuchar un leve zumbido como el de un millon de insectos que hubiesen revolado en torno de su cabeza: sus ojos se habian empañado y veian á Juan Pulgon al través de una especie de neblina levemente rojiza.

El semblante, la mirada, la mueca que contraia la boca de Juan Pulgon, el timbre frio, desapacible, desigual de su voz; sus palabras estrañas; la leve carcajada con que habia acompañado sus esclamaciones: todo esto habia influido de una manera magnética en el juez.

XIV.

Hizo un nuevo esfuerzo, recobró cuanto pudo su aspecto oficial, y dijo:

—Perdemos el tiempo; usted ha hablado de revelaciones, de alguna persona á quien no quiere usted nombrar...

—No, no, y cien veces no, dijo Juan Pulgon que no apartaba su mirada mate de la mirada del magistrado; no y no; ¡bah! que prueben hacerme hablar, desafío á todo el poder humano, sí; que me digan: Juan Pulgon, te han sentenciado á garrote; el garrote es poca cosa, media vuelta y agur: duele mucho mas un golpe en el codo: pues bien, si no hablas te vamos á meter poco á poco, pulgada á pulgada, línea á línea en una caldera de aceite hirviendo; te vamos á arrancar los dientes y las muelas; te vamos á sacar los ojos; te vamos á hacer pedacitos empezando por el dedo meñique; bueno, corriente, no hablo, no quiero hablar: es mi hijo, mi hijo, ¿lo oye usía, señor presidente?

—¿Y quién es su hijo de usted?

—Mi hijo, mi hijo... que lo busquen, sí, que busquen al hijo de Juan Pulgon: bah, bah, yo sé dónde está, pero no lo diré.

—Va usted á morir.

—Pues porque voy á morir no pronuncio el nombre de mi hijo: sino fuera á morir, ó por lo menos sino fuera á morir agarrotado por asesino, ya lo hubiera dicho: no hablemos mas de esto: aunque me hagan pedazos no diré una sola palabra: ah, señor presidente, ahora se me ocurre ¿por qué no dicen á los procesados el nombre de los jueces que van á fallar su proceso? se dice la Sala; ¡bah! bonito nombre, eso está mal hecho: debiera uno saber los nombres de los que nos van á matar: esto seria bueno alguna vez... Vamos, yo no tengo nada que decir: usía se impacienta y todo será tiempo perdido, no quiero.

—Piense usted en que dentro de algunas horas estará delante de Dios, reo de robo de un criminal á la justicia.

—¿Y quién ha dicho á usía, señor presidente, que mi hijo sea criminal? ¡ah, no! mi hijo es tan bueno y tan respetable como usía: señor presidente, ¿tiene usía madre?

—¿Qué importa á usted eso? dijo aturdido, sin saber por qué Sotillo.

—¿Por qué, por qué? ¿qué se yo? se me ha ocurrido esa pregunta como pudiera habérseme ocurrido otra cualquiera.

—No, ha muerto, dijo el magistrado, de una manera maquinal.

—¡Ah! sí, sí, es verdad, está usía de luto; pero el luto de usía podia ser por su padre.

—Era yo niño cuando mi padre murió.

—¡Pobre señor! y no ha podido tener el orgullo de ver á su hijo presidente de Sala, sentenciando á malvados como yo: ¡oh! ¡qué horror, Dios

mio! esclamó Juan Pulgon asiéndose con ambas manos la cabeza: esta sangre que sube... que sube... ¡bah! ya pasó, son oleadas, ¡válgame Dios! y debe hacer poco tiempo que murió la madre de usía.

—Sí, murió la misma noche en que usted asesinaba á los ministros del Señor.

Juan Pulgon dió un grito horrible; estendió los brazos sobre su cabeza y cayó de boca contra el suelo.

—Que socorran á este desdichado, dijo Sotillo lanzándose conmovido á la puerta de la capilla: el terror le ha vuelto loco.

Y salió preocupado, nervioso, llevando dentro de sí algo incomprensible, algo pesado, algo frio.

XV.

Los hermanos de la Caridad y los sacerdotes entraron y levantaron á Juan Pulgon.

Estaba muerto.

CAPITULO IX.

Las memorias del merqués de Campo Nuño.

I.

Cuando supo esta catástrofe Estéban, dijo:

—Me alegro; asi está completamente concluido mi negocio. El último de los que podian dar de mí noticias algo fastidiosas ha estallado: me tenia ínquieto el pensamiento de que al verse próximo al palo, se vengase de mí Juan Pulgon, por no haberle ayudado en su mal negocio complicándome en él. ¿Y cómo favorecer á aquel lobo estúpido? La opinion pública, la política, todo, le tenian asido por el cuello, y al fin le han estrangulado. Descanse en paz. Pero ese pliego, ese pliego de mi hermano Gaspar encontrado en el bolsillo de Pulgon cuando fue preso, retenido por el juez de primera instancia, ese pliego que yo no me atrevo á reclamar, y en él cual adivino un misterio de grande importancia para nuestra familia...

Pensaba esto Estéban paseándose en un gabinete de la magnífica casa de campo que habia acabado de construir, cuando un criado le anunció que su hermano el vizconde de Nava-redonda habia enviado un carruaje con el aviso de que Estéban se trasladase en él inmèdiatamente á su casa, para un asunto importantísimo.

II.

Era el oscurecer del dia en que debió haber sido ajusticiado Juan Pulgon, á no haber muerto.

Estéban se apresuró á acudir al llamamiento de su hermano, y le encontró en su casa de la calle de Segovia, profundamente conmovido.

—Esto es terrible, terrible, terrible, dijo al ver á Estéban: sobre nuestra familia pesa de seguro una maldicion.

—Yo creo que sí, dijo Estéban, yendo á sentarse en un sillon delante de su hermano.

—No, no te sientes, cierra antes las puertas; estoy solo, pero no importa, los criados son muy curiosos; es menester aprovechar el tiempo; todas las noches me hacen el favor de venir Enriqueta y Eugenia y el buen Gabriel: es un escelente chico, realista puro, muy religioso y tiene mucho talento: ¡qué injustos hemos sido! ¡cuánto hemos mortificado á esos pobres chicos! sobre todo el pobre Miguel.

Estéban habia cerrado entre tanto las puertas, y se habia sentado frente al vizconde.

—Pero en fin, ¿qué es ello? dijo con una viva impaciencia.

—Espera, espera, dijo el vizconde metiendo la mano debajo de su bata; estoy aturdido aun; mira.

Y sacó dos pliegos que mostró á Estéban.

El uno era ligero; el otro de mas volúmen, y estaba manchado de sangre.

Sobre el de menos volúmen habia un sello oficial y este sobrescrito: «Al escelentísimo señor vizconde de Nava-redonda.»

Sobre el otro se leia:

«Memorias del marqués de Campo-Nuño.»

—¡Ah! esclamó de una manera indescribible Estéban, con la misma alegría que cuando descubrió su tesoro: hé aquí lo que yo he buscado con tanto afan.

—Me lo ha remitido con un atentísimo oficio el juez de la causa de ese miserable, que ha muerto en la capilla herido por la mano de Dios: lee, Estéban, lee.

III.

Estéban leyó el pliego pequeño, y vió que era un oficio que decia:

«Juzgado de primera instancia de... Escelentísimo señor: habiéndose encontrado sobre la persona de Juan Pulgon, reo de robo y asesinato, un pliego sobrescrito: Memorias del marqués de Campo-Nuño; abierto por mí este pliego y leido por necesidad y en cumplimiento de mi deber, encontré que era importantísimo para la familia del escelentísimo señor marqués de Campo-Nuño; pero que ninguna relacion tenia con el crímen perseguido en la persona de Juan Pulgon. Sin embargo, me he visto obligado á retenerlo hasta la completa terminacion del proceso. Acabado éste y consultada la audiencia, tengo el honor de remitirle á vuecencia, suplicándole me dé recibo de él. Dios guarde á vuecencia muchos años. Madrid 20 de setiembre de 1834.—Baltasar de Acuña.—Escelentísimo señor vizconde de Nava-redonda.»

—¿Y por qué el juez no ha remitido directamente este pliego á nuestro sobrino Miguel? dijo Estéban.

—El juez, que es un buen sugeto, y que me ha traido por sí mismo esos papeles, dijo el vizconde, ha sabido lo que ha hecho: en primer lugar, era muy aventurado enviar á Vizcaya por el correo un documento tan importante que podia haber sido quemado por los defensores de su magestad: además, es prudente preparar á Miguel, porque el asunto que el pliego se contiene es demasiado grave: nuestro hermano habla con la franqueza de quien está seguro de que no ha de leerse lo que escribe sino despues de su muerte, y en ese pliego está su conciencia: lee, hermano, lee y te estremecerás.

IV.

Estéban desdobló un cuaderno de papel que estaba contenido bajo el sobre abierto, y leyó.

«En el nombre de Dios.—Me veo obligado á hacer una revelacion que pesa sobre mi conciencia.

Tengo el presentimiento de que voy á vivir poco.

He soñado muchas noches seguidas cosas espantosas: no hay que burlarse de los sueños; son misteriosos avisos de Dios.

Miguel se ha casado olvidándose de nuestro rango, bastardeando

nuestra familia con una jóven muy digna de respeto por sus virtudes y por sus desgracias; muy recomendable por sus grandes dotes personales y por su educacion, á la que yo amo y á la que hubiera protegido, á la que hubiera adoptado; pero á la que no puedo ver á sangre fria enlazada á mi familia; madre de mis nietos.

Enriqueta no tiene padre conocido, y por parte de su madre es nieta ilegítima de un humilde pescador gallego.

Las familias ilustres deben arrostrar todo género de sacrificios para mantener intacto su alto esplendor.

Miguel se ha olvidado de esto: está pervertido por las ideas disolventes de una revolucion infame que Dios permite para castigo de nuestros escesos.

Miguel quiere en la vida, en la práctica, en la sociedad, lo que solo puede existir ante Dios en el cielo: la igualdad de los hombres.

Le han vuelto loco los filósofos del mal con sus perversos librotes: ha renegado de su cuna; no ha vacilado en herir el corazon de su padre: lo ha pospuesto todo al amor de una mujer: yo no puedo ser indulgente, no puedo ser débil: voy á desgarrar mi corazon; no importa: conservaré intacto á costa de un horrendo sacrificio el honor de mi familia que me han legado mis ascendientes: no permitiré su bastardamiento suceda lo que quiera y por horrible que sea el sacrificio que me he impuesto.

He llamado á Miguel y por mi carta no puede prever lo que le aguarda: quiero mejor manchar mi honor propio, manchar el de mi pobre esposa, antes que permitir la intrusion en mi familia de una rama bastarda.

Miguel creerá que no es mi hijo, porque tengo preparada una prueba falsa que él no podrá menos de creer verdadera, que le da otro padre ficticio, otro padre miserable, pero digno del insensato que asi ha hollado el honor de su familia y las canas de su padre.

A solas conmigo mismo, soy débil. Algunas lágrimas han borrado las palabras que escribo, obligándome á repetirlas.

No importa; aunque estas palabras borradas por mis lágrimas se repitan, no tomaré otro papel, no procuraré ocultar los naturales impulsos de mi corazon: que cuando despues de mi muerte el consejo de familia lea estas *memorias*, conozca cuán horrible ha sido para mí el sacrificio que me he impuesto.

Mientras yo viva, Miguel estará arrojado de mi familia, completa-

mente separado de ella; en la creencia de que á ella no pertenece.

Pero como no he consultado esta determinacion con nadie, no me creo autorizado para hacer que mis hermanos permanezcan en un error despues de mi muerte: si ellos tienen la misma fuerza de voluntad que yo para mantener sin mancha el esplendor de nuestro nombre, mantendrán la falsedad que separa completamente á Miguel de nosotros.

Puede suceder tambien, y la idea de esta eventualidad es la causa de que yo escriba estas Memorias, que despues de mi fallecimiento muera Enriqueta sin haber dejado descendencia, ó que si la deja, esta descendencia muera. En ese caso, Miguel quedaria libre. La Providencia habria corregido su desacierto.

Podria contraer un enlace digno de nosotros: si ese caso llega, es mi voluntad solemne se llame á Miguel, se le haga entender que es mi hijo legítimo; para probar lo qué, queda entre mis papeles secretos una declaracion de Juan Pulgon que invalida el documento falso que hará creer á Miguel que no es mi hijo.

Pero para evitar que á causa de sus ideas contraiga un nuevo enlace inaceptable para nosotros, no se le reivindicará en sus derechos, sino cuando se haya comprometido solemnemente á un enlace conveniente que le será propuesto por el consejo de familia.

Esto es demasiado doloroso, y termino encargando á mis hermanos y á todos mis parientes, hagan por el honor de nuestra casa lo que yo he hecho desgarrándome el corazon.»

V.

Estéban estrujó furioso este papel entre sus manos.

—¡Miseria, infamia, crímen, bajeza, brutalidad! esclamó; ¡ah! ¡mi estúpido hermano Gaspar! y Pedro, Pedro el miserable ha tenido esta prueba, ha podido salvar al desgraciado Miguel y su codicia le ha aconsejado continuar en el crímen; ha continuado...

—Yo no sabia nada, dijo Antonio con la voz trémula; por mas que yo sienta una repugnancia invencible á transigir con el desacierto cometido por Miguel; por mas que esté lleno de dolor, al verle empuñando la noble espada de sus abuelos en defensa de la mala causa, al lado de los impíos, de los sacrílegos, de los asesinos, tú lo sabes; yo por una declaracion solemne é incontestable he reivindicado en sus derechos á nuestro

sobrino: por mí ha entrado en posesion del nombre y de la herencia de su padre; por mí se ve entre la grandeza de España: responda él de las manchas que ha arrojado sobre nuestra familia; pero yo no he querido, no quiero responder ante Dios del despojo y de la desgracia de nuestro hijo.

—Tú eres bueno, Antonio; pero estás fanatizado y dominado por una ignorancia crasa que no te deja ver las cosas desde su verdadero punto de vista: has vivido encerrado entre errores y preocupaciones: mientras la desgracia no te ha hecho probar su amargura, tu soberbia ha mantenido la dureza de tu carácter: despues, la esperiencia te ha demostrado que la obra de los hombres es falsa, hija siempre de las pasiones, del error y de la injusticia, y continuamente destruida por la mano de Dios, que sabia, misericordiosa y providente lleva á la humanidad, la dirige, la guia por un camino de sombra hácia la luz: ¡ah! vosotros los que os obstinais en mantener un *estatu quo* imposible, no comprendeis que os rebelais contra Dios protestando de lo que Dios quiere que sea; alzándoos rebeldes contra su voluntad, empequeñeciendo á Dios, y creyendo que sufre, porque vosotros sufrís sintiéndoos combatidos, vencidos, dominados por el mejoramiento progresivo de la humanidad: no comprendeis que todos los males que hoy se tocan y los que en adelante pueden sobrevenir, nacen de vuestra tenaz resistencia á lo que no puede menos de ser; porque Dios lo ha querido, lo quiere y lo querrá. ¡Oh! ¡la revolucion! ¿y qué es la revolucion mas que la lucha entre lo viejo que se pudre y lo nuevo que avanza vigoroso, necesario, inevitable? ¿por qué os rebelais? no os quejeis si sufrís el castigo inevitable de vuestra rebeldía. ¿Pues qué sucede nada que no pueda y deba suceder? Si los oprimidos se levantan feroces, vuestra es la culpa: los habeis tratado como bestias de carga: vuestra grandeza, vuestra riqueza, no son mas que la acumulacion de sus degradaciones impuestas, de su sangriento sudor esplotado por vosotros. Que obrais de buena fe; no lo niego: pero ¿por qué cerrais los ojos á la luz, los oidos á la verdad, y adelantais tenazmente aferrados en vuestras preocupaciones hácia el abismo que no quereis ver, que os causa un terror vago y frio, y en cuya existencia no creeis por egoismo? ¿Por qué habeis mantenido el embrutecimiento en los que han tenido la desgracia de nacer entre el afan, la pobreza, la miseria? Durante la edad media, la nobleza fue duramente revolucionaria en provecho propio: se engrandeció dominándolo todo, siendo el pensamiento la

fuerza y el oro del Estado: ¿por qué os quejais si ahora la humanidad, llegada á un punto de fuerza al que la ha conducido la voluntad de Dios, os acomete y se engrandece á costa vuestra á nombre de su derecho? ¿por qué llamais impíos, miserables, sacrílegos, malvados á los liberales que no son otra cosa que un resultado necesario? ¿crees tú que tardará mucho en sobrevenir el tiempo en que mirados los hombres desde el punto de vista del derecho natural, no sean ni una pulgada mas ni una pulgada menos, mas altos ni mas bajos? ¿crees tú que Dios ha hecho al hombre inteligente para que se estacione, para que se perpetúen las razas sociales, el señor y el siervo, el ocioso á costa del afan público, el ilota engrandeciendo al señor? ¡ah, no, y no, y no! porque Dios no lo quiere; y todo lo que conseguireis rebelándoos contra el poder de Dios, será crearos una catástrofe espantosa: veis la avalancha que rueda con fragor desde la cumbre de la montaña por la inevitable ley de la gravedad: y la esperais; peor para vosotros: os sepultará y no dejará ni aun el recuerdo vuestro: ¿dónde está la memoria de las civilizaciones que existieron antes de los tiempos históricos? La avalancha las ha borrado, ¡qué grande es Dios, qué incomprensible, qué justiciero!

—¡Miguel! ¡Miguel! dijo el vizconde que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Sí, es verdad, dijo Estéban; cuando empiezo á hablar no acabo nunca; me dejo arrastrar por las digresiones y me voy á cien leguas del objeto principal: tienes razon; lo que ha de suceder será, y á nada conduce el palabrear acerca de ello; ello ha de venir por sí mismo; esperemos: voy á preparar mi viaje al momento: pero como dentro de tres dias estaré en el terreno beligerante y es posible que me encuentre á cada paso con vuestros amigos, que sobre ser muy poco amables, son en extremo recelosos, mientras yo preparo la marcha, pide á Serapio y provéeme tú mismo de algunas cartas para los generales de vuestro rey para que me sirvan de salvo-conducto cuando me vea obligado á pasar por entre vuestro bravo ejército realista: me sentaria muy mal el ser fusilado por esos apreciables señores: con que hasta dentro de tres horas, hermano.

Y Estéban se levantó y salió.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

La guerra civil.

I.

El dia 12 de setiembre de 1834 estaban reunidos una multitud de oficiales y jefes de todas armas del ejército de la reina, en una gran sala baja de una casa situada en la plaza de la villa de Bermeo.

Aquellos jóvenes jugaban al monte.

Este es un entretenimiento de campaña como otro cualquiera.

Pero no todos jugaban.

Un capitan de caballería y dos ó tres jefes hablaban acerca de la guerra, sentados en torno de una chimenea.

El capitan era jóven, como de treinta años.

Sus compañeros de conversacion, ya de edad madura.

Se comprendia por un no sé qué inequívoco, que no dejaban de estar alrededor de la mesa jugando porque hubiesen perdido su dinero, sino que ni aun se habian acercado á ella, porque no jugaban nunca.

En cambio sobre una mesa colocada en medio de ellos, se veian algunas botellas.

II.

El jóven era nuestro antiguo conocido Miguel de Fonseca, marqués de Campo-Nuño, capitan de la segunda compañía del cuarto escuadron del tercero de ligeros.

Habia ascendido en poco tiempo desde alférez; en muy poco tiempo, y gracias á su valor desesperado.

Como sabemos, Miguel ansiaba morir.

Se creia usurpador del título y del patrimonio de Campo-Nuño.

El estado de su espíritu habia aumentado la espresion melancólica, triste y resignada de su semblante.

De tiempo en tiempo, y como una oleada del alma, aparecia en sus ojos una espresion de ansiedad infinita, de sufrimiento insoportable, de desesperacion.

Aquella oleada representaba un pensamiento.

Aquel pensamiento era Enriqueta.

III.

Al despedirse de ella Miguel, aunque no se lo habia dicho, se habia despedido para siempre.

Y al despedirse de ella se habia despedido de su vida, de su alma, de todas sus aspiraciones, de todas sus ilusiones, de toda su felicidad.

Enriqueta representaba para él el universo.

Miguel habia renunciado á su universo, por una razon de escesiva delicadeza.

—¿Quién soy yo? decia impresionado por un error; un bastardo; el fruto de un adulterio.

Miguel se estremecia, porque en el fondo de su conciencia, engañado por una fatal equivocacion, creia culpable á su madre.

No podia olvidar el momento en que Margarita, volviendo de un marasmo de tantos años, habia estendido los brazos hácia Estéban, mirándole de una manera suprema y pronunciando palabras demasiado graves.

Aquello habia causado la determinacion de Miguel de entrar en campaña para hacerse matar.

Soñador, de una manera escepcional, nada habia que le hiciese tran-

sigir con una posicion que, segun su conciencia, no le correspondia.

El marqués de Campo-Nuño, á quien habia creido su padre, le habia rechazado.

Despues, se habia visto obligado, variando su posicion, á aceptar la fortuna y el nombre de Campo-Nuño, á trueque de manchar la honra de su madre, segun él creia.

Miguel ansiaba, pues, morir, para librarse del tormento de una usurpacion.

Y morir era el sacrificio mas horrible que podia hacer á su honor y al honor de su madre, porque dejaba sobre la tierra á Enriqueta, á su hija.

IV.

Esta continua batalla entre su corazon y su deber, tal como comprendia su deber Miguel, era la que habia dado á su semblante aquel tinte melancólico, y á sus ojos aquella espresion desesperada.

Cuando Miguel entraba en fuego, lo que sucedia con mucha frecuencia, se batía con un valor desesperado, y muchas veces habia sufrido un arresto á causa de su temeridad.

Esto importaba poco: á la primera ocasion, Miguel volvia á arrojar su caballo entre los facciosos.

—Este chico, decian sus jefes, al mismo tiempo que le arrestaban, se hará matar ó llegará á general en cuatro dias: ¡bravura como la suya! se comprende que un pobre diablo esponga su vida cien veces al dia por mejorar su fortuna; pero él, un grande de España millonario, esto es incomprensible: indudablemente le sucede algo.

V.

Miguel era apreciadísimo, no solo por su valor y por la llaneza de su trato, sino porque era la providencia de sus compañeros.

Faltaban las pagas; no importaba: el marqués de Campo-Nuño tenia abierto su bolsillo para todos.

Perdia el capitan cajero los fondos del escuadron á un *en tres*, no se veia comprometido: el marqués de Campo-Nuño cubria el desfalco.

—¿Por qué diablos, decian los que sabian esto, viene á darse mala vida á Vizcaya el marqués de Campo-Nuño?

—Es ambicioso, decia alguno; quiere adquirir una alta posicion militar; tal vez piense abrirse camino en el campo de batalla para el gobierno.

—¡Oh! decian otros, con sus millones seria lo que quisiese, sin andar aperreado y cambiando testarazos con los facciosos.

Por último, todos estrañaban el ver á un grande de España riquísimo, sirviendo como simple capitan de caballería en una campaña tan dura en que mas que los combates, afligian las continuas marchas y contramarchas sobre cuatro palmos de terreno.

VI.

La guerra que con mas inteligencia, mas patriotismo y mas decision en el gobierno hubiera concluido, apenas empezada, quedando reducida á las proporciones de una grande intentona, se habia hecho demasiado séria.

Zumalacárregui habia sabido organizar la faccion, que aunque reducida en número tenia las condiciones de un ejército, y habia desprestigiado á algunos generales de la reina, incluso Mina, el gran guerrillero de la guerra de la Indcpendencia.

Córdoba estaba frente á él. Zumalacárregui le habia visto con desprecio al frente de las huestes de la reina á causa de su juventud.

Córdoba era un general bisoño, mientras que Zumalacárregui era un veterano de dos campañas.

Fue necesario para que Zumalacárregui respetase á Córdoba, que el jóven caudillo le demostrase que, como decia Corneille «el valor no se mide por el número de los años.»

VII.

La guerra civil se exacerbaba; porque era una lucha necesaria entre dos principios opuestos. El derecho divino de los reyes y el derecho de los pueblos.

No fue la legitimidad ó la no legitimidad lo que causó aquella guerra: no un principio político de buena fe sostenido, sino el interés de los que veian morir con un sistema constitucional su poder, sus privilegios, sus medros.

Se queria detener el tiempo y hacer que unos pocos viviesen á costa de la multitud; diesen rienda suelta á su vanidad; lo tuviesen todo mientras los demás no tenian nada.

Pero lo estraño es que entre la clase oprimida habia centenares, millares de hombres que tomaban las armas en defensa de los intereses de los opresores.

Esto consistia en que no se decia á aquellas gentes: nosotros queremos retener una herencia privilegiada: queremos dominarlo todo; monopolizarlo todo: nos importa poco estar sujetos al capricho de un hombre, adularle vilmente, halagar sus vicios, satisfacer su codicia y su soberbia, ser cómplice de sus iniquidades, con tal de que nosotros dominemos, estrujemos, desangremos, monopolicemos á nuestros inferiores; nosotros somos los elegidos, los grandes, los nobles, los buenos: por bajo de nosotros todo es villano, todo miserable, todo esclavo.

Si les hubiesen dicho esto, sus servidores de buena fe se hubieran sublevado contra ellos y los hubieran degollado.

No; los tenian fanatizados desde muy antiguo; sumidos en la ignorancia; supeditados, acostumbrados á un yugo que creian justo; les hablaban en nombre de Dios y de la religion; les pintaban con los mas negros colores á los que, producto del inevitable progreso de la inteligencia humana, comprendian la enormidad, la monstruosidad del viejo y podrido régimen absoluto, sus crímenes, su corrupcion, su depravacion, y se levantaban potentes para derrocar con las armas en la mano y á costa de su sangre, aquel omnímodo é insoportable órden de cosas.

VIII.

Ne eran, pues, propiamente dicho, Isabel y Cárlos los que contendian; no la legitimidad y la usurpacion, sino dos principios antagónicos: lo viejo y lo nuevo; lo imposible y lo necesario: la luz y la sombra.

Isabel representaba la alborada de un gran dia: Cárlos la terminacion tempestuosa de una noche horrenda.

No era necesario ser profeta para predecir lo que debia acontecer. Las dos mas potentes naciones de Europa, Inglaterra y Francia, aspiraban el aura de la libertad, si no llevada á su última palabra, bastante fuerte ya para no ser vencida.

El trono inglés era poco mas que un símbolo. Luis Felipe al llamarse rey de los franceses, reconocia la soberanía nacional.

El mundo se incubaba de una idea nueva, grande, fecunda, generosa.

Acá y allá, los esclavos, ansiosos de emancipacion, atirantaban y hacian crujir sus cadenas.

Todo anunciaba el gran renacimiento, en cuyo laborioso desarrollo nos encontramos aun.

IX.

Los que defendian al Pretendiente no le defendian en nombre de su derecho: este era el pretesto.

Lo que defendian en don Cárlos era el antiguo régimen que representaba sus intereses.

Los liberales, á pesar de que se apoyaban en el derecho de Isabel, defendian el mejoramiento de su posicion; esto es, el derecho comun.

La lucha era, pues, política, porque era una lucha de intereses generales. Por lo mismo, la guerra civil se habia hecho inhumana, terrible, monstruosa; porque no hay nada que irrite mas al hombre que lo que contraría su interés individual.

X.

Se habia mirado con desprecio en sus principios aquella guerra, por hombres ineptos ó soñadores, ó traidores, ó profundamente egoistas, que solo miraban á lo que en el estrecho círculo de su personalidad les convenia.

Si se hubiera dado espansion al espíritu innovador del pais; si no se hubiera pretendido restringir la libertad en provecho del predominio del trono; si se hubiera acudido con energía esplotando los grandes elementos de la nacion, la guerra civil no hubiera pasado de ser una intentona y se hubieran ahorrado muchas víctimas, muchas infamias, muchos horrores y muchas celebridades funestas, que aun pesan sobre nosotros.

XI.

La faccion habia engrosado, alentada por la impunidad; y no tardó en encontrar jefes que la organizasen; que de guerrillas insignificantes las convirtiese en un verdadero ejército; entre ellos Zumalacárregui, ab-

solutista tenaz, militar rebelde que pudo y debió ser fusilado, con lo cual se hubiera retardado la organizacion de las huestes facciosas.

XII.

Ni se daba cuartel, ni se procuraba poner aquella guerra dentro de las prescripciones del derecho de gentes.

Por ambas partes se apelaba al terror.

El incendio, el degüello, el saqueo, el fusilamiento de los prisioneros, sin distincion de edad ni de sexo, sin contar con todos los horrores imaginables, eran el carácter odioso de aquella guerra vandálica.

En vano se busca en sus principios una batalla. Entonces todo era cuestion de piernas y de astucia. Quedaba desamparado un punto por las escasas tropas de la reina, que habian ido á reforzar un punto á donde se les habia llamado la atencion, y Zumalacárregui caia sobre el punto abandonado con un par de batallones.

Mas salteador que general, incendiaba, robaba, degollaba, y creia haber conquistado una hoja de laurel, cuando solo habia cometido una infamia.

Entre tanto, los generales de la reina, con pocas fuerzas y menos dinero, andaban de acá para allá, burlados siempre, aperreados siempre, en busca de innobles guerrillas que se les desvanecian como sombras, cayendo mas de una vez, por ineptitud, por torpeza, en emboscadas preparadas por un puñado de bandidos que, sin embargo, inmolaban á centenares, gracias á una traicion, ó mas bien, gracias al descuido ó á la impericia de sus jefes, á centenares de ciudadanos que la nacion habia sacado de sus casas para ponerles en las manos las armas en defensa de su derecho.

En tanto los frailes, el clero, la nobleza, grandes dementes que sostenian con su dinero y con su influencia la faccion, se quejaban desembozadamente y sin pudor, del órden de cosas que asomaba, y llamaban bandidos, herejes, energúmenos, y qué sabemos de cuántas maneras espantosas, á los que hubieran hecho muy bien en arrostrar por todo y destruir en medio de la tempestad de una revolucion, todos aquellos elementos enemigos de lo digno, de lo justo, de lo necesario, de lo conveniente.

Pero á las densas tinieblas de la noche no sucede de improviso el sol del medio dia.

Es necesario el crepúsculo, la alborada, el sol naciente; su ascension lenta al cénit.

En la naturaleza, como en la esfera moral, en el órden social, no se encuentra lo brusco, la trasformacion violenta: todo es gradual, todo nace débil, todo se desarrolla lentamente.

La muerte de Fernando VII y la guerra civil fueron el crepúsculo tempestuoso del dia de nuestra libertad.

El sol de ese dia, aun no ha llegado á su cénit.

No importa, llegará muy pronto.

Entonces no habrá sombra, ni en Oriente, ni al Occidente.

El hombre habrá llegado al fin á su primera situacion digna.

Entonces, y solo entonces, se conocerá y se comprenderá al ciudadano.

XIII.

En medio de este crepúsculo, de esta tempestad, de esta lucha incierta, formando parte de los dos grandes elementos que combatian, se encontraba Miguel la noche en cuya fecha marcha nuestro relato, en una *timba* de oficiales del ejército de la reina, aunque sin jugar, sentado al fuego, en séria conversacion con algunos jefes encanecidos.

XIV.

De improviso sintió que le tocaban por detrás, al hombro derecho, de una manera leve, pero brusca.

Volvióse y encontró delante de sí un oficial de marina que llevaba la divisa de teniente de fragata.

Aquel jóven le miraba de una manera sombría.

Miguel se puso de pie, se apretó el cinturon del sable y dijo al marino como si hubiera adivinado su objeto.

—Estoy á las órdenes de usted.

—Gracias, dijo el marino; en ese caso, salgamos.

Y echando á andar, salió seguido de Miguel á una estrecha y oscura calle.

CAPITULO II.

Sangre por sangre.

I.

Bermeo es una villa muy pequeña, y desde cualquier parte se llega muy pronto á la muralla.

El marino marchó en silencio hasta que llegó á un lugar completamente solitario y silencioso, formado por un ángulo del antiguo y pesado muro.

Silbaba contra él el viento y se oia á poca distancia el eterno bramido de titan del mar Cantábrico.

El terreno era desigual y estaba cubierto de yerbas parásitas, de ortigas y de malvas locas.

Esto se sentia por el rozamiento y por alguna punzadura en las manos, porque la noche era demasiado lóbrega para que pudiese apreciarse nada por la vista.

II.

Al llegar allí se detuvo bruscamente el marino y dijo con acento reconcentrado, acerado, frio, amenazador:

—Soy don Salvador Ezguerra, vizconde de Casa-Bermeja, grande de España, teniente de fragata de la marina real, y sobre todo, hermano de don Agustin Ezguerra, muerto en duelo en el Ferrol.

—Y bien, contestó Miguel, ya lo sabia.

La voz de Miguel era tranquila, pero triste, lúgubre.

—Soy comandante del bergantin «Annibal» y he llegado esta tarde.

—No importa, me ha bastado verle á usted, aunque nunca le he visto, para conocerle: por eso, suponiendo que tendria usted que decirme algo gravemente reservado, me he puesto á sus órdenes y le he seguido.

—En efecto, creo que no necesitamos esplicaciones.

—Asi lo creo.

—En ese caso, convengamos en los medios de terminar este asunto.

—Estoy completamente á las órdenes de usted.

—Bien; mi segundo ha saltado conmigo á tierra: dentro de media hora estaré aquí con él.

—No, no es eso, dijo Miguel; repito que estoy á las órdenes de usted para todo, para todo, menos para esponerme á matarle; no, no y cien veces no: basta con uno.

—¡Ah! ¿con que no? dijo trémulo Ezguerra; ¿con que es decir que usted cree que cuando se me presenta una ocasion de vengar á mi hermano, de cobrar sangre por sangre, puedo renunciar á ello, como se renuncia á cualquier cosa? ¿con que es decir que yo he de llorar la pérdida de mi hermano, y he de consentir en la felicidad, en el contento del hombre que me le arrebató?

—¿Conoce usted las circunstancias de aquel funesto duelo? dijo Miguel conservando siempre su inalterable sangre fria y su acento dulce y triste.

—Sí, las conozco; tuvo usted razon para arrancarle, no una vida, cien vidas que hubiera tenido: mi hermano y yo estábamos en completo desacuerdo y absolutamente separados: probablemente si no hubiera muerto, no hubiéramos cruzado una sola palabra en toda nuestra vida: ¿quiere usted que le diga mas? pues bien; cometió una infamia, cuya calificacion no encuentro, con mi pobre hermana: todo lo sé, todo me lo ha referido punto por punto, un antiguo amigo mio, un teniente de fragata, Pedro de Sástago que fue testigo del duelo y de la causa que lo produjo: era el testamentario de mi hermano, y nada me habia escrito, nada me habia dicho, reservándose hablarme de esto para cuando nos encontrásemos: no me encontró hasta hace seis meses en Buenos-Aires: afortunadamente mi bergantin fue destinado á la Península, al departamento de Vizcaya y mas afortunadamente á poco de saltar en tierra supe

que en Bermeo se encontraba el segundo escuadron del tercero de ligeros, en el cual es usted capitan: no esperé á mas: le he buscado á usted en su alojamiento y le he encontrado al fin: ahora bien ¿por qué pido á usted cuenta de la sangre de mi hermano, cuando si yo hubiera estado en el lugar que usted, le hubiera matado tambien? por una razon que no tiene réplica; porque era mi hermano...

—No hay razon bastante para desear la muerte de un hombre; ninguna para causarla, dijo Miguel: la sangre cae sobre la conciencia: el hombre que destruye, se coloca en una situacion horriblemente escepcional: me he colocado una vez en ella, porque no la conocia, porque me arrastraban la cólera, la indignacion, el amor á Enriqueta.

III.

Ezguerra soltó una larga y descortés carcajada.

Miguel no se alteró.

Pero, por dignidad guardó silencio.

—Dispénseme usted si me he reido, dijo pretendiendo corregir su descortesía Ezguerra; pero es muy estraño ese discurso de usted contra la destruccion, digno de un capuchino, en un valiente oficial que, segun me han dicho, carga con furor siempre que tiene ocasion, sobre los enemigos de su reina y de su patria.

—¡Ah! ¡cuán distinto es defender los sagrados derechos de la legitimidad, de la libertad! ¡la razon, la justicia, cuanto hay de grande, cuanto hay de noble, ó destruir por odios personales, por soberbia, por mezquinos intereses! ¡ah! no; cuando yo cargo sobre la faccion, me parece que acometo á la infamia, al crímen, á la tiranía, á lo imposible, á lo odioso, á los viles defensores de unos miserables blasfemos, sacrílegos, asesinos que en nombre de Dios se ceban en débiles víctimas, teniendo por medio de gobierno, por elemento de dominio el verdugo ¡ah! matar centenares de esos miserables, es salvar millares de víctimas, es tomar la defensa del oprimido, es enaltacer la justicia, desenvainar en nombre de honor, bajo el sol de la gloria, la noble espada de nuestros abuelos: además de eso, añadió Miguel bajando la voz y en acento confidencial, como si alguien mas que Ezguerra pudiese oirle, no es esto todo, caballero; estoy desesperado, soy el hombre mas infeliz de la tierra, el mas humillado ante sí mismo y busco con ánsia, como una suprema felicidad la muerte.

—Dicen que mi hermana ama á usted, y que mi hermana merece bien el que se procure vivir por ella.

—Separémonos, vizconde, separémonos; sigamos cada cual nuestro destino, dijo con firmeza Miguel.

—No, no, y cien veces no; no quiero estar humillado, ni ante mis propios ojos, ni á los ojos de nadie: la muerte de mi hermano quedó tan profundamente secreta, guardada por el honor de cinco caballeros, que en vano procuré yo saber quién la habia causado: pero esos cinco caballeros existen y no quiero que digan de mí que por miedo, por bajeza ó por cualquier otra causa deshonrosa, no he pedido á usted razon de la muerte de mi hermano.

—La soberbia, y siempre la soberbia, que ha causado y causa y causará males irremediables; la soberbia, que me ha reducido á la situacion desesperada en que me encuentro.

—Marqués, temo esté usted en una situacion que me impida batirme con usted.

—No, no estoy loco: ¡ojalá! los locos no sufren.

—¿Y cómo comprender esto busca usted con ánsia la muerte y escusa usted un lance conmigo...

—¡Ah! pues es muy fácil de comprender: es que tengo la certeza de que usted no puede matarme, y esto, sin fanfarronada: lo creo, porque como he nacido para la suprema desgracia y seria para mí el colmo del horror, matar al otro hermano de Enriqueta, el destino, no mi mano, llevaria mi bala ó la punta de mi espada al corazon de usted.

—¿Y qué importa? ya procuraríamos quedase mi muerte tan envuelta en el misterio, como quedó la de mi hermano Agustin.

—¿Y mi conciencia? ¡ah! usted no tiene corazon, ó está ciego: ¿se olvida usted de que es hermano de Enriqueta?

—Hermano suyo era tambien Agustin.

—Por lo mismo, sufro de una manera horrible; por lo mismo, siempre que, enamorado, he fijado mi mirada en Enriqueta, se ha interpuesto la sombra de su hermano: ¡ah! ella lo ignoraba, ella estaba tranquila, ella no podia comprender mi palidez, mi temblor, y lo atribuia á una pasion infinita por ella... ¡ah! yo podia ser muy feliz, muy feliz, sino me viera obligado á ser grande de España, á llevar el apellido que llevo, si no hubiese visto jamás á su hermano de usted... vámonos, vámonos, vizconde; todo lo que hablemos será inútil: yo para usted no tengo odio,

no tengo mas que amor; seria inútil todo: la calumnia, el infame tratamiento de hecho, cuanto puede hacerse para obligar á un hombre de honor á batirse: al ver á usted, he visto por completo la situacion, y no he vacilado un solo momento para tomar un partido decisivo: he dicho á usted que estoy á sus órdenes, al principio de nuestra conversacion, y usted me ha comprendido mal: he querido decir esto: usted no trae armas, no importa, tome usted.

Miguel sacó su sable y lo presentó por el puño al vizconde.

—¡Cómo! esclamó con la voz trémula, indignada, Salvador; ¿no bastan las injurias que he recibido, sino que me hace usted la horrible injuria de suponerme asesino?... ¿qué he de hacer yo con esa espada, si está usted desarmado? ¿qué generosidad, qué grandeza de alma es esta que produce una ofensa grave á un caballero? ¿y qué medio hay para tomar venganza de ella, cuando el que nos la hace se arroja á nuestros pies como una víctima y nos presenta el cuchillo para que la inmolemos?

—Sangre por sangre, dijo Miguel.

—Usted vertió la sangre de mi hermano con peligro, y solo con peligro puedo yo procurar verter la suya.

—¡No! un duelo no.

—Bien; entonces cuando esté usted en medio de sus compañeros; cuando haya cien testigos, haré á usted una de esas injurias que obligan á un hombre á batirse, á no ser que haya perdido, hasta el último resto de su dignidad.

—¿Una provocacion, una bofetada tal vez? tampoco, porque yo diria: compañeros, es el hermano de mi esposa; yo no puedo arrancarle el corazon; os emplazo para el primer dia en que nos veamos con la canalla; ved bien lo que yo haga y juzgad despues si he dejado de matar á mi hermano por cobarde.

—¡Ah! ¿sí? bien: hemos encontrado un medio señor marqués, escusando la provocacion: encima de Bermeo tenemos á Castor y á Sopelana; están interesados en tener un punto de la costa para recibir armas y auxilios del estranjero; mañana probablemente, será necesario salir contra ellos y si no mañana, muy pronto: el «Annibal» está destinado de estacion á Bermeo; pues bien, á la primera ocasion, á la primera salida, me pondré á su lado de usted á caballo; cargaremos, estralimitaremos la carga, nos meteremos entre la faccion; será un juicio de Dios: morirá usted ó moriré yo, ó moriremos los dos: este es un duelo como otro cual-

quiera; y con tal de que yo lleve á usted á la muerte, habré cumplido con mi conciencia.

—Acepto, dijo Miguel; á la primera ocasion haré lo que hago siempre, porque no se puede hacer mas.

—La mano, marqués, dijo Ezguerra.

—No, si no es en prenda de amistad.

—En prenda de amistad.

Los dos jóvenes se estrecharon las manos.

IV.

—Ahora bien; ¿quiere usted venir á mi alojamiento? dijo Ezguerra: hemos convenido en el asunto principal, pero falta otro que es muy importante: mi padre, por un codicilo reconoció por hija suya natural á Enriqueta y la legó un millon de reales: yo quiero reconocerla como mi hermana y remitirla un documento que la autorice para reclamar esa cantidad de mi apoderado general: la escribiré; usted pondrá una postdata á esa carta, presentándome á mi hermana; incluiremos el documento necesario é iremos los dos, asidos de las manos, á poner la carta en el correo: despues iremos apareados á que nos maten los facciosos.

—La carta de reconocimiento y de presentacion, sí, vizconde: el millon, no: ¿para qué le quiere Enriqueta si posee el riquísimo patrimonio de Campo-Nuño?

—Por lo mismo que es una grande de España millonaria, y yo soy un grande de España chico, con diez ó doce mil duros de renta, no quiero, no consiento que nadie crea que he recibido como una limosna la herencia de mi hermana.

—Una palabra y consiento en todo: supongamos que á la primer ocasion buscamos temerariamente la muerte y no la encontramos: ¿se habrá estinguido el odio que usted me profesa?

—Sí, porque habré visto patente la voluntad de Dios.

—Vamos, pues, al alojamiento de usted, vizconde.

—Vamos.

Los dos jóvenes se dirigieron al centro de la poblacion.

Aquella misma noche fue puesta por ambos en el correo, la carta y el documento de que habian hablado.

CAPITULO III.

De cómo ni los hombres ni el mar podian con Estéban.

I.

Miguel y Ezguerra se separaron poco despues citándose para el primer combate con la faccion.

Miguel se encaminó hácia la plaza, y Ezguerra hácia el puerto, cerca del cual estaba la casa donde se habia hospedado.

A poco que anduvo oyó una voz estraña por lo fria, por lo acentuada, por lo enérgica, que le dijo:

—Buenas noches, señor baron.

—¡Eh! ¿qué es eso? dijo Ezguerra con acento breve y nervioso, en el que se notaba la mala prevencion en que le habia colocado la voz que acababa de darle las buenas noches.

—¿Sabe usted, contestó aquella voz, partiendo de un bulto que estaba á poca distancia de Ezguerra, dónde hay un lugar en este poblacho tan solitario y tan apartado que dos buenos mozos puedan romperse la crisma sin que nadie les incomode?

—¡Ah, ah! ¿qué es esto? dijo con acento de amenaza Ezguerra; ¿quién se atreve á hablarme asi?

—Un hombre que es varon sin *b*, y que sin una antigua infamia seria lo que ahora es su sobrino, á saber: marqués de Campo-Nuño, grande de España de primera clase, y qué sé yo cuántas cosas mas.

—¡Ah! ¿usted es tio de don Miguel de Fonseca?

—Cabalmente; tio natural, hermano mayor del padre de Miguel, don Estéban de Fonseca y Otero, millonario, y sobre todo, hombre que necesita una esplicacion ámplia y hasta todos los límites posibles con usted.

—Hé aquí un tio que sale sin saberse de dónde para mezclarse en los asuntos de su sobrino, como si fuera menor de edad.

—Está usted incurriendo en una grave equivocacion, resultado preciso de calificarme sin conocerme. Hé dicho á usted y se lo repito, que necesito entenderme con usted, y le prohibo terminantemente toda interpretacion: con que usted que debe conocer esto mejor que yo, rompa la marcha y no hablemos hasta que de nadie podamos ser oidos.

—En buen hora, dijo Ezguerra; tanto me dá, sígame usted.

Y emprendiendo la marcha rápidamente, llevó á Estéban al mismo solitario ángulo de la muralla, donde poco antes habia hablado con Miguel.

II.

—Aquí no nos oirá nadie, dijo Ezguerra, porque esto es parte del antiguo recinto, algo separado del nuevo, y aunque estamos sitiados por tierra por la faccion, aquí no hay centinelas. Tengo sueño, y por lo mismo estimaré á usted que la esplicacion sea lo mas breve posible.

—Acabo de llegar á Bermeo, dijo Estéban; me he abierto paso con un salvo-conducto, por medio de la faccion, y con otro salvo-conducto, me he hecho abrir una puerta de la villa: iba yo en busca de mi sobrino, cuando de improviso le oigo hablar delante de mí; pero al oirle, le oí tambien llamar Ezguerra á un hombre que le acompañaba: esto fue para mí la revelacion de toda una situacion; me fuí detrás silenciosamente, y á poco de haberse usted separado de mi sobrino, tuve el honor de dar á usted las buenas noches: hé aquí parte de la esposicion de la situacion en que nos encontramos; allá vá la otra parte. Usted es sin duda don Salvador Ezguerra, hermano menor del canalla de don Agustin, á quien mi sobrino mató bravamente con cuanta razon puede tener un hombre para matar á un infame.

—¡Caballero! esclamó colérico Ezguerra.

—¿No dije á usted que necesitaba un sitio apartado y solitario donde nos pudiéramos romper el cráneo sin que nadie nos incomodase? Estamos ya en ese sitio, y empiezo á determinar la situacion definitiva en que de-

seo nos encontremos diciendo una gran verdad al llamar infame y canalla á su difunto hermano de usted.

—Tengo aplazado un duelo con el marqués de Campo-Nuño, dijo Ezguerra: si le sobrevivo llegaremos á esa situacion definitiva que usted desea.

—¡Duelo, duelo! ¡fórmula! ¡antigualla! ¡bah, bah!, yo soy muy escéntrico, protesto de todo lo vulgar; cuando me estorba un hombre, me echo sobre él procurando que nadie me vea y que él no quede en disposicion de decir nada, á fin de evitarle incomodidades; por consecuencia, para mí todo eso de duelo y de emplazamiento y de formalidades, es música celestial: hablemos, colocándonos en el terreno en que debe colocarse todo hombre de buen sentido, que es bastante fuerte para levantarse sobre las preocupaciones vulgares, y yo me daré por muy satisfecho si encuentro en usted un jóven razonable que se sobreponga á flaquezas y á miserias. Suplico á usted que no me interrumpa, porque asi concluiremos mas pronto. O es usted tan infame como su hermano, y no puede usted esperar de mí compasion ni perdon...

—¡Compasion! ¡perdon! esclamó con altivez Ezguerra.

—He suplicado á usted que no me interrumpa, y poco debe á usted importarle todo lo que yo diga, puesto que no he de negarme á una buena liquidacion de cuentas. He llamado canalla é infame á su hermano de usted, y aun me parece poco: el hombre que roba á su hermana, que la rechaza, que la desconoce y que sobre todo esto, pretende hacerla su querida, es un miserable, un monstruo, un absurdo, una prueba de que la criatura de Dios, asi como puede levantarse hasta lo infinito de lo sublime, puede descender hasta lo infinito de la infamia: el hombre que ha matado á ese reptil, no pisándole como merecia, sino en duelo, con riesgo de su vida, sin ventaja, á ley de caballero, no ha hecho mas que cumplir exageradamente con su deber, porque lo repito, á un hombre que ha hecho lo que se atrevió á hacer su hermano de usted, no se le reta, sino que se le mata, allí donde se le encuentra: y el hermano que pide cuentas al caballero que mató á su infame hermano, honrándole en demasia, al partir con él el terreno de los caballeros, ó es un pobre diablo estúpido, ó tan infame como el muerto.

—Creo que estoy hablando con un loco, dijo con desprecio Ezguerra.

—La eterna y estúpida salida del vulgo, cuando por su menguada

comprension no conoce á un hombre porque no pertenece al vulgo: yo no necesito una evasiva de ese género, sino una contestacion categórica.

—Veamos, dijo con una sombría calma Ezguerra.

—Yo digo todo lo que tengo sobre el corazon, y espero que usted haga lo mismo, dijo Estéban. ¿Qué calificacion debe á usted su difunto hermano por su conducta con Enriqueta?

—No es esa la cuestion.

—Pues yo creo que no hay otra cuestion. ¿Debió matarle, sí ó no, mi sobrino?

—Convenido, respondió Ezguerra; pero fuese cual fuese la razon que asistiese al marqués de Campo-Nuño para matar á mi hermano, yo no debo, yo no puedo reconocerla; la sangre pide sangre; y esto es ya cosa convenida entre el marqués y yo.

—Ustedes se habrán convenido en lo que hayan querido; pero no habian ustedes contado con que yo cayese en medio de los dos.

—Esto tiene todo el carácter de una exigencia ridícula, espresada en términos muy poco convenientes.

—Se equivoca usted otra vez, baron; si yo pretendo que Miguel no se bata con usted, no es ciertamente porque tema por la vida de él; mi sobrino, estoy seguro, segurísimo, de que una vez puestos en el terreno, le pinche á usted. No necesito yo mas que ver una vez batirse á un hombre para saber los puntos que calza. No, no es eso; es que á consecuencia de haber matado Miguel á un hermano de Enriqueta, se ha vuelto loco, se cree maldecido por Dios, vive muriendo, se nos escapó, sentó plaza, y al poco tiempo se ha encontrado capitan, porque como está loco, busca con ánsia la muerte, hace temeridades de las que por milagro escapa, y todos creen valor lo que no es otra cosa que desesperacion: ¡sabe Dios hasta dónde llegaria Miguel si matase á otro hermano de Enriqueta! no quiero ni aun pensarlo. Miguel es un estrafalario que tiene ideas muy raras. ¡La conciencia!... ¡bah! ¡la conciencia! lo mas impertinente que han podido abortar las preocupaciones. Como si se compusiera el universo de otra cosa que de fuertes y de débiles; como si pudiéramos vivir sin destruir; pero en fin, no es esta la cuestion; adolezco del vicio de las digresiones; pido á usted mis escusas, y vengo al asunto. ¿Me dá usted su palabra de que no se pondrá usted en el caso de que le mate Miguel?

—La única palabra que puedo dar á usted, dijo fria y tranquilamen-

te Ezguerra, es procurar matarle á usted despues de que haya matado á su sobrino.

—¿Eh, sí?...

—La imprudencia, la audacia, la avilantez de usted, me obligan á romper lo convenido entre el marqués de Campo-Nuño y yo. No, no iremos ya juntos á buscar el juicio de Dios al frente de los batallones facciosos, dejando á Dios la eleccion del que hubiere de morir.

—¡Ah!... dijo con acento cavernoso, semejante al rugido de un tigre, Estéban; ¿con que habian ustedes convenido eso?

—Lo que venia á ser un duelo como otro cualquiera.

—Es decir, una escitacion terrible para mi sobrino, que está ya bastante loco: ¡ah! los Ezguerras son unos canallas estúpidos; canalla el padre, canalla el hijo mayor y canalla el último.

III.

Estéban al pronunciar estas palabras estaba muy sobre aviso: habia usado de ellas como de una provocacion infalible.

Sintió que Ezguerra echaba mano á su espada, oyó el roce de ésta al salir de la vaina, midió el tiempo con una precision admirable, y Ezguerra, colérico, furioso, tiró una estocada al aire.

Estéban habia evitado el golpe cambiando de posicion con una rapidez y una agilidad pasmosas, y cayó como un tigre de flanco sobre Ezguerra asiéndole por la garganta.

Hubo por un momento una lucha desigual, repugnante.

El jóven pretendió desasirse de las manos que le estrangulaban; pero este esfuerzo impotente solo duró un momento.

Estéban con una serenidad espantosa mantuvo sujeto por sus manos, oprimiendo siempre su garganta al pobre jóven.

Luego fue aflojando, acercó su oido á la boca de Ezguerra, y escuchó.

No respiraba.

Entonces le soltó.

El cadáver cayó inerte como un fardo.

—Uno mas, dijo Estéban; esto es, un boqueron mas que se ha tragado el atun. Pero es necesario que esto no lo sepa Miguel, que no lo sepa nadie, establezcamos algunas apariencias; veamos lo que este pobre diablo llevaba encima.

Y se inclinó sobre él, y le registró enumerando lo que encontraba.

—Reló, cigarros en petaca de metal, debe ser de oro, una cartera. ¡Ah! aquí sobre el corazon, bajo el chaleco, algo que abulta: ¡diablo! media libra por lo menos de pelo de mujer: esa chica debe ser guapa, lo son generalmente todas las que tienen buen pelo. Sabe Dios el daño que habré hecho ó el beneficio á esa incógnita. Dejemos junto al cadáver los cabellos y la cartera; los ladrones no se ocupan de esto. Ahora es necesario que yo salga de Bermeo sin que nadie me vea salir: volveré dentro de dos dias á la luz del sol: me pondré de acuerdo con Sopelana, que es un bruto, que me ha dado grandes muestras de aprecio; con decirle que me quedo definitivamente con don Cárlos y pongo á sus reales pies mis millones, Sopelana jurará si recae sobre mí alguna sospecha, que yo no he podido matar á Ezguerra, porque toda esta noche la he pasado con él. ¡Bah, bah! para eso es necesario salir de aquí. ¿Por dónde? Por la parte del mar, que estará descuidada, porque por ahí no amenaza la faccion; ¡pero diablo, la mar está picada, y este maldito Cantábrico!... y luego los papeles que llevo conmigo, las Memorias de mi hermano, si se mojan... no hay que pensar en el mar. Pero ¡ah! ¿y por qué no? Estos papeles puedo ocultarlos en cualquier mechinal de la muralla, cubrirlos con una piedra; no, no, esto es inseguro: ¡diablo de situacion! ¿y dónde me encuentro? Qué sé yo: el batir del mar se escucha ya muy próximo; no he encontrado á nadie en el espacio que he recorrido: y bien, sí, puedo guardar los papeles en la petaca, si se presta á ello.

Estéban sacó la petaca de Ezguerra, y la abrió.

Era de las que podian llamarse de tubo; es decir, un tubo comprimido, prolongado, cuya tapa se adaptaba, encajando hasta la mitad de la petaca, sobre un rebajo. No tenemos la denominacion de este objeto: la tapa entraba muy ajustada.

Estéban tiró los cigarros habanos de que estaba llena, sacó los papeles que tenia en su cartera, que por fortuna no eran muchos; entre ellos las *Memorias* del padre de Miguel y los salvo-conductos, tanto para un ejército como para otro.

Despues cubrió con su pañuelo la boca de la petaca, y con sus terribles fuerzas encajó la tapa sobre el pañuelo. Era imposible que penetrase el agua, á lo menos sin pasar mucho tiempo.

—Magnífico: hé aquí que ha sido una fortuna que ese pobre tonto

fumase y usase por vanidad una reluciente y grande petaca de oro. ¡Sí, de oro es; el oro tiene un peso y un efecto al tacto especiales!

IV.

Nadie, no pasa nadie; esta parte está desatendida; ¡diablo! una batería; esta es una pieza de á treinta y seis; por muy desatendido que esto esté, debe haber por aquí algun centinela; gracias á que yo sé convertirme en sombra, hasta el punto de andar sin ruido, y que la noche es oscura como boca de lobo.

En aquel momento sonó un ligero ruido como el que podia producir un soldado al terciar su arma, y poco despues pasos.

Estéban se encogió y se agazapó junto á la pieza pegado á la parte interior de la barbeta de la batería.

Los pasos que marcaban un centinela, cruzaron por delante de él.

La voz de centinela alerta resonó á lo lejos en el recinto, se repitió, la oyó muy cerca cuatro veces Estéban antes de que el centinela que estaba próximo á él la repitiese, y otras cuatro antes de que se alejase.

—Diablo, pensó Estéban; pues no han desatendido la muralla de mar; están los centinelas espesos como los dedos de las manos, y cualquier accidente, un golpe de tos, una ronda que sobrevenga con luz... es necesario salir cuanto antes de esta situacion difícil: y el mar está bravo: no importa, yo nado como un tiburon, soy fuerte: afuera ropa: y es el caso que hace fresco, que la mar estará demasiado fria, que puede darme un pasmo, ó lo que seria peor, infinitamente peor, el calambre; ¿y qué? ¿qué hacer? puedo ser sentido si me alejo... si sobreviene un incidente... nada, nada, decision, adelante: no está la mar tan brava que no pueda cortarla; soy fuerte, y además yo creo que el diablo me protege; y por último, ¿qué importa? si me ahogo, el mar me arrojará fuera, me recogerán, necesitarán identificar mi persona, y encontrarán sobre mí estos papeles; ¿y á quién han de entregarlos sino al escelentísimo señor marqués de Campo-Nuño? Pero vamos claros: ¿merece mi sobrino que yo arrostre por él un peligro en que hay noventa y nueve probabilidades de muerte contra una de vida? Ningun hombre merece aunque sea un ángel, que otro hombre se sacrifique por él: para arrostrar un sacrificio semejante, es necesario ser tonto, amar; y bien, sí, yo soy un tonto de esa especie cuando se trata de Miguel; le amo,

sí, le amo, porque amo con toda mi alma á su madre ¡pobre Margarita! cada momento es para ella el de una ansiedad infinita: ¿qué madre que tiene á su hijo en campaña, y en una campaña tan horrible como ésta, no gasta su vida en una ansiedad mortal, continua? ¡qué felicidad será para Margarita tener á su lado á su hijo! sí, sí, no mas vacilacion; ¿qué importo yo? ¡Todo por ella!

Y arrojó al mar su sombrero, luego su baston roten con cabeza de bronce, que desde hacia tanto tiempo era su inseparable, su maza de combate; despues el reló y el bolsillo de Ezgucrra; por último, su *redingote*, sus zapatos: se quedó solamente con los pantalones, en uno de cuyos bolsillos puso la petaca, y con las ropas interiores; despues sin hacer ruido, aprovechando un momento en que el centincla marchaba de espaldas á él, se puso de pie sobre la barbeta, y sin vacilar se arrojó al mar.

V.

Inmediatamente se aterró: la fuerza del oleaje era mayor que lo que él habia creido.

Se armó de toda su incomparable serenidad.

—No, no nos esforcemos demasiado, pensó, por avanzar mucho: ¡ah! esclamó de repente; me he salvado, una amarra.

Y se asió al cable.

Le siguió.

Durante algun espacio, el cable le sirvió de apoyo; pero á poco se hundió, fué hundiéndose gradualmente en el mar.

Estéban retrocedió asido siempre á la amarra.

—Probemos el fondo, dijo: ¡ah! sí, hay poco fondo, la mar es brava, pero no importa, luchemos, adelantemos con precaucion.

Y andando, nadando, arrollado á veces por el oleaje, volviendo á ganar el fondo, perdiéndole otra vez, luchó durante dos horas, deslizándose á veces á nado junto á los buques anclados, sacudido muchas veces contra ellos, sosteniendo una portentosa lucha con el Océano.

—Imposible, dijo al fin; y estas tinieblas... ¡ah! ¡Dios me mata, no me matan los hombres, me mata la locura del amor! ¿qué importa? luchemos aun; ¡si Dios hiciera un milagro, no por mí, por ellos, por Margarita, por Miguel, por Enriqueta!... El viento se ha echado por algunos ligeros intervalos, si cesase de todo punto durante una hora... ¡ah! he

aquí un intervalo de calma; dentro de algunos momentos la mar no estará tan brava: ¡oh, Dios mio, Dios mio!

Y siguió sosteniéndose á flote, avanzando lentamente, á la ventura.

VI.

De improviso, el viento en vez de cesar de todo punto, arreció.

Estéban, sin embargo, luchó aun y logró mantenerse á flote: el mar le arrastraba hácia la orilla; Estéban no podia ya hacer otra cosa que mantenerse difícilmente á flote.

De improviso sintió bajo sí arena.

—¡Si fuera la playa! murmuró; ¡pero esta terrible resaca!...

Y con la rapidez y la agilidad y la fuerza que desarrolla el instinto de conservacion, clavó sus manos de gigante en la arena, y al ser arrastrado por la resaca, encontró el dentellon de una roca, se hizo fuerte y logró salir, avanzar.

—¡Oh! esclamó, ¡si estuviera en la playa! .. ¡si esto como es posible, no fuera un banco!

Adelantó.

A los pocos pasos sintió que sus pies se hundian en arena seca.

—¡La playa! ¡sí, ésta es la playa! esclamó, ¡me he salvado!

Una hora despues, Estéban se presentaba con las manos heridas, magullado, pero fuerte, al cabecilla Sopelana, que le recibió muy bien, porque ya le conocia, gracias á las cartas de fray Serapio de Rozas, y al salvo-conducto que llevaba de la junta facciosa de Madrid.

VII.

La petaca habia protegido los papeles; no se habian mojado.

Estéban hizo desaparecer la petaca, arrojándola al albañal de la casa donde estaba alojado Sopelana, y se acostó terriblemente cansado, dolorido.

Poco despues dormia tranquilamente.

Estaba acostumbrado al crímen, á la lucha, á las situaciones terribles, en fin.

CAPITULO IV.

De cómo hizo el diablo que un ladron por accidente cargase con el crímen de Estéban.

I.

No era tan segura la rinconada del muro viejo donde habia quedado el cadáver de Ezguerra, como el pobre jóven habia creido al llevar allí, primero á Miguel, luego á Estéban.

Apenas este último se habia alejado, cuando sonó entre los jaramagos, las malvas locas y las ortigas de que aquel espacio estaba cubierto, el roce del traje de una persona que adelantaba lentamente.

Aquel roce parecia el de la falda de una mujer.

La oscuridad de la noche impedia conocer si era jóven ó vieja, hermosa ó fea.

Pero de improviso se pudo comprender que era demasiado jóven por la frescura de su voz que dijo estas palabras:

—¿Estás ahí, Perico?

Nadie contestó.

La jóven adelantó y tropezó.

—¿Qué es esto? dijo; ¿si se habrá echado y se habrá dormido? Es verdad; he tardado lo menos media hora. ¡Eh, Perico, Perico!

El llamado no contestó ni podia contestar, porque con lo que habia tropezado la jóven, era con el cadáver de Ezguerra.

La jóven se inclinó para moverle con las manos; pero dió un grito de horror y escapó.

Al tocarle habia encontrado una mano rigida, helada, inmóvil.

II.

La jóven siguió por un callejon entre el muro viejo y unas casas arruinadas.

Torció á la izquierda, recorrió dos pequeñas calles y entró en una casa.

En ella habia un hombre ya viejo, una mujer como de cuarenta años, y una niña de doce, sentados junto al hogar.

Al ver entrar á la jóven descompuesta, pálida, temblorosa, el hombre se levantó y la dijo:

—¿Qué es esto, Isabel? ¿por qué vienes así? ¿que has hecho del cántaro?

La jóven habia salido por agua á la fuente y de camino á ver al novio.

III.

Tenia á lo mas diez y seis ó diez y siete años.

Era una hermosa hija de Vizcaya, alta, esbelta, desarrollada, blanca, de garganta larga y hombros anchos, muy negros las cejas, los ojos y los cabellos, y estos cogidos en dos gruesas y larguísimas trenzas.

En estado de tranquilidad, debia ser suavemente sonrosada y con los labios escesivamente rojos.

Tenia además esa gracia peculiar á todas las costeñas.

IV.

—He roto el cántaro, dijo con la voz trémula.

—No; esclamó severamente el rígido vizcaino: tú no temblarias por haber roto el cántaro: á tí te ha sucedido algo, Isabel; la villa está llena de soldados que nos han traido la muerte de nuestros hermanos, los vicios, los desórdenes, la deshonra y la perversion de nuestras hijas!

—¡Yo, padre, no! esclamó rehaciéndose y enrojeciéndose vivamente á impulsos de su pudor, Isabel.

—¿Y entonces, por qué esa turbacion? esclamó el padre con voz amenazadora.

La madre se habia puesto de pie dispuesta á intervenir, y la hermana menor callaba y temblaba por el peligro en que veia á su hermana.

—¡Habla, habla, dijo el tremendo vizcaino; ó creeré tu silencio la confesion de una infamia!

—¡No, padre, no! dijo Isabel; yo soy honrada... yo soy buena... pero he desobedecido á usted.

El viejo palideció mas de lo que lo estaba y dió un paso hácia Isabel.

Esta cayó de rodillas.

—¡Tadeo! dijo la madre interponiéndose.

—¿No oyes, Marta? ¿no oyes que confiesa que me ha desobedecido? esclamó con voz opaca y concentrada Tadeo. ¿Has desobedecido tú alguna vez á tus padres ó tu marido?

Todo esto se hablaba en el enérgico idioma vascuence.

—Pero sepamos, sepamos en qué te ha desobedecido, dijo temblando de miedo Marta: tal vez sea disculpable su falta; nuestra hija es buena.

—¿Qué has hecho? preguntó Tadeo con voz terrible.

—Tengo novio, contestó con voz apenas perceptible Isabel.

—¿Y por qué no ha venido ese hombre á hablarme á mí antes de hablarte á tí?

—Porque es soldado; y como usted no puede ver á los soldados...

—¡Sí, los soldados cristinos! ¡los canallas! ¡los perversos! los rebeldes al rey nuestro señor!...

—¡Calla, Tadeo, calla! ¡pueden oirte! esclamó doblemente aterrada Marta.

—¡Esta infame me perderá! esclamó Tadeo; ¡hemos llegado á unos tiempos tales, que las hijas son una maldicion de Dios!

—¡No, padre, no; yo soy buena! esclamó Isabel.

—¿Por qué has venido sin el cántaro? ¿Por qué tiemblas? ¿Por qué estás muerta de espanto?

—¿Por qué?... porque he ido á la rinconada del muro viejo á hablar con mi novio, y he encontrado un muerto.

—¡Un muerto! esclamó Tadeo: ¿y te has dejado allí el cántaro?

—Sí, sí señor.

Tadeo no oyó mas.

Salió de la casa y dió á correr hácia la rinconada del muro viejo.

Antes de llegar se deslizó rápidamente junto á él un hombre, que era sin duda un soldado de caballería, porque al andar sonaban sus espuelas.

Aquel hombre habia llegado poco antes á la rinconada y habia pisado un objeto blando.

Se inclinó, le tomó y vió que era una cartera: la cartera de Ezguerra que habia arrojado Estéban.

La abrió.

Dentro de la cartera encontró papeles y algunas monedas de oro, á juzgar por su peso.

—¡Pues vaya una pedrada! dijo: ¡y como andan ahora el plus y las sobras, que ni por el aire! el que ha perdido esto volverá á buscarlo; ¡que si quieres! largo de aquí; tiempo tengo de hablar con la chavala; y si se afufa á otra.

Y escapó.

—Anda, dijo al sentir los pasos de Tadeo que se acercaba; ahí está el de la cartera; pues que le eche un galgo; y si quiere saber lo que corre uno del tercero de ligeros, que avise.

Pero Tadeo no se metió á detenerle: iba tan preocupado, que ni aun le habia sentido.

V.

Llegó á la rinconada y buscó.

Tropezó con el cántaro y continuó buscando.

Encontró una espada desnuda.

Un instante despues el cadáver de Ezguerra.

—¿Será éste el soldado, el novio de Isabel?

Y siguió tentando, porque no tenia otro medio de reconocimiento.

—¡Ah! esclamó: ¡chaleco con botones de metal!... ¡charreteras de marina!... un teniente de fragata... ¿qué es esto, Señor, qué es esto?... ¿cómo ha venido á morir aqui este desgraciado?

El buen Tadeo se levantó cubierto de sudor frio.

—¿Pero quién le ha matado? murmuró. Veamos si le han robado.

Tadeo reconoció los bolsillos del cadáver, y no encontró nada en ellos.

—Sí, sí, dijo; le han matado por robarle: pero en Bermeo no hay ladrones como no sean los cristinos: sí, sí, esos condenados son capaces de todo, no creen en Dios. Tal vez sea el asesino el novio de mi hija: tal

vez se ha puesto á mi hija por cebo para atraer aqui á éste pobre oficial: Isabel me dirá cómo se llama ese soldado: no, suceda lo que quiera, yo no puedo callar; si callara sabiendo lo que sé, seria cómplice de un asesinato. Antes nuestras hijas no nos traian la desgracia, ahora... ¡ah! ahora tenemos sobre nosotros la ira de Dios.

Tadeo buscó el cántaro, le tomó y volvió á su casa.

VI.

—¿Cómo se llama ese soldado? dijo Tadeo encarándose terrible con su hija.

—Perico, contestó Isabel.

—¿El apellido?

—Perico Nuñez.

—¿De qué regimiento es?

—De caballería, del tercero de ligeros.

—Ven conmigo, dijo Tadeo asiendo bruscamente á Isabel de la mano.

—¿A dónde quieres llevar á mi hija? gritó Marta.

—Si hubiera de matarla, la mataria aquí, contestó Tadeo; la llevo á casa del alcalde.

—¡Ah, Dios mio, no! esclamó Marta.

—¡Ven conmigo! dijo Tadeo arrastrando consigo á Isabel.

La madre y la hermana menor los siguieron.

VII.

Tadeo se fué á la plaza, y en una casa situada cerca del consistorio ó ayuntamiento, entró con Isabel.

Aquella era la casa del alcalde, que cenaba tranquilamente con su familia.

No habia tenido Tadeo necesidad de llamar, porque encontró la puerta franca.

Tras él se habian entrado su mujer y su hija menor.

—Hola, Tadeo, dijo el alcalde afablemente; ¿á qué vienes á buscarme con toda tu familia? ¿os sucede alguna desgracia? ¿te has puesto de punta con el alcalde de mar? tienes muy mal genio, Tadeo.

—Mi hija se ha echado sin mi licencia un novio, contestó Tadeo; un

soldado de caballería del tercero de ligeros, que se llama Pedro Nuñez: mi hija ha ido á hablar con él esta noche á la rinconada del muro viejo, y en vez de encontrar al soldado ha encontrado un cadáver.

El alcalde se puso de pie, serio y grave como lo requerian las circunstancias.

—¡Un cadáver! dijo.

—Sí, sí señor: volvió asustada, medio muerta, me lo contó, yo he ido al sitio, y he encontrado el cadáver de un teniente de fragata á quien han matado, sin duda, para robarle: yo creo que quien le ha matado es el novio de mi hija.

—Vuélvete á tu casa, Tadeo; yo respondo de ti y de tu familia: os conozco demasiado.

—Si las mujeres no fuesen locas...

—¿Y qué delito es tener novio? dijo el alcalde; tu hija es honrada y tú tienes, sin duda, la culpa de que no te haya pedido licencia; porque la habrás prohibido hablar con los soldados de la reina: si fuera con los otros hubiera sido otra cosa: pues mira, Tadeo, todos son peores, y por mí, aunque á todos se los llevara el diablo: nosotros no necesitamos mas que nuestros fueros, y esos no nos los quitará nadie mientras quede una gota de sangre en las venas de un vizcaino: véte, véte tranquilo con tu familia y no digas á nadie que me has visto, ni que me has dado parte, que yo sé lo que tengo que hacer.

Tadeo se fué con los suyos.

El alcalde se fué en derechura á ver al gobernador.

Un cuarto de hora despues, su sargento primero arrestaba á Pedro Nuñez en un garito, donde estaba jugando con soldados y marineros.

Se le registró y se le encontró una cartera de piel de Rusia, dentro de la cual habia mil doscientos reales en oro y algunas cartas en cuyo sobre se leia: «Al Excmo. Sr. baron de Casa-Bermeja, teniente de fragata de la marina real.—Buenos-Aires.»

Las cartas eran de amor: estaban fechadas en Barcelona y tenian por firma: «Sofía.»

VIII.

Pedro Nuñez fue llevado á la rinconada del muro viejo.

Una hacha de viento iluminaba aquel espacio.

Le acompañaba una escolta de su compañía, un teniente de su escuadron nombrado fiscal de la causa, y el cabo escribano de ella.

Detrás de este grupo habia una figura sombria que miraba profundamente conmovido el cadáver de Ezguerra.

Era Miguel, capitan de la compañía á que pertenecia el acusado.

Perjudicaba á Pedro Nuñez su mala conducta y sus malos antecedentes.

Habia servido en cuerpos francos, y habia sido procesado dos veces por hurto.

Sabía esto demasiado Miguel, que era un buen capitan y conocia los antecedentes de sus soldados.

IX.

—¿Conoce usted á ese oficial de marina que está muerto delante de nosotros? dijo el fiscal.

Pasó una cosa espantosa por el soldado: comprendió que el haberle encontrado la cartera de aquel oficial de marina le condenaba, y esclamó descompuesto, fuera de sí:

—¡Maldita sea la hora en que yo vine á Bermeo!... ¡Me van á fusilar!...

Y tal fue su terror, que cayó sin sentido.

Estéban tenia suerte: indudablemente le protegia el diablo.

El terror, la certeza de que juzgado en consejo verbal seria fusilado al dia siguiente, delante del cadáver del asesinado, le produjeron á Pedro Nuñez una congestion por efecto de la cual fué conducido en una situacion deplorable al hospital.

X.

—Que lleven á la iglesia y le velen decorosamente á mi hermano el señor baron de Casa-Bermeja, dijo Miguel.

—¿Hermano de vuecencia? esclamó el fiscal.

—Sí, señor de Martinez, sí, mi hermano, ó lo que es lo mismo, mi cuñado: hace poco mas de una hora me separé de él.

—Pues doy á vuecencia el mas cumplido pésame.

—Gracias, gracias, señor de Martinez: ¿qué hemos de hacerle? hay que resignarse con la voluntad de Dios, y yo estoy muy acostumbrado á resignarme á ella.

Miguel acompañó el cadáver al hospital, donde se condujo para llenar la formalidad legal de la autopsia.

Miguel asistió estremecido á aquella operacion repugnante y aterradora para los que no están acostumbrados á presenciarla.

Los médicos declararon que el señor baron de Casa-Bermeja habia muerto á consecuencia de una asfixia, resultado de una estrangulacion violenta practicada por las manos de un hombre, como lo revelaba las equimosis que aparecian en la garganta del asesinado.

Miguel no se separó del cadáver hasta que le dejó decentemente depositado en la iglesia.

Despues se retiró á su alojamiento; pero no se acostó.

Hasta el amanecer estuvo paseando triste, meditabundo, profundamente preocupado, nervioso.

Poco antes del amanecer se irguió de repente.

Resonaban en la calle el toque de botasillas de los clarines y el de diana de los tambores y las cornetas.

Poco despues empezó á oirse el fuego de cañon y de fusil de la muralla de la parte de tierra.

Miguel se ciñó apresuradamente el sable, se puso el capote y el chacó, y bajó á la puerta de la casa, donde poco despues su asistente le presentó su caballo ensillado.

Montó, y montando el asistente en el suyo, se dirigieron á la plaza.

Empezaba á alborear.

Apenas formada la caballería compuesta de cuatro escuadrones, dos del tercero de ligeros, y otros dos del quinto, recibió la órden de salir contra el enemigo.

La faccion habia acometido á Bermeo.

CAPITULO V.

En que Estéban demuestra de una manera brava que era todo un hombre y todo un tio.

I.

Dos horas antes del amanecer, Sopelana despertó bruscamente á Estéban, que dormia de la manera mas sabrosa del mundo, como si en vez de haber estrangulado á un hombre, hubiese hecho la accion mas meritoria y al mismo tiempo mas grata.

Estéban estaba curtido; esta es la frase; no tenia alma, ni corazon, ni nervios, ni sangre mas que para sus afectos, y estos estaban reducidos á un cortísimo número de personas: su madre, Margarita, su hermano Antonio, Miguel, Enriqueta, su hija y Eugenia, y su marido.

En cuanto á fray Serapio de Rozas, le era cuando mas indiferente, menos cuando al acordarse de él, no se le ocurria la buena intencion de una paliza.

Era lo menos que podia ocurrírsele á Estéban cuando se le ocurria hacer daño á alguien.

II.

—Vamos arriba, recluta, dijo Sopelana; el amigo Cárlos avanza ya sobre esos canallas de Bermeo: yo voy detrás con algunos batallones de buenos navarros: pronto veremos de qué manera pelea por el rey nuestro señor un antiguo noble.

—¿Pelear? dijo Estéban restregándose los ojos; ¿y qué es pelear? una cosa que la hace cualquier patan; sí señor, pelearemos, vaya si pelearemos, como leones, tiempo es ya de que esto se acabe.

—¡Bah! ¿y cree usted que esto vá á acabarse porque usted tome parte en la lucha, señor don Estéban?

—Lo que aquí hace falta es dinero, mucho dinero y una actividad sin descanso; todo eso lo tengo yo para servir al rey nuestro señor; pero por hoy no peleo, amigo Sopelana. ¿Qué lugar voy yo á ocupar entre los soldados de usted? el de simple soldado ¿eh? ¡bonito papel! y en mangas de camisa y magullado y destrozado por los golpes de mar: ¡oh! y si no lo hago, aquellos cafres me agarran y me fusilan; perdone por hoy el rey nuestro señor, tengo las manos heridas, estoy todavia aturdido: mi fuga ha sido milagrosa; es verdad que me encomendé á Nuestra Señora del Cármen, á quien tengo una especial devocion, y la bendita Vírgen me ha salvado. La he prometido una solemne novena en accion de gracias.

—Pero á Dios rogando y con el mazo dando, dijo Sopelana, que no era de los fanáticos; fíate en la Vírgen y no corras.

—¡Impiedad, impiedad! dijo Estéban, como hubiera podido decirlo fray Serapio de Rozas.

—Yo no digo que no sea muy eficaz la fe en Dios y la intercesion de sus santos; pero francamente, amigo don Estéban, cuando oigo yo hablar como hablan los frailunos que rodean en mal hora al rey nuestro señor, me entran ganas de tirar del sable y emprender á cuchilladas. Soldados y dinero, pólvora y balas, esto es lo principal; contando siempre con la justicia de nuestra causa y con la proteccion de Dios. Pero le dejo á usted, porque me estoy entreteniendo demasiado: ya que viene usted con nosotros, descanse usted y repóngase, á fin de poder ponerse cuanto antes al frente del batallon, cuyo mando he prometido á usted en nombre de su magestad.

—No, dijo Estéban; no estoy tan enfermo, ni tan débil que no pueda ir con ustedes, no entraré en fuego, porque para eso no me siento bastante dispuesto: afortunadamente no puede usted tomarlo á cobardía, porque el que se ha tirado á la mar y ha salido de ella con la marejada que hay, no necesita otra prueba para que se le tenga por valiente, y mucho. ¡Y pensar yo que he tenido que salirme saltando el agua como una rana, sin haber podido encontrar al pillo á quien iba buscando!... como que

repararon en mí y me tuvieron por un espía, y me corrieron como una liebre; con que no hay que tomar á miedo el que yo no tome parte en el jaleo, que tiempo queda para saber si sirvo ó no sirvo.

—¡Quién lo duda! dijo Sopelana; pero me estoy entreteniendo demasiado: si ha de venir usted, vamos.

—No, no, váyase usted: ya iré yo á encontrarle á usted allá: necesito que estos labriegos me vendan alguna ropa, porque no he de ir asi, hace frio, y sobre todo hacia yo muy mala facha de esta manera.

—Pues hasta luego, señor don Estéban: se me figura que si tarda usted una hora en buscarme, me encontrará usted dentro de Bermeo, porque el plan que hemos combinado Castor y yo es escelente. Adios, señor don Estéban.

Sopelana salió arreglándose la boina y arrastrando el enorme sable de caballería, cuyo cinturon se ocultaba bajo su gran zamarra.

III.

—Me parece á mí, dijo Estéban, que lo mismo entras tú en Bermeo que yo en la gloria: ¡por vida de mi abuelo Lamprea, y en qué aventuras, y en qué andancias me mete el estúpido de mi sobrino!... ¿que si pelearé yo hoy?... ¡pues ya lo creo! en cuanto yo vea á Miguel en un apuro, veremos si sirvo ó no sirvo para el caso: pues no, que iria yo entre las filas de estos bribones, amigo Sopelana, por nada del mundo; no señor, me voy de miron, de paisano; asi no tendrán que rechazarme los de la reina impidiéndome tal vez favorecer á Miguel, porque ese muchacho está loco: ¡poder de Dios! tirarse, segun me han dicho, al frente de la faccion siempre que se ve delante de ella; de estas cosas se sale bien por milagro; pero Dios acaba de cansarse de que abusen de él, y los milagros no se repiten. Con la escena que tuvo anoche con ese pícaro de baron de Casa-Bermeja, y si ha sabido que le han encontrado muerto en un andurrial de la villa, hay que temerlo todo: nada, nada, es necesario que yo asista á la accion, que no pierda de vista á la caballería, que me ponga en posicion de lanzarme como un rayo, al lugar donde se bata Miguel: no, no señor, como yo pueda no ha de dejar usted viuda á su Enriqueta, ni desconsolada á su madre, señor marqués de Campo-Nuño: ó soy ó no su tio de usted; pero no, no nos detengamos: veamos si ha quedado alguien en esta casa, porque estos bribones de vizcainos son

todos mas facciosos que Cárlos V, y habrán sido capaces de irse con Castor y Sopelana. ¿Eh? ¿no hay nadie? dijo Estéban soltando toda su formidable voz.

Apareció en la puerta del cuarto un muchacho como de diez años.

—¿Qué se le ofrece á usted? dijo con esa seca cortesanía peculiar á los vizcainos.

—¿Te has quedado tú aquí solo, muchacho? dijo Estéban.

—Sí, señor; mi padre y mi madre, y mi tia, y mis hermanos, y todos los hombres del caserío, se han ido con la tropa.

—¿Tambien han ido á pelear las mujeres?

—No, señor; se estarán por las alturas viendo lo que sucede.

—¿Y tú, por qué no has ido tambien?

—Porque soy pequeño, y porque mi padre me ha dicho que me quede aquí por si se le ocurre á usted algo.

—Vaya, pues muchas gracias, pelon: mira, se me ocurre una cosa.

—¿Y qué se le ocurre á usted, señor?

—Yo quiero ir tambien á ver lo que pasa; pero no tengo mas ropa que esta que tú ves, y corre un vientecillo que afeita; ¿no podrias tú darme alguna ropa?

—Sí señor; puedo darle á usted una chaqueta de mi hermano Salvador, y una boina y una manta de mi hermano Pedro.

—Pues vaya hombre, traémelo.

IV.

El muchacho salió y volvió á poco con una gran chaqueta parda, una boina blanca de fieltro con borla azul y una manta rayada.

Estéban se puso aquellas prendas.

Conservaba en uno de los bolsillos del pantalon una buena cantidad de oro, y en el otro los papeles que habia reservado del agua en la petaca.

Sacó una onza y se la dió al muchacho.

—¿Y por qué me da usted esto, señor? dijo el muchacho dando vueltas á la onza, porque sin duda no habia visto ninguna, y devolviéndola despues con gran desprendimiento á Estéban.

—No, guárdala, dijo éste; para que con ella se compren tus hermanos Salvador y Pedro otra boina, otra chaqueta y otra manta.

—¿Pues qué no vá usted á volver?

—Quien sabe si yo volveré.

—Pues bien, dijo el muchacho, insistiendo en devolver la onza á Estéban; si no vuelve usted ya se comprarán lo que les haga falta mis hermanos; yo no tomo esto, porque mi padre me pegaria y porque tampoco quiero yo.

—Bien, hombre, bien, dame acá, dijo Estéban, y añadió para sí; es lástima que estos vizcainos que son tan nobles y tan desprendidos sirvan una causa tan infame como la de ese estúpido de don Cárlos; cuestion de fueros.

Y yendo á la cama metió bajo la almohada, procurando que no lo notase el chico, seis onzas.

—Ea, adios, hijo mio, añadió tomándole la cara y dándole un beso; ¿por dónde se vá al camino que han llevado las tropas de su magestad?

—Venga usted conmigo y yo le llevaré á usted hasta el barranco; luego no tiene usted mas que seguir barranco abajo, y por él llegará usted á la llanura; yo he oido decir que van á avanzar por ella hácia la villa estendidos, para acometer de repente y entrar al asalto: llevan unas escalas muy largas, y como se descuiden un poco los de adentro, se les meten sin darles los buenos dias.

—Bien pensado, dijo Estéban; pero vamos, hijo, vamos.

V.

Estéban y el niño salieron de la casa.

Pertenecia ésta á un caserio situado en una altura de vertientes escarpadas, desde la cual Castor y Sopelana habian estudiado el ataque de Bermeo.

El niño, que conocia demasiado el terreno, bajó rápidamente por una escarpadura.

—¡Eh! rapaz, dijo Estéban; tú eres una cabra montés, hijo, y sobre todo no tienes en cada pierna veinte y cinco años como yo; un poquito menos de prisa, hijo mio.

—Pues mire usted, señor, por aquí se baja mejor á la carrera que al paso; pero como usted quiera, afirme usted bien el pie, no se le ruede á usted una piedra y vaya usted de cabeza.

—Se agradece el aviso, dijo Estéban, y bien podia Dios haber envia-

do á esta noche que parece que es la imágen del caos, un poquito de luna: ni las estrellas se ven: ¡buena noche para ladrones y para facciosos! diablo, diablo, y no se oye nada, y no deben estar muy lejos, porque no ha pasado mucho tiempo desde que se separó de mí ese pillo de Sopelana. Que no te oigo, chico, ¿dónde estás?

—Si estoy aquí, señor, dijo muy cerca de Estéban el niño.

—Pues no te se oye.

—Es que voy descalzo.

—Nada, cabras monteses, dijo para sí, Estéban; esta gente nos va á dar mucho que hacer.

Y siguió tentando con los pies el escarpado sendero en una marcha muy lenta.

No se veia.

Estéban, que no conocia absolutamente el terreno, no levantaba el pie sino cuando tenia en firme el otro.

Esto hacia muy lenta su marcha.

El muchacho decia de tiempo en tiempo frases de impaciencia como la siguiente:

—Si vamos asi, ya habrá salido el sol cuando lleguemos al barranco.

—¿Y qué quieres, hijo mio? contestaba Estéban; yo no conozco estos andurriales, y mas vale ir despacio que estrellarse.

—Eso sí, contestaba el muchacho.

Y seguia la lenta marcha.

Al cabo de una hora de descenso, durante la cual solo habia cambiado Estéban con el niño algunas palabras, el niño se detuvo, y dijo:

—Mire usted, señor, ya hemos llegado al barranco, todavía queda una buena media hora para llegar á lo llano; pero no puede usted estraviarse, ni hay tropiezo aunque está oscuro; en yendo usted siempre sobre la arena, irá usted bien; yo me vuelvo, porque mi padre me ha mandado que me esté en la casa, y yo no quiero desobedecer á mi padre. Con que adios, señor, y que le vaya á usted muy bien.

—Adios, hijo mio, contestó Estéban, buscando á tientas al niño, y dándole un segundo beso.

—Hasta la vista, señor, si nos vemos, dijo el niño alejándose.

—Hasta la vista, hijo mio, contestó Estéban. Escelente país, dijo continuando el barranco abajo, sobre una menuda arena que cubria el centro de su lecho, y marchando de una manera mucho mas desembara-

zada; ¡qué buena fe, qué hidalguía, qué desinterés, y qué muchachotas tan cándidas, tan simpáticas, tan buenas mozas! ya se picardearán ellos y ellas si la guerra dura mucho, que harto lo temo, porque á los ambiciosos que sirven á la reina les conviene que esta se prolongue. ¡Justicia... rectitud... lealtad! palabras huecas, nombres y no mas que nombres de cosas imaginarias; los hombres no son otra cosa que unos hipócritas involuntarios que blasonan de lo que no practican y muchas veces de lo que no entienden: aborrezco la humanidad, abundan en ella los estúpidos interesados; nadie os da dos, sino esperando sacaros doscientos: ellos os engañan y se engañan para sí mismos: bah, bah, mientras no se eduque bien, levantando por este medio el espíritu, mientras no se estirpen de raiz los abusos, mientras todos no comprendan lo que debe entenderse por hombre en la recta acepcion de la palabra, el embrutecimiento irá progresando, y tras una barbarie dorada, la humanidad empezará por otro largo período de sombra, cuando aun no ha llegado á ver mas que el crepúsculo del gran dia, de un dia que me va pareciendo imposible: ¿y qué me importa á mí de todo esto? Nada, absolutamente nada, lo que me toca de cerca, mi familia, eso es lo que me importa; y por ella, solo por ella estoy aquí. Es necesario ir avanzando sin ruido, procurando oir y no ser oido, debo estar ya cerca de esos tunantes, aunque nada se oye; como que intentan una sorpresa y conocen el terreno á palmos. Pues me haria muy poca gracia que se saliesen con la suya, que todo podia suceder; son unos estúpidos, unos esclavos, unos brutos; pero hay que concederles que son valientes y sufridos, y sobre todo leales á la mala causa que defienden.

VI.

Estéban se detuvo de repente.

Habia escuchado cerca de sí un leve murmullo de voces.

La noche era ya menos lóbrega, porque se acercaba el dia.

Estéban vió á alguna distancia de él algunos bultos informes, y oyó, aplicando el oido, estas palabras:

—¿Por qué nos hemos detenido? yo creia que íbamos derechos al asalto.

—No habrá aparecido la señal, dijo otra voz.

—¿Qué señal? dijo el que habia hablado antes.

—La de que los de adentro están dispuestos á ayudarnos y á abrir las puertas.

—Estos dos deben ser jefes, dijo Estéban; porque si fueran soldados hablarian vascuence, y el diablo que los entendiera.

—¿Y qué señal es esa? dijo uno de los que hablaban, mientras pensaba lo que hemos dicho, Estéban.

—Una luz que aparecerá un momento en la torre de Santa María.

Estéban no oyó mas, porque los dos interlocutores bajaron la voz.

—Pues me parece bien, pensó Estéban, el plan de sorpresa combinado entre esos pillos de Castor y Sopelana; contando con los de adentro la cosa varía de aspecto: nada, nada, no se puede contar aquí con mas terreno que el que se pisa. Pues no me haria gracia, no, que me cogieran prisionero á Miguel; no hay cuartel y le fusilarian aunque se pagase su vida á peso de diamantes: y tratándose de un grande de España no tendrian compasion de él: si yo pudiera avanzar entre esta gente sin ser sentido; vamos, sí, cosas mas difíciles he hecho yo en este mundo: aun es bastante oscuro; flanqueemos, evitemos encuentros, lleguemos á la olla donde se asienta Bermeo rebasando á esta gente, que estará indudablemente á distancia esperando la señal.

VII.

Estéban retrocedió silenciosamente y trepó por el flanco derecho del barranco.

Se encontró en un terreno escabroso, fuertemente accidentado, por el que marchaba con suma dificultad tropezando á cada paso.

Estaba en una altura, y sin embargo nada veia, nada mas que sombras: se habia desorientado, y en fuerza de atencion habia llegado á perder la certeza de la parte de donde venia el rugido sordo y continuo de la marejada.

En Bermeo no habia ni una luz encendida, porque nada veia Estéban; y en el punto donde se encontraba debia dominarse á Bermeo.

Estéban siguió marchando, superando siempre dificultades, arañándose en espinos, tropezando como un hombre que marcha á oscuras.

Al fin empezó á verse una levísima claridad en el horizonte.

Amanecia.

Entonces vió Estéban á su derecha, bajo sí, á larga distancia, brillar una luz en medio de las tinieblas que envolvia el valle.

Aquella luz brilló durante algunos minutos, y luego desapareció.

Aquella debia ser la señal que esperaban los facciosos.

Estéban escuchó con ansiedad.

Nada se oia, y sin embargo, la faccion debia haberse puesto en movimiento.

Pasó un cuarto de hora, y la claridad del horizonte fue haciéndose mas y mas determinada.

Empezaban ya á aparecer de una manera informe los objetos en el fondo del valle.

De improviso Estéban vió un fugitivo resplandor semejante al de un relámpago, en un punto dado, y á seguida oyó una detonacion potente, la detonacion de un cañonazo.

Brilló una cinta de fuego fugitiva, y se dejó oir el fragor de una descarga de fusilería.

Luego estos cañonazos y estas descargas se sucedieron instantáneamente.

—Pues ya empezó la cosa, esclamó Estéban: ¡por vida del diablo! yo nunca he presenciado uno de estos jaleos; pero se me arde la sangre, debe ser magnífico; ¡poder de Dios! y Bermeo se defiende como un gato patas arriba; bien, valiente, viva la libertad; no, no, pues lo que es los *calcundas* (1) son gente de provecho, todavía no han tirado un tiro, se conoce que se obstinan en gatear por las murallas: ¡ah, diablo! es necesario ir á donde se les oiga silbar, y sobre todo, quién sabe si me necesitará Miguel, porque lo mas probable es que suelten la caballería que tengan para aventar esos mosquitos que se empeñan en clavarles el aguijon; pues ya lo decia yo, eso es, hé ahí que ese fuego que luce en pequeños destellos por bajo del fuego de la muralla, debe ser el de las guerrillas que hayan salido á rechazar á los facciosos; pues calla, ya está, tambien ellos rompen el fuego, ¡magnífico! me parece que va á ser caliente la cosa: ¿y qué diablos hago yo aquí? abajo, abajo, y entre ellos.

VIII.

Y Estéban empezó á descender; pero con suma precaucion, y por consecuencia lentamente, porque el terreno era muy áspero.

Aumentaba entre tanto la claridad del dia, y brillaban menos los disparos.

(1) Facciosos.

Estéban vió que estaba á mucha altura sobre el valle, y que necesitaba lo menos una hora para llegar á él.

Siguió descendiendo.

El fuego entre tanto se generalizaba; en la muralla solo brillaba ya el fuego de los disparos de cañon; el de los disparos de los fusiles brillaba mas abajo, en dos líneas avanzada la una á la otra, y que marcaban perfectamente la situacion de las tropas de la reina y la de las de don Cárlos.

El fuego se generalizaba: las dos líneas se acercaban.

El dia habia esclarecido bastante para que Estéban viese el terreno sobre que marchaba y pudiese avanzar ya con rapidez.

Aun estaba á mucha altura sobre el valle. No aparecia ningun indicio de que la caballería hubiese salido de Bermeo; no se oia otro toque que el de guerrilla de los cornetas: las trompetas permanecian silenciosas.

Estéban continuaba descendiendo á saltos con una rapidez estraordinaria.

Habia ya bastante claridad, y veia las guerrillas facciosas avanzando entre las huertas, amparándose de los vallados, estendidas á lo largo del valle. Detrás de estas guerrillas habia algunas pequeñas columnas que avanzaban en semicírculo. Al frente de la del centro vió Estéban algunos jefes á caballo, entre los cuales y gracias á su vista de águila, reconoció á Castor y á Sopelana.

Estéban marchando por las quebraduras habia rebasado la línea facciosa, y estaba á punto de alinear con los constitucionales.

El terreno se deprimia rápidamente para hundirse en el mar.

Bermeo aparecia tendido en derredor de la concha de su puerto entre los dos brazos de la montaña.

—Ahora comprendo el valor de lo que he hecho esta noche, dijo Estéban al ver desde allí el mar; he tenido que ganar la salida del puerto y con una mar demasiado brava: indudablemente, el diablo me ha protegido, y como me ha protegido antes, me protegerá ahora: ya estoy cerca del llano, y á espaldas de las fuerzas de la reina, que ganan terreno; estoy entre ellas y los muros de Bermeo: acabemos de descender.

Y forzó su marcha.

Antes de entrar en el llano se detuvo entre un jaral, sacó los papeles que llevaba en el bolsillo y buscó uno.

Era una carta del ministro de la Guerra á los gobernadores y jefes de

los puestos y columnas de operaciones de las provincias vascongadas, una especie de salvo-conducto en forma.

«Dése proteccion por todos los oficiales y jefes del ejército de su magestad la reina doña Isabel II y por todos los gobernadores de fuertes y plazas, al portador de ésta don Estéban de Fonseca y Otero. De real órden lo comunico á usía para su cumplimiento. Dios guarde á usía muchos años.—Madrid 9 de setiembre de 1834.»

Llevando este salvo-conducto en la mano, Estéban acabó de descender á la llanura, y adelantó hácia un batallon formado en columna en la carretera que conducia á una de las puertas de Bermeo.

—¿Quién es usted? ¿á dónde vá? le dijo un oficial que le salió al encuentro.

—A lo que vengo, vengo, dijo Estéban; en cuanto á lo que á ustedes concierne, tenga usted la bondad, señor teniente de conducirme delante de su jefe.

El oficial llevó á Estéban, y le presentó á un coronel entrecano y de grande aspecto militar.

—¿Qué es eso? dijo.

—Este paisano, mi coronel, que ha avanzado hácia nosotros con la mayor frescura del mundo.

—¿Y por qué no, dijo Estéban, si vengo con los mios? Tenga usted la bondad de leer esto, caballero, añadió dando el salvo-conducto al coronel, que le leyó, y le devolvió á Estéban.

—Y bien, dijo; para cumplir lo que esa real órden previene, sepamos qué quiere usted.

—Un fusil y un par de docenas de cartuchos.

—En buen hora, tenemos algunos hombres fuera de combate. Señor ayudante, un fusil, unas fornituras y tres paquetes de cartuchos á este caballero.

IX.

Todo esto parecia fuertemente estraño y debia parecerlo á la plana mayor del batallon que rodeaba al coronel y á los flanqueadores que estaban tan cerca que lo oian todo.

X.

—Y bien, dijo Estéban dirigiéndose al coronel y á los oficiales; ustedes son tan corteses y tan discretos que nada me preguntan; pero todo

esto debe ser para ustedes fuertemente estraño; todo consiste en que soy tio en primer grado del capitan del tercero de ligeros, grande de España, marqués de Campo-Nuño, y vengo á buscarle á causa de un grave asunto de familia; don Estéban de Fonseca y Otero, servidor de ustedes, señores, gran liberal, cincuenton y millonario. Comprendo que ustedes me tomarán por un escéntrico, y tendrán mucha razon; yo he cuidado de hacer en todo lo posible, lo contrario de lo que hace el vulgo: aborrezco al vulgo, le desprecio, él tiene la culpa de todo lo malo que nos sucede, y de que en estos momentos estemos andando á trastazos, porque yo ando tambien á trastazos, señores, ó por mejor decir, andan conmigo: acaba de pasarme una bala á dos dedos de las narices, hé aqui en lo que consiste la vida ó la muerte, en seis dedos mas ó menos, en un cabello, en un grano de arena, en un leve soplo de viento; nada, nada, yo desprecio la vida, vale muy poca cosa, es lo fuerte y lo mas frágil que yo conozco, es, en una palabra, un absurdo: bien, ya nos han herido un granadero, pobre muchacho, y tendrá padres y hermanos, y acaso novía que estará pensando en él: vamos, me alegro mucho de no ser caritativo, porque el hombre caritativo no es otra cosa que el corregidor de Almagro, aquel que se murió porque le faltaba un boton al chaleco de su vecino. Perfectamente, dijo viendo á un oficial que se acercaba con un soldado que traia un fusil y unas fornituras; hé aquí que voy á verme armado, vengan acá, chico, dame esos trebejos.

Estéban se puso un tahalí en que habia un sable, una cartuchera muy pesada, lo que significaba que estaba llena, y sobre esto se ciñó el cinturon, se arregló la cruz, como pudiera haberlo hecho un soldado viejo, tomó el fusil y armó en él la bayoneta.

—Gracias, dijo, señor coronel, gracias á usted puedo morder algo á esos canallas, ustedes por lo que se ve están aguantando el fuego sin contestarle.

—No tenemos órden, dijo secamente el coronel, á quien le iba pareciendo Estéban, y tal vez no sin razon, un loco protegido por una real órden.

—Pero yo, continuó Estéban que soy un individuo completamente libre, no necesito órdenes para romper el fuego, sino cartuchos, y los tengo. ¿Ven ustedes aquel que está á caballo con una boina azul al lado de otro á caballo tambien que tiene una boina encarnada con una borla de oro, y está en aquel altito? El de la boina encarnada es Sopelana, no pue-

do hacer fuego sobre él, porque le debo atenciones y yo soy un hombre bien nacido, quiero que ustedes vean que yo sirvo para algo, y se me ha puesto en la cabeza que el de la boina azul eche pie á tierra contra su voluntad.

—Veamos, pues, dijo el coronel; pero le advierto á usted que el de la boina azul está fuera de puntería.

—Eh, qué diablo, estos fusiles ingleses tienen un alcance de cinco leguas, y yo un ojo magnífico. Veamos.

Estéban se cuadró, apuntó y casi al mismo tiempo disparó.

—Instantáneamente el de la boina azul cayó del caballo.

—¡Bravo! ¡magnífico! dijo el coronel.

Los oficiales aplaudieron.

—Basta por ahora, dijo Estéban; voy á esplicarme; es decir, voy á esplicar mi presencia aquí: he pasado esta noche por la faccion, mejor dicho, he pernoctado con la faccion, y he estado charlando largamente con ese animal de Sopelana, que á pesar de todo me ha parecido un buen militar.

—¿Y cómo diáblos, caballero, dijo el coronel, ha escapado usted sin que le arresten y le fusilen esos canallas que son muy recelosos?

—Tengo yo un primo lejano que fue allá en sus tiempos guardia de Corps conmigo, y que ha venido á parar en ser fraile francisco de la casa grande de Madrid, y naturalmente mas carlista que Cárlos V.

—¡Ya!... dijo el coronel con un acento un poco zumbon; el buen fraile le ha puesto á usted fuera de todos los peligros, tocándole con el milagroso cordon del padre Seráfico.

—No señor, contestó con una marcada impaciencia Estéban; dándome otra cosa algo mejor: un salvo-conducto de la junta carlista de Madrid para todos los jefes grandes y pequeños de las hordas carlistas.

—Es decir que viene usted perfectamente armado.

—Qué quiere usted, á mí me conoce todo el mundo, y todo el mundo me respeta, porque soy rico; el espíritu del siglo, señor coronel; ser rico es serlo todo; acaba de pasarme una bala junto á la oreja derecha, las balas tambien me respetan, amigo mio, esta proximidad del plomo merece una contestacion: allá hay un energúmeno que agita su sable y vocea á lo que parece animando á su guerrilla, voy á reducirle al silencio, tiene una boina blanca; atencion.

Estéban cargó su fusil, apuntó y disparó.

El de la boina blanca dió un salto y cayó inerte.

—Yo tiro á dar, dijo Estéban, y á dar en buen sitio, al corazon ó á la masa encefálica.

Todos miraron con asombro á Estéban.

En las primeras filas de franqueadores se oyó un murmullo de admiracion.

—Silencio y firmes, dijo un ayudante volviéndose á los soldados.

—Continúo mi cuento: Sopelana no me fusiló, ni aun me arrestó, porque yo supe hablar con Sopelana; las gentes nos tratan segun las tratamos á ellas, yo hablo con esta franqueza porque estoy entre personas decentes, y sobre todo, porque tengo entre ustedes un buen fiador, mi sobrino el marqués de Campo-Nuño, un bravo militar, que hace cuatro dias era alférez, y se ha igualado los hombros á fuerza de cuchilladas.

—Este hombre habla hasta por los codos, dijo aparte un comandante al coronel, mientras Estéban se ocupaba en cargar su fusil.

—Es un estrafalario, dijo el coronel; pero sereno y bravo, y sobre todo un gran tirador.

—Pues sí, continuó Estéban; siento que una bala me ha roto la parte superior de la boina, mal agüero, se me vá acercando mucho el plomo; pero no importa; ya he vivido mi medio siglo, y he visto morir en pocos minutos algunos pobres muchachos, que todavía no necesitaban afeitarse: voy por el faccioso que corresponde á esta tercera bala, me voy mas lejos: señor coronel ¿ve usted aquella fuerza que está formada en línea y que tiene en el centro una bandera blanca? voy á echar á tierra aquella bandera.

—Está completamente fuera de punteria, dijo el coronel.

—Lo veremos.

Y Estéban apuntó y disparó.

La bandera fué al suelo; pero inmediatamente volvió á levantarse.

Una rociada de balas cayó entonces sobre Estéban, y por consecuencia sobre el frente del batallon.

Dos soldados y el caballo del comandante fueron heridos.

—Hágame usted el favor, dijo el coronel, de alejarse sobre la derecha ó sobre la izquierda: con sus marcados disparos está usted llamando el fuego enemigo sobre nosotros que no tenemos órden de contestarle.

—Cesaré, dijo Estéban.

—Pues cúbrase usted que no le vean.

—En buen hora, dijo Estéban.

Y se puso detrás de los caballos.

—Me encontré, dijo, con que la faccion sitiaba á Bermeo, donde está mi sobrino, y dije para mí: necesito encontrarme mañana en el jaleo para estar á la mira de mi sobrino, que es un temerario, y aquí me tienen ustedes.

—¿Cuál es el plan de ataque de Sopelana? dijo el coronel.

—Permítame usted, amigo mio, contestó Estéban con una punzante altivez: á mí no se me hace esa pregunta: yo no soy un espía ni mucho menos: debo además una noche de hospitalidad y una conversacion de confianza á Sopelana que está muy lejos de creer que hablaba con un constitucional acérrimo, y no debo hacer traicion á esa hospitalidad, á esa confianza.

XI.

No sabemos lo que hubiera contestado el coronel por la agria contestacion de Estéban, sino se hubiera echado encima un oficial de órdenes que dijo con precipitacion, pero con firmeza:

—Señor coronel, avance usía con su fuerza en guerrilla, repléguese á medio tiro de la faccion y cargue á la bayoneta á su flanco izquierdo.

El oficial de órdenes revolvió su caballo, y se alejó.

Estéban se hizo á un lado y se alejó tambien.

El batallon desplegó en guerrilla y avanzó.

XII.

La accion se generalizaba: todas las reservas de una y otra parte habian entrado en fuego; las dos líneas se aproximaban rápidamente, estaba próximo el momento decisivo.

Las baterías de la plaza hacian un terrible fuego de granada sobre las masas facciosas. Aquello era magnífico, aunque solo se batieron seis mil hombres, para lo cual bastaba el pequeño campo de batalla que ofrecia la olla de Bermeo.

De improviso Estéban, que estaba sobre la carretera mirando á todas partes buscando caballería, oyó tras sí el bravo y marcial toque de marcha de ginetes, de clarines y trompetas.

Eran dos escuadrones que acababan de salir de Bermeo, dos magní-

ficos escuadrones de caballería ligera, el uno del tercero, el otro del quinto.

Estéban, que estaba en medio de la carretera, se hizo á un lado para dejar pasar flanqueadores, trompetas y clarines. El jefe de Estado Mayor, que marchaba al frente de los escuadrones, reparó en Estéban y le llamó.

—Eh, acá, dijo, ¿quién es usted? ¿qué hace usted aquí?

Estéban se acercó, continuó andando al lado del caballo del jefe, que no se habia detenido, sacó de su bolsillo la real órden que ya conocemos, y la presentó al jefe de Estado Mayor, que la leyó, y la devolvió á Estéban.

—Esto es estraño, dijo; vaya usted con Dios.

Estéban se apartó y echó ojo al primer capitan: no era su sobrino, sino un viejo veterano.

Poco despues Estéban dió un grito de alegría.

Habia visto á Miguel al frente de la segunda compañía.

—Miguel, hijo mio, esclamó.

—Tio Estéban, esclamó Miguel sin detenerse, porque no podia; ¿qué hace usted aquí con esa facha?

—¿Qué? he venido á buscarte; pues no que iba yo á dejarte aquí con los informes que de tí me han dado: pero no perdamos el tiempo, de un momento á otro puede venir la órden de que carguemos.

—¿Eh? ¿que carguemos, tio?

—¿Pues qué, crees tú que yo no voy á cargar con vosotros? á la grupa de tu caballo me agarro en cuanto toqueis á degüello, y allá voy contigo, como un soldado de á pie de las legiones de César, adjunto á un caballero. Pero toma, toma, estos papeles te importan demasiado; por ellos solos he venido á buscarte, pueden matarme, ó hacerme prisionero, lo que es lo mismo, y estos papeles se perderian: guárdalos bien; si pereces para nada los necesitas, si no pereces, esos papeles te volverán la tranquilidad de tu alma, porque son una prueba indudable de tu legitimidad y de la honra de tu madre.

—No entiendo á usted, tio, dijo Miguel tomando con la mano trémula aquellos papeles, y guardándolos bajo su uniforme; pero váyase usted, métase usted en Bermeo, venir entre nosotros es una locura, seria usted maltratado, atropellado por nuestros mismos caballos.

—¡Bah!... irme... lo veremos, veremos si me atropellan ó no, contestó Estéban asiéndose á una de las correas, que sujetaban la maleta de Miguel sobre la grupa; á donde tú vayas allá voy yo.

—Pero esto es imposible, dijo Miguel, se va usted á ver obligado á quedarse atrás, solo, espuesto á que le tomen á usted por un espia ó envuelto por los enemigos.

—Iré á donde tú vayas, Miguel.

—Oiga usted, tio, le engaña á usted el corazon ¿cómo ir á pie, cargar á pie en medio de un escuadron? Además de eso llega un momento en que mis nervios se exaltan, se crispan, me impulsan, y lanzo mi caballo ante la faccion; hay algo que me lleva, que me arrastra sobre el enemigo.

—Sí, estás loco y por lo mismo no quiero dejarte, esto es necesario que concluya, es necesario que te vuelvas á Madrid con tu familia; bastantes hombres hay para que se rompan el alma, que necesitan para vivir de su espada: pobres diablos á quienes hay que tener lástima; tú tienes allí tu madre que agoniza, á Enriqueta hecha una mártir, una hija hermosísima que si te haces matar no podrá acordarse de su padre, tu tio Antonio, el pobre que está renegando porque cometes el horrible pecado de defender una causa que él cree de todo punto ilegítima; yo que tambien sufro por tí: ¡bah! Miguel, la patria de todo hombre que piensa rectamente es su familia, de la misma manera que su familia es la patria, y en situaciones dadas se defiende á la familia defendiendo á la patria; por ejemplo, en una bárbara invasion estranjera ó sublevándose contra un rey infame, que llega á constituirse en una epidemia; pero en estas luchas civiles ¿qué te vá, ni qué te viene? Supongamos que triunfara don Cárlos, que podria suceder si no fuera tan estúpido ese pobre hombre y no hiciera tanto caso de los frailes: ¿serias mas grande de España que con el sistema constitucional que se verá obligada á mantener la reina? si no triunfa, como no triunfará, te mermarán uno y otro privilegio, lo que á tí te importará muy poco, porque eres un buen muchacho, y santas pascuas. Gracias á Dios que han tocado alto y que nos detenemos, me fatiga el hablar andando; esto es ya distinto, mandan echar pie á tierra, bien hecho, el enemigo está aun lejos, y es bueno disminuir la altura de la masa, asi aprovecha menos balas el enemigo.

XIII.

Miguel habia echado pie á tierra, obedeciendo la órden del comandante del escuadron, se metió en el brazó la brida de su caballo, y salió

un poco de la formacion para que pudiesen oirlo menos los que estaban al lado lo que hablase su originalísimo tio.

—¿Sabes que me parece que hoy no metes el sable, Miguel, entre esa canalla? la infantería se los lleva bravamente á bayonetazos hácia las alturas, y eso en toda la línea.

—Pues peor, tio, peor, dijo Miguel; la faccion retrocede con suma facilidad, y mucho será que no quieran llevarnos á ser acometidos de flanco y envueltos por sus reservas: esta es mala gente y no hay que fiarse de ellos.

—Bien, bueno, te doy la primacía sobre mí en estas materias, porque yo no he sido militar mas que el tiempo que serví en Guardias: ya estamos libres de balas: las que llegan aquí no pueden matar á nadie, vienen frias; me alegro, no por mí sino por tí, me tienes temblando; seria muy triste que cayeses en el momento en que estoy resuelto á que acabes de aperrearte por nadie; y te vendrás conmigo, sí, te vendrás; lo que mas te ha movido á hacer este disparate ha sido la absurda creencia en que estás de que no eres hijo de mi hermano. Los papeles que tienes contigo no te dejarán la menor duda; pero no me escuchas, diablo, estás ensimismado, pálido, poco menos que enfermo: ¿no oyes? ¿qué te sucede Miguel? ¿estarás decididamente loco?

—No, dijo Miguel, lo que estoy es profundamente afectado: anoche sucedieron cosas terribles.

—¿Y qué diablos de cosas terribles han podido sucederte aquí? ¿has recibido carta de allá? Pero esto no puede ser, no, en ese caso lo terrible hubiera sido allá no aquí.

—Anoche me encontré de repente con el otro hermano de Enriqueta.

—Y bien ¿qué? dijo Estéban, ¿teneis concertado un duelo, no es esto? bueno, le matas limpiamente como al otro y santas pascuas.

—No puedo batirme con ese infeliz.

—Pues bueno, me le dejas á mí que yo me entenderé con él.

—Le han encontrado asesinado, dijo con voz conmovida Miguel.

—Diablo, diablo, dijo Estéban; pues esto es ya algo mas serio, asesinado él, ¿y quién?...

—Un soldado de mi escuadron por robarle. Se ha encontrado á ese soldado la cartera de Ezguerra, donde á mas de cartas, habia algun dinero en oro.

—Diablo, diablo, si estos ligeros son lo peor de cada casa, como

procedentes de cuerpos francos, que no hay mas que decir ¿y ha confesado ese soldado?

—Se ha aterrado de tal manera al ver descubierto su delito, que ha sufrido un ataque cerebral del que segun dicen los médicos no escapará.

—Pues mejor, dijo Estéban; asi se escusan declaraciones y proceso; se entierra á los muertos, y asunto concluido: pues mira, me alegro mucho de que haya sucedido asi, porque te has quitado un necio feroz de encima: y vaya si me alegro, no lo sabes tú muy bien, estamos de suerte; ¡qué cosas suceden! vea usted qué pobre diablo de soldado, ocurrírsele quedarse con la cartera de Ezguerra, y una cartera donde segun dicen habia dinero: se iria á la timba, bueno; cometeria alguna imprudencia.

—Se le ha arrestado jugando y ébrio.

—Anda, anda, dijo Estéban; pues mira, debes alegrarte como yo me alegro: ah, añadió Estéban, como si hubiese tenido de repente un buen recuerdo, tengo una idea vaga, de que el título de Ezguerra á falta de descendiente legítimo en la línea recta, llaman al hijo bastardo; y en Enriqueta fue reconocida por Casa-Bermeja, como hija bastarda suya, ¡oh, la Providencia!... ¡oh, sí, señor la Providencia! no es posible dudar de ella. Ya tienes á tu mujer baronesa de Casa-Bermeja, grande de España como tú, y aunque la renta no es gran cosa, quince ó veinte mil duros cuando mas, no hay que despreciarla, tu hija será dos veces grande de España, estamos de enhorabuena.

—No; hubiera querido que ese desgraciado hubiese escuchado la razon, y se hubiese prestado á una avenencia; pero las preocupaciones... la vanidad.

—Por lo mismo, dijo Estéban, bien muerto está; ¿qué diablos tenemos nosotros que ver con eso? ¿le hemos matado acaso? habrá cometido alguna imprudencia, y esto es todo; yo no te digo que te alegres, porque tú piensas de muy diferente manera que yo; pero yo francamente, me alegro mucho de que todo haya sucedido así, y es de alegrarse, porque á no haber muerto, te hubiera comprometido á un nuevo lance, que sabe Dios si hubiéramos podido ocultarle á Enriqueta. Nada, nada, bien muerto está, sobre todo, ¿por qué queria él matarte? ¿pues qué no te sobró á tí razon para matar á su hermano?

—No hablemos de eso, tio, especialmente en estos momentos en que necesitamos de la proteccion de Dios. Mire usted, mire usted, ¿no decia usted que nos llevábamos por delante la faccion? Pues vea usted ahora,

se han triplicado las fuerzas enemigas, y nuestros batallones se ven obligados á retroceder.

—¡Ah, diablo! dijo Estéban; pues es verdad; pero los nuestros se defienden como leones.

—¡A caballo! dijo la voz del comandante.

—Pues tio, meto el sable, dijo Miguel montando.

—Pues si lo metes tú, lo meto tambien yo, el sable no, porque no lo llevo; pero sí la bayoneta.

Y volvió á agarrarse á una correa de la grupa del caballo de Miguel.

—Retírese usted tio, por el amor de Dios, esclamó el jóven.

—No, no me retiro, será necesario que te vuelvas contra mi, que me mates ¿lo entiendes? y tú no harás eso, no, porque amas á tu tio, que ningun mal te ha hecho.

—Vea usted que llega un oficial de órdenes, que está indicada una carga sobre el flanco izquierdo del enemigo, retírese usted por el amor de Dios.

—No, dijo Estéban.

XIV.

Un oficial de Estado Mayor acababa de dar una órden al que iba al frente de la caballería, y se habia retirado.

Se mandó marchar á los escuadrones, que avanzaron al trote.

Al llegar á un tiro de fusil de la faccion, el trote se convirtió en galope.

A poco, y ya á dos tiros de pistola, en escape.

Estéban asido á la grupa del caballo de Miguel, saltando, corriendo, suspendiéndose, afianzado el fusil, iba por decirlo asi, adjunto á su sobrino

Este se habia olvidado de todo: estaba pálido, con la mirada centelleante, fija en los facciosos, terrible.

En su mano temblaba el sable como si hubiera sentido hambre de herir.

Al cabo se determinó la carga.

Los facciosos habian formado cuadro y recibieron con una descarga á quema-ropa á los escuadrones que sufrieron grandes bajas.

Miguel habia sido herido en un brazo, aunque de una manera leve.

Estéban habia recibido una rozadura en la mejilla derecha.

La caballería fue rechazada; pero Miguel no retrocedió; por el contrario, revolvió su caballo y le lanzó de nuevo sobre la faccion.

XV.

Al ver á un ginete solo los facciosos, se revolvieron sobre él como tigres, y desatendieron á Estéban, porque á causa de la boina le creyeron uno de tantos.

Entonces sucedió una cosa espantosa.

Se vió caer hombres á derecha é izquierda como si un toro se hubiera metido entre ellos, y esto produjo gran desórden.

Era Estéban que se revolvia á bayonetazos contra todos los que se acercaban á su sobrino: estaba espantoso, feroz, juraba, maldecia, amenazaba al cielo y á la tierra, y hacinaba en torno suyo cadáveres y mas cadáveres, ayudado por Miguel, que estaba ébrio de furor, hasta el punto de no reparar en que le ayudaba Estéban.

Pero esta era una lucha imposible de ser sostenida mucho tiempo por dos hombres solos contra todo un batallon navarro, y Estéban y Miguel habian sido gravemente heridos, y estaban próximos á rendirse.

De improviso sonaron otra vez las trompetas y los clarines tocando á degüello: los escuadrones se habian rehecho y cargaban de nuevo.

Los facciosos atacados vigorosamente en toda la línea, retrocedieron, y Miguel y Estéban fueron salvados en el momento en que iban á sucumbir.

Estéban tenia una cuchillada formidable en la cabeza, ensangrentado el pecho y rota una pierna.

Miguel habia sido levemente herido por puntazos de bayoneta; esto le habia sucedido muchas veces.

Los recogieron en camillas y los llevaron al hospital de sangre.

A no ser por Estéban, Miguel no hubiera entrado en el hospital; sus heridas eran muy ligeras; pero no acontecia lo mismo con las de Estéban: los médicos declararon formalmente que moriria dentro de algunas horas.

—¿Qué te han dicho esos asesinos? dijo Estéban que apenas podia hablar. Me han hecho una cura bárbara, y á pesar de que estoy seguro de que han dicho que me muero, me atrevo á contradecir á esos sabios.

—Se prohibe hablar, dijo Miguel.

—¿Sí? dijo Estéban; pues mira; aprovecho la ocasion, sino me das palabra de que si sano te vienes conmigo á Madrid, empiezo á hablar hasta que me sobrevenga una inflamacion y me lleve el diablo.

—Pues bien, tio, pediré real licencia; pero no me la concederán.

—¿Cómo que no? ¿cómo que no te concederán á tí la licencia? te la concederán y absoluta.

—Pues bien, tio, dijo Miguel; pero calle usted, sea usted dócil.

—Bien, callo, dijo Estéban; me dedico á vivir, por eso no quede.

Y calló y se llevó ocho dias callando, hasta que los médicos le permitieron que hablase.

XVI.

Aquello habia sido un milagro, un verdadero milagro. Estéban habia resistido de una manera portentosa, se le habia amputado una pierna, se le habia hecho una peligrosísima operacion en la cabeza para sacarle algunas esquirlas, y se habia luchado con una supuracion maligna en las heridas del pecho.

—Creo, dijo Estéban, la primera vez que pudo hablar libremente, que ya no te opondrás á pedir tu licencia absoluta en vista de lo que me ha costado el venir por tí.

—No, tio, no; dijo Miguel.

—Supongo que habrás leido las memorias de tu padre

—Sí, y estremeciéndome de espanto, tio.

—Sí, hé ahí hasta dónde llevan la vanidad y las preocupaciones; hé ahí hasta dónde esa absurda creencia de que hay muchas clases de hombres, como hay muchas clases de peras; pero esto es asunto concluido; no hablemos mas de ello; déjame dormir: me parece que el dormir me hará bien.

XVII.

Pasaron otros quince dias, al cabo de los cuales, Estéban fue declarado, sino en perfecto estado de curacion, en estado de abandonar el hospital donde nada mas podia hacerse ya por él.

Permanecieron aun ocho dias en Bermeo.

Un dia al volver Miguel del correo, se encontró á Estéban delirando y en un estado terrible.

Se le habia prohibido espresamente por los médicos la bebida de li-

cores espirituosos á que era muy aficionado, y Miguel no se separaba de él ni un momento para evitar que en su ausencia cometiese un esceso.

Habia salido el asistente y habia olvidado Miguel darle una carta para ponerla en el correo.

Miguel no queria que aquella carta dejase de marchar, no encontró á nadie á quien enviar en la casa, y fué por sí mismo.

Apenas habia salido Miguel, volvió el asistente.

Estéban aprovechó la ocasion.

—Ven acá, Pepe, le dijo; eres un buen muchacho y espero que me servirás en un favor que voy á pedirte.

—¿Y qué quiere usté, señor? contestó el soldado.

—¿Hay ron en este poblacho? dijo Estéban.

—No señor, contestó Pepe mirando fijamente y de un modo severo á Estéban; para usted no hay ron, ni aguardiente, ni nada que huela á bebida.

—¿Cómo que no hay nada de eso, para mí, pillo? esclamó Estéban; eso es lo mismo que decir que no hay una buena onza de oro para tí.

—¡Ah! ¡una onza de oro! dijo Pepe, metiéndose el dedo meñique de su mano derecha en la fosa del mismo lado de su nariz; pero, diré á usted, señor, en cuanto su escelencia vuelva y le huela usted á ron ó á aguardiente, no tirará del sable, eso no; porque no apalea como otros á su asistente; pero como si lo viera, me echa á la compañía, y á mí me va muy bien con su escelencia, y no quiero perder la buena proporcion que Dios me ha dado.

—Dos onzas, dijo Estéban.

—Vaya, tanto irá usted diciendo, señor, que se atreva uno á todo; pero, ¿y si le hace á usted daño?

—¿Y á tí qué te importa eso, infame? Toma tres onzas, y además dos duros para que me compres una buena botella de ron de Jamáica.

—Pues señor, venga, dijo Pepe, y que salga el sol por Antequera, ó por Ronda, ó por donde le dé la gana.

Y salió volviendo á poco, no con una, sino con dos botellas de ron.

—Eres un héroe, dijo Estéban; y has hecho bien en traer dos en vez de una.

—Como no hay ron de mas de á veinte reales botella, y usted me dió cuarenta reales, he traido dos.

—Ya te he dicho que has hecho bien: mira, esconde la una debajo

de la cama; busca un vaso y descorcha la otra; tengo ansia por beber, el agua no es bebida; ¡diablo!... ¡que me va á matar el ron!... estúpidos, á mí no me mata nada; y en todo caso, quiero morir á mí gusto, bastante me he visto contrariado: ¡ah! vienes ya con la botella, vamos, vamos llena el vaso.

—Es que es un vaso de medio cuartillo, señor, porque como su escelencia no bebe ni siquiera vino, aquí no hay copas.

—¿Y quién trata de copas? yo beberia el ron si me fuera posible en una tinaja; llena, llena el vaso y dame.

El asistente llenó el vaso y le dió á Estéban.

Este le bebió con ánsia, con placer.

Poco despues bebió otro.

Al fin pidió un tercero: estaba ya borracho.

Hubo una séria reyerta entre Pepe y Estéban, y á la fin logró que el asistente le sirviera el tercer vaso; es decir, se habia bebido en poco mas de un cuarto de hora, una botella de ron.

XVIII.

—Este ron es muy malo, dijo; da dolor de cabeza, y le trae á uno malos recuerdos; figúrate que me parece que estoy viendo á un pobre diablo de gallego, de esto hace ya muchos años, á quien le quité cinco duros que llevaba, y para que no hablase le tiré desde lo alto de un barranco al fondo.

—¡María Santísima! esclamó Pepe, que era andaluz de la Tierra Baja; el señor se ha vuelto loco.

—Andaba yo entonces muy pobre, continuó Estéban; y era preciso ganarse la vida: ¡qué diablo! todos los bichos vivientes se la buscan: el aguililla, que es poco mas grande que una alondra, se come al gorrion, todos nos comemos lo que podemos, y hay quien tiene la tontería de decir que el que se busca la vida como puede es un criminal... y una cosa estúpida que se llama ley... lo dicho, me has traido un ron muy malo, Pepe, esto es veneno; otras veces me bebia yo dos botellas y no me sucedia nada.

XIX.

Pepe estaba aturdido, aterrado, sin saber qué hacer, si escapar ó esperar á que volviese su amo.

De improviso cambió de una manera brusca, terrible el estado de Estéban; se llevó las manos á la cabeza y empezó á rujir como un leon herido.

—Pues no, dijo Pepe, yo no me espero, sabe Dios lo que el capitan hará conmigo, cuando vea esto: será capaz de hacer que me levanten un consejo de guerra; porque en fin, á mí me lo habia dicho, no le dé usted, Pepe, nada que huela á bebida espirituosa, porque esto puede matarle; y yo, bestia de mí, le he dado, asi en broma, no mas que una botella de ron para que haga boca. Pues no, á mí no me cogen, la faccion está cerca, á la faccion.

Y cogió á Miguel todo el dinero que tenia, y se marchó.

Poco despues entró Miguel y se encontró á Estéban en el suelo con la herida de la cabeza abierta, delirando de una manera horrible.

Estaba alojado casa de unos artesanos: el padre y el hijo estaban en su trabajo, y la mujer fuera no se sabia dónde.

Miguel se encontraba solo, y no podia abandonar en la situacion en que se encontraba á Estéban.

—Sí, si, decia cuando le levantó su sobrino; afirmaos en vuestras preocupaciones; nada os importe nada; no os caseis con la mujer que habeis seducido, porque no es igual vuestra; deshonradla, sin embargo, producid una criatura para que sea un infame; yo era el primogénito; ¿por qué me quitaron mi herencia? Sí, sí, golpeadme en la cabeza todos los que he matado, y tú tambien, tú, Salvador Ezguerra.

Miguel se estremeció y se cubrió de sudor frio.

—¡Salvador Ezguerra! esclamó; ¿pues qué, no le mataron por robarle?

Estéban lanzó una carcajada.

—¡Estúpido! dijo; queria batirse con Miguel; esto es, queria que Miguel acabase de volverse loco: ¡bah! le ahogué... ¡y qué fria estaba la mar, qué fria!... vamos, soy todo un hombre: el diablo está deseando tenerme en su compañía; pero no puede conmigo: ¡ah!... ¡los hijos naturales!... mi cabeza... tengo en ella un volcan; pero que me den ron, quiero mas ron, ¿no oyes tú, Pepe, que me des ron?

—¡Tio! esclamó Miguel, ¿no me reconoce usted?

—¿Quién me llama tio? esclamó Estéban; yo no tengo familia, ¡buena familia la mia!... mis hermanos que me desconocen ¡ah! mis soberbios hermanos... ya se ve, yo era el hijo natural; pero el primogénito, sí, el primogénito: mi padre era libre, libre mi madre; que pregunten á la pobre Ana su historia de dolores, de generosidad, de grandeza: ¿por qué amó tanto á mi padre? ¿por qué no le dejó morir? ¡ah! era preciso que yo naciese para ser un ser desterrado, desheredado, miserable: era necesario que la pobre Ana estuviese cuarenta años loca; sí, es verdad, la palabra de Dios se ha pronunciado en el desierto, no la ha oido nadie, no ha podido hacer de los hombres hermanos por medio de la caridad: ¡ah!... ¡el divino mártir del Gólgota!... ¡su sangre infecunda!... el fuerte ha seguido haciendo crujir entre sus mandíbulas de lobo los huesos del débil, la caridad ha buscado la fórmula de la limosna: la igualdad es una frase vacía; ¡ah! no se ha practicado, no se practica, no se practicará ninguna igualdad social; no hay mas igualdades que las de la naturaleza; gracias á que los hombres no han podido subordinar á su capricho á la madre naturaleza: un pobre mendigo muere de congestion cerebral, exactamente como el gran señor de los turcos si le toca morir de ese género de muerte: ¡la igualdad del cadáver!... ¡la igualdad de la materia! ¡ah, la igualdad animal, la igualdad bruta, fatal, invariable! hé aquí toda la igualdad; gran consuelo que á fuerza de sufrimientos, de contrariedades, de degradaciones, de infamias, de crímenes, llegamos á ser millonarios, á dominarlo todo, á obtener el respeto de todos porque somos millonarios, y un dia un perro que rabia os muerde, y morís exactamente como moririais aunque no tuviérais un cuarto: hé aquí los beneficios de la igualdad bruta; buen consuelo para desesperados el decir: ese tirano, ese troglodita morirá como otro cualquiera: perfectamente: los hombres están locos; yo me rio de todo, yo he hecho bien, yo he sido verdaderamente sabio.

—¡Pero tio, por Dios! esclamó desesperado, Miguel.

—¿Quién dice que yo no he hecho bien? yo he sido una fiera que ha ocultado sus garras y que solo ha devorado á solas, sin castigo: ¡la ley!... yo me rio de la ley; la ley no se ceba mas que en cabezas estúpidas, en seres débiles, en tontos que dejan testigos de lo que hacen para que vayan á contarlo: ¡bah, bah! no se debe comer sino cuando se puede comer de balde: tener paciencia y sufrir el hambre, y hartarse á la primera oca-

sion; ¡bah! sí, el hombre es el enemigo del hombre; examinad las obras recíprocas de dos amigos, de dos grandes amigos, ponedlos á prueba, arrojad entre ellos una mujer, un talego de oro, un empeño soberbio, y vereis convertirse á los amigos, á los hermanos, en dos Caníbales, sedientos el uno de la sangre del otro. Cuando os hablan de la gloria de las naciones, recorred là historia, y solo encontrareis crímenes, torpezas, infamias, lodo mezclado con sangre coagulada y corrompida; una bella historia de fieras: sí, sí, el hombre no es otra cosa que una fiera domesticada por la educacion y por las creencias; pero las creencias y la educacion son muy débiles para que el hombre deje de entregarse á sus instintos feroces, á su naturaleza en cuanto le acometen las pasiones; ¡y cuánto y cuánto libro se ha escrito para atiborrar el entendimiento de los sabios con falsas teorías!... yo no veo en todos los tiempos, en todas las civilizaciones mas que los siete pecados mortales, encarnados en la mayor parte de los hombres, y las siete virtudes divinas haciendo mártires de unos pocos ángeles caidos. Mi madre era un ángel y la convirtieron en demonio; un amor de madre hizo de ella una fiera; pero una fiera demasiado sensible, á quien su ferocidad volvió loca: ¡ah! ¡el espíritu humano!... ¡qué insondable abismo!... ¡qué grandeza tan sombría!... ¡Satanás revelándose eternamente contra Dios en el corazon de los hombres!... ¡ah!... ¡la conciencia!... ¡qué vicio tan estúpido!... la conciencia que solo sirve para inspirarnos el desprecio de nosotros mismos: ¡la conciencia!... ¿y qué es la conciencia? ¡oh, sí! la voz de Dios que retumba inflexible en el corazon humano: el producto de un sentido íntimo, de un espíritu del espíritu: ¡ah, sí! ¡la sangre repugna! se siente placer al verterla, un placer sombrío, el placer de una soberbia infinita: en algo somos semejantes á Dios; no podemos crear, esto no depende de nuestra voluntad; pero podemos destruir, sí, podemos secar una planta; podemos deshojar un árbol que nunca retoñará; podemos hacer de un ser viviente un cadáver; podemos matar el alma por medio de la calumnia, y convertir una existencia tranquila en un infierno viviente: ¡ah, sí, sí! podemos hacer de los hombres rebaños, ponerles la argolla al cuello, marcarlos á fuego en la espalda, y construir nuestro magnífico palacio, cubrir nuestra mesa, hacer nuestros trenes, acumulando para nosotros solos el sudor sangriento de millones de esclavos. ¡Ah, sí! el hombre es un ser inmenso cuando se trata de la destruccion; pero para producir un solo momento de verdadera felicidad sobre la tierra, cuán impotente... y luego ¿qué importa á

ningun hombre la felicidad de otro? Los filósofos humanitarios, embusteros, repugnantes, que venden lo mas caro que pueden sus falsas teorías, y vierten lágrimas de compasion por el pobre ser desheredado que muere de hambre temblando de frio, mientras ellos escriben sufriendo por la humanidad, en un bello gabinete, lo mas confortable posible, encendida la chimenea, repleto el estómago, escitados los nervios por el alcohol de los ricos vinos generosos, chupando un habano, con cuyo valor podia mantenerse un pobre diablo. ¡Salud á los grandes filósofos humanitarios! yo los meteria por seis meses en el hospicio para que tomasen datos acerca de los sufrimientos de los ilotas del cristianísimo y civilizadísimo siglo en que vivimos: ¡bah!... ¡mentira! ¡absurdo! ¡abominacion! yo he hecho lo que he debido metiéndome hasta el cuello en el órden natural: debemos apoderarnos de todo aquello que puede mejorar nuestra existencia; debemos destruir todo aquello que puede perjudicarnos: ¡oh, Dios mio, Dios mio! mi cabeza... mi pobre cabeza... ¡tu santa mano que me toca y me destruye! ¡oh!... ¡la duda!... ¡la incertidumbre!... ¡la lucha constante del mal contra el bien!

XX.

Estéban guardó silencio.

Miguel le examinó con ansiedad y se aterró.

Habia en el semblante de Estéban marcados signos fisiológicos de una muerte próxima.

Miguel no era médico; pero tenia nociones de todo, y mas que veia, adivinaba; mejor dicho, entendia aquellos signos, tenia una de esas certidumbres misteriosas porque no podemos razonarlas, que le decia, que era de todo punto inútil apelar á la ciencia, y le dominaba la inercia que producen esa especie de certidumbre: quedaba un auxilio; el de la religion; el de probar la salvacion de aquella alma perdida en la sombra del error, envuelta con los sofismas del crímen.

Miguel sufria un tormento incalculable, amaba á Estéban: era caritativo, y la caridad sufre por todos los males, tanto mas, cuanto la es mas difícil curar una úlcera del alma, si se nos permite esta frase. ¿Y cómo apelar á la religion en el estado de delirio en que se encontraba Estéban? este era un reparo sofístico de la soberbia de Miguel, porque aunque Miguel era un escelente jóven, ya hemos tenido ocasion de ver que

mas de una vez habia sucumbido á los malos consejos de su soberbia, producto de su rango, de su educacion especial, de sus costumbres.

Miguel era un ser bueno, benévolo, inclinado á la caridad, apasionado de lo dulce, de lo bello, de lo grande; pero que tenia en sí el gérmen de su orígen: habia en él por resultado de una lucha entre sus costumbres y su corazon, un ser mitad sombra, mitad luz.

Era cristiano mas por sentimiento que por creencia; mas por simpatía que por conviccion; un creyente racionalista, ó lo que es lo mismo, un cristiano protestante á su manera: en su fuero íntimo, dentro de su conciencia, era deista, reconocia la omnipotencia y la providencia de Dios, subordinándolas á un fatalismo fanático; era, pues, un alma desesperada, porque no encontraba consuelo, vacilando entre la duda y la fe; un hombre bueno por temperamento; un ser saturado de todos los errores de todas las escuelas filosóficas, envuelto en una densa niebla que oscurecia para él la luz: era, en fin, un fenómeno, de los que hay muchos ejemplos, resultado de nuestra dolorosa época de transicion. ¡Dios! ¡Dios!

Miguel se hallaba á la vista de su tio, en aquel punto de doloroso delirio, uno de esos momentos de conversacion, en que la providencia de Dios coloca á los que buenos en el fondo, virtuosos por necesidad, fluctúan entre la razon impotente y la verdad absoluta.

XXI.

Miguel presintió en aquellos momentos algo misterioso, insondable, prepotente, superior á todo, incontrastable, invariable, infinito; algo que pesaba sobre la cabeza de Estéban, que se revolvia dentro del lodo infecto de su corazon, que producia una catástrofe del alma y de la materia como un castigo perfectamente relativo con la larga vida de crímenes, de escepticismo de la conciencia de Estéban, de un culto hediondo á un materialismo brutal. ¿Pues qué el hombre no es mas que una materia organizada para sentir placeres y dolores físicos? ¿pues qué el hombre no es espíritu mas que materia? ¿pues qué el espíritu de los elegidos no puede sentir dentro de los mas acerbos sufrimientos, la felicidad de la armonía de su fuerza con la violencia de sus dolores? El dolor no existe, es el producto de la divinidad del alma; el alma es soberana y lo domina todo, lo anubla todo, encuentra la libertad en la esclavitud, la salud en la enfermedad, la vida en la muerte; pero para esto es nece-

sario que el alma se levante de sobre las miserias humanas á las regiones de lo supremo, de lo infinito, de lo abstracto, de lo misterioso; es necesario que suba hasta la idea de Dios, que se sature en ella, que se engrandezca en ella: de aquí la bienaventuranza de los mártires. El hombre encerrado en el estrecho círculo de las relaciones materiales que están al alcance de su mano, se embrutece, se hace indigno de la denominacion de hombre y de criatura racional; se convierte en un animal de imitacion; en todo cuanto existe hay algo mas que materia; en todo, y no se nos tache de panteistas, está patente, viviente, inmutable, Dios. La pérdida de las creencias es la pérdida de la razon; la lucha inevitable del entendimiento humano con el misterio, de la lógica con la metafísica, de la razon fria y calculadora, investigadora de demostraciones exactas, con la idea abstracta, que se remonta y se estiende en el infinito, es, por decirlo asi, la gimnasia del entendimiento, su cultivo, su desarrollo, su exaltacion á un órden de ideas sublimes, sin la aplicacion de las cuales, no hay sociedad digna posible. Cuando la humanidad pronuncia la palabra, «no hay Dios,» la civilizacion que escucha sin contradecirla aquella frase, está herida de muerte; rueda hácia el abismo, que ha de servirla de tumba, por una pendiente asperísima, despedazándose sobre ella. Las civilizaciones son individuos que como estos perecen perdiendo la inmortalidad moral, la inmortalidad de la historia por el pecado que las ha embrutecido. ¿Dónde están los hechos de las civilizaciones ante-históricas? Se sabe que han existido; pero no se sabe nada mas de ellas; ha quedado en nuestro globo su esqueleto fósil, petrificado. ¿Dónde está su ciencia? Se ha perdido en la inmensa tumba de lo pasado; la ha destruido uno y otro estado de materialismo, de embrutecimiento. Cuando el alma humana no encuentra goce alguno en lo ideal; cuando el hombre necesita tocar para sentir; cuando la razon universal es el dinero, esto es, la potestad de adquirir lo que se compra y se vende; cuando la espada de las naciones se ha convertido en metro y su casco en litro; cuando no hay otra razon de ser que la industria de todo género; cuando el lujo se ha hecho una necesidad general y todo se sacrifica por la satisfaccion de esta necesidad, honor, conciencia, familia, patria; cuando todos quieren ser iguales por ante los goces, y no por ante el trabajo; cuando los pigmeos se creen gigantes y los hombres de mediana estatura dioses; cuando se han mezclado todas las soberbias, todas las corrupciones, todas las infamias; cuando el yo satánico se escucha por todas partes, ha aparecido

una infame Babilonia agobiada por el peso del becerro de oro á que sirve de base, y debe esperarse que aparezca en el negro firmamento la terrible mano que escriba con caracteres de fuego una vez mas el tremendo *mane*, *thecel*, *phares*; y nunca está mas lejos una civilizacion de presentir su espantosa catástrofe, que cuando está mas cerca de ella. Las civilizaciones mueren por congestion.

XXII.

Miguel luchaba entre el materialismo y la fe. Pensaba con arreglo á las consideraciones anteriores; pero no encontraba dentro de sí mismo los medios de vencer en aquella lucha: estaba intoxicado por la atmósfera general; no sabia establecer este raciocinio: ó Dios es mentira ó no lo es: si no lo es, en Dios; esto es, en la virtud, en la abnegacion, en la resignacion: en la abnegacion del alma en lo infinito está el engrandecimiento incalculable del alma, y por consecuencia, la libertad del alma de todas las miserias; esto es, su felicidad, su invencible fuerza: si es una bella mentira, idealizad en ella vuestra alma, aceptadla como un consuelo, encontrareis el mismo resultado; esto es, encontrareis el reposo de vuestra alma en la idea de Dios. Las costumbres, las preocupaciones, la soberbia, nos hacen esclavos de nosotros mismos, y esclavos miserables: no nos atrevemos á romper de frente con lo convenido aunque comprendamos que lo convenido es absurdo ó infame, y nos creamos funestas complicaciones, dudas horrendas que producen á veces la intranquilidad de nuestra conciencia, y aun el remordimiento insoportable, por nuestra debilidad, por nuestro servilismo á convenciones absurdas.

XXIII.

Por esta razon, Miguel vacilaba en probar los dulces consuelos de la religion para salvar á Estéban.

Estéban deliraba, decia cosas horribles, y Estéban era su tio.

Tal como Miguel comprendia á un buen sacerdote, era indudable que ó cesando el delirio de Estéban y atrayéndole al sentimiento de lo justo le negase la absolucion, sino reparaba el mal que habia hecho permitiendo cayese el negro borron de un asesinato sobre un hombre inocente de él, ó que si continuaba el delirio, y el sacerdote oia la revelacion del crí-

men, fuese como era su deber, y en nombre de la caridad á librar la memoria de un desgraciado de la acusacion de un crímen.

¡Y tener en su familia aunque por una razon de bastardía á un asesino!... Esto se hacia demasiado terrible á Miguel; su conciencia luchaba con su vanidad; pero de una manera poderosa: estaba, lo repetimos, ante lo espantosamente terrible, ante el malvado hecho pedazos por la Providencia, en un grande momento de conversion, que debia modificarle, hacerle entrar por la senda de la abnegacion, de la caridad, del sacrificio.

Al fin triunfó la conciencia de Miguel.

—Y bien, dijo; yo he vacilado, he dudado, he confundido los abusos de los hombres con lo eterno, con lo inmutable, con lo incontestable; he pretendido demostrar lo indemostrable, y he sobrepuesto mi cabeza á mí corazon: es necesario que esta lucha concluya, porque me martiriza. Oyendo á mis propensiones lo he sacrificado todo á una vanidad que yo creia una virtud fuerte: he matado, he sumido en el desconsuelo á mi familia, he producido lágrimas, he buscado una nueva forma al suicidio, he despedazado criaturas humanas en la disputa de una corona: ¡y ese hombre... ese hombre que perece revolviéndose como un reptil ponzoñoso dentro de un círculo de fuego!... ¡ah, no, no! es necesario doblar la frente bajo el misterio, creer, escuchar la santa, la sabia, la consoladora palabra, vivir para la caridad y por la caridad, y en vez de hacer verter lágrimas por nosotros, por nuestra vanidad, por nuestra soberbia, verterlas por los sufrimientos de los demás.

XXIV.

Miguel salió del aposento de Estéban.

Los patrones habian vuelto.

Miguel les suplicó fuésen á buscar un sacerdote, y se volvió al lado de su tio, lleno de caridad, de fe y de esperanza, porque estas tres virtudes hermanas no se separan jamás.

XXV.

Cuando volvió al lado de Estéban, le encontró agitado por una convulsion terrible, y á punto de caer, á causa de esta convulsion, del lecho al suelo.

Quiso sujetarle y no pudo.

El horrible dolor que aquejaba á Estéban, aumentaba de una manera imponderable sus fuerzas de gigante.

De improviso, y cuando Miguel iba á llamar para que le ayudasen, la convulsion de Estéban cesó, y quedó rendido, jadeante, espantoso, con la boca orlada de una espuma sanguinolenta, y exhalando un hálito formidable, semejante al de un tigre moribundo.

Miguel no llamó: queria evitar que si volvia el delirio de Estéban le oyesen personas que no debian escucharle; bastaba con que le oyese un sacerdote.

El estado de jadeamiento, última oscilacion de la convulsion pasada, pasó tambien.

Estéban quedó inmóvil, sudoroso, y su respiracion se hizo mas leve, menos terrible.

Al fin abrió los ojos, los revolvió en torno suyo y reconoció á Miguel.

—¡Ah! ¿eres tú, hijo mio? le dijo; me alegro de que hayas llegado á tiempo, porque me voy, me voy por la posta, he cometido una locura; yo no he conocido nunca el miedo, no me he privado de nada por temor de nada; tenia sed de ron, y ese malvado asistente tuyo... y bien, pobre muchacho, le soborné; qué le importaba á él que me llevase el diablo ó no: punto concluido; alguna vez habia de ser: mis heridas estaban cerradas, pero no curadas; bien; nada pierdo; descansaré: mi madre... ¡bah! tú la consolarás, la dirás que he muerto amándola: á tu madre... puedes decir á tu madre sin temor, que su buen hermano lleva entero á la tumba el afecto que siempre la he tenido. Una palabra y no mas acerca de disposiciones estremas; mira: en mi quinta, cerca de Hortaleza, hay en mi gabinete una caja de hierro de combinacion alfabética, que no puede producir mas que palabras de cuatro letras: compon la palabra Dios; yo he tenido mi razon para poner esta palabra; los ladrones nunca se acuerdan de Dios, ni pueden presumir que yo me haya servido de Dios para guardar mi tesoro. En cuanto aparezca el nombre de Dios, sobre mi caja, se abrirá su puerta: en ella encontrarás valores, escrituras, una herencia, en fin, de veinte millones de reales.

—Por Dios, tio, no hablemos de eso, dijo Miguel.

—No, no, si yo no te instituyo mi heredero, eres tú mucho mas rico que yo; mi madre...

—Es verdad, no me acordaba, dijo Miguel.

—Es cierto, para qué has de acordarte tú de ella: no se han acordado ni tu padre, ni tus tios, que debieron no haberla olvidado: tu abuelo... mi padre... no hablemos, no hablemos mas de esto. Ya sabes lo que acerca de mí tienes que hacer; hablemos acerca de tí: si quieres que yo muera con un poco de menos rabia, porque la verdad, me irrita el que me hayan matado esos canallas de facciosos, prométeme que obedecerás lo que va á mandarte tu tio moribundo.

—¡Moribundo! tal vez no; habla usted sin esfuerzo.

—Ah, no, todo consiste en que yo hago de mí lo que quiero: sin esfuerzo, no; estoy sufriendo de una manera horrible; pero es necesario hablar, y hablo; no me impongas silencio porque me irritarás; déjame continuar y no me interrumpas.

—Bien, tio, hable usted, dijo Miguel, que comprendió que mientras Estéban pudiese hablar era inútil pretender imponerle silencio.

—Me enterrarás en el suelo, en un lugar húmedo del cementerio, donde crezca pronto la yerba; quiero perderme de todo punto; no comprarás la sepultura á perpetuidad; como mejor se pierden los restos de un hombre, es dejándolos que se confundan con otros en el osario, ó rodando sobre el cementerio, constituyendo su adorno genuino, característico: un cementerio que no está sembrado acá y allá de cráneos, fémures y tibias, me parece un cementerio degenerado: allí se vá ó á sepultar un despojo inútil ó á comprender la miseria de la soberbia humana.

—Tio, tio, la muerte es la enseñanza de la vida.

—Mira, Miguel, me parece que vas tomando el papel de agonizante capuchino; déjame en paz; yo no creo, no quiero creer, porque si creo tengo que creer en mi condenacion: afuera, afuera, déjame continuar; no pongas ni inscripcion, ni cruz sobre mi sepultura.

—¿Ni una cruz, tio?

—¿Y para qué? pero bien, no me obstino; haz lo que quieras; la cruz me es simpática; Jesus... Jesus... el espíritu del espíritu... el mártir de los mártires... el supremo valor...

—El Redentor, dijo Miguel.

—Bueno, en buen hora, el Redentor, dijo Estéban: hizo oir al mundo grandes verdades, sublimes verdades; predicó la caridad; pero los hombres no han escuchado la palabra de Jesus.

—La palabra del Señor, dijo Miguel.

—Bien, en buen hora, dijo Estéban; las grandes cosas vienen de lo alto; pero cuando llegan á los hombres se modifican, se envuelven en el miserable casuismo de la razon humana: el rayo de luz ha venido á caer sobre el lodo infecto y negro: ¡oh! no comprendió tu abuelo, mi padre, la caridad: yo soy una prueba de ello; respetar debió á la pobre Ana; si no tuvo bastante valor para arrostrar el anatema del mundo, dejarla debió envuelta en su inocencia, protegida por ella contra horribles, contra desesperantes amarguras. Déjame, déjame de cosas inútiles, vengamos á lo que importa: pide tu licencia absoluta; no te la negarán; si te la niegan, cómprala; antes que á nadie te debes á tu familia; si no hubiera sido por esto, yo no hubiera venido á esponerme, buscándote, á lo que sabia que podia sucederme; á lo que me ha sucedido al fin: no me repliques, Miguel, ni me salgas con lo de que podrán achacar á cobardía tu solicitud de licencia absoluta estando en campaña; no lo dirán, y si lo dicen, que se pongan quince; no sacrifiques á una estúpida vanidad tu familia; acuérdate de tu Enriqueta, de tu madre: ¡si hubieras visto con qué ánsia me encargaban y volvian á encargarme que no me volviese sin tí!...

—Pero tio, usted me está hablando en nombre de la caridad.

—No, en nombre del amor.

—Y bien, ¿la caridad y el amor no son una misma cosa?

—No te vengas con evasivas, Miguel, y no pretendas volver contra mí mis mismas razones, porque te diré que creo en la caridad, que he sido muchas veces caritativo, y que si no lo he sido siempre, es porque no he podido.

—Tio, una sola lágrima de caridad, puede salvar un alma.

—No admito réplicas, aunque sean embozadas; ¿pedirás tu licencia absoluta?

—Sí señor; no saldré ya de Bermeo, y para evitar todo tropiezo, me iré por mar.

—¿Y no volverás á separarte de tu familia?

—No.

—¿Ni volverá á ocurrírsete la impía duda de que no eres hijo legítimo del marqués de Campo-Nuño?

—No.

—¿Ni te dejarás dominar por el recuerdo de aquel desafío?

—Procuraré aplacar á Dios haciendo todo el bien que pueda por mis semejantes.

—Tú me engañas, Miguel.

—He podido estar envuelto en el error; pero nunca he sucumbido á una vergonzosa mentira: estoy resuelto á volver al seno de mi familia y á compensar cuanto me sea posible el mal que he causado.

—¿Y quién te ha convertido? dijo Estéban.

—Dios, por medio de usted.

—¿Por mi medio?

—Tio, tio, ha tenido usted un horrendo momento de delirio, en el cual he visto resplandecer la justicia de Dios.

—¡Diablo! dijo Estéban; me parece que si enviudas te haces clérigo: y es el caso que persuades, Miguel. No, no es eso, es que tengo miedo, ¿oyes? ¡miedo! es que el hombre no se conoce á si mismo; no conoce su alma, ¿de dónde viene? ¿á dónde vá? la ciencia humana nos dice: El alma es la vida. Pero esto no nos satisface; es una limitacion demasiado dolorosa; la rechazamos, porque rechazamos el vacío, porque rechazamos la nada; tenemos la idea de la inmortalidad, porque conocemos el tiempo y el espacio, porque dejamos detrás lo desconocido y tenemos lo desconocido delante; la religion nos dice: El espíritu viene de Dios, vá á Dios, y como Dios, es inmortal. Esto es mas completo; pero metafísico. Y bien, nos apegamos á ello; existe recóndita en nosotros la certidumbre de la inmortalidad; ¿de qué modo ha sido antes y será despues? hé aquí el misterio. Oye, Miguel; ese delirio debe haber sido durante un horrendo sueño mio: toda mi vida, todos mis hechos, todos mis pensamientos, mi ser entero en el tiempo y en el espacio se ha presentado á mi vista en una sola página horrible, en una sola idea concreta; he sido un malvado: me he visto en conjunto, y me he repugnado á mí mismo; es mas, me he estremecido no sé por qué, he sentido una mano fria, pesada, insoportable que oprimia mi corazon: ¡ah! no, no, el hombre no ha nacido para destruir, porque destruyendo se destruye.

XXVI.

En aquel momento una voz suave, dijo á la puerta:

—Buenas noches: ¿dan ustedes permiso?

Miguel se volvió y vió en la puerta del dormitorio un eclesiástico de cabellos blancos con el sombrero en la mano.

Miguel se apresuró á decir:

—Pase usted, señor, pase usted; un sufrimiento le espera.

En otra ocasion, Miguel hubiera dicho:

—Hágame usted el favor de pasar, caballero.

Era una costumbre aristocrática: la palabra caballero, sinónima de hombre de honor, era estensiva para él hasta á los eclesiásticos.

—¡Un sufrimiento! ¡un moribundo! esclamó el sacerdote acercándose vivamente, dejando conocer en su semblante una conmocion profunda y una ardiente espresion de caridad.

—No solamente un moribundo, dijo Miguel; lo que es mas grave aun, una conciencia negra, y un alma tibia en la fe.

XXVII.

Aquel sacerdote contaria como sesenta años.

Era de fisonomía simpática y escesivamente dulce.

Parecia á primera vista hombre de mundo é instruido; se adivinaba por un no sé qué singular, que antes de pertenecer al clero habia sufrido en el mundo grandes vicisitudes.

Habia en su semblante la espresion de ese espíritu de resignacion y de caridad, que en las almas buenas y grandes crean los sufrimientos de inmerecidas desgracias.

Era, en fin, un alma triste, un alma solitaria.

XXVIII.

Se sentó junto al lecho y fijó en Estéban una mirada profunda, pero dulce, conmovida, una mirada de consuelo.

Estéban le miraba de hito en hito y con asombro, como si hubiera tenido delante de sí un ser estraño.

—Déjanos solos, dijo á Miguel; este señor y yo tenemos que hablar cosas que tú no puedes oir.

Miguel salió.

XXIX.

Gracias á Dios, dijo Estéban cuando quedaron solos, que veo un clérigo que me satisface completamente.

El eclesiástico continuó posando su dulce, su profunda mirada en los calenturientos ojos de Estéban.

—Usted debe ser un santo, padre, dijo Estéban.

—No sé qué contestar á esas palabras, dijo el eclesiástico.

—Esto me afirma en mi opinion, dijo Estéban; modifiquemos la frase para que usted la acepte: usted debe ser muy bueno.

—Procuro ser lo mejor posible.

—Me alegro, dijo Estéban; asi ayudará usted á hacer una obra de caridad.

—Con toda mi alma, dijo el eclesiástico; la caridad es la llave de oro del cielo.

—¡El cielo! ¡el cielo! dijo Estéban; no se trata ahora de eso.

—¿Pues de qué se trata? dijo con estrañeza, pero sin acritud el sacerdote.

—Se trata de mi sobrino.

—¡Ah!

—Sí, de ese jóven capitan de caballería que acaba de salir: supongo que usted no será faccioso, padre; no tiene usted cara de ello.

—Yo no soy mas que un humilde sacerdote del Señor.

—Pues yo tengo un primo, fraile francisco, que es el reverso de usted.

El eclesiástico guardó silencio; pero su semblante tomó un profundo tinte de tristeza.

—¡Ah! sí, dijo Estéban; usted debe estrañar mucho todo esto: yo soy un hombre muy original.

—¡Oh, si no fuera mas que eso!

—Un impío, concedido, dijo Estéban; ¿qué quiere usted, padre? yo no tengo la culpa; el mundo... los desengaños... las infamias...

—¿Y para qué ha dado Dios al hombre la resignacion? ¿qué es la vida mas que una prueba?

—Yo no he pedido esa prueba; yo no la acepto: ¡bah! la casualidad... pero no perdamos el tiempo, padre; aunque hablo mucho, con voz firme y de una manera ligera, conozco que dentro de poco tiempo no podré hablar: me arde, me duele la cabeza de una manera horrible: siento crecer la inflamacion; mañana á mas tardar esto habrá concluido.

—¡Oh, Dios mio! ¡y en esta terrible situacion hace usted gala de una impiedad inconcebible!...

—Soy lo que siempre he sido.

—Y entonces... permítame usted esta reconvencion; ¿por qué ha pedido usted los consuelos de la fe y de la esperanza?

—¡La fe!... nunca he tenido fe mas que en mí mismo: ¡la esperanza!... ¡la esperanza!... ¡he esperado tanto sin alcanzar nada!... sí: he alcanzado mucho, he alcanzado los millones robados por mi familia materna, que nada tiene que ver con la familia de mi sobrino el escelentísimo señor marqués de Campo-Nuño: yo soy bastardo, descendiente de gitanos, de mendigos, de ladrones y de prostitutas.

—¡Pero por Dios, hermano mio!

—Oiga usted, padre: ó hay Dios ó no le hay...

El eclesiástico se levantó, se arrodilló y se puso á orar fervorosamente.

Temblaba de terror por Estéban, que se incorporó con trabajo sobre el lecho y miró al anciano sacerdote con asombro.

XXX.

Hubo un intervalo de silencio en que solo se oyó el rezo del sacerdote.

—¡Padre! dijo Estéban, revelando en su voz una ligera conmocion.

El sacerdote volvió la cabeza y miró á Estéban.

Este vió los ojos del sacerdote llenos de lágrimas.

—¿Con que es verdad? dijo; ¿con que hay caridad?

—¿Y qué seria del hombre sin la caridad? dijo el sacerdote continuando arrodillado.

—¡Con que usted llora por un hombre á quien no conoce!

—Lloro por un hermano.

—¡Hermanos!... ¡hermanos que se aborrecen y se despedazan!

—¡Ah! ¡no! ¡no! dijo levantándose el sacerdote: eso no es exacto: todos los hombres no son réprobos: no hay réprobos; no hay mas que hombres estraviados, de alma dura, que han buscado sus desgracias, que se han hecho triste y amarga la vida, y han atribuido sus desgracias al acaso, negando á Dios.

—Teorías y no mas que teorías, amigo mio, dijo Estéban defendiéndose de la influencia que ejercia sobre él el sacerdote; teorías de un hombre que no ha conocido, por fortuna suya, la vida candente del mundo.

—Yo amé, dijo el sacerdote; amé con toda mi alma á una mujer, y me olvidé de Dios por ella.

—¡Ah! ¡ha amado usted!

—He faltado uno tras otro á todos los preceptos del Decálogo por esa mujer.

—¡Ha matado usted!

—Sí, dijo con voz apagada el sacerdote.

—¡Yo tambien! dijo Estéban con acento ronco.

—Yo he matado cobardemente, como matan los asesinos, continuó el sacerdote; he acechado al hombre aborrecido por mí, le he envuelto en un lazo, le he despedazado con el furor y la crueldad de una fiera, me he gozado en su sufrimiento, he desoido su voz lastimera que me pedia compasion.

—Yo he matado siempre de un solo golpe.

—¡Siempre!

—Sí, porque he matado muchas veces; siempre que me ha estorbado un hombre: hace quince dias estrangulé á un estúpido oficial de marina, porque me estorbaba.

—¿Al baron de Casa-Bermeja?

—Sí.

—¿Sabe usted que ha sido atribuida esa muerte á un hombre que al verse acusado, llevado ante el cadáver del baron, ha sido acometido por un accidente apoplético, al que ha sucumbido?

—Sí.

—¿Y no ha pensado usted que debia salvar la memoria de ese infeliz de la infamia?

—Si no hubiera muerto le hubiera dejado fusilar, y si hubiera podido, hubiera asistido á la ejecucion por conocer, al que habia cargado sin saber cómo, con una hazaña mia; era un ladron; se guardó la cartera del muerto que yo no habia querido guardar: cogió el fruto de un crímen; puesto que las leyes castigan el asesinato con la muerte, debió morir: ¡ladron tonto! ¡yo he sabido robar!...

—¡Ha robado usted!

—¿Y qué diablos ha de hacer aquel á quien han robado su patrimonio, la honra de su madre? ¿aquel á quién por efecto de leyes absurdas han robado su posicion sus hermanos menores? ¿qué ha de hacer este hombre, digo, cuando se ve fugitivo, disfrazado, obligado á vivir en los

montes como un animal feroz, sin pan, sin zapatos, sin camisa? ¿qué ha de hacer mas que robar, y matar al robado que le ha conocido? ¿y usted padre, ha robado tambien?

—Sí.

—¡Oh! ¡el hombre ha nacido ladron!

—Yo he robado honra.

—Yo no, no he tenido nunca ocasion de deshonrar.

—Yo he cometido adulterio.

—Ella era la esposa de mi hermano, y no he descendido hasta la infamia de deshonrar á mi hermano.

—Todos los hombres son nuestros hermanos; todo el que deshonra á su semejante es un infame, un gran pecador que necesita de la inagotable misericordia de Dios. Pero continuemos: ¿qué otro pecado ha cometido usted, mas que robar y matar?

—Ninguno: pero observo que de la manera mas hábil del mundo, me está usted sacando mi confesion, á mí, que no he confesado nunca.

—No: estoy comparando los pecados de usted con los mios, y veo que es usted infinitamente menos pecador que yo.

—Sí, es verdad, dijo Estéban; usted ha cubierto un asesinato con las vestiduras sacerdotales, amparándose con ellas de la ley.

—Yo he sido ahorcado.

—¡Ahorcado!

—Sí, habia sido juzgado y sentenciado.

Y el sacerdote se quitó el alza-cuello, y mostró á Estéban una larga señal amoratada, que rodeaba su garganta.

—¡Ahorcado! esclamó Estéban fijando en el sacerdote una mirada que revelaba un terrible espanto: ¡ahorcado!... sí, esa es la señal de la cuerda... ¿será cierto?... Yo me he burlado siempre de los milagros.

El eclesiástico miraba de una manera tranquila, pero profunda, terrible á Estéban.

Se desprendia de sus ojos un fluido poderoso, que Estéban absorbia en los suyos estremecido.

—¡Ahorcado! esclamó; usted no es un hombre, usted es un milagro, un aparecido, un alma en pena: sí, esa señal lívida, la cuerda del verdugo: ¡ah! sí, sí, yo he sido un insensato, yo no he creido, yo necesitaba tocar para creer, yo he sido un miserable.

Y el semblante de Estéban se descomponia, se ponia lívido, tembla-

ba de una manera violenta; su voz se apagaba; empezaban á aparecer en él esos indicios del mal estar del enfermo próximo á entrar en la agonía; se apoyaba sobre sus manos y miraba con ansia al sacerdote.

XXXI.

—Cuidado, cuidado, dijo este; no exageremos: en el estado en que usted se encuentra, un hombre indiscreto se aprovecharia de este estado de fascinacion para arrancar á usted por medio del terror una profesion de fe: no, yo no quiero esto, no quiero que la conversion de usted se efectue á causa del miedo producido por una fascinacion; quiero deberla á la razon, á la conviccion; quiero convencer á usted de que existe una Providencia sabia, misteriosa, infinita; una Providencia que ha dado al hombre el conocimiento de lo bueno y de lo malo, de lo justo y de lo injusto, y una conciencia inexorable, una voz que nunca calla y que nunca miente, que le galardona por sus virtudes ó que le castiga por sus crímenes.

—¿Pero usted no ha sido ahorcado? dijo Estéban mirando siempre con espanto al sacerdote.

—Sí; he sido juzgado; sentenciado al patíbulo; llevado á él; he sentido alrededor de mi cuello el dogal; sobre mis hombros el peso del verdugo; he visto oscurecerse la luz; convertirse para mí el espacio en un ambiente de fuego impuro; he sentido lo que no puedo esplicar; he pasado por un espacio, si espacio puede llamarse la nada, en que nada he sentido; luego me he encontrado en el lecho de un hospital.

—¡Luego usted no es un espectro! dijo Estéban.

—No, soy un hombre que aun vive, que aun siente; un hombre convertido.

—¡Oh, Dios mio! esclamó Estéban.

—Sí, ¡oh, Dios mio! dijo el sacerdote; esa esclamacion que solo debe salir de los labios de un creyente, sin embargo, sale tambien de los labios de un impío, como una frase de costumbre, hueca, vacia, sin significacion alguna; porque esclamar, ¡oh, Dios mio! es lo mismo que decir; creo en Dios, y la impiedad y la creencia no pueden ser jamás hermanas.

—Deseo creer, esclamó con acento supremo, Estéban; desear creer es creer; pero, se cree por miedo, lo que es lo mismo que no creer: ha-

blemos, hablemos tranquilamente; discutamos, hermano mio; la fe cristiana se ha robustecido con la lucha, con la controversía, con el martirio; discutamos. Oigame usted.

XXXII.

El sacerdote volvió á sentarse.

—Yo he tenido una juventud borrascosa; se me habia educado muy mal; era huérfano desde la cuna, y me encontré abandonado á un tutor codicioso, á un escéptico, á un hombre sin corazon; yo no tuve una madre que formase el mio; crecí entre criados, halagada mi soberbia por serviles é interesadas adulaciones; no se me habló de Dios, ni del honor: cuando crecí nadie se opuso á mi voluntad, nadie corrigió mis malas propensiones é incurrí en el crímen; la ley me sentenció.

Cuando en la capilla los buenos sacerdotes, á quienes la ley habia encargado me consolasen y me fortaleciesen, me hablaron de Dios y de arrepentimiento, y les lancé á la cara una insolente carcajada, una carcajada de réprobo, yo desconocia todo derecho, y por consecuencia, me consideraba vencido por un poder mas fuerte que yo; pero no convencido de crímen: yo me habia dicho: no hay Dios; la vida es un accidente del acaso; el hombre debe sacrificarlo todo á su interés individual, á su voluntad, á su capricho; la vida es una lucha: todo se reduce á una cuestion de fuerza: se sucumbe, se muere, ¿qué importa? despues de la vida tendremos lo que hemos tenido antes de ella; esto es, nada; no es la muerte un peligro bastante para que un hombre valiente retroceda por temor de dar en ella en ninguno de sus empeños. ¿Qué son las leyes? la tiranía de la multitud débil y cobarde que se reune en masa para defenderse de una minoría fuerte. La ley no merece respeto, es un abuso de fuerza: todo se reduce á eludirla, á ponerse fuera de su alcance.

Y tan arraigados estaban en mí estos errores, que en vano los buenos sacerdotes se esforzaron por convertirme: pero la ley es inexorable, y fui al patíbulo inconfeso, impenitente, blasfemo.

Dígame usted, ¿no fue la mano de la Providencia la que rompió la cuerda de mi horca antes de que yo dejase de existir? ¿no fue la Providencia la que inspiró al inmenso gentío que presenciaba la ejecucion, los gritos de gracia para el reo? ¿no fue tambien la Providencia, la que hizo que los encargados del cumplimiento de la sentencia, olvidándose de su

deber, suspendiesen la ejecucion, ó mejor dicho, la realizacion de la ejecucion, impedida por un accidente? ¿no fue tambien providencial, que en vista de lo acontecido, se diese la sentencia por ejecutada, y se me concediese un indulto completo? Todo esto lo supe, cuando al cabo de algunos dias recobré el uso de la razon, cuando me dijeron: dentro de poco habrá usted sanado completamente, y podrá usted irse á donde quiera.

Entonces empezó mi conversion; yo era un ahorcado insepulto, un cadáver viviente: propiamente dicho, yo no tenia nombre, ni derechos; no podia ir á ninguna parte sin que me señalasen con el dedo, y dijesen: ved el asesino, salvado por un milagro.

Las grandes catástrofes son grandes lecciones; son terribles relámpagos que rompen de repente la oscura sombra que nos envolvia, y nos dejan ver el pavoroso abismo en cuyo fondo nos encontramos: yo ví la luz y en medio de la luz resplandeciente al Dios de la justicia, y de la misericordia. Yo no sé cómo esplicar á usted de qué manera me convertí; esto no se esplica, no puede esplicarse, es una cuestion de sentimiento.

Poco despues de salir del hospital, pasé por delante de una iglesia; sentí algo que me atraia, y entré.

La iglesia estaba lóbrega; era cerca del oscurecer y solo se veia en el templo una vaga claridad junto á las altas vidrieras: lo demás, todo era sombra: allá en el fondo, como un punto rojo, relumbraba una luz; era la lámpara del Santísimo, merced á la cual se veian vagamente algunos fieles que estaban arrodillados en oracion.

Continué sintiéndome atraido y como llevado por una mano invisible hasta la verja de una oscura capilla.

¿Qué habia allí? ¿qué era lo que allí me atraia?

Yo estaba asido á los hierros, con la mirada fija en el oscuro fondo de la capilla.

De improviso una voz tranquila, indiferente, me dijo, con algo de grosera impaciencia:

—Apártese usted, voy á abrir la verja.

Me volví, ví un hombre pálido; flaco; de cabellos enmarañados y ralos; de ojos verdosos, vidriosos, de mirada repugnante; aquel hombre parecia un espectro; tenia en la una mano una candileja encendida: bajo el brazo de la misma mano en que tenia la candileja, un haz de cirios amarillos: sobre el hombro derecho un paño negro, revuelto, que dejaba ver en algunos repliegues un ancho galon dorado.

Aquel hombre abrió con llave la verja de la capilla y entró.

Yo entré tras él.

Aquel hombre puso sobre el altar la candileja; sobre las gradas del altar los cirios; trajo arrastrando de un oscuro ángulo de la capilla, un túmulo, le colocó en el centro y le cubrió con el ancho paño negro galoneado de oro, largo bastante para quedar estendido hasta alguna distancia sobre el suelo.

Despues, de otro rincon, trajo uno á uno ocho enormes candeleros de madera, que colocó en dos hileras á ambos lados del túmulo.

Despues, sacó una navaja, la abrió, cortó las ataduras del haz de cirios amarillos, y los fue colocando uno á uno en los candeleros.

Despues salió, y sin reparar, en que yo estaba allí, cerró la verja, y se alejó.

Yo quedé á oscuras, envuelto por un pavor frio.

¿Dónde estaba el cadáver para quien se habian hecho aquellos fúnebres preparativos? ¿por qué me habia sentido yo impulsado, como llevado por una mano invisible á aquel lugar? ¿por qué aquel pavor que me aterraba, y que nunca habia yo sentido?

Cosa estraña; me sentí rodeado de un vacío horrible y lleno de una aspiracion que nunca habia sentido; la aspiracion del amparo de Dios, de la única fuerza incontrastable que existe.

Pero mis labios no sabian orar, y la impiedad estaba todavía arraigada en mi corazon.

—¡Qué delirio! esclamé: ¡mi debilidad física! acabo de salir del hospital, ¿qué es esto? Un templo. ¿Y qué es un templo? Un ridículo homenaje á la nada, donde vienen á buscar lo divino, lo santo, lo eterno, séres débiles y estúpidos. Nada existe mas que la naturaleza y la naturaleza no necesita templo; ella es el templo grandioso, el templo eterno de sí misma. Salgamos, ¿qué tenemos que hacer aquí?

Pero encontré la verja cerrada. Entonces volvió á acometerme el pavor; volví á sentir la nececidad de un amparo divino; desfallecia, agonizaba con un desfallecimiento, con una agonía que me hacian esperimentar unas sensaciones completamente nuevas para mí.

XXXIII.

Se detuvo el sacerdote.

Estéban escuchaba con una atencion suprema; le miraba con los ojos dilatados, temblaban sus labios entreabiertos; estaba pálido como un cadáver.

El sacerdote estaba tambien densamente pálido; en su semblante aparecia la espresion de una ansiedad suprema, y en su dulce mirada, fija en Estéban, aparecian á la par una fe ardiente, una caridad infinita, una esperanza ansiosa.

XXXIV.

Pasaron algunos segundos.

Al fin el sacerdote continuó:

—Me encontré junto al altar con las manos puestas sobre el ara; no sabia como desde la verja me habia trasladado allí; mis rígidas rodillas se doblaron lentamente; luego caí, y al caer me dí un terrible golpe en la frente contra el altar; pretendí rehacerme, dí algunos pasos vacilantes, y fuí á caer otra vez en el pequeño hueco determinado por la saliente del altar y un ángulo de la capilla.

XXXV.

Sentí como en medio de mi insomnio pasos acompasados que se acercaban, primero leves, luego mas perceptibles, determinados al fin.

Luego el rechinar de una llave en la cerradura, el chirriar de los goznes de la verja: despues un ruido sordo y un rozamiento; luego, sobre el suelo, el choque sordo de un cuerpo hueco; despues pasos que se alejaban; algo mas tarde el chirriar de la verja y el crugido seco de la cerradura.

Pasó mucho tiempo sin que yo sintiese nada despues de lo que habia sentido, vago, indeterminado, como en un insomnio.

Al volver en mí me encontré en la capilla iluminada por la luz de los ocho cirios; sobre el túmulo habia un ataud; en el ataud un cadáver: á la derecha, á lo largo y al pie del túmulo la tapa del ataud.

XXXVI.

El reló de la iglesia dió en aquel momento las tres de la madrugada: los cirios estaban reducidos á la mitad de su longitud: habia pasado dentro de la capilla sin sentirlo siete horas: una fuerza irresistible me hizo acercarme al túmulo y mirar el cadáver.

Era una jóven, muy jóven y muy hermosa, cubierta con una mortaja blanca; ceñidos los cabellos rubios con una corona de rosas blancas; sobre ella una palma, y entre las pequeñas manos un crucifijo de ébano.

XXXVII.

En aquel cadáver vivia algo aun; la espresion de una pureza, de un candor y de una bondad infinitas; mas que muerta parecia dormida; aquella serena frente resplandecia: por aquella boca levemente entreabierta parecia exhalarse un leve y suavísimo perfume, emanacion de algo que no pertenecia á la vida.

XXXVIII.

El impío, el adúltero, el asesino, el infame, el ajusticiado escapado por milagro de una tumba infamada, vivia y fijaba su mirada calenturienta en la inocencia, en la pureza, en la virtud, muertas: aquel fue el momento de mi conversion: de mi sincera conversion; creí en Dios, creí en su misericordia: aquella niña no habia necesitado permanecer en la vida para obtener la misericordia de Dios; habia muerto cuando aun no habia dejado de ser ángel: el cielo la habia atraido á sí; el cielo habia roto tambien la cuerda de mi suplicio, y me habia dejado la vida para que tuviese tiempo de merecer la misericordia del Señor.

XXXIX.

Estéban inclinó la cabeza sobre el pecho, estendió la mano hácia el sacerdote, y éste la asió, y la estrechó contra su pecho.

Estéban sintió los violentos latidos del corazon del sacerdote, y se estremeció.

—¡Sí! dijo, ¡hay caridad! yo nunca había creido en ella, nunca, siempre he creido que todas las acciones del hombre eran interesadas: no, yo no creia que se pudiese sufrir por los dolores del primer desconocido que encontrásemos hecho pedazos, como si fuera nuestro hermano; si, sí, hay caridad.

—Y si hay caridad, hay Dios; y si hay Dios, hay eternidad; dijo el sacerdote; y si hay eternidad, si el alma es inmortal, es incuestionable que existe premio y castigo.

—Creo en Dios, dijo Estéban.

Y se dejó caer sobre la almohada.

XL.

—Aun mas, aun mas, dijo el sacerdote; no basta creer en Dios, es de todo punto necesario el arrepentimiento sincero; el dolor infinito por el mal que hemos causado á nuestro prójimo.

—Yo he creido siempre al hombre enemigo del hombre, dijo Estéban; yo he visto á mi madre desesperada, loca, deshonrada: me he encontrado sin herencia; infamado por una bastardía; tratado por mis hermanos, menores que yo, con una superioridad humillante: me han arrebatado la mujer que amaba: cuando desesperado, aborreciendo á los nobles, porque á las preocupaciones de la nobleza debia la deshonra y la locura de mi madre, mi posicion violenta, la pérdida de todas las ilusiones de mi alma representadas en una mujer, y esta mujer en los brazos de un hermano mio que debia la posesion de aquella mujer al título y á las riquezas que yo debía poseer, si mi padre no hubiera cometido la infamia de seducir y de abandonar á mi madre; cuando acibarado mi corazon, corroido por tanta hiel amarga hasta donde puede llegar la amargura hice causa comun con los que protestaban con las armas en la mano contra la tiranía, los privilegios, los abusos y las preocupaciones absurdas; cuando vencido por ellos, sentenciado á muerte, me ví indultado por la influencia de mis nobles hermanos, pero con un grillete en presidio, aborrecí á la especie humana; ví en cada hombre un enemigo; en la humanidad un rebaño de ovejas trasquiladas y hambrientas que enriquecian y ensoberbecian con su cobardía humillante á unos cuantos miserables sin corazon: no ví mas que débiles y fuertes; yo, socialmente débil, tenia fuertes el espíritu y la materia: me revelé contra la tiranía social, protesté de ella, y como abor-

recia al genero humano, á los fuertes por infames y á los débiles por esclavos abyectos, antes que dejarme morir de hambre, robé, maté como hubiera matado á una liebre ó una perdiz por satisfacer mi hambre. Era desertor de presidio y me veia obligado á vivir en la soledad, entre las breñas, durmiendo en las cuevas, estremecido de frio y de hambre, descalzo, ensangrentadòs los pies.

—No es del hombre la culpa de sus preocupaciones, dijo el sacerdote; por lo general, el hombre respeta lo convenido por la sociedad y no puede ser de otra manera, la humanidad no puede llegar á un estado conforme con sus necesidades si no atravesando un largo y fatigoso camino: el hombre va de la sombra á la luz: sigamos pacientemente nuestra via, no hagamos caer sobre nuestros semejantes una venganza injusta por una culpa supuesta, y sobre todo, dado que todos los hombres se olvidasen de sus deberes, no debemos mancharnos las manos y la conciencia con su sangre, ni empapar los harapos de nuestra miseria en lágrimas; sigamos nuestro camino cuanto puros nos sea posible; no nos convirtamos de hombres en fieras; no nos indispongamos con Dios y con nosotros mismos. Y qué ¿no se encuentra el premio sobre la tierra? y qué ¿la virtud no es la fortaleza de las fortalezas? ¿no debemos avergonzarnos de incurrir en lo infame, en lo criminal, en lo horrible, porque no hayamos tenido valor para morir puros?

El sacerdote guardó de nuevo silencio.

Estéban habia empeorado visiblemente; habia entrado en la agonía.

Estendió una mano hacia el sacerdote, y le dijo:

—Yo amo á usted, yo creo en todo, muero: necesito ver á mi sobrino: todo es inútil; yo soy y he sido siempre una contradiccion: he sido creyente é impío, bueno y malo; ha habido momentos en que escuchándole á usted me he sentido trasformado; pero ha sido una impresion que ha pasado rápidamente. Padre, si he de confesar la verdad, yo no he hecho el mal por el mal mismo, sino por necesidad ó por irritacion: no siempre mi conciencia ha estado muda; ha habido momentos en que una amargura infinita ha llenado mi corazon; en que hubiera resucitado si me hubiera sido posible á todas mis víctimas, y las hubiera hecho felices aun á costa de mi vida: pero nunca que he pensado en esto ha sido por miedo á un castigo, ni por afan de una recompensa, no; es que el hombre, á pesar de su instinto de destruccion, no es destructor, sino con violencia; es que si en momentos de una embriaguez nerviosa, por decirlo

asi, destruimos, llega un momento de calma, de meditacion, de reaccion, en que referimos á nosotros mismos lo que hemos hecho sufrir á nuestros semejantes, y nos amargamos con su pasada amargura; momentos en que nos parece adivinar algo terrible, suspendido sobre nuestra cabeza; pero esto pasa tambien, y á la primera provocacion, á la primera necesidad, volvemos á hacer lo mismo de que nos habíamos arrepentido: ¡ah! no, no, el hombre no sabe á dónde vá, ni de dónde viene; está envuelto en un crepúsculo infinitamente mas peligroso que las tinieblas, y en vano pretende encontrar mas que verdades desesperantes á la luz de la razon: la fe no se razona, se siente; y yo, ó soy ciegamente creyente ó friamente impío; esto es un resultado de mi nacimiento y de mi educacion; soy ya viejo para destruir los malos efectos que en mí han producido los sucesos; y sobre todo, comprendo que si yo me convirtiese seria de miedo, y tengo vergüenza de ser cobarde; yo me entrego á la misericordia de Dios, y me entrego tranquilo; sea lo que Dios quiera. Y sin que se crea que pretendo hacer una obra meritoria tardía, consiento en arrancar la infamia de una acusacion de asesinato de sobre la memoria de un hombre que tal vez tiene madre. ¡Ah! esclamó de repente Estéban; ¡madre!... ¡madre!... yo tambien tengo madre, mi pobre Ana... ¡ah, sí! ¿y qué importa? ¿qué importa?... Ella... ella ha matado tambien... hizo bien en matar... ¡ah! la robaban su esposo... sí, sí, yo no tengo que decir nada... mi madre, mi madre primero: y en verdad, en verdad que mi buen hermano Campo-Nuño merecia que se supiese que habia tenido un hermano ladron y asesino, su hermano mayor, sí, que cayese sobre esa noble y soberbia familia una mancha... pero, ¡bah! yo estoy loco, me duele la cabeza de tal modo que se me embrollan las ideas: ¿quién habla de manchas? ¿pues qué, el ser padre de un hijo natural á quien se ha robado su herencia, por soberbia, por vanidad, por dureza de corazon, no es mancha bastante? ¿y no se ostenta descaradamente esa mancha? ¿qué importa un hijo desheredado, humillado, abandonado? Nada: ¿qué importa que el odio hierva en el corazon del pobre inocente sentenciado, el odio contra todo, que incurra en el crímen y en la infamia? ¿qué importa que un dia arrastre el grillete del presidio ó suba las terribles gradas del cadalso? ¿qué importa, que descreido, impío, porque no encuentra razon que justifique sus desgracias, pierda su alma? Nada; es un hijo de mala madre, á quien la sociedad mira de reojo, sentenciado á vivir entre la canalla para no ser despreciado: ¡oh! ¿y qué importa todo esto? el gran señor no siente el

desprecio de nadie, porque ha dado á su hijo, desheredado de todo, una existencia maldita. No mas, no mas, suplico á usted diga á mi sobrino que me he convertido: esa será una obra de caridad en usted, siendo en mí una súplica de amor. Y por último, padre, yo no puedo creer sin creer en la infinita misericordia del Señor; yo sé que dentro de mí hay de bien tanto como de mal, y espero.

—Espere usted, dijo el sacerdote: comprendo, no que es usted una contradiccion, sino que cede á una soberbia rebelde, al temor de que haya un solo hombre, por sagrado que sea su carácter, que crea que se ha vuelto usted á Dios arrepentido, por miedo, por terror á un castigo; pero en el fondo está la conversion: usted ha temblado, ha palidecido, han asomado lágrimas á sus ojos.

—Es que yo tengo corazon, padre.

—No hay corazon sin creencia y sin fe: una súplica, hermano mio; una abdicacion de la soberbia; la rehabilitacion de la memoria de ese desgraciado, por el amor de Dios.

—Es usted un ángel, dijo Estéban; bien, consiento: que venga un funcionario público, que sufran, puesto que es necesario, los que me aman, esta amargura. ¡Bah! yo no puedo deshonrarlos, no pertenezco á la familia, soy una rama desgajada de ella: que vengan, que vengan, no quiero negar, á un hombre, que sufre por mí sin conocerme, una súplica que me hace pensando en mi salvacion. Pero que vengan pronto, porque mi fiebre crece, porque puede suceder que sea tarde si tardan.

XLI.

El sacerdote fué á la puerta y la abrió.

En la habitacion inmediata se paseaba Miguel.

—Y bien, dijo volviéndose hácia la puerta al ver al sacerdote.

—Ha sucedido lo que yo esperaba, dijo éste; y en prueba de ello, su señor tio de usted practica un acto de justicia en daño suyo: está dispuesto á declarar ante la ley que él fue el autor del asesinato del señor baron de Casa-Bermeja.

—¡Oh, Dios mio! esclamó Miguel cubriéndose de un sudor helado; pero sí, sí, esto debe ser, esto es justo; voy, voy al momento á buscar al juez.

Y salió.

XLII.

Una hora despues, Estéban prestaba una declaracion en forma, acusándose del asesinato de el baron de Casa-Bermeja.

Cuando el juez le preguntó por qué habia cometido aquel crímen; respondió:

—Me encontré con él á oscuras en la calle, me llamó bruto, yo le llamé canalla, nos agarramos, y murió. Esto ha sido, propiamente dicho, un lance, un azar; por lo tanto, no debe calificarse de asesinato, él tiró de su espada contra un hombre desarmado, yo fuí mas ágil y mas fuerte que él, y él sucumbió: de otro modo hubiera sucumbido yo. Podia muy bien haberme pasado sin confesar este homicidio; pero el eclesiástico que ha venido á auxiliarme, porque por lo visto me muero, me ha hablado de la caridad, me ha conmovido, es un bendito, me ha hecho sentir compasion por la pobre familia del soldado que de una manera tan rara, tan estraña, ha contraido toda la responsabilidad de un homicidio que no ejecutó; que no caiga sobre esa familia la deshonra de que digan que de su seno ha salido un asesino: creo que he hecho un sacrificio: en fin, sea como fuere, mi declaracion está prestada; que usen de ella los funcionarios de la ley, rehabilitando la memoria de ese pobre diablo.

El juez hizo á Estéban la observacion de que se habia encontrado sobre la persona del soldado, á quien se atribuyó aquel crímen, la cartera del asesinado.

—La encontraria, y esto es todo: hay gentes que creen que no cometen un delito apropiándose lo que encuentran. En fin, señor juez, yo he concluido; comprendo que usted debe constituirme en prision; pero como estoy próximo á la muerte, tendrá usted que satisfacerse con poner guardia á esta casa, y hacer de ella mi cárcel. En buen hora; suplico á usted me deje con el buen sacerdote que me consuela.

—Es indispensable un reconocimiento del estado en que usted se encuentra, observó el juez.

XLIII.

El reconocimiento se hizo: tres médicos nombrados por el juez, declararon que el estado de Estéban no solamente era peligroso, sino que

les obligaba á declarar que á pesar del estado de entereza en que se encontraba el herido, este estado solo podia atribuirse á un fenómeno nervioso, puesto que amenazaba una muerte próxima.

XLIV.

Estéban quedó constituido en prision en aquella misma casa, á la que se enviaron de guardia dos alguaciles.

Aquella madrugada á las tres, Estéban llamó á Miguel.

—Toma esta lista, dijo; la ha escrito bajo mi palabra este virtuoso sacerdote: ahí constan los nombres de treinta personas asesinadas por mí: yo sabia cómo se llamaba aquel á quien habia asesinado, porque despues oia contar el suceso, y esos nombres, sin que yo los haya escrito, han quedado profundamente grabados en mi memoria. Tengo veinte millones de reales, Miguel; los diez de ellos los dejo á mi madre, los otros diez te los entrego, ó mejor dicho, te los lego para que los repartas entre las familias de los asesinados; no hay que hacer documento alguno. Presenta á mi madre esta lista con la nota que va al pie, y ella, cumpliendo con mi voluntad, te hará una donacion ínter vivos de esos diez millones. Creo que he acabado mis negocios sobre la tierra. Mi buen padre me ha convencido de que el alma es inmortal, de que hay un cielo, un Dios, una recompensa, y un castigo. Déjame solo con este ángel; ya te avisará cuando sea necesario que me cierres los ojos.

XLV.

Miguel salió.

Al amanecer le llamó apresurado el sacerdote.

Entró.

Estéban agonizaba en medio de un delirio horrible.

Miguel solo oyó estas palabras :

—¡Ah! ¡los hijos naturales!... ¡los hijos naturales!... no es suya la culpa de sus hechos, de ellos son responsables los padres que los han arrojado á la vida, desheredados, y la sociedad que ha sancionado con su desprecio el desheredamiento causado por la falta vergonzosa de un hombre y de una mujer.

Miguel no pudo oir mas.

Las palabras de Estéban se hicieron ininteligibles.

El sacerdote estaba arrodillado y rezando á los pies del lecho.

Al cabo de algunos minutos, Estéban se estremeció en una convulsion violenta, y de improviso quedó inmóvil y contraido.

Habia muerto.

El sacerdote se levantó y le bendijo.

Miguel le cerró los ojos, y le besó en la frente.

Estéban fue sepultado segun su voluntad, en un rincon húmedo del cementerio, entre la yerba, sin inscripcion de ningun género: solamente se veia sobre la sepultura una sencilla cruz negra de madera.

EPILOGO.

I.

Miguel continuó durante algun tiempo en las provincias del Norte; pero no en Bermeo, que le era odioso, sino en Bilbao; no en su regimiento, sino en un hospital, en observacion de la inutilidad que habia alegado para pedir su licencia absoluta.

En aquel tiempo eran muy difíciles estas licencias.

Enriqueta al recibir la carta de Miguel en que la anunciaba que habia pedido su licencia absoluta, y que muy pronto estaria á su lado para no separarse jamás de ella, fué loca de alegría á participar aquella noticia á Eugenia; pero la encontró profundamente triste.

Habia recibido otra carta de Miguel en que la anunciaba la muerte de Estéban, y la prevenia preparase á Ana para recibir aquella dolorosa noticia.

Miguel sabia que Ana adoraba á Estéban.

La alegría de la buena noticia se amargó con la tristeza de la otra.

Las dos jóvenes debian mucho á aquel terrible hijo natural, que no habia tenido amor, mas que para su madre, para sus sobrinos y para la esposa de Miguel, despues del intenso amor, del desesperado amor que habia alentado por la esposa de su hermano, por aquella mujer que hubiera sido suya á no existir la bastardía de su orígen, ó mejor dicho, si don Gaspar de Fonseca, marqués de Campo-Nuño, hubiera prescindido de preocupaciones obedeciendo á su corazon y á su voluntad.

Amaban ambas á aquel rudo Estéban, incomprensible, mitad luz, mitad sombra, dotado á veces de un corazon escelente, otras de un escepticismo terrible.

Miguel consignaba en su carta que Estéban habia muerto á causa de heridas recibidas por defenderle, y que le debia la vida.

Nada decia Miguel acerca de los terribles accesorios que habian rodeado la muerte de Estéban.

Daba, además, otra noticia funesta: la de la muerte del baron de Casa-Bermeja, asesinado *no se sabia por quién.*

Miguel no habia querido decir la verdad acerca de aquel punto: no era fácil que la noticia de que Estéban habia sido el matador de Salvador Ezguerra, llegase á oidos de la familia de Campo-Nuño.

Miguel no habia contado con otra cosa, que hacia de todo punto inútil la declaracion de Estéban.

Al morir éste, el juez habia hecho pedazos su declaracion, que para nada servia, mas que para hacerle trabajar, y como le importaba muy poco que un inocente muerto apareciese criminal, habiendo tambien muerto el que habia cometido el crímen, echó tierra al negocio, y no se volvió á hablar mas de él.

II.

Enriqueta se habia alegrado mucho cuando recibió el reconocimiento de su hermano, acerca de ella, que ratificaba un reconocimiento anterior de su padre, y mucho mas de que fuesen amigos su hermano y su marido, porque ambos habian escrito de tal manera á Enriqueta, que ésta no podia creer otra cosa.

En cuanto al millon que se obligaba á pagarle su hermano Salvador, como legado de su padre, importaba muy poco á Enriqueta, porque el porvenir de su hija estaba asegurado por el gran patrimonio de su padre.

III.

Por de contado las dos jóvenes decidieron ocultar la sangrienta catástrofe, que habia puesto término á la vida de Estéban.

Ellas no sabian que en vano pretendian ahorrar á Ana y á Margari-

ta una gran amargura, porque habia de por medio un testamento, que hacia necesario constase para Ana el fallecimiento de Estéban.

IV.

Despues de haber recibido las cartas de que hemos hablado, un dia Enriqueta se encontró con el anuncio de que un juez de primera instancia necesitaba hablarla para un asunto importantísimo.

A la criatura de conciencia mas cándida, causa una impresion formidable el solo anuncio de la visita de un juez, sino por ella, por alguna de las personas que ama.

Enriqueta se apresuró á recibir al funcionario.

Este la entregó una cartera.

—Esta cartera, dijo, estaba sobre el difunto señor baron de Casa-Bermeja: fue encontrada en poder de su asesino, y el juez de primera instancia de la villa de Bermeo me la remite con exhorto, para que la entregue á vuecencia, y la exija recibo como única parienta inmediata y heredera del difunto señor baron.

—¡Cómo! esclamó Enriqueta.

—Sí, señora, continuó el juez; los albaceas nombrados legalmente por el abintestato del señor baron han averiguado: Primero: que el señor baron tenia una hermana natural, reconocida legalmente por su padre. Segundo: que el difunto señor baron no tenia hijo alguno natural, no pudiendo tenerlos legítimos, puesto que murió sin haber contraido matrimonio. Tercero: que en la creacion del título de Casa-Bermeja y en su vinculacion, se encuentra determinado que, á falta de descendientes legítimos en línea recta, hereden los descendientes bastardos en la misma línea, por lo que vuecencia es legítima heredera de la baronía de Casa-Bermeja, y de sus bienes y derechos. ¿Acepta vuecencia la herencia?

—Sí, dijo Enriqueta, pensando en su hija.

—Pues bien, dijo el juez; á vuecencia como heredera corresponde tambien poseer los papeles que se han encontrado pertenecientes al difunto señor baron, y contenidos en esta cartera.

El juez hizo firmar algunos documentos á Enriqueta, se despidió de ella, y se fué.

Enriqueta abrió la cartera y encontró en ella algunas cartas: eran de amor, y estaban firmadas por una Sofía.

Eran, como todas estas cartas para aquel á quien no interesan, fastidiosas, y marcadamente ridículas; pero entre ellas habia una muy grave que afectó terriblemente á Enriqueta.

Su contenido era el siguiente:

«Salvador de mi alma: me dices en tu última, lo que tantas veces te he suplicado me digas; la causa de la dilacion de nuestro enlace. Al conocerla me he sorprendido dolorosamente: me dices que teniendo necesidad de vengar á tu hermano, muerto en duelo, no debes unirte á mí contando con el peligro probable de dejarme viuda. No apruebo ese duelo. Confiesas que tu hermano llegó hasta lo inverosímil de la infamia respecto á su hermana natural, y que el marqués de Campo-Nuño, novio entonces y despues marido de tu hermana, tuvo razon bastante para retar y matar en duelo á tu hermano Agustin...»

Enriqueta no leyó mas.

Acababa de recibir una revelacion terrible que le habia esplicado la sombría tristeza de Miguel, y actos, palabras y estremecimientos en los instantes en que mas enamorado de ella se mostraba, que no habia podido esplicarse.

V.

Enriqueta se estremeció, no porque Miguel hubiese matado en duelo, y con justicia á Agustin Ezguerra; porque no podia reconocer como hermano suyo á un miserable que habia pretendido anular el reconocimiento que de hija suya habia hecho su padre, que la habia robado una herencia, con la cual hubiera ahorrado las dolorosas miserias en que se habia visto envuelta con Miguel y con su hija, al infame, que desconociendo toda moral, todo freno, toda dignidad, habia pretendido deshonrarla. No, para Enriqueta no era hermano suyo Agustin Ezguerra, y no podia desconocer la fatalidad, que habia hecho, que en un momento de irritacion, Miguel hubiese retado y matado á Agustin: lo que estremecia á Enriqueta, era el conocimiento de la delicadeza de conciencia de Miguel. Lo temia todo, una desesperacion profunda, que produjese á Miguel una enfermedad mortal.

—¡Ah! es necesario, dijo, arrostrar esta situacion terrible; es necesario conservar su amor á mi amor, su padre á mi hija; ¡oh! yo me valdré del intenso amor que Miguel siente por nosotros.

VI.

Un mes despues, llegó á Madrid, licenciado, Miguel.

Enriqueta le sintió estremecerse al abrazarla, y su corazon se llenó de amargura por aquel estremecimiento.

En la primera ocasion en que se encontraron solos, Enriqueta dió en silencio á Miguel la carta de Sofía á Salvador Ezguerra, en la cual se revelaba el homicidio ejecutado en duelo por Miguel en la persona de Agustin Ezguerra.

Miguel se puso densamente pálido; sus manos trémulas dejaron caer la carta, y se apoyó aturdido en un mueble.

—Sí, dijo al fin, dominándose; esto debia suceder alguna vez; lo temía, me estremecia el solo pensamiento de que llegases á saberlo.

—¿Y por esto era tu tristeza, tus palabras vagas, incoherentes, tus terribles estremecimientos cuando me estrechabas trasportado de amor entre tus brazos?

—Sí, contestó Miguel; porque temia que cuando ese misterio se aclase para tí, te apartases de mí horrorizada.

—No, dijo Enriqueta; tú eres mi padre, mi madre, mi hermano, mi universo, el padre de mi hija; aquel hombre no era mi hermano, renunció á sus derechos desconociéndome, robándome, pretendiendo infamarme; no, yo no conocia á aquel hombre; mi orígen era un misterio; cuando aquel misterio se desvaneció, cuando busqué á mi hermano, encontré á un monstruo, ¿y por que has aniquilado á aquel monstruo he de aborrecerte yo? No, Miguel, no; tú has hecho lo que has debido hacer; tú has protegido, tú has vengado á tu esposa, tú has cumplido como caballero con las leyes del honor.

—Malditas leyes que prescriben la muerte de nuestro enemigo; leyes reprobadas por la caridad; leyes que no puede reconocer ningun cristiano; absurdo bárbaro que pretende adunar la ira con el honor: ¡ah, no! mientras no se estirpen de la sociedad estas y otras barbaries, la sociedad estará maldita; el cristianismo será una vana fórmula; la caridad, que es su espíritu, una palabra hueca; el Evangelio, la sabiduría divina escarnecida: pero sobre todo esto, Enriqueta, está la conciencia abierta ante los ojos de Dios, que deja caer su anatema sobre el que desobedece su precepto: no matarás, no te vengarás de tu enemigo; an-

tes le perdonarás y llamarás como á tu hermano. ¡Ah! no, no, Enriqueta, yo estoy tocado por el dedo de Dios, yo no puedo ser feliz.

VII.

Enriqueta se arrepintió de haber echado mano á un medicamento heróico, por decirlo asi; peligroso, como todos estos remedios decisivos que no tienen otra alternativa que la muerte ó la curacion completa del enfermo.

Enriqueta comprendió que habia herido de muerte á Miguel, y en vano se esforzó por convencerle.

Miguel no fue ya desde entonces para Enriqueta mas que un alma desesperada, un hermano aterrado, que no se atrevia á fijar su mirada en la mirada de su hermano.

Enriqueta empezó á sentirse tambien herida de muerte; en vano apelaba á su amor de madre, para hacerse fuerte; adoraba á Miguel: en vano suplicaba á Miguel desesperada en nombre suyo y de su hija.

Miguel languidecia, languidecia, y empezaba á mostrar el impuro color, la fiebre continua, la demacracion y la debilidad de la tísis.

VIII.

Por otra parte, Miguel sufria el sufrimiento de su familia.

La noticia de la muerte de su hijo, habia enloquecido á Ana, la habia postrado.

Margarita, cuyo único amor habia sido Estéban, se mostraba afectada por una tristeza incurable.

Su tio Antonio, no podia perdonarle el haber servido la causa liberal contra su señor rey don Cárlos V.

Todos se habian diseminado.

Ana habia ido á sepultarse en su casa de la Plazuela de las Comendadoras.

Su tio, el vizconde de Nava-Redonda, se habia ido á su casa de la calle de Segovia.

Eugenia y su marido viajaban.

Solo habian quedado en la vieja casa solar, sombría y silenciosa, la marquesa viuda, Miguel y Enriqueta, separados en distintas habitaciones.

Hasta á los criados se comunicaba el humor negro de los amos.

Aquella casa estaba llena de una atmósfera fatídica.

En cuanto á fray Serapio de Rozas, extinguidos los regulares, se habia ido á un pueblo á comerse tranquilamente lo que se habia encontrado entre las manos á su salida del convento.

IX.

Aquella situacion era demasiado tirante para que durase mucho.

Un golpe terrible vino á herir á los esposos.

La pequeña Clara habia muerto de esa terrible enfermedad que mata tantos niños: del garrotillo.

Enriqueta no tardó en sucumbir.

Miguel se habia vuelto loco: estaba moralmente viuda, sola sobre la tierra con sus inmerecidas desgracias. Su corazon se rompió, y Miguel recobró el juicio para llorar una nueva pérdida irreparable en Enriqueta.

Entonces, sediento de consuelo, no encontrándole en otra parte que en la religion, renunció su título y sus Estados en su madre, como usufructuaria, y despues de la muerte de ésta, en su tio el vizconde de Nava-Redonda, y si éste hubiese muerto, cuando aconteciese el fallecimiento de la marquesa, en su prima Eugenia.

X.

Pero si la religion es un consuelo del alma, no es ciertamente una curacion del cuerpo.

En vano Miguel pretendia, menos por instinto de conservacion, que por abnegacion, que por humildad á la voluntad de Dios, buscando el perdon del crímen que habia cometido, encerrarse en un ascetismo rigoroso, matar los recuerdos, y no vivir sino para el amor de Dios y de sus semejantes: en vano buscaba el dolor y practicaba la caridad; no esa caridad que da oro, sino la que da consuelos y consejos; la que lleva al pobre sacerdote lleno de compasion al lecho del moribundo; la que hace buscar al pobre ser estraviado para volverle la conciencia de su deber; esa caridad evangélica que no necesita para resplandecer de las riquezas; que no puede dar nada material, porque la caridad ha sido, es y será

siempre pobre; porque no se comprenden juntas la caridad y las riquezas; porque si riquezas, ¿cómo caridad? y si caridad ¿cómo riquezas?

XI.

El recuerdo de Enriqueta, de la mujer adorada, del ángel perdido, de la mártir que habia pasado ensangrentada de la tierra al cielo; su pobre hija, aquel pedazo de su ser, aquella alma de su alma, muerta, inflamaban voraces en un recuerdo á cada momento mas desesperado el alma del fugitivo del mundo, que habia ido á ampararse del altar.

Aquello no podia durar mucho tiempo, y Dios tuvo compasion de Miguel.

Le mató la tísis.

XII.

Eugenia y su marido habian muerto en el estranjero; el título de Eugenia fué á parar á su tio Antonio.

XIII.

Llegó un momento en que los tres seres que quedaban sobre la tierra, viejos, tristes, desesperados; Ana, el vizconde de Nava-Redonda y la marquesa de Campo-Nuño, se atrajeron por el comun sentimiento de la desgracia, y vinieron á habitar la antigua casa solar de Campo-Nuño.

Y era una cosa terrible ver aquellos tres riquísimos viejos sentados junto á la chimenea, temblando de frio, estremecidos á pesar del fuego, guardando dentro de su memoria una terrible historia; la historia de una familia que habia pasado, víctima de la vanidad gerárquica.

Aquellos tres viejos que rezaban juntos, que gemian juntos, que agonizaban juntos, que se sentian mordidos por su conciencia, que no tenian una sola gota de amor para refrescar su alma seca, fueron helándose sucesivamente, y cayendo en la tumba, y quedó sola Ana, lanzada del solar de Campo-Nuño, por un pariente lejano que habia heredado todos los títulos de la familia, á su casa de la Plazuela de las Comendadoras, á aquella sala, donde se notaba con poco trabajo la señal de la puerta por donde se bajaba á los subterráneos en que su ascendencia de bandidos habia acumulado por medio del crímen un capital enorme.

Allí, en aquella sala, teniendo á sus espaldas á su miserable bisabuelo magullado, habia conocido á don Gaspar de Fonseca, marqués de Campo-Nuño, le habia amado, y le habia inspirado un amor invencible; en ella habia empezado una historia terrible, y en ella concluia reconcentrada á un solo punto, en Ana.

Si aquella mujer hubiera tenido virtud bastante para cumplir sus deberes, puesto que tenia bastante ilustracion y bastante talento para comprenderlos, si se hubiera sacrificado, aquella historia no hubiera sido.

Si el marqués de Campo-Nuño hubiera sabido ser verdaderamente caballero y verdaderamente cristiano, y respetando á aquella pobre niña, la hubiera dejado en paz con su virtud y con su honra; ó por el contrario; si mirando mas á su conciencia y á su corazon que á sus preocupaciones, se hubiera unido con ella, no hubiera existido el terrible hijo natural, causa involuntaria de todas las desgracias que vinieron sobre su familia.

La luz y la sombra; la virtud y el corazon en Ana; el amor y la soberbia en el marqués; las tendencias de su educacion y su desesperacion en Estéban; la lucha de Miguel entre sus instintos aristocráticos y sus creencias sociales y religiosas; la luz y la sombra, repetimos, representadas por aquellos seres, y por la época en que vivieron, crearon la terrible tragedia que acabamos de relatar á nuestros lectores.

XIV.

Mientras no se pongan en armonía los sentimientos del corazon y las prescripciones de la naturaleza con las leyes y con las costumbres; mientras no se estirpen de raiz todos los absurdos que no tienen razon de ser; mientras no se haga sentir á los hombres que, sin igualdad, sin fraternidad, sin libertad, sin basar sobre el trabajo y sobre la virtud las acciones humanas, la sociedad será un caos, una tromba que rodará sucesivamente y con una progresion espantosa de catástrofe en catástrofe; el estado social no será mas que una lucha desesperante; el espectáculo sombrío, terrible, repugnante de la lucha entre la luz y la sombra; entre lo que debe ser y lo que no tiene razon de ser, sino por la soberbia, por la inmoralidad y por el crímen.

FIN.

INDICE.

PRIMERA PARTE.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

SEGUNDA PARTE.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

LIBRO QUINTO.

TERCERA PARTE.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

CUARTA PARTE.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.